EL TRIUNFO DE LOS PRINCIPIOS

CÓMO VIVIR CON THOREAU

TONI MONTESINOS

Ariel

Table of Contents

Dedicatoria
Cita
Presentación: Una vida con Thoreau
Prólogo. El yo de David Henry, mejor dicho, Henry David
Relaciones. Thoreau con o contra los otros
    Misantropía y soledad
    Escritores en Concord
    Misoginia, amistad y amor
    Educación y cultura
Escepticismo social. Thoreau frente al poder
    Trabajo frente a ociosidad
    Materialismo y dinero
    Rechazo a las instituciones
    Errores del vivir moderno
(Paréntesis de arte. Thoreau, lector y escritor)
Espíritu. Thoreau hacia sí mismo
    Sencillez y sinceridad
    Trascendentalismo y carpe diem
    Confianza en uno mismo
    Vivir la naturaleza
Experiencias. Thoreau en acción
    La laguna de Walden
    Desobediencia y cárcel
    Esclavitud y guerra
    Caminar cada día
Epílogo: Vivir y no sólo existir
Agradecimientos y milagros
Cronología
Bibliografía
Notas
Lista de fotografías
Créditos

Índice

Portada
Dedicatoria
Cita
Presentación: Una vida con Thoreau
Prólogo. El yo de David Henry, mejor dicho, Henry David
Relaciones. Thoreau con o contra los otros
- Misantropía y soledad
- Escritores en Concord
- Misoginia, amistad y amor
- Educación y cultura

Escepticismo social. Thoreau frente al poder
- Trabajo frente a ociosidad
- Materialismo y dinero
- Rechazo a las instituciones
- Errores del vivir moderno

(Paréntesis de arte. Thoreau, lector y escritor)
Espíritu. Thoreau hacia sí mismo
- Sencillez y sinceridad
- Trascendentalismo y carpe diem
- Confianza en uno mismo
- Vivir la naturaleza

Experiencias. Thoreau en acción
- La laguna de Walden
- Desobediencia y cárcel
- Esclavitud y guerra
- Caminar cada día

Epílogo: Vivir y no sólo existir
Agradecimientos y milagros
Cronología
Bibliografía
Notas
Lista de fotografías
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Para mis hijas, Alma y Nora, y su *mamadre* Rita,
nuestra maestra en el arte de vivir.

Nada puede traeros paz salvo vosotros mismos. Nada puede traeros paz salvo el triunfo de los principios.

RALPH WALDO EMERSON,
Confianza en uno mismo

Presentación: Una vida con Thoreau

Más de ciento cincuenta años han transcurrido desde la muerte de Henry David Thoreau, considerado como uno de los pioneros de la llamada «desobediencia civil» y de una visión de la vida nutrida de un respeto profundo por la naturaleza, y su pensamiento y las experiencias vitales que lo acompañaron parecen más ejemplares, más necesarios que nunca. En el fondo, toda su obra —tanto los libros preparados para publicarse como el diario que empezó desde que se graduara en Harvard College—, todo su comportamiento social y cívico, individual e íntimo, señalan los caminos para concebir cada una de las facetas de la vida de modo aplastantemente sincero, coherente y útil. La educación, la política, el arte de la escritura, el ganarse la vida mediante un trabajo digno, la religión, la amistad, la economía, la espiritualidad, en fin, todos los elementos que configuran la vida de un modo u otro de la mayoría de los mortales se asoman a las páginas de Thoreau en comentarios que no dejan de ser iluminadores consejos, guías actitudinales para sortear con mejores ánimos las inclemencias de la cotidianidad, incluso consuelos llenos de sencilla sabiduría.

Él nos conmina a ser valientes, no de modo ampuloso en situaciones especialmente épicas, sino en el día a día; nos enseña a ser buenos, puramente buenos, sin hipocresías sensibleras ni jactancias, sino con la firme intención de practicar la bondad con fines determinados, casi de forma pragmática; nos enseña a mirar con respeto la naturaleza y ser humildes ante ella, sin dejarnos cegar por los impactantes adelantos tecnológicos; nos enseña, en definitiva, a no resignarnos al estilo de vida al que la sociedad estandarizada nos arrastra y a tener un criterio propio firme y sosegado, a no olvidar la vieja y tan popular locución latina *carpe diem*, diciéndonos a nosotros, lectores del siglo XXI, muchas veces no directamente sino como hablando consigo mismo, que no sólo hay que aprovechar el momento, sino «vivir en el presente» de forma que sea posible «encontrar nuestra eternidad en cada momento», como escribe en su diario el 24 de abril de 1959.[1]

A Thoreau, que tanto se distinguió por luchar contra las leyes del Gobierno de Estados Unidos que maltrataban a la población negra, no le dio tiempo a ver la abolición de la esclavitud, declarada en 1865. Sufrió la temprana desaparición de su hermano John —repentinamente, por una infección de tétanos—, con el que le unía una estrecha relación que generó iniciativas tan diversas como fundar una escuela o hacer un viaje en una barca construida con sus propias manos. Una mujer a la que propuso matrimonio lo rechazó tras el veto impuesto por el padre de ella. Él mismo arrastraría problemas de salud, al parecer provocados por la toxicidad de ciertos productos en la fábrica de lápices en la que trabajó de modo intermitente, y una bronquitis convertida en tuberculosis acabaría con su vida a los cuarenta y cuatro años.

Una vida, pues, de no pocos episodios tristes, a lo que hay que añadir el escaso aprecio que obtuvo por sus escritos iniciales e incluso, en ocasiones, por sus

conferencias y colaboraciones en una revista que, como dice en el diario —sin quejarse de ello, todo lo contrario, sacando una moraleja de tal cosa—, ni siquiera le solía publicar sus textos; una vida de extremas limitaciones económicas pero que no representaría contratiempo alguno para él, y de muy diversos empleos, casi todos al aire libre; una vida, todo parece indicarlo, en la que no disfrutó del amor o la sensualidad femenina, si bien no faltan los que afirman que su tendencia era claramente homosexual, aunque no hay pruebas tajantes al respecto. Y sin embargo, Thoreau celebra cada estación observando la evolución de los árboles y las flores, de la lluvia y la nieve, entregándose a su actividad más importante más allá de la escritura con el humor más sano y optimista: caminar; según sus propias palabras, unas cuatro horas cada día.

En esa mirada de la vida, de fuerte acento individual y a la vez muy solidaria con las gentes concretas de su entorno y la masa en general a efectos de reclamar derechos sociales, tiene mucho que ver la localidad donde nació el 12 de julio de 1817, Concord, en el estado de Massachusetts, un pueblo de aspecto apacible a unos veinticuatro kilómetros al oeste de Boston. En los alrededores de la villa, en los bosques colindantes donde acabaría construyéndose una casa para llevar a cabo su gran experimento de vivir frente a la laguna de Walden, Thoreau entrenó los «sentidos», la forma intuitiva de captar lo que la naturaleza podía enseñarle, para después trasladarlo al lenguaje.

*

De aquella casita hay una réplica exacta (cama, chimenea, escritorio, tres sillas, todo lo cual le costó 28 dólares, como apunta en el primer capítulo de *Walden*), a la entrada del área de Walden Pond, donde asimismo se erige una estatua en su honor y se encuentra el «Site of Thoreau's Cabin», como reza una inscripción, junto al cordón hecho de cadenas y piedras con el que se indica la ubicación en la que estuvo la casa original. Ciertamente, tras los veintiséis meses que pasó allí en busca de llegar a captar la esencia de la vida, resurgirá un Thoreau aún si cabe más seguro de los principios morales que había ido atesorando desde muy joven, asentados en la simplicidad y la autoconfianza, en la bondad como la mejor inversión, en el hecho de eliminar las necesidades autoimpuestas y vivir libre, cual «hijo de la niebla».[2]

Walden se publica en 1854, después de siete años de escritura y revisiones, y en la década anterior habían visto la luz las dos series de los *Ensayos* de Ralph Waldo Emerson, en los que precisamente el que será considerado líder del movimiento del trascendentalismo aboga por la confianza en uno mismo, por ser *amigo* de nuestra propia alma, por así decirlo. Emerson y Thoreau —el primero nacido en Boston en 1803— coinciden en Concord, que se convierte en uno de los

epicentros de la literatura y el pensamiento artístico, filosófico y sociopolítico de Estados Unidos. Tanto es así que el pueblo constituye un lugar obligado para intelectuales, estudiantes y aspirantes a escritores.

Uno de los más insignes, Walt Whitman, que lanzará al mundo la primera edición de *Hojas de hierba* en 1855, dedicaría breves pero enjundiosos escritos a la visita que hizo a Concord para ver sólo a Emerson, pues Thoreau ya estaba muerto. Tras viajar desde Boston —unos cuarenta minutos en vapor, detalla—, se recreaba en el paisaje de la localidad: en sus viejos nogales y olmos, en el río, en los prados, en las laderas de las colinas, todo lo cual estaba presidido por «el cielo y la paz, que se expanden en todas direcciones, [que] me llenan de calma».[3]

En aquella ocasión, se leerían algunas cartas de Thoreau en casa de Emerson (reconvertida en la actualidad en el Concord Museum) y se conversaría sobre él extensamente, con Amos Bronson Alcott, también representante del trascendentalismo, y su hija Louisa May, la autora de *Mujercitas*, cuya casa también es un aliciente turístico en Concord. En esos días donde fue recibido con gran hospitalidad, Whitman visitaría las tumbas de Thoreau y del otro gran escritor residente en Concord, Nathaniel Hawthorne —que vivió en la llamada The Old Manse, hoy también recorrido turístico y visitada por Whitman—, «el uno muy cerca del otro en un agradable rincón arbolado situado en lo alto de la colina del cementerio, Sleepy Hollow», y acabará diciendo que no le «será fácil olvidar los viajes hechos por Concord».

Y ciertamente, para el paseante que hoy desee visitar los hogares de estos gigantes de la literatura norteamericana, en ese pueblo que es la versión más agradable del *american way of life*, con sus bellas casas adornadas con jardines, canastas de baloncesto y la bandera estrellada del país, conservando un ambiente de placidez y belleza, no es difícil captar el elemento trascendente del lugar; sobre todo, cuando se acude a sus alrededores boscosos y se aprecia, desde la visión de Thoreau, cómo la soledad en la naturaleza es la mayor inspiración intelectual, artística, humana.

Walden es el testimonio de esa filosofía de vida, y el sitio real se hace símbolo universal de una forma de entender la existencia, de tal modo que, como cuenta Whitman: «El lugar boscoso en que Thoreau tuvo su casa solitaria está cubierto de piedras. También yo busqué una y fui a depositarla encima».[4] Aún hoy se mantiene ese ritual, iniciado por Bronson Alcott cuando, en 1872, acompañó a un visitante a Walden Pond y marcaron el lugar original donde se levantó la casa; hoy, también se podrá encontrar una montaña de pedruscos, donde la gente coloca pequeños papeles con mensajes para el ermitaño de Concord que, sin duda, son un íntimo homenaje de admiración o gratitud a aquel que quiso averiguar *los hechos esenciales de la vida*, o *aprender lo que la vida tenía que enseñar*, para no morir y decirse que no había *vivido*.

Edward Carpenter, un escritor y activista social británico que acudió en dos ocasiones a Filadelfia para ver al gran poeta, cuenta, en sus *Días con Walt Whitman*, que lanzó una piedra al lago Walden recordando a Thoreau, enfrente de la laguna y la arboleda, esas «ciudades naturales», como este llama a los bosques en «Un

paseo invernal»:[5] «Nos detenemos entre los pinos —bajo una luz parpadeante y desigual que se abre paso con dificultad en este dédalo— y nos preguntamos si las ciudades habrán oído alguna vez su sencilla historia», dice un poco atrás en ese delicado texto,[6] que hace equivaler el mundo natural al placer más inigualable, haciendo que resplandezcan al caminar, sobre la nieve por ejemplo, el pensamiento y los sentidos. Según Carpenter, Whitman transmitía «la fe de que hay que disfrutar del presente, que confiere color y vida a los mil y un detalles secos de la existencia».[7] La frase perfectamente podría haberla firmado Henry David Thoreau. Y ahora, cuando han transcurrido más de ciento cincuenta años de su inmortalidad, es el tiempo nuestro de rubricarla.

Prólogo

El yo de David Henry, mejor dicho, Henry David

«¿Si yo no soy yo, quién lo será?», se preguntaba Henry David Thoreau en su libro *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* —que llamaremos aquí como en su edición en español, *Musketaquid*—,[1] resultado de un viaje en 1840 junto a su hermano John por los ríos Concord y Merrimack. El autor acababa de decir que la biografía «debería ser autobiografía. No nos esforcemos, tal y como aconsejan los alemanes, en salir al extranjero y martirizar nuestras tripas para poder ser otra persona y relatarlo». Quería ser él mismo, y vaya si lo fue, contra viento y marea, contra la sociedad pasiva y aborregada, contra el poder establecido que imponía leyes que estaban lejos de hacer iguales y libres a los hombres, contra las instituciones gubernamentales y eclesiásticas intolerantes y reaccionarias; todo en busca de vivir el presente, en trascenderse desde el plano espiritual situándose así en el lado contrario del materialismo y la necesidad de trabajar y ganar dinero, en integrarse como parte tanto activa como contemplativa en la naturaleza. Incluso, en ese periplo en pos de tener una identidad propia basada en la fe y en la autosuperación, en cierta forma sutilísima fue contra él mismo: contra su yo original. No había nacido en el pueblo de Concord, en Massachusetts, el 12 de julio de 1817, llamándose Henry David, como firmaría sus libros o sus cartas, sino David Henry.

El cambio acontecería al comenzar a escribir, pues pese a que Thoreau ha sido calificado de mil maneras diferentes que tienen que ver con el naturalismo, la anarquía, la desobediencia civil o la moral, fue, se sintió esencialmente, escritor, como diría el 2 de septiembre de 1856 en su diario: «Mi trabajo es escribir, y no vacilo, aunque sé que ningún tema me parece demasiado trivial, según las pautas normales; porque el tema no es nada, hombres necios, la vida lo es todo».[2] Lo atestigua el número de sus libros —la mayoría de ellos, eso sí, póstumos—, nada desdeñable para un hombre que vivió solamente cuarenta y cuatro años y el voluminoso diario que empezó siendo muy joven.

La vida lo es todo, en efecto. Se diría que ése es el lema de toda su obra, con el matiz añadido de que tal cosa es imposible verla de manera convencional, sino como un propósito regido por deseos concretos de comportamiento, sensaciones, pensamientos, incluso desafíos personales que no tienen un instante de tregua: «Recibimos nuestra porción de infinito. ¡El arte de vivir! No recuerdo página alguna que pueda explicarme cómo pasar esta tarde. No quiero tanto ahorrar tiempo como derrocharlo», apunta en su diario, y continúa con el interrogante que tendría latente en cada momento, el que nos interroga a todos nosotros, siquiera inconsciente o indirectamente, cada día: «Cómo vivir. Cómo sacarle el mayor partido a la vida. Cómo libar la miel de la flor del mundo. Ése es mi trabajo diario. Tan ocupado como una abeja. Recorro errante los campos, y no hay momento más feliz que aquel en que me siento saturado de miel y de cera. Soy como una abeja que busca durante todo el día los dulces de la vida».[3]

He aquí una de las particularidades de Thoreau más constantes en todos sus escritos: la alegoría animal, la comparación con las fuerzas de la Madre Tierra. Este filósofo de la naturaleza, como se describió a sí mismo —en ningún caso desarrolló un sistema filosófico específico, igual que en el caso de Ralph Waldo Emerson, lo que les ha costado a ambos desde ámbitos académicos haber sido en parte marginados—, encontró más sentido en los vaivenes del viento y la fortaleza y antigüedad de los árboles que en las revoluciones populares y los progresos tecnológicos. Una ardilla, un grupo de hormigas, las aves que observará y de las que hablará tanto en sus páginas diarias tendrán más sabiduría que todos los libros e intelectuales juntos. Este «cómo vivir» sacándole el mayor partido a todo deslumbraría en su tiempo a unos cuantos seres afines, en contraste con la mayoría de sus conciudadanos que harían sentirse a Thoreau un incomprendido por las escasas cuestiones que tendrían en común a la hora de plantearse la existencia cotidiana. Y así, gracias a testimonios como el del maestro de escuela Harrison G. O. Blake, a la sazón compañero de caminatas, que en una carta confesaba «la impresión inolvidable» que tenía de él a partir de unas palabras que le dejaron verdaderamente impactado, disponemos de una síntesis cercana, emocionada, que define a las mil maravillas las intenciones del admirado autor:

> La última vez que fui a Concord, habló de retirarse más aún de nuestra civilización. Le pregunté entonces si no sentiría deseo alguno de la compañía de sus amigos. Su respuesta fue: «No, yo no soy nada».
>
> Esa respuesta fue, para mí, memorable. Indicaba una profundidad de recursos, una entereza en la renuncia, un equilibrio y una fe en el universo que casi no alcanzo a concebir; algo que, sin embargo, en usted parecía domesticado, y hacia lo cual yo alzo mi mirada con admiración. Me gustaría conocer el alma que dice: «Yo no soy nada». Verme elevado por sus palabras hacia una vida más verdadera y más pura.
>
> […]
>
> Si comprendo correctamente, el significado de su vida es el siguiente: querría separarse de la sociedad, del sortilegio de las instituciones, de los usos, de los conformismos, de tal modo que pueda llevar una vida simple y nueva. Antes de infundir una nueva vida a las viejas maneras, tendrá una vida nueva por fuera y por dentro. Hay algo de sublime para mí en esta actitud, de la cual yo mismo estoy muy lejos.
>
> […]
>
> Lo venero porque se abstiene de la acción, y abre su alma con el objetivo de poder *ser*. En mitad de un mundo de actores bulliciosos y superficiales, es noble hacerse a un lado y decir: «Simplemente quiero *ser*». Si pudiese plantearme enseguida sobre la verdad, reduciendo al mínimo mis necesidades, me vería inmediatamente más cerca de la naturaleza, más cerca de mis compañeros… y la vida sería infinitamente más rica. Pero ¡heme aquí!, temblando en la orilla…[4]

Es una reacción comprensible esta de Blake teniendo en cuenta que, como dijo Virginia Woolf en un artículo publicado a los cien años del nacimiento de Thoreau, «no hubo jamás filántropo que esperase más del género humano, ni que se marcara tareas más elevadas y más nobles».[5] Quien se atreva a pensar también cómo *ser*, simple y llanamente, muy probablemente necesite superar ese temblor en la orilla con el que el remitente de la carta citada representaba lo difícil de tener la voluntad y la claridad de juicio y firmeza para llevar a la práctica ideales radicales: estar en la raíz de lo que significa la naturaleza, de lo que significa la raíz de lo ético, de lo que significa la raíz de lo justo; todo lo cual implica

inevitablemente un conflicto con los hombres que destruyen el entorno natural, imponen leyes que discriminan al ser humano por su raza y creencias o cometen injusticias motivados por sus bajas pasiones codiciosas.

Esta actitud «sublime» iría conquistando a diferentes generaciones desde la segunda mitad del siglo XIX hasta hoy mismo, con nombres propios que podrían haberse mirado en su espejo contestatario y pacífico como Mahatma Gandhi y Martin Luther King. No en balde, el mensaje de Thoreau enseguida cobró una dimensión sociopolítica innegable, desde luego, sobre todo en Norteamérica: «En los años sesenta, su popularidad entre los militantes por los derechos cívicos y la generación *flower power* terminó de convertirlo en un icono», advierte Michel Granger —en una entrevista titulada «Thoreau, un filósofo para hoy», donde da cuenta de cómo su legado es más pertinente que nunca en nuestra sociedad, para el replanteamiento de acciones y hábitos propios del capitalismo—, logrando «la hazaña de convertirse al mismo tiempo en héroe popular y héroe de la cultura de la élite intelectual».[6] Algo que quizá no hubiera desagradado a un hombre que puso como premisa básica la sencillez más pura como pauta para vivir y que a la vez siempre puso el acento en la importancia de los grandes clásicos literarios en su lengua original.

Pero ¿quién era en el fondo este individuo que ansiaba lograr sacarle el máximo partido a la vida desde la relación con las montañas y los ríos, desde el rechazo a los bienes de consumo y las innumerables hipocresías sociales? Todo lo que sabemos de él puede hallarse en útiles biografías publicadas hasta la fecha —la cantidad de libros que van apareciendo al respecto año tras año en Estados Unidos es inabarcable—, desde lo escrito por ejemplo por Will H. Dircks en su edición de *Walden* (Londres, 1886) que llegó a conocer Antonio Machado, como enseguida veremos, hasta la que preparó uno de sus máximos especialistas en lengua castellana, Antonio Casado da Rocha, que da en el blanco al señalar que los dos millones de palabras del diario de Thoreau «es y será siempre su única biografía autorizada».[7]

Según Woolf, en el artículo aludido, Thoreau «ha tenido suerte con sus biógrafos, a quienes les ha atraído no sólo su fama, sino la simpatía que despiertan sus puntos de vista, aun cuando no hayan sabido contarnos gran cosa acerca de él, al margen de lo que podamos encontrar en sus libros».[8] Y aquí está el quid de la cuestión: sus libros en realidad son producto de sus diarios, de su pensar diario, y en ellos está la mejor biografía posible, la mirada interior de un hombre con apariencia de seguridad absoluta que sin embargo escondía, reconocía, limitaciones o dudas. «No quiero sentir ya mi vida como si fuera una estadía. La filosofía que así la pinta es falsa. Ya es hora de empezar a vivir», apunta el día de Navidad de 1841;[9] y diez años más tarde, pareciera que en lo más profundo de su ser todavía habita la incertidumbre de encontrarse: «Aquí estoy, con treinta y cuatro años, y mi vida aún casi no se ha abierto. ¡Cuánto hay todavía en germen! Hallo, en tantas ocasiones, tal intervalo entre mi ideal y su circunstancia actual, que podría decirse que aún no he nacido».[10]

Este anticonformismo perpetuo incluso dirigido a sí mismo es una de sus

señas de identidad. Para un hombre que se pregunta cómo vivir, y se responde con la dicha que ejerce en su ánimo palpar el mundo animal y vegetal con una intensidad incomparable, la vida siempre tendrá un reverso oscuro: lo que estropea el hombre con sus falsedades, violencias y mezquindades. Por eso su necesidad de aislarse, de alejarse parcialmente de todo ello en lo que su vida robinsoniana en Walden Pond marcará un hito para, ciertamente, convertirlo en un icono; como dice en su diario: «Tengo un cuarto sólo para mí mismo: la naturaleza. Es un lugar que se encuentra fuera de la jurisdicción de los gobiernos humanos. […] Hay dos mundos: la oficina de correos y la naturaleza. Conozco ambos. Me olvido constantemente de la humanidad y de sus instituciones, como olvido los bancos».[11] Su jurisdicción son sus ideales, insobornables, más allá de ser o no entendido o que su comunicación vaya más allá: «Predico en el desierto, como bien sabe; esto es: para mí mismo», le dice por carta a Blake.[12]

Un superhombre excéntrico

En 1907, en el segundo número de la revista *Renacimiento* de Madrid, aparecía un apartado titulado «Glosario» que iba sin firmar pero que escribía uno de los poetas españoles que se mostrarían más sensibles a la impronta de Thoreau, Antonio Machado. La sección, que había empezado el mes anterior con un texto dedicado a Miguel de Unamuno, iba encabezada por estas significativas palabras: «Bajo este título pienso hacer unos cuantos trabajos, en prosa y verso, encaminados a preparar el alma a bien vivir».[13] En aquella por entonces segunda colaboración, la elección había sido glosar la figura de Thoreau, pues en la revista se publicaba la traducción del capítulo «Soledad» de *Walden*. El título general de Machado era «Tímidas consideraciones sobre el miedo de vivir y caminos para libertar a Dios, que está esclavo, según afirmó don Miguel de Unamuno». Thoreau no tendría ningún miedo de vivir y, lo que resulta más aleccionador y ejemplar, como se verá, tampoco a morir.

La introducción a *Walden* de Will H. Dircks es la fuente usada por el poeta sevillano para escribir su loa a Thoreau, haciéndose eco de la familia, mitad sajona mitad francesa, de «este poeta, estudiante, gitano, naturalista, moralista» y, sobre todo, «trascendentalista»; entonces, alude a sus paseos por los bosques de Walden en los que «anudó la intimidad romántica con la naturaleza, que había de ser distintivo de toda su vida, intimidad que Hawthorne pudo llamar maravillosamente y sin semejante, "hasta el punto —dice— de que cuando esté escrita la biografía de este hombre, parecerá un mito"».[14]

Un mito al que no le han faltado tampoco interpretaciones que relativizan su inspiradora conducta y la personalidad que hay detrás de aquel que se propuso el hermoso reto de ir «hacia una vida más verdadera y más pura». Muy particularmente, hay que mencionar al respecto, como en el caso de Virginia

Woolf, a otro gran narrador y lector, Robert Louis Stevenson, que basándose en un libro aparecido en 1878 también en Londres como el de Dircks, *Thoreau: his Life and Aims*, de J. A. Page (seudónimo de A. H. Japp), dibuja este perfil del autor en su artículo «Henry David Thoreau: su carácter y sus opiniones»: «No era un hombre de trato fácil, no era corpulento, no era urbano, ni siquiera era amable; apenas sonreía cuando disfrutaba de algo y, si lo hacía, su sonrisa nunca era lo bastante amplia como para resultar convincente; no tenía en su naturaleza tierra baldía ni cubo de basura: todo su ser estaba siempre en proceso de mejora y superación». Una impresión física general que, según el escritor escocés, no tendría la mejor fachada: las palabras «el rostro de Thoreau, afilado, penetrante, y con esa gran nariz»[15] con las que intenta retratárnoslo recuerdan otras nada diplomáticas, incluso crueles y desproporcionadas, de Nathaniel Hawthorne, al que Thoreau conocería en verano de 1842 en Concord y que escribió esto en su diario: «Es feo como un pecado, de gran nariz y extraña boca, y de modales toscos, algo rústicos, aunque corteses, correspondientes a su aspecto exterior».[16] Lo que confirmaría su hijo Julian al decir de él que era —conservamos la contundencia de cómo suena en su idioma original— «*short, dark, unbeautiful man*».[17]

*

Su primer biógrafo, Ellery Channing, en 1873, otro ilustre componente de los trascendentalistas y uno de sus amigos más íntimos, no estaría de acuerdo lógicamente con semejante descripción. Él habló en cambio de sus ojos azul-grises, de sus labios prominentes, de su abundante pelo castaño, y esa majestad ya mítica que mostraba su porte, solemne pese a su escasa estatura corporal, apenas un metro y setenta centímetros: «Toda su figura tenía una seriedad activa, como si no tuviera un momento que perder».[18] Igualmente, Emerson tendría preciosas consideraciones para con él, registradas en su kilométrico diario, que bien pueden resumirse en estas líneas del biógrafo Carlos Baker: «Una mente de amplias miras, principios rectos, percepciones claras, una fe existencial en lo que ven los ojos y sienten los músculos, el desafío a la pomposidad magistral, una dosis no pequeña de rebelión contra el *statu quo* social: éstas eran las cualidades y las actitudes que, según parece, Emerson más admiró en los primeros meses de amistad».[19] La sencillez, el laconismo irónico, su temperamento reservado e incluso silencioso, su antisometimiento eran los otros elementos que el escritor de Boston apuntaba junto con este tan sugerente y expresivo: su «constante actitud amenazadora»,[20] de alerta continua —como un erizo, al decir de Baker—,[21] de la que surgía siempre en primera instancia una intención de contradecir lo que se le propusiera.

Emerson también alabaría en su diario (1839) la intención de Thoreau de no

marcarse una carrera laboral específica y su propensión a vivir el ahora, sin las habituales quejas que adornaban el día a día del resto de vecinos. Sin embargo, el que apodarán «sabio de Concord» también captará las facetas menos positivas de Thoreau, como el hecho de ver que tenía «algo de militar» y que rara vez se mostraba «tierno».[22] Esa aparente falta de simpatía y afectividad, asimismo ya legendarias, contrastaban con sus tremendas cualidades físicas, que asombraron a todos los que lo conocieron, ya fueran campesinos que le encargaran labores como agrimensor o compañeros de excursiones. «Las facultades de Thoreau —explica Stevenson— estaban a la altura de su timidez moral, pues no eran más que excentricidades, todas ellas: podía caminar por el mundo, atravesar los bosques en una noche oscura, guiándose por lo que tocaban sus pies; podía coger una docena exacta de lápices sin mirar, sólo sintiéndolos con el tacto, y medir las distancias con precisión y calibrar el contenido cúbico de algo, a simple vista.» La lista de habilidades sigue y sigue, pero a modo de conclusión, el autor de *La isla del tesoro* dice que «había pocas cosas que no fuera capaz de hacer. Podía construir una casa o una barca, fabricar un lápiz o un libro. Era un vigilante, un estudioso, un historiador de la naturaleza. Era capaz de correr, caminar, trepar, patinar, nadar y gobernar un barco».[23]

Una vida, pues, al aire libre, sin horarios ni prisas, aprendiendo de la práctica y la observación, como llevará hasta el paroxismo en su vivencia solitaria en Walden Pond. Para el autor escocés, esa «vida de superación» no podía regirse obviamente por un horario o por la asunción de un empleo que consistiera en encerrarse en una oficina. «Huía de todo lo que la vida tiene de mecánico; para él todo debía ser —en la medida de lo posible— espontáneo, fluir progresivamente.»[24] Su propio cuerpo se lo comunicaba en cada amanecer. Stevenson recuerda un pasaje en que Thoreau explica por qué se abstiene de tomar té y café, «pero estoy seguro de que he captado su sentido: pensaba que era antieconómico, e indigno de un auténtico virtuoso, mancillar el éxtasis de la mañana con tan sucios estimulantes; él sólo necesitaba ver salir el sol, y ya tenía la inspiración precisa para realizar sus tareas cotidianas». La espontaneidad y la fluidez de vivir tienen que ir parejas a la simplicidad de la naturaleza, y esto implicaba, por supuesto, abstenerse de lo que los demás disfrutan «con inocencia y placer»,[25] es decir, de la mayoría de cosas. Cuando salía, anota Emerson, «llevaba un sombrero de paja, zapatos recios, pantalón gris resistente, para enfrentarse a robles y zarzaparrillas y para trepar por un árbol a coger el nido de una ardilla o de un halcón».[26]

Éste era Thoreau ante los ojos ajenos por medio de diversos y muy autorizados compañeros o admiradores, pero ¿cómo él se veía a sí mismo?, ¿cuál y cómo era el yo del nacido David Henry hasta que volvió de la universidad, ya convertido en el escritor Henry David?

El salvaje inspector de tormentas

Henry David Thoreau fue el tercero de los cuatro hijos que tuvieron John Thoreau, un maestro de escuela que ejerció en Boston y se metió en el negocio de la fabricación de lapiceros de grafito gracias a su cuñado, y Cynthia Dunbar, que como dice Casado da Rocha en *Thoreau. Biografía esencial*, «deseaba dar la mejor educación posible a sus hijos y lo consiguió», de tal modo que los esfuerzos económicos de la familia hicieran posible que tanto Henry como su hermano John entraran a estudiar en una escuela mixta en la que su único profesor «les enseñó a leer en su lengua original a Virgilio, Salustio, Cicerón, César, Eurípides, Homero, Jenofonte, Voltaire, Molière y Racine», un dato este que transcribimos porque luego será clave a la hora de entender la dimensión de ciertas afirmaciones desarrolladas en *Walden*. «También había clases de geografía, historia, ortografía y gramática, astronomía, botánica, álgebra y matemáticas», sigue apuntando el biógrafo,[27] que destaca una redacción escrita de Thoreau a los once o doce años —que ya por entonces recibía el apodo de «el Juez», por su actitud solemne y severa— al ya mostrar los dos ingredientes que capitalizarán su obra de adulto: el ciclo de las estaciones y el *carpe diem*.

Ambos ítems tendrían un estrecho vínculo con la sensación que él mismo declaró en *Musketaquid*: la de estar «convencido de que mi genio proviene de una era más antigua que la agrícola. […] Y es que hay en mi naturaleza un anhelo singular hacia todo lo salvaje».[28] En sí mismo él es, se vio y se sintió *naturaleza*, de modo que tamaña percepción espontánea encaja a la perfección con la célebre autodefinición que dejó dicha en *Walden*: «Durante muchos años me nombré a mí mismo inspector de tormentas de nieve y de lluvia y cumplí fielmente con mi deber; agrimensor, si no de carreteras, de sendas forestales y de todas las rutas de cruce, y de barrancos salvados por puentes y transitables en cualquier estación, cuya utilidad había atestiguado el talón público».[29]

La agrimensura (el arte de medir tierras) le proporcionó de vez en cuando una forma de ganarse el dinero mínimo para enfrentar gastos indispensables —dice Stevenson que durante más de cinco años «trabajaba seis semanas y tenía todo el invierno y la mayor parte del verano a su disposición»—,[30] además de observaciones valiosas que tendrían que ver con la forma de ser de sus conciudadanos; es el caso de cuando, en su artículo «Una vida sin principios», hace notar cómo aquellos que le contratan no esperan a cambio un trabajo bueno y preciso que indique exactitud, sino la forma de medir que indique más metros, en referencia a la importancia de hacer bien una labor cualquiera más allá del dinero que tal cosa reporte y con respecto a contratar a alguien a quien le guste lo que se le encomienda y no sólo le mueva el aspecto económico.

En cualquier caso, una tarea perfecta para su talante, medio sociable medio misántropo —lo juzgará el lector cuando traigamos la voz de Thoreau en este asunto—, pues no en balde: «Encuentro más amigos y parientes entre el liquen de las rocas que en cualquier libro. De verdad, parece que mi naturaleza es salvaje y ansía todo lo salvaje», dice en su diario.[31]

Dan cuenta de ello muchos de sus pasos, como aquellos que realizó a Cape Cod

en tres excursiones distintas, publicados póstumamente en 1865 y que, en su edición de 1908, contó con una serie de láminas del ilustrador Clifton Johnson, que había tenido la iniciativa de seguir las huellas de Thoreau por el territorio que éste visitó, incluso en el mismo mes del año, para aproximarse a lo que vería el escritor medio siglo atrás. Él mismo decía en la introducción: «Las personas que él prefería eran de un tipo más primitivo [que los urbanitas acomodados], sin artificios, con el valor necesario para librarse de las ataduras de la moda y las costumbres heredadas. Le gustaba especialmente la compañía de aquellos que vivían en estrecho contacto con la naturaleza. Un irlandés semisalvaje, un rudo granjero, un pescador o un cazador le producían verdadero placer».[32]

En su primer libro, *Naturaleza*, de 1836, Emerson ya había abordado la cuestión del ser humano imbricándose con la naturaleza, lo que viene a considerarse un manifiesto del trascendentalismo y que Thoreau sacó de la biblioteca de la Universidad de Harvard en dos ocasiones el año siguiente, el de su graduación. Reflexionando sobre su escritura, Emerson expresaba su deseo de registrar sus pensamientos con sinceridad «en esta agradable y contrita vida en el bosque que Dios me concede», y en el primer capítulo del libro comentaba la «euforia perfecta» que había sentido en plena naturaleza y cómo ésta hacía señales al hombre, que vivía en ella una juventud perpetua mediante esa relación mágica e invisible.

Thoreau y Emerson no tardarían en pasear juntos por los bosques, y al final sería el segundo —casado, ya con un hijo por entonces y autor reputado, además de orador y conferenciante— el que aprendería del joven soltero y libre que dejaría de ser un escritor inédito en 1840, con la publicación de su primer ensayo, «Aulus Persius Flaccus», precisamente, en el primer número de la revista que aglutinaba a los trascendentalistas, *The Dial* (Thoreau publicaría en sus dieciséis números).

Al año siguiente, Emerson anotará en su diario: «El buen dios del río ha adoptado la forma de mi valiente Henry Thoreau y me ha introducido en las riquezas de su oscuro río iluminado por las estrellas y la luna, un hermoso mundo nuevo…».[33] Una buena forma de decirlo: el viejo mundo visto con ojos que lo convierten en un mundo nuevo si se cultiva en el interior una forma de vida tan ancestral como simple y anacrónica: «Quiero vivir siempre de manera que mi gozo y mi inspiración surjan de los acontecimientos más comunes, fenómenos cotidianos, para que pueda inspirarme con lo que a cada hora perciben mis sentidos, mi caminata diaria, la conversación de mis vecinos, y no pueda soñar otro cielo que el que se extiende sobre mí», escribirá Thoreau en 1856, demostrando así que esa intención no se da por sentado ni se tiene asumida *per se* en el existir diario tras el debido planteamiento, sino que se replantea cada día, se constata cada día para que no desfallezca la ilusión de buscar el arte de vivir mediante el contacto con las cosas comunes, que son las más gozosas, pues, como dice inmediatamente: «Si un hombre adquiere el gusto del vino y del brandy al precio de perder su amor por el agua, ¿no deberíamos compadecerle?».[34]

El abstemio y austero hasta el extremo Thoreau predica con el ejemplo, eso

está claro. En *Walden* presume de no haber conocido un hombre peor que él mismo,[35] en lo que constituye un gesto de poca creíble modestia, y en las que son algunas de las páginas más autobiográficas que tenemos de él, salvando por supuesto los diarios privados, da cuenta de su evolución como miembro de la comunidad de Concord. Sostiene así que tras ocuparse fielmente de sus asuntos —entiéndanse los que tienen que ver con la más obvia ociosidad— «resultó cada vez más evidente que mis conciudadanos no me admitirían en la lista de los empleados públicos ni convertirían mi puesto en una sinecura con una paga moderada»,[36] dice en un pasaje que sirve de ejemplo de la ironía fina que era del gusto emersoniano.

Thoreau no quiere pertenecer por voluntad propia ni someterse siquiera a regañadientes al orden social, institucional, laboral. El *miedo a vivir* al que aludía Machado en el unamuniano título de su sección en la revista *Renacimiento* está tan lejos de él como las estrellas que contempla extasiado por las noches. Se autoexcluye de esta manera, por así decirlo, de lo previsible y acomodaticio, de lo que propugnan el calendario y el reloj, de lo que insinúan las votaciones y las misas, del flujo de la compraventa y el materialismo en las granjas, los pueblos y las ciudades. Su *negocio* es otro; usa esta palabra humorísticamente al referir cómo, en el primer capítulo, titulado curiosamente «Economía» —que no tiene nada que ver con un propósito de vivir en Walden Pond de manera barata o cara, puntualizará—, llevó a término «ciertos negocios con los menores obstáculos» cuando decidió instalarse allí tras «saber que probablemente mis conciudadanos no me ofrecerían una habitación en el tribunal de justicia, ni una coadjutoría o beneficio en parte alguna». Tendría que valerse por sí mismo, señala, y eso significaba tomar la determinación de ir «a los bosques, donde era más conocido».[37] El mejor lugar, sin duda alguna, para inspeccionar tormentas.

Abstemio, vegetariano, indiferente

La seguridad en sí mismo que proyecta Thoreau no puede sino descansar en presupuestos morales y conductuales firmes, coherentes, permanentes, al fin y al cabo los que lo han convertido en referente moral en diversos momentos de la historia alrededor de situaciones antibelicistas, ecologistas y antiesclavistas. En su caso, además, la vida y la escritura tienen también que estrechar lazos para que el mensaje sea homogéneo y eluda incongruencias. Javier Alcoriza, en su edición de *Walden*, habló de esa situación paralela entre los hechos y las palabras, cuya distancia «sería análoga a la que habría entre la vida y los principios según los cuales es vivida. La pregunta de qué ha de contarse, en el caso de un escritor, no podrá separarse de la pregunta sobre cómo ha de contarse. Aplicada a la vida de las personas, en general, la pregunta se transforma en ésta: ¿cómo hay que vivir? ¿Cómo hay que ganarse la vida?».[38] La obra de Thoreau es una continua respuesta

a tales interrogantes, simplemente con su ejemplo; con su ejemplo escrito que sirve, como él ansiaba, de autobiografía. De una autobiografía donde triunfan los principios.

Del diario a la conferencia, al artículo o al libro, ese periplo de su pensamiento puede palparse y entenderse como todo un corpus de ideas que se comunican entre ellas, que alcanzan la voz pública tras el apunte privado, y cuyo tránsito de un género a otro —aunque ya Woolf decía que todos los libros de Thoreau son *diarios*— las hace confirmarse, redondearse para compartirlas con la expresión más sinceramente introspectiva: «Creo que mi vida es muy hogareña, mis placeres muy baratos —se explica un día de octubre de 1856—. Gozo y pena, éxito y fracaso, grandeza y mezquindad y, de hecho, la mayoría de las palabras de la lengua inglesa no tienen para mí el mismo significado que para mis vecinos». Tal era su impresión al respecto, tan diferente se veía de los demás, que detecta cómo «mis vecinos me miran con compasión, que creen que es un destino mezquino y desgraciado el que me lleva a pasear tanto por estos campos y bosques y a navegar a solas por este río. Sin embargo, desde que he hallado que éste es el auténtico Elíseo, no puedo dudar de mi elección».[39] El meollo reside, pues, en ello para alcanzar esa ansiada existencia de principios: confiar en lo que se elige, saber qué es y quién es uno mismo, y reclamar para sí lo que se intuye más apropiado para la vida: «Dadme temas sencillos, baratos y domésticos».[40]

Esta idea la desplegará en *Walden*, cuando diga preferir «sentarme en una calabaza y tenerla toda para mí antes que apretujarme en un cojín de terciopelo. Prefiero transitar por la tierra en un carro de bueyes de libre circulación antes que ir al cielo en el suntuoso vagón de un tren de excursión y respirar la *malaria* por el camino».[41] La simplicidad, tema al que volveremos porque es uno de los ejes de su pensar y de su vivir, implica para llevarlo a la práctica no ser «demasiado remilgado; en caso de necesidad, a veces podía comerme una rata frita con verdadero gusto. Me alegro de haber bebido agua durante tanto tiempo, por la misma razón por la que prefiero el cielo natural al cielo de un comedor de opio», como dice en el capítulo «Leyes superiores».[42] Leyendo estas líneas y las siguientes, se diría que Thoreau no experimentó un instante que no estuviera comandado por la más estricta sobriedad, por más que señale que hay distintos infinitos de ebriedad, como la que induce la música, y acabe apuntando que de todas ellas ninguna es igualable a la del aire que respira.

Abstemio, y también vegetariano. Pues, aunque en el capítulo aludido defiende la idea de que la caza es un esparcimiento valioso a la hora de educar a los niños —«Siento lástima por el muchacho que nunca ha disparado una escopeta; no es más humano, mientras que su educación ha sido lamentablemente descuidada»—,[43] enseguida afirma que tras la etapa juvenil, irreflexiva la califica, ningún ser humano debería quitarle a otra criatura la misma vida a la que también tiene derecho. Él mismo vendió su escopeta antes de consagrarse a su vida en los bosques, reprochándose el hecho de que haber estudiado ornitología durante años no era suficiente excusa para llevarla (y suponemos usarla), y, por si fuera poco, acabó perdiéndose el respeto cada vez que intentaba pescar ya instalado en

Walden Pond; tenía que sufrir todas las molestias de limpiar y cocinar los peces que, al fin y al cabo, en absoluto le salían a cuenta: «Un poco de pan y algunas patatas habrían servido lo mismo, con menos trastorno e inmundicia», se acaba diciendo.[44]

Thoreau contrasta entre «aquel que come carne y aquel al que perteneció». El disfrute pasajero del primero choca con la privación de la existencia que sufre el segundo: «¿Quién cometería tamaño crimen contra un pobre animal, que sólo se alimenta de las hierbas silvestres que crecen en los bosques, y cuyo estómago está azotado por el hambre?». En esta ocasión, son palabras de la obra de Visnú Sharma *Jitopadesa*, que cita en *Musketaquid*, en un párrafo en que dice sentirse como un hombre prehistórico, «cazando liebres montaña abajo. ¡Oh, miserable de mí! Y, sin embargo, las ovejas y los bueyes no son más que ardillas grandes, cuyas pieles se conservan y cuya carne se sazona, cuyas almas quizá no sean tan grandes en proporción a sus cuerpos».[45] Una página atrás, había narrado cómo él y su hermano habían cazado una paloma, pues en su viaje se tenían que abastecer sobre todo de lo que el río y el bosque ofrecían, aun considerando que a esta ave no le estaban dando «un trato digno al despojarla de sus plumas, sacarle las entrañas y asar su cadáver en las brasas». Lo cual sirve para encontrar que los seres humanos «somos armas de doble filo», cazadores y a la vez amantes de la naturaleza. Ellos mismos habían despellejado y eviscerado unas ardillas que al final no se comerían por asaltarles «un empuje tardío de humanidad».[46] Una lección sobre el terreno que eleva en *Walden* a la afirmación de que todo hombre que desee conservar lo que llama «sus facultades superiores o poéticas en las mejores condiciones»[47] dejará de comer animales e incluso se inclinará por comer de forma muy moderada.

Llegará a sentir tanta afinidad por la vida animal que no duda en desear encarnar la conducta de los seres que observa en el bosque. Thoreau se sabe un hombre templado —otros dirían, como hemos visto, totalmente frío— y reconoce, y eso le honra pues son muy escasas las ocasiones en que se muestra ignorante salvo cuando se compara con los sabios animales, que «del sufrimiento profundo creo saber comparativamente poco». Eso es lo que le escribe a Blake, interlocutor al que toma como excusa para analizar cómo «mis más tristes y genuinos sufrimientos no son más que lamentos transitorios. El lugar del sufrimiento lo ocupa, tal vez, una suerte de dura y proporcionalmente estéril indiferencia».[48] La autodefinición es exacta, así cabe identificar claramente al Thoreau que camina a su antojo, no se aviene a nada que tenga un sabor asociativo y critica la vida urbana con un deje de superioridad y casi se podría decir disgusto, una rabia enmascarada en brillantes argumentaciones muy complicadas de rebatir.

La máscara, de esta manera, está hecha de esa dura indiferencia hacia los demás que sólo se transforma en ternura cuando quiere, digamos, *metamorfosearse* en un ser vegetal en el que se quiere ver reflejado: «Me siento pariente de la mata de hierba —le sigue explicando a su amigo—, y participo en gran medida de su aburrida paciencia, que aguarda en invierno el sol de primavera. […] Me conformo fácilmente con una felicidad ligera y casi animal. Mi felicidad es parecida a la de las

marmotas». Ni las posesiones, ni vivir un romance, ni lo crematístico pueden otorgar a Thoreau ni una insignificante porción de la dicha que sabe que, por un lado, seguro hallará en los aprendizajes que regala cada segundo del tiempo la naturaleza y, por el otro, en una suerte de paz interior que nada puede desbaratar y que se proyecta mediante un aspecto exterior que encaja con la calma interior que lo incentiva: «Un hombre debe estar sereno y ser serio en su porte», escribe en el diario,[49] como si quisiera buscarse a sí mismo describiendo lo que intuye que es lo ideal en el trato humano.

Esta apabullante seguridad en sus posibilidades y condiciones tal vez sea la faceta que más destaque de una personalidad compleja como la de Thoreau, un introvertido casi enfermizo pero con un ansia de comunicación extraordinaria. Apenas se asoman a su pensamiento-escritura briznas de desazón, de incertidumbre por si los principios que lo gobiernan son los apropiados, de miedo a algo, ya sea tangible o inmaterial. Únicamente se filtran, a lo largo y ancho de sus miles y miles de prosas exentas de sentimentalismo, reflexiones que inciden en un único temor, por otro lado coherente con su forma elevada de sentir lo viviente: «No temo exagerar el valor y el significado de la vida, sino más bien no estar a la altura de la ocasión que la vida representa. Sentiría tener que recordar que yo estuve allí, pero que no advertí nada reseñable», le escribe a Blake,[50] lo que recuerda aquello que se lee en el capítulo «Dónde vivía y para qué», de *Walden*: «Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentarme sólo a los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que la vida tenía que enseñar, y para no descubrir, cuando tuviera que morir, que no había vivido».[51]

Es lo mismo que el señor Keating, el bienhumorado personaje interpretado por Robin Williams en *El club de los poetas muertos*, les recita a sus alumnos para recordarles las sesiones poéticas en su juventud entre compañeros de colegio; lo mismo que verá el curioso de Concord siguiendo un sinuoso sendero al borde de la laguna, cuando llegue al trozo de bosque donde vivió Thoreau y se encuentre con esas mismas palabras, escritas de forma algo rudimentaria en una madera clavada en la tierra.

No haber vivido, la única posible preocupación de Thoreau, queda solventada por su entrega sin fisuras a una vida de corte tan espiritual, y al mismo tiempo tan ligada al reino animal y vegetal, que hasta «debo confesar que nada me resulta tan extraño como mi propio cuerpo. Cualquier pedazo de naturaleza me resulta mejor. […] Soy como una pluma flotando en la atmósfera».[52] Estas pocas extrañezas son gotas en todo el desierto desprovisto de inseguridades de Thoreau, que sólo una vez sufrió un desasosiego profundo, y perfectamente comprensible, si bien fue del todo pasajero pese a la gravedad de lo sucedido. Y es que dice, en su diario un día de 1850, el escritor naturalista y ecologista más inspirador probablemente del último siglo y medio: «En una ocasión le prendí fuego al bosque».[53]

El incendiario tranquilo

Fue en abril de 1844 cuando Thoreau y un compañero al que no nombra pero que se llamaba Edward Hoar (1778-1856) —hijo de un importantísimo político abolicionista y abogado— tomaron rumbo en bote hacia el nacimiento del río Concord para acampar en la ribera o incluso alojarse en alguna cabaña o granja. Pensando en la cena, lograrían atrapar unos cuantos peces que se dispondrían a cocinar

> a la orilla del estanque de Fair Haven. La tierra estaba más seca de lo habitual, y el fuego, que habíamos encendido en una ladera soleada y retirada, al este del estanque, se extendió de repente a la hierba seca del año pasado que había alrededor del tocón donde lo habíamos prendido. Brincamos para apagarlo, primero con pies y manos, luego con un tablón que encontramos en el bote, pero en un par de minutos ya estaba fuera de control; al estar en una ladera, el fuego se extendió rápidamente, colina arriba, por la hierba seca y tupida que había entre los arbustos.[54]

Asustados ante la posibilidad de que el fuego, «salvaje e imparable», alcanzara el pueblo, intentaron avisar a los vecinos, o incluso despertarlos porque ya era de noche, pero la propagación era inevitable: «Así avanzaban las llamas con agreste placer, mientras sentíamos que no había modo de controlar a la criatura demoníaca que nosotros mismos habíamos despertado». Thoreau, exhausto de correr delante de unas llamas que se extendían media milla, se resigna y sube a la roca más alta que encuentra para ver sentado el avance del fuego y otear cómo la gente del pueblo se moviliza tras sonar una campana de alarma. «Hasta ese momento, me había sentido culpable y lleno de vergüenza y arrepentimiento. Pero enseguida logré tranquilizarme a mí mismo. Me dije: "¿Quiénes son estos hombres que dicen ser los propietarios del terreno? ¿Cuál es mi relación con ellos? Le he prendido fuego al bosque, pero no hay nada malo en lo que he hecho, y ahora es como si un rayo lo hubiera provocado. Estas llamas no están más que consumiendo su alimento natural".»[55] Thoreau, pragmático siempre al instante, añade entre paréntesis que desde ese día no le preocupó el incidente más que como si hubiera sido efectivamente provocado por un rayo. «Así que, una vez tranquilizado me senté a ver las llamas que se acercaban. Era un espectáculo glorioso y yo era el único que estaba disfrutando de él.»[56]

En total, serían unos trescientos acres (1,2 km^2) calcinados del bosque de Concord que, lejos de constituir un accidente del que dolerse e incluso ocultarse, del que entristecerse o ponerse nervioso, sería para Thoreau otra útil lección de cómo tomarse las cosas interpretándolas desde un prisma que a uno mismo le funcione: «A fin de cuentas, un incendio es, sin lugar a dudas, algo ventajoso», afirma con un tono que a alguno le sonaría a cinismo. «Barre y ventila el suelo del bosque y lo deja limpio y despejado. Es la escoba de la naturaleza. Al destruir los arbustos enclenques, hace descollar a los árboles grandes y robustos, y deja una madera sobre la que uno puede caminar a sus anchas.» Y para redondear su teoría, hasta sostiene que a menudo ha gozado caminando por bosques que habían ardido anteriormente. Fuego benefactor, pues, gracias al cual, como dice unas semanas más tarde de contar ese episodio incendiario, «desaparece la madera muerta y

podrida, no hay ya ramitas que crujen al pasar, y, de este modo, en dos o tres años, los campos de arándanos crecen; para el pueblo, para los pájaros, para los hombres».[57]

Se camina mejor en un suelo donde crecen nuevos brotes vigorosos, añade; Dios no se disculpa cuando un rayo quema el bosque, se justifica. ¿Por qué entonces él debería pedir perdón o sentirse mal? Apenas surge de su compasión por la naturaleza la mención de tres palomas que se habían perdido en la nube de humo y de las ardillas que huían de las llamas. Cuando el fuego se acerca a la roca desde donde está viendo todo, entonces decide colaborar con el resto de vecinos y, al cabo de varias horas, entre todos acaban sofocándolo. Algunos pierden sus propiedades y están apesadumbrados, pero a Thoreau tampoco tal cosa le despierta piedad, sino que dirige su mirada hacia la mayoría, siempre buscando en el resto de individuos los intersticios donde se escapa la hipocresía o la banalidad: «Cuando, al final del día, volvía a casa junto a otros vecinos del pueblo, advertí que la muchedumbre que tan rápidamente había condenado al individuo que había provocado el fuego, no simpatizaba con los propietarios del terreno, sino que estaba regocijada y como agradecida por la ocasión que tanto entretenimiento les había proporcionado».[58] Bien mirado, piensa el autor tras el transcurso de los años, la construcción y el paso de la vía ferroviaria ha seguido quemando, a su manera, toda aquella zona, y hasta le costará tildar su negligencia de «falta».

El mensaje de lo sucedido será, como todo en la visión de Thoreau, aleccionador. El lector de su diario encontrará que, tras la narración del incendio, el escritor aporta su perspectiva de cómo es mejor extinguir las llamas, pues ese mismo día que estaba escribiendo (4 de junio de 1850) había participado en la extinción de uno. Usar una rama de pino bronco, rodearlo con decisión, limpiar la tierra de rastrojos y cavar zanjas a una distancia apropiada son los pasos, según él, a seguir, y se diría que son harto fáciles de poner en práctica de la forma en que lo expone.

Con todo, ni aun en medio del fragor de un fuego vivo, de todo ese estrés en el que lo más normal es ceder a la angustia, el miedo y el agotamiento, Thoreau dejará de estar conectado con la naturaleza, de tal modo que oye «la melodía subyugada, el último suspiro, el grito claro, delgado y estridente de los árboles, que daban su postrer aliento y que, seguramente, era aire caliente o vapor proveniente de una hendidura».[59] Dicho de otra manera, la naturaleza nos habla en todo momento, tanto en su nacimiento como en su muerte.

Para ello, habría que entrenar los sentidos, como no dejó de hacer Thoreau durante toda su vida. La visión, el tacto, el oído. Es así que «todos estos pájaros migratorios traen mensajes que se refieren a mi vida», reconoce en su diario.[60] Mensajes que no consisten en señales convencionales que uno pueda imaginar que lleven a pensar en la riqueza de la existencia o admirar el misterio y la belleza animales, sino porque el gorrión, por ejemplo, encumbrado como el resto de aves a ser mitológico por lo serio que se toma a sí mismo, «trina y revolotea y canta en armonía con el gran diseño del universo». El problema sería para nosotros que «el hombre no se comunica con él y no comprende su idioma porque no forma un

mismo todo con la naturaleza». Por todos estos motivos, ni el ave más modesta es mejor que él, piensa, del mismo modo que siente un respeto reverencial por «una ardilla grande, torpe y excavadora. *Artomis*, oso-ratón», la llama, cuyos colores y hábitos se funden con naturalidad «entre las hojas secas, la hierba seca y los arbustos. […] Creo que podría aprender algo de ella. Sus antepasados llevan viviendo aquí más tiempo que los míos. Está mucho más arraigada y aclimatada que yo».[61]

Sólo así, comparado, en sintonía, en diálogo interior con la fauna, la flora y la geografía de Concord, «donde comprobaba regularmente el crecimiento de los árboles y las plantas y medía casi a diario la altura del río y registraba las temperaturas de cada arroyo y manantial»,[62] según Carlos Baker, aprendiendo de lo que habita la geografía de su territorio, se encuentra el Thoreau modesto, casi vulnerable, en perpetuo asombro y benignidad. Si es capaz de celebrar «un día de noviembre limpio, claro y cálido» y decir a continuación: «Me siento dichoso. Me encanta mi vida», es porque «mi calidez se extiende a toda la naturaleza alrededor»[63] en un vaso comunicante que recibe y da plenitud de existir. Con los seres humanos algo así resultaría prácticamente impensable en Thoreau, o al menos algo de tamaño afecto no ha quedado registrado en sitio alguno de sus escritos o insinuado en sus biografías.

Descubrir cómo la abeja Thoreau se propuso el trabajo diario de «cómo vivir, cómo sacarle el mayor partido a la vida, cómo libar la miel de la flor del mundo» es tener que comprender la parte positiva que supone una actitud que se podría catalogar sin ambages de individualista. Sin embargo, se produce la paradoja de que ese encendido porte egocéntrico servirá para ahondar en los errores de sus conciudadanos y, por extensión, a ayudarlos a mejorar sus modos de mirar hacia la educación, la política, la cultura y, por supuesto, la naturaleza.

De hecho, muy joven, en 1842, al parecer preguntado por cómo él estaba pensando en influir en la sociedad y qué mensaje quería dar al mundo, aunque le asaltó cierto ánimo mezquino ante verse en esa situación, acaba escribiendo: «Transmitiría de buen grado la riqueza de mi vida a los hombres, les daría realmente lo más precioso que poseo». ¿Y qué es eso en el caso de un hombre que carece de bienes personales? Pues su «capacidad peculiar para servir al público. Ésa es mi única propiedad personal. Cada cual puede ser así rico e inocente». Una propiedad que, merced a su labor literaria, consiste en «transmitir las partes de mi vida que volvería a vivir con agrado».[64]

Para Thoreau, ni siquiera la tristeza que predispone el recogimiento tiene nada de malo, sino que se trata de algo fértil que no evita, al contrario, llega a buscar «seriamente. Me resulta del todo gozosa. Ahuyenta la trivialidad en mi vida».[65] He aquí otra de sus palabras clave: *trivial*, aquello que remite a ordinario, común, vulgar. Thoreau huye de los pensamientos y acciones que pueden adjetivarse así como las ardillas del fuego. Esa tristeza recibe acomodo en cuanto oye el viento entre los árboles y recupera así, «yo, que hasta ayer llevaba una vida falsa y superflua, mi espíritu, mi espiritualidad, a través del oído». Para Thoreau, agradecido «por el aluvión de vida que me inunda»,[66] como le cuenta a su íntimo

amigo el diario, la riqueza puede consistir en oler las manzanas que maduran. Uno mismo no es merecedor de nada, «no soy digno de la más mínima mirada, y aun así, estoy hecho para regocijarme. Soy impuro y vil, y aun así el mundo ha sido bruñido para placer mío y hay veranos preparados para mí, y mi camino está cubierto de flores». ¿Cómo estar decepcionado ante la vida si con tan poco somos tan dichosos y ricos? Siempre habrá flores para el que esté dispuesto a verlas, decía el pintor Henri Matisse, y definitivamente nuestro escritor permanece en un jardín perenne.

Incluso tiene un buen consejo para aquel que, descontento con cómo va su vida, aspire a algo presuntamente mejor; consistiría en mantener la dieta, despertarse más temprano para salir a pasear, abandonar todo lujo y entregarse a las musas: «Así, le pongo un dique a mi corriente, y mis aguas suben de altura. Estoy, como un buque, cargado de pensamiento»,[67] escribe poniéndose una vivificadora guinda al manjar que le supone cada amanecer. Es el Thoreau inflado de vitalidad que se dice con vehemencia: «¡Atreverme como no lo he hecho nunca! ¡Perseverar como no lo he hecho antes jamás! Estoy ansioso por dar cuenta de la gloria del universo; y ser digno de ello. Mirar, atravesar los valores humanos sin por ello distraerme de los valores divinos. Es razonable, el que un hombre deba ser algo más meritorio al final del año que al inicio de éste».[68] Ahí está la superación, el proceso de mejora que destacaba de él Hawthorne y que hoy constituye toda una enciclopedia de principios para el día a día.

Sarah Bakewell, en un reciente libro sobre cómo el pensamiento de Montaigne puede ayudarnos en nuestro día a día a partir de conocer sus escritos y vida privada, y el contexto social, cultural y político de su tiempo, aludía al Gustave Flaubert que le recomendaba a un amigo los *Ensayos* diciéndole: «No lo leas como hacen los niños, por diversión, ni tampoco como los ambiciosos, para instruirse. No, debes leerlo *para vivir*».[69]

Lo mismo cabe hoy esperar, buscar, encontrar en la vida del David Henry Thoreau antes de la escritura, en la obra del Henry David Thoreau que decide que su principal trabajo es y va a ser escribir. Perseverar, confiar en uno mismo, ser sencillos y sinceros, amar la naturaleza… Los valores humanos estarán imbricados en los valores divinos, pues «es una especie de mundo de hadas este en que vivimos».[70]

El tono ensoñado de esta frase podrá sonar para muchos como no muy propio de Thoreau, pero así quedó escrito en su diario un día de junio de 1851, después de afirmar que no sabía si confiar del todo en su sentido práctico, dado que el sentido común —un concepto negativo a veces para él, como se verá— le hace perder los estribos y ponerse, dice literalmente, trascendente, mostrando por tanto dónde tiene el corazón.

¿Temía demasiado conscientemente Thoreau exponer sus sentimientos de forma abierta y libre como el viento, estrechar más su relación humana a ras de suelo sin tener la tendencia de mirar a nadie por encima del hombro, someterse a las inclemencias del amor y el desamor? ¿De algún modo tendría igualmente cierto *miedo a vivir* con el corazón abierto, un miedo que quedaría sepultado,

irreconocible, por el aluvión de vida que le confería un ente superior, el Universo?

«En cuanto camino unas cinco millas, mi travesía se puebla de acontecimientos y fenómenos. ¿Cuántas preguntas que aún no he hecho a sus habitantes?», seguía diciendo y se acababa cuestionando, como si su deseo profundo fuera también congraciarse con la humanidad, aprender a vivir también de los demás, con los demás. Quitarse *a posteriori*, leyéndole nosotros, las etiquetas de solitario, individualista e incluso misántropo que le hemos colocado a lo largo de los últimos doscientos años y que se avienen tan bien a él hasta que, de pronto, se le caen a tierra y la personalidad de Thoreau se convierte en uno de esos peces escurridizos que pescaba en los ríos y que, una vez los tenía listos para cocinar en el fuego en plena naturaleza, miraba arrepentido.

RELACIONES

THOREAU CON O CONTRA LOS OTROS

Misantropía y soledad

El narrador estadounidense William Saroyan, en su novela sentimental y antibelicista *Las aventuras de Wesley Jackson* (1946), dijo algo sobre la soledad, la lectura y la vida que ahora nos atañería especialmente: «El hombre es una criatura solitaria. Está solo pese a toda la compañía que tiene en el mundo. Está tan solo que a veces se aparta de la compañía del mundo y busca la de los muertos: lee los libros que escribieron hombres que vivieron hace mucho tiempo. O bien busca la compañía del campo y del cielo y de sus criaturas, siguiendo el ejemplo de Thoreau».[1]

El recuerdo que tenemos de Thoreau si no hubiera tenido la determinación de pasarse más de dos años en una casa en los bosques sería bastante diferente. Sí, seguiríamos viéndolo como un hombre que paseaba a solas y se alejaba del bullicio de las gentes y las ciudades, al que le encantaban las excursiones de varios días de duración y dormir al raso, sublimando la parte animal y vegetal por encima de la humana, pero la experiencia y la escritura de Walden —los hechos y las palabras que decía Alcoriza— marcan su trayectoria y convierten aquella decisión en un hito personal, incomparable, único.

Es la apuesta total por el alejamiento y la soledad persistentes, aunque tuviera contacto frecuente con los habitantes de Concord y su familia estuviera a dos kilómetros de distancia. Thoreau no es un Robinsón gratuitamente desdeñoso sin ni siquiera un Viernes que le pueda hacer compañía, pues en su casita recibirá gustoso visitas de amigos o gentes que van de paso; es un solitario que disfruta de *ser* y de ser solitario, y que se aparta voluntariamente para colocarse de cara con lo que la vida tiene que decirle o enseñarle sin filtros, sin obstáculos o condiciones regidas por decisiones sociales. No está en una isla. Se diría que él mismo es una isla, impenetrable para los demás, o la cima inaccesible de un monte al que nunca se podrá llegar del todo por culpa de una niebla de fría severidad.

Tampoco es el tipo de misántropo que popularizó Molière en su obra teatral de 1666, con su protagonista Alcestes hipocondríaco y enamorado de una mujer coqueta, veleidosa y frívola que al final, con su desdén y burla, lo lleva a reflexiones de corte misógino después de que hayamos ido conociendo sus altas miras morales y el desprecio que siente por la sociedad circundante.

La misantropía de Thoreau es más sutil y compleja; por supuesto, fiel a su metódica individualidad, no depende de nadie salvo de sí mismo; no busca el consuelo del amor romántico como excusa en la que apoyarse dentro de un sistema en el que no encaja con vistas a albergar esperanzas; no se limita a denunciar lo que le repele sino a proyectar remedios personales que, sumados uno a uno, se harían globales y mejorarían el mundo al final del año poco a poco.

En una carta a Blake, sostiene que sería mejor que los hombres, «en lugar de ser pigmeos atormentados, fueran Gigantes Desesperados». Emerson cuenta que su vida es tan improductiva y mezquina la mayor parte del tiempo, que se ve

obligado a utilizar toda clase de recursos y, entre otros, a los hombres. «Yo le digo que sólo diferimos en los recursos. El mío es alejarme de los hombres.» Y aquí viene el gran porqué, el alcance de su exigencia ante los demás: «Pocas veces me conmueven por su magnanimidad o belleza».[2] Los hombres no son para él un apoyo, un recurso como en el caso de su amigo, rocas en las que poder poner los pies para atravesar el diario río de vivir, sino una corriente adversa de la que cabe huir.

Al hilo de lo que le dice a Blake, sería pertinente recuperar algo de lo que escribió Woolf en su iluminador artículo: «Hubo otros hombres y mujeres maravillosos, de gran belleza humana, pero remotos. Eran diferentes. A él le costó horrores entenderlos. Eran para él "tan curiosos como si fueran perrillos de las praderas". Todo contacto humano era sumamente difícil; las relaciones humanas eran precarias en extremo, terriblemente propensas a terminar en decepciones».[3] No hay otra manera de decirlo más clara; sencilla y contundente: decepción. Thoreau vive entre el yin que son los seres humanos que le defraudan sin cesar y el yang que es la naturaleza que le hace feliz eternamente. También dirigiéndose a Blake, llena su expresión de clamor al referirse a la vastedad de las tierras donde sólo habitan personas con las que no se tiene afinidad alguna: «La humanidad de todos estos hombres me perturba de forma simplemente monstruosa. En comparación, las rocas, la tierra, las bestias feroces no me son tan ajenas. Cuando me siento en los salones y cocinas de aquellos hasta quienes me lleva mi trabajo [...], siento una especie de temor, un abandono parecido al de un náufrago en una playa desierta».[4]

La isla Thoreau se siente Robinsón no a solas sino en compañía, inscrito en la cotidianidad ajena, que siempre le parecerá monótona, materialista, mezquina. Coincidirá con Woolf aquel que se acerque mínimamente a Thoreau y enseguida perciba que «era un hombre asilvestrado, y nunca se sometería a la domesticación».[5] La bestia feroz, el animal salvaje, era él. Sus garras y sus colmillos tenían la forma afilada de las palabras, y su territorio de lucha eran la escritura y la lectura. En el ámbito práctico, ya vimos gracias a Stevenson que era un hombre con unas habilidades tan numerosas como variadas, así que las dificultades de la soledad sin más asideros que recurrir a las manos y sin otra defensa que la resistencia física no amedrentarían a alguien como él, todo lo contrario. Al fin y al cabo, como le transmite a Blake, la Soledad (en mayúscula) constituye «esa gloriosa compañía [...] desde la que podemos imaginar que el mundo exterior también está poblado».[6]

Pero por eso precisamente, por lo poblado que está ese mundo que no desea para él y que es preferible reinventar imaginativamente poniendo por escrito sus teorías y sensaciones, Thoreau se pregunta si merece la pena el contacto con los demás: «¿Qué sentido tiene ir a ver a gente a quien nunca ves y que no te ve nunca? Empiezo a pensar que no hace falta que nos veamos», dice en su diario un viernes de noviembre de 1851,[7] después de contar que esa misma tarde acudió a una fiesta y no disfrutó en ningún caso de la presencia de las jóvenes que estaban allí; muchachas acostumbradas a marinos animosos que de súbito se encontraban

hablando con «un individuo tan seco», como se define en un acto de sinceridad para consigo mismo.

El paso del tiempo hará que se incremente el aljibe donde se van almacenando la lluvia de decepciones. Las razones de tamaño alejamiento son claras: «Encuentro, como siempre, muy poco beneficioso tener mucho que ver con los hombres. Es sembrar viento sin siquiera recoger tempestades: es recoger tan sólo una calma y una quietud improductivas. Nuestra conversación es meramente una fluida, civilizada e interminable especulación»,[8] le dice a Blake tres años después de aquella tarde festiva en que al final encontraría más entretenimiento —el mismo día en que recuerda la tortura de conversar con chicas en medio del ruido de cuarenta personas hablando a la vez— acompañando a un anciano a almorzar galletas y queso en el bosque, en un rato donde imperó sobre todo el reposo y el silencio entre ellos. Una excepción aquel «señor Joseph Holmer» dentro de una percepción generalizada:

> El hombre que encuentro no suele ser tan instructivo como el silencio que rompe. Esta calma, esta soledad, esta naturaleza agreste, son una especie de eupatorio o consuelda para mi intelecto. Eso es lo que salgo a buscar. Como si encontrara siempre en esos lugares un compañero extraordinario, sereno, inmortal, infinitamente alentador aunque invisible, y paseara con él. Allí al menos mis nervios se calman, mis sentidos y mi mente cumplen su cometido. Sé muy bien que para la mayoría de mis vecinos sería un suplicio verse obligados a pasar una hora aquí, sobre todo un día gris como éste; y, sin embargo, yo recibo esta dulce e inefable compensación por ello. Es lo más agradable que hago. Es evidente que mis beneficios no son válidos para ellos.[9]

Son frases del diario de 1857 que recogen intensamente la postura de Thoreau ante los otros. Solamente le quedaban cinco años de vida, pero todavía formulaba el deseo de perfeccionarse, eso sí, deseando «olvidar durante buena parte de todos los días a todos los hombres triviales, intolerantes y mezquinos (y eso normalmente requiere olvidar también todas las relaciones personales); y por eso vengo a estos lugares solitarios, donde el problema de la existencia se simplifica».[10] El escritor lo tendría muy fácil. Si hoy en día Concord es un pueblo rodeado de un inmenso boscaje sólo atravesado por las carreteras de esa zona del condado de Middlesex —un lugar histórico donde los haya, pues fue fundado en 1643—, durante el segundo tercio del siglo XIX debía de ser, como resalta algunas veces Thoreau al aludir a la inmensidad del territorio norteamericano, una zona virgen pese a la inicial incorporación del ferrocarril.

Thoreau se alejaba solamente una o dos millas del pueblo y conseguía sumirse «en la soledad y en el silencio de la naturaleza, con las rocas, los árboles, las plantas…».[11] Y poco tenía que pasar a su alrededor, simplemente la conciencia de hallarse en una sociedad regida por especulaciones e intereses superfluos o triviales, para acallar lo que da en llamar «ruido superficial» en la carta mencionada a Blake de 1854.[12] Remando por el río adyacente y sintiendo el rocío purificador, a Thoreau le asalta «una infinita tranquilidad» y disfruta de un silencio tan abrumador que llega a encontrarlo «musical».

*

He aquí la intimidad de Thoreau: el dúo de soledad y silencio que le hace compañía y le da la más perfecta melodía que escuchar. Pero no es simple ausencia de ruido, sino algo más profundo e introspectivo: «El Silencio es el refugio universal, la secuela de todos los discursos insulsos y las acciones necias, un bálsamo para todas nuestras desazones, al que damos la bienvenida por igual tras la saciedad y la decepción», escribe en la penúltima página de *Musketaquid*.[13] Escuchar el silencio es posible para todos, en todas las épocas y en todos los lugares, anota en el párrafo anterior, diferenciando entre el silencio, lo que escuchamos hacia el interior, y el sonido, lo que escuchamos hacia el exterior.

Esa íntima soledad, todo un santuario que nadie puede violar, tendrá directo vínculo con el hecho de buscar aislarse en la cámara donde ese dúo puede producirse: los campos y los bosques, en pos de salir del radio de acción e influencia de la gente: «Debido a la intimidad que tengo con la naturaleza, me siento retirado del hombre. El interés que tengo en el sol, en la luna, en la mañana, en la tarde, me lleva a la soledad», leemos en su diario de 1852,[14] y muchos centenares de páginas y once años atrás, esta misma idea, inicial e irrebatible, ya se había asomado con la misma fuerza que lo hará a lo largo de las pocas décadas que le tocó vivir: «¡De qué modo tan solitario debemos vivir nuestra vida! Vivimos en la costa, y no hay nadie entre el mar y nosotros».[15]

No hay salida, o la salida está, como siempre, en la naturaleza. Y sin embargo, tras esa nota de 1854 sobre la íntima relación con el entorno natural, venía algo crucial, contradictorio, siquiera una señal que podría indicar algún grado de inquietud o pesar, aunque tan contradictorio que a fin de cuentas parece más bien críptico, solamente entendible para sí mismo: «Mi deseo de estar en sociedad aumenta infinitamente; mi aptitud para estar en cualquier tipo de sociedad disminuye».[16] ¿Sería que racionalmente se viera dirigido a querer formar parte del mundo que lo rodeaba pero que tal cosa no podía vencer a lo auténticamente verdadero, el instinto, esa aptitud que lo encarrilaba por una vía paralela de soledad y silencio?

Tal vez lo intentó. De hecho lo hizo mediante una manera que equilibraba transmitir sus agudezas mientras establecía distancia con el oyente, con el espectador de su maquinaria de pensamiento incesante y a menudo provocador: desde una mesa, un atril, una tarima. Quiso difundir su voz, su opinión. Quiso, en suma, ayudar a abrir las mentes hacia otras formas posibles de reflexionar o ver la existencia.

Nos estamos refiriendo a su actividad como conferenciante, la cual, como en su faceta de escritura fracasada frente al público, fue malparada si hacemos caso de sus comentarios en el diario pero de considerable enjundia si revisamos el número

que pronunció en distintas localidades.

Así, como bien indica Casado da Rocha, su primera charla en público se produjo en 1838, en el Liceo de Concord —fundado diez años antes con la idea de realizar allí debates y lecturas, e incluso celebrar actos musicales, que dudaría hasta después de la Primera Guerra Mundial—, con el título de «Sociedad», a la que le seguirían a lo largo de los años, desde 1844 hasta 1860, algunas muy emblemáticas. Por ejemplo, la que dedicó en Boston a «la reforma y los reformadores» en 1844; la consagrada a un autor muy admirado por él y Emerson, el historiador y crítico social escocés Thomas Carlyle, en 1846; la que tituló «Historia de mí mismo» en 1847, o las dos que daría al año siguiente en el Liceo, al poco de volver de Walden Pond, en torno a la «resistencia al gobierno civil» y que finalmente pasaría a titularse «Civil Desobedience» cuando se incluyera el texto en su libro póstumo *A Yankee in Canada, with Anti-Slavery and Reform Papers* (1866). O la que, con el nombre de «La esclavitud en Massachusetts», pronunciaría en 1854, escasas fechas antes de que publicara *Walden*. O la que ofreció a la audiencia ese mismo año llamada «Ganarse la vida», que Thoreau acabaría titulando «Una vida sin principios» cuando sólo le quedaban dos meses de vida.[17]

Distintos y muy variados lugares del estado de Massachusetts, aparte de Boston y Concord, como Framingham, Salem, Lincoln, Clinton, Worcester, Medford, Plymouth, Amherst, Fitchburg, New Bedford, Nantucket, Lynn y Worcester, del estado de Maine (Portland), del estado de Pensilvania (Filadelfia), del estado de Rhode Island (Providence), del estado de Connecticut (Waterbury) y del estado de Nueva Jersey (Perth Amboy) vieron los pasos y oyeron la voz de un Thoreau que despreciaba abiertamente una vida urbana —«… esos lugares triviales que llamamos Massachusetts o Vermont o Nueva York», dice en *Musketaquid*—[18] en la que jamás pareció sentirse a gusto.

Uno de los motivos era la recepción y expectativas del público, que no se sentiría atraído por los asuntos que de buen grado Thoreau hubiera tratado: «Podría dar una conferencia sobre las hojas secas de roble; podría, pero ¿quién querría escucharme?»,[19] le dice a Blake en la recta final de su decepcionante empleo, en 1856, cuando justifica su hartazgo diciendo que no quiere dar nada de su vida a cambio de dinero, despreciando los cincuenta dólares que se solían pagar al conferenciante.

Él mismo se reconoce «inflexible» en este asunto concreto, y nunca sabremos si esta especie de rencor hacia el oyente incrementaría su percepción general misantrópica; lo que es seguro que contribuiría a su deseo de alejarse del mundanal ruido. En su diario de 1857 lo cuenta así:

> Durante algunos años me he ofrecido en parte como conferenciante; así ha sido anunciado varios años. Sin embargo, en un año he tenido dos o tres invitaciones a pronunciar una conferencia, y en otros tres ninguna. Me felicito, porque así me han permitido quedarme en casa, y soy mucho más rico por ello. No sé qué habría obtenido de gran valor, salvo dinero, de haber salido, pero veo lo que habría perdido. Me parece que así he disfrutado de una prórroga de la vida más larga y liberal. No puedo permitirme contar mi experiencia, en especial a quienes tal vez no se interesen en ella. […] En cuanto a los asistentes a las conferencias, lo que pienso no es asunto suyo. Me doy cuenta de que la mayoría da gran importancia a sus relaciones, más o menos personales y directas, con muchos

> hombres, que se presentan ante ellos como conferenciantes, escritores u hombres públicos, pero todo esto me resulta impertinente y estéril. Nunca he reconocido a una multitud de hombres, y nunca he sido reconocido por ninguna. Nunca he estado seguro de su existencia, ni ellos de la mía.[20]

Thoreau, inexistente para los demás; los demás, inexistentes para Thoreau. Un resquemor atraviesa sus apuntes, algunos fragmentos de las cartas que envía a Blake y que casi se tratarían de desahogos. En 1856, se le había quejado de no haber recibido ninguna invitación a dar conferencias el año anterior, y afirmaba, irónicamente: «Como ve, cada día soy más rico». Sin embargo, tal cosa le resultará del todo coherente porque en realidad dice sorprenderse de que alguien le llame para escucharle, aunque como hemos visto no fueron pocos los sitios y las veces que fue convocado para dar una charla. Pero todo lo que provenga del ser humano acaba en la red de la decepción, de percibir esa inexistencia mutua que se ha ido generando sobre la base de quedarse defraudado una y otra vez: «Confieso que me alarmo grandemente incluso cuando escucho que alguien quiere conocerme, pues mi experiencia me ha enseñado que de ese modo tan sólo adquirimos la certeza de nuestra mutua extrañeza, de la que de otro modo nunca podríamos haber sido conscientes».[21] ¿Falsa modestia mezclada por la insatisfacción que provoca pedir lo que los demás no están preparados para dar? ¿Prejuicios que no dan una oportunidad al otro y que acaban deletreando la palabra misantropía?

Siguiendo la estela de la descripción física que hacíamos páginas atrás del Thoreau algo brusco en el trato, a partir del artículo de Stevenson, se puede deducir que su carácter tampoco podría ser el más adecuado para una labor que tiene algo de dotes didácticas, paciencia, también ganas de aprender de los demás y habilidades comunicativas de profesor u orador profesional. La seguridad en sí mismo, tan importante frente a un auditorio, no le bastaría a la hora de encarar sus discursos que ya de entrada, con toda probabilidad, él iba a intuir que no serían recibidos con el entusiasmo y el espíritu deseados por la audacia de sus planteamientos, por su crítica al sistema establecido.

Un punto de vista «elevado y árido», carente de «ilusiones», es el principal reproche que le hace el autor de Edimburgo cuando aborda cómo Thoreau veía las relaciones humanas íntimas, y acaba calificándolo de «árido, gazmoño y egoísta. Lo que busca en esta intimidad es su propio provecho: provecho moral, desde luego, pero aun así provecho, para sí mismo». En el otro busca su «educación»: «¡Su educación! Como si un amigo fuera un diccionario. Y, con todo esto, ni una palabra sobre el placer, la risa, los besos, el ser de carne y hueso. Desde luego, no es extraño que tuviera tan buenas relaciones con los peces», recalca con cimentado sarcasmo; y entonces recuerda una frase de un amigo que dijo: «Cuando le cogí por el brazo, tuve la impresión de coger el brazo de un olmo».[22]

Tal imagen es una mina para el cáustico Stevenson, que sigue reprochando a Thoreau haber elegido más ser esa especie de árbol que un ser humano; el resultado es que, con un trato más abierto hacia la gente, «habría cosechado beneficios desconocidos para su filosofía». El enfoque, así, estaría equivocado desde primera instancia: «… la sociedad ha de ser algo más que una empresa para

la mejora mutua: de hecho, debería ser eso sólo de modo colateral y, hasta cierto punto, inconsciente».[23] Pero no existe ese tipo de inconsciencia en Thoreau, que mide al milímetro sus sentimientos sin dejarse ir como la corriente brava de los ríos en que disfrutaba nadando o remando. «En toda su obra no encuentro el menor rastro de compasión»,[24] afirma Stevenson, y alrededor de esto también habría que pensar que un conferenciante que no disculpe la ignorancia o el temor de su público, que no se compadezca de él sin que ello le arrastre a despreciarlo, será un actor que en efecto es mejor que diga su recitado en la soledad de su silencio, en el pensamiento de su escritura.

Citando el retrato que hiciera de él un tal reverendo John Weiss en 1837, Woolf vendría a ratificar lo expuesto por Stevenson: «Era frío e impertérrito. El tacto de su mano era húmedo e indiferente, como si hubiera tomado algo al ver que uno iba a darle un apretón, y le embadurnase la mano de ese modo». Se habla en esa referencia de «sus ojos saltones, entre grises y azules», de su «nariz prominente», de que caminaba con la gravedad estilosa de los indios. Una descripción rotunda que no le deja en buen lugar en lo que atañe, cómo no, a las relaciones más o menos íntimas: «No le importaban las personas; sus compañeros de clase le parecían muy distantes. Lo recordamos con la pinta de una escultura egipcia, de rasgos generosos, pero meditabundos, inmóviles, clavados en un místico egoísmo. Con la mirada escrutaba a veces algo, como si se le hubiera caído o esperase encontrarlo. De hecho, rara vez levantaba la mirada del suelo, incluso cuando conversaba más seriamente con quien fuera».[25]

Según la autora londinense, estamos ante un egoísta a tan gran escala que, paradójicamente, acaba no siéndolo. La grandeza de Thoreau relativiza sus aparentes defectos, y sus aparentes virtudes, incluso, como la sencillez que propugnaba por doquier, no la consiguió viviendo como vivió al arrastrar una personalidad tan compleja. «Su logro es más bien el haber expuesto lo que había en su interior, dejar que la vida hallase su propio curso una vez despojada de toda constricción artificial»,[26] dice Woolf muy acertadamente, pues Thoreau rehúye tanto lo trivial como lo artificial desde el temple que gobierna sus días a partir de dos premisas básicas: una confianza absoluta en sí mismo y una indiferencia absoluta hacia los deseos.

Todo es cuestión de cómo uno, psicólogo y consejero de sí mismo como no puede haber otro, se enfrenta a los problemas y se adapta a las circunstancias que se van sucediendo. En el libro dedicado a su travesía por los ríos Concord y Merrimack, viajando con su hermano en la barca que llamaron *Musketaquid*, explica cómo enfrentarse con la debida paciencia a escalar montañas difíciles mientras observa que hasta la gente de campo magnifica los obstáculos que la naturaleza impone al caminante de los bosques, añadiendo la siguiente reflexión: «Como en la mayoría de males, la dificultad es imaginaria: ¿qué prisa hay? Si una persona perdida llegase a la conclusión de que, a fin de cuentas, no está perdida, de que no se ha alejado de sí misma, sino que se encuentra justo en el lugar en el que está, y que por ahora vivirá ahí; si cree que los lugares que lo han conocido son los que están perdidos, ¡cuánta inquietud y cuánto peligro se desvanecerían de un

plumazo!». Y entonces viene el aforismo que daría sentido a su vida entera: «No estoy solo si estoy conmigo mismo».[27]

Thoreau nos invita a *estar* —a *ser*, por extensión— siempre bien, esto es, en equilibrio interior, en paz con uno mismo, impasibles a lo exterior, convenciéndonos de no encontrarnos perdidos, de que la inquietud y el peligro son sugestiones que pueden cambiarse con la actitud adecuada. Para lograrlo, él se coloca la coraza del gusto por la soledad, y en ese escudo puede concentrarse en la calma profunda que constituye, como diría la escritora danesa Isak Dinesen, amar el propio destino.

El hombre del que podremos extraer tantas recomendaciones valiosas al leer sus diarios y libros de viajes, sin embargo, no hallaría en su experiencia guías espirituales o morales, mentores o maestros a los que atribuirles la autoridad de enseñar a cómo vivir: «A lo largo de mi vida he conocido muy bien a dos o tres personas, pero jamás he escuchado un consejo que me fuese útil en asuntos que no fuesen triviales y pasajeros. Puede que uno sepa algo que el otro desconoce, pero ni siquiera la máxima cordialidad puede transmitir el requisito indispensable para hacer útil el consejo. Hemos de aceptarnos o rechazarnos por lo que somos».[28] Sólo en diálogo exclusivo consigo mismo parece llegar Thoreau a *saber* algo. Pero ¿no es tal cosa característica principal del genio inadaptado, del individuo avanzado a su tiempo o de inteligencia superior?

Justamente, en *Musketaquid*, Thoreau alude a ese genio excepcional al que «más le cuesta sucumbir y amoldarse a los caminos del mundo. El genio es la peor madera si lo que el poeta busca es navegar con la brisa de la popularidad».[29] El elogio fácil o el éxito serían contraproducentes: el verdadero genio no se vende ni se acomoda, es del todo contrario a esos «caminos del mundo» que la mayoría transita; el genio busca otros senderos alternativos donde la autenticidad sustituya las convenciones sociales. Thoreau, aunque sobrio, serio y circunspecto, es un *flâneur* parisino entre olmos, un bohemio londinense río abajo, un jipi de San Francisco haciendo un fuego en el bosque antes de dormir al raso. Un solitario. Y como tal, susceptible del mal melancólico que ya explicó Aristóteles en su *Problema XXX*, que uno de sus estudiosos dio en llamar *El hombre de genio y la melancolía* y que estaba envuelto en las teorías médicas de la época. Así, a finales del siglo v a. C., Hipócrates ya hablaba del veneno de la bilis negra, afirmando que el cuerpo humano contiene sangre, flema y bilis amarilla y negra, y que en función de estos «humores», el hombre podía estar sano o enfermo. La enfermedad melancólica vendría dada por el ennegrecimiento de la bilis o cuando los humores sufrían una distribución incorrecta.

Veinticuatro siglos más tarde, Thoreau tiene un remedio que, lógicamente, pasa por la intervención de la máxima medicina, la naturaleza: «Incluso para el mayor misántropo o para el hombre más melancólico, qué compañía tan tierna y dulce, divina y alentadora, la de cada objeto natural, la de la naturaleza universal. Al que vive en medio de la naturaleza con los sentidos despiertos, no puede afectarle la negra melancolía»,[30] dice en su diario de 1845, viviendo en su casa frente a la laguna. Si en otro pasaje destacábamos cómo el autor buscaba cierto

recogimiento en el que no evitaba una tristeza que hasta era productiva, ahora, lejos de ponerse melancólico, al disfrutar «de la dulce amistad de las estaciones, sé que nada puede resultar pesado en mi vida. Esta lluvia que riega mis judías y me hace quedarme en casa, también me está regando a mí. La necesitaba tanto como ellas». La «monotonía de lluvia tras los cristales» del poema «Recuerdo infantil» de Machado se avendría mal con el ánimo antinostálgico de Thoreau. Pero es que ni los tópicos populares, ni las convenciones literarias —el romanticismo melancólico del agua cayendo en un ambiente grisáceo u otoñal— le sirven de nada; son demasiado triviales. Él está en otro camino del mundo.

La misma idea saltará del diario para acabar en *Walden*, lo que nos sirve de ejemplo de cómo Thoreau iba aprovechando el material disperso que diseminaba en sus manuscritos del día a día y retomaría para la escritura de libros:

> … a veces experimentaba que la compañía más dulce y tierna, la más inocente y alentadora, podía hallarse en cualquier objeto natural, incluso para el pobre misántropo y el hombre más melancólico. No puede haber una melancolía muy negra para el que vive en medio de la naturaleza y aún goza de sus sentidos. Nunca hubo tal tormenta, sino que era música eolia para un oído saludable e inocente. Nada puede empujar legítimamente a un hombre sencillo y valiente a una tristeza vulgar. Mientras disfrute de la amistad de las estaciones, confío en que nada hará de la vida una carga para mí. La suave lluvia que hoy riega mis judías y me retiene en casa no es temible ni melancólica, sino también buena para mí.[31]

Unas pocas líneas más abajo, dice no haberse sentido solo o agobiado por la soledad jamás, salvo cuando unas semanas más tarde de llegar a los bosques, durante una sola hora tuvo la duda de si estar apartado de la vecindad resultaba «algo desagradable». Es como si públicamente Thoreau evitara proyectar una imagen de misántropo, pues nada más acabar el capítulo que tiene entre manos, que no podía ser otro que «Soledad», empieza el siguiente, «Visitas», diciendo: «Creo que me gusta la compañía como al que más y estoy dispuesto a aferrarme como una sanguijuela a cualquier hombre sanguíneo que se cruce en mi camino. No soy por naturaleza un ermitaño y podría sentarme con el más rudo parroquiano de un bar si mis asuntos me llevaran allí».[32] Una verdad a medias, podríamos pensar; una forma de suavizar su rechazo a la vida en sociedad cercana, enseguida compensada por «el repiqueteo mismo de las gotas», del «afecto», de la «simpatía» de la «dulce y beneficiosa compañía de la naturaleza».

Sus verdaderas amistades, en efecto, son las cuatro estaciones, las que no decepcionan ni dejan sentir la soledad. En 1853, escribe en el diario que «después de andar en tratos de negocios con los hombres, me siento desilusionado, como si hubiera hecho algo malo, y me es difícil olvidar dicha circunstancia desagradable. Veo que tal trato, continuado por largo tiempo, acaba haciéndote del todo prosaico, duro y grosero». El yin y el yang; doctor Jeckyl y señor Hyde. Thoreau muestra esta doble cara que siempre contrasta y enfrenta, como en una trama de buenos y malos en la que no hay apenas matices. Tiene claro que «el trato persistente con la naturaleza, incluso en sus estados de ánimo más bastos, no nos endurece ni nos vuelve tan toscos. Un hombre duro, insensible, al que

comparamos con una piedra, es, en realidad, mucho más duro que dicha piedra. De los hombres duros, groseros e insensibles hacia los que no tengo simpatía alguna, voy al contacto con las piedras, cuyo corazón, en comparación, es suave».[33]

Stevenson convertiría semejante fragmento en una de sus observaciones ácidas que dan la vuelta a la tortilla y recriminan que Thoreau podría sentir más intimidad por una roca que por un ser humano. En todo caso, su conclusión es clara: «El secreto del retiro de Thoreau no reside en la misantropía, de la que no tenía un ápice, sino en su absorbente planteamiento de superación, por un lado, y en sus deficiencias en materia de relaciones sociales, por otro».[34]

Ciertamente, Thoreau sería un misántropo por vocación, activo y convencido en lo más profundo de su ser, pero un misántropo sociable, valga la redundancia, en una nación que estaba naciendo y creciendo, haciéndose, en medio de una guerra, hacia el progreso tecnológico, pues quién sino él fue el que acudió en 1825 a las celebraciones del cincuentenario de la batalla de Lexington y Concord (inicio de la guerra de la Independencia), participó en algunos debates de la Debating Society de la Academia de Concord en 1829, fue maestro de escuela en 1835 en la localidad de Canton, Massachusetts, fue miembro del coro al aire libre que cantó el «Himno de Concord» compuesto por Emerson el Cuatro de Julio, en una celebración conmemorativa de la batalla de Concord, leyó el discurso de graduación en Harvard College y fue maestro de la escuela pública de Concord en 1837, abrió una escuela privada en su casa junto a su hermano en 1838, trabajó como tutor de los hijos de un hermano de Emerson en 1843, se ofreció como agrimensor profesional a partir de 1847, fue miembro de la Boston Society of Natural History en 1850 y de la American Association for the Advancement of Science en 1853, participó en el activismo antiesclavista a lo largo de la década de los cincuenta y no cesó de viajar y encontrarse con intelectuales de renombre como los naturalistas Louis Agassiz y Daniel Ricketson, el inglés Thomas Cholmondeley —que le regaló un cofre lleno de libros orientales en 1855—, políticos como Horace Greeley, uno de los fundadores del Partido Republicano en 1854 y director del periódico más importante de la época en Estados Unidos, el *New York Tribune*, o literatos tan relevantes como el que calificará de mayor demócrata conocido, Walt Whitman.[35]

Absolutamente nadie le dio un consejo útil importante a Thoreau, pero ¿no hubiera sido necesario también estar dispuesto a recibirlo abierta y generosamente como celebró recibir la lluvia o el canto de los pájaros? No obstante, seguro que para personas como Blake sí que serían grandes tesoros de sabiduría los que recibiría de aquel al que veneraba por atreverse a *ser* con todas las consecuencias. Al menos, Thoreau no pretendió contagiar su negatividad hacia los seres humanos, solamente manifestarla en su triple altavoz hacia la sociedad en forma de conferencias, diarios y libros, pues le comunicaría en 1854 al que se convertiría en su albacea literario tras morir una de las hermanas Thoreau, Sophia, una chispa de la esperanza en la afinidad humana de la que él ya se había despedido muy joven sin el rastro de la más mínima melancolía: «Pero a pesar de esto, siga viajando a través de este mundo oscuro y desértico; verá que en la

distancia surge un semblante inteligente y afín; las estrellas despuntan en la oscuridad y los oasis aparecen en el desierto».[36]

Escritores en Concord

A pocos metros de la casa donde Louisa May Alcott concibió a sus *Mujercitas*, Orchard House, hoy reclamo turístico que ofrece una vuelta por sus diferentes habitaciones y una tienda con *merchandising* de la escritora y también de su vecino Nathaniel Hawthorne, se encuentra la Concord School of Philosophy, uno de los lugares en los que los llamados trascendentalistas se reunieron para debatir y hacer lecturas públicas, inspirándose en cierta manera en cómo Platón concibió su Academia alrededor del año 388 a. C., como un lugar donde el conocimiento libre se explayase.

*

Uno de los fundadores de esta Escuela de Filosofía de Concord era el pedagogo de ideas revolucionarias en el campo de la educación Amos Bronson Alcott, que en 1834, a los treinta y cinco años, había creado la Escuela del Templo de Boston, con la presencia destacada de dos imágenes presidiendo el aula: un bajorrelieve de Jesús y un busto de Platón. «Eran los principales espíritus de su teocracia personal, y su presencia añadía otra dimensión al nombre del colegio. Aquello era su templo; lo había hecho él; él conduciría a sus discípulos hacia la luz»,[1] explica el biógrafo de Emerson y el resto de escritores que lo rodearon Carlos Baker.

Aquel proyecto bostoniano no duraría demasiado, sin embargo, por culpa de diversas deudas y una campaña de desprestigio desde la prensa, la Universidad y la Iglesia por no atenerse a las ideas convencionales de la época, pero el enfoque académico resultaba de lo más emprendedor e interesante al basarse en reconocer que la verdad no tiene edad, como dijo el sabio de Concord, que puede llegar —por ejemplo, mediante los comentarios sobre el Evangelio según san Juan— a los más pequeños (los alumnos tenían diez años como mucho), los cuales podrían aprender a pensar por su cuenta. Una educación fundamentada en profundizar en lo espiritual, en recurrir al método socrático descrito en los diálogos platónicos, a la búsqueda de la verdad moral y filosofal, y en leer grandes libros como la Biblia y la poesía de Milton, Wordsworth y Coleridge.

Alcott, en Boston, había oído dos veces a Emerson, que se ganaba la vida dando conferencias, y serían amigos durante más de cuarenta años. El autor que por entonces —1836— estaba preparando el texto de *Naturaleza* y aquel que estaba preparando el texto de *Conversaciones sobre los evangelios*, con el objeto de que los niños captaran la esencia del mensaje cristiano, se encontrarían mutuamente con un alma afín a la que admirar. Ante los ataques por parte de la

prensa hacia el libro de Alcott, Emerson salió en defensa de éste, hablando de cómo el pedagogo tenía «una mente robusta y un corazón puro» que se proponía que los niños buscasen «una respuesta dentro de sí mismos… para que sean realmente reverentes, y convertir el Nuevo Testamento en un libro vivo para ellos».[2] En realidad, Emerson incentivaría a Alcott para que viniera a instalarse en Concord, lo cual se hizo efectivo en 1840, y enseguida le haría partícipe del primer número de *The Dial* (La Esfera), convertida en el órgano de los trascendentalistas con aportaciones tanto literarias como de religión y política y cuyo título además fue idea del propio Alcott.

Emerson estaba fascinado por este hombre de «extraordinaria alma» que tuvo la desdicha de hasta tener que soportar parodias en los periódicos; pero no fue el único en absoluto en quedar prendado por su carácter y maneras: «Cuando William Ellery Channing, de sesenta años y máximo representante de la Iglesia Unitaria», además de tío de uno de los mejores amigos de Thoreau, «se enteró de que Alcott mantenía a su familia cortando leña y arando campos, escribió a Elizabeth Peabody [ayudante de la Escuela del Templo y maestra de latín y aritmética] que semejante combinación de trabajo cotidiano y pensamiento elevado convertía a ese hombre en "el objeto más interesante de nuestra comunidad"», refiere Baker.[3] Pero sería Thoreau el que le dedicaría elogios aún más encendidos, de corte reivindicativo con un deje de indignación por cómo ha sido tratado —«Había ofrecido sus servicios a la Sociedad para la Abolición para ir por el país como uno de sus agentes y hablar sobre la libertad, y éstos no aceptaron su propuesta», como dice en su diario—[4] o resaltando sus altísimas virtudes, como se lee en el capítulo de *Walden* «Primeros habitantes y visitas de invierno»: «Un verdadero amigo del hombre; casi el único amigo del progreso humano»; «Su hospitalaria inteligencia acoge a los niños, a los mendigos, a los locos y a los sabios, comprende el pensamiento de todos ellos y les añade amplitud y elegancia»; «Tal vez sea el más sano de los hombres, con menos caprichos que nadie que yo conozca; igual ayer que mañana. Hemos caminado y conversado durante años, hasta dejar atrás el mundo, pues él no estaba ligado a ninguna institución y había nacido libre».[5]

Nadie podía identificarse tanto con Alcott como Thoreau; a él le dedicó el mayor de los piropos, si lo contemplamos desde el punto de vista trascendentalista: «Creo que es el hombre con más fe que existe»; frase que sirve de colofón a esta descripción: «Uno de los últimos filósofos —Connecticut se lo ha dado al mundo— vendió primero sus mercancías de casa en casa y luego, como él dice, sus ideas. Éstas aún las vende, inspirándose en Dios y avergonzando al hombre, dando por todo fruto su cerebro, como el meollo de la nuez».[6] Thoreau eleva la grandeza de Alcott a lo inmortal diciendo que la naturaleza no podría permitirse el lujo de perder a un ser como él. Pero tan profunda era la admiración del primero por el segundo como al revés; «genio americano espontáneo y puro», «el independiente de los independientes»,[7] así veía Alcott a Thoreau, quien debería darle el crédito de esta tan influyente compañía a la insistencia y preocupación de Emerson a la hora de atraer mentes de las que aprender.

Y es que esta vida entre escritores fue lo que fue promoviendo un Emerson que, a lo largo de las décadas, deseó y consiguió estrechar relaciones con lo que dio en llamar «hombres nuevos» con los que compartir pensamientos comunes. Como dice en su libro *La conducta de la vida*: «El efecto de la compañía es maravilloso. […] No hay libro ni placer en la vida comparable a éste. Si preguntáis por lo mejor de la experiencia, respondemos: algunas ocasiones de trato sencillo con personas sabias».[8]

Baker llama a todos estos intelectuales que tarde o temprano peregrinarán o vivirán en Concord, y a los que Emerson ayudó con gran generosidad y ciertas dosis de paternalismo, «excéntricos». El célebre conferenciante, ensayista y poeta representaba todo un faro para escritores de todas las edades, que se veían atraídos por la fama o por el impacto de haber escuchado en algún lugar de Nueva Inglaterra o Nueva York a Emerson, y vendrían a conocerlo o incluso serían huéspedes de su casa, pues la hospitalidad del orador y ensayista fue proverbial.

Emerson se movía de continuo para cumplir este tipo de compromisos sobre todo por el noreste americano, y tenía arduas responsabilidades familiares: una esposa enfermiza y anoréxica; una madre viuda y cinco hermanos —uno de los cuales, enfermo mental, solía estar ingresado en un psiquiátrico— a los que ayudaba continuamente, tres hijos (más el pequeño Waldo, muerto en 1842)…; todo lo cual, sin embargo, le dejó tiempo para escribir su mastodóntico diario, para viajar a Europa dos veces y otra al oeste de Estados Unidos, y para ser parte activa en todo tipo de celebraciones culturales o relacionadas con la guerra y en contra de la esclavitud.

Como dijo Sophia Peabody, esposa de Hawthorne, «Concord estaba magnetizado por la presencia de Emerson», tal como apunta Baker,[9] cuando el matrimonio Hawthorne se estaba trasladando a la Old Manse, la Vieja Rectoría en la que, en 1834-1835, había escrito el propio Emerson su *Naturaleza*.

Poco a poco, no obstante, Emerson se iría quedando solo por la muerte o mudanza de sus compañeros de letras, pero fue algo unánime durante varias décadas que aquellos que visitaron el pueblo, como el Whitman citado al comienzo de este libro que acudió allí en una fecha en que Thoreau ya había desaparecido, o el novelista Henry James, tuvieran palabras de alabanza por el clima artístico y espiritual que se respiraba.

Así, el propio James (Henry James padre había sido íntimo amigo de Emerson) se dirigía de esta manera a Concord en su libro *The American Scene* (1907), reunión de diversos artículos que habían aparecido en tres revistas durante los dos años anteriores y que eran producto de un gran viaje que había hecho por todo el país para realizar lecturas públicas: «Me vi, una vez allí, buscando la mejor manera de expresarlo, y luego no dudaría en decir que, aparte de las tres o cuatro ciudades mayores, Concord, Massachusetts, tenía una identidad más palpable para el espíritu, en otras palabras, que había anidado con más fortuna bajo el estrecho pliegue del manto de la historia, que ninguna otra ciudad americana». Y eso pese a su reducido tamaño, lo que no pasaba inadvertido para el narrador neoyorquino: «Vamos, eres el mayor de los pequeños lugares de América; sólo Nueva York,

Boston y Chicago, por lo que advierto, han de superarte, y el país es, en efecto, afortunado por contar contigo, en tu sola y sencilla felicidad».[10]

Efectivamente, la localidad, que hasta la confluencia de ese grupo de intelectuales en torno a Emerson sólo era apenas conocida por un episodio crucial, ocurrido el 19 de abril de 1775 y que sería considerado el inicio de la guerra de Independencia de Estados Unidos —cuando un grupo de soldados ingleses intentó sofocar la rebelión de unos colonos que querían tomar un depósito de armas en el pueblo y rebelarse ante los abusos de los invasores—, tendría la dicha de contar con algunas de las mentes más preclaras y pioneras de Estados Unidos.

Es el caso de Margaret Fuller, que se obsesionó con Emerson a los veinticinco años y con el que colaborará en *The Dial* con sus conocimientos de literatura europea, sobre todo alemana, hasta considerarlo una figura paterna pese a tener sólo siete años menos que él. «Margarita Fuller, la que tuvo la providencial misión de poner la inevitable sonrisa femenina en la austera academia del trascendentalismo», como dijo de ella Antonio Machado,[11] se iba a referir en su diario a Concord como un «remanso de paz donde el dolor de cabeza, el vértigo y otros *pecados* heredados por la carne no pueden durar mucho tiempo»,[12] una impresión que haría extensiva al hogar de su ídolo. Éste compartiría con Fuller la reflexión sobre cómo debían ser los siguientes números de la trimestral *The Dial* para suscitar un mayor impacto entre los lectores y ofrecer unas colaboraciones más radicales. De modo que se plantearía publicar textos «sobre los aspectos esenciales del Arte de Vivir»,[13] abriendo las secciones no a lo puramente literario sino a asuntos que tenían que ver con la política, la religión o la educación.

Alberto Manguel la califica de «persona fuera de lo común: primera crítica de libros profesional de Estados Unidos, primera corresponsal en el extranjero, lúcida feminista y autora del apasionado opúsculo *La mujer en el siglo XIX*», y destaca lo que dijo de ella Emerson: «Todo el arte, el pensamiento y la nobleza de Nueva Inglaterra... parecen relacionarse con ella, y ella con todas esas cosas», pero también los improperios de los que fue objeto; particularmente, de Hawthorne, que «la llamó "una gran farsante"», y Oscar Wilde, que se burló de ella diciendo «que Venus le había dado "todo excepto belleza" y Palas Atenea "todo excepto sabiduría"».[14]

Ya veíamos, en la descripción física que perpetraba de Thoreau, la tendencia de Hawthorne a criticar con dureza a las personas cercanas de Concord. De hecho, también tuvo reticencias con respecto a la obra y personalidad de Emerson —pese a haber asistido admirada su esposa Sophia a las conferencias que éste había impartido en Salem—, cuando no un declarado desdén, aunque al final acabaran congeniando desde que compartieran una visita a una comunidad shaker, ese tipo de teología que, aparte de basarse en el celibato, defiende el dualismo de Dios (hombre y mujer a la vez) y promulga que el retorno de Jesucristo sucedió a finales del siglo XVIII, según su fundadora Ann Lee. Emerson, por su parte, tampoco tendría la mejor opinión de Hawthorne al comienzo, calificando sus textos de «pobres y vacíos», a la vez que Hawthorne consideraba a Emerson una persona soñadora e idealista que no acababa de saber encontrar lo real.

Pero tal vez su comportamiento desconfiado era el resultado del gran sufrimiento que había vivido de niño. Hawthorne había tenido que soportar una tétrica infancia tras la muerte de su padre, un capitán de navío muerto de fiebre amarilla en Surinam, momento en que el resto de la familia se sumió en la Biblia y el silencio: Nathaniel, huérfano desde los cuatro años, debía coger la comida en una bandeja en el pasillo y volver a su cuarto.[15] Allí, en la casa que llamó «el Castillo Sombrío», se refugiaría en los libros y en la escritura, gestando un mundo interior pleno de oscuridades, casas hechizadas y sueños fatídicos que se reflejaría en su narrativa corta.

El autor de *La letra escarlata*, además, siempre se sentiría culpable de los actos pretéritos de su familia: su antepasado John Hathorne —él añadiría la *w* para distanciarse de su árbol genealógico— había llevado a la hoguera en Salem en calidad de juez a diversas brujas, a finales del siglo XVII. Hoy, el viajero puede visitar la que es llamada «Ciudad de las Brujas» haciendo un *tour* por la Casa de los Siete Tejados, que inspiraría a Hawthorne una de sus más destacadas novelas y que está al lado del hogar donde nació el autor en 1804. Establecido en Concord tras contraer matrimonio en 1842 en Boston —el propio Thoreau se encargó de sembrar un huerto para los recién llegados—, volvería a Salem tres años y tres meses después de haberse instalado en la Vieja Rectoría, aunque sólo una breve temporada al producirse cambios administrativos en Washington que afectarían a su cargo como inspector de aduanas, y en esas idas y venidas se convertiría en un personaje importante entre los «excéntricos» por más que él no tuviera la menor intención de serlo y quisiera poner distancia viendo cómo Emerson estaba ansioso por rodearse de genios.

Thoreau llevaría a dar una vuelta a Hawthorne en su barco *Musketaquid* e incluso se lo vendería por siete dólares. Asimismo, protagonizarían juntos alguna escena pintoresca junto a Emerson, como la de la noche del primer 25 de noviembre para la pareja recién casada, en Concord:

*

> …el «viernes santo» después del Día de Acción de Gracias. Cuando el río se heló en diciembre, convirtiendo la franja inferior del vergel detrás de la Rectoría en una pista de patinaje privada, Hawthorne invitó a Emerson y Thoreau a que lo acompañasen en una sesión de ejercicio físico de fin de año, mientras Sophia, que estaba embarazada, los miraba desde una ventana del piso de arriba. A ella le pareció que los vertiginosos giros y los «brincos báquicos» de Thoreau eran atléticos pero desagradables a la vida. No pensó lo mismo de Hawthorne, que, arrebujado en su capa, se movía «como una estatua griega autoimpulsada, regio y grave». En cuanto a Emerson, Sophia supuso que estaba «obviamente demasiado cansado para mantenerse erguido».[16]

Los amenos encuentros de Emerson y Hawthorne llevarían a éste a un trato

frecuente, consistente en charlas animadas y paseos por el campo y, en última instancia, a que hubiera motivos de manifestar en público en alguna revista —en un artículo de 1843— el mayor elogio que se le podría brindar, si bien con un toque de cuestionamiento ambiguo: «No hay buscador más concienzudo de la verdad que él, y son pocos quienes han demostrado mayor acierto para encontrarla; aunque en sus manos a veces la verdad adquiere un carácter sombrío y una irrealidad mística».[17] Por algo dijo Fuller, en su diario de 1842, que el dios de Emerson era la verdad; en su búsqueda fue tras ella sin detenerse —algo que veremos comparte con Thoreau— hasta convertirla en su mayor propósito espiritual: «Tenemos diferentes opiniones a horas diferentes, pero podemos decir que siempre estamos de corazón al lado de la verdad», escribe el sabio de Concord en *La conducta de la vida*.[18]

El ascendente aprecio de Hawthorne sobre su hospitalario amigo se extendería a Thoreau —que no a Channing, que consideraba casi un sucedáneo de su amigo —, sobre el que dijo que relacionarse con él «es como oír el viento entre las ramas de un árbol en el bosque», tal como registra Baker.[19] El crítico norteamericano habla de cómo, en una animada conversación, Emerson aludió a Thoreau y comentó cómo «sus modales bruscos, su tendencia a discutir por nimiedades y su hábito de llevar la contraria a veces podían ser un tanto agotadores. Hawthorne no tuvo inconveniente en reconocer que, tratándose de "una persona tan tozuda e intransigente", tal vez "era mejor verla de vez en cuando al aire libre que tenerla como invitada permanente en la mesa y junto a la chimenea"». Y sin embargo, añade Baker, «en menos de un año de trato esporádico había llegado a reverenciar a Thoreau, en particular por su amor por la naturaleza, pero también su "cultura elevada y clásica" bajo la apariencia exterior de "libertad salvaje"».[20]

Tamaña reverencia dio sus frutos, pues Hawthorne no se olvida de sus colegas escritores de Concord una vez se trasladó al Castillo Sombrío, donde le esperaban su madre y sus dos hermanas. Allí prepara la colección de relatos *Musgos de una vieja rectoría*, en cuyo prefacio (año 1846) recuerda cómo él mismo ocupó «el estudio más delicioso y recoleto»[21] que en su día sirvió a Emerson para escribir *Naturaleza*. Y decimos que no olvidó a sus amigos escritores porque, pese a considerables problemas económicos en Salem y tener que cambiarse de casa tres veces, Hawthorne asumió las labores de «director de la programación del Liceo de Salem en 1847, enviando invitaciones a una docena de conferenciantes externos, incluidos Thoreau y Emerson». Precisamente, Thoreau aprovecharía la ocasión para avanzar algunos capítulos de *Walden*, y Hawthorne lo llevaría al día siguiente de su lectura a conocer a H. W. Longfellow, con el propósito de cenar con él en Cambridge, «tras prevenir a su anfitrión acerca del "carácter férreo" y la "inflexibilidad a ultranza" de Thoreau».[22]

Finalmente, Hawthorne regresaría a Concord en 1852, después de siete años en los que había obtenido prestigio literario no sólo en Estados Unidos sino en el extranjero, y se podía permitir comprarse una casa, en esta ocasión una vieja construcción que había ocupado Alcott cuatro años atrás y que estaba muy descuidada. Y de nuevo se ausentará siete años para vivir lujosamente en Italia e

Inglaterra como cónsul norteamericano en Liverpool y volver a su casa, la llamada «The Wayside», que entonces le parecería demasiado pequeña. La cotidianidad con el poder y los políticos europeos lo había convertido en alguien más acomodado, mientras que Alcott, Emerson y Thoreau, por supuesto, no habían cambiado nada. Seguían en Concord, y eso era el equivalente a seguir concibiendo una misma actitud frente a la sencillez de la vida y la consideración inmortal de cada individuo a través de su espiritualidad.

Al fin y al cabo, la naturaleza circundante y el ambiente intelectual que se respiraba alrededor del río Concord daba un marco inmejorable a los trascendentalistas: de la influencia del entorno surgían las meditaciones sobre la conducta de un Emerson que primero teorizaba en su diario, luego convertía sus ideas en conferencias y por último acababa por dar forma a sus escritos, por ejemplo, en el exitoso *Hombres representativos* (1850), en cuyo primer capítulo ponía el acento en que «cada hombre está vinculado, por un vínculo secreto, a un distrito de la naturaleza, del que es agente e intérprete. […] El hombre es un centro para la naturaleza y extiende hilos de relaciones a través de todas las cosas, fluidas y sólidas, materiales y elementales».[23] De allí surgirá, como se lee en el Thoreau de «Un paseo invernal», la idea de que reinan en la naturaleza «la simplicidad y la pureza de una era primitiva, y una salud y una esperanza muy alejadas de los pueblos y las ciudades».[24] Del Concord alabado por Henry James, en suma, surgirá en definitiva la obra emblemática, *Walden*, en 1854, sólo unos pocos meses antes de que se imprima, sin firmar, como solía ser habitual en la época, la primera edición de *Hojas de hierba*, que Walt Whitman costea y da a la imprenta en Brooklyn.

De él habló Thoreau mediante una afirmación que ya se ha hecho legendaria —«Aparentemente es el mayor demócrata que el mundo haya visto», como le dice a Blake— y de cómo, acompañado por Alcott desde Eagleswood, Nueva Jersey, donde había estado dando conferencias, se acercó a ver al poeta en noviembre de 1856: «Una naturaleza de extraordinaria fuerza y aspereza, pero de disposición dulce, y muy apreciado por sus amigos. Aunque su aspecto es peculiar y rudo y su piel rojiza (¿en todo el cuerpo?), es, en esencia, un caballero». Y con todo: «Mantengo mis dudas acerca de él: siento que es ajeno a mí, en cualquier caso y, sin embargo, su presencia me apresa. Es muy abierto y claro, aunque, como ya he dicho, no es delicado».[25]

Whitman había enviado su libro a Emerson en julio de 1855, con una introducción de doce páginas que despertaría la atención del destinatario al ver en ella muchas de las ideas que por entonces iba desarrollando. Tanto fue así, que Emerson, fiel a su tendencia a apoyar vocaciones literarias y estar ojo avizor ante cualquier genio nuevo, le escribió una carta para infundirle ánimos en la que no dudó en decirle: «Admiro su pensamiento libre y valiente, saludo el inicio de su gran carrera literaria», declarando además que «es la creación más extraordinaria de ingenio y de sabiduría que Estados Unidos ha producido hasta ahora».[26] Una relación epistolar que generaría una visita de Emerson a casa del poeta en Brooklyn, también en 1856, y un paseo por el parque Boston Common en 1860,

hablando de que sería mejor quitar ciertos pasajes sensuales de *Hojas de hierba*, lo cual Whitman no aplicó, más una cena en el hotel en el que solía hospedarse Emerson, y de nuevo en 1872, en Baltimore, por motivo de una conferencia, según Whitman muy decepcionante por repetitiva con respecto a lo que hacía antaño, como le dijo por carta a un profesor de literatura inglesa,[27] y tras la cual hablaron un poco, sobre todo de Thoreau, que ya llevaba diez años muerto.

Todos estos creadores, algunos de los más grandes que ha dado Estados Unidos en toda su historia, concentrados en unos pocos kilómetros cuadrados, tendrían a la vez una serie de personajes secundarios, por así decirlo, que complementarían la visión poliédrica que hoy podemos obtener de un lugar como Concord, de donde saldrían impulsos determinantes en el campo de la educación o los derechos civiles.

Estaba también, así las cosas, la ya citada Elizabeth Peabody, a la sazón cuñada de Hawthorne, «dueña de la librería en la que se organizaban muchas de las reuniones de los trascendentalistas e impulsora del primer jardín de infancia que existió en Estados Unidos, cuya personalidad inspiró a Henry James el personaje de miss Birdseye en *Las bostonianas*», como explica Mauricio Bach.[28]

Estaba el predicador masón Edward Taylor, «una obra noble de la astucia divina que pone de manifiesto la riqueza de la Naturaleza», como consignó en su diario Emerson,[29] para quien este padre, pasional e instintivo, era la viva imagen de la elocuencia, un representante de la «iglesia viva» que estaba buscando y que le inspiraría notablemente a la hora de redactar su discurso del 15 de julio de 1838, para los alumnos que se graduaban de la Facultad de Teología, con el que levantó ampollas entre los académicos conservadores, tanto que la Universidad de Harvard lo mantendría vetado durante treinta años, y todo por promover un cristianismo cercano a la sencillez y claridad de las ideas de Jesús y lejos de púlpitos y doctrinas. (Hoy, una placa en esa noble capilla recuerda aquel día cumbre para el devenir del pensamiento norteamericano, y muy cerca, dentro de la Harvard Divinity School, está la habitación que en su día ocupó Emerson, cuando estudió y trabajó allí entre 1817 y 1821, desde que ingresó a los catorce años hasta que se graduó a los dieciocho.)

Estaba Theodore Parker, el pastor de la iglesia de Spring Street, en West Roxbury, hoy un barrio de Boston, que se quedó obnubilado cuando escuchó, a los veintiocho años, ese discurso ya mítico, como cifró en su diario, que iba a colaborar en *The Dial* y en el llamado Club Trascendentalista, fundado justo antes de la aparición de *Naturaleza* y con el que Emerson, desde septiembre de 1836, junto con su amigo Henry Hedge, el editor George Putnam y el reverendo unitarista George Ripley, celebraban encuentros culturales que se convertirían en órganos activos para la difusión del trascendentalismo.

Estaba Jones Very, de Salem y profesor de griego en Harvard, todo un joven erudito para Emerson, pero en realidad algo trastornado por su acérrima inclinación a anunciar el advenimiento de Jesucristo, todo lo cual no impidió que aquél lo acogiera y le publicara sus ensayos y sonetos en su revista.

Estaba, por supuesto, Ellery Channing, a quien Emerson intentó ayudar a pulir

su poesía y del que se alegró al enterarse de que abandonaba Boston para vivir cerca de él en 1842, el determinante, el mismo año en que se instalaba en el pueblo el matrimonio Hawthorne y Thoreau vivía en el hogar de los Emerson a cambio de cuidar del jardín y de dedicarse a todo tipo de reparaciones caseras… Thoreau, en efecto, el que podía hacer casi cualquier cosa con las manos y el genio más precoz de todos: el mismo que podría haber sido el sucesor de Emerson si no fuera porque Emerson no produjo ningún discípulo, como reconoció él mismo; si no fuera porque él prácticamente llegó a ser en cierta manera maestro del maestro, y muy pronto. Así, en el inicio de su amistad, que databa aproximadamente del tiempo de la licenciatura de Thoreau, a fines de la primavera de 1837, ya éste «le enseñaría más sobre los hechos reales de la naturaleza de lo que él mismo había sido capaz de plasmar» en *Naturaleza*, en palabras de Baker.[30]

Todo un paisaje humano, pues, de intelectuales en torno a Emerson, viviendo o acudiendo a Concord, en medio además de acontecimientos de extrema gravedad en los que se fueron comprometiendo —la guerra civil, el abolicionismo, la igualdad de las mujeres— y que hicieron de esa comunidad toda una red de fraternidad y solidaridad que todos los «excéntricos» iban a cultivar, más allá de ciertos baches en las relaciones, cuando no accesos de desconfianza. Ya vimos que Hawthorne, en su primera visita a Walden Pond, consideró a Emerson algo así como un coleccionista de genios extravagantes de los que no quería participar en absoluto. Una percepción pasajera que escondía una realidad que poco a poco iría abriéndose paso: el hecho de que, en el plano más íntimo, esa efervescencia de vínculos afectivos, intelectuales y artísticos entre tantos genios de fuerte personalidad, en medio de proyectos comunes, lecturas compartidas y acontecimientos sociales delicados, generaría decepciones recíprocas a medida que pasaba el tiempo y se producían diferencias y resentimientos, muy en especial en los años cincuenta:

> Saltaba a la vista que algunos de los miembros del grupo de Emerson, incluido su líder, se irritaban mutuamente. Ellery atacaba a Thoreau por su «abstinencia y castidad»; Thoreau atacaba a Ellery por su lenguaje duro y cínico. Emerson se mostraba crítico con sus dos amigos más jóvenes porque no eran capaces de estar a la altura de sus propios ideales. Channing afirmaba que Emerson podía ser severo, frío y reservado, incapaz de «entablar una relación personal con nadie». Thoreau dijo que valoraría más los elogios de Emerson, «siempre tan exigente, si no hubiera en [ellos] cierta dosis de paternalismo, y por lo tanto de adulación», añadiendo que «los elogios deberían darse con la misma sencillez y naturalidad con que una flor despide su fragancia».[31]

La amistad continuaría, pese a todo, en un Concord que, como sigue apuntando Baker, «contenía mucha discordia oculta». ¿Era el precio de la autoconfianza convertida en cierta soberbia o el simple desgaste de la convivencia de los años? En su diario, Thoreau criticaba a Emerson dudando de que fuera «capaz de arrastrar una carretilla por las calles, pues le parecería de mal gusto. Uno debe tener un carácter abierto».[32] Y hasta en las buenas formas de su colega encontraba defectos: «Emerson me resulta demasiado magnífico. Pertenece a la nobleza, lleva sus atuendos, tiene sus modales». Lo cual servía de fuerte contraste

con él, desde luego, que incluso tenía una teoría sobre la vestimenta simple que los seres humanos deberían ponerse, y se veía como «un hombre común. Para mí, hay algo endemoniado en los modales. Los mejores modales son la desnudez de modales. Valoraría más los halagos de Emerson si no tuvieran esa mezcla de paternalismo y, por tanto, lisonja, que tan discriminadora me resulta. Es en ese sentido que te halagan; te halagan, pero se halagan más a sí mismos».[33]

Estaba claro que Thoreau detestaba las convenciones sociales del trato cara a cara por parecerle afectadas, hipócritas, incluidas las de aquellos que, por su entrega literaria y por su postura de abanderados del trascendentalismo, tendrían que haber empatizado más con él, pero también está fuera de discusión que su comportamiento provocaría en los demás esa impresión de brusquedad, precisamente por no atenerse a los modales estandarizados.

Así, amistad y compañerismo, soledad y misantropía se van cubriendo en el alma de Thoreau como hojas secas que van cayendo de los árboles para amontonarse de forma difusa y aparentemente caótica, sin que queden claras cuáles son más visibles o destacan más por su color o su forma. Este solitario que tanta vida social tuvo, pese a las confesiones de gusto y anhelo por la soledad, puso en negro sobre blanco lo que sentía y practicaba, proyectando un pragmatismo ético individual alejado de la contemplación pasiva que atribuía a los demás, del mero postureo bondadoso. Confiaba más en hacer el bien que en pregonarlo; confiaba en amar lo que uno lleva a cabo, y hacerlo con plena confianza. En Concord, sería una suerte de bicho raro para muchos vecinos, en objeto de admiración y hasta veneración por parte de otros, sin duda una *rara avis* —literalmente, del latín, «ave extraña», lo que le hubiera encantado; «Persona o cosa conceptuada como singular excepción de una regla cualquiera», según el *Diccionario de la lengua española*, como si los académicos hubieran definido la palabra teniendo a Thoreau en mente— se mirase por donde se mirase. Y también un misterio en sí mismo si nos atenemos a la intimidad que enseñan sus escritos, más allá de los cofrades de letras, sobre lo que él consideraba como amigos, su concepto de lo que era el amor, su visión de las mujeres, una en particular, que, muy probablemente, para su infinito alivio rechazó su oferta de matrimonio.

Esta ave inimitable, ajena a reglas como las nubes del cielo, prefería otear en el terreno sentimental que caminar a ras de suelo, que mirar a los ojos a mujeres u hombres, como él mismo dice cuando explica en qué circunstancias se vio cuando acudió a una fiesta: «Mal lugar para ir: treinta o cuarenta personas, casi todas mujeres jóvenes, en una estancia pequeña, calurosa y estruendosa». Allí le presentan a dos mujeres jóvenes. «La primera era tan animada y locuaz como un pajarillo. Estaba acostumbrada a la compañía de los lugares marinos y por lo tanto no podía encontrar refrigerio en un individuo tan seco como yo. La otra, según dicen, es muy guapa, pero yo casi nunca miro a la gente a la cara y, además, no podía oír lo que decía, por el murmullo, sólo veía el movimiento de sus labios cuando la miraba».[1] Ajeno a la belleza femenina —«He de confesar que tal vez me falte un sentido a ese respecto y que no me proporciona ningún placer hablar con una joven simplemente porque tenga los rasgos regulares»—,[2] Thoreau apunta en su diario comentarios que tal vez no nos atreviéramos a llamar misóginos, dado la acepción que tiene la palabra acerca de tener *aversión* por algo, pero que se le parecen mucho y que son de indudable rechazo, a veces despectivo.

«La compañía de las jóvenes es la más infructuosa que haya tratado. Son tan ligeras y veleidosas que nunca sabes si están allí o no. Yo prefiero hablar con personas más serias y estables en todos los sentidos», sigue afirmando en ese pasaje del diario (año 1851). Lo cierto es que el escritor se siente manifiestamente incómodo en presencia de mujeres, para las que guarda prejuicios ciertamente ofensivos: «Es notable aunque cierto, al menos en lo que yo he podido observar, que las mujeres, a quienes normalmente atribuimos una naturaleza más refinada y sibilina, obedecen, aún más que los hombres, a sus instintos animales. En ellas, la naturaleza es más fuerte, la razón más débil».[3] ¿Se hubiera atrevido a decir en voz alta esa teoría el 1 de agosto de 1846, cuando «las mujeres abolicionistas y contribuyentes de Concord convocaron su reunión anual en lo que era ya la famosa cabaña de Henry» y en la que varios reverendos más Emerson tomaron la palabra?[4]

Thoreau dice conocer a muchos hombres jóvenes y de mediana edad que tienen sus dudas acerca de comer carne animal, pero a muy pocas mujeres que estén concienciadas con ello; incluso llega a encuadrarlas en el grupo de gente intolerante ante tal visión de la vida reformadora, y acaba tachándolas de tener una «naturaleza sencilla y conformista».[5] Con una sola excepción, prácticamente: Mary Moody Emerson (1774-1863), tía de Ralph Waldo Emerson y el miembro más excéntrico de la familia, como recalca Baker.

Tras pasar un par de horas en el pueblo de Holbrook, Massachusetts, Thoreau la describe como «la mujer más ingeniosa y vivaz que conozco, la que más beneficio me reporta frecuentar, la menos frívola, capaz de llevarte hacia la buena conversación y de hacerte expresar aquello que bulle en tu interior. En especial, al

menos entre las mujeres, en su perseverancia e interés por saber qué piensan los pensadores. Allá donde vaya, se relaciona segura con lo intelectual». Ser escuchado largamente en la elaboración de argumentos, y tener una postura abierta ante ellos pese a que no lo compartan, son rasgos femeninos que en el caso de la tía Mary fascinan a Thoreau, que con ese ejemplo aún pone más distancia entre este caso excepcional y el común de las chicas que había conocido: «En resumen, un genio, como rara vez lo es la mujer, que te hace recordar su género mucho menos de lo que cualquier otra mujer que conozco».[6]

La tía Mary había sido esencial en la educación del joven Ralph Waldo, demostrándole cómo llevar a cabo un inconformismo vehemente, y su amplia correspondencia se convirtió enseguida en un tesoro documental para los investigadores del pensador bostoniano. En verdad, cabe hacer mención sin más dilación al material gracias al cual biógrafos de todo tipo han podido reconstruir las vidas de los escritores de Concord y relatar con precisión sus movimientos e ideas personales. Y es que, como dice Jesús Ferrer en un artículo en el que reseñaba un mastodóntico libro que reunía la correspondencia a lo largo de sesenta años de Benito Pérez Galdós: «Las fuentes históricobiográficas son muy diversas: memorias, dietarios, testimonios directos, anecdotarios populares, documentos de época y, de manera sobresaliente, los epistolarios. En el siglo XIX europeo la correspondencia va más allá de la funcionalidad comunicativa; supone un hecho social de reconocimiento colectivo, un poderoso medio de cimentación de las relaciones humanas; en muchos casos, además, un elemento de clara proyección literaria».[7]

Las cartas, más la costumbre del diario como práctica habitual en aquel tiempo, algo generalizado entre los pensadores y escritores de la época, hace que obtengamos hoy una visión de los trascendentalistas completa en lo intelectual, familiar, literario e íntimo, ya que en ese tipo de escritos personales cabe todo: las lecturas, los comentarios de charlas y paseos, las muertes de los más allegados, las meditaciones religiosas, los viajes, las reflexiones de la situación política…

Precisamente, gracias a una carta de Emerson, ha llegado hasta nosotros un comentario del pensador sobre su tía dirigido a la que era por entonces su novia, Lydia (Lidian, la llamaba él), que hará entender mejor la impresión inmejorable que Thoreau, sensible a toda *rara avis*, tenía de ella: «… todos admiramos su perspicacia, su conciencia elocuente e indignante, su razón poética e imperiosa».[8]

Con todo, apenas hay ocasiones para Thoreau de encontrar semejante personalidad femenina, portavoz de ideas locuaces e indudable capacidad de seducción intelectual. Al otro lado de esta mujer de encendido acento intelectual, sólo se encuentra en la vida de Henry otra relación admirativa, de amor trascendental, que tal vez se hizo ostensible porque en sí llevaba el sello de la imposibilidad por las circunstancias o la notoria diferencia de edad.

Nos referimos justamente a Lidian, en cuya casa vivió Thoreau a cambio de hacer todo tipo de tareas para la familia, de 1841 a 1843, y también tras su experiencia en Walden Pond, mientras Emerson estaba de viaje por Europa, en 1847. Allí, aprovecha para revisar su diario, leer abundantemente, ir preparando el

que iba ser su primer libro y, como refiere Baker, realizar labores «de mayordomo de la casa, jardinero, carpintero, conservador de árboles, compañero de las niñas y, en ocasiones, secretario».[9] Tan buena relación desarrollaron la señora de la casa, la melancólica y enferma de dispepsia Lydia Jackson, natural de Plymouth y que permanecerá casada con Emerson cuarenta y siete años, y el habilidoso Thoreau, que se producirá una triste despedida por parte de ambos cuando él se traslade a Nueva York, en concreto para un acuerdo que había hecho Emerson con su hermano William, que era juez en Staten Island: su amigo iría a su casa como tutor del hijo mayor, Willie. En una carta, Emerson le decía a su hermano que no había nadie más auténtico y puro que Thoreau, además de ser un pensador audaz y profundo, «pero también advirtió que "es muy posible que te importune con algunas manías accidentales y quizá una exageración pueblerina del valor de los hechos". Esas costumbres de Henry eran conocidas entre sus pares de Concord, y pronto el juez Emerson también las padecería».[10]

A Lidian le disgustó la marcha de Thoreau, y éste a su vez sentiría una gran desazón a tenor de la carta que le enviaría desde Staten Island, tratándola de hermana mayor y elogiándola así: «Debes saber que representas para mí a la mujer… Me gusta tratar contigo, pues creo que no mientes ni robas, y ésas son virtudes muy poco comunes. Te doy las gracias por tu influencia durante dos años. He tenido la suerte de estar bajo ella, y ahora de recordarla». Un Thoreau dulce y agradecido se abre paso en esta cuartilla, un ser inédito para muchos que lo tratarían por esas fechas; un Thoreau que parece haber encontrado a ese alguien que decía no había tenido en su día, aquel que le diera buenos consejos: «Tú me has ayudado a mantener la vida "en alto", como dice Chaucer de Griselda, y en un sentido mejor».[11] Una mujer hermosa, trabajadora, humilde, a la que su marido pone a prueba cruelmente siempre para saber si lo ama de verdad y que pese a todo es confiada y resignada, si nos atenemos a los *Cuentos de Canterbury* de este clásico inglés que cita Thoreau.

De hecho, a continuación destaca sus «elevadas humildades» y hace una referencia que podemos tomar como el hecho de que, con Lidian, él podía alzar la vista y mirar a los ojos a su interlocutor, pues declara su preocupación de no defraudar las expectativas de ella. Porque ¿cómo si no podría mantenerse mirando hacia abajo, tímido y receloso frente a ella y cultivar esa amistad?

Era, además, un tiempo extremadamente delicado: en enero de 1842 había muerto de escarlatina Waldo, de apenas seis años, y es conmovedor leer en el diario de su padre todas las tiernas alabanzas que le dedicó, comparando su hermosura con el sol saliendo en Walden Pond, destacándolo como juguetón y risueño y, al día siguiente de fallecer, recordándolo como «un niño de sabiduría precoz, de proceder grave e incluso majestuoso, de una delicadeza perfecta».[12] Emerson escribe cómo Thoreau se había ganado la confianza y el cariño de Waldo por su capacidad de construir y arreglar juguetes y «por la tierna firmeza con que siempre lo trataba».[13] Un duro golpe que se sumaba a otro trágico que había sacudido a Concord y dejado a Henry desolado: el fallecimiento de John Thoreau, que dos semanas antes que Waldo moría de tétanos al cortarse un dedo cuando

estaba afilando su navaja de afeitar.

La distancia entre Concord y Nueva York generará una sensación de nostalgia y romanticismo en Thoreau excepcional. En otra carta, al mes siguiente de la otra referida, que tuvo su correspondiente respuesta por parte de Lydia, él le escribe que ha subido a la cima de una colina, cuando estaba atardeciendo, para leerla con calma, idolatrando la voz de ella, que elevará siempre su vida. «A veces en Concord sentía que mis actos obedecían al dictado de tu influencia», dice en una frase que podría firmar cualquier enamorado, para pasar luego a abordar poéticamente la enfermedad y tristeza de su corresponsal y expresar el júbilo que le ha representado su carta.[14]

Baker sostiene que tales cosas Thoreau no se hubiera atrevido a decírselas frontalmente a Lidian, añadiendo además que Emerson hacía bromas con la timidez de Henry, pues lo veía sonrojarse ante la presencia de su mujer. En todo caso, ese sentimiento acerca de su anfitriona durante tanto tiempo se mezclaba con una sensación de añoranza por Concord, como se desprende de sus siguientes misivas. Asimismo, tras siete meses de ausencia, no volvería de Staten Island con la sensación de haber pasado por una gran experiencia siendo maestro de latín de Willie Emerson, yendo a visitar a Henry James padre o al tío de su amigo Ellery, el reverendo unitarista William Ellery Channing, o intentando publicar algunos de sus artículos, como «El paraíso (para ser) recuperado», una reseña sarcástica sobre un libro que abogaba por el utopismo tecnológico y la abundancia material, caballos de batalla continuos para él.[15]

Mary y Lydia son las personas cercanas que, habitando el entorno emersoniano, o sea, configurando una zona sociofamiliar de extremo confort para Thoreau, despertarían en éste un verdadero interés intelectual y afectivo que no podía comprometerlo amorosamente no obstante, aparte del que debemos suponer que le inspirarían sus parientes próximos femeninos: su madre, Cynthia, que tanto se preocupó por su formación académica, su hermana mayor, Helen Louisa, cuyas clases de música y pintura contribuyeron a financiar los estudios en Harvard de Henry, y su hermana menor, Sophia, profesora de botánica en una escuela que abrió con Helen.

Muy poco se habla, por otra parte, de la preceptora de Louisa May Alcott y sus hermanas, Sophia Ford, que llegó a proponerle matrimonio por escrito —les separaban quince años de edad— en noviembre de 1847 tras haber compartido lecciones de naturaleza al aire libre con las Alcott y abandonar Concord el marzo anterior: «Henry rechazó la oferta con determinación, y nunca se volvió a enamorar de una mujer casadera», asegura Casado da Rocha.[16] Para el escritor de treinta años realmente sería un choque sufrir una obsesión como la que sintió Ford por él, sumiéndole en tal desconcierto que incluso compartió con Emerson por carta la forma en que debía contestar a tal petición, teniendo claro por otra parte que la respuesta no podía ser otra que no. Pero lejos de aceptar la negativa del que creía su alma gemela, sin embargo Ford fue más lejos al amenazar con suicidarse y al seguir enviando mensajes que Thoreau quemaba sin contestar, como explica su más reputado biógrafo, Walter Harding —el fundador de la Thoreau Society en

1941—, en *The Days of Henry Thoreau*, y hasta al enterarse de que su gran amor se encontraba muy enfermo de tuberculosis, siguió escribiendo a L. M. Alcott para interesarse por él.

Este rechazo matrimonial había tenido un precedente mucho más complejo y más tratado en las biografías de Thoreau, pero por parte en este caso de la chica en cuestión: Ellen Sewall. Todo empieza en junio de 1839, cuando en la pensión que regenta la madre de Thoreau, como cuenta Casado da Rocha, están a la espera de la visita de un muchacho de once años a un par de familiares que se hospedan allí. Se llama Edmund Sewall.

> Henry se encargó de llevarle de excursión a los Cliffs, esos riscos pedregosos que rodean un hermoso ensanchamiento del río Sudbury conocido como Fair Haven Bay. También navegaron por el río Concord y visitaron Walden Pond. Para Thoreau fue como verse otra vez descubriendo la belleza de los bosques y la laguna, y se encariñó con el muchacho hasta el punto de enviarle algún poema. Entonces los padres de Edmund enviaron a Ellen Sewall, su hija de diecisiete años, a Concord para que pasase un par de semanas de julio con su hermano.[17]

Al parecer, la llegada de la joven encandila a Thoreau, que anota en su diario esos días en que también se dedica a escribir poemas de corte amatorio: «No hay otro remedio para el amor que amar más»,[18] como consigna Casado da Rocha, que explica una anécdota además muy propia del autor: «La única ocasión en que renunció a complacer a Ellen fue cuando ella le pidió que la acompañase al servicio religioso. Thoreau se negó en redondo y le explicó que su lugar de culto se encontraba de puertas afuera». Los principios no quedan alterados ni siquiera con el advenimiento de algo que podría asemejarse a la pasión, por más que este concepto fuera desconocido en él a ojos de sus amigos, incluido Emerson, que puso tal observación por escrito.

Aquel verano enamoradizo sería el del viaje que John y Henry harían en barco por los ríos cercanos y que se iba a titular *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* (1849), al que habremos de volver enseguida, pues contiene el conjunto de reflexiones acerca del amor más amplia en toda la obra de Thoreau. Él y su hermano, sin embargo, no solamente compartirían el *Musketaquid*, sino que Ellen también había sido objeto de atención por parte de John, quien le iría enviando cartas hasta iniciarse la excursión e incluso se verían todos en casa de los Sewall en Navidad.

Un año después de haberse conocido, en junio de 1840, con Ellen de vuelta en Concord, llegaría la petición de matrimonio de John, «y Ellen aceptó, pero al llegar a casa se arrepintió y le contó a su madre que prefería a Henry. Su madre insistió en cancelar el compromiso, pues rompería el corazón del señor Sewall, un unitario de la vieja escuela a quien no le gustaba el ambiente excesivamente liberal de Concord».[19] No se sabe a ciencia cierta cómo llevaron este asunto los dos hermanos, que siempre se mostraban inseparables y bien avenidos, pero lo cierto es que Henry decidió dar un paso adelante y pedir a Ellen el noviembre de ese año que se casara con él.

Lógicamente, como podía esperarse del patriarca de los Sewall, no hubo permiso, e incluso ordenó contestar a Thoreau, como apunta Casado da Rocha, «de la manera más breve, explícita y fría que fuese posible. Lo hizo con premura, aunque declaró en su descargo que jamás se había sentido tan mal».[20]

Qué hubiera sido de Thoreau con una esposa y las responsabilidades familiares que eso acarrearía, las cuales podría conocer a la perfección gracias a la experiencia de residir en el hogar de los Emerson con la familia, los criados y las visitas que aparecían para cobrar deudas. Nadie que haya leído aunque sea una mínima porción de su obra puede imaginarse a Thoreau como marido, como padre, ni siquiera en las comunidades utópicas que proliferaban en la época, como la que visitó en 1856 en Eagleswood, Nueva Jersey, o quince años antes, Brook Farm, a la que había renunciado unirse pese a estar basada en principios trascendentalistas, en torno a elementos educativos y de trabajo hacia el bien común, liderados por el ya citado George Ripley: «Preferiría mantener una habitación de soltero en el infierno que estar alojado en el paraíso»,[21] escribió al respecto este, en realidad, soltero empedernido que se sentía incómodo entre mujeres y no apreciaba la belleza femenina, ensañándose incluso cuando surgía la fealdad en toda su amplitud: «En honor a la verdad estamos obligados a decir que las pocas mujeres que vimos aquel día nos parecieron excesivamente flacas. Tenían el mentón y la nariz prominentes, habían perdido toda la dentadura, y su perfil consistía en una afilada W»,[22] escribe bastante al comienzo de *Cape Cod*. Un hombre, a fin de cuentas, que llegaría a sentirse atraído por una chica cuya juventud, además, seguramente no la habría capacitado aún para reunir los conocimientos intelectuales que le solían llamar la atención y que, especulemos por un momento, quizá le sirvió para autoexplorarse, para verse capaz o no de dirigir amor a otro ser hacia un compromiso convencional.

De todas maneras, con respecto al matrimonio Thoreau tenía opiniones muy específicas que tenían que ver con un tipo de entrega muy particular y que hubieran hecho bastante difícil experimentar la debida satisfacción. La castidad, el idealismo, la pureza eran conceptos muy caros en este territorio para el escritor, que en estas lides sólo podía actuar de sujeto teórico: «Un matrimonio verdadero no se diferenciará de la iluminación. En toda percepción de la verdad hay un éxtasis divino, un inenarrable delirio de dicha, como cuando un joven abraza a su virgen prometida. Así son los placeres de un matrimonio verdadero»,[23] le escribe a Blake en respuesta a una petición muy interesante. Su amigo, en octubre de 1852, a los treinta y seis años, tras enviudar, y siendo padre de dos hijas, se casaría con una alumna suya de familia acomodada y «nobles ideales que demostraba tener una visión de la vida tan simple y elevada como la suya», de tal modo que «Blake había escrito a Thoreau solicitándole que compartiera sus pensamientos sobre el modo en que un hombre y una mujer podían vivir juntos».[24]

Thoreau se había puesto a la labor de recuperar fragmentos de su diario que tenían que ver con lo solicitado y le enviaba una serie de textos titulados «Amor» y «Castidad y sensualidad». Eran meditaciones que podían tomarse como consejos, pero de tono tan espiritual que exigían un interlocutor al otro lado con similar

sensibilidad; he aquí algunos otros extractos:

> … el amante más ardiente es a la vez sabio en la práctica y busca un amor que dure para siempre.
>
> Uno puede sentirse ebrio de amor sin estar ni siquiera cerca de encontrar su meta. Hay más de buen corazón que de buen sentido en el fondo de la mayoría de los matrimonios. Pero el buen corazón debe estar guiado por el buen espíritu o la inteligencia. ¡Cuántos matrimonios no se habrían producido si se hubiera consultado al sentido común! Y si se hubiera acudido al sentido menos común o divino, ¡qué pocos matrimonios como los que presenciamos habrían tenido lugar!
>
> Nuestro amor puede aumentar o decrecer. Está en su naturaleza, si puede decirse así.
>
> El amor es un crítico severo. El odio es capaz de perdonar más que el amor. Quien aspira a amar dignamente se expone a la más severa de las pruebas.
>
> El amor debe ser llama y luz.
>
> En el amor y la amistad la imaginación se cultiva tanto como el corazón, y si alguno de ellos es ultrajado, el otro lo acusará. La imaginación es, en general, la primera en ser herida, y no el corazón, pues ésta es mucho más sensible.
>
> El amor es el más profundo secreto. Una vez divulgado, incluso a la persona amada, deja de ser Amor.
>
> Debe haber valor y heroicidad en nuestro amor, como en las mañanas invernales.
>
> Que nuestro amar sea tal que jamás nos lleve a arrepentirnos de nuestro amor.[25]

¿Fue el amor de Thoreau alguna vez valiente o heroico o tan entregado que no cabía arrepentimiento en él?, ¿o más bien el suyo tendría elementos de platonismo, de intelectualismo, en torno a conceptos alejados por completo de lo carnal —«… ni una palabra sobre el placer, la risa, los besos, el ser de carne y hueso», Stevenson *dixit*— y asentados en una higiénica pureza que tanto lo elevaba a escalones amatorios solemnes como lo descendía al sótano de la virginidad? Como dirá en *Walden*: «¿Quién sabe qué clase de vida resultaría si fuéramos puros? Si conociera a un hombre tan sabio que pudiera enseñarme la pureza lo buscaría enseguida». La pureza es, por supuesto, castidad; esa pulsión lujuriosa que nos embarga, «cuando somos disolutos, contribuye a nuestra disipación y nos contamina, cuando nos contenemos nos da vigor e inspira. La castidad es el florecimiento del hombre y lo que llamamos genio, heroísmo, santidad y cosas parecidas son los frutos que le siguen».[26] La castidad, así, es una inyección de energía, de concentración, lo que nos separa de los animales. «Le pierdo el respeto

al hombre que convierte el misterio del sexo en una broma grosera, y que, cuando uno le habla en serio sobre el tema, permanece callado. Me parece —y aquí surge su veta severa— un comportamiento impío. Sea lo que sea que pueda pasarme, espero no perder jamás el respeto hacia la pureza de las otras personas. ¿Puedo caminar con alguien que, con su mofa y con su tono habitual, reduce la vida del hombre y la mujer al nivel de los gatos o los perros?», escribe en su diario cinco meses antes de que le enviara esos dos textos a Blake.[27]

A éste incluso llega a compartirle que «nadie duda de que la educación de los hombres apenas ha comenzado, y de que, por el momento, hay escasa comunicación genuina».[28] Thoreau se está refiriendo aquí al sexo, que es ciertamente un tema tabú incluso entre las parejas: «Es tratado con un secretismo y un temor religiosos».[29] En ello se encuentra el contrasentido de que, en una sociedad pura, el asunto de la «copulación» no se evitaría, sino todo lo contrario, dado que la sensualidad no implica la ausencia de pureza: «Si es resultado del amor puro, no tiene por qué haber nada sensual en el matrimonio. La castidad es algo positivo, no negativo. Es la virtud propia de los esposos. Todo deseo o baja pasión debe dejar paso a placeres más elevados».[30] Ése es el objetivo de toda pareja, cuya relación por otra parte ha de basarse en el respeto mutuo y en una suerte de estimulación recíproca que conduzca a una vida más elevada y, de nuevo, más pura. Actuar como «gatos, perros y personas perezosas» que buscan «el fuego de la hoguera», dice metafóricamente, sólo produce que descendamos a un lugar impropio. Y lo que tiene que buscar el hombre es «el calor del amor celestial», compartir la disciplina corporal que implica realizar acciones nobles y saludables. «Debe apoyarse en un amigo que ofrezca un pecho firme, tal como buscaría un colchón firme en el que acostarse.»[31]

Thoreau aquí se muestra como un sermoneador que maldice la lujuria, para él dañina y en los antípodas del amor. Es mancharse, es contaminarse responder a esos bajos estímulos; para ilustrarlo, recurre a la vegetación, que tantas lecciones proporciona: «… la virginidad es una flor que se abre, y a causa de un matrimonio impuro la virgen es desflorada. Quien ama las flores ama a las vírgenes y la castidad», e insiste: «El amor y la lujuria están tan lejos el uno del otro como un jardín y un burdel». Una mirada coherente con lo que apuntará en el diario al año siguiente, 1853: «Uno de los aspectos más agradables de las flores es su bella reserva. La verdaderamente bella y noble mantiene a su amado, por así decirlo, a una distancia infinita, mientras lo atrae con más fuerza que nunca».[32] Resulta bastante obvio que para Thoreau sería suficiente estar «ebrio de amor» a la debida distancia.

En esas líneas, seguirá diciendo algo digno de leerse para quien desee intuir las entrañas de Thoreau: «No me agradan los hombres que se acercan a mí tanto con su vientre. Es la trampa más horrible en la que quedar atrapado. Los vientres de los hombres son mucho más viscosos que sus cerebros. Han de ser verdaderamente ascéticos quienes te abordan de ese modo». Y aquí surge otro de sus ítems característicos, la necesidad de llevar una vida en que, ateniéndonos a la definición del diccionario, en busca de la perfección espiritual, renuncia a lo

mundano y se mantiene de manera austera.

Este pasaje y los anteriores podrían ser interpretados no solamente desde el punto de vista ascético y trascendentalista, sino desde el punto de mira en la posible virginidad, o asexualidad, de Thoreau, con su explícito rechazo a la cópula en su dimensión más impura (banal, gratuita, recreativa). En este sentido, la homosexualidad ha planeado en las teorías biográficas de Thoreau de un tiempo a esta parte,[33] aunque no haya pruebas concluyentes de tal cosa, más allá de lo que se pueda intuir de algunos párrafos de *Musketaquid* y dejándose llevar por la imaginación, como hizo John Schuyler Bishop en *Thoreau in Love*, donde aparece un Thoreau que no fue sólo el brillante ensayista que vivió en los bosques, sino un hombre que buscó el amor gay, se enamoró y a quien rompieron el corazón. Todo en el año 1843, el más misterioso en su trayectoria por contar con pocos asideros informativos —algunos estudiosos han llegado a decir que las partes correspondientes del diario, unas doscientas cincuenta páginas, se perdieron— en cuanto a su estancia en Nueva York, donde lo más respetable que vio eran los cerdos en la calle, a tal punto le pareció repulsiva la ciudad, por más que Baker sostenga que hizo buenas migas con los amigos de Emerson, que lo llevaron a cenar a una taberna cercana a Wall Street.[34]

En la novela, aquel Thoreau de veinticinco años se enamora de un hombre llamado Ben Wickham, y el propio autor, teorizando sobre su propia experiencia acerca de cómo se ha relacionado afectivamente con mujeres que tenían hermanos jóvenes, lanzó en una entrevista la teoría de que Thoreau se sintió atraído por Edmund, de ahí que le acabara escribiendo un poema de amor, «Simpatía».[35] Algo con lo que no estaría de acuerdo, en *Henry Thoreau: A Life of the Mind*, Robert Richardson, que dice que Thoreau escribió dicho poema al muchacho porque no era capaz de escribírselo directamente a Ellen, algo que resultaba harto extraño si leemos el poema, al no haber rastro alguno de femenización en el destinatario.[36]

Bishop supone que aquel medio año pasado en Staten Island lo iba a cambiar para siempre y que, en realidad, el Thoreau que conocemos procede de ese tiempo, como si algo determinante le hubiera ocurrido en una ciudad que por otra parte despreció por completo. En todo caso, presenta a un Thoreau muy distinto al que nos es habitual: uno al que le gustaba la vida social e incluso bailar. Sería un Thoreau que encajaría con el que algunos han supuesto que se sintió atraído por un compañero de habitación en la universidad, Charles Stearns Wheeler (1816-1843), miembro del Club Trascendentalista y muy destacado estudiante de griego que, en 1837, había pasado con Thoreau las vacaciones veraniegas en una cabaña en Lincoln, Massachusetts, lo que para algunos sería la primera experiencia inspiradora para su posterior decisión de instalarse a solas en Walden.

De hecho, siempre surgen detalles que pueden contradecir ciertas suposiciones —por algo dijo Joyce Carol Oates en un artículo: «De nuestros escritores americanos clásicos, Henry David Thoreau es el supremo poeta de la duplicidad, de la evasión y el misterio»—,[37] como el hecho de que en 1862, poco antes de morir, Thoreau dijera presuntamente a su hermana Sophia, como apunta Harding: «Siempre la amé», en alusión a Ellen Sewall.[38]

En realidad, el biógrafo sostiene que también tuvo verdaderos afectos hacia una mujer que le doblaba la edad, Lucy Jackson Brown, hermana de Lidian, cuyo marido la abandonó con dos hijos pequeños y que llevaba poemas de Thoreau a Emerson al comienzo de la amistad entre estos dos —Henry tiraría a Lucy los versos atados a un ramo de violetas por la ventana de su poema *Sic Vita* (así es la vida) en el que se describía como «un haz de esfuerzos vanos»—;[39] afecto (¿nos atreveríamos a llamarlo amor después de la visión sagrada que tenía él de tal cosa?) que también ocurriría con Mary Russell (1820-1906), tutora del niño Waldo Emerson durante los veranos de 1840 y 1841, que se acabaría casando con un compañero de Harvard de Thoreau y, lo que es más importante en lo que nos atañe, había rechazado contraer matrimonio con Henry —lo cuenta Henry Seidel Canby en *Thoreau* (1939)—,[40] lo cual no impidió que el escritor la fuera visitando el resto de su vida en Plymouth, donde había creado un jardín de infancia.

En otro trabajo, Marylynne Diggs[41] habla de que Thoreau sería un homosexual reprimido o asexuado, y menciona una supuesta atracción sentida hacia Tom Fowler, su guía en su viaje a los bosques de Maine, y Alek Therien, un leñador canadiense que le visitó en Walden Pond. Pero Harding quiere demostrar, en el ensayo «Thoreau's Sexuality» (1991), basándose en las evidencias que tenemos al alcance, que, a pesar de que probablemente la orientación de Thoreau fuera homosexual, no hay dato alguno que nos diga que tuvo físicamente intimidad con algún hombre o mujer. Atrás había quedado como un tabú hablar de esta faceta sexual ambigua en él, como lo demuestra el hecho de que la propia vision del biógrafo había cambiado desde la primera edición de su libro, en 1965, titulado *The Days of Henry Thoreau: A Biography*, en contraste con la segunda edición de 1982, en la que incluía el elemento gay en su biografiado.

El aspecto homoerótico en Thoreau se encontraría, según Bishop en la citada entrevista, aparte de en «Castidad y sensualidad» y en varias páginas de *Musketaquid* —siempre en torno a los asuntos de la belleza, la agonía y el amor entre hombres—, sobre todo en un par de pasajes en los diarios en que aparecen observaciones de dos chicos desnudos vecinos, nadando en el río, en que destacan las descripciones del color de sus cuerpos. Una cosa que confirmaría Harding, que realizó una extensa búsqueda en los diarios y otros escritos para documentar las alusiones sobre el sexo y el matrimonio. La conclusión es que sí habría menciones a físicos masculinos pero no femeninos.

Por su parte, Paula Ivaska Robbins, experta en historia de la botánica, a la sazón ciudadana durante veinte años en Concord y autora de una monografía sobre el abogado y político Samuel Hoar y su familia y su relación con Emerson, expresa en su artículo «The Natural Thoreau»[42] que éste habría tenido un «mejor amigo en Concord», Edward «Ned» Hoar, el tercer hijo de este destacado congresista, cinco años y medio más joven que el escritor. La investigadora llega a decir que fue gracias al patriarca de los Hoar como el hijo y su amigo se salvaron de ser enjuiciados y al cabo se les pagó la multa de dos mil dólares por haber quemado los montes. Más adelante, Edward Hoar probaría fortuna trabajando en California, donde aparentemente podría ocultar mejor su identidad homosexual,

pero volvería a Concord en 1857, acompañando a Thoreau a la excursión a los bosques de Maine en la que viajarían 325 millas en canoa con el guía indio Joseph Polis. Además, en julio de 1858, ambos compartirían diecisiete días en una expedidión botánica a las Montañas Blancas, en Nuevo Hampshire. Al final, en un viaje a Europa, Edward se casaría de forma sorprendente con una mujer en Florencia, un día antes de cumplir treinta y cinco años, y ya de vuelta en Estados Unidos, se convertiría, en Lincoln, junto a su mujer y su hija Florence, en un experto botánico que mantendría contacto con Thoreau, que le enviaría las especies vegetales raras que encontraba.

En cualquier caso, la línea que separaba el homoerotismo y la amistad estrecha entre hombres era tradicionalmente muy fina en aquellos tiempos. Un caso paradigmático que podría servir de ejemplo a este respecto, y además de un autor clave para los trascendentalistas, es el de Michel de Montaigne y su íntimo amigo Étienne de la Boétie, recientemente estudiado por Jean-Luc Hennig.

Montaigne y La Boétie sólo pudieron estrechar lazos durante seis años, y de éstos unos dos no pudieron verse a causa de viajes por motivos de trabajo, pero, como dice Hennig, aquí la duración del tiempo no tiene importancia alguna. Porque en «esa aparición del amor en la amistad» lo que cuenta es el grado de intensidad: «¿Qué hace que exista una amistad tan intensa entre dos hombres aparentemente heterosexuales? ¿Hasta dónde es posible eso? ¿Es soportable, incluso?»,[43] se pregunta el autor, que diferencia el concepto actual de amistad, incluso relacionado con la superficialidad de las redes sociales, con aquella amistad de hace cuatro siglos y medio que, además, fue pública y notoria: «Su fuerza está en la separación, en la libertad, en la libertad extrema, en la ruptura en cualquier momento, en el acercamiento irresistible, en la fuerza de no poder vivir sin él, ni él sin mí, en el impulso hacia lo que nos hace vivir y nos arrastra».[44] De hecho, Montaigne reconocerá que los momentos más felices de su vida los había pasado con aquel cuya muerte prematura lo sumiría en la más profunda tristeza, más que la sufrida por alguno de los hijos que perdió.

Visto así, a nuestros ojos semejante amistad tendría un componente amoroso indudable, que es el que quiere intuir Hennig aunque poniendo el foco de atención de manera particular: «Todo parte de una hipótesis que hasta este momento no se ha formulado nunca: ¿y si de los dos hombres el que sintió una fuerte inclinación por el otro fue La Boétie? ¿Y si todo hubiera comenzado con un deslumbramiento, con un apasionamiento de La Boétie por Montaigne?».[45] La investigación resulta sumamente estimulante, pero es necesario en este campo no olvidar lo que explica Bakewell alrededor de la forma de hablar del todo convencional con los patrones de la época: «El Renacimiento fue un periodo en el que, aunque cualquier atisbo de homosexualidad era contemplado con horror, los hombres se escribían unos a otros habitualmente como adolescentes enamorados». Y aquí viene la gran precisión: «No se amaban tanto los unos a los otros como al elevado ideal de la amistad, absorbido de la literatura griega y latina».[46] Sería la filosofía el vínculo mayor entre esos modelos de hombre letrado, inspirado en la relación entre Sócrates y el joven y bello Alcibíades, una analogía que empleó el propio La Boétie

en un soneto comparándose él con Montaigne.

Thoreau por momentos estaría en esta senda del «ideal de amistad», aunque a veces describiéndola decepcionado, y otras muchas sublimándola: «Mi Amigo no pertenece a otra raza o familia de hombres, sino que es carne de mi carne, hueso de mi hueso. Él es mi verdadero hermano. Veo a su naturaleza avanzar a tientas, como la mía. No vivimos alejados el uno del otro. ¿Acaso no nos han vinculado los Hados de muchas maneras?», dice fraternalmente en *Musketaquid*.[47] El argumento, que tendrá fisuras en torno a los elementos incompletos o frustrantes de la amistad, llegará al clímax en la siguiente página: «Así como amo a la naturaleza, como amo a los pájaros que trinan, a los rastrojos centelleantes, a los ríos, a la mañana y a la noche, al verano y al invierno, así te amo a ti, Amigo mío»;[48] para quedar redondeado en un poema:

> No conozco nada en el mundo
> que pueda escapar del amor,
> pues desciende bajo cualquier profundidad,
> y se eleva sobre cualquier altura.
> […]
> Implacable es el Amor,
> podemos comprar al enemigo, o disuadirlo
> de sus intenciones hostiles,
> pero él continúa sin descanso
> sobre la bondad inclinado.[49]

Pero tal vez el Thoreau teórico amoroso más interesante es el que habla como si tuviera conocimiento de causa claro y sincero en lo que aborda, que no es otra cosa que las fisuras comunicativas que se establecen entre dos seres que se aman. Primero asegura que «la Amistad es evanescente para todos los hombres, y la recordamos como los relámpagos de los veranos del pasado. Es pura y cambiante como una nube estival». Luego, llena de dudas el sujeto amoroso: «El corazón es inexperto para siempre».[50] Más adelante, dice desear «poder ser digno Amigo de cualquier hombre».[51] Pero enseguida llega la crítica: «Lo que solemos honrar con el nombre de Amistad no es un instinto muy profundo ni poderoso. A fin de cuentas, los hombres no aman locamente a sus Amigos. No suelo ver a los granjeros convertirse en profetas y sabios hasta rayar la locura merced a su Amistad con los otros. No suelen verse transfigurados y transformados por el amor en presencia de los otros. No los veo purificados, refinados y elevados por el amor hacia un hombre». Así, lo amoroso pisa lo prosaico y no se libra del egoísmo material: «Si uno baja un poco el precio de la madera, o le da a su vecino su voto en una reunión municipal, o le regala un barril de manzanas, o le presta su carro con frecuencia, esto se considera un ejemplo excepcional de Amistad».[52]

El escéptico crece línea tras línea, ¿también el reprimido, el desconfiado?, y resuelve pensar que un amigo al fin y al cabo es simplemente alguien que no es tu enemigo, nada más, y que por lo común la gente usa lo que da en llamar amigos para buscar, de forma interesada, ser ayudados «en tiempos de necesidad de sus

bienes, su influencia o su consejo. [...] La mayoría de nosotros confunde, de forma idiota, a unos hombres con otros. Los necios sólo distinguen razas o naciones, clases a lo sumo, pero el hombre sabio distingue individuos. Un Amigo ve el carácter particular de un hombre en cada gesto y en cada acción que realiza, y así lo prolonga y lo mejora».[53] Él, por supuesto, estaría en el segundo bando, viendo claramente que «un Amigo es alguien que incesantemente nos hace el cumplido de esperar de nosotros todas las virtudes, y que es capaz de verlas en nosotros». Solamente los amigos que se comunican en busca de la verdad, para lo cual siempre hace falta a uno que hable y a otro que escuche, solamente los amantes, precisa, «conocen el valor y la magnanimidad de la verdad, mientras que los comerciantes aprecian la honestidad barata, y los vecinos y los conocidos la urbanidad barata».[54]

El Amigo, para Thoreau, es el que aparece en sus pensamientos más selectos, haciendo tareas nobles. La Amistad es un milagro necesitado de pruebas continuas en la que poco hay de comprensible, un ejercicio que demanda pureza y fe, que surge en aquel que está en los momentos buenos y malos, que no pide nada, que es natural: «Allá donde vive mi Amigo están todas las riquezas y todos los encantos de la existencia, y ningún pequeño obstáculo me mantendrá alejado de él. Deja que nunca diga lo que no tengo que decir. Dejemos que nuestra relación nos supere por completo, y elevémonos hasta ella».[55] De esta manera, las disquisiciones sobre lo amistoso-amoroso llenan bastantes páginas del libro viajero de Thoreau, como si el movimiento y el cambio frecuente de ubicación facilitaran el recuerdo, la introspección, ahondar en las impresiones más personales y sensibles.

Thoreau, asimismo, valoraba también el silencio como algo que había que entender en el otro, y si eso no sucedía, ese amor era una maldición. No en vano, incluso es imposible decir todo lo que uno piensa al Amigo, pues «el amante acaba por comprender que no existe ninguna persona completamente transparente y digna de fiar, sino que todo el mundo tiene un demonio en su interior que, a la larga, es capaz de cometer cualquier crimen».[56]

¿Cabe un Thoreau entregado sin arrepentirse de su entrega? ¿Hubo un Thoreau así, en Nueva York, lejos del provincianismo y los chismorreos de Concord, como el de la novela de Bishop? ¿Acaso una brizna de pasión ardió más allá de la teoría del ideal de la amistad entre él y aquellos otros muchachos aquí mencionados con los que se vería en la situación de compartir fuego y suelo en las acampadas durante días seguidos en las excursiones?

Si nos atuviéramos a su propio diario, se diría que, como apunta Stevenson con respecto a las dificultades en las relaciones sociales que Thoreau padeció, no llegaría a intimar con nadie verdaderamente: «Las dificultades que tengo con mis amigos son tales que ni siquiera la sinceridad puede allanarlas. No hay consejo en el Nuevo Testamento que pueda ayudarme. Quizá mi naturaleza es algo secreto», escribe en 1851 en lo que a buen seguro habrá sido alimento para la interpretación homosexual de muchos estudiosos, añadiendo cierto desgarro interior que resulta más importante de lo que parece, pues insinúa ese elemento desconocido en él, un grado de algo parecido a la compasión, esta vez dirigida hacia sí mismo: «... siento

la horrible necesidad de ser lo que soy, y esto apenas con un atisbo de arrepentimiento». ¿Ese ser incluiría su aceptación sexual? No sería descabellado en caso alguno pensar que sí.

De todas maneras, Thoreau sabía quién era, cómo era: «Tengo una naturaleza pétrea. […] Mis conocidos, a veces, insinúan que soy demasiado frío; pero cada cosa puede llegar a ser cálida dentro de su propia naturaleza. ¿Es demasiado fría la piedra que absorbe el calor del sol veraniego y no lo deja ir durante la noche?».[57] Como siempre, la justificación o analogía con la naturaleza solventa el juicio de valor de lo que ve de sí mismo, de lo que ve con respecto a cómo lo ven los demás. De hecho, el autoconvencimiento es una de sus armas infalibles para aceptar todo lo que le sale al paso, para convertir un aparente obstáculo en una oportunidad. A fin de cuentas, como rezan los versos de Ramón de Campoamor: «En este mundo traidor, / nada es verdad ni es mentira, / todo es según el color / del cristal con que se mira».[58]

*

Thoreau usó un cristal diáfano para encontrar la Verdad también en lo amoroso, en la Amistad, más allá de en asuntos de índole moral, y, fiel a su espíritu de seguridad clarividente que ni un incendio provocado podía cuestionar, se explicó que «cada cosa es fría o caliente de acuerdo con su naturaleza. No es que sea demasiado frío, sino que nuestra frialdad y nuestra calidez son de diverso tipo; así, cuando estoy siendo del todo cálido, te podría parecer frío a ti».[59] Tal vez el lector lo encuentre frío en el trato humano, pero caliente en su prosa. Y en ello tiene un ingrediente fundamental lo educativo, lo que aprendió —o lo que quiso aprender, sería mejor decir— y lo que enseñó mediante sus breves etapas como maestro, sus conferencias y sus libros, así como el ambiente cultural y pedagógico que lo envolvería con una red que él mismo se encargó de agujerear para escapar de todo dogmatismo y domesticación en un proceso de rebeldía continua, de negar lo establecido para, en definitiva, educarse a sí mismo.

Educación y cultura

La educación, para Thoreau, no tendría que ver necesariamente con el caudal de conocimientos que puede uno atesorar, con ingresar en un colegio reputado o incluso leer con fruición las grandes obras de la humanidad. En un momento dado, incluso asegura que el otro lado de la balanza, el de no saber, es preferible, siempre y cuando exista lo que en las páginas anteriores hemos ido rastreando entre sus páginas de corte amoroso. Así, continuando con *Musketaquid*, leemos que «la ignorancia y la ineptitud con amor son mejores que la sabiduría y la habilidad sin él. Puede haber cortesía, puede haber sensatez, y talante, y talento, y conversaciones brillantes, e incluso puede haber buena voluntad. Y sin embargo, las facultades más humanas y divinas suspiran por que se haga uso de ellas. Nuestra vida sin amor es como el coque y las cenizas».[1]

Tampoco es esta una frase que podríamos relacionar inmediatamente con Thoreau con demasiada facilidad. Pero es así: en instantes puntuales, se muestra como el abanderado de la idea de que la sabiduría, en otros términos, el saber cómo vivir, estriba en tener y dar amor, semilla para vivificarse: «El hombre que está más vivo, aquel para quien su vida es el acontecimiento mayor, es el hombre que posee más ciencia», se dice en el diario de 1854; y añade: «Todo lo que un hombre puede decir o hacer que pueda tener alguna posible relevancia para la humanidad es, de un modo u otro, la historia de su amor; cantar, así, esta historia, y si este hombre es afortunado y su vida continúa, seguirá siempre enamorado. Esto es lo que significa estar vivo al extremo». Tampoco la palabra «enamorado» es frecuente en él, pero ahí lo tenemos, a un Thoreau que explicita la fe en el amor como propulsor de vida.

En el cien por cien de los casos, a Thoreau le despertará más respeto un analfabeto que realiza con cariño y profesionalidad su tarea en silencio y discretamente que un sabio apoltronado agarrado a sus proclamas igualmente acomodadas que no revierten en nada práctico, más si cabe cuando come de la mano del poderoso. «A veces, la ignorancia de un hombre no sólo es útil, sino también bella, mientras que su pretendida sabiduría resulta muy a menudo, además de desagradable, inútil», dice en un memorable pasaje de «Caminar». Y entonces pasa a la observación introspectiva: «Mi deseo de conocimiento es intermitente, pero el de sumergir mi cabeza en atmósferas ignoradas por mis pies es perenne y constante. Lo más alto a lo que podemos aspirar no es al Conocimiento, sino a la Simpatía con la Inteligencia».[2] Indudablemente, Thoreau instaría a lo que se ha dado en llamar inteligencia emocional, esa simpatía —inclinación afectiva entre personas, según el diccionario; «comunidad de sentimientos», en su etimología griega— que consiga un equilibrio con las formas del pensar. Incluso para explicar tal aspiración, recurre a lo irónico para contar cómo

> hemos oído hablar de una Sociedad para la Difusión de Conocimientos Útiles. Se dice, por ejemplo, que el conocimiento es poder. Me parece que igualmente tenemos necesidad de una Sociedad para la Difusión de la Ignorancia Útil, a la que llamaremos Conocimiento Bello: un conocimiento útil en un sentido más elevado, pues, ¿qué es la mayor parte de nuestro llamado conocimiento, tan cacareado, sino la presunción de que sabemos algo, lo cual, además, nos roba la ventaja de nuestra verdadera ignorancia? Lo que llamamos conocimiento es a menudo nuestra ignorancia positiva, mientras que la ignorancia es nuestro conocimiento negativo.[3]

*

Y para alcanzar esta ignorancia, se diría que basta una curiosidad infinita, mantener el socrático «sólo sé que no sé nada», saber para *algo* que sirva en aras de hacer de la vida *algo* superior. Ello, por supuesto, no tiene nada que ver con la obtención estipulada de conocimientos que vengan de instituciones regladas, de los poderes fácticos educacionales; se trata de un camino personal en el que cada uno tiene que trabajar su ignorancia y convertirla en belleza, en simpatía emocional. Y para tal cosa, no se necesitan conocimientos especiales de ningún tipo.

Como denuncia en un significativo fragmento del comienzo de *Walden*: «Hoy en día hay profesores de filosofía, pero no filósofos. […] Ser un filósofo no es sólo tener pensamientos sutiles, ni siquiera fundar una escuela, sino amar la sabiduría y vivir de acuerdo con sus dictados una vida de sencillez, independencia, magnanimidad y confianza. Es resolver ciertos problemas de la vida, no sólo en la teoría, sino en la práctica».[4] Todos, pues, podemos ser desde nuestra ignorancia bellos filósofos ignorantes que tienen la sabiduría de plantearse la vida con los principios adecuados, pues no escasean los filósofos sabios que «son tan estúpidos como Sancho Panza soñando con su Ínsula. Si se tienen en cuenta los objetivos que se trazan y los obstáculos que encuentran en su camino, unos y otros están a la par», como dice en una entrada de su diario de 1858 en que anota que por la tarde está yendo a encontrarse con Emerson.[5]

Ni siquiera sería deseable «una nación de filósofos», humanos que cometerían el error inadmisible de usar a las bestias como trabajadores, dice aquí el animalista Thoreau. «En verdad, no ha habido ni es probable que haya una nación de filósofos, ni estoy seguro de que fuera deseable que la hubiera.»[6] Palabras que podrían evocar cierta reminiscencia a algún texto de la Antigüedad clásica, sobre todo pensando en que Thoreau era un conocedor absoluto de la literatura grecolatina, incluso en su lengua original.

Así las cosas, según Platón, en *La república* (escrita entre los años 389 y 369 a. C.), concebida para cuestionar el sistema de gobierno de su ciudad —que no era otro que la democracia—, la sociedad tendría que asegurar la justicia desde todos los puntos de vista; algo que, en su opinión, no proporcionaba el pensamiento

democrático, que había ido degenerado hasta convertirse en una caricatura de sí mismo. En esta obra antecedente del utopismo, la ciudadanía estaría dividida en varias capas jerárquicas: aquellos que se verían obligados a un mayor sacrificio, los denominados «auxiliares» o «asalariados», cuya escasa inteligencia pero buenas aptitudes físicas les llevarían a «realizar trabajos penosos», a ser una especie de complemento para la ciudad; los guardianes, que tendrían que realizar aquellas tareas más ventajosas para la República, olvidándose de la propia felicidad, pese a que la idea de Platón es hacer que toda la ciudad sea feliz y que no disfruten sólo unos cuantos de ella; y los gobernantes en cuestión, los «salvadores y protectores» filósofos, es decir, aquellos sujetos que reflejan el bien y que son imposibles de corromper, además de ser los únicos en tener los conocimientos de las Ideas adecuadas para que el pueblo viva en armonía.

Una ciudad de esta índole para Thoreau sería poco más o menos que una pesadilla, pues implica que el sabio es el que tiene la formación filosófica y puede distinguir en exclusiva y con clarividencia el bien del mal. En cambio, el de Concord dice que cada uno de nosotros podemos ser los integrantes de una «escuela poco común», donde además las diferencias de clase no supongan en sí una injusticia de oportunidades, pues, al hilo de sus palabras sobre lo no deseable de que hubiera una nación de filósofos, se pregunta retóricamente: «… ¿estamos seguros de que la ganancia de un hombre no es la pérdida de otro y de que el muchacho del establo tiene el mismo motivo para estar satisfecho que el dueño?». En la inocencia, en la pureza, en la limpieza se encuentra el mejor germen de toda visión de la vida. Una especie de *tabula rasa* que todos experimentamos en el primer aliento tendría que inspirar la ignorancia útil y bella que significa tener el conocimiento del arte de vivir: «Siempre he lamentado no ser tan sabio como el día en que nací», dice desde Walden Pond[7] poniendo en duda la importancia de la mera inteligencia, poniendo el acento en su instinto dentro de un enigmático y poético párrafo.

Al fin y a la postre, afirma en *Musketaquid*, «el hombre más sabio no predica doctrinas, no tiene un esquema, no ve vigas ni telarañas en los cielos: están limpios. Si alguna vez veo con mayor claridad en un momento que en otro, es porque el medio a través del que veo es más claro».[8] El cristal diáfano referido antes ni siquiera debe tener el color de lo subjetivo: su color es la transparencia, la verdad tal cual es.

Esta perspectiva de lo que significa en realidad la sabiduría y cómo emplearla en lo individual y colectivo caló pronto en él. Su hogar le brindó la ocasión de conocer de primera mano lo que era la vida austera —Casado da Rocha cuenta cómo se eliminaron «lujos como el azúcar y el té para que las niñas pudieran asistir a clase de música», se cultivaba un huerto para tener parte de la dieta al alcance y hasta se albergaron pensionistas en casa para conseguir algo más de dinero—[9] y la importancia de recibir una educación acorde con su sensibilidad, cuando con doce años, en 1828, entró junto a su hermano en el Liceo de Concord y el profesor Phineas Allen le facilitó el mayor tesoro para construirse un pensamiento propio: la lectura directa de los autores clásicos, que no cesa de regalar las mejores lecciones de vida.

Allí Thoreau se prepararía para su ingreso en Harvard College, en el que empezaría a estudiar el 30 de agosto de 1833, instalándose en la Residencia Hollis, uno de los más antiguos edificios del recinto universitario, conocido por haber sido lugar de estancia de las tropas de George Washington durante la revolución americana y por haber albergado a estudiantes que serían relevantes para el país, como el mismísimo Emerson, diversos políticos de renombre nacional, filósofos como George Santayana, de ascendencia española, o escritores contemporáneos como John Updike. Allí pasaría cuatro años (y no los tres habituales de una carrera universitaria, pues su primer ataque de tuberculosis le obligaría a ausentarse en diversas fases) y, unos tres meses antes de licenciarse, conseguiría que le concedieran una beca de 25 dólares gracias a Emerson, que le envió una carta al rector de Harvard en que elogiaba al joven alumno. Por entonces, la hermana de Lidian, Lucy Brown, se hospedaba en la casa de Cynthia Thoreau,[10] y de ahí nacería el contacto con el filósofo, que se había instalado en Concord precisamente durante el periodo universitario de Henry.

Explica Casado da Rocha que Thoreau pasó por el campus de Cambridge de forma discreta, con un viejo abrigo verde pese a que la obligación de la vestimenta era llevarlo de color negro —no hubo reproche por parte de las autoridades al saber que no podría pagarse uno nuevo— y que tuvo que irse con cuidado para no distraerse en sus habituales paseos por el río y el campo próximos y perder la beca que disfrutaba y le facilitaba aspirar a tan renombrada institución.[11] Incluso no llegó a pagar los cinco dólares que se pedían para recibir el diploma de «Master of Arts que la universidad concedía automáticamente a todos sus bachilleres pasados tres años de la graduación»[12] por no molestarse en guardar el papel, después de unos estudios que integraban «italiano, francés, alemán y español y recibió clases de mineralogía, anatomía e historia natural».[13] Pese a todo, Thoreau lograría ser uno de los mejores estudiantes del último año, lo que le valió poder pronunciar un discurso cuyo título no podía ser más llamativo y hasta desafiante para los tiempos que corrían, «The Commercial Spirit of Modern Times», que apunta completo el traductor vasco: «El espíritu comercial de los tiempos modernos, considerando su influencia en el carácter político, moral y literario de una nación». Sucedió así:

> En la parte que le tocaba del acto, subió al estrado y se dedicó a denunciar el creciente apego de sus conciudadanos por los bienes materiales. Ante compañeros y profesores continuó el discurso con la declaración de intenciones que animó toda su vida:
>
> *Que los hombres sigan con autenticidad el camino que les indica su naturaleza y cultiven sus sentimientos morales, viviendo vidas independientes y virtuosas; que hagan de las riquezas medios para la existencia, nunca fines, y no volveremos a escuchar una palabra sobre el espíritu comercial. El mar no va a detener su movimiento; la tierra seguirá siendo tan verde y el aire tan puro como siempre. Este curioso mundo que habitamos es más maravilloso que conveniente, más hermoso que útil; está más para ser admirado y disfrutado que para ser utilizado. El orden social de las cosas debería invertirse en cierto modo: el séptimo debería ser el día de labor en que el hombre se gane el pan con el sudor de su frente; los otros seis, su descanso dominical para el alma y los sentidos, para poder recorrer este amplio jardín y beber de los sutiles influjos y las sublimes revelaciones de la naturaleza.*[14]

Thoreau acababa de cumplir veinte años un mes y medio antes, y su franqueza

en las intervenciones públicas —heredada de su madre, según los biógrafos— y el tono admonitorio ya están en él anclados en un río que no va a detener su curso en contra de lo que él considera los errores del vivir moderno. Qué habrían pensado y sentido los asistentes a ese acto al escuchar a un joven expresarse en esos términos que cuestionaban «el orden social» y desafiaban nada menos que la semana bíblica, y hasta hacía un elogio de la ociosidad. Ociosidad reivindicada, atención a esto, en el templo del saber: del esfuerzo, del estudio, del trabajo que representaría ayer como hoy la insigne Harvard. Emerson, de haber estado allí, hubiera asentido (y disfrutado de los rostros cariacontecidos de los profesores, que ya percibían en Henry un ánimo crítico incluso entre las paredes de la universidad que lo había acogido y becado). Aunque lo hizo de otra forma, indirectamente, pues en esos momentos estaba acabando un discurso que pronunciaría al día diguiente en la sociedad académica Phi Beta Kappa, también de Harvard, titulado «El erudito americano», que, como cuenta Baker, presentaba un tema semejante al de Thoreau: «… el valor de la independencia, de la confianza y la seguridad en uno mismo, del rechazo rotundo a "deferir" al reclamo popular».[15]

Emerson no dejó aparcado el tema en esa ponencia, sino que enseguida lo extendió a su diario, al que le confió la preocupación de despertar en los alumnos de Cambridge un objetivo espiritual lejos de la opresión que sufrían de sus instructores. «En las universidades se desarrollan jóvenes dóciles, y creen que tienen la obligación de aceptar las ideas presentadas en los libros y se convierten en esclavos»,[16] señalaba. Thoreau no podría estar más de acuerdo, pero en él, alrededor de estas disquisiciones sobre la formación de los jóvenes, se incluiría el protagonismo de un aspecto como la ociosidad sugerida en su discurso de graduación y sobre la que Stevenson también dio impagables comentarios en uno de sus ensayos.

En «Apología de los ociosos» (1877), el escocés defenderá al novillero que siempre está en las calles, pues «si un chaval no aprende en las calles, es que no tiene capacidad para aprender». Y enseguida describe al típico muchacho —Mark Twain, el año anterior, ya ha publicado *Las aventuras de Tom Sawyer*; en 1884, será el turno de *Las aventuras de Huckleberry Finn*— que «tal vez prefiere marcharse a las afueras de la ciudad, que es una zona con más vegetación. Puede tumbarse sobre unos matorrales, junto a un lilo, y fumarse un sinnúmero de pipas mientras escucha el sonido del agua en las piedras. Oirá un pájaro que canta en un árbol, y puede que entonces dé con una veta de pensamiento consciente y vea las cosas bajo una perspectiva nueva. Si esto no es educarse… ¿qué es?».[17] Thoreau no lo hubiera expresado con tanto desparpajo, pero en esencia se hubiera complacido de encontrar un texto como éste, que pone el énfasis en los sentidos: «De hecho cualquier persona inteligente que vea con sus ojos y atienda con sus oídos con una sonrisa permanente dibujada en el rostro, adquirirá una educación mucho más auténtica que el resto en toda una vida de heroicas vigilias».[18]

Lo dijo, no lo olvidemos, un hombre que huyó de su familia y de su futuro como constructor de faros en Edimburgo, tras acabar la carrera de Derecho en 1875, dos años antes de su artículo *ocioso*, y trabajar durante un breve lapso de

tiempo sólo para satisfacer a su padre; evitaba así a toda costa permanecer en un mismo lugar con el propósito de solventar sus constantes problemas físicos, que al final lo llevarían a una muerte prematura en una isla de la Polinesia. Justamente, una vida enfermiza y una enfermedad fulminante que dan como resultado además una muerte estoica y coherente con sus principios de *carpe diem* y amor a la vida, la tendencia a escapar de las rigideces sociales, el gusto por pasear, vagabundear y viajar, y ese enaltecimiento del hecho de no hacer nada mientras el mundo impone su progreso tecnológico y la revolución industrial crea esclavos en cadena son algunos de los rasgos que acercan a Thoreau y Stevenson y los convierten en almas afines.

El primero podría haber firmado lo que apunta el segundo: «El ocioso ha tenido tiempo de atender a su salud y a su espíritu, ha pasado mucho tiempo al aire libre, que es lo mejor que puede uno hacer por su cuerpo y su mente». Y: «Cualquier alumno daría algunas de sus raíces hebreas, y el comerciante unas cuantas monedas de media corona, a cambio de una porción del conocimiento que el ocioso acumula a lo largo de su vida, y su Arte de Vivir».[19] Según Stevenson, demostrar un buen juicio y mantenerse en la parte contraria de los dogmáticos son las virtudes más importantes del que actúa ociosamente. Y eso es lo que precisamente no dejó de hacer Thoreau.

Él mismo dirá cuando hayan transcurrido bastantes años de su paso por Harvard College, en *Walden*: «He pasado muchas horas, cuando era más joven, flotando sobre su superficie al antojo del céfiro, tras llevar mi bote al centro y recostarme sobre el asiento, en tardes de verano, soñando despierto, hasta que me despertaba al encallar el bote en la arena y me levantaba a ver a qué orillas me habían arrastrado mis hados; días en que el ocio era la ocupación más atractiva y productiva». Sawyer y Finn podrían perfectamente entrar en este cuadro y firmar lo que sigue: «He robado muchas mañanas para pasar así la parte más valiosa del día, pues era rico, si no en dinero, en horas de sol y días de verano, que gastaba pródigamente, y no lamento no haberlos despilfarrado en el taller o en el pupitre del maestro».[20]

El que habla es, sí, un graduado de Harvard, un lector de los clásicos grecolatinos desde niño que en Walden Pond puede tomarse el lujo de *despreciar* lo aprendido, aludiendo sarcásticamente a que en la laguna, tan ocupado como estaba con sus manos preparando mil cosas, leyó «poco, pero los menores recortes de papel que yacían en el suelo, mi asidero o mantel, me proporcionaron tanto entretenimiento como la *Ilíada*, y de hecho respondieron al mismo propósito».[21] De ello se jacta en el primer capítulo, y volverá a hacerlo cincuenta páginas más adelante, en el titulado «Leer»: «Tuve la *Ilíada* de Homero en mi mesa todo el verano, aunque sólo ojeé sus páginas de vez en cuando. El incesante trabajo con mis manos, al principio, pues tenía que acabar mi casa y plantar mis judías al mismo tiempo, me hizo imposible estudiar más».[22] Y por si fuera poco, una decena de hojas después, vuelve a destacarlo: «Durante el primer verano no leí libros; planté judías. No, a menudo hice algo mejor. Había momentos en que no podía permitirme sacrificar el esplendor del momento presente por trabajo alguno, de la

cabeza a las manos».[23]

*

En propiedad, no es la intención de Thoreau negar la importancia de los textos sagrados para la historia de la literatura universal, pero sí relativizar el conocimiento que podamos tener de ellos, desacralizarlos cuando la ocasión lo merece y la vida pide paso para que nos enfrentemos con lo que puede ofrecernos cara a cara: «Mi residencia era más favorable, no sólo para el pensamiento, sino para la lectura seria, que una universidad y, aunque estaba fuera del alcance de la biblioteca circulante ordinaria, estuve más que nunca bajo la influencia de los libros que circulan por el mundo, cuyas sentencias fueron escritas por vez primera en una corteza y ahora tan sólo se copian de vez en cuando en papel de lino».[24] Ese autodidactismo como modelo vital y educativo sería fácil formularlo para un hombre erudito como él, pero su relevancia estriba en contrastarlo con lo que ya conocía: el ambiente universitario y las instituciones que lo controlaban, ahí estaba el peligro.

Thoreau critica el planteamiento mercantilista de la educación, incluyendo la especulación inmobiliaria, después de vivir en carne propia cómo los estudiantes se hospedaban en Harvard y el dinero que tal cosa exigía. Comparaba así su manera de vivir, tan austera, con el precio que el alumno tenía que aportar anualmente, entonces unos treinta dólares: «No puedo sino pensar que, si fuéramos más sabios al respecto, no sólo se necesitaría menos educación, porque, en verdad, ya se habría adquirido más, sino que el gasto pecuniario de conseguir una educación desaparecería en gran medida», escribe pocas líneas después de especificar el total de 28,12 dólares que le costó todo el material con el que se construyó su cabaña. «Las cosas que más dinero cuestan no son las cosas que el estudiante más necesita. La matrícula, por ejemplo, es un punto importante de la tarifa, mientras que la educación más valiosa que consigue al asociarse con sus contemporáneos cultos no tiene cargo alguno.»[25]

Haciendo una analogía con lo que implica fundar una universidad, que consiste entre otras cosas en una suscripción pecuniaria y la contratación de obreros, es decir, pasos todos de tinte materialista que por otra parte provocan especulaciones de terrenos y edificios, Thoreau propone que sean los propios estudiantes los que levanten los «cimientos» de su educación. No quiere decir que trabajen con sus manos y no con sus cabezas, como apunta él mismo, pero sí «algo muy parecido a eso; quiero decir que no deberían *jugar* a la vida o sólo *estudiarla*, mientras la comunidad les apoya en este juego caro, sino *vivirla* en serio de principio a fin. ¿Cómo podrían aprender a vivir mejor los jóvenes sino intentando de una vez el experimento de vivir?».[26] De Harvard o de cualquier otra universidad

se sale, a la vista de la descripción de Thoreau, con el desconcierto grabado en el semblante, sin entender para qué se ha formado uno realmente: «¡Para mi sorpresa —dice irónicamente—, al abandonar la universidad me informaron de que había estudiado navegación! Si me hubiera dado una vuelta por el puerto habría sabido más al respecto. Incluso el estudiante *pobre* estudia y aprende sólo economía *política*, mientras que la economía de vivir, que es sinónima de la filosofía, ni siquiera se profesa en nuestras universidades».[27]

Ahí está el quid de la cuestión: cómo los organismos educativos se mantienen lejos de los valores vitales que deberían ser inherentes a cualquier materia que se enseñara. Todo se entiende mejor al considerar la mediocridad del profesorado, que repite los patrones heredados de enseñanza sin contemplar nuevas maneras de abrir las mentes de los estudiantes, como de forma gráfica simbolizaba el profesor Keating en el libro de Nancy H. Kleinbaum, luego convertido en exitosa película. «En verdad, apenas hay un profesor de nuestras universidades que, aunque domine las dificultades de la lengua, domine proporcionalmente las dificultades del ingenio y la poesía de un poeta griego y tenga simpatía alguna que impartir al lector alerta y heroico.» Si la ignorancia de aprender del vivir ya surge entre los cuadriculados docentes, cómo no saldrán de ello aprendices torpes, conformistas y pseudoanalfabetos: «… sólo aprendemos a leer la Lectura Fácil, las cartillas y libros de cuentos, que son para muchachos y principiantes; nuestra lectura, conversación y pensamiento están en un nivel muy bajo, propio sólo de pigmeos y maniquíes»,[28] denuncia poco después lanzando la salvación a todo eso: el autodidactismo sobre la base de lecturas provechosas.

Leer no para acumular saberes sino para conocernos mejor mediante la voz de otros, exactamente lo que podemos hacer hoy con la obra de Thoreau nosotros: «Cuántos hombres han fechado una nueva época en su vida por la lectura de un libro. Quizá exista el libro que nos explique nuestros milagros y revele otros nuevos. Podemos encontrar pronunciadas en algún lugar las cosas hasta ahora impronunciables. Las mismas cuestiones que nos turban y asombran y confunden les ocurrieron a su vez a todos los hombres sabios, ni una ha sido omitida y cada cual las ha respondido, según su habilidad, con sus palabras y su vida».[29] Paradójicamente, la mejor lectura, la mejor educación, no la puede proporcionar la universidad y sus diversas ramificaciones temáticas. Como dijo Thoreau al oír cómo un joven de diecinueve años le consultaba a Emerson sobre el mejor lugar donde educarse y éste le recomendaba Harvard College porque allí se enseñaba la mayoría de las ramas: «Sí, claro, todas las ramas y ninguna de las raíces».[30]

La raíz tiene que ponerla el hombre mismo, sin confiar en que las instituciones le hagan arraigarse en la mejor sabiduría, que no está en otro sitio que circundándonos. Por eso, en *Walden* se denuncia el hecho de que «casi gastamos más en cualquier artículo de alimentación o malestar corporal que en nuestro alimento mental. Es hora de que tengamos escuelas poco comunes, de que no abandonemos nuestra educación cuando empezamos a ser hombres y mujeres. Es hora de que las ciudades sean universidades, y sus ancianos miembros de la universidad».[31] La idea la apuntará en el diario de 1859, esta es, la de que «un

pueblo es una institución que merece ser recordada. Nos ufanamos de nuestro sistema de enseñanza, pero ¿por qué pararnos en los maestros y en las escuelas? Todos somos maestros y nuestra escuela es el universo. Es absurdo concentrarse exclusivamente en el pupitre y la escuela y olvidarse del entorno».[32] Es la universidad de la vida la verdadera impulsora de lo que necesitamos saber, y advertir tal cosa debería hacernos pensar en nuestro lugar de estancia como el mejor lugar donde incentivar la cultura.

Para Thoreau, no tiene sentido presumir del rápido progreso que vive Estados Unidos durante el siglo XIX viendo lo poco que hace su ciudad por su cultura. «En lugar de nobles, tengamos nobles ciudades de hombres»,[33] escribe lanzando una esperanza que sin duda vería imposible de llevar a cabo. El platonismo de su mensaje no estribaba en configurar una sociedad de filósofos en los que depositar el juicio entre el bien y el mal para ser dirigidos, sino en un ambiente donde la naturaleza formara parte de la *educación* de la ciudadanía.

De este modo, su utopía hace del entorno el mejor profesor, como pormenoriza en el diario de 1861:

> ¿Cuáles son las características que hacen que una población sea agradable? Un río, con sus cascadas y sus vegas, un lago, una colina, un risco o rocas individuales, un bosque y árboles antiguos aislados aquí y allá. Todo eso es hermoso, y todo ello tiene una utilidad que no puede medirse con dinero. Si los habitantes de un lugar fueran sensatos, procurarían conservarlo, aunque supusiera un coste considerable; pues todo ello educa mucho más que profesores o predicadores contratados y que cualquier sistema actualmente reconocido de enseñanza escolar. No me parece adecuado para ser el fundador de un estado ni siquiera de un pueblo quien no prevea la aplicación de esas cosas, y se limite a legislar para los bueyes, por así decirlo.[34]

Dos años antes, había tenido la idea de que todas las poblaciones debieran tener un parque o un bosque grande que no fuera objeto de la explotación por parte del hombre para hacer combustible de sus ramas, que fuera de propiedad común para todos los habitantes. Se viviría así en la ciudad conservando las ventajas de vivir en el campo.[35] Estos rasgos que configurarían el lugar ideal para la población ya los había anotado en «Caminar», al decir que «la salvación de una ciudad depende tanto de la dignidad de los hombres que la habitan como de los bosques y pantanos que la rodean. Una comunidad que vive junto a un bosque que se agita en lo alto y otro que se pudre por debajo no sólo es apta para el cultivo de maíz y patatas, sino también para el de poetas y filósofos para los siglos venideros».[36]

Seguidamente, se lamenta —«¡Ay, la cultura humana!», empieza exclamando— de que poco puede esperarse de unos seres que agotan sus recursos naturales, y en el diario, un año antes de morir, supone que si se hiciera la historia de Concord no aparecería el bosque en ella —premonición que, gracias justamente a él, hoy sería imposible que se cumpliera— y lanza una suerte de propuesta para que en cada pueblo hubiera un comité que se encargara de proteger la belleza de la naturaleza que lo rodea, en un gesto que también se dirige al bien común, que es lo mismo que decir la educación común, libre y gratuita: «Así como en muchos países

los metales preciosos pertenecen a la corona, así aquí los objetos naturales más preciosos y de rara belleza deberían pertenecer al público», arguye.[37] El urbanista Thoreau habla de esta forma de cómo imbricar ciudad y bosque, educación y naturaleza, belleza útil para todos. Por eso, en *Musketaquid* reflexiona sobre lo que sería poner todas las universidades en la base de una montaña: «Así, algunos recordarían no sólo que fueron a la universidad, sino que fueron a la montaña. Y cada visita a una cumbre generalizaría, por así decir, la información particular aprendida allá abajo, y la sometería a pruebas más universales»,[38] equiparando tal ventaja al hecho tan necesario y tan inédito a su juicio en el sistema educativo de entonces de contar con profesores bien preparados.

Hay que ser maestro de uno mismo, en conclusión, ser parte de esa escuela poco común. Experimentar por uno mismo, construyéndose los cimientos de su propia universidad, lo que la vida puede ofrecer; ése es el camino para adquirir la sabiduría necesaria, para conseguir *estar vivo*, es decir, sentir que la vida es el acontecimiento mayor, como se citaba al comienzo de esta sección yendo a las páginas del diario de Thoreau; el que logra tal cosa es el hombre que posee más *ciencia*.

Una palabra ésta que el escritor usa con toda la intención contraponiéndola a *conocimiento*, en el citado libro, al cuestionar su dimensión intelectualista, eliminar su impronta social y rebajar a su sentido más personal y cotidiano: «Se habla mucho sobre el progreso de la ciencia en estos siglos. Yo me atrevería a decir que los resultados útiles de la ciencia se han acumulado, pero que, hablando en términos estrictos, no ha habido una acumulación de conocimiento para la posteridad, habida cuenta de que el conocimiento sólo se adquiere mediante la experiencia correspondiente». Y punto y seguido llega el escepticismo ante la información que se recibe, la desconfianza en qué y cómo nos educan: «¿Cómo podemos *saber* lo que simplemente nos *dicen*? Un hombre sólo puede interpretar la experiencia de otro a través de la suya propia».[39] Visto así, el conocimiento únicamente puede proceder de la iniciativa propia; ningún libro, ninguna universidad, ningún maestro bastan.

Si no sucede eso, uno se sumerge en el submundo de la frivolidad y, en el ambiente de falta de curiosidad y pseudoanalfabetismo imperante, entonces: «No es ningún cumplido ser invitado a pronunciar una conferencia ante los ricos institutos y liceos. Los conferenciantes asentados son tan mansos como los ministros asentados. El público no quiere oír a ningún profeta; no desea ser estimulado e instruido, sino entretenido», dice en el diario de 1858.[40] Si no sucede esa búsqueda de conocimiento, uno permanecerá en el rebaño de los que no entienden las creaciones que rompen moldes: «Toda obra de arte sobresaliente resulta extraña y salvaje para la masa de los hombres, como el genio mismo», dice al año siguiente.[41] Si no tenemos la inteligencia, el conocimiento que surgen de querer saber, experimentando para conocer de primera mano las cosas sin tener que fiarnos de explicaciones ajenas, no valoraremos lo que aparezca en el camino con suficiente criterio y nos sumaremos a la visión mediocre común sólo atenta a las tendencias cambiantes y aborregadas: «Hasta ahora no ha existido una crítica

justa y serena. No analizamos nada en toda su sencillez, nada que se limite a estar en el regazo de la belleza eterna. Antes bien, nuestros pensamientos, al igual que nuestros cuerpos, han de ataviarse con las modas más recientes», dice casi al final de *Musketaquid*.[42]

De resultas de todo ello, Thoreau sólo puede advertir sobre dos aspectos que tendremos que tener en cuenta si efectivamente queremos alcanzar ese grado de conocimiento bello que sirva para el arte de vivir: por un lado, asumir en derredor la estupidez humana; por el otro, mantenerse abierto de miras.

En su diario de 1860, escribe: «Siempre tendrás que luchar contra la estupidez de los hombres. […] Al estúpido siempre lo tendréis con vosotros. Al principio los hombres son más obedientes a las palabras que a las ideas. Les importan los nombres más que las cosas». Y no puede poner mejor ejemplo para ilustrar lo dicho: «Pronuncia ante ellos una conferencia sobre "educación", mencionando el asunto, y pensarán que han oído algo importante; pero llámala "trascendentalismo" y pensarán que han oído a un lunático. O parte en dos la conferencia, pon un salmo al principio y una plegaria al final, y léela desde un púlpito, y pensarán que es buena con los ojos cerrados».[43] La ignorancia, la cerrazón, los clichés sermoneadores de tantos oradores que tomaban púlpitos religiosos y se convertían en autoridades para la masa carente de criterio propio, siquiera de ignorancia bella, llevan a etiquetar sin profundizar, a ver sin mirar.

Por todo ello, es tan imprescindible autoeducarse y disponer el ánimo siempre atento a guardar diferentes perspectivas: «Tienta el mundo desde una multitud de puntos. Sé avaricioso con esos impulsos. Hay que probar mil temas antes de encontrar el adecuado, al igual que la naturaleza necesita mil bellotas para lograr un olmo. Tiene experiencia, es sabio, aquel que ha adoptado múltiples puntos de vista, a quien las piedras, las plantas, los animales y una multitud de objetos le han sugerido algo, le han contribuido en algo»,[44] ha apuntado casi diez años antes, en el diario de 1851. Pero el pensamiento de Thoreau no es un río que bulle y cambia y se escapa por afluentes; es una laguna, una isla acuática en mitad de la tierra, sosegada desde fuera, palpitante de vida pensativa por dentro, que siempre da lo que dio, que siempre dará lo que ha dado.

Pues los ideales y motivaciones del Thoreau que morirá a los cuarenta y cuatro años están ya en aquella redacción infantil donde aparecían algunos de sus temas predilectos, el ciclo de las estaciones y el *carpe diem*; y también, en el lector de los clásicos grecolatinos en el Liceo de Concord, en el discurso de graduación elogiador de la ociosidad y denunciador del materialismo, cuyo apego ascendente en los humanos, al fin y al cabo —con lo que tal cosa tiene de banalización y alejamiento de las razones superiores del vivir—, hay que considerarlo como un gran fracaso de la educación y la cultura imperantes.

ESCEPTICISMO SOCIAL

THOREAU FRENTE AL PODER

Trabajo frente a ociosidad

Thoreau no podría ver sino con ojos espantados cómo desde pequeños se educaba a los niños en los colegios, de una manera que estaba a años luz de cómo la hubieran concebido Alcott, Emerson o él mismo. Había tenido algunas oportunidades provechosas como maestro, como cuando en el invierno de 1835-1836 pasó un trimestre dando clases en Canton tras pedir permiso en Harvard College, junto con el escritor y predicador trascendentalista Orestes Brownson, que le enseñó algo de alemán y le proporcionó una experiencia que siempre recordaría como un ensueño.

Pero el momento desagradable en ese ámbito llegaría tras graduarse, cuando le fue imposible eludir —en tiempos de crisis y después de que la familia, incluidas sus tías aparte de John y Helen, le ayudara a sufragar los estudios— una oferta de empleo en la escuela pública de Concord. Advertido por un miembro del consejo escolar que, tras acudir a su aula y considerarla demasiado ruidosa, le había dicho que tenía que pegar a sus alumnos con una palmeta para imponerse, Thoreau, como resume Casado da Rocha tomando como referencia la narración que hace de ese episodio Channing en *Thoreau: The Poet-Naturalist* (1873), «seleccionó varios estudiantes al azar, entre ellos una chica que trabajaba en casa de sus padres, los azotó e inmediatamente presentó la dimisión».[1]

Como consecuencia de eso, entraría a formar parte de la fábrica de lápices de su padre, y además tan activamente, que tras algunas investigaciones en la biblioteca de Harvard y comparar el grafito de Massachusetts y cómo estaban compuestos los lápices alemanes, conseguiría la materia prima adecuada, después de mezclar el polvo de grafito y la arcilla Bavaria, «hasta obtener los primeros lápices americanos de primera calidad».[2] La contrapartida a ello, por desgracia, sería que dicho polvo afectaría a sus ya por entonces maltrechos pulmones.

Con todo, al parecer Thoreau seguiría teniendo en mente retomar su oficio de maestro, y con esa intención trató de que lo contrataran en Maine. Al no serle posible, abrió su propia escuela privada en casa con vistas a enseñar él mismo latín, griego, francés y ciencias, y, gracias al éxito de asistencia, no sólo se añadió John al proyecto, sino que «acabaron por reabrir la vieja Academia de Concord», explica Casado da Rocha, quien recogió estos datos y testimonios impagables del libro de Franklin Benjamin Sanborn —un licenciado de Harvard que dirigió siete años una escuela privada en Concord donde acudirían los hijos de Emerson y Hawthorne y que se encargaría de escribir varias biografías de los trascendentalistas— *The Life of Henry David Thoreau* (1917):

> Cuando un niño ingresaba en esa escuela, los hermanos le llevaban aparte para preguntarle por qué venía a la Academia. Si respondía que deseaba aprender latín, álgebra y lo demás, le hacían esta proposición con toda seriedad:
>
> *Si realmente quieres aprender esas cosas, nosotros te las enseñaremos, si sigues nuestras reglas y prometes entregar tu mente al estudio; pero si sólo vienes a jugar y hacer el vago, o a ver cómo estudian los*

otros, no te queremos como pupilo. ¿Prometes hacer lo que te pedimos? Si es así, nos esforzaremos en transmitirte todo lo que sabemos.[3]

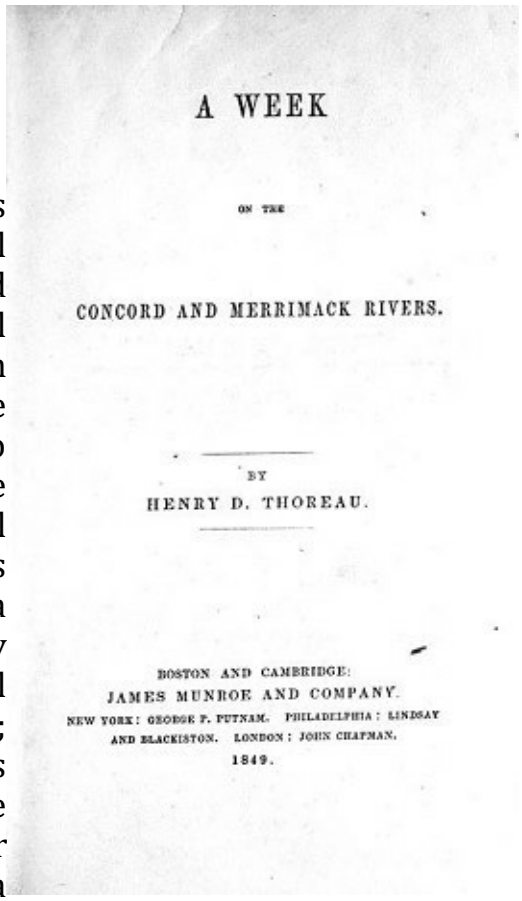
Su método era revolucionario para la época: estar a gusto dando clase y que el estudiante se sintiera igual, sin eludir por ello la debida concentración y el debido esfuerzo. Alcoriza explica, por cierto, que «los estudiantes recordarían a John como "más humano", a Henry como "rígido"». Obviamente, en aquella escuela «nunca se azotó a nadie, pero imperaba allí una "disciplina militar". El programa de estudio valoraba el uso de la razón sobre la memoria, así como las excursiones campestres frente a los talleres. (Por sus zancadas al aire libre, se ganaría el apodo de "soldado Thoreau")».[4] La Academia permanecería abierta algún tiempo más, el suficiente para que pasara por ella Louisa May Alcott en 1840, pero la mala salud de John hizo que tuvieran que cerrarla al año siguiente, momento en que Thoreau pasaría a vivir en casa de los Emerson los siguientes dos años.

La filosofía como profesor de Thoreau no podía ser más moderna: la educación tenía que basarse en una disciplina permanente —fuera y dentro del aula— y en ser compañero de los alumnos y aprender de ellos, como le explicó en una carta a Brownson, según refiere Casado da Rocha: «Además del currículum habitual, los hermanos Thoreau les enseñaban a conocer y apreciar el paisaje; hacían excursiones por tierra y en bote, y buscaban vestigios de los indios que antaño habitaban la zona».[5] Enfocaba así la enseñanza como algo integrador, que pisara tanto el aula como la calle y la naturaleza: un aprender a apreciar la vida en todas sus manifestaciones.

Así cabe entenderlo mediante fragmentos como este perteneciente a *Musketaquid*, cuya excursión y escritura datan precisamente de aquella etapa como profesor libre, sólo teniendo que dar cuenta de él mismo sin haber de soportar las insufribles condiciones de otros: «Hay muchos aprendices habilidosos, pero pocos maestros artesanos. En todos los ámbitos —en la educación, en la moral, en el arte de vivir— observamos una misma práctica sabia, encarnada por muchos filósofos antiguos. […] a menos que hagamos algo más que limitarnos a aprender el oficio de nuestro tiempo, no seremos más que aprendices, y no maestros del arte de vivir».[6]

Oficio de vivir. Ése es el verdadero trabajo que deberíamos arremeter cada día; el mismo que ha quedado arrinconado por el que predomina entre la gente y que hace que algunos conceptos como sabiduría u ociosidad queden en un charco de malentendidos o, lo que es peor, mal definidos. Así las cosas, «el adjetivo "sabio" está, por lo general, mal aplicado. ¿Cómo puede ser sabio el que no sabe mejor que otros cómo se ha de vivir?, ¿no será tan sólo un hombre más astuto y sutil?, ¿opera la sabiduría como el burro en una noria?, ¿o por el contrario nos enseña cómo tener éxito "siguiendo su ejemplo"?», se dice en el ensayo «Una vida sin principios», publicado póstumamente, donde señala: «Las formas con las que la mayoría se gana la vida, es decir, viven, son simples tapaderas y un evitar el auténtico quehacer de la vida, y sucede así porque, en primer lugar, no saben; pero en parte también porque no quieren hacer nada por aprender algo mejor».[7]

*


A WEEK

ON THE

CONCORD AND MERRIMACK RIVERS.

BY

HENRY D. THOREAU.

BOSTON AND CAMBRIDGE:
JAMES MUNROE AND COMPANY.
NEW YORK: GEORGE P. PUTNAM. PHILADELPHIA: LINDSAY AND BLACKISTON. LONDON: JOHN CHAPMAN.
1849.

En este formidable texto, el favorito de los aficionados a Thoreau, como dijo Harding, el autor crea un incisivo ataque a esta sociedad cimentada en el trabajo continuo y en el sometimiento del hombre ante ello sin proponerse otro horizonte de expectativas que dignifique su paso por el mundo; *mundo* descrito como «un lugar de ajetreo. ¡Qué incesante bullicio! Casi todas las noches me despierta el resoplido de la locomotora. Interrumpe mis sueños. No hay domingos. Sería maravilloso ver a la humanidad descansando por una vez. No hay más que trabajo, trabajo, trabajo. No es fácil conseguir un simple cuaderno para escribir ideas; todos están rayados para los dólares y los céntimos». El hartazgo es absoluto, y no parece haber salida ante el círculo vicioso de trabajar para ganar dinero que gastar para volver a trabajar… «Yo creo que no hay nada, ni tan siquiera el crimen, más opuesto a la poesía, a la filosofía, a la vida misma, que este incesante trabajar.»[8] Huelga decir que tal asunto, esta obsesión colectiva por trabajar, sería el aspecto social que más le apartaría de la vida en las ciudades y le conduciría al alivio de la vida al aire libre; tal vez lo que sintió con mayor intensidad en su visita a Nueva York y tanto despreció, hasta el punto de que de su visión sólo se salvaban los cerdos en las calles.

Para Thoreau el maestro, el fabricante de lápices, el agrimensor, el manitas, hacer una tarea a disgusto constituiría la manera más horrible de perder el tiempo y engañarse a uno mismo. «Siento que mi conexión y mi obligación para con la sociedad son aún débiles y transitorios», reconoce en el mismo ensayo, y a continuación da detalles de cómo se toma aquello con lo que se gana la vida de vez en cuando: «Esos leves trabajos que me reportan el sustento y por los cuales se me permite que sea útil de algún modo a mis contemporáneos, me son tan agradables que casi nunca recuerdo que son una necesidad». Abstraído de la preocupación que asola a los que le rodean a diario, concluye de modo clarividente: «Si tuviera que vender mis mañanas y mis tardes a la sociedad, como hace la mayoría, estoy seguro de que no me quedaría nada por lo que vivir».[9] Su sugerencia, dice, es que se puede trabajar mucho pero a la vez no usar bien el tiempo, de ahí que sea una completa equivocación gastar la vida en procurarse el sustento.

Su idea es otra: «Debéis ganaros la vida amando».[10] No es, por supuesto, un

Thoreau romántico, un Thoreau ingenuo e iluso; conoce demasiado bien el mundo para lanzar ese tipo de mensajes vacíos que llenan las iglesias y que él evita a toda costa. Así como Gandhi dirá que no hay camino para la paz sino que la paz es el camino, Thoreau sostiene que todo radica en el ánimo con el que se encaran las cosas, el cual no puede ser otro que el amoroso, el de tener afecto por lo que uno tiene entre manos o ve alrededor. Y esto puede confundirse con un talante contemplativo, incluso pasivo, que tan mal visto está en toda comunidad que tiene equivocado por completo su prisma a la hora de observar las actividades del hombre.

El discurso de graduación resonará siempre entre líneas en toda obra de Thoreau: aquella sugerencia de cambiar el «orden social», en darle la vuelta a los prejuicios que era una invitación a alejarnos de los convencionalismos que heredamos de la anterior generación: «Si un hombre pasea por el bosque por placer todos los días, corre el riesgo de que le tomen por un haragán, pero si dedica el día entero a especular cortando bosques y dejando la tierra árida antes de tiempo, se le estima por ser un ciudadano trabajador y emprendedor. ¡Como si una ciudad no tuviera más interés en sus bosques que el de talarlos!», sigue avisando en «Una vida sin principios».[11]

Stevenson estará de acuerdo; en «Apología de los ociosos» precisamente enfatiza la acción que representa la inacción, ya que «lo que llamamos ocio, que no consiste en hacer nada, sino en hacer mucho de eso que no reconocen los dogmáticos formularios de la clase dominante, tiene derecho a legitimar su posición como industria en sí misma».[12] Popularmente, se acepta ese no hacer nada y hacer de ello una industria en los sueños de la gente con respecto a loterías premiadas millonarias. Ya está instalado firmemente en el imaginario colectivo, estimulado por la publicidad, que la ociosidad regada por las facilidades que da una lluvia de dinero caída sin esfuerzo alguno es algo deseable por cualquiera; ello escandalizaría hoy a Thoreau, como comprobaremos más adelante en casos equivalentes de la época. En cualquier caso, permitirse no hacer nada —o hacer mucho no haciendo nada, como llevarían a la práctica Thoreau o Stevenson *viviendo* con todas sus consecuencias— ha de guardar un equilibrio con lo que proporcione un sustento venido de algo agradable.

Henry escribe en *Walden* que durante más de cinco años se mantuvo con el trabajo de sus manos, como ya había destacado el autor escocés, descubriendo que dedicándose a ello seis semanas al año podía sufragar todos sus gastos. La recompensa de dividirse así los meses no tenía precio: pasarse el invierno y casi siempre el verano libre y tranquilo para, especifica, estudiar.[13]

Trabajar lo mínimo para tener el máximo tiempo libre es un planteamiento que no surge del mero deseo banal. Ha de nacer de una habilidad superior: necesitar poco. Para describir su caso, explica cómo descubrió que «la ocupación de un jornalero era la más independiente, en especial porque exigía sólo treinta o cuarenta días al año para subsistir. El día del jornalero acaba cuando se oculta el sol y entonces es libre de dedicarse a su búsqueda elegida, independiente de su trabajo; pero su contratante, que especula de mes en mes, no conoce tregua de un

extremo al otro del año».[14] Se es así esclavo del propio trabajo al tener responsabilidades económicas propias y mantenerse pendiente del comportamiento del mercado, más la función de contratar con acierto, un asunto nada baladí.

Según Thoreau, para que en el ámbito laboral se llegara a una situación óptima, tendrían que pasar dos cosas de parte de los dos actores protagonistas. Por un lado, «el propósito del obrero debiera ser, no el ganarse la vida o conseguir "un buen trabajo", sino realizar bien un determinado trabajo, y hasta en un sentido pecuniario sería económico para una ciudad pagar a sus obreros tan bien que no sintieran que estaban trabajando por lo mínimo, para seguir viviendo sin más, sino que trabajaban por fines científicos o morales». Por el otro lado, el contratista debería contar con un hombre que hiciera el trabajo no por dinero, sino porque le gusta.[15]

En un mundo donde la pobreza, el paro o la precariedad laboral están a la orden del día —pero cuándo no: en el tiempo adulto de Thoreau, sucede el pánico económico de 1834 que acaba en una fuerte crisis al final de la década; le sucede una etapa de deflación durante la siguiente, y de nuevo otro «pánico» en 1857, tras unos años de prosperidad gracias a la expansión del ferrocarril—, Thoreau, prolongándose de su siglo hasta el nuestro, no se resigna a contemplar como algo inalcanzable el hecho de disfrutar de las labores que implican una remuneración económica. «No permitas que ganarte la vida sea tu oficio, sino un esparcimiento. Disfruta de la tierra, pero no la poseas. Por falta de iniciativa y fe los hombres están donde están, comprando y vendiendo y gastando sus vidas como siervos»; he ahí la clave.[16] Y es que el hombre no puede limitarse a un puesto de servidumbre continua que elimine su tiempo, su goce de la vida.

Pero cómo plantearse tal cosa si es algo que no parece haber sido objeto de reflexión para nadie: «Es sorprendente que haya tan poco o casi nada escrito, que yo recuerde, sobre el tema de ganarse la vida; cómo hacer del ganarse la vida no sólo algo valioso y honorable sino también algo apetecible y glorioso, porque si "ganarse" la vida no es de ese modo, esto no sería vivir. Cualquiera pensaría, revisando la literatura, que esta cuestión jamás turbó los pensamientos de un solo individuo».[17] Son palabras de «Una vida sin principios» que también tendría en mente cuando le escribió a Blake: «Cómo debemos ganarnos el pan es una pregunta de enorme importancia, además de agradable y sugerente. No debemos eludirla, como se acostumbra a hacer. Es la pregunta más importante y práctica que se puede plantear el ser humano».[18] Thoreau se la formuló y contestó como nadie, y aún hoy mantiene como nunca la potencia de lo que inspira un planteamiento de estas características, anclado al hecho de desarrollar una labor simple, humilde, que represente algo justo y sustituya algo incorrecto —aunque sea solamente hacer un betún mejor, pone como ejemplo a su amigo— y que, en definitiva, sirva para hacer del hombre alguien moralmente mucho mejor.[19]

El trabajo no será desde luego un fin en sí mismo, sino un medio para la autosuperación del yo, de nuevo un instrumento para aprender a vivir, el objetivo prioritario. Y así como el estudio de sus alumnos en la Academia debía basarse en

la disciplina, trabajar también debería servir como el ejercicio para el cuerpo, es decir, una forma noble de disciplinar «la mente y los principios morales», como le dice a Blake en 1853. La cuestión central radicará en convertir el trabajo en «un fin más alto», lo que haría que ninguno pudiera ser considerado «humilde o aborrecible», sino que constituyera algo así como una escalera que nos condujera al piso superior.[20] Asimismo, las lecciones vivenciales que las tareas de agrimensura proporcionaron a Thoreau son infinitas, pues le posicionaron en un escenario en el que tenía que escuchar los deseos y preocupaciones de propietarios de tierras y demás trabajadores; lo cual, unido al comportamiento que sus vecinos tenían en el pueblo, le provocaba reflexiones de este calado, que comparte con su amigo, y en las que su tendencia a la misantropía se mezcla con la crítica a la mediocridad de los hombres ante la vida cotidiana:

> Últimamente he visto a más hombres de lo que acostumbro, y aun cuando conozco muy bien a la mayoría de ellos, siempre me sorprende ver qué vulgares son. Hacen pequeños negocios cada día con el fin de pagar el sustento, y luego se reúnen en salones, inventan fábulas insustanciales y reman en el fango social; y cuando creo que ya están suficientemente relajados y me dispongo a verlos escabullirse hacia sus capillas, se van sin rubor a dormir y se echan por encima otra nueva capa de indolencia. Pueden ser solteros o tener familia en su *faineancy* [indolencia, inactividad]. No encuentro hombres con quienes no tenga nada que hacer porque ya tengan mucho que hacer consigo mismos. Sin embargo, confío en que algunos de ellos abriguen propósitos que nunca declaran. Sólo piense, por un momento, en un hombre afanado en sus asuntos. ¡Cómo lo respetaríamos! ¡De qué manera tan gloriosa se alzaría ante nosotros! Que no trabajara para ninguna corporación ni agente, tampoco para su presidente, ¡sino que cumpliera con el fin de su ser! Un hombre dedicado *a sus asuntos* sería el blanco de todas las miradas.[21]

Thoreau quiere ser, consiguió ser, ese hombre centrado en sus asuntos que no le debe nada a nadie, cuyo oficio de *ser* es el más importante que verán sus días. Remando en el río o en la laguna, se iría alejando cada vez más del fango urbano y laboral que tantos seres desesperados, tanta frustración, tristeza y cansancio generaba. No es casualidad que el año en que le escribe estas últimas divagaciones a Blake sea el de la publicación de *Walden*, 1854, donde se puede leer algo concomitante: «Los hombres vuelven mansamente a casa por la noche del campo o de la calle más próximos, donde los persiguen los ecos de su hogar, y su vida languidece porque respiran su propio aliento una y otra vez; mañana y tarde, sus sombras llegan más lejos que sus pasos diarios. Deberíamos volver a casa de lejos, de aventuras y peligros y descubrimientos cotidianos, con una nueva experiencia y carácter».[22]

Aventura podría ser sinónimo de ociosidad, pues cómo tener nuevas experiencias encerrados entre cuatro paredes atentos al tictac de un reloj que señala la repetitiva jornada laboral. También, aventura es lo más parecido a libertad. Como la sentida en Walden Pond, donde Thoreau dijo vivir «como los indios puri, de quienes se dice que "para el ayer, el hoy y el mañana sólo tienen una palabra, y expresan la variedad de significado señalando hacia delante para mañana, hacia atrás para ayer y sobre su cabeza para el día que pasa". Esto era flagrante ociosidad para mis conciudadanos, sin duda, pero si los pájaros y las

flores me hubieran examinado según sus pautas, no habrían hallado falta en mí».[23] De los únicos seres vivientes de los que Thoreau aceptaría ser juzgado son los que integran la naturaleza, que siempre serán mucho mejor bienvenidos que lo que representa vivir en la ciudad. De ahí que, en «Caminar», afirme que, si le dieran a elegir un bello jardín construido por los hombres o un pantano lúgubre, se quedaría sin dudarlo con este segundo. «¡Qué vano me parece todo vuestro trabajo, ciudadanos!»,[24] rubrica justo antes de expresar cómo su energía espiritual se nutre de lo salvaje y cómo, curiosamente, cuando busca un momento de relajación, incluso sus pasos le llevan al bosque más oscuro que pueda encontrar, al pantano que a sus vecinos les parecería inconcebible visitar.

Tal desprecio, insistamos en ello, no obedece a un impulso con el que diferenciarse de forma excéntrica por más que su actitud resultara extravagante a ojos de los demás. El solitario-sociable Thoreau estaba conociendo una etapa de Estados Unidos fundamental en cuanto a su desarrollo tecnológico y al abordaje de nuevas infraestructuras que, para su desgracia, también implicaría el inicio de una expansiva deforestación, y podía sacar sus propias conclusiones sin dejarse obnivular por un progreso que a su juicio era todo lo contrario. El país había visto desde los años treinta la implantación del ferrocarril, había llegado a Nueva York el primer barco de vapor transatlántico desde Inglaterra, y Concord, como apunta Andrea Wulf,[25] ya contaba con diversas fábricas (de zapatos, de algodón, de tuberías de plomo), varios bancos y el paso de cuarenta diligencias por semana, además de ser lugar donde pasaban las mercancías que procedían de Boston y se distribuían en localidades mercantiles.

El análisis de Thoreau podría ser perfectamente certero y realista cuando le escribió a Blake en 1857 al respecto de una estadística cuya fuente informativa, por otro lado, no se ha encontrado: «La noticia de que noventa y seis de cada cien personas que se dedican a estos negocios quebrarán próximamente es lo más agradable que han revelado las estadísticas, estimulante como el olor de los sauces en primavera». Es una carta en la que comenta cómo se habla de la «dureza de los tiempos» y en la que, al referirse al concepto bíblico de que siempre se acaba por hacer justicia, dedica esas duras palabras a congratularse de algo en principio tan nefasto como un inminente y probable índice de desempleo alto. Pero hay una explicación para semejante regocijo, y es de corte lógico: «Si se deja sin empleo a miles quiere decir que no estaban bien empleados. ¿Por qué no se dan cuenta? No basta con ser trabajadores: también lo son las hormigas. ¿En qué se emplea ese trabajo?».[26]

Aquí entraríamos en el territorio de los trabajos indebidos, de esa decisión de elegir cómo hay que ganarse la vida que todo individuo ha de acometer más temprano que tarde y que marcará cómo encarará la vida en los años venideros, si se someterá al embrutecimiento de tantos o convertirá su tarea en algo en lo que subir al piso de arriba.

Todo ello considerando que, en cualquier caso, «no hay oficio que sea sencillo, todos son complejos y artificiales», como afirma en el diario de 1853, ya que «posponen la vida y sustituyen la muerte. Son contra natura». Por ejemplo, «el

político más experimentado, más sabio, no es, por ello, más humano, sino que, al final es sólo una rata gris de embarcadero. De su desprecio por lo que es bueno o malo moralmente, frente a lo político o lo legal, hace un hábito, y, así, comete un suicidio lento, del que piensa recuperarse retirándose a una granja al final de sus días». En contraste, este modo de vivir sencillo en la naturaleza del que se retira es el mismo «que le permite al simple vagabundo, aunque se emborrache y acabe a menudo en la cárcel o en el hospicio, tener la cabeza alta entre otros hombres».[27]

Más allá de estos dos extremos, el del execrable político que pierde por completo su sentido moral y el del respetable vagabundo cuyos días son ociosos, ¿qué tipo de trabajador podría tener el visto bueno de Thoreau? Para empezar, por supuesto, aquellos que trabajen relacionándose con la madre naturaleza, como él puede apreciar en pleno tránsito al recorrer la ruta que le inspiraría *Musketaquid*.

De este modo, al cuarto día de navegar, en un momento en que el barco de los hermanos Thoreau se va cruzando con otros marineros a los que van saludando, Henry recibe la siguiente impresión: «El barquero parecía llevar una vida fácil y satisfactoria, y pensamos que nosotros mismos preferiríamos su empleo antes que tantas otras profesiones que están mucho más demandadas». A sus ojos, tal ocupación enseña «qué poco hace falta para el bienestar y la serenidad del hombre, cuán indiferentes son todos los trabajos, y que cualquiera podría parecer noble y poético a ojos de los hombres si los realizase con suficiente optimismo y libertad». Dos aspectos estos últimos que surgen espontáneamente del simple hecho de ocuparse en tareas que tengan como escenario la naturaleza. De hecho, de forma generalizada, «si hace buen tiempo, hasta la más sencilla ocupación, cualquier estilo de vida rural que nos haga estar al aire libre, resulta atractiva». Los que estamos cansados de ir a la tienda a comprar guisantes envidiaremos a los que los recogen en su huerto. «Estamos igual de felices que los pájaros cuando nuestro Buen Genio nos permite realizar cualquier tarea al aire libre, sin sentir la menor sensación de disipación»,[28] concluye, como siempre eligiendo muy bien las palabras.

Porque *disipación*, eso que no sentiríamos si estamos empleándonos en asuntos en la naturaleza, remite según el diccionario a disolución, a relajamiento moral, y hace alusión asimismo al efecto de que pueda evaporarse algo que tenemos entre manos, a que se desperdicie o malgaste alguna cosa, a que algo soñado desaparezca o quede en nada. Los árboles, los animales, los ríos y el cielo que se extiende sobre ellos nos encadenan, viviendo en libertad, a la *disciplina* de ser.

Pero aparte de aquel trabajador cuya oficina sean los bosques o los mares, está el otro con el que Thoreau se cruzará cuando vaya a ver a la familia a Concord o pise las numerosas ciudades a las que su actividad como conferenciante le llevaron. Ese trabajador, idealizado pero posible, ¿por qué no?, podrá ser eficaz sin abarrotar su día de trabajo, «sino que paseará por su tarea envuelto en un amplio halo de comodidad y ocio, y no hará sino aquello que más le agrada». La comparación con el reino animal no se hace esperar: «Aunque la gallina se siente durante todo el día, sólo podrá poner un huevo y, además, no habrá recogido el

material para otro. Dejemos que el hombre se tome el tiempo suficiente para realizar hasta la acción más trivial, aunque sólo sea cortarse las uñas. Los capullos crecen imperceptiblemente, sin prisa ni confusión, como si los cortos días de primavera fuesen una eternidad».[29] Es el mismo fragmento que queda registrado en el diario de 1842 y que luego reescribirá cuando prepare ese «falso» diario de viaje fluvial, porque Thoreau introduce entonces sus observaciones diarias para insertarlas en una excursión del pasado —en ese caso, ocurrida en 1840—, tomándose la licencia literaria de que un viaje, la excursión, y otro, el apunte intelectual, son un mismo destino cuyas fechas de llegada o salida terminan compartiendo geografía en el papel.

A la hora de pasar esas frases del diario a *Musketaquid*, dejará fuera esta que iba a continuación de la referencia al huevo de la gallina: «Los que trabajan mucho no trabajan duro».[30] Unas palabas contundentes, poco razonadas, y por ello bien descartadas de cara al libro, pero que sin embargo podrían ilustrar el ritmo acelerado de algunos trabajadores que no descansan jamás y que con ello sacan muy poco de la vida. Todo lo contrario de lo que ocurre con John Goodwin el Tuerto, un pescador que «estaba cargando en una carretilla las pilas de madera varada en el río que había acumulado en su bote, para llevársela a casa» del que Thoreau habla en su diario de 1853. Un hombre que sería el contrapunto perfecto, con su trabajo tan simple como fascinante, de ese otro de corte acaparador, estresante, que representa el poder financiero y que en realidad, en comparación con el *genio* del primero, sólo nos despertaría compasión al no conocerse en absoluto ni saber las potencialidades de su alma, al estar en plena ignorancia inútil, la de ni siquiera sospechar cuál es verdaderamente la esencia de la vida:

> Y el trabajo de ese hombre, tan simple, tan directo —aunque muchos piensan de él que es un personaje depravado—, y cuyo objetivo (proveerse de madera para el invierno) era tan fácil de adivinar, me dejó inexplicablemente encantado. Cómo nos gustan las acciones sencillas. Todas ellas son poéticas. También nosotros nos emplearíamos así de buena gana. Tan diferente de los esfuerzos de otros hombres, tan artificiales y complicados. Pensad, por ejemplo, en el corredor de bolsa, ¿cómo recoge su madera para el invierno, qué ocurre con esta actividad, dónde están su bote y su carro? Posponiendo la vida inmediata, se apresura hacia Boston en las diligencias, y ahí trata con acciones y valores, sin gozar de su trabajo, y de ese modo gana el dinero con el que compra su combustible. Y cuando, por casualidad, me lo encuentro enzarzado en estos negocios indirectos y complicados, no me detiene la belleza de su empleo. No hay armonía entre éste y la puesta de sol. ¡Cuánto más frecuenta su genio el anterior, algún tipo de genio, en cualquier caso![31]

Materialismo y dinero

Para el común de los mortales, el trabajo está directamente relacionado con uno de los grandes poderes, el dinero. Pero para Thoreau ya hemos visto que tal transacción no implica la dimensión y trascendencia que tiene un salario normal. La recompensa primigenia no sería el dinero, sino el hecho de dedicarse noblemente a algo por gusto o de forma tan concentrada y consciente que, en sí mismo, compusiera el desempeño de algo virtuoso con lo que trascenderse. De ahí que, lejos de aplaudir al haragán, el que salga criticado en sus escritos, de forma muy particular en *Walden*, por ejemplo, sea el impuro *per se*: «Una persona impura es universalmente perezosa, alguien que se sienta junto a la estufa, que se tumba cuando brilla el sol y descansa sin estar fatigado. Si queréis evitar la impureza y todos los pecados, trabajad seriamente, aunque sea limpiando un establo».[1] Tal vez tuviera en mente —él, que tanto interés mantuvo por las religiones y culturas orientales— la clásica estampa del budista que barre cada mañana como acto de purificación.

Keisuke Matsumoto, monje del templo Komyoji de Tokio y especializado en introducir la mentalidad empresarial en el universo budista, haciendo una comparación entre la gestión de un templo y la de una empresa, con el matiz de que en el primero se busca una ganancia no monetaria sino aquella que lleva a la felicidad, tiene entre sus títulos este tan llamativo, *Manual de limpieza de un monje budista*, donde dice: «La jornada de un monje comienza con la limpieza. Se barre el interior del templo, el jardín, y se friega el suelo de la sala principal. Pero nosotros no limpiamos porque esté sucio o desordenado sino para librar al espíritu de cualquier sombra que lo nuble».[2] Inequívocamente, Thoreau se sentiría atraído por esa propuesta al respecto de que, si uno quiere ser feliz, tiene que disponer de un ambiente que sea el espejo de su propia mente, en este caso buscando tenerla ordenada, pues en el orden se encuentra la serenidad.

En Walden Pond, Thoreau no necesitaba un ritual semejante: estar y ser en la naturaleza era suficiente purificación. Iniciaba el día dándose un baño en la laguna y se sentaba bajo el sol durante la mañana, «absorto en una ensoñación, entre los pinos, nogales y zumaques, en imperturbada soledad y tranquilidad, mientras los pájaros cantaban alrededor o revoloteaban silenciosos por la casa, hasta que, por la puesta de sol en mi ventana occidental o por el sonido del carro de algún viajero en la lejana carretera, me acordaba del paso del tiempo». Se diría que disfrutar de esa serenidad era su trabajo, su ganancia diaria, un arte ocioso propiamente: «No era tiempo sustraído de mi vida, pues estaba muy por encima de mi renta habitual. Me di cuenta de lo que los orientales entienden por la contemplación y el abandono de las obras. En gran medida, no me importaba cómo pasaban las horas. El día avanzaba como para iluminar alguno de mis trabajos; era por la mañana y, mirad, ahora es por la tarde y nada memorable se ha logrado».[3] Y un poco más adelante, explica que a primera hora de la mañana trabajaba descalzo, «interesado

por la húmeda y pulverizada arena como un artista plástico [...] Éste era mi trabajo diario; remover la maleza, poner tierra junto a los tallos de las judías y animar a mis plantas, para que el suelo amarillo expresara su pensamiento de verano en hojas y flores de judías».[4]

El Thoreau budista, indiferente a las posesiones, ordenaría su mente respirando y observando lo que tuviera delante cada mañana sin más preocupación que ésa, lo cual no era óbice para que no se preguntara «¿cuál debería ser el *trabajo matutino* del hombre en este mundo?». Ninguno, se respondería a tenor de sus actos, que exigiera otro tipo de limpieza, de carácter pragmático, doméstico, y por lo tanto inútil y absurdo: «Tenía tres piezas de piedra caliza en mi escritorio, pero me aterró descubrir que había de quitarles el polvo a diario, cuando el mobiliario de mi mente aún no estaba limpio, y las tiré por la ventana con disgusto. ¿Cómo podría tener yo una casa amueblada? Prefiero sentarme al aire libre, porque no hay polvo sobre la hierba, a menos que el hombre haya quebrado el terreno»,[5] dice en el primer capítulo de *Walden*.

La mayoría de veces que Thoreau se refiere a trabajo, no tiene nada que ver con el dinero. Thoreau el naturalista, el solitario, el antimaterialista, empieza con la parte titulada «Economía» demostrando así que no está de espaldas a la realidad que gobierna el mundo, sino que a la vez tiene respuestas —basadas en su propia experiencia, que es lo único que da el conocimiento— para encararla y vencerla si se elige un modo de vida adecuado.

Como prueba de lo dicho, escribe enseguida que «la economía puede tratarse a la ligera, pero no es posible deshacerse de ella».[6] Y luego advierte del peligro del clásico lema vivir para trabajar, y entonces ironiza: «Gastar la mejor parte de la vida en ganar dinero para disfrutar de una dudosa libertad durante la parte menos valiosa, me recuerda al inglés que fue a la India a hacer primero una fortuna para regresar después a Inglaterra y llevar la vida de un poeta».[7] Para Thoreau, el comercio es una maldición, lo estropea todo, y la riqueza, siempre superflua, solamente puede comprar cosas superfluas. «No hace falta dinero para comprar lo que el alma necesita»,[8] apunta en la «Conclusión» de *Walden*, después de hacer una oda a las ventajas de la pobreza, que nos enfrenta a la ausencia de frivolidad y nos coloca en las experiencias más vitales.

Como Emerson, Thoreau rechazó todo tipo de experimentaciones comunales que hubieran facilitado una vida ajena al dinero y con el objetivo de compartir los frutos de la tierra. Pero ninguno de estos dos pensadores llama al pueblo, a lo global, a lo colectivo: son individualistas con un alma única, y es el individuo solo quien tiene que afrontar el desafío de qué hacer con su vida.

Es harto significativo que «Economía» acabe con un consejo de libertad en el plano de la ocupación que uno tiene que elegir —«Rescatad al que se ahoga y ataos los cordones de los zapatos. Tomaos vuestro tiempo y emprended algún trabajo libre»—[9] y, un poco antes, se atienda a esa excepcionalidad que representa cada ser humano, que únicamente ha de fijarse en su propio camino si no quiere caer en las garras del materialismo convencional: «Si un hombre tiene fe, cooperará con igual fe en todas partes; si no tiene fe, seguirá viviendo como el resto del mundo

con quienquiera que se junte. Cooperar, tanto en el sentido supremo como en el ínfimo, significa *ganarnos la vida juntos*». Y en ese punto trae a colación el ejemplo de dos jóvenes que iban a ponerse a viajar, uno sin dinero y otro sí, el primero ganando sobre la marcha los recursos que necesitara, en lo que sin duda sería un proyecto que naufragaría enseguida: «Sobre todo, como he sugerido, el hombre que va solo puede comenzar hoy, pero el que viaja con otro debe esperar a que esté preparado, y puede transcurrir mucho tiempo antes de que partan».[10]

Cada uno de nosotros puede prepararse ese *viaje* eludiendo justamente «los caminos por los que se consigue dinero», pues éstos, «casi sin excepción, nos hacen descender. Haber hecho algo por lo que "tan sólo" se percibe dinero es haber sido un auténtico holgazán o peor aún»,[11] dice en «Una vida sin principios». El dinero corrompe, irremisiblemente: por un lado, al que lo recibe, pues éste lo gana con trabajos que suelen ser lo menos agradables de hacer, que son los que la sociedad promueve —«Se te paga para que seas menos que un hombre»—; y por otro lado, al que paga, como en el ejemplo de cómo el propio Thoreau trabajaba con satisfacción en tareas de agrimensura pero recibía a cambio la mezquindad del propietario de la tierra, sólo atento a una medición engañosa, es decir, no la exacta sino la que implicara más metros con los que rentabilizar su gasto.

Thoreau cuenta la sorpresa que recibió cuando una vez un hombre le propuso incorporarse a una de sus empresas, «como si yo no tuviera nada que hacer o mi vida hubiese sido un completo desastre hasta ese momento. ¡Qué dudoso cumplido me dedicó!».[12] En su caso, casi parecería tal cosa una ofensa, una especie de soborno para cambiar una aparente inactividad en algo que la sociedad pudiera considerar productivo y por lo tanto digno de alabar, lejos de la inaceptable ociosidad. Él no lo podría tener más claro: «La comunidad carece del soborno capaz de tentar al hombre sabio. Podéis juntar dinero suficiente para perforar una montaña, pero no podréis juntar dinero suficiente para contratar el hombre que está ocupándose de sus asuntos». Ahí está lo que le decía a Blake: la maravilla, lo admirable de ver a alguien enfrascado en sus asuntos. Porque ¿qué más importante habría que despertarse, darse un baño, remover la maleza, poner tierra junto a los tallos de judías? «Un hombre eficiente y valioso hace lo que sabe hacer, tanto si la comunidad le paga por ello como si no le paga. Los ineficaces ofrecen su ineficacia al mejor postor y están siempre esperando que les den un puesto.»[13]

El carroñero social en busca de que lo coloquen en un cargo que ha quedado vacante no es muy distinto al holgazán, que a la vez puede ser perfectamente un integrante de la clase social más alta. Thoreau cree que haber nacido heredero de una fortuna es como haber nacido muerto. Consciente de que tal cosa sería el deseo impudoroso de los que le rodean, ejemplifica con una de las actividades a las que se dedicó a lo largo de los años el afán de no recibir un centavo, y así le dice a Blake en 1857: «El conferenciante cobra cincuenta dólares por sesión, pero ¿qué ocurre con su invierno? ¿Qué consuelo le procurará tener incluso cincuenta mil dólares para vivir en el mundo? No quiero dar ninguna parte de mi vida a cambio de dinero».[14] La riqueza ya la lleva él incorporada, a través de sus sentidos e intuiciones, de su visión del milagro de la naturaleza, de las posibilidades infinitas

que le regala el poder de sus pensamientos y convicciones, simplemente, al fin, por *ser*: «Me siento agradecido por todo lo que tengo y todo lo que soy. Mi agradecimiento es perpetuo. Es sorprendente lo satisfecho que puede uno llegar a sentirse sin nada definido, tan sólo con el sentir de la existencia. [...] Cómo río cuando pienso en mis vagas y abstractas riquezas. Ningún asalto en el banco puede arrebatármelas, pues mi riqueza no es posesión, sino dicha»,[15] le escribe a Blake en diciembre de 1856 en una carta donde le cuenta la despreocupación continua que experimenta ante las cosas y que no le importaría brotar como un árbol y dar frutos.

Once meses después, alude a cómo los bancos presumían de estar asentados «sobre pilares sólidos y seguros, y que como ninguna otra representaba este tan jactancioso sentido común, la prudencia, y el talento práctico, ésa era la banca, y ahora resulta que esos bancos son simples juncos sacudidos por el viento». Thoreau se está refiriendo con eso a los comerciantes y empresas que se habían reído «del trascendentalismo, de las leyes eternas, etc., rechazando "a esos lunáticos", como si ellos estuvieran anclados en algo no sólo definido, sino también seguro y permanente».[16] El tiempo y una sociedad, la del XIX, fundamentada en lo comercial, lo financiero, igual que la del siglo XX, con las bolsas obteniendo cada vez más protagonismo a escala mundial —en su libro neoyorquino, Federico García Lorca canta: «Que ya la Bolsa será una pirámide de musgo. [...] ¡Ay, Wall Street!», versos escritos en pleno crac bursátil, en los dos años (1929 y 1930) pasados en la Universidad de Columbia—[17] exactamente igual pero mil veces más en el siglo XXI, cuando la caída fraudulenta de varios bancos arrasa la economía mundial y, en un alud desdichado cuyas consecuencias piramidales empobrecen a millones y millones de personas, dan la razón al economista en la laguna Thoreau.

El hecho de que la sociedad dependa del poder institucionalizado del dinero representa la vívida muestra de que «la comunidad en general ha fracasado. Pero "esos lunáticos" siguen ahí, serenos, benéficos e inmutables. Los malos tiempos, pienso yo, tienen este valor, entre otros: que nos enseñan qué promesas merecen la pena, dónde se encuentran los bancos *seguros*».[18] La única cuenta corriente que no sufrirá números rojos es la conciencia propia de llevar a cabo una vida con principios en la que el dinero no constituya el eje, el objetivo, la razón de ser.

*

En un librito de conversaciones con Whitman, organizado por el venezolano Rafael Cadenas a partir de una selección de cuatro libros que en su día recogieron declaraciones del poeta sobre los más variados asuntos, leemos:

> La vida americana: cada hombre tratando de derrotar a otro, abandonando modestia, abandonando honestidad, abandonando generosidad para lograrlo, creando una guerra, cada hombre contra cada hombre; todo el desgraciado asunto falsamente afinado por ideales de dinero, política de dinero, religiones de dinero, hombres de dinero.
>
> Que Dios proteja nuestras libertades cuando el dinero tenga finalmente nuestras instituciones en sus garras.
>
> El problema aquí entre nosotros es nuestra endiablada manía de dinero —dinero en todo para toda ocasión, de cualquier manera, dinero; encima, ostentación, ostentación; coronando todo eso, brillo, elegancia insuperada, agudeza en la réplica, ligereza social; toda la situación como para desanimar los más eficaces factores del carácter.[19]

La competitividad, la insinceridad y el conflicto, más algunas de sus consecuencias de tales actitudes como la falta de libertad que uno mismo se busca y la vulgaridad de caer en lo ostentoso y ligero, todos esos elementos señalados por el autor de *Hojas de hierba* y que acaban siendo deprimentes, corruptores del carácter, quedan diáfanamente expuestos en lo que Thoreau califica de reflejo del gran desastre de la humanidad, esto es, «la afluencia masiva de buscadores de oro en California» y «la actitud no simplemente de los comerciantes, sino también de los filósofos y los profetas respecto a ella». *La vida americana*, ay… Muchos hombres abandonando sus tierras de origen para explorar lo desconocido y mítico en busca de un boleto premiado en el Oeste: «¡Que tantos esperen vivir de la suerte y así tener el modo de encargar el trabajo a otros menos afortunados y todo ello sin aportar nada a la sociedad! ¡Y a eso le llaman un negocio! No conozco desarrollo más sorprendente de la inmoralidad en el comercio y en los demás procedimientos habituales para ganarse la vida». Es uno de los ataques más furibundos que encontraremos en la obra pública de Thoreau: «La filosofía y la poesía y la religión de semejante humanidad no merecen el polvo de un bejín. El cerdo que se gana el sustento hozando, removiendo la tierra, se avergonzaría de tal compañía», dice en estos renglones de «Una vida sin principios».[20]

Es un Thoreau indignado, como si el fenómeno de la fiebre del oro hubiera acabado por ser la gota que rebasaba el agua de un vaso que él ya veía lleno desde aquel discurso de graduación. Todo había dado inicio en 1848, al encontrarse una pepita de oro en los alrededores del pueblo de Coloma, donde unos hombres estaban construyendo un aserradero cerca del río Americano. La noticia correría como la pólvora, y durante los próximos siete años llegarían al área de San Francisco unas trescientas mil personas tanto de Estados Unidos como del extranjero, incluidos de lugares tan remotos como Australia, aparte desde luego del resto del continente americano y también de Europa y Asia. Tal invasión modificaría para siempre California, que al crecer en población tendría la necesidad de irse organizando legal y gubernamentalmente hasta convertirse en un estado más de la Unión en 1850.

Las consecuencias de la industrialización de la minería en la economía o los

medios de transporte se irían poniendo de relieve a lo largo de esa década, en un tiempo en que todo el Oeste, desde California hasta Oregón, iba tomando relevancia después de que las tierras de algodón atrajeran a los trabajadores a Texas, sobre todo a gente del Sur, en los años treinta.

Pero a Thoreau no le sería preciso conocer los detalles de la fiebre del oro, en cuanto a su impacto en el medio ambiente y a la expulsión de los aborígenes que se vieron atacados y despreciados por los nuevos colonos ávidos por instalarse allí y hacerse ricos en un santiamén, para tener una opinión de carácter moral firme al respecto: «¡Subsistir en el reino de la Naturaleza, algo que debemos echar a suertes! ¡Vaya una crítica, vaya sátira para nuestras instituciones! La consecuencia será que toda la humanidad se colgará de un árbol. ¿Y es esto lo que nos han enseñado los preceptos de todas las Biblias?». De repente, se burla, el último y admirable invento de la raza humana es un rastrillo para la basura, indicando la bajeza de que un objeto así sirva para agacharse en busca del tesoro que se supone esconde la tierra. «¿Es bajo estas premisas donde confluyen los orientales y los occidentales? ¿Fue Dios quien nos indicó que ganáramos así la vida, cavando donde no plantamos, y que Él nos recompensaría acaso con una pepita de oro?», sigue diciendo, y remata con un razonamiento irrebatible: «Yo no sabía que la humanidad padeciera por falta de oro. Yo lo he visto en pequeña cantidad. Sé que es muy maleable, pero no tan maleable como el ingenio. Un grano de oro puede dorar una gran superficie, pero no tanto como un grano de buen juicio».

El ingenuo e ilusionante viaje hacia la oculta riqueza californiana, de súbito una especie de *nuevo mundo* dentro del semivirgen país de Estados Unidos, vendría a ser una reedición del tiempo en que el descubrimiento de todo un continente y de sus tierras y límites era de por sí materia para la especulación de toda clase, lo que había despertado la intriga de aventureros, viajeros, comerciantes, políticos e inversionistas. En un contexto de analfabetismo generalizado y una cultura muy basada en la oralidad, los rumores y leyendas transmitidas boca a boca o los relatos de algunos expedicionarios que llevaron demasiado lejos su imaginación fundaron historias y mitos que, de tanto repetirlos, alcanzaron cierto grado de verosimilitud. Así, en la América de los siglos XV y XVI se propició el nacimiento de toda una leyenda que los conquistadores creyeron como verdadera, el de un lugar llamado El Dorado donde se suponía abundaba el oro en todas sus formas.

Cualquiera que vea, por ejemplo, la película de Carlos Saura de 1988 sobre la busca de este lugar legendario, se dará cuenta de cómo los infinitos peligros a los que hacían frente los expedicionarios no les detenían ante la perspectiva de alcanzar el preciado oro. La naturaleza tropical era adversa: enfermedades, humedad, animales peligrosos, calor y lluvia extremos; la selva, impenetrable, estaba llena de sorpresas, como animales salvajes o indios que podían atacar al invasor, lo cual obligaba a viajar en barco por el río, con todos los inconvenientes derivados de ello. Fue el caso del conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada, que participó en una expedición a la busca de El Dorado que, como la que aparece en el film, acabó en total desastre (volvieron setenta hombres de los tres mil que partieron).

Con todo, los obstáculos más insalvables eran el agotamiento y el aburrimiento, que acaba desquiciando a los aventureros, impacientes por hallar lo que siempre está más lejos, según un nativo dice en *El Dorado*; una impaciencia que da origen a conspiraciones y traiciones de todo tipo que acaban en asesinatos entre la cúpula de la expedición en pos de controlar la ruta y el método del viaje, mientras que, en paralelo, al paso por el río Orinoco, se destruyen todos los poblados indios con los que se tropiezan, muchos de los cuales, como las investigaciones históricas han reflejado, tienen un comportamiento hospitalario y receptivo.

Thoreau, uno de los hombres blancos más conocedores del presente y pasado de los indígenas en su tiempo, no hubiera encontrado demasiadas diferencias entre la crueldad y la codicia de antaño con las que su país estaba protagonizando en la costa oeste. Todo ello, desde luego, tenía un valor simbólico a la hora de reflexionar sobre lo que movía al ser humano; por eso no extraña en absoluto que Stevenson titulara uno de los ensayos en los que abordaba qué es necesario para alcanzar la felicidad «El Dorado» (1878).

En él, tomaba el sitio mítico como metáfora de la manera en que a veces depositamos las esperanzas en algo inaccesible y obtenemos sólo de ello la más pura nada, como si disparásemos flechas a la luna. Y es que «ser verdaderamente feliz es cuestión de cómo empezamos, no de cómo acabamos; de qué queremos y no de qué tenemos. Una aspiración es un goce perpetuo: una posesión tan sólida como una propiedad inmobiliaria, una fortuna que nunca se gasta y que nos da, año tras año, los intereses de la actividad placentera. Si uno posee gran cantidad de esto puede decir que es rico, desde el punto de vista espiritual».[21] Frases que casi son un calco del pensamiento de Thoreau.

Para Stevenson, un individuo puede perder su fortuna y acabar mendigando, pero si conserva el deseo y la curiosidad seguirá siendo rico. ¿No es lo mismo que Thoreau dice en *Musketaquid*?: «Aquel que, tanto en verano como en invierno, puede hallar placer en sus propios pensamientos es el hombre rico, y disfruta de los frutos de la riqueza».[22] ¿No es una idéntica alabanza cristiana a la vida en la pobreza digna expresada por Thoreau en *Walden*?

Con todo, el autor no es aquí un ingenuo que piense que su filosofía de vida es fácil de asimilar para todo el mundo. En la cuarta página de su libro ya demuestra que no le falta empatía hacia los más desfavorecidos, por aquellos que están condenados a tener lo mínimo para sobrevivir y además endeudarse:

> Todos sabemos que para algunos de vosotros, pobres como sois, vivir es duro y a veces jadeáis para respirar. No dudo de que algunos de los que estáis leyendo este libro sois incapaces de pagar todas vuestras comidas o los abrigos y zapatos que lleváis o habéis gastado, y que habéis venido a esta página a pasar un tiempo prestado o sustraído, tras robar una hora a los acreedores. Resulta evidente cuán mezquinas y furtivas vidas vivís muchos de vosotros, porque mi vista se ha agudizado con la experiencia; siempre en los límites, intentando hacer negocio y evitar las deudas...[23]

Sigue entonces una retahíla de situaciones dolorosas que Thoreau presenta

haciendo del hombre mísero también la estampa del que vive muriéndose, rogando que le dejen pagar al día siguiente, pidiendo favores o mintiendo o adulando para sacar algún tipo de beneficio. Para él, llegar a ese estado es la prueba palpable de la servidumbre humana, muy parecida a la esclavitud que sufren los negros, esta vez representada por los «dueños», por los que mandan, todo aquel supervisor o jefe que, sin embargo, no alcanzan la tiranía mayor: ser el negrero de uno mismo, sucumbir a las condiciones que dicta la sociedad y acaban por explotar y embrutecer al trabajador, al fin prisionero de verse como se ve.

La apuesta constante de Thoreau por el ser humano, ciertamente, no lo convierte en alguien que dé tiernos consuelos a los que padecen o quiera apiadarse de ellos con el ánimo de quien hace obras filantrópicas. En un momento dado, como veremos, se reirá de los que dan el diez por ciento de su dinero para fines sociales y se jactan de ello, en vez de dar el noventa y solucionar el problema. Como apunta en su diario de 1841: «La magnanimidad, aunque en apariencia resulte cara a corto plazo, es siempre un ahorro a largo plazo. Sé generoso en tu pobreza si quieres ser rico. No debe haber actos mezquinos subordinados a una buena acción. Si un hombre te cobra ochocientos, págale ochocientos cincuenta. Eso le dará un margen limpio a la suma total. Será como la naturaleza, desbordante y amplia como una ribera, y no cerrada y precisa como un desagüe o una acequia».[24]

La generosidad individual se hace colectiva en la utopía de Thoreau, donde se rompen las jerarquías, se entierra el simple materialismo y cada uno es sabio a la hora de concebir qué tipo de riqueza quiere construirse, sin tener que recurrir a que el azar nos enriquezca los bolsillos con su varita mágica: «El buscador de oro en los barrancos de las montañas es tan jugador como su colega de los casinos de San Francisco —sigue diciendo en "Una vida sin principios"—. ¿Qué diferencia hay entre revolver el polvo o remover los dados? Si ganas, la sociedad pierde». El que busca oro, anteayer el conquistador español tras las huellas de la fábula de El Dorado —cómo una ficción llama al hombre a lo más absurdo, alejándolo de una realidad palpable que puede modificar él mismo—, ayer el viajero a caballo o en caravana o en tren durante días y días hasta la tierra prometida donde las pepitas son las migas de pan de un cuento que no llevará a hogar confortable alguno, ese jugador de un juego superfluo y frívolo, es el enemigo del trabajador honrado: «No es suficiente que me digas que trabajaste mucho para conseguir el oro. También el Diablo trabaja intensamente».[25]

Thoreau sabía de lo que hablaba, había leído libros como *Tierra, trabajo oro*, de William Howitt (1792-1879), fundador por cierto de una escuela de primaria que aún hoy existe, la Howitt Primary School in Heanor, en Derbyshire. Este historiador y escritor inglés hablaba de cómo buscadores de oro en Australia perecían en las excavaciones, «convertidos en demonios y sin respetar los derechos de los demás en su sed de riqueza», enajenados a la busca de un mineral que podía estar bajo sus pies y que no lograban extraer aunque agujerearan la tierra metros y más metros, muriendo en el barro de frío o de enfermedad.

Más vale trazar una galería hacia uno mismo, trabajar la mina interior que nos

aleje de que la vida se reduzca a lo crematístico. California y Australia están exactamente en el lado opuesto a donde está el oro, dice Thoreau: «Hacen prospecciones más y más lejos del lugar adecuado y cuando creen que han triunfado resulta que son los más desafortunados». Todo ese esfuerzo vacuo pone en valor el lugar donde uno mismo se encuentra, que ya de por sí contiene *oro* si uno está dispuesto a verlo reflejado en la naturaleza, en el simple vivir: «¿No es aurífero nuestro suelo "natal"? ¿No riega nuestro valle un arroyo que viene de las montañas doradas?».[26] Howitt comenta el caso de un hombre que halló una pepita de doce kilos de la que presumía allá donde iba y que casi se mata estrellándose contra un árbol con su caballo por ir demasiado deprisa. Pero Thoreau escribe que ya se había estrellado antes contra la pepita, contra una «mal ganada riqueza» que hace endemoniarse a los hombres a causa de, como dijo Whitman sobre su época, como diría aún hoy mismo de una manera amplificada por el crecimiento de la influencia de la economía universal en la economía particular, nuestra endiablada manía de dinero.

Esta mirada desalentadora hacia lo que consideran importante sus conciudadanos y la forma en que tal cosa está adquiriendo tintes preocupantes a escala general también la compartirá Thoreau con Blake: «El gran reto de esta nación, que no tiende hacia arriba, sino hacia el Oeste, hacia Oregón, California, Japón, etc., carece para mí del más mínimo interés, ya se realice a pie o en un ferrocarril de la Pacific Railroad», le dice a comienzos de 1853 en una carta en que lamenta su tardanza en escribirle al estar ocupado en mediciones topográficas, «algo beneficioso desde un punto de vista pecuniario, y tan poco beneficioso desde otros puntos de vista más importantes»; y es que, como añade, apenas ha llegado a ganar un dólar al día durante los dos últimos meses y medio.

En todo caso, Thoreau habla a su amigo de cómo ese tipo de comportamientos hacia el Oeste —hemos de entender hacia el anhelo del oro, claro está— carece de cualquier clase de «pensamiento genuino, no lo alienta ningún sentimiento, no hay nada en él por lo que merezca la pena dar la vida, ni siquiera quitarse los guantes, nada por lo que merezca la pena abrir un periódico».[1] El reto, así las cosas, está totalmente equivocado, más cuando la nación que lo comanda no aprovecha su situación de tabla rasa que podría servir para erguirse de modo adecuado. Piensa en ello en su libro *Los bosques de Maine*, donde dice: «Mi viaje me recuerda cuán sumamente nuevo es aún este país», al encararse con un territorio cuya floresta continua no deja ver prácticamente claros y entender que, «aunque la república ha adquirido ya una historia a nivel mundial, América es todavía inestable e inexplorada» dado que «los propios maderos, tablas y tejas con los que están hechas nuestras casas crecieron ayer apenas en un territorio salvaje donde todavía caza el indio, y el alce circula libremente».[2]

Es desde la atalaya de la naturaleza donde Thoreau toma perspectiva de ese otro mundo con el que se siente tan poco identificado y que está preso de las decisiones e injusticias políticas: «Desde muchas colinas logro ver a lo lejos la civilización y las moradas humanas. Los granjeros y sus tierras de labor no se distinguen mejor que las marmotas y sus madrigueras. Me alegra ver qué poco espacio ocupan el ser humano y sus asuntos, la Iglesia, el Estado, la escuela, los oficios, el comercio, la industria, la agricultura… Incluso la política, cuya estrechez general, y el camino aún más estrecho que lleva hasta ella, resulta inquietante», dice en «Caminar»,[3] en un pasaje donde detalla, satisfecho, que desde la puerta de su casa le es posible andar incluso hasta veinte millas sin cruzarse con otra, es decir, sin pisar ninguno de los caminos institucionalizados que la sociedad ofrece a los ciudadanos, obligándolos a menudo a transitar.

Qué hubiera pensado el inmortal Thoreau si, aún caminante en 1998, hubiera recorrido esas millas y, en el momento más inesperado, hubiera tropezado con un político llamado Bill Clinton, junto con su esposa Hillary, y Don Henley, el integrante del grupo musical Eagles, frecuente donante monetario del Partido

Demócrata y fundador, ocho años antes, del Proyecto Walden Woods, con el que pretende proteger el ecosistema que admiró el escritor.

En aquella ocasión, Clinton homenajearía al escritor en el acto de inauguración del Thoreau Institute at Walden Woods, en Lincoln, cerca de la laguna, hablando de él como de un modelo de comportamiento ciudadano. Pero no estamos seguros de que, viniendo semejante elogio de la boca del que acababa de ser reelegido como presidente de Estados Unidos, el país que, como en su época, seguía usando los impuestos para financiar las guerras en las que estaba el país involucrado y adonde eran enviados a morir los jóvenes, hubiera agradado a un Thoreau que, como explica Michel Granger, era fundamentalmente, un «hombre de principios, Thoreau se sitúa sobre todo en el punto de vista de la conciencia moral, y no como ciudadano en busca de las mejores instituciones políticas posibles. Rechaza que las instituciones y las leyes puedan vejar la libertad del individuo, lo que otorga al pensamiento de este disidente una coloración libertaria».[4] El profesor emérito de Literatura Americana del siglo XIX en la Universidad de Lyon hace referencia, precisamente, a esa visita de Clinton a Walden al hilo de la oportuna pregunta sobre cómo es posible que un símbolo del antipoder haya acabado siendo una autoridad moral para el orden establecido.

Tal vez su país ya se ha reconciliado con él, y ahora vitorea y ensalza lo que en su día hizo de Thoreau un excéntrico que merecía incluso la cárcel por haberse negado a pagar un impuesto, como veremos al abordar la desobediencia civil en su vida y obra. Y así, estas palabras de Woolf serían del todo pertinentes: «La sociedad hubo de aguantar muchos golpes que le asestó Thoreau. Expresa sus quejas de forma tan contundente que por fuerza debe uno sospechar que la sociedad cualquier día tendría que hacer las paces con un rebelde tan noble. No quería iglesias ni ejércitos, oficinas de correos, periódicos».[5] Comprobémoslo por medio de sus textos, en los que la libertad individual que dé paso a las decisiones que uno mismo considere adecuadas —y a tener una opinión propia prescindiendo de doctrinas o información manipulada—, sin la presión de lo que la comunidad nos pide o exige, constituye la médula espinal para comprender la naturaleza de todos estos rechazos.

Una libertad que pone de continuo en entredicho con frases particularmente claras y combativas de «Una vida sin principios»: «¿Llamamos a ésta la tierra de los hombres libres? [...] ¿Qué sentido tiene nacer libres y no vivir libres? ¿Cuál es el valor de una libertad política sino el de hacer posible la libertad moral? ¿Alardeamos de la libertad de ser esclavos o de la libertad de ser libres? Somos una nación de políticos y nos preocupamos sólo por una defensa superficial de la libertad. Los hijos de nuestros hijos tal vez se sientan un día realmente libres».[6] Thoreau va a decir a continuación que él y los demás están sometidos a impuestos injustos, y acaba de decir en la página anterior que, aunque no se esté en manos de un tirano político —al fin y al cabo, Estados Unidos es una democracia—, el americano sí se encuentra sometido a un tirano económico y moral. Puede haber libertad política, pero la libertad verdadera empieza, en efecto, cuando somos dueños de nuestra propia vida. Algo que por supuesto entronca con el repudio a

las obligaciones que nos endosa el Estado y, singularmente, con el pacifismo, ya que «es imposible darle una buena educación a un soldado sin hacer de él un desertor. Su enemigo natural es el gobierno que le entrena»,[7] escribe en *Un yanqui en Canadá* al evocar un lugar (las llanuras de Abraham) donde se libró una famosa batalla que los lugareños recrean cada año y a cuya conmemoración ha asistido antes.

En realidad, todo ciudadano, si se ha educado bien, si se ha autoeducado bien, ha de ser una especie de desertor frente a las imposiciones políticas. No en balde, «un gobierno es, en el mejor de los casos, un mal recurso, pero la mayoría de los gobiernos son, a menudo, y todos, en cierta medida, un inconveniente», escribe para empezar su archiconocido texto «Desobediencia civil», conferencia pronunciada en enero y febrero de 1848 y publicada al año siguiente. «El gobierno por sí mismo, que no es más que el medio elegido por el pueblo para ejecutar su voluntad, es igualmente susceptible de originar abusos y perjuicios antes de que el pueblo pueda intervenir. El ejemplo lo tenemos en la actual guerra de México, obra de relativamente pocas personas que se valen del gobierno establecido como de un instrumento, a pesar de que el pueblo no habría autorizado esta medida».[8]

El conflicto, que había durado los dos últimos años, terminaría con el tratado de Guadalupe Hidalgo, por el que México, tras caer ante la poderosa artillería del enemigo, aparte de reconocer la anexión de Texas a Estados Unidos —cuya frontera era parte de la fuente del enfrentamiento—, cedía Nuevo México y California a cambio de 15 millones de dólares. Por supuesto, la razón de guerrear con el país vecino era de signo económico, ya que el hecho de ampliar el territorio estadounidense significaba tener más tierras para el algodón y mantener la esclavitud donde era legal. Así lo indica Casado da Rocha en su edición bilingüe de, como también se le conoce, *Sobre el deber de la desobediencia civil*, añadiendo también que «hay que tener en cuenta el creciente nacionalismo americano, astutamente alimentado por los presidentes demócratas Jackson y James K. Polk (1845-1849) y por el conservador John Tyler (1841-1845) con el argumento de extender el "imperio de la libertad", así como la llamada Doctrina Monroe ("América para los americanos")».[9]

Podemos imaginar a Thoreau haciendo una irónica mueca de desaprobación ante esa conjunción demoníaca de conceptos: imperio y libertad, sintiendo vergüenza por un país que codiciaba extenderse cayera quien cayera; ya la noción, tan artificial, de nacionalismo, contravendría las ideas más esenciales del escritor en cuanto al individuo como ser autónomo y pensante que está por encima de cualquier acomodo proporcionado por instituciones políticas. Frente a ello, no hay otro consejo que este: «La realidad es que ver salir el sol cada día y verlo ponerse, participar de ese modo en el curso del universo os conservará sanos para siempre. ¡Naciones! ¿Qué son las naciones? ¡Tártaros, hunos y chinos! Pululan como insectos. El historiador lucha en vano por hacerlos memorables. Hay muchos hombres pero ni uno solo que lo sea auténticamente. Son los individuos los que pueblan el mundo»,[10] escribe en «Una vida sin principios». En verdad, dice en su texto *desobediente*, el gobierno debería ser un instrumento para que los seres

humanos pudieran vivir en paz, o incluso los mejores gobernantes serían aquellos que menos interfirieran en la vida de la gente.

Obviamente, alguien así no podría conceder su confianza a los políticos, de ahí que escriba en su diario de 1854 que no vota en las elecciones, al hilo de la decisión que sobre un ciudadano de Massachusetts se estaba dirimiendo, nada menos que para calificarlo de esclavo o no. Thoreau se exclama al decir que el Gobierno de Estados Unidos no ha hecho jamás un acto de justicia, y el ejemplo del estado en el que vive y desde sus instituciones sobre la libertad o no de un hombre ya es motivo para que los políticos se condenen a sí mismos. «¿Aprenderá alguna vez la humanidad que las medidas políticas no están relacionadas con la moralidad, que estas no aseguran derecho moral alguno, sino que sólo consideran lo que es "necesario" hacer y eligen luego al candidato que esté dispuesto, quien, desde el punto de vista del derecho moral, es siempre el diablo? Miremos, si no, al presidente de Estados Unidos.»[11] Se trataba de Franklin Pierce, dirigente nacional de 1853 a 1857, que salió elegido de manera imprevista en un trance del Partido Demócrata muy dividido y que tenía cuatro candidatos con más posibilidades en un principio.

El general Pierce había estado en la guerra de México a las órdenes del candidato por el Partido Republicano, el general Winfield Scott. El mismo día en que su antiguo compañero de la Universidad de Bowdoin, en Maine, era elegido candidato demócrata para la presidencia, en junio de 1852, Hawthorne escribió para felicitarlo, según cuenta Baker, y proponerle escribir un texto biográfico sobre su campaña, algo que Pierce aceptó. El escritor, que acababa de escribir *La granja de Blithedale*, preparó el libro tan deprisa que tres meses después ya estaba publicado.

Tal cercanía para la causa particular de un político hubiera sido inconcebible para Thoreau, y de hecho semejante adhesión de Hawthorne al Pierce que ganaría las elecciones «sometió a una gran tensión la amistad que existía entre él y Emerson desde hacía diez años».[12] El sabio de Concord se sentía indignado, como se aprecia en su diario, en el que Pierce surge como un conspirador y un presidente «malo». Y lo mismo pensaría probablemente Thoreau, que tenía delante uno de los casos que señalaba indignos de los seres humanos, siempre dispuestos a adular y conseguir que les coloquen en un cargo bien remunerado. «Poco después de publicarse la biografía, varios cazadores de cargos empezaron a hostigar a Hawthorne, convencidos de que él debía ser el "primer ministro" del candidato demócrata», explica Baker. «Pierce tenía que asignar más de setecientos cargos, y Hawthorne presentó discretamente, entre otros, los nombres de sus amigos íntimos Herman Melville, Ellery Channing y Horatio Bridge»[13] (éste era otro compañero universitario que llegó a ser oficial de la Marina estadounidense).

*

Si Thoreau se escandalizaba cuando alguien, tal vez de buena fe al verlo desocupado, le ofrecía algún trabajo, verse en una lista de aspirantes a ocupar cargos de responsabilidad gubernamental —Hawthorne fue entonces designado para el consulado de Liverpool— le hubiera despertado una profunda y dramática carcajada. No digamos en un caso como el de Pierce, que no hizo nada por erradicar la esclavitud, pues ya Hawthorne, en la biografía de su amigo, indicaba que era algo «que la divina Providencia no permite remediar mediante tácticas humanas, pero que, a su debido tiempo, a través de algún medio imposible de prever, pero que actuará de la manera más sencilla, cuando sus usos se hayan agotado, hará que desaparezca como un sueño».[14]

Con semejante actitud ante los problemas y sufrimientos de la población, «¿quién puede tener serenidad alguna en un país en que gobernantes y gobernados carecen de principio?», anota en su diario Thoreau. «El recuerdo de la bajeza de los políticos arruina mis caminatas. Asesinar al Estado, eso es lo que hay en mis pensamientos. En vano me esfuerzo por observar la naturaleza. Mis pensamientos se lanzan a tramar involuntariamente contra el Estado. Confío en que todo hombre veraz también conspire».[15] (No está de más aclarar, como indica Casado da Rocha en su edición de «Desobediencia civil», que Thoreau se refiere a Estado para hablar de la autoridad política y judicial de Massachusetts, asentada en Boston, y con Gobierno, a la autoridad judicial de Washington.) El pacifista Thoreau, que se arrepintió de haber cazado y pescado hasta el punto de volverse vegetariano, expresa en la soledad de su escritura una rabia violenta en esas páginas de 1854 que veintitrés meses antes salían de su pluma más templadas al dirigirse a Blake: le dice que si tuviera que unirse a algún partido político elegiría el que más libertad de pensamiento le facilitara.[16]

Algo impensable de todas formas, obviamente, en alguien que en «Desobediencia civil» se muestra tan rotundo a la hora de contrastar la importancia de la vida moral, que debe llevar al cumplimiento de las cosas justas, antes que la participación política que arrastra tantas leyes que la ciudadanía sacraliza:

> ¿Debe el ciudadano someter su conciencia al legislador por un solo instante, aunque sea en la mínima medida? Entonces, ¿para qué tiene cada hombre su conciencia? Yo creo que debiéramos ser hombres primero y ciudadanos después. Lo deseable no es cultivar el respeto por la ley, sino por la justicia. La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en cada momento lo que crea justo. Se ha dicho, y con razón, que una sociedad mercantil no tiene conciencia, pero una sociedad formada por hombres con conciencia es una sociedad «con» conciencia. La ley nunca hizo a los hombres más justos y, debido al respeto que les infunde, incluso los bienintencionados se convierten a diario en agentes de la injusticia.[17]

Thoreau creía que el mejor gobierno era el que no existía, por así decirlo, pues cada cual tiene que regirse por ese autogobierno de emplear bien su conciencia en vez de delegar la confianza en un político y luego resignarse a las decisiones que éste pueda tomar, a menudo basadas en leyes que son todo lo contrario a hacer

justicia. Sin embargo, era clamar en el desierto, puesto que el individuo está indefenso frente a la insensibilidad de los poderosos: «Si, por ejemplo, un hombre reivindica el valor de la libertad individual por encima del bienestar común meramente político, su vecino —es decir, aquel que *vive cerca* de él— aun podrá tolerarlo, a veces incluso apoyarle, pero nunca el Estado», escribe en *Musketaquid*. El hombre puede ser virtuoso, pero al integrarse en una institución, su moral se rebaja y se deshumaniza: «Ahí radica la tragedia: los hombres ultrajan su naturaleza, e incluso los llamados sabios y buenos se prestan a realizar los actos más degradantes y bárbaros. Y así llegan la guerra y la esclavitud».[18]

Todo lo que huela a institucional, naturalmente, repele a Thoreau, de modo que, como decía Woolf, en algún momento u otro se posicionará en contra de las iglesias, los ejércitos, las oficinas de correos, los periódicos… Y cuando tales ámbitos se combinan entre ellos se llega al colmo del hartazgo: «Eso que llaman política es algo tan superficial y poco humano que en la práctica nunca he reconocido que me interesara. Los periódicos, según veo, dedican varias columnas gratuitamente a la política o a los asuntos de gobierno y esto, diría yo, es lo que los salva. Pero como yo amo la literatura y en cierto modo también la verdad, no leo nunca esas columnas. No quiero embotar hasta ese punto mi sentido de la justicia»,[19] dice hacia el final de «Una vida sin principios». Y de nuevo en *Musketaquid*, comentando la impresión de irrealidad, de algo increíble e insignificante que le inspira el estado político en contraste con la verdad de las cosas, insiste en despreciar todo tipo de noticias políticas, tanto nacionales como extranjeras, porque «podrían escribirse hoy para los próximos diez años con exactitud suficiente. La mayoría de las revoluciones de la sociedad no tiene el poder de interesarnos, por no hablar de alarmarnos. Pero decidme que nuestros ríos se están secando, o que los pinos están muriendo en nuestros bosques, y quizá preste atención».[20]

Las verdaderas noticias son las que alrededor emanan de la vida, esto es, de la naturaleza. Sólo basta con mirar hacia fuera, y mirarse hacia dentro, para leer los titulares más interesantes cada mañana, como se aprecia en «Una vida sin principios», donde nos invita a librarnos de las noticias, esos asuntos que en realidad son «repeticiones vacías» de las que a la vez resultaría fácil desembarazarse; sólo es preciso olvidarse, siquiera inconscientemente, del periódico una temporada para descubrir que la mañana y la tarde están llenas de noticias: «Vuestros paseos estaban llenos de incidentes. […] Si tenéis la suerte de existir, de vivir y moveros dentro de ese estrecho ámbito en el que se filtran los acontecimientos que constituyen las noticias —un ámbito más estrecho que la fibra de papel en la que se imprimen—, entonces estas cosas llenarán vuestro mundo; pero si os eleváis por encima de ese plano u os sumergís muy por debajo de él, ya no las recordaréis más, ni ellas a vosotros».[21] Incluso, afirma, leer un periódico a la semana es ya demasiado.

Buena parte de las noticias, además, actúan como catalizadores de los chismes en las personas, que curiosean entre las páginas de la prensa para entretenerse frívolamente. En *Walden*, llega a decir que jamás ha leído una noticia memorable

en un periódico, y añade, sarcástico, en frontal ataque contra otro de sus enemigos íntimos favoritos, los intelectuales: «Para un filósofo todas las *noticias*, como se las llama, son chismes, y los que las editan y las leen son como viejas con su té».[22] (En ese mismo párrafo, Thoreau también se ha dedicado a asegurar, muy ufano, que podría prescindir sin problema alguno del correo, al no transmitir casi nunca información alguna importante —pensemos que está generalizando para no meter en ese mismo saco al bondadoso Blake o algún otro corresponsal igual de sensible a sus ideas— y reduce a una o dos cartas aquellas que ha recibido que valieran el franqueo.)

En todo caso, los periódicos son para Thoreau, literalmente, el poder dominante, el cual no hay que permitir que tome posesión de nuestra vida, como advierte en una carta de 1849 alegando a su gusto por lo que llama «las noticias inevitables, sean tristes o alegres, sin importar la razón ni la forma en la que son actuales hoy, en esta *nueva* jornada. Si están bien elaboradas, dejemos que silben y bailen; si son difíciles de digerir, quejémonos, pues al menos que resulten *entretenidas*. Si las palabras fueron inventadas para ocultar el pensamiento, creo que los periódicos son un gran paso adelante en la historia de ese invento nefasto».[23] Nefastos por, entre otras cosas, su cobardía a la hora de emitir unas noticias que siempre tendrán que contentar a algún anunciante, sector político o religioso o grupo económico.

De ello cuenta algo incluso desde el plano personal en su diario de 1858, al recordar cómo ha hablado con varios directores de revistas populares de talante liberal que, sin embargo, «no se atreven a publicar una frase completa, una frase rotunda, una frase sincera. Necesitan treinta mil suscriptores y harán lo posible para conseguirlos. Consultan a los teólogos y todas las letras del alfabeto antes de publicar una frase».[24] Y es que el mercantilismo, aquello señalado como uno de los peores males de la sociedad desde un atril en una ceremonia de graduación de Harvard College, descalabra toda iniciativa de honestidad pública, y deja a los periódicos en una situación de tanto descrédito que, paradójicamente, tiene en la sección publicitaria la parte más decorosa y sincera:

> Durante la noche me senté a leer a la luz del fuego varios fragmentos de periódicos en los que algún grupo había envuelto su almuerzo: las listas de precios corrientes de Nueva York y Boston, los anuncios y los singulares editoriales que alguien había creído conveniente publicar, sin prever en qué críticas circunstancias serían leídos. Desde allí leía aquellos recortes con una gran ventaja, y me pareció que los anuncios, lo que conocemos como la parte comercial del periódico, eran lo mejor de largo: los más útiles, naturales y respetables. Casi todas las opiniones y sentimientos expresados en los artículos estaban tan poco asentados, eran tan triviales y endebles, que pensé que la textura misma del papel tenía que ser más débil en aquella parte, y romperse con más facilidad. [...] Las opiniones estaban condenadas a vestir un aspecto diferente el día de mañana, como la moda de la última temporada.[25]

La política, así como su hermano mellizo la prensa, son expertos en cambiar de opinión constantemente, de modo que cómo someterse a esa montaña rusa que imponga lo que se ha de creer. En un mundo urbanizado e institucionalizado,

repleto de intereses económicos y de criaturas advenedizas que anhelan acariciar su pedazo de poder e influencia, todos quieren no sólo opinar sino divulgar lo que opinan y convencer de ello a la gente. A cuán pocos predicadores conoció Thoreau, dice en «Una vida sin principios», que fueran a la vez maestros de moral. Emerson, a su vez, al preparar su discurso para la Facultad de Teología de 1838, pensaba en su admirado Taylor cuando escribió en su diario que debería mostrar a los clérigos americanos «la fealdad y la inutilidad de la teología y las iglesias de hoy día y la gloria y dulzura de la Naturaleza Moral de cuyo ámbito están casi por entero excluidos».[26] Un predicador, argüía, debía hacer que su sermón rebosara vida desde la suya propia.

Thoreau, por supuesto, tendrá un tono más vehemente cuando reflexione en su diario sobre ello, desahogándose como si se dirigiera a sus quejicas conciudadanos: «¿Prédicas? ¿Disertaciones? ¿Quiénes sois que pedís esas cosas? ¿Qué queréis, niños llorones? ¿Un trompetazo que os enseñe humanidad, o una nana? Los predicadores y conferenciantes se relacionan con hombres de paja porque ellos mismos son hombres de paja». La falta de sinceridad en quien debería encarnar tal virtud queda reflejada en «vuestras instituciones corrompidas», una de las cuales, la Iglesia Católica, acaba siendo para la audiencia «una casita de juguete hecha de cubos, y lo mismo el estado. Sería un alivio respirar libremente de vez en cuando entre los hombres. Si hubiera magnanimidad, grandeza de espíritu, algo que no fueran las sectas y los grupos dedicados a proteger a Dios y mantener la mente dentro de unos límites, ¡cuántas veces podríamos animarnos y provocarnos unos a otros mediante la libre expresión!».[27]

En *Un yanqui en Canadá*, con motivo de la visita que hace a la basílica de Notre-Dame de Montreal, siente que en esa atmósfera tranquila y penumbrosa uno puede predicarse a sí mismo, pues «el universo predica para ti y puede ser escuchado. No estoy muy seguro, pero creo que esta religión católica podría ser admirable si tan sólo se omitiese la figura del sacerdote. Creo que yo mismo iría a la iglesia a veces, algún lunes, si viviera en una ciudad en la que hubiese una iglesia así a la que ir». Thoreau se refiere a evitar el bullicio que se crea el domingo, el único día en que abren muchas iglesias, pero en todo caso él ya tiene un altar donde rezarle a la vida misma: «Nuestros bosques son templos espléndidos, mucho más grandiosos y más sagrados».[28]

De esta manera, caminar y visitar sitios nuevos le da la perspectiva de lo que significa esa plaga de oradores religiosos que quieren imponer un credo que según el escritor —un no creyente que usa la imaginería cristiana de manera metafórica, como apunta Casado da Rocha— se ha alejado del verdadero mensaje de los evangelios. Algo que tendría en común con Emerson, cuyas arengas, como ya hemos apuntado, enardecieron a los miembros conservadores de la Divinity Chapel de la Harvard Divinity School, que no le invitarían a dar una conferencia en los siguientes treinta años. Uno de los traductores de sus *Ensayos*, Ricardo Miguel Alfonso, dice que aquel día Emerson se propuso «agudizar más su separación de las instituciones religiosas», y para ello «cargaba contra una tradición cristiana que su autor consideraba carente de energía». En su sermón, «arremetía con fuerza

contra el formalismo de la iglesia cristiana y la divinización de Jesús, ambos ejemplos de la incapacidad del hombre para mirar a la deidad directamente a los ojos, entendiendo por deidad no a una divinidad encarnada ni al hijo de un dios omnipotente, sino la cualidad de una persona excepcional, pero ante todo persona».[29] Por eso Emerson arrancaba siglos de idolatría dirigida a Jesús hablando de éste como del «mayor agente provocador», al que hay que amar por su bondad y sabiduría y que habrá de inspirarnos a descubrir la verdad moral, sin necesidad de un sistema de doctrinas; llevarnos, en suma, a un cristianismo que, antes de norma de fe, tiene que ser norma de vida.

Esta idea está en la línea de Thoreau en cuanto, antes que ciudadano o practicante religioso, antes de todo lo que nos etiquete y por lo tanto nos simplifique, somos simple pero grandiosa, trascendentalmente, personas con la facultad de amar. En *Musketaquid*, en la parte correspondiente al segundo día de travesía, el domingo, Thoreau dedica mucho espacio a hablar de la religión, aduciendo que «no hace falta ser cristiano para apreciar la belleza y la importancia de la vida de Cristo. Sé que algunos pensarán mal de mí cuando escuchen a su Cristo nombrado junto a mi Buda, y aun así estoy seguro de que quiero que ellos amen a su Cristo más que a mi Buda, pues el amor es lo más importante, y yo también lo amo».[30] De hecho, qué importa qué clase de deidad sea objeto de fe en cualquier sociedad si cada una inventa un Dios que se amolde a sus circunstancias, y entonces, a partir de unos versos de la *Ilíada* de Homero, cita unas islas de la Polinesia que tienen un dios con forma de perro que se encarga de salvar a aquellos que están a punto de caerse de los árboles o de las rocas.

El problema es, a sus ojos, que los cristianos se han hecho intolerantes y supersticiosos, y buena culpa sin duda la tienen los sermoneadores que cautivan y atemorizan a su auditorio, sembrando prejuicios e incoherencias entre el mensaje de Cristo y lo que se pone en práctica cotidianamente. «Hay pocas cosas más descorazonadoras y desagradables que estar caminando por las calles de un pueblo desconocido un día de domingo y escuchar al predicador gritando cual contramaestre en medio del vendaval, profanando así, injustamente, la serena atmósfera del día», sigue diciendo en su primer libro viajero. «Te lo imaginas quitándose el abrigo, como cuando los hombres se disponen a hacer un trabajo bochornoso y sucio.»[31] Tanto es así, que en su diario de 1851 llega a decir que «si no fuera por la muerte y los funerales, dudo que la institución de la Iglesia durara mucho».[32] Si no existiera esa necesidad, y fantásticamente los seres humanos salieran de este mundo por sus propios medios, desaparecía la vocación sacerdotal, pues ¿qué otra cosa, asegura, es la iglesia sino un cementerio?

No será esta la única comparación hiriente hacia los miembros del ámbito eclesiástico. El antisistema Thoreau compara en *Musketaquid* a la Iglesia con «una suerte de hospital para las almas de los hombres, con tantos charlatanes como en los hospitales para cuerpos».[33] Al predicador lo trata como el mayor infiel e ironiza diciendo que un cazador de focas «predica una doctrina más verdadera». Que nadie busque sinceridad en la Iglesia puesto que ésta no tolera «ninguna verdad, sólo una permanente hipocresía», apunta en un pasaje del diario de 1858

especialmente beligerante con ella dado que, como el resto de instituciones, colabora para que la ausencia de auténtica libertad —la que tiene que surgir del pensamiento voluntario sin las cortapisas sociales— se enquiste en los hombres.

Así, se exclama: «¡Libertad de palabra! No os permitís concebir lo que significan esas palabras. [...] La iglesia, el estado, la escuela, la revista ¡creen que son liberales y libres! Es la libertad de un patio de cárcel». Es más, reclama en esas líneas que haya «instituciones que no estén concebidas a partir de nuestra corrupción sino a partir de nuestra entereza» y tacha a la Iglesia de «institución tímida» cuyos mandatarios «son constitucionalmente y por principio los más cobardes de la comunidad»; es, en definitiva, una «clase afeminada» en ese sentido de falta de hombría para decir la verdad y sin embargo comunicarse con toda la soberbia.[34]

Pero el ataque no es teórico, una crítica amarga ante algo que le repugna ver desde la lejanía de una colina en la que le gusta perderse para otear los desmanes de la civilización. Es su propia experiencia la que habla:

> He estado en muchas de esas poblaciones cobardes de Nueva Inglaterra en que profesan el cristianismo —invitado a hablar, casualmente—, donde temblaban de miedo imaginando lo que podríais decir, como si conocieran su lado débil, que eran débiles por todos los lados. El diablo con el que han pactado es un diablo tímido. Si dejaran en paz sus llagas podrían curarse y podrían luchar de nuevo como hombres. Pero en lugar de hacerlo, se congregan en los sótanos de los templos, se arrancan las vendas y se aplican sermones como emplastos.[35]

El asco que le producen esos sermoneadores que enseguida quieren tomarse confianzas y ganarse a los asistentes queda por escrito en un pasaje del diario de 1853, cuando refiere cómo ha podido escuchar a tres conferenciantes ultrarreformadores en Concord, empalagosos con su amabilidad desquiciante, con su fastidiosa y viscosa benevolencia, dice de forma literal. Al cabo de un minuto, ya le están llamando Henry, mientras él los ve como vacas que lamen a sus terneros de manera tan paternalista como controladora, como ballenas cubriendo a los Jonases antes de devorarlos.[36]

Cómo fiarse de los intelectuales si apenas hay ninguno con el que poder conversar con libertad, apunta en «Una vida sin principios», y, además, les mueven siempre intereses clandestinos: «La mayoría de aquellos con los que intento hablar pronto se ponen a atacar una institución en la que tienen algún interés, es decir, tienen un punto de vista particular, no universal. Interpondrán continuamente su propio tejado con un estrecho tragaluz para ver el cielo, cuando es el cielo lo que deberían contemplar sin obstáculo alguno».[37] Una idea esta —el consejo inmediato de quitar las telarañas de ese tragaluz, de limpiar las ventanas para ver las cosas, el cielo claro— que también está expresada en cierta manera en *Musketaquid*: «Durante mi corta experiencia junto a la humanidad, los obstáculos *exteriores*, si alguna vez los hubo, no han sido los seres vivos, sino las instituciones de los muertos».[38] Es lo exterior, esa ventana que el hombre pone entre él y la realidad, representada por la mirada institucional de la vida, siempre reglada y

llena de convenciones, el peligro más acuciante.

En este sentido, cabe destacar en Thoreau, en paralelo al rechazo por lo que simbolice el poder, la confianza que pese a todo tiene en la raza humana siempre y cuando ponga distancia con los estamentos que imponen sus condiciones: «No valoro visión alguna del universo en que el hombre y las instituciones del hombre ocupan demasiado espacio y absorben la mayor parte de la atención. Yo me sostengo sobre el hombre, y desde ahí, la perspectiva es infinita»,[39] escribe en el diario de 1852, a las seis de la mañana, tras describir cómo ya ha salido el sol y el ambiente cuenta con los trinos de los pájaros, tan gloriosos que están llenos de revelaciones.

Es más, aunque en ese fragmento también alude a que «se insiste demasiado en el hombre» y en que se necesita una mirada más amplia del mundo para no caer en «el egoísmo de la raza», en *Musketaquid* se atreve a decir: «Adoro al ser humano», si bien, matiza: «Pero odio las instituciones antinaturales de los muertos». Y es que éstos, asegura, gobiernan a los vivos desde sus últimas voluntades y testamentos: «Esos mismos fundamentos son los que, por lo general, también tienen nuestras conferencias y nuestros sermones».[40] Y así, el hombre carga las «reliquias podridas» de los ancestros, como hacen algunas tribus indias.

Con estas divagaciones, Thoreau quiere poner sobre la marcha la imperiosa necesidad de reformas en una sociedad que no está suficientemente llena de vida, como esas serpientes que ha visto al comienzo de la primavera que tienen una parte del cuerpo aletargada y otra flexible, «de suerte que no pueden reptar en ninguna dirección. Todos los hombres están parcialmente enterrados en la tumba de la costumbre, y de algunos sólo la coronilla despunta sobre la tierra. Mejor están los que se hallan físicamente muertos, pues se pudren con mayor vivacidad».[41] Estar sometidos al poder, obedecer sin cuestionar al gobierno es una forma de estar muertos en vida: la telaraña de la ley, el tragaluz de la injusticia coartan las acciones y pensamientos del hombre honesto, que será aplastado sin piedad por «una institución monstruosa» que aplasta «a sus miembros libres».

No hay que ir muy lejos para encontrar un caso que documente tal cosa: «Cuando no pagué el impuesto que el Estado me pedía por esa protección que yo no quería, el propio Estado me lo robó; cuando ejercité la libertad que aseguraba garantizarme, el propio Estado me encarceló. […] Resulta que no quiero que se me asocie con Massachusetts, ni con la posesión de esclavos, ni con la invasión de México».[42]

Un rebelde noble, le llamó Woolf en aquella frase en que hablaba de los muchos golpes que asestó Thoreau a la sociedad. La historia, el paso del tiempo, le ha dado la razón, y ha hecho que todas las instituciones hayan hecho las paces con él, incluso presuman de su legado moral olvidando la contundencia con la que se atrevió a atacarlas. Pero es que Thoreau se posicionó en contra, con su crítica absoluta a los organismos públicos o privados, políticos, culturales o informativos, no sólo de entes abstractos que controlaban la existencia ajena desde edificios oficiales, sino de los hombres que los amparaban o toleraban —por activa o por pasiva, mandando u obedeciendo, dejándose lamer, dejándose devorar,

moribundos en la costumbre— y que ya son parte del lejano pasado enterrado.

Los mismos hombres cuya errática visión de la vida les condujo a no interpretar bien lo que tenían alrededor, en una sociedad en plena efervescencia tecnológica y expansionista, políticamente convulsa y ambiguamente democrática por su maltrato a los negros y por la marginación infligida a las mujeres en torno a los asuntos sociales importantes; hombres que tal vez murieran sin saber lo que la vida les hubiera podido dar de haber tomado las cosas de otra manera, confiando más en sí mismos y su capacidad de honestidad que en las voces que intentaban abducirlos desde los atriles, despachos y altares.

Errores del vivir moderno

Decía Oscar Wilde que *experiencia* es la palabra con la que llamamos a nuestros errores. Thoreau no es tan cínico, y, como hemos visto, atribuye al término una dimensión capital en lo que respecta al quehacer personal de cada uno a la hora de obtener de la realidad poliédrica todas las informaciones y sensaciones más amplias y directas que se puedan captar. El objetivo, siempre, es vivir sin prejuicios ni limitaciones, y sacar conclusiones de la propia mirada ante lo que acontece delante de nosotros. Sin embargo, a tenor de la cantidad y contundencia de los escritos dedicados a criticar el comportamiento de los hombres, se diría que esa postura tan idealista —al fin y al cabo, qué otra cosa es el trascendentalismo sino una forma de idealismo, sostiene Emerson— estuvo muy lejos de pertenecer a los ciudadanos de su país.

En realidad, Thoreau hubiera torcido el gesto de haber leído algunas opiniones relacionadas con su nación por parte del autor irlandés, que entre la Nochebuena de 1881 y enero de 1883 recorrió Estados Unidos para una gira de conferencias que incluso le llevó al Oeste. «Los americanos son las gentes mejor educadas políticamente del mundo. Sin duda merece la pena ir a un país capaz de enseñarnos la belleza de la palabra LIBERTAD y el valor de la EMANCIPACIÓN» es el remate de «Impresiones de Norteamérica»,[1] y en «El hombre americano» insistirá en lo que ya había apuntado en el otro texto, esto es, el pragmatismo de la gente, para destacar que, aun no teniendo cultura, los hombres no son estúpidos. «Hay muchos americanos que son repelentes, vulgares, molestos e impertinentes, como muchos ingleses; pero la estupidez no es uno de los vicios nacionales. Esperan que hasta un limpiabotas tenga cabeza, y así es»,[2] explica después de indicar cómo, en comparación con los estudiantes de Oxford o Eton, los norteamericanos, a una corta edad, ya desempeñan una profesión importante con la que ganan dinero.

A estos y otros positivos puntos de vista que Wilde apuntó a su vuelta en Londres, Thoreau, qué duda cabe, le hubiera dado la vuelta al instante y sin contemplaciones. «Me gustaría indicar la pandilla de estúpidos y cobardes que somos los humanos»,[3] dice en su diario de 1858 al arremeter contra la endeblez de las instituciones, meros gigantes de barro o, mejor dicho según sus palabras, castillos de papel frente a los cuales una inspiración de honestidad los haría derribarse fácilmente.

En lo que hubiera asentido el callado entre intelectuales Thoreau frente al maestro de la conversación que fue Wilde es en ver al país como el más ruidoso que ha existido nunca. «Por la mañana no nos despierta el canto del ruiseñor, sino el silbato de vapor. Resulta sorprendente que el profundo sentido práctico de los americanos no reduzca tan intolerable ruido»,[4] señala tras quedarse sorprendido ante el hecho de que ve a todo el mundo ir apresurado para coger el tren, todo lo cual anula la sensibilidad artística.

Muchas serán las voces que denunciarán la falacia del progreso y la tecnología que vive Occidente durante el siglo XIX. Thoreau, en *Walden*, ironiza sobre las «mejoras modernas en el sentido de que son una mera ilusión y no siempre representan un avance positivo: «Nuestras invenciones suelen ser hermosos juguetes que distraen la atención de las cosas serias. No son sino medios mejorados para un fin no mejorado, un fin que resultaba demasiado fácil alcanzar, como el ferrocarril que lleva a Boston o Nueva York». Y añade una frase contundente, de esas que no se olvidan y que no pueden calar tan hondo como en nuestra sociedad hiperconectada y globalizada: «Tenemos mucha prisa para construir un telégrafo magnético desde Maine hasta Texas, pero puede ser que Maine y Texas no tengan nada importante que comunicar».[5]

Wilde, unos treinta años después, tras su paso por la Gran Manzana, se hace eco de la manera extraordinaria en que los norteamericanos «han aplicado la ciencia a la vida moderna», una cosa que salta a la vista paseando por cualquier calle: «En Inglaterra tomamos al inventor casi como a un loco y en demasiadas ocasiones el invento acarrea decepción y pobreza»,[6] dice para a continuación, cual integrante *avant la lettre* del movimiento vanguardista del futurismo fundado en 1909, que idolatraba la maquinaria y el movimiento, hablar de la belleza y grandiosidad de las máquinas de Norteamérica, por más que el tamaño desmesurado de todo —símbolo innegable de un poder que solamente estaba destinado a ascender— no impresione favorablemente al por entonces exitoso dramaturgo.

Esta aplicación de los avances científicos al trabajo diario del hombre será uno de los grandísimos errores que llevarán a la desgracia a los trabajadores y producirá explotación laboral y miseria. Casado da Rocha, en el capítulo que dedica a la visión que tenían de su tiempo los trascendentalistas en su biografía de Thoreau, habla de cómo éstos «contemplaron la rápida desaparición de los indios, las pésimas condiciones laborales de los irlandeses, la expansión de la esclavitud, la guerra de México y la tala masiva de árboles, convertidos en casas, postes de telégrafo y traviesas para el ferrocarril».[7] Un periodo, pues, preñado de injusticias y abusos.

A comienzos de siglo, la revolución industrial en Inglaterra había generado un uso enorme del algodón, para lo cual los estados sudistas se volvieron fundamentales. Ello conllevó una comunicación comercial constante entre ambos países y un auge migratorio de Europa a Norteamérica. De hecho, como explica Sven Beckert, en su gran estudio de lo que da en llamar el imperio del algodón, la ciudad de Manchester, la más industrializada del mundo en aquella centuria, tenía como destacada presencia la de los productores y comerciantes de algodón, que emergió como potencia industrial y que penetró tanto en la vida cotidiana que el arte lo fue reflejando en sus distintas manifestaciones, como en el cuadro de Edgar Degas *Oficina del algodón en Nueva Orleans*, que capta a comerciantes de esta fibra textil vegetal en 1873. «De ahí que resulte muy difícil ver en la revolución industrial en Estados Unidos —dice el historiador John R. Killick— algo distinto de una prolongación del proceso iniciado poco antes en Gran Bretaña»,[8] siendo el

primero una especie de despegue a partir del segundo pues los bajos precios de las manufacturas británicas empujaron a abaratar todo en Estados Unidos, que continuamente iba adaptándose a la nueva tecnología que venía del otro lado del Atlántico.

Como estudia Beckert, con esta industria se activa el capitalismo global y, con ello, se constituye uno de los inicios del mundo moderno. Expansión imperial, empleo de esclavos, tecnología novedosa y un sistema de asalariados sostendrían el negocio del algodón a escala mundial con una serie de industriales europeos tan audaces como ambiciosos; un negocio que hizo hasta que se libraran guerras en pos de acceder a campos de algodón y que diezmó a una población agrícola a la que se obligó a dejar sus cultivos para consagrarse al poder omnívoro de las máquinas y las fábricas. Este imperio del algodón fue, desde un principio, un espacio de conflicto, dice este profesor de Historia de América en Harvard, entre esclavos y colonos, entre mayoristas y políticos, entre granjeros y comerciantes, entre obreros y patronos.

Especificar la importancia por entonces, hasta bien entrado el siglo XX, que tendría el algodón ayudará a entender la dimensión de las plantaciones sudistas y la magnitud del negocio que podía suponer y, consecuentemente, el porqué del mantenimiento de un sistema esclavista que lo favoreciera desde el punto de vista de la rentabilidad de los dueños de las tierras. Y es que ciertamente estamos ante uno de los elementos cotidianos más extendidos, un verdadero logro de la humanidad, nos recuerda el autor, que destaca los centros neurálgicos del algodón, no sólo los aparceros en torno al río Misisipi, sino las plantaciones algodoneras en los últimos dos siglos de China, India, África Occidental y Asia Central, además de una Europa que era la región del mundo que menos relación tenía con la industria del algodón aunque fuera su creadora y dominadora. Todos vestimos alguna prenda de algodón, y hasta lo encontramos en los billetes de dinero, en los filtros del café, la pólvora, el jabón o los libros.

Siguiendo con Casado da Rocha, los trascendentalistas vieron cómo se ampliaba «la brecha entre Norte y Sur que paralizó el sistema político y amenazaba con dividir la nación. La revolución industrial, el abaratamiento de los transportes y los nuevos movimientos sociales no afectaron mucho a los estados esclavistas contiguos y nada en absoluto al Sur profundo». Había que conservar esa situación en torno al algodón que facilitaba la ganancia por la vía de la exportación, lo cual también impulsó el comercio fluvial, hacia las grandes ciudades como Boston o Nueva York y, por supuesto, el ferrocarril, que década tras década ampliaba su red por todo el país y hacía que el traslado de maíz o carbón fuera cada vez más rápido y abundante, con lo que ello repercute en la mano de obra contratada y en la industria constructora alrededor del hierro y el acero. «En definitiva —concluye el biógrafo español de Thoreau—, los trascendentalistas vieron cómo su país se iba convirtiendo en la avanzadilla del mundo desarrollado y pensaron que quizá todos esos cambios procedieran de un punto de vista erróneo, de esa tradición del progreso optimista que los unitarios enseñaban en Harvard.»[9]

El propio Thoreau escribe una crítica al utopismo tecnológico con el pretexto

de reseñar, en 1843, y muy extensamente, la obra de un alemán emigrado a Estados Unidos, John Adolphus Etzler, de interminable título: *El paraíso al alcance de todos los hombres, sin trabajo, mediante los poderes de la naturaleza y las máquinas. Un discurso para todos los hombres inteligentes*.[10]

Este otro futurista precoz, por así decirlo, confiaba en que al cabo de diez años (su libro se publica en 1833), cada ser humano podría tener a su alcance todo lo que deseara para su vida sin trabajar ni cobrar un salario, incluso vivir lujosamente en palacios y rodeado de bellos jardines. Toda clase de hazañas tecnológicas, como «nivelar montañas, excavar valles, crear lagos, drenar pantanos y por doquier atravesar la tierra con hermosos canales y caminos, para transportar pesadas cargas de miles de toneladas y hacer viajes de miles de millas en veinticuatro horas»; por si fuera poco, sería posible «cubrir el océano con islas flotantes», «explorar el interior del globo y viajar de un polo a otro en quince días». Pero lo mejor es que todo esto aumentaría el conocimiento del mundo por parte de los hombres y su inteligencia, consecuentemente, lo que finalmente derivaría en una «vida de continua felicidad, de placeres inauditos, y librarse de casi todos los males que afligen a la humanidad, salvo la muerte»;[11] e incluso para esto albergaba ciertas esperanzas de alivio, dado que la existencia se podría prolongar y hacer que la muerte no fuera dolorosa.

Lo estrafalario de tales predicciones, más allá de que el vaticinio de una mejora en la salud y esperanza de vida, o la rapidez de transportarse, pudieran irse haciendo realidad, llevaría a Thoreau a ironizar también sobre ello diciendo que «existe un trascendentalismo en el terreno de la mecánica, al igual que existe en el de la ética»,[12] y que cambiando la naturaleza y las circunstancias, el hombre mejorará. Pero «¡qué poco hacemos para mejorar esta justa residencia que nos ha tocado! ¡Qué poco hemos cavado y despejado el terreno!», dice poniendo el acento en la necesidad de encauzar bien las energías y tratar de manera adecuada el suelo que hay bajo los pies en vez de probar fortuna en otras tierras. «¿Podríamos tratar mejor al tiburón y el tigre, en lugar de relacionarnos con ellos provistos de arpones de dientes de tiburón y escudos de piel de tigre? Difamamos a la hiena, pero el hombre es el animal más fiero y cruel.» Para él, es «mezquino y grosero» el trato que damos a la naturaleza. «¿No podríamos hacerlo mejor? ¿Qué otra cosa sugieren los grandes inventos del magnetismo, el daguerrotipo y la electricidad? En vez de talar los bosques, ¿no podríamos participar en su economía interior, en la circulación de la savia?», se pregunta. «En la actualidad trabajamos de manera superficial y violenta. Ni siquiera nos imaginamos todo lo que podríamos hacer para mejorar nuestra relación con la naturaleza animada; ni la amabilidad y la exquisita cortesía que podríamos tener.»[13]

Aun suponiendo que en el siglo XXI algunas de las fantasías de Etzler cobren verosimilitud —¿acaso las islas flotantes de las que hablaba no son hoy las islas artificiales con forma de palmera de dátil de la ciudad de Dubái, por ejemplo?—, lo difícil de alcanzar sería siempre el estado de serenidad permanente que tales progresos tendrían en el hombre. Thoreau vuelve a ironizar al retomar las palabras del autor en cuanto a que ya no iba a hacer falta ganarse la vida con el sudor de la

frente, sino que «un pequeño giro de alguna manivela» podría hacer que extrajéramos «los artículos acabados». Pero, dice, la verdadera manivela es muy difícil de mover; es una superior: «En cada hombre existe cierta energía divina, poco empleada hasta ahora, que podría denominarse la manivela interior, el motor primario de toda maquinaria, imprescindible para cualquier trabajo. ¡Ojalá pudiéramos poner nuestras manos sobre ella!». Esa fuerza interior, en todo caso, no bastaría para poner en marcha los planes utópicos de raíz industrial de Etzler, que necesitaría «tres cosas que resultan demasiado superficiales e inconvenientes para un hombre honesto»,[14] asegura Thoreau: tiempo, hombres y dinero.

Ése es uno de los errores de la vida moderna, o como él lo llama, «lamentable pecado de la época»: no entender que primero ha de venir el éxito individual para que éste se haga colectivo; es la falta de fe en el hombre, por decirlo sencillamente, lo que tiene que imperar antes que la fe en la industria, que es el paradigma del sentido práctico de la vida y que nos lleva a perder el tiempo. «Los maravillosos inventos de los tiempos modernos nos asombran muy poco. Constituyen un insulto para la naturaleza. Cada máquina o aplicación en particular parecen un delicado ultraje a las leyes universales. ¿Cuántos buenos inventos hay que no revuelvan la tierra?»,[15] explica en un alarde de destacar cómo la naturaleza supera a la ciencia en ser la portadora de la felicidad y los beneficios vitales cuando, en efecto, la tecnología llega a esto con retraso y solamente facilita placer y comodidad.

Así, no hay reforma social posible si no hay una moral en cada persona. Hay un deber para con la vida interior que no puede omitirse dejándose cegar por las facilidades exteriores: «Hay un camino más rápido que el *Sistema mecánico* para cubrir los pantanos, ahogar el rugido de las olas, domesticar a las hienas, crear un buen entorno, diversificar la tierra y refrescarla con "riachuelos de agua dulce", y ese camino pasa por la rectitud y la conducta auténtica».[16] Y en ese mismo párrafo cita a Visnú Sharma, escritor y traductor clásico indio que tenía claro quién era el que poseía todas las riquezas: aquel cuya mente estuviera en paz. Y seguidamente, ya acabando la reseña, Thoreau equipara las fuerzas de la física aplicada a la vida cotidiana con la fuerza del amor: «El amor es viento, marea, olas y luz del sol. Su poder es incalculable; sus caballos de potencia son ilimitados. Nunca cesa ni falta. Puede mover el globo sin un punto de apoyo, calentar sin fuego, alimentar sin alimento, vestir sin ropa, refugiar sin techo; puede construir un paraíso interior que no necesita el paraíso exterior».[17]

Tal energía, la más fuerte e inagotable, aún no ha sido empleada sino de forma escasa y mediocre, y los adelantos técnicos nos han aliviado trabajos pesados de hacer, de acuerdo, pero han hecho dependiente al hombre de un recurso que ha acabado por sorberle sus energías hasta llevarlo a una desoladora desigualdad social, como en el caso del algodón. Esta materia sería la dominadora del comercio mundial, la plataforma como se ha apuntado para el surgimiento de la revolución industrial y el movimiento de capitales, personas, mercancías y materias primas por todo el planeta —esto es, el capitalismo definido por Beckert— y, en definitiva, incluso la propia fábrica como instalación sería un invento de la industria

algodonera. ¿Un aparente progreso que al cabo del tiempo iba a cosechar buenas noticias? En absoluto.

Lo comprobó muchas décadas más tarde el poeta y guionista de cine James Agee, que publicó un documento excepcional, *Algodoneros. Tres familias de arrendatarios*, acompañado de las fotografías de Walker Evans que se acabarían convirtiendo en emblemas de toda una época, la de la depresión americana.[18]

El informe de Agee sobre las condiciones laborales de los granjeros blancos pobres del profundo Sur estadounidense era verdaderamente desgarrador, y transmitía —ya el viaje era muy duro; estuvieron allí dos meses— un mensaje inequívoco: «Una civilización que por la razón que sea pone una vida humana en desventaja; o una civilización cuya existencia radica en poner vidas humanas en desventaja, no merece llamarse así ni seguir existiendo».[19] Era una manera de denunciar la injusticia, la desigualdad, la máxima pobreza de unos conciudadanos de rutina escalofriante. Trabajadores blancos sufriendo —siempre arrastrando deudas con los terratenientes que abusan de ellos sin piedad mediante un sistema de crédito sangriento (¿alguna diferencia con los pobres que se describían en *Walden* locos por que se les condenaran las deudas?)— como los millones de negros a los que tradicionalmente, popularmente gracias al reflejo que de ello se fue haciendo por parte del cine, se asocia de modo directo el cultivo del algodón.

En cualquier caso, la equivocación ya se enquista desde el mismo concepto del porqué del trabajar: «Los hombres trabajan por error», dice con su habitual manera tajante de sentenciar en el quinto párrafo de su más famosa obra. «La mejor parte del hombre es muy pronto arada en la tierra como abono. Por un hado similar, comúnmente llamado necesidad, se dedican, como dice un viejo libro, a acumular riquezas donde roen la polilla y la carcoma, donde los ladrones abren brechas y roban. Es una vida de locos, como comprenderán cuando lleguen a su fin, si no antes.» Y enseguida describe al individuo de su época, descentrado, ajeno a lo que de verdad es importante: «La mayoría de los hombres, incluso en este país relativamente libre, por mera ignorancia y error, está tan ocupada con los cuidados ficticios y las labores superfluamente groseras de la vida que no puede recoger sus mejores frutos. Sus dedos, por el trabajo excesivo, son demasiado torpes y tiemblan demasiado para ello». Acaba de empezar *Walden*, y ya aparece, pues, sin remilgos ni circunloquios, el punto de vista que sitúa a la humanidad en el camino erróneo: «En realidad, el hombre laborioso no tiene ocio para una verdadera integridad cotidiana; no puede permitirse mantener las relaciones más viriles con otros hombres; su trabajo depreciaría en el mercado. No tiene tiempo de ser sino una máquina»,[20] rubrica.

En el capítulo siguiente se quejará de que «se vive demasiado rápido. Los hombres consideran esencial que la *nación* comercie y exporte hielo y hable a través del telégrafo y cabalgue a treinta millas por horas, sin duda alguna, lo hagan *ellos* o no, aunque resulta incierto si debemos vivir como babuinos o como hombres». Está claro que, en una sociedad para la que el bienestar tecnológico y el apresuramiento comercial son tentaciones en las que se desea ir cayendo —en picado, podría añadir Thoreau—, es incompatible dedicarse a uno mismo, a

mejorar su vida, y a la vez consagrarse día y noche a la construcción de los ferrocarriles. «Y si no se construyen los ferrocarriles, ¿cómo llegaremos al cielo a tiempo?», dice sarcásticamente. Y continúa el argumento así: «Pero, si nos quedamos en casa y nos ocupamos de nuestros asuntos, ¿quién necesitará ferrocarriles? No montamos en ferrocarril, éste nos monta a nosotros».[21] Creamos una necesidad, nos distraemos con cosas que no significan lo que la existencia tiene que significar; por eso, acto seguido se pregunta por qué hay que vivir con tanta prisa y, por lo tanto, con tanto gasto de vida.

Para Thoreau, en realidad no hacemos ningún trabajo importante; la gente acudiría ante la alarma de un fuego no para salvar sus cosas o ayudar a apagarlo sino más bien para ver cómo arde todo, tal es su pasividad y tendencia al cotilleo más estúpido; y el ansia de tener noticias nuevas cada mañana hace de nuestro interés por lo que sucede una costumbre que volvemos indispensable pero que nos retrata como seres humanos con gran bajeza y banalidad: «"Por favor, decidme qué le ha pasado a cualquier hombre en cualquier lugar del planeta", y lee por encima del café y los bollos que un hombre se ha arrancado los ojos esta mañana en el río Wachito, sin darse cuenta de que vive en la oscura e insondable cueva de mamut de este mundo y no tiene sino un rudimento de ojo».[22] Ya lo dijo en *Musketaquid*: «La mayoría de hombres no tiene inclinación, ni rápidos, ni cascadas, sino pantanos, y caimanes, y miasma».[23] El hombre, prehistórico aún en sus sentidos, en su sensibilidad, se sigue equivocando, tanto en sus pensamientos como sus acciones.

Por un lado, «el así llamado "progreso humano", ya se trate de la construcción de casas o de la tala de bosques y árboles centenarios, supone una clara deformación del paisaje que lo hace cada vez más dócil y vulgar. ¡Un pueblo que se precie comenzaría por quemar sus cercas y respetar los bosques!»,[24] escribe en «Caminar». Por el otro: «Yo creo que la mente se puede profanar permanentemente con el hábito de escuchar cosas triviales, de modo que todos nuestros pensamientos se teñirán de trivialidad. Nuestro propio intelecto debería ser de asfalto, es decir, debería tener un buen firme para que las ruedas se deslizaran fácilmente»,[25] apunta en «Una vida sin principios». En este mismo escrito, señala lo escasos que son aquellos que denominamos héroes, santos, poetas, filósofos y redentores, y en el diario de 1858 califica a los habitantes de Nueva Inglaterra —simplemente por ser los prójimos próximos, lógicamente su visión se extendería a todo el mundo— como intolerantes y cobardes morales, meros sujetos que ni siquiera piensan, que se aferran a lo mismo a lo que se agarraron sus padres y sus abuelos.

La crítica a los errores que comete el hombre salta, así pues, de libro en libro, casi como una constante vital de toda la obra escrita y el comportamiento social de Thoreau, tanto a escala general como desde el ámbito más cercano: «Nos alimentamos mal, vivimos vulgarmente y somos analfabetos», sigue sentenciando en *Walden*, sin hacer distinción entre el que no sabe leer y el que sabe pero se contenta con lecturas infantiles u apropiadas para inteligencias débiles. «Somos una raza de hombres de hojalata y no nos elevamos en nuestros vuelos

intelectuales más que las columnas del periódico diario»,[26] insiste.

Emerson tiene una frase muy ilustrativa, apuntada en su diario, sobre esta falta de miras intelectual y emocional que nos caracteriza tanto y que nos embrutece y denigra: «¡Para qué utilizamos este maravilloso intelecto que poseemos! Para pasarnos el día leyendo noticias sobre asesinatos y accidentes ferroviarios, para elegir modelos de chalecos y bufandas».[27] Por su parte, a Thoreau le «asusta observar con qué facilidad la gente abarrota sus mentes con tales basuras y deja que rumores e incidentes ociosos e insignificantes se introduzcan en un terreno que debiera ser sagrado para el pensamiento», dice, aun confesando la facilidad que todos tenemos para quedarnos con los detalles triviales y deseando la necesidad de «conservar la castidad de la mente». Dos interrogaciones retóricas —de evidente respuesta negativa y positiva de cara al lector— tienen la mejor reflexión para abstraernos de tales errores: «¿Debe ser la mente un escenario público donde se discutan los asuntos de la calle y los cotilleos de la sobremesa?, ¿o debería ser una estancia del cielo mismo, un templo hipetro [sin techo] consagrado a servir a los dioses?».[28]

La teoría, como ocurre habitualmente en Thoreau, tiene el soporte de la alusión a la experiencia propia, al ejemplo cotidiano que el ser humano siempre da y que, en el caso de su diario de marzo de 1852, ofrece el caso de un hombre que queda convencido de algo que se le cuenta hasta que, al cabo de un momento, vuelve a su opinión pretérita, víctima de la costumbre de reverenciar lo que arrastra el pasado. De modo que «es frustrante hablar con hombres que no reconocen principio alguno. ¡Qué poco uso se hace de la razón en este mundo!».[29] Y en el iluminador ensayo «Una vida sin principios», insiste en ello de manera gráfica refiriéndose a cómo de «vacía e ineficaz es nuestra conversación cotidiana. Lo superficial lleva a lo superficial. Cuando nuestra vida deja de ser íntima y privada, la conversación degenera en simple cotilleo». Hablando con cualquiera uno se entera de la noticia que ha aparecido en el periódico o le han contado por la calle, nada más, he ahí la diferencia entre uno y otro: «En la misma medida que nuestra vida interior fracasa, vamos con más constancia y desesperación a la oficina de correos. Puedes estar seguro de que el pobre tipo que se aleja con el mayor número de cartas, orgulloso de su abultada correspondencia, no ha sabido nada de sí mismo desde hace tiempo».[30] Tal vez, esa *correspondencia* hoy podríamos contextualizarla en los mensajes y clics del escaparate de las redes sociales, que de alguna manera son el fin de la vida íntima y privada.

El meditar sobre el error de la superficialidad que comete la gente en su día a día, lleno de indolencia, también tendrá acogida en *Musketaquid*; en este libro viajero el verdadero viaje es la observación hacia la naturaleza combinada con la observación al comportamiento humano, a tal punto de que «la despreocupación y el *dolce far niente*», esa *ociosidad que resulta agradable*, «de la naturaleza y la sociedad se dejan ver en infinidad de momentos del progreso de la raza humana. En todos los estados, desde Maine a Texas, la gente tiene tiempo para reírse con los chistes de los periódicos, y en Nueva Inglaterra se estremece con los malentendidos que provienen de los círculos australianos, mientras que el pobre

reformista no logra reunir una audiencia».[31] Pero son pocos los que querrían escuchar a bocajarro cómo era de mezquina y poco íntegra su vida en esos tiempos, sin duda modernos, escuchando a lo lejos el silbido del vapor.

*

Qué lectores, en efecto, querrían comprar un libro que les funcionara de espejo acusador y leyeran, en la quinta página de las andanzas de un solitario frente a una laguna, que la mayoría de nosotros llevamos «vidas de tranquila desesperación» y nos mostramos resignados o, dicho de otra manera, llenos de «desesperación confirmada. De la ciudad desesperada marcháis al campo desesperado y os consoláis con la valentía de los visones y las ratas almizcleras. Una desesperación estereotipada, pero inconsciente, se oculta incluso bajo los llamados juegos y diversiones de la humanidad. No hay en ellos el esparcimiento que viene tras el trabajo».[32] La única salida a este laberinto es, por supuesto, alcanzar la sabiduría, que en buena parte es, pura y simplemente, no hacer cosas desesperadas.

Porque la desesperación cotidiana, este vivir con la inercia de la resignación por nuestro propio destino sin tomar las riendas de lo que queremos de verdad hacer con nuestros días, es como la ropa que nos ponemos cada mañana, como la forma enquistada en que nos relacionamos los unos a los otros:

> … estamos poco menos que ahogados bajo nuestros funestos abrigos, que no llegan a quedarnos bien en ningún momento de nuestra vida. Piense en la capa con la que nos cubre nuestro trabajo o posición, qué pocas veces los hombres se tratan los unos a los otros de forma desnuda y teniendo en cuenta lo que realmente son; cómo utilizamos y toleramos la pretensión; cómo se le viste al juez con una dignidad que no le pertenece, y al testigo con una humildad que no le pertenece, y al criminal, quizá, con una vergüenza y una insolencia que ya no le pertenecen. No importa el estilo de la capa con la que tapamos esas capas. Cambie las capas: ponga la del juez en la jaula del criminal, y la del criminal en el tribunal, y entonces tendrá motivos para pensar que ha cambiado a los hombres.[33]

Esto es lo que le dice a Blake en 1854, en una carta en que empieza hablando de que le acaban de preparar un abrigo, un objeto extraño para él, dice, quizá por verlo como una prenda demasiado ostentosa pero que le inspira reflexionar sobre la forma en que nos procuramos las cosas: «Ojalá llegue un día en el que, o mejor un sentimiento de integridad a través del cual, el hombre se procure un abrigo que encaje en él tan honesta y perfectamente como la corteza en los árboles. Por ahora, sin embargo, nuestras prendas son la muestra de nuestra conformidad con los caminos del mundo, es decir, del Diablo, y en cierta medida reaccionan en nosotros y nos envenenan».[34]

No es la única vez que Thoreau usa la ropa como metáfora de los principios equivocados que llevamos puestos y que determinan cada una de nuestras

jornadas, tanto en sociedad como de forma individual. En *Walden*, tras hablar de cómo la población suele elegir el vestido por su novedad y no por su utilidad, y cómo a la gente se la juzga por la vestimenta, escribe que los seres humanos se preocupan más por seguir la moda de la temporada o llevar la ropa limpia y sin remiendos «que por tener la conciencia tranquila». ¿Qué pensaría de este siglo XXI en que grandes factorías ubicadas en países orientales explotan a tantos millones de trabajadores para que los occidentales puedan nutrirse de un vestuario variado y renovado?

Cabe preguntarse si saber tal cosa, hoy gracias a los medios de comunicación audiovisuales, no afecta a la conciencia de quien lleva esa ropa hecha por mujeres o niños de Bangladés o Vietnam en condiciones que no mejoran sustancialmente las que se sufrieron en las fábricas británicas de las que salió Charles Dickens —en su caso, tenía que caminar cinco kilómetros para ir a la fábrica de betún por una zona de infectos callejones frente al Támesis, donde debía trabajar diez horas al día por un sueldo miserable, recién cumplidos los doce años—, o las que denunció Jack London a través de sus artículos de *La gente del Abismo*. «Descenso», «infierno», «margen», «ineficacia», «gueto», «precariedad de la vida», «suicidio», «lamento del hambre» son algunas de las palabras que empleó el narrador californiano para titular la serie de impactantes veintisiete prosas que componen este libro de 1902 sobre el barrio londinense de East End donde vio a mujeres que se deslomaban haciendo paños u hombres que se dejaban la piel en los talleres a cambio de un auténtico sueldo de miseria, en jornadas de doce, trece, catorce horas al día que empezaban en plena madrugada y en un lugar en el que la inanición, el frío o la tisis se llevaban por delante más temprano que tarde a todos aquellos desgraciados.

Thoreau tendría una opinión clara y contundente ante algo así, y confirmaría la falacia de considerar el progreso como algo positivo si sigue permitiendo a diestro y siniestro miseria y desigualdades, crueldades extremas y codicias sin fin. El error radicaría en el enfoque individual ante la vida, que habría de llevar al virtuosismo en el pensar y en el hacer: «A los hombres les hace falta, no algo *con lo que hacer*, sino algo que *hacer*, o mejor, algo que *ser*. Tal vez no deberíamos procurarnos un traje nuevo, por harapiento y sucio que esté el viejo, hasta no habernos conducido, empeñado o embarcado de tal modo que podamos sentirnos hombres nuevos en el viejo; conservarlo sería como echar vino nuevo en odres viejos».[35] Esta alegoría levantada sobre el hecho de que las ropas y el calzado viejo sirven igualmente para emprender algo nuevo representa una manera de señalar que la novedad en sí no trae a un hombre nuevo, que hay que alejarse de las meras apariencias.

Y ya hemos visto que la apariencia del hombre a ojos de Thoreau es de soterrada desesperación, un estado de inquietud y ansiedad que hay que combatir viviendo «una vida primitiva y fronteriza, incluso en medio de una civilización exterior, aunque sólo fuera para aprender cuáles son las vulgares necesidades de la vida y qué métodos se han adoptado para satisfacerlas». He aquí el Thoreau en busca de determinar los límites de la esencia de la vida, eso que siempre cabe buscar para realizarnos plenamente: «Porque la mejora de los tiempos ha tenido

poca influencia en las leyes esenciales de la existencia del hombre, así como nuestros esqueletos no se distinguen probablemente de los de nuestros antepasados».[36]

Es más, todo el progreso no ha hecho sino aumentar la frustración y el estrés, desordenar las prioridades que deberían reinar en nosotros, ya definitivamente arrastrados por la corriente mercantilista y laboral que desemboca en un mar de falta de integridad. Además, este ambiente moderno está lleno de quejicas que dicen cumplir con su deber, incluidos los que han acumulado riqueza pero que son a la vez terriblemente pobres al haber «acumulado escoria», la cual «no saben cómo usarla o librarse de ella y han forjado así sus propios grilletes dorados o plateados».[37] De nuevo, el hombre esclavo de sus metas conseguidas, de sus pertenencias, de sus posesiones; al fin y al cabo, de la ley capitalista de la oferta y la demanda, ese único tipo de vida que los hombres alaban y consideran lograda y de la que se burla Thoreau con un ejemplo de un indio necio o simplemente ingenuo que, tratando de imitar al hombre blanco, quiso dedicarse a los negocios y se puso a vender cestas tejidas por él mismo suponiendo que, como lógica contrapartida a su iniciativa, los demás tendrían que comprárselas directamente sin tener que ser convencidos de que valiera la pena adquirirlas.[38] «Incluso si aceptamos que el americano se ha librado de un tirano político, todavía es esclavo de un tirano económico y moral»,[39] dice en «Una vida sin principios». El quid de la cuestión sería evitar la necesidad de vender, como aprendemos del ejemplo, esos *cestos*.

Unas pocas líneas atrás, se ha preguntado: «¿Tan sólo tenemos habilidad para vivir como zafios y para servir al diablo y nada de cultura ni delicadeza? ¿Para adquirir riquezas mundanas o fama o libertad, y dar una falsa imagen a los demás, como si fuéramos todo cáscara y concha, sin un corazón tierno y vivo dentro de nosotros?». Esta humanidad sin sustancia verdadera, monótona, previsible, que tan pronto vive de las apariencias como ora en el altar de la especulación para conseguir dinero, se convierte en obstáculo de sí misma, como en el caso que presenta en *Walden* de un granjero que «se esfuerza en resolver el problema del sustento con una fórmula más complicada que el problema mismo». Así, «para conseguir cordones de zapato especula con manadas de ganado. Con notable habilidad ha puesto su trampa de lazo para cazar la comodidad y la independencia y luego, ya de vuelta, su pierna queda atrapada. Por esta razón es pobre y, por una razón similar, todos somos pobres respecto a mil consuelos salvajes, aunque estemos rodeados de lujos». En consecuencia, pese a obtener lo que ansía, un hogar y un modo de mantenerlo, el granjero «puede que no sea más rico sino más pobre por ello y que sea la casa la que lo tenga a él», como el ferrocarril que nos montaba a nosotros y no al revés. Y es que «nuestras casas son una propiedad tan aparatosa que a menudo estamos más encerrados que alojados en ellas, y la mala vecindad que se ha de evitar es nuestra propia ruindad».[40]

Esto estaría relacionado con dos errores modernos clave, colegimos según los parámetros de Thoreau: por un lado, el hecho de ser pobres hasta disfrutando de parabienes lujosos, o incluso poseyendo riqueza material que ni siquiera ha sido

conseguida por el propio esfuerzo, y por el otro lado, que la civilización se haya reducido a una vida llena de muros propios.

En *Walden* conocemos a conciudadanos jóvenes cuya desgracia es «haber heredado granjas, casas, graneros, ganado y aperos de labranza; pues es más fácil adquirirlos que librarse de ellos». Su destino está marcado, y es más complicado entonces rectificar y abordar un camino propio con el lastre de lo acumulado y recibido: «Habría sido mejor que hubieran nacido en campo abierto y que una loba los amamantara, que pudieran haber visto con mirada más clara qué tierra estaban llamados a cultivar».[41] Asimismo, también comprobamos en esas mismas páginas que «ya no sabemos qué es vivir al aire libre y nuestras vidas son domésticas en más sentidos de los que creemos. Del hogar al campo hay una gran distancia». No para él, desde luego, que lanza la siguiente recomendación: «Tal vez estaría bien que fuéramos a pasar más días y noches sin obstrucción alguna entre nosotros y los cuerpos celestes, que el poeta no hablara tanto bajo techado o el santo no morase allí tanto tiempo. Los pájaros no cantan en las cuevas ni las palomas abrigan su inocencia en los palomares».[42]

La posesión, motivada por la mirada obsesiva del trabajo y el dinero, y el alejamiento de la naturaleza, ¿huelga repetirlo?, son los dos grandes palos en las ruedas del verdadero progreso: conocerse y vivir respetuosamente siendo uno mismo, pase lo que pase, se encuentre uno como se encuentre; por ello Thoreau lanza esta inolvidable idea que merece ser releída en cada despertar:

> Por mediocre que sea vuestra vida, aceptadla y vividla; no la esquivéis ni la denostéis. No es tan mala como vosotros. Parece más pobre cuando más ricos sois. Quien a todo le saca punta encontrará faltas incluso en el paraíso. Amad vuestra vida por pobre que sea. Tal vez tengáis una hora grata, conmovedora, gloriosa, incluso en un asilo. El sol poniente se refleja en las ventanas de la casa de la caridad con el mismo resplandor que en la morada del rico; la nieve se funde en su puerta igual de pronto en primavera.[43]

Sin embargo, hay quien se levanta y no está despierto, no sabe dónde está en realidad. Thoreau llama *dormidos* a todos aquellos que piensan que saben algo, que todo está en orden y, consecuentemente, siguen en la oscuridad pese a que haya ya amanecido. El sol no sale para ellos; en el caso concreto en *Walden* concretado en las gentes de Nueva Inglaterra, que viven una vida mezquina al quedarse en la superficie de las cosas, sin entender que el día a día trae consigo un pequeño gran milagro que hay que aprovechar, y no precisamente dedicándose a labores rentables y productivas de cara a la sociedad: «La incesante ansiedad y esfuerzo de algunos es una forma casi incurable de enfermedad. Exageramos la importancia del trabajo que hacemos y, sin embargo, ¡cuántas cosas dejamos por hacer! ¿Y si hubiéramos caído enfermos? ¡Qué vigilantes estamos, resueltos a no vivir por la fe si podemos evitarlo!». Es de nuevo el inicio del libro, increíblemente franco: «Pasamos el día en alerta, de noche rezamos con desgana nuestras oraciones y nos encomendamos a incertidumbres. Nos vemos continua y sinceramente obligados a vivir, reverenciando nuestra vida y negando la

posibilidad del cambio». Inercia al heredar las costumbres del pasado sin cuestionarlas; resignación, es decir, una suerte de sosiego desesperado: «Es el único camino, decimos; pero hay tantos caminos como radios pueden trazarse desde un centro. Todo cambio es un milagro digno de contemplarse; pero un milagro es lo que tiene lugar a cada instante».[44]

G. K. Chesterton, que, como veremos en el apartado dedicado a la naturaleza, se mofará un tanto de Thoreau por su adoración a ésta, se sentiría en cambio de acuerdo con él en esta ocasión. En un artículo de un libro que publicará en 1909, aun hablando con incredulidad sobre la afición de escalar montañas, y dándole la vuelta a lo que hubiera dicho el Thoreau que se alejaba de la ciudad para encontrarse con el mundo natural y reencontrarse con su yo íntimo, habla de que en efecto «todo es cuestión de actitud mental», de modo que «me sentaré aquí y dejaré que las maravillas y las aventuras vengan a posarse sobre mí como si fueran moscas. Son numerosas, te lo aseguro». Una pasividad ingeniosa que presenta una gran coartada: «Porque en el mundo nunca escasearán los milagros; sólo el asombro».[45] Thoreau, Emerson, Alcott, con su propuesta de que renovemos y ampliemos nuestras perspectivas, nos están invitando a asombrarnos y, por tanto, a estar agradecidos por vivir, a estar *despiertos* ante lo que ocurre para interpretarlo con la fuerza de los sentidos y no con los convencionalismos sociales, conservadores e institucionales.

Esa falta de visión profunda de las cosas, en cierta forma de embelesarse por la mágica cotidianidad —en otro artículo, Chesterton dice que si estuviéramos seguros de que los milagros existen, no contaríamos con ellos—, hace que todo lo que sucede alrededor no sea captado en su justa dimensión, sacándole su esencia, de tal modo que en «Caminar» Thoreau se sorprende de «qué pocos acontecimientos o momentos de crisis se dan en nuestras vidas, qué poco hemos ejercitado nuestras mentes, qué pocas experiencias hemos tenido».[46] Y en *Walden* —a estas alturas, al lector le costará encontrar otro libro donde se ejecute tamaña crítica al ser humano—, habla de cómo nuestras percepciones bajan a tal nivel que son groseras, aunque la gente las alabe como si fueran sentido común. Pero es que éste es el problema precisamente, la cortedad de miras; o dicho de otro modo, el punto de vista homogéneo y aborregado, *dormido*, de los que aún no saben que el alba ha traído un nuevo día que aprovechar: «El sentido más común es el sentido de los hombres que duermen y se expresa con ronquidos. […] Si Inglaterra trata de curar la enfermedad de la patata, ¿no habrá nadie que trate de curar la enfermedad del cerebro, que se extiende de un modo mucho más amplio y fatal?».[47] Ésa es la verdadera dolencia que aqueja al hombre, cuya mente es como una arboleda que va perdiendo frutos y por consiguiente palomas que la visiten, prefiriendo alimentar, en vez de pensamientos crecientes que vayan anidando en nosotros, la mera ambición egoísta.

El hombre no debería cometer el error de comerse una fruta sin al menos poner una semilla mejor, afirma en *Musketaquid*: «¡Semillas! Hay infinidad de ellas que sólo necesitan mezclarse con la tierra en la que yacen, mediante una voz o una pluma inspirada, para dar frutos de un sabor divino». Thoreau llama a quien así se

comporta despilfarrador, y se dirige a él con una implacable exigencia: «Salda tu deuda con el mundo, no te comas la semilla de las instituciones, como hacen los opulentos, mas plántala, y aliméntate de la pulpa y del tubérculo para subsistir, y así, quizá pueda encontrarse al fin una variedad digna de conservarse».[48] La pobreza, la autenticidad, la cooperación, la independencia serán mil veces mejor que no aportar nada de la propia cosecha; antes al contrario, por lo general el hombre añade «imposturas y engaños» que la colectividad toma como «las más sólidas verdades, mientras que la realidad es fabulosa», dice en el capítulo sobre Walden Pond «Dónde vivía y para qué», visualizando el contraste entre su opción de vida específica y las consideraciones que le despiertan la de los demás, sugiriendo por otra parte un *modus vivendi* que tenga que ver con la serenidad, con esa sabiduría consistente en no caer en la desesperación:

> Cuando somos pausados y sabios, percibimos que sólo las cosas grandes y dignas tienen una existencia permanente y absoluta, que los temores mezquinos y los placeres mezquinos no son sino la sombra de la realidad. La realidad es siempre estimulante y sublime. Al cerrar los ojos y adormecerse, y consentir en ser engañados por apariencias, los hombres establecen y confirman su vida diaria de rutina y hábito en todas partes, la cual, sin embargo, se levanta sobre cimientos puramente ilusorios. Los niños que juegan a la vida disciernen su verdadera ley y sus relaciones con mayor claridad que los hombres, que no la viven dignamente, sino que creen ser más sabios por la experiencia, es decir, por el fracaso.[49]

El Wilde que hizo equivaler los errores a la experiencia podría haberse inspirado perfectamente en esta frase. Son ciertamente los niños los que, gracias al hecho de que no dejan de asombrarse, a su mirada limpia de telarañas y tragaluces, deberían ser nuestros maestros en el arte de vivir. Pero, claro está, lo que sucede realmente es muy distinto: «Los hombres y los jóvenes aprenden todo tipo de oficios, pero no cómo convertirse en *hombres*», le dice Thoreau a Blake en una carta de 1860 en la que se refiere al error tan extendido entre los que le rodean de ensimismarse en preocupaciones imaginarias y se quejan de tantas cosas que tienen entre manos. «Aprenden a levantar casas —sigue diciendo—, pero no están bien alojados, no son felices en sus casas, como lo es una marmota en su hoyo. ¿De qué sirve una casa si no dispones de un planeta decente donde levantarla, si no soportas el planeta en el que está?»[50]

En diversas ocasiones, Thoreau relaciona el crecer con la pérdida del impulso de pensar por nosotros mismos, como si entráramos en un lugar preconcebido ya derrotados y en el que aparecen circunstancias que activan, por así decirlo, esas preocupaciones imaginarias combinándose con otro error habitual, la terquedad y la persistencia materialista volcadas en autoexigencias absurdas: «Me he dado cuenta de que si un hombre cree que necesita mil dólares, y no puede convencérsele de lo contrario, por lo general acabará teniéndolos: si sigue vivo y sigue pensándolo, llegarán los mil dólares, aunque sólo sea para comprar cordoneras»,[51] asevera en *Musketaquid*, en un párrafo en que alude a hombres esforzándose y sufriendo sin límites para sacar de sí mismos lo máximo, cuando a Thoreau le basta para sentirse bien una «vida de la mente» que está por encima de

las necesidades superfluas del cuerpo y que se apoya en el poder de la imaginación.

En cuanto a los que se quejan «del peso de los compromisos y los deberes triviales que les impiden dedicarse a algún otro asunto más elevado», como le escribe a Blake en 1852, «no hay duda de que, si tuvieran madera para ocuparse de esos asuntos más altos, serían capaces de liberarse de los compromisos, repudiándolos de forma tan natural como el respirar».[52] Es ridículo lamentarse de que no hay tiempo para dedicarse a uno mismo cuando, justamente, debería ser eso a lo que tendríamos que dedicarnos. Si los hombres cambiaran el compromiso exterior por el interior podrían no verse reconocidos en las palabras que Thoreau apuntó en su diario de 1850, aquellas en las que dice que, «por lo común, no vivimos nuestras vidas con plenitud. No llenamos de sangre todos nuestros poros. No inspiramos y espiramos lo suficientemente a fondo, como para que la ola —grande o pequeña— de cada inspiración ruede hasta que se encuentra con la arena que nos limita, rompiendo contra nuestras costas más lejanas y devolviéndonos el sonido del oleaje». ¿De verdad vamos a seguir empleando la mente en trivialidades, en noticias chismosas, en obsesiones crematísticas? «Vivimos sólo una fracción de nuestra vida», sigue diciéndose. «¿Por qué no nos abandonamos a la inundación, abriendo las compuertas, poniendo todas nuestras ruedas en movimiento? El que tenga orejas para escuchar, que escuche», añade en tono bíblico (Mateo 13:1-9) para concluir la semilla que hizo crecer su arboleda particular de pensamientos: «Emplea tus sentidos».[53]

Ésa será la llave para abrir la compuerta de la autolimitación y dar paso a la autosuperación, para rodar sin los obstáculos que nosotros mismos nos colocamos paso a paso, al entender que la vida es algo más que poner en práctica sin remisión las obligaciones e ideas estandarizadas y tolerar injusticias que atentan contra la moral y la humanidad más básicas. Evitar vivir erróneamente —fracasar— consistirá, viene a decir en *Musketaquid*, no en la carencia de conocimiento, sino en dar preferencia a la sabiduría. Ser sabio, en todo caso, tendría que ser muy sencillo y estar vinculado con la disciplina, ese factor tan importante en el Thoreau educador que no hacía diferencias entre el estudiante del aula y el que se abría paso por los bosques o transitaba por la ciudad. «Es facilísimo establecer una rutina duradera y armoniosa: inmediatamente todos los elementos de la naturaleza se pondrán de acuerdo. Basta con que sustituyamos una cosa por otra, y los hombres se comportarán como si eso fuese justo lo que querían.» Qué otra cosa se insinúa aquí que estar conectados con la naturaleza, en una senda de respeto de la que saldrán beneficiados los humanos, los cuales, si tal recomendación se lleva a término y tal rutina novedosa se implanta, «están *obligados* a comportarse, pase lo que pase».[54]

Es casi como lo que los psicólogos recomiendan en asuntos que tienen que ver con la educación emocional y la forma en que el individuo puede superar por sí mismo, sobre la base de un botiquín de primeros auxilios elementales con el que autoconvencerse de que puede mejorar situaciones de ansiedad o depresión: «actuar como si…», en palabras de Miguel Silveira; por ejemplo, «… "actuar como

si" estuviésemos bien con la gente, "como si" estuviésemos ilusionados, "como si" tuviésemos interés por las cosas de la vida, esa actuación, forzada en un primer momento, acaba por ayudarnos a experimentar emociones positivas gracias a las conexiones que las conductas tienen con la mente y el cuerpo».[55]

No hay que olvidar, como dice Thoreau para redondear esa meditación sobre cómo abandonar la vida errática por otra sabia, que «siempre hay una vida presente y existente, ya sea mejor o peor, a cuya conservación todos colaboramos». Pero, para que suceda tal cosa con todas las de la ley, en verdad algo de gran responsabilidad pues nuestra conducta individual tendrá consecuencias en la colectiva, es necesario mirarse uno mismo, y tan profundamente, que entonces se descubran —naciendo tal vez nuevos asombros y algún que otro milagro por el camino— territorios espirituales tan desconocidos como salvadores, y el poder de las costumbres anquilosadas que no deja crecer la mente desaparezca junto con el escepticismo social, y podamos oír teniendo oídos, y ver el día amanecer con los ojos despiertos.

(Paréntesis de arte. Thoreau, lector y escritor)

En toda esta aspiración que vamos recogiendo, por medio de la voz constante de Thoreau con respecto a ir construyendo en nosotros una educación liberal que lleve a vivir sabiamente, esto es, engarzándonos a una serie de principios firmes, austeridad cotidiana y amor por la naturaleza, la lectura constituye un componente esencial.

En el capítulo «Leer» de *Walden*, tomando como pretexto el ejemplar de la *Ilíada* que llevaba consigo siempre Alejandro Magno en sus expediciones, el autor dice que «una palabra escrita es la más escogida de las reliquias. Es algo a la vez más íntimo para nosotros y más universal que otra obra de arte. Es la obra de arte más próxima a la vida». Al otro lado del Atlántico, otro insigne escritor, en realidad una mujer que firmaba sus obras con seudónimo masculino, la inglesa George Eliot, en un ensayo publicado dos años después, en 1856, estaría plenamente de acuerdo: «El arte es lo más parecido a la vida; es una manera de ampliar nuestra experiencia y extender el contacto con el prójimo más allá de los límites de nuestro ámbito personal».[1] Es la sempiterna relación que se establece entre la realidad viviente y su reflejo creativo, una y otra vez puesta de manifiesto por todo tipo de artistas.

Thoreau completa su pensamiento diciendo que las palabras pueden traducirse a todas las lenguas, destacando así su poder universal, y que tienen el don de ser respiradas, por así decirlo, de ser talladas «con el aliento de la vida».[2] Se posiciona de esta manera como un lector pragmático, que considera lo leído como otro instrumento más para conocer y conocerse, sin alharacas eruditas ni sacralizaciones de obras, sean de la época que sean. A su vez, Emerson hablará repetidamente de la educación desde sus conferencias y escritos y, al denunciar la ignorancia subyacente en la sociedad, pedirá la gestación de una literatura nacional —en una conferencia en la Universidad de Harvard en 1837—, más la necesidad de leer bien, de alcanzar una independencia intelectual, en definitiva, de enseñarse a uno mismo, muy en la línea de lo sentido, proyectado y sugerido por Thoreau.

«Si no he leído nada, siento que mi día ha carecido de sustancia»,[3] le escribió una vez a un amigo el sabio de Concord. Y es que éste representa como ninguno el perfil de lector voraz e insaciable que pareció leer todo lo que proliferó en la época, incluyendo revistas culturales y otros tipos de publicaciones heterogéneas; un lector, además, y esto es lo más revelador, siempre ávido de dejarse sorprender. Casi al final de *La conducta de la vida*, afirma: «Yo, que toda mi vida he oído numerosos discursos y debates, leído poemas y libros, conversado con muchos genios, aún soy víctima de cualquier página nueva»,[4] haciendo bueno ese elemento de perpetuo asombro que experimentan los trascendentalistas; y en un apunte de sus *Diarios*, confirma semejante actitud de constante ilusión y aprendizaje: «Cuando leo un buen libro, uno que abre un universo de posibilidades literarias,

desearía que nuestra vida durara tres mil años».[5]

Emerson valora el acto de leer como si encerrara el mismo talento que el que se necesita para escribir, e incluso se siente sobre todo lector, aunque cueste creerlo si se tienen presentes sus libros, su correspondencia, los tres millones de palabras de los diarios y las mil quinientas conferencias aproximadamente que impartiría durante cuatro décadas, cien de ellas en el Liceo de Concord. Su punto de vista, y ahí entra la petición de que su país fundara una nueva literatura con fuerza, radicaba en que él se había convertido en escritor solamente debido a lo que llamaba la ausencia de verdaderos escritores.

Tal afirmación hay que estudiarla en un contexto muy determinado, el de unos Estados Unidos que ven con incertidumbre evolucionar su joven democracia; lo cual, según observa Alcoriza en su traducción de los *Ensayos*, «era una oportunidad antes que una necesidad histórica: quedaba en manos de los hombres, como lectores y ciudadanos, llevar adelante el experimento de la mejor manera posible. Como producto de la historia, además, toda la cultura estaba a disposición de los ciudadanos para mejorar su educación».[6] Este factor educativo, clave también para su admirado Montaigne, hará que Emerson responsabilice al hombre contemporáneo del uso de la cultura para, mediante la enseñanza de la historia, iluminar su presente. «En gran medida —sigue explicando el traductor—, reflexionar, para Emerson, era reflexionar sobre lo que suponía leer y escribir en un país como América: un país que, políticamente, había hecho de las artes de leer y escribir instrumentos de su fundación o descubrimiento y crecimiento.»[7] En ese país, en construcción en muchos aspectos, cabe mirarse por tanto uno y convertirse en lector para *escribir* «tu propio mundo», para decirlo con la expresión emersoniana. Algo que, verdaderamente, hace Thoreau de forma completa escribiendo sobre su mundo interior y exterior en la laguna.

Así, son estos unos años en los que la nación americana busca aprender a *leerse*, a interpretar el carácter de su literatura, a encontrar su identidad artística. Richard Brodhead, como recoge Carme Manuel en su edición de *La cabaña del tío Tom*, «explica que una de las formas culturales por las que se consiguió la consolidación de la literatura de Estados Unidos como algo establecido, es decir, "como un sistema cultural que tiene su lugar garantizado y cuyo significado está bien asegurado", fue el establecimiento de una literatura seria, gracias a la creación de un grupo de revistas».[8] Entre ellas se encontraba la *Atlantic Monthly* de Boston, fundada en 1857, donde se mezclaba la crítica literaria con análisis políticos nacionales e internacionales y en la que Emerson y Thoreau participarían activamente.

Por su parte, el grupo de amigos y colegas de Concord harían de *The Dial. A Magazine for Literature, Philosophy, and Religion*, de 1840 a 1844 —a partir de 1880 se reanudó como revista política, y de 1920 a 1929 se volvió a editar— un lugar no exento de encendidas discusiones y faltas de acuerdo, como apunta Baker en su biografía de Emerson y sus literatos allegados, a la hora de seleccionar, de entre lo recibido, qué merecía ser publicado, y por lo tanto qué merecía ser leído. Y es que el grado de exigencia y entrega lectora se elevó a niveles de tan extraordinaria

pasión, que a menudo las controversias y opiniones tan personales que no podían decirse en público sin ofender sólo tenían salida en los diarios de cada cual.

No en vano, en la lectura —por extensión, en la educación; por extensión, en la democracia— se fundan muchas esperanzas para el devenir profundo del hombre. En palabras de Thoreau, en *Musketaquid*: «Encontramos siempre la garantía de la vida y la experiencia en aquello que leemos». Se está refiriendo a las frases que «están arraigadas en los hechos y en la experiencia», después de meditar sobre cómo «quizá las frases más atractivas no sean las más sabias, sino las más certeras y completas, pronunciadas de manera firme y concluyente».[9] A él, claro está, pocos le ganarían a la hora de comunicarse con un tono de firmeza irrebatible.

En el mismo libro, un poco antes ha remarcado que «merece la pena tomarse tiempo para escoger nuestras lecturas, pues los libros constituyen la sociedad que frecuentamos. Leer sólo a aquellos que tienen una autenticidad serena, nunca estadística, ni ficción, ni noticias, ni informes, ni periódicos, sino sólo grandes poemas, y cuando se agoten, leerlos otra vez, acaso escribir más». Y enseguida añade: «Leed primero los mejores libros, o puede que no tengáis la oportunidad de leerlos nunca».[10] Es el Thoreau integrado en la futura frase de Wilde sobre el hecho de que sólo hay que leer los libros que releeríamos, un inmejorable consejo.

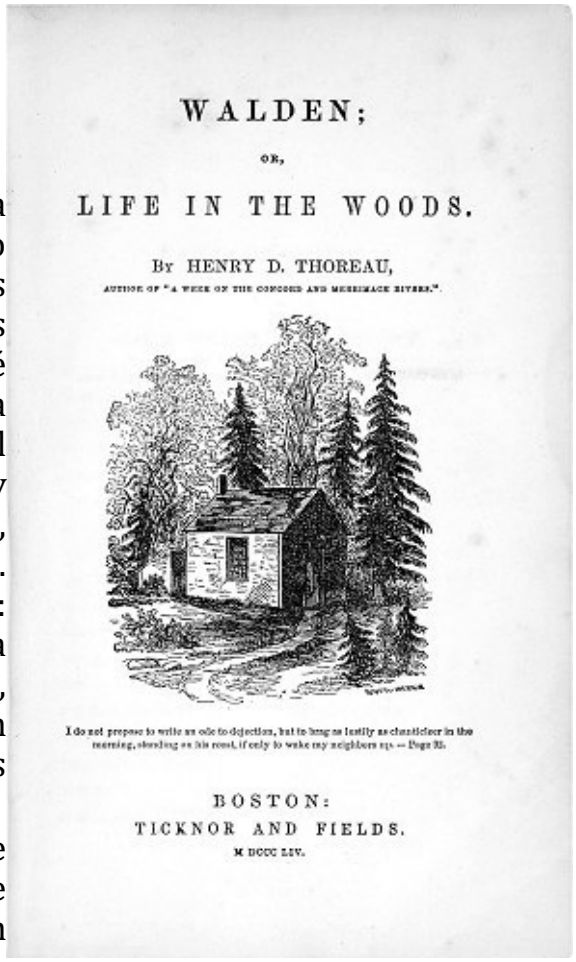
Leer bien, por lo tanto, no será en ningún caso un acto espontáneo y desenfadado, sino que implicará encarnar un ánimo y una actitud determinados, un «espíritu verdadero», dado que «es un noble ejercicio, y ocupará al lector más que cualquier ejercicio estimado por las costumbres del día. Requiere un entrenamiento como el de los atletas, la firme intención de casi toda una vida con este objetivo». Desafío e importancia extraordinarios, por tanto, lo que encierra la búsqueda y lectura de un libro adecuado; y dice al fin: «Los libros deben ser leídos tan deliberada y reservadamente como fueron escritos»,[11] en la que es una de las frases que se han celebrado más de toda su obra por parte de sus exégetas.

Esa capacidad de elección y de sensaciones ante el leer es vital para alguien que quiere buscar en los libros *lo más parecido a la vida*. De hecho, a Thoreau, cuando busca lecturas que le hagan percibir que han sido concebidas desde la plena autenticidad, le suele agradar ver lo que él mismo practica en su prosa y de lo que se justifica ya en la primera página de *Walden*: «No hablaría tanto de mí mismo si hubiera otra persona a quien conociera tan bien», dice tomando el testigo del Montaigne que avisaba de que iba a hacer lo contrario a omitir el yo. «Además, por mi parte, exijo de todo escritor, antes o después, un relato sencillo y sincero de su propia vida, y no sólo lo que ha oído de las vidas de otros hombres; un relato como el que enviaría a sus parientes desde una tierra lejana, porque si ha vivido sinceramente, tiene que haber sido en una tierra lejana para mí.»[12]

Llega a tal punto su querencia por el escrito que él considera sincero, que hasta afirma no leer nunca novelas al tener «muy poco de la vida y el pensamiento real». Prefiere leer «las Sagradas Escrituras de las distintas naciones, aunque resulta que estoy más familiarizado con las de los hindúes, los chinos y los persas que con las de los hebreos, a las que me he acercado en último lugar: dadme una de estas Biblias y me quedaré callado durante un buen rato»,[13] escribe en la

segunda jornada de su viaje por los ríos Concord y Merrimack. Y, tal vez para alejarse por completo de que lo asocien con un hombre académico, erudito, de cultura exclusiva en definitiva, se describe como igual de bueno o malo que sus vecinos, viniendo a significar que la lectura no lo hace mejor que nadie, por más que reconozca que a él le gustan más los libros que a los demás.

*


WALDEN;

OR,

LIFE IN THE WOODS.

By HENRY D. THOREAU,

AUTHOR OF "A WEEK ON THE CONCORD AND MERRIMACK RIVERS."

I do not propose to write an ode to dejection, but to brag as lustily as chanticleer in the morning, standing on his roost, if only to wake my neighbors up. — Page 93.

BOSTON:
TICKNOR AND FIELDS.
M DCCC LIV.

Sin embargo, en *Walden*, como no podía ser de otra manera, se mostrará más crítico con sus ciudadanos, indicando que «los mejores libros ni siquiera son leídos por los que llamamos buenos lectores. ¿A qué equivale nuestra cultura en Concord? En esta ciudad, con muy pocas excepciones, no hay el menor gusto por los libros mejores, o muy buenos, ni siquiera de la literatura inglesa, cuyas palabras todos pueden leer y deletrear». Y extiende la impresión local a lo general: «Incluso los hombres formados en la universidad y educados, según se dice, liberalmente, aquí y en cualquier parte, tienen realmente poco o ningún trato con los clásicos ingleses».[14]

Con todo, es en las páginas de *Musketaquid* donde encontramos algunas de las más profusas opiniones de Thoreau con respecto a lo que le parece la mejor de las lecturas, casi siempre de carácter poético: «Creo que si los hombres leyesen correctamente, jamás leerían algo que no fuesen poemas. No hay historia ni filosofía que puedan ocupar su lugar».[15] Y añade una reflexión que, como en él es habitual frente a la naturaleza, busca armonizar lo leído —el pálpito de la escritura sincera— con la armonía del paisaje: «No cabe duda de que la sabiduría escrita más elevada está rimada o posee algún tipo de metro musical: es, tanto en forma como en sustancia, poesía. Y una obra que encerrase la sabiduría condensada de la raza humana no podría tener ni una sola línea sin ritmo. Y aun así la poesía, a pesar de ser el resultado último y más refinado, es un fruto natural». Siempre, en Thoreau, su estética literaria es inseparable de su visión naturalista, en la que el hombre se trasciende artísticamente, y así: «Con la misma naturalidad con que el roble alberga una bellota, y la vid un racimo de uvas, el hombre alberga un poema, ya sea hablado o escrito. Se trata del éxito principal y más memorable, pues la

historia no es más que un relato en prosa de acontecimientos».[16] Es más, compara el poeta con los osos, las marmotas o los lirones que hibernan, alimentándose durante todo el invierno «de su propio tuétano», en el sentido de mantenerse agarrado a sus ideas profundas y serenas, «insensible a las circunstancias que lo rodean», volcado en sus versos, que «son el relato de su memoria más antigua y elevada, una sabiduría sacada de la experiencia más remota»;[17] independiente, pues, y como receptor, cuidador y hasta divulgador del pasado que cabe conservar.

De todas formas, pese a estas altas concepciones del acervo poético, tanto en el plano personal-lector como en el plano histórico, en su pensamiento no podría haber un explícito rechazo a la prosa, que es a lo que se dedicó él sobre todo —publicó sus poemas en *The Dial*, por ejemplo, o dentro de libros como *Musketaquid* o *Walden*, pero en esta ocasión de manera casi didáctica, para expresar con otro tono más creativo algo que estaba ya explicando—; muy al contrario, en su diario de 1842 asegura que «es más difícil escribir gran prosa que escribir en verso. La prosa implica una vida de elevación práctica. El hombre entero ha de estar poseído por la grandeza de su pensamiento. La prosa enseña cómo vive cada día. Es un poder consciente».[18] Y en *Musketaquid* hablará incluso de que la gran prosa «merece que le demos un reconocimiento mayor que al gran verso, pues implica una altitud permanente, una vida más impregnada de la grandeza del pensamiento». Y especifica: «A menudo el poeta sólo hace una irrupción, como el soldado parto, y vuelve a marcharse, disparando mientras se retira. En cambio, el escritor de prosa conquista como un romano y funda colonias».[19]

Pero más allá de cualquier consideración de tipo estrictamente literario, con independencia de que sea lector o no, el hombre es en sí mismo «el gran poeta», y no esos sujetos llamados Homero o Shakespeare, clamará tres páginas después de manera tan idealista como esperanzadora, en lo remoto de la misantropía en la que cae una y otra vez pero de la que se levanta para al fin albergar un hilo de fe en las posibilidades del ser humano. Y lo es porque la voz del auténtico poeta fluye como la sangre por sus venas: «Cumple con sus funciones, y no necesita mayor estímulo para cantar que el que las plantas necesitan para dar hojas y flores».[20] Hay poesía, entonces, en el interior de cada uno de nosotros si estamos dispuestos a copiar, a convertir en palabras, las metáforas que nos enseña la naturaleza a través de sus rasgos más simples, y de ese modo simplificar nuestra vida, reducirla a lo más sencillo e importante.

Y es que el Homero de turno no basta. Emerson decía que somos demasiado corteses con los libros —pues a veces unas cuantas frases acertadas no merecen la lectura de quinientas páginas; llega a decir que el lenguaje sería algo a despreciar con sólo pararse a contemplar la naturaleza— y que deberíamos negarnos a aprobar textos canónicos por muy famosos que sean, ya que el autor clásico tiene que demostrarnos a cada uno de nosotros que es un maestro deleitable o, si no, toda su celebridad no habrá servido de nada.

Thoreau comparte este punto de vista que desacraliza los libros clásicos y, como veíamos en *Walden*, presume de que en su estadía en la laguna apenas abrió la *Ilíada* que tenía al alcance. Y sin embargo, en muchos pasajes de su obra se esforzó por comunicar la importancia de conocer lo que da en llamar «libros heroicos», aquellos que «aun cuando estén impresos en los caracteres de nuestra lengua materna, siempre estarán en una lengua muerta para las épocas degeneradas».[21] Huelga decir que una época degenerada es la que él vivió, la anterior a él, la posterior a él, pues no podría recibir otro calificativo la sociedad basada en la injusticia, la falta de libertades elementales, la hipocresía y el materialismo.

Una lengua muerta para los tiempos modernos puede estar más viva que la mayoría de obras que van apareciendo. Thoreau dice que «vale la pena gastar días juveniles y horas costosas aunque sólo aprendáis algunas palabras de una lengua antigua, que se eleven sobre la trivialidad de la calle y se conviertan en perpetuas sugerencias y provocaciones». De esta manera confronta a los hombres de su época, ya tendentes a los estudios de sesgo práctico y rentable, con los estudiantes —todos unos aventureros— que leen a los clásicos. «Pues, ¿qué son los clásicos sino el registro de los más nobles pensamientos del hombre? Son los únicos oráculos que no han decaído» y que siguen sin cesar dando respuestas a todo lo que investiguemos en la modernidad. No aprovechar su legado es, dice, como si evitáramos estudiar la naturaleza por ser algo tan y tan antiguo.[22]

La época más rica —y ya sabemos a lo que se refiere Thoreau con *riqueza*— será aquella que atesore los libros como «herencia apropiada de las generaciones y naciones»,[23] que lea y relea todas esas reliquias que han perdurado hasta desembocar en nuestros estantes de manera natural y legítima, como abriéndose paso por ellas mismas; y sobre todo, habrá detrás de eso un propósito tan intelectual como educacional, lo cual en la pluma de Thoreau cobra una dimensión astronómica que, desde sus alturas literarias, ilumina la vida a ras de suelo:

> No conozco estudios más formativos que los clásicos. Cuando nos sentamos con ellos, la vida parece tranquila y serena, como si quedase muy lejos, y dudo mucho que exista un lugar desde el que se vea tan real, tan poco exagerada, como a la luz de la literatura. En las horas serenas contemplamos el recorrido de los autores griegos y latinos con mayor placer que el viajero que observa los paisajes más bellos de Grecia o Italia. ¿Dónde podríamos encontrar una sociedad más refinada? Ese camino que lleva desde Homero y Hesíodo hasta Horacio y Juvenal es más inspirador que la Vía Apia. Leer a los clásicos, o conversar con esos griegos y latinos del mundo antiguo a través de sus obras, es como caminar entre las estrellas y las constelaciones, un sendero elevado y tranquilo para viajar. De hecho, el verdadero erudito tendrá mucho de astrónomo en sus hábitos. No permitirá que las preocupaciones y distracciones obstruyan su campo de visión, pues las regiones más altas de la literatura, al igual que la astronomía, están por encima de la tormenta y la oscuridad.[24]

Thoreau no emplea por casualidad las analogías con los cuerpos celestes del universo cuando reflexiona sobre las virtudes de la lectura de los clásicos grecolatinos; su mirada bascula entre la letra impresa que tiene entre las manos y lo que tiene que enseñarnos el cielo. Porque leer para él es adquirir alas para volar, pensar, de manera autosuficiente y libre, y, tal vez lo más importante, esquivar las

rutas donde lo oscuro y tormentoso puede sorprendernos. La lectura es así linterna y paraguas, y hay que afrontarla además con nuestros instintos, de los que no hay que avergonzarse de que en cierta medida sean primarios, salvajes: «Lo que nos deleita de *Hamlet* y la *Ilíada*, de todas las Escrituras y las mitologías, es su visión incivilizada, libre y salvaje del mundo, esa que no se enseña en las escuelas», afirma en «Caminar». «Y así como el ganso salvaje es más rápido y más bello que el doméstico, también lo es el pensamiento —ese otro ánade— salvaje que sobrevuela todo tipo de ciénagas mientras comienza a descender el rocío.»[25]

¿Qué habrá de tener un libro para que merezca ser leído, entonces? En buena parte, eso es algo que no se puede responder. Para Thoreau, un libro verdaderamente bueno es algo inexplicable pero que, naturaleza mediante, tiene con qué compararse: sentimos que es perfecto o bello de manera natural, «como una flor silvestre hallada en las llanuras del Oeste o en las espesuras del Este», y en efecto actúa de «luz que hace visible la oscuridad, como el resplandor del relámpago».[26] Si no nos orientan o iluminan, sería mejor que en vez de buscar entretenimientos vacuos nos echáramos una siesta, dice en *Musketaquid*. «Libros que no nos ofrecen un pequeño disfrute, sino donde cada reflexión es de una audacia infinita; libros que incluso nos harían peligrosos para las instituciones existentes: a ésos los llamo yo buenos libros.»[27] Da igual quién los escriba si revelan autenticidad y son fruto de la experiencia: «Un libro debería contener descubrimientos puros, destellos de *terra firma*, aunque lo escriban marineros naufragados, y no el arte de la navegación explicado por aquellos que nunca han perdido de vista la tierra. Los libros no deben dar trigo y patatas, sino constituir la cosecha libre y natural de las vidas de sus autores».[28] He aquí su más completa definición de lo que debería ser un buen libro; algo que en absoluto es baladí teniendo en cuenta, incluso en una época como en la que vivió Thoreau —con una industria y un público lector infinitamente inferior a los actuales—, en que no faltaban lo que podríamos llamar sucedáneos de libros.

Y es que Thoreau también se muestra muy crítico con obras y autores que dan gato por liebre, con textos que él ve con claridad que son tan mediocres como falsos. «No todo aquello que está impreso y cosido es un libro, no necesariamente pertenece a las Letras, sino que más a menudo puede catalogarse junto a los otros lujos y apéndices de la vida civilizada. Se nos intenta endosar los elementos más vulgares bajo miles de disfraces.»[29] De ahí que la elección y la postura alerta ante la lectura indicadas anteriormente adquieran una notable relevancia a la hora de no dejarse llevar por textos que hasta pueden engañar a gentes instruidas mediante el dominio de la escritura.

Esta clase de libros parecen presentar páginas «como si fuesen el resultado del pensamiento de un nuevo hombre y su nacimiento fuese esperado con dolores naturales. Sin embargo, sus cubiertas no tardan en despegarse, pues ninguna encuadernación servirá para encubrirlos, y se revela que no son Libros o Biblias en absoluto». En realidad, no dejan de ser «inventos nuevos y patentados con forma de libro, que afirman existir para la elevación de la raza, que por un momento embaucan a numerosos eruditos y genios que se descubren leyendo obras que

tratan sobre un rastrillo tirado por caballos, o la hiladora Jenny, o la nuez moscada, o un cigarro de hojas de roble, o una imprenta a vapor, o una estufa de cocina, cuando lo que estaban buscando eran verdades serenas y bíblicas».[30] Es el Thoreau más ácido con sus presuntos colegas, a los que acusa de aprovecharse de que el papel es barato y estar deseosos de ocupar un lugar en la República de las Letras, en cultivar la literatura cuando harían mejor en cultivar patatas.

Por supuesto, están los autores a los que les mueve fundamentalmente «la fama pura y dura, como otros cultivan cosechas de grano para destilarlo y convertirlo en brandy», como el equivalente de nuestra era cinematográfica en que muchos no quieren ser actores o actrices sino estrellas de cine. Asimismo, «la mayoría de libros se escribe con prisas y tozudez, como partes de un sistema, para suplir una necesidad real o imaginaria».[31] Sólo nos resta imaginar qué pensaría Thoreau hoy de nuestra sobreabundancia de libros de todo género, escritos por advenedizos, conocidos personajes de los medios audiovisuales o simples gentes presumidas que quieren tener entre sus datos biográficos el haber publicado un libro.

Su crítica implacable, empero, no se quedaría ahí: «En la mayoría de los casos, los autores se limitan a consultar a todos los que han escrito antes que ellos sobre un tema, y su libro no es más que la suma de los consejos de muchos», apuntó, de nuevo, en *Musketaquid*. «En cambio, un buen libro nunca antes habrá sido anticipado, sino que el propio tema será, en cierto sentido, nuevo, y su autor, consultando a la naturaleza, no consultará sólo a aquellos que le han precedido, sino también a aquellos que pudieran seguirle.» Para Thoreau, siempre habrá algún libro, entre toda esa maleza de vulgaridades, que pueda ser verdaderamente nuevo, «sobre cualquier tema, al igual que hay espacio para más luz en el día más brillante, pues cada rayo que se sume no interferirá con el primero».[32]

Encontrar ese rayo novedoso, el que siempre estaba esperando Emerson sin que nada le quitara la ilusión pese al paso de los años y las miles y miles de páginas leídas, casi siempre coincidirá con autores que se han dado a la escritura con honestidad y fidelidad a sí mismos. Y así como hay un patrón de lecturas adecuadas para Thoreau, también habrá un modo de escribir, de textos que publicar y ofrecer que sea el deseado para conocer, para autoeducarse, para que sea un soporte a la hora de enseñarse a uno mismo.

En un libro de significativo título, *Primero leemos, después escribimos*, Robert D. Richardson trae a colación unas palabras del escritor bostoniano que son definitivas: «Un escritor debe vivir y morir por su escritura. Ser bueno para eso y para nada más».[33] Lo cual se complementaría con lo que Thoreau aconsejó drásticamente en su diario de 1851: «Sé fiel a tu genio, escribe sobre lo que más te interese. No consultes el gusto popular».[34] Esos dos elementos son imprescindibles para que el lector, instintivamente, encuentre libros que en verdad se adecúen a su estado, pueda realizar una lectura activa para sacar el máximo provecho de lo escrito y, al fin y al cabo, lea, como se ha dicho antes, *escribiendo* su propio mundo.

Ciertamente, surge una conexión entre el lector que indaga en busca de

lecturas que lo encaminen a sí mismo y el escritor que hace ese mismo proceso intuitivo en la creación literaria. Thoreau lo explica así: «Es inútil escribir temas previamente elegidos. Hay que esperar a que estos hayan caldeado la llama de nuestra mente. Debajo de cada esfuerzo que queramos destinado a ser fructífero, debe estar la fuerza copuladora y generadora. La resolución fría no engendra, no da nacimiento a nada. Es el tema quien me busca a mí, y no al revés».[35] En ello esta vez no había comparación con alguna faceta de la naturaleza, sino que la relación del escritor con el tema es la que tienen los que se aman, que fluye sin tener que cortejarse, obedeciendo o informando sin más.

El propio Emerson, maestro de un estilo que muchas veces quedaba enfundado en frases cortas y densas surgidas de una mente acostumbrada a pronunciar conferencias, la retórica y la estética contaban bastante poco; la capacidad intelectual es secundaria al lado de lo importante, esto es, escribir cada libro con los instintos.

Eso percibirían probablemente él y Thoreau al leer *Hojas de hierba*, pues no en balde el propio Whitman, como recogió su amigo Horace Traubel en *Con Walt Whitman en Camden* (1906), reconoció escribir «en el borbotar, en la palpitación, en la plétora del momento»; de tal manera que la escritura le nacía de forma natural, improvisadamente, «sin deliberación, sin preocuparse por el estilo, sin esperar un tiempo o lugar apropiados. Siempre trabajé en esa forma. Me apropiaba del primer pedazo de papel que encontraba, del primer escalón de la entrada, de la primera mesa, y escribía, escribía, escribía». En palabras análogas a lo que también Thoreau expresó en sus diarios, Whitman dijo que «cuando se escribe en el momento se atrapa el latir mismo de la vida».[36] Y la intensidad de la vida, el fulgor y el fervor del presente dictaminan lo que se ha de escribir, y la intuición decide por uno mismo.

El poeta de Long Island, acostumbrado a diversas tareas artesanales desde muy joven por su trabajo como aprendiz de impresor de un periódico a comienzos de los años treinta, o en publicaciones que fundó él mismo o en las que colaboró, o por sus tratos con la imprenta donde se editarían las diferentes ediciones de *Hojas de hierba*, o incluso por algún empleo en el ámbito de la construcción, como hacía su padre, siempre preferiría a los artesanos que a los escritores. Todo el mundo escribía, decía, poesía para colmo, y era preferible que esos escribidores se dedicaran a algo honesto en vez de tener ínfulas artísticas y creer que tenían talento para, literalmente, ilustrar el mundo.

En general, Whitman no se sentía muy próximo a sus colegas de escritura; como Thoreau, era un *outsider*, alguien que iba por su propio camino aunque le llovieran las críticas por la sensualidad homoerótica de sus versos o por declararse abiertamente antiabolicionista, lo cual le costó perder un empleo en la prensa, por ejemplo. Él hubiera respetado a los que, como él, tenían en su libro una prolongación de su cuerpo y mente; de ahí que su teoría fuera que el autor debía «parar los tipos, imprimir el libro en una prensa, ponerle una cubierta, todo con sus propias manos, aprendiendo su oficio de la A a la Z, todo lo referente a él». La idea es que «el artesano literario no debe ser tan inútil con sus manos»,[37] a lo que

el manitas Thoreau hubiera asentido enseguida.

Desde luego, para él, el trabajo manual constituía un aliciente para demostrar que se podía valer por sí mismo tanto como una manera de apreciar en su justo valor su otro lado, el intelectual. Uno y otro podrían ligarse fuertemente, podrían retroalimentarse hasta salir beneficiados. Así, apunta en el diario en 1842: «Tenemos nuestros momentos de acción y nuestros momentos de reflexión: un estado de ánimo provee al otro. Ahora soy Alejandro y luego soy Homero. Uno mientras mi mano está impaciente por manejar el hacha o la azada, otro por manejar la pluma. Estoy seguro de escribir la verdad más ruda por los callos de mis manos. Le dan firmeza a la frase».[38]

La dureza y la intensidad de estar activo al aire libre para ganarse la vida dan valor a las horas en que se puede reflexionar por escrito, que también serán aprovechadas de igual manera: «No jugará con su trabajo quien tiene que cortar leña y guardarla antes de que caiga la noche en los cortos días de invierno, sino que cada golpe resultará provechoso y resonará sobriamente por el bosque. Así resonarán sus versos y hablarán al oído cuando, al anochecer, el poeta escriba las entradas del día».[39] Nos alejamos de este modo de todo lo que huela a frivolidad, a haraganería, y vemos al hombre trabajando el campo, como decíamos antes, como el verdadero poeta que existe en la tierra.

En *Musketaquid*, nada más comenzar el texto, en una especie de preámbulo titulado «El río Concord», desarrolla esta visión de «hombres toscos y robustos, experimentados y sabios, vigilando sus refugios, o recogiendo su leña de verano, o cortando madera, solos, en los bosques»; hombres que son «más grandes que Homero, o Chaucer, o Shakespeare, pero que nunca tuvieron tiempo de decirlo, que nunca emprendieron el camino de la escritura; hombres superiores, en potencia, en esencia, a cualquier escritor: «Mira sus campos, e imagina lo que podrían escribir si alguna vez pusiesen la pluma sobre el papel. Y qué no habrán escrito ya sobre la faz de la tierra, desbrozando, y quemando, y escarbando, y rastrillando, y labrando, y arando el subsuelo, concienzudamente, día sí, día también, una y otra vez, y vuelta a empezar, borrando lo que ya han escrito por falta de pergamino».[40] Y unas cien páginas más adelante, retomará el asunto para comparar el trabajo manual con la escritura, en un fragmento que parafrasea lo que ya había ido apuntando en su diario y que tiene un detalle que nos interesa ahora por cuanto sirve para conocer lo que significaba para él la buena escritura.

Decía Thoreau, concretamente, que «el trabajo manual constante, que también acapara la atención, es sin duda el mejor método para acabar con la floritura y el sentimentalismo del estilo, tanto oral como escrito».[41] Esa sobriedad a la que uno ha de tender, en efecto, debería perseguirse tanto para pronunciar conferencias como para la escritura, ya que, si bien, como dice en *Walden*, «el orador cede a la inspiración de la ocasión transitoria y habla a la masa que tiene ante sí, a los que pueden *oírle*», el escritor, «cuya ocasión es la vida regular y que se distraería por el acontecimiento y la multitud que inspiran al orador, habla a la inteligencia y el corazón de la humanidad, a los que en cualquier época le *entienden*».[42] Pues hacerse entender es el objetivo primordial, pero para ello lo necesario es

«obedecer a tu conciencia, sin una pizca de voluntad o capricho. Si sabemos escuchar, oiremos. Nos instalaremos de nuevo en el pináculo de la humanidad escuchando con reverencia la voz interior»,[43] dice en su diario de 1841.

Obedecerse implica no tener pudor cuando se escribe, señala tres años después en su cuaderno, ya que el escritor no debe temer que los demás sepan que hizo algo impropio en alguna ocasión.[44] Han de correrse riesgos, entonces, y obedecer la voz interior, hacer caso a los instintos de manera natural y confiada, lleva a tener un criterio de la propia obra que nada tiene que ver con la racionalidad; Thoreau se deja guiar por el olfato, «un informador más primitivo que la vista; más fiable y oracular».[45] Artista y obra son indisociables, actúan en todo tiempo y lugar, y han de cumplir la voluntad de ese sentido olfativo al momento; por eso aconseja: «Escribe mientras estés caliente». Y se explica, pero esta vez no mediante la comparación con el animal de movimientos instantáneos que reacciona ante un peligro o un posible alimento. Es más bien como «cuando el granjero hace un agujero en su yugo, lleva con rapidez el hierro candente del fuego a la madera, pues cada momento que pasa se vuelve menos efectivo para perforarla. Hay que usarlo al instante, o es inútil. El escritor que pospone el momento de registrar sus pensamientos utiliza un hierro frío para hacer su agujero, y no podrá inflamar a su audiencia».[46]

Son palabras del diario de 1852. Veintidós años antes, se publicaba una obra póstuma de Denis Diderot, *La paradoja del comediante*, un tratado de carácter filosófico e histórico en el que el enciclopedista francés distinguía dos tempos distintos en la expresión del escritor: por un lado, el momento en que se «vive» algo y, por el otro, cuando se hace creación de lo «vivido». Con ello, definía al artista perfecto: el que interpretaba el papel que antes experimentó de verdad recuperando, a lo largo de su proceso creativo, aquellos sentimientos. Por eso, comparaba al actor —que memorizaba en «frío» para después interpretar en «caliente»— con el escritor: ambos se encaraban al auditorio o a la hoja tras asimilar los recuerdos de su memoria. August Strindberg, en un artículo de 1896, dirá: «El secreto del gran actor consiste en la capacidad innata que tiene que hacer irradiar su alma, entrando así en contacto con el público».[47]

Thoreau, ardiente en sus pensamientos, tardaría sin embargo bastante tiempo en llevar el fuego de sus impresiones apuntadas en el diario a la madera de cada libro que iría preparando. Lo candente de su escritura, por otro lado, se iría *enfriando* paulatinamente a medida que matizaba, corregía y añadía reflexiones a las reflexiones instintivas que habían surgido y que anotaba en lo que Casado da Rocha da en llamar no sólo «su taller de escritura», sino también «"tecnología del yo" que empleaba para dar razón y sentido a sus días».[48] Un *taller del yo* que fue inmenso y se publicaría mucho después de su muerte, en catorce tomos, en 1906.[49]

Empecemos mencionando la fuente de inspiración de tal *tecnología*, Emerson,

quien estaba convencido de que escribir para sí mismo jornada tras jornada era un buen hábito para rendir cuenta de uno de manera rigurosa. Comenzó sus diarios en enero de 1820, a los dieciséis años, y lo tendría que ir abandonando en 1875, al empezar a sufrir accesos de desmemoria que le ponían en serios aprietos a la hora de realizar conferencias, ante la angustiosa ayuda de su hija Ellen, que debía cuidar de que su padre no leyera la misma página dos veces, como refiere Baker en las últimas líneas de su biografía.

Por su parte, Thoreau empezaría su diario tras graduarse en Harvard, a los veinte años, exactamente el 22 de octubre de 1837, aludiendo a ello al inicio: «"¿Qué estás haciendo ahora?", preguntó [Emerson]. "¿Llevas un diario?" Así que hoy escribo mi primera entrada». Un comienzo sencillo y directo, después de una espontánea recomendación del escritor que había conocido en la primavera de aquel año. En su caso, pasaría un cuarto de siglo dedicándose a un diario que, como dice uno de sus editores modernos, Damion Searls, «comenzó con una libreta de apuntes —entre otras que ya tenía— para citas, miniensayos y poemas. A menudo, arrancaba páginas para utilizarlas como bocetos para sus libros, conferencias y ensayos». Ciertamente, todo un taller, y como tal, por así decirlo, con las herramientas desordenadas y las piezas de sus observaciones anotadas dispersas por el suelo. «Por ello, la primera docena de años del diario (cronológicamente más de la mitad) nos han llegado de un modo fragmentario, a veces, incluso en redacciones posteriores»,[50] pues Thoreau seleccionaba fragmentos para configurar un cuaderno nuevo que reuniera lo más importante de lo que había ido escribiendo.

Searls señala esa práctica, ejemplificada por dos volúmenes muy extensos del diario que no sobrevivieron pero del que hizo Thoreau una selección bajo el título de «Fragmentos espigados. O lo que el tiempo no ha cosechado de mi *Diario*» (1841), y nos presenta a un joven autor que durante la década de 1840 iría puliendo su talento hasta conseguir publicar *A Week in the Concord and Merrimack Rivers*; todo un punto de inflexión en su trayectoria, pues el nulo éxito de ventas de este libro le provocaría endeudarse y enfrentarse a lo que había significado dejar de ser inédito.

> Como consecuencia de ello, trató de redirigir su vocación como escritor y sus ideas sobre el sentido de ser un autor o el significado de publicar. Sobre 1850, las entradas del diario, ahora fechado consistentemente, comienzan a ser habituales. En lugar de arrancar páginas, mantiene los volúmenes intactos, hace marcas en los márgenes y copia los pasajes que le interesan en otras libretas, trazando líneas verticales sobre los textos que ha copiado. El diario deja de ser un cajón de sastre y se convierte en *El Diario*: una investigación de la vida en su cotidianeidad, una exploración de las estaciones y de la relación que uno mismo tiene con la naturaleza. Un libro híbrido e imposible de completar, pero, aun así, un libro con pleno derecho, con su propia ecología.[51]

El diario se convierte entonces, además de en un lugar donde recoger cómo interactúa con la naturaleza, en un espacio donde meditar sobre la escritura del mismo diario a la vez que una obra artística en sí misma, pues, como dice uno de sus mejores conocedores, el ya citado Harding, «la prosa de Henry David Thoreau

se cuenta entre las más poéticas de la lengua inglesa, y está cargada de humor y de profundidad».[52] Un ejemplo de ello, sobre el diario dentro del diario, y sobre esa profunda poética del vivir, lo encontramos en el extracto siguiente de 1840: «Todo lo que hemos experimentado ha desaparecido en nosotros mismos, y ahí está. Es la compañía que mantenemos. Un día, enfermos o saludables, saldrá a la superficie y será recordado. Ni el alma ni el cuerpo olvidan. La ramita recuerda siempre el viento que la sacudió, y la piedra recuerda el golpe recibido. Pregúntale al árbol viejo y a la arena». Le sigue un punto y aparte, como para que respire esa introspección conectada con la naturaleza, y estas palabras sentidas, casi dolientes: «Mi diario es el de alguien que, de no llevarlo, derramaría todo y lo echaría a perder; espigas recogidas del campo que cosecho con mis actos. No debo vivir para él, sino en él y para los dioses. Como si no estuviera cerrado sobre mi escritorio, sino que fuera hoja tan pública como cualquiera de las que hay en la naturaleza».[53]

Al final de la penúltima jornada que compone la semana viajera de *Musketaquid*, Thoreau, al recalar en un lugar próximo al que acampó en el trayecto de ida, habla de cómo una noche, antes de apagar la linterna que tenía colgada al mástil de la tienda y dormirse, escribió en su diario un rato. Lo que le despierta una reflexión sobre las cosas que quedan omitidas al ser tan difícil de mantener el propósito de apuntar «todas nuestras experiencias» mientras otros acontecimientos «más nimios quedan registrados». Y concluye: «No resulta sencillo escribir en un diario lo que nos interesa en cada momento, pues escribir no es lo que nos interesa».[54] Es necesario para llevar el registro de lo acontecido pero, contradictoriamente, no es lo interesante; lo interesante será vivir la experiencia.

Este bucle de vivencia-escritura que se afirma pero querría negarse, que querría a la vez captar lo superior, lo trascendente, lo poético pero que por lo común no puede evitar reflejar lo secundario, se desdobla en un deseo complejo que hace más obsesivo si cabe el hecho de llevar adelante un diario: «De buena gana haría dos anotaciones en mi *Diario*; la primera para registrar los incidentes y observaciones del día de hoy; y luego, mañana, para revisar esta primera y anotar lo que se me había pasado antes, que, a menudo, es la parte más poética e importante»,[55] dijo, como señala el historiador y fotógrafo John R. Stilgoe, cuando ya llevaba dos décadas escribiendo lo que empezó como sugerencia de Emerson, en una perpetua sensación de tener que replantearse lo escrito; como si, cual actor consciente de la teoría de Diderot, quisiera interpretar en caliente, en un acto de reminiscencia en busca de lo mejor del pasado, lo que el transcurso del tiempo ya ha enfriado.

El 22 de enero de 1852, un día «cortante, frío, afilado, que congela la cara» —el termómetro le dice que la temperatura está por debajo de menos 20º—, de esos que le obligarían a permanecer mucho más tiempo en casa del que querría, tiene tal vez la reflexión más sencilla y completa de lo que significa en esencia ser un escritor que aspira a algo así como a ser el cronista de lo que ocurre en su interior y afuera, en un anhelo utópico al que sin embargo es preciso volcarse como en la

frase de Emerson sobre que un escritor debe vivir y morir por su escritura, en un ejercicio de experiencia y anotación, de recuerdo y revitalización de lo que se vivió mediante la palabra.

«Tomar notas de algunas experiencias elegidas para que mi propia escritura me inspire, para que, en un momento dado, pueda crear *todos* con estas partes.» Pretensión de totalidad, de que nada se le escape, de que el tiempo que pasa no quede en nada. «Es, sin duda, una profesión precisa el rescatar del olvido y fijar los sentimientos y reflexiones que, en gran medida, visitan a todos los hombres.» Él es todos los hombres, todos los hombres son él, insinúa de forma harto empática. «Asóciate con reverencia y lo que más puedas con tus pensamientos nobles. Cada pensamiento al que le damos la bienvenida, anotándolo, es un huevo en el nido que pronto acogerá otros huevos.» Surge aquí la imagen del Thoreau con su inicial libreta de apuntes de la que arrancaba páginas para quién sabe qué formas de ordenar, clasificar o eliminar los textos que su instinto le mandaba redactar; el Thoreau que arroja pensamientos al papel, un poco de manera arbitraria, para que se desarrollen cosas inesperadas a partir de ellos. «Quizá ése es el valor más importante del hábito de escribir y de llevar un diario, que nos recuerda nuestras mejores horas y, así, nos estimula.» De modo que ahora llegamos a la llave que abre el porqué de su diario: «Mis pensamientos son mi compañía. Tienen su propia individualidad, su existencia separada, su personalidad». Diario como una tela en blanco que el artista enseguida mancha con un par de pinceladas para forzar el arranque de su cuadro, para que un trazo lleve a otro, y éste a otro hasta dibujar lo que antes de coger el pincel no se sabía que se iba a dibujar. «Una vez que he recogido un par de reflexiones al azar, y éstas han quedado superpuestas, me sugieren un nuevo campo en el que trabajar y pensar. El pensamiento engendra al pensamiento.»[56]

Dos días después, aún seguirá en la senda de lo metaliterario, lo metadiarístico, si se me permite el palabro, y anotará: «No bromees en tu diario. Nada hay ridículo para el sincero»,[57] en clara referencia a cómo, en su pirámide de apreciaciones con respecto a las lecturas, y en consonancia con el grado de intuición y honestidad que ha de primar en el ímpetu de escribir, la sinceridad ocupa la cúspide.

Eso se nota en la voluntad que ponga el escritor para amar la verdad y escribir sinceramente, lo que significa olvidarse de complacer a las modas, pasajeras *per se*; según lo que observa, «tienen éxito los autores que no escriben *para* los demás, sino que hacen de su gusto y juicio su propio público»,[58] como dice en el diario de 1842. Él se contenta con escribir porque entonces está seguro de su público: él mismo. Desde el planteamiento de que hay que escribir lo mejor que se pueda, pues tal cosa reflejará lo mejor que uno es —«Toda frase es resultado de un largo periodo de prueba. El carácter del autor puede leerse desde el título hasta la última página. Y así ocurre con el resto de nuestras acciones»,[59] ha apuntado el año anterior—, Thoreau apuesta por la autenticidad y originalidad del autor que no depende de otros libros para construir el suyo, que tiene en su propia experiencia su fortaleza. Si ello no ocurre, es como un músico que desafina: «Cuando un

escritor no habla desde la plena experiencia, hace uso de palabras torpes, palabras de madera, sin vida»,[60] anota en el cuaderno correspondiente a 1952.

Que uno sea capaz de alcanzar esa ansiada originalidad dependerá en buena parte de evitar cualquier camino que lleve hacia la supuesta observación objetiva. Esto marca la verdadera dimensión del escritor, sea del tipo que sea, poeta, filósofo o científico; su experiencia, única e intransferible en la profundidad de sus sentidos y visiones, tendrá que verse adaptada a su voz, cuyo tono y timbre deberán hablar en armonía con la naturaleza en un estilo que, si realmente tiene algo que decir, «se desprenderá sencilla y directamente, como una piedra que cae al suelo; no hay vuelta de hoja, el estilo cae de manera que sólo podemos poner los puntos y las pausas allí donde nos deje».[61] Esa corriente de pensamientos que engendran más pensamientos, la obediencia al instinto sincero y el impudor de exhibir la experiencia más personal se redondeará con un arte de escribir que, en pocas palabras, consistirá en frases que sugieran más de lo que digan, que tengan una atmósfera a su alrededor, que evoquen sensaciones viejas y creen otras nuevas a la vez.

Esta fórmula tan bien expuesta acerca de lo que debería constituir una buena escritura, extraída de diversos momentos del diario de Thoreau, podría servir perfectamente de autodescripción de la obra del autor, de la misma manera que Whitman, reflexionando sobre el hecho de que un escritor, a la hora de reflejar la vida y ser verdadero con su arte, debía impregnar sus páginas de «identidad, poderosa identidad, personalidad, vigor»,[62] se estaba describiendo a sí mismo.

Dicha fórmula teórica, una vez llevada a la práctica, no sería por supuesto sinónimo de éxito, de obtener público lector que la apreciase en las obras en que había encontrado acomodo. El mismo Whitman, el que sería el poeta más importante de la historia de Estados Unidos, decía que el éxito era una experiencia nueva para él, todo un enigma con el que no sabía qué hacer, al contrario que el fracaso, con el que siempre estaba familiarizado. Tal vez Thoreau podría sentirse identificado por esa impresión personal, aunque en su caso el éxito estuviera vinculado al arte de vivir, al arte de valorar la naturaleza, al arte de desear la libertad y el conocimiento autodidacta del mundo.

¿Qué hubiera sido de Thoreau de haber triunfado social y comercialmente con su primer libro, *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*, el libro al que nos estamos refiriendo aquí con el título de su reciente traducción al español, *Musketaquid*? Publicado en 1849, y todo un homenaje al compañero de travesía muerto siete años antes, su hermano John, la suerte le fue esquiva en todo momento, por no hablar de que ese mismo año trajo la desgracia de la tuberculosis mortal de su hermana Helen.

Emerson le había animado a que el texto viera la luz aunque la publicación se la costeara él mismo, y sin embargo, una vez que vio la luz, lo reseñó con muy poco entusiasmo. Así lo refleja agriamente el diario de Thoreau: «Él era mi amigo, yo escribí un libro; le pedí su opinión y no obtuve más que alabanzas de sus partes buenas. Cuando mi amigo se apartó de mí, todo fueron reproches por las partes malas; así obtuve al final esa crítica que le había pedido».[63] Era una época

controvertida para la amistad entre uno y otro que no fue mejorando realmente, pues en 1856 aún Thoreau continuaría diciendo que Emerson no le trataba en igualdad de condiciones, haciendo un papel más bien de protector y teniendo la batuta de su relación, pues jamás le iba a ver pero le molestaba no ser visitado, hacía favores gustosamente pero no quería recibirlos.

De todos modos, nada parecía presagiar la crítica no demasiado positiva de Emerson si se tiene en cuenta que se quedó admirado cuando los hermanos Thoreau emprendieron su viaje por el río el último día de agosto de 1839, de lo cual Emerson escribió en su diario, como recoge Baker:

> Nos pasamos diez o quince años encerrados en colegios o aulas de recitación de la universidad y al final salimos ahítos de palabras y no sabemos nada… Era mucho mejor la regla romana de no enseñar a un niño nada que no pudiera aprender de pie. Aquí están mis jóvenes y sabios vecinos que, en lugar de meterse como intelectuales en un vagón de ferrocarril donde ni siquiera tienen que sostener las riendas, se han subido a un barco construido con sus propias manos, con velas concebidas para hacer las veces de tienda de campaña por la noche, y han remontado el Merrimack para vivir de los peces del río y los frutos del bosque.[64]

El gasto de la imprenta, además, llevaría a Thoreau a trabajar de agrimensor para pagar la deuda contraída de forma frecuente. Tardaría en devolver el dinero al editor, James Munroe & Company, cuatro años, y además la mala fortuna le acompañaría durante ese tiempo al fabricar lápices por valor de mil dólares para comercializarlos en vano en Nueva York, pues el mercado estaba saturado, como cuenta Casado da Rocha, habiendo de venderlos muy baratos para deshacerse de ellos. De modo que aquel viaje realizado diez años atrás, para el cual John y él habían fabricado un barco a lo largo de una semana, en la primavera de 1839 —cuatro metros y medio de eslora, con cuatro remos y hasta un juego de ruedas para transportarlo por tierra, precisa el biógrafo— y que, además de constituir la crónica de siete días de viaje, suponía la primera oportunidad de que el autor exhibiera su talento como pensador y observador de la naturaleza; todo ese esfuerzo, ingente y complejo y rico, quedaba en la prácticamente nada, en la irrelevancia lectora, en la consecuencia de endeudarse y trabajar cuando no estaba eso previsto.

Con toda seguridad, de haber tenido éxito —de haberse agotado la edición de mil ejemplares de *A Week*…, lo que significaba que el editor se comprometía a publicar *Walden*, algo que entonces ya no sería posible por su parte—, Thoreau no hubiera sabido qué hacer con él, le hubiera supuesto una integración, una aceptación, una vinculación con el entorno social que tal vez le hubiera trastornado sus principios de independencia y librepensamiento, le hubiera incomodado a la hora de proferir críticas contra una población que en ese supuesto que presentamos lo admirara y leyera. Sin embargo, como en el caso de Whitman, con el fracaso sí supo qué hacer: sacar conclusiones que engrandecerían más si cabe su punto de vista irónico y que eran una prueba de fuego para la seguridad en sí mismo y el afán de superación que jamás le abandonaban.

«Ahora tengo una biblioteca de más de novecientos libros, de los cuales,

setecientos y pico han sido escritos por mí», apuntó en su diario, bromeando consigo mismo, no teniendo miedo al ridículo: «¿No es correcto que el autor reciba los frutos de su trabajo? Mis obras están apiladas a un lado de la habitación en un montón que me llega casi a la cabeza: mi *opera omnia* [obra completa]».[65] Es la entrada del 28 de octubre de 1853, el fin de una larga temporada en que su editor le iba preguntando qué podía hacer con los ejemplares del libro, pues iba necesitando el espacio que ocupaban en su sótano. La respuesta de Thoreau fue que se los enviara a su casa, y así recibió 706 (se regalaron unos 75 y se vendieron unos 200), lo que él llama en ese mismo párrafo «la obra de mi cerebro» y «el resultado de mis esfuerzos».

Ése es no sólo su consuelo sino la razón de ser de su escritura. En *Walden*, hace alusión a su empleo como reportero de un pequeño periódico de escasa distribución cuyo editor casi nunca publicó sus textos, «y, como suele ocurrirles a los escritores, no gané otra cosa que mi esfuerzo. Sin embargo, en este caso mi esfuerzo fue su propia recompensa».[66] Tiempo atrás, en 1840, lanzaba la misma idea que perfectamente podríamos relacionar con lo dicho en la sección «Trabajo frente a ociosidad»: «Ser un hombre es hacer el trabajo de un hombre. Nuestro recurso es siempre el esfuerzo. Podríamos decir perfectamente que nuestros esfuerzos son un éxito. El esfuerzo es la prerrogativa de la virtud. La tarea recompensa al trabajador, no al patrón. La laboriosidad es su propio salario».[67]

Thoreau había estado preparando *Musketaquid* en la laguna, un relato de viaje convertido en elegía, según Casado da Rocha, y además tenía lista la primera versión de *Walden*. «Comprobó que si uno avanza confiadamente en la dirección de sus sueños, empeñándose en vivir la vida que ha imaginado, se encontrará con un éxito inesperado en sus horas de vigilia», dice el biógrafo y traductor en el apartado de su libro titulado «Musketaquid & Merrimack (dos ríos y un fracaso)». «Ésa es la conclusión de *Walden*, el libro que mejor fama ha conocido de entre lo publicado por los trascendentalistas, pero no hay que olvidar que su triunfo se edificó sobre el fracaso de la primera obra de Thoreau.»[68] Fracaso que no sería tal porque el autor encontró la manera de sacar partido a la situación y verle alicientes, como dejó claro en el diario, pues «a pesar de este resultado, me siento junto a la masa inerte de mis obras y cojo la pluma para anotar los pensamientos o experiencias que haya tenido con la misma satisfacción de siempre». Imperturbable Thoreau, que convierte el fracaso por las ventas de su primer libro en un éxito clamoroso de cara a sí mismo: «De verdad creo que este resultado es más inspirador y beneficioso que si hubieran comprado mis obras mil personas. Afecta menos a mi intimidad y me deja más libre».[69]

El orgullo de saber quién es y de lo que es capaz de hacer, más la satisfacción por haber cumplido sus objetivos artísticos, le harán mirar hacia delante, sin que se rebaje un ápice su autoconfianza. Cinco años después, y tras siete borradores, su perseverancia tendrá el fruto de ver publicado *Walden; or, Life in the Woods* —el subtítulo fue eliminado en 1862— en Boston, por la editorial más importante de su tiempo en Estados Unidos, Ticknor & Fields; su moderado éxito, apunta Searls en la cronología de su antología de Thoreau, le facilitó invitaciones a dar conferencias

y tener un amplio círculo de admiradores. Al menos, la tirada de dos mil ejemplares se fue vendiendo bien hasta agotarse en 1859, con un quince por ciento en concepto de derechos de autor para él.

Tal mejora comercial, como decía Casado da Rocha, nacía de un fracaso, o quizá sería mejor decir del aprendizaje de un fracaso. En referencia a *Musketaquid*, sus más de mil correcciones no impidieron que el libro tuviera una más favorable acogida entre los lectores, e incluso las críticas en general serían negativas: «Quizá fuese demasiado extenso, pues Thoreau superpuso al relato del viaje largas digresiones y extractos de trabajos previamente publicados en *The Dial*».[70] Sin duda fue así, y el elemento viajero y reflexivo en un mismo canal literario desembocó en algo tan incuestionablemente interesante como imperfecto, una suerte de dispersión intelectual y paisajística en que se hallaban momentos magníficos en torno a la colonización americana, la belleza de la naturaleza, los mitos, la religión, la esclavitud, vegetarianismo, etcétera.

¿Sentiría con todo ello, con tantos temas que están tan íntimamente ligados a su pensamiento diario, que había logrado lo que él pedía de toda lectura, de todo escritor?

Según escribió en el diario de 1840, un libro «debe ser lo suficientemente verdadero como para que resulte íntimo y familiar a todos los hombres. Como el sol en su cara. Como la palabra que se dice casualmente al compañero en verano en el bosque, y ambos permanecen callados».[71] Ese tipo de verdad y naturalidad y sencillez, dirá en *Musketaquid*, es muy difícil de encontrar en los libros, aunque esté al alcance al pasear y al oír o hablar con los trabajadores comunes: «Puede que no haya nada elevado en sus opiniones, nada elegante en su expresión, pero ofrecen ese discurso carente de afectación que escuchamos en el campo y en los valles. La sencillez es un mérito casi tan grande en un libro como en una casa, si el lector decide hospedarse en él. Comparte espacio con la belleza, y es un arte nobilísima. Algunos libros tienen sólo ese mérito».[72] Si un libro no guarda e inspira tal sencillez, ¿de qué valdría leerlo?

En otro momento de su viaje por el río, se pregunta qué importancia tienen los salones y las bibliotecas frente al espectáculo de las nubes y el viento, de las gotas cayendo de las ramas y las hojas, y entonces, da paso a un largo poema de su autoría donde reclama este talante antiintelectual en paralelo a sentir el debido confort en la naturaleza:

> Me desharía gustoso de mis libros, no puedo leer,
> entre cada página mis pensamientos se desvían hacia
> la pradera, donde encuentran mejor alimento,
> y no les importa el tema que los ocupa.
> […]
> Aquí, mientras estoy tumbado bajo la rama de este nogal,
> ¿qué me importan los griegos o la ciudad de Troya,
> si se están librando batallas más justas,
> entre las hormigas, en la cima de esta colina?
> […]
> Dile a Shakespeare que espere hasta mi hora de ocio,
> que ahora estoy ocupado con esta gota de rocío,

¿y no ves que las nubes preparan un aguacero?
Iré a su encuentro cuando el cielo esté despejado.[73]

La importancia de elegir bien lo que se lee, destacada páginas atrás, en pos de una vida verdadera y sencilla hacia la autoeducación, hace que el lector deba desconfiar, siguiendo con esa tendencia a lo antiintelectual, de los libros *instruidos*, que en realidad, aun surgiendo directamente con ese afán, «no nos instruyen demasiado; lo hacen, antes bien, los libros verdaderos, los sinceros, los humanos, los nacidos de biografías francas y honestas».[74] Thoreau llama *sanos* a esta clase de libros, una palabra muy coherente con su postura ante lo pernicioso de temer contagiarse de los errores del vivir moderno y padecer «la enfermedad del cerebro», la ansiedad y la entrega laboral que a sus ojos «es una forma casi incurable de enfermedad». Sano es cultivar la castidad, sano es tener limpia la visión de las cosas que no se ven pero en las que hay que confiar con toda la pureza posible. Quizá así se consiga, si se es escritor, lo que Whitman consideraba lo más necesario y satisfactorio para los hombres, esto es, «revelarles las infinitas posibilidades de sus propias almas»;[75] la manera de conocer, entender y potenciar lo espiritual que existe en cada uno de nosotros.

ESPÍRITU

THOREAU HACIA SÍ MISMO

Sencillez y sinceridad

En su libro de 1873 sobre su amigo, Channing recupera una vieja anécdota que da buena cuenta de la nobleza y templanza de Thoreau, cimentada ya desde la infancia y que sería la demostración de los aspectos fundamentales de sus futuros pensar y vivir, de su comportamiento paciente y de seguridad en sí mismo más allá de lo que creyeran los demás, de la honestidad que ha de reinar en todo hombre para que la colectividad se beneficie de ello.

Casado da Rocha resume lo contado por Channing de esta manera: «Hartos quizá de sus frías maneras de juez, en la escuela le acusaron de robar la navaja a un compañero. Se limitó a decir que no había sido él. Sólo cuando más tarde se descubrió al verdadero culpable admitió haber estado fuera del pueblo el día del robo. Le preguntaron por qué no había dicho eso antes; les repitió que porque él no había sido el ladrón».[1] Así de sencillo. La verdad, como el agua o el viento en la naturaleza, siempre se abre paso, siempre sale a la superficie y con ello, tarde o temprano, tal vez desenmascare o haga avergonzarse a los que la negaban o habían inventado mentiras para taparla.

Thoreau quería…

> … una vida simple,
> que no se complique con cada espinilla,
> un alma que ninguna conciencia enferma domine,
> tan sana que no deje el universo peor de lo que estaba.
>
> Quiero un alma sincera y seria,
> cuyas poderosas alegrías y penas
> no se ahoguen en una botella,
> para despertar mañana a su lado;
> que viva una tragedia,
> en lugar de setenta;
> una conciencia que valga la pena conservar,
> no llorando, sino riendo;
> una conciencia sabia y firme siempre,
> así como providente;
> que con los hechos no cambie,
> ni con los halagos comercie
> […]
> No quiero un espíritu de madera entero,
> predestinado a ser bueno,
> sino uno real hasta la médula.[2]

Es uno de sus poemas integrados en *Musketaquid*, sobre el alma auténtica y el afán de realidad. Lo sabio, lo sano, lo consciente, lo íntegro, lo sincero y, muy en particular, lo simple o sencillo componen el camino que conduce a la verdad para Thoreau. Es ése el objetivo ulterior, el que abre las puertas a comprender el mundo y en el que el elemento espiritual es indispensable. Y es que, como dijo Emerson en

su trascendente y trascendentalista conferencia en la Facultad de Teología, hay un dios en cada uno de nosotros. El clérigo de la Iglesia Unitaria Theodore Parker, ya mencionado, en su diario dio cuenta de esa idea tan provocadora en un discurso emersoniano en el que escuchó hablar de los defectos de la Iglesia y que, para él, fue «tan hermoso, tan justo, tan veraz y tan terriblemente sublime»,[3] que su alma se enardeció.

Este avivamiento de una pasión del ánimo, de carácter tanto intelectual como espiritual, que Parker sintió al escuchar a Emerson y que le inspiraría sus siguientes sermones, lo hubiera entendido, asimilado perfectamente Thoreau, quien, al igual que su vecino, podría pensar «que el mejor camino para encontrar a Dios no era sino mirar dentro de uno mismo, dentro del espíritu propio, y actuar según los ideales éticos y morales de uno, de tal modo que la renovación espiritual procediese siempre de la experiencia personal»,[4] como explica el traductor Alfonso al comentar aquella conferencia en Harvard.

Thoreau, el gran lector de Homero, sabía que la *psiqué* de éste no tenía relación con nuestro actual significado psicológico, pues como explica Jan M. Bremmer,[5] la Antigüedad albergaba una creencia dualística del alma. Había un alma corporal, que representaba la vida y la conciencia, la fuente de las emociones y sentimientos (el *thymós*), y había un alma libre, que representaba la personalidad individual (la *psiqué*), que hacía un viaje sin retorno al Hades, el mundo de las sombras, cuando la persona moría. El alma (del latín *anima*, a su vez del griego *ánemos*, 'viento') en el mundo griego se veía como el principio vital, un hálito o soplo que era posible hallar en los seres humanos, en los animales y en las plantas. ¿Y no es eso lo que Thoreau ve y siente ante el espíritu de los hombres —el término latino *spiritus* también significaba soplo de aire, o hálito, o aliento, o estado de ánimo, alma en definitiva— y frente a la vitalidad y energía de la naturaleza que tanto expande su interior?

August Strindberg, en el artículo citado anteriormente, dirá a finales de ese mismo siglo: «El alma se encoge con el miedo y se expande con la alegría o la felicidad».[6] Los trascendentalistas combatirán contra el miedo que hace empequeñecerse, cuando no envilecerse, a los hombres delante de una sociedad que los manipula o explota o intimida, y promulgarán una visión optimista (Emerson), cristiana (Alcott) y sincera (Thoreau) de la vida en la que lo intangible y espiritual que expresamos mediante la palabra *alma* sea el eje vertebrador de nuestro comportamiento. Considerando, además, que, como escribe Thoreau en *Musketaquid*, «somos armas de doble filo, y con el mismo movimiento que afilamos nuestra virtud estamos sacando punta a nuestro vicio. ¿Dónde está el habilidoso espadachín que puede hacer cortes limpios, y no rasgar su trabajo con el otro filo?».[7]

Esta dualidad que lleva aparejada el bien y el mal en cada posible pensamiento o acción no tiene otro camino a la altura de nuestra alma *sincera y seria* que el de transitar por la sencillez, una de las palabras favoritas de Thoreau, que aplica a todo tipo de ámbitos y temas. A veces, pese a todo, como le dice a Blake, «no es fácil hacer de nuestras vidas algo decente, sea cual sea la actividad que

realicemos».[8] Pero en nosotros está la posibilidad de llevar eso a cabo, de abrirnos camino con el filo del cuchillo entre la maleza de los errores del vivir: «Puede ser que los hombres se pasen el tiempo hablando de las medidas que hay que tomar, hasta que todo sea azul y huela a azufre, para luego irse a casa a esperar a que esas medidas suyas cumplan, por ellas mismas, sus propias obligaciones. La única medida posible es la integridad y la hombría»,[9] dice en su diario de 1854.

Dos cualidades estas que halla con facilidad en las gentes más humildes, sobre todo cuando quiere arremeter contra la clase intelectual y la comparación le sirve para la busca y captura del mantra de la sencillez. Así, como explica en *Musketaquid*, en el hombre trabajador iletrado a veces se deja ver mejor «la fuerza y la precisión estilística» si se le pide expresamente tal esfuerzo, «como si la sencillez, el vigor, la necesidad, ornamentos de estilo, se aprendiesen mejor en la granja y en el taller que en las escuelas. Las frases escritas por esas manos ásperas son correosas y duras, como las sandalias bien curtidas, los tendones del ciervo o las raíces del pino».[10] Y en el diario de 1840, en una curiosa entrada que presenta una serie de afirmaciones casi en formato de aforismo, sostiene que la mayor condición del arte es la sencillez.[11]

Pero ya habíamos visto su manera de interpretar una buena escritura o las aptitudes que debía tener un libro para merecer ser leído. La sencillez y la honestidad eran dos de ellas, y ciertamente lo que Thoreau les pide a los escritores se podría extender a sus conciudadanos, para los que tiene un mensaje demoledor en *Walden*: vivimos mezquinamente, somos como pigmeos, concatenando error tras error, «y nuestra mejor virtud acaba en un superfluo e innecesario abatimiento». De ahí la necesidad de implorar «¡Sencillez, sencillez, sencillez!» y de reducir lo cotidiano a algo accesible: «Os digo que vuestros asuntos sean dos o tres y no cien o mil; en lugar de un millón, contad media docena y llevad las cuentas con la uña del pulgar». Acabemos con la dispersión, con el hecho de abarcar mucho cuando las cosas importantes pueden contarse con los dedos de las manos: «En medio de este mar variable de la vida civilizada, son tales las nubes y tormentas y arenas movedizas y los mil y un artículos que considerar que un hombre tiene que vivir, si no quiere fracasar e irse a pique, lejos de puerto, por estima, y el que triunfe será en verdad un gran calculador». Y acaba aconsejando: «Simplificad, simplificad. En lugar de tres comidas al día, comed sólo una si es preciso; en lugar de cien platos, cinco, y reducid lo demás en proporción».[12]

Tamaña simplificación diaria es de obligada adaptación a nuestros días si se es consciente de cómo «nuestras vigas están podridas», como dice en «Una vida sin principios» mediante una analogía entre la fortaleza del granito de las casas y establos, o de las piedras de las vallas, y el hecho de que nosotros estamos lejos de asentarnos «sobre un entramado de verdad granítica, la más elemental roca primitiva». ¿De qué está hecho el hombre si su pensamiento no se corresponde con la verdad más pura y sutil?, se pregunta. «A menudo acuso a mis mejores amigos de una inmensa frivolidad, porque mientras que hay buenos modales y cumplidos que no respetamos, no nos enseñamos unos a otros las lecciones de honradez y sinceridad que enseñan los animales, o las elecciones de estabilidad y solidez que

proceden de las rocas.»[13] La culpa, de todas formas, es tanto de exigirnos poco a nosotros mismos como de exigir demasiado poco a los demás. Como apunta en su diario de 1853, los que no piden lo mejor de ti, al final, tendrán que lamentarlo, «porque es bien poco lo que se piden a sí mismos. Mientras que hacen uso solamente de tus facultades más humildes, tus facultades superiores, que quedan sin utilizar, los cortarán en dos, como un escalpelo invisible»; y terminaba exclamando: «¡Ay de la generación que deja que alguna de sus facultades superiores quede sin utilizar»,[14] en una página en la que sobre todo señala que le sobraban trabajos de agrimensura pero que durante meses, pese a ofrecerse seriamente como conferenciante, sólo había sido invitado a dar una conferencia ese invierno, y además sin cobrar nada por ella, y ninguna el anterior.

La metáfora de la casa real y la que representa los flojos cimientos con los que está hecho nuestro espíritu —nuestro estado de ánimo que a Thoreau, viendo a las personas de alrededor, muchas veces se le antojaba ya de camino al Hades pese a estar aún vivo— tiene un tratamiento más explícito cuando, desde la laguna, formula una extensa crítica a cómo viven en sus hogares las gentes de su época; algo que por supuesto vale para la nuestra y que conecta con otro de los aspectos capitales en Thoreau: la austeridad, esto es, la sencillez y la moderación, así como la rigurosidad en las normas morales, si queremos aliñar el vocablo con un par de acepciones posibles de diccionario para, siquiera por un instante, separarnos de lo que está significando de manera popular en esta década en torno a las políticas económicas europeas y concentrarnos en la justa dimensión que tendría hace más de ciento cincuenta años.

En *Walden*, son muchos los pasajes, y además a lo largo de todo el libro sin que importe la temática de cada capítulo específica, en que Thoreau atiende cómo nuestro lugar para vivir habla también de nuestra mentalidad ante la vida, y lo equivocados que estamos según su criterio a la hora de elegir casa, amueblarla e incluso adornarla por cuanto atenta con los principios sencillos y austeros deseables.

Así, critica que muchas casas dispongan de un gran número de habitaciones, de enormes vestíbulos y sótanos en lo que da en calificar de «extravagantemente grandes para sus habitantes. Son tan vastas y magníficas que éstos parecen sólo sabandijas que las infestan».[15] Lo dice en «Visitas», después de escribir su célebre frase: «Tenía tres sillas en mi casa; una para la soledad, dos para la amistad, tres para la compañía», y antes de reflexionar sobre el mejor espacio y distancia para conversar con otros y terminar afirmando que su mejor habitación era el pinar que había detrás de su casa, en la que una invisible criada, dice, barría el suelo y ordenaba todo para recibir a sus invitados.

*

Y es que «el gusto por lo bello se cultiva sobre todo al aire libre, donde no hay casa ni casero», dice mucho atrás, en «Economía», en unas líneas en las que aconseja dejar las paredes desnudas, pues «nuestras vidas deben estar desnudas y un hermoso gobierno de la casa y una hermosa vida deben servir de fundamento».[16] Deberíamos ser como las aves cuando construyen su nido: «¿Quién sabe si, en el caso de que los hombres construyeran su morada con sus propias manos y se procuraran comida a sí mismos y a sus familias con suficiente sencillez y honradez, la facultad poética no se desarrollaría universalmente, tal como cantan los pájaros que se ocupan en esos menesteres?».[17] Igual de poco probable de que suceda tal cosa es el hecho de que sus conciudadanos consigan saldar la deuda de la compra de su casa. Aquel que lo ha logrado con su trabajo es tan extraño de ver, dice, que los vecinos le señalan.

Thoreau se esfuerza en crear un paralelismo entre el hombre y su hogar como si uno fuera merecedor del otro. Si, como observa con claridad meridiana, el hombre está ocupado en satisfacer su confort y sus necesidades de la manera más vulgar, por qué debería poseer una casa mejor, se pregunta. «Mientras que la civilización ha ido mejorando nuestras casas, no ha mejorado de igual modo los hombres que han de habitarlas»,[18] es su conclusión al respecto. Él aborrece las casas pretenciosas, prefiriendo «las humildes cabañas y chozas de troncos de los pobres; es la vida de los habitantes, de las que son la cáscara, y no sólo una peculiaridad en su superficie, lo que las hace *pintorescas*, e igualmente interesante será el apartamento suburbano del ciudadano, cuando su vida sea tan sencilla y agradable para la imaginación y haya tan poco esfuerzo en pos del efecto en el estilo de su vivienda».[19] Por supuesto, no hay mejor ejemplo que el que él protagonizó en Walden Pond:

> Mi mobiliario, del cual una parte la hice yo mismo y el resto no me costó nada de lo que no haya rendido cuentas, consistía en una cama, una mesa, un pupitre, tres sillas, un espejo de tres pulgadas de diámetro, un par de tenacillas y morillos, una olla, una cacerola, una sartén de freír, un cazo, un lavabo, dos cuchillos y tenedores, tres platos, una taza, una cuchara, una jarra para el aceite, otra para la melaza y una lámpara lacada. Nadie es tan pobre como para tener que sentarse en una calabaza. Eso es vagancia. Hay un montón de sillas como a mí me gustan, disponibles en los desvanes de la ciudad. ¡Mobiliario! Gracias a Dios, puedo sentarme y sostenerme sin la ayuda de un almacén de muebles. […] En efecto, cuantas más cosas similares poseáis, más pobres seréis.[20]

En «Dónde vivía y para qué» hablará de sus posesiones: el bote que construyó y vendió a Hawthorne y una tienda de campaña que utilizó en excursiones de verano y que tenía guardada. Tan poco, que Thoreau eludió por completo la *pobreza*; porque ni siquiera, ironiza, gasta en poner cortinas al no tener «curiosos a los que evitar salvo el sol y la luna, y me gusta que miren adentro. La luna no agriará la leche ni pudrirá mi carne, ni el sol estropeará mis muebles o desvairá la alfombra, y si a veces resulta un amigo demasiado caluroso, considero mejor economía retirarme tras alguna cortina provista por la naturaleza antes que añadir un solo artículo a los detalles de la casa».[21] En el otro extremo de los que sufren el

mal de Diógenes, proclives a conservarlo todo hasta acumular montañas de objetos que es imposible que usen hasta caer en la falta de higiene más básica, Thoreau tiene otro síndrome que purifica sus deseos al no desear nada; ni siquiera acepta, como cuenta acto seguido, una estera que un día una mujer le ofreció al considerar que no tenía espacio dentro de la casa, ni tiempo ni ganas para sacudirla. Le fue mejor limpiarse los pies en el césped enfrente de la puerta, y así, «evitar los comienzos del mal».

Si se evita tal comienzo, el hombre puede mentalizarse al respecto de otra manera de vivir y tratar con las posesiones materiales. Sus algo más de dos años de experiencia en la laguna le proporcionarían el aprendizaje de que costaba muy poco obtener lo necesario para la subsistencia. El hombre es capaz de llevar una dieta tan sencilla como los animales, asegura, sin por ello descuidar su salud y sin perder su fuerza. Otra cosa es que ese hombre ideal que proyecta Thoreau y en el que le es tan fácil encarnarse él mismo se contente con una ración de espigas de maíz verde hervidas con sal, e incluso plantearse como destino para mejorar la raza humana —así lo apunta en «Leyes superiores»— «dejar de comer alimentos, tan seguro como que las tribus salvajes han dejado de comerse entre sí al entrar en contacto con las más civilizadas».[22]

Lo cierto es que a él no le cabe duda de que «cualquier habitante de Nueva Inglaterra podría fácilmente plantar sus propios cereales en esta tierra de centeno y maíz y no depender al respecto de mercados remotos y fluctuantes». Sin embargo, en Concord hay escaso interés en alcanzar «la sencillez e independencia»[23] que se acabaría dando si la gente se fijara en las propias posibilidades que están a su alcance. El mismo Thoreau habla de cómo él, fruto de su experiencia e investigaciones sobre el terreno, descubrió una manera de elaborar melaza de calabaza o remolacha y que, en cuanto a la sal, simplemente no la necesitaba, como en el caso de los indios.

Liberado de todo trueque y comercio para mantenerse, sólo le quedaba vestirse —la familia de un granjero le tejió unos pantalones— y conseguir leña, llegando a un grado de simplicidad incomparable, equivalente sólo tal vez al que, durante el siglo IV a. C., ejercieron los cínicos griegos Antístenes —que llevaba una vida de mendigo, ajeno a todo lo material y a las opiniones de los demás—, Diógenes de Sínope —otro vagabundo que dormía en el suelo, se masturbaba en público y se reía de Platón y su Academia a gritos— y Crates de Tebas, también convencido de rechazar cualquier cosa material y sobrevivir, literalmente, como un perro (cinismo: *kyôn*, can en griego);[24] todos ellos ejemplos de pensadores que propugnarían una manera liberal de mirar la vida que más tarde retomarían los estoicos y que —salvando las distancias, al igual que en el caso de Thoreau o Emerson, desplazados de los manuales al uso de filosofía— no desarrollaron un sistema filosófico elaborado, según M. C. Howatson, ni «llegaron a organizarse como una auténtica escuela, de modo que en la práctica abrazaron un conjunto de creencias mientras mantenían como principio central que la autosuficiencia podía dar consuelo en todas las vicisitudes de la vida».[25]

Podríamos sustituir la palabra consuelo por serenidad, por sabiduría, en el

caso de Thoreau, que nunca necesitó encontrar empatía en el otro, ayuda económica o laboral, quizá ni siquiera consolaciones de tipo sentimental. O, asimismo, la sustitución podría venir de la palabra libertad; libertad que sentiría estar perdiendo en tanto en cuanto adquirir mobiliario o alfombras le haría malgastar el tiempo. Naturalmente, para él, «la mayoría de los lujos, y muchas de las llamadas comodidades de la vida, no sólo no son indispensables, sino que resultan verdaderos obstáculos para la elevación de la humanidad. Con respecto a los lujos y comodidades, los más sabios siempre han vivido una vida más sencilla y austera que los pobres»,[26] dice, acaso teniendo en mente a esos griegos vagabundos que ni siquiera aspiraron a lo que la gente mísera podría humanamente querer para salir de la indigencia.

Un verdadero sabio, pues, no se vende ni comercia, está más allá de las tentaciones de poder y lujo que representan la nobleza o la aristocracia: «Un hombre sencillo e independiente no se somete a príncipe alguno. El genio no es una pertenencia del emperador, ni su material es la plata, el oro o el mármol, excepto en lo insignificante».[27] Pero, claro está, todos podemos ser ese sabio que, mirándose en el espejo de la fe y la experiencia de Thoreau, pueda mantenerse en esta tierra sin dificultad, casi como un pasatiempo, «si vivimos sencilla y sabiamente», ya que «no es necesario que un hombre gane su pan con el sudor de su frente, a menos que sude con mayor facilidad que yo»,[28] arguye con ironía.

«Economía» es por así decirlo un libro independiente dentro de *Walden*. Toda la filosofía de vida de Thoreau, las moralejas que extrae de plantearse la autosuficiencia, las reflexiones sobre el trabajo y la ociosidad, la libertad, la denuncia de la explotación animal, la confianza en uno mismo, el hábito de proveerse de lo necesario solamente, la crítica al progreso, la recomendación de viajar a pie, la rentabilidad que buscan las universidades a costa de sus estudiantes, la indiferencia por las posesiones, la apuesta por un tipo de vida alejado de los sometimientos sociales e institucionales… Ese capítulo es, junto con «Una vida sin principios», el que nos daría a un «Thoreau portátil» con el que emprender una vida que debía estar coronada por una simplicidad que siempre, además, tendría que asentir a la vez que la naturaleza.

El individualista Thoreau sabe que su vida autónoma, en cualquier caso, mantiene conexiones con su entorno quiera o no quiera. Al final de «Economía», reconoce cómo «toda salud y éxito me beneficia, por lejana y apartada que pueda parecer; toda enfermedad y fracaso me entristece y perjudica, por mucha simpatía que pueda tener conmigo y yo con ello». Teniendo en cuenta esta situación de convivencia y, en cierta medida, dependencia o influencia mutua inevitable, resulta imperioso que, «si vamos, por tanto, a restablecer la humanidad con medios verdaderamente indios, botánicos, magnéticos o naturales, en primer lugar seamos tan sencillos y buenos como la naturaleza, despejemos las nubes que se ciernen sobre nuestra frente y llenemos nuestros poros con un poco de vida. No sigáis siendo un supervisor del pobre, tratad de convertiros en uno de los próceres del mundo».[29]

Este llamamiento a convertirnos en alguien eminente o elevado, de alta calidad

o dignidad, nos compromete a adoptar hábitos austeros en todos los planos de la vida cotidiana. Si en «Leyes superiores» habla de cómo todo aquel que se proponga «seriamente conservar sus facultades superiores o poéticas en las mejores condiciones se inclinará por abstenerse de tomar alimento animal o demasiado alimento de ninguna clase»,[30] una cincuentena de páginas antes, en «El campo de judías», comenta otro tipo de alimentación mucho más nutritiva que también ha de sentarse a la mesa: la que nos llega tras conocer a un hombre en el que vemos que «han arraigado y crecido en él algunas de las cualidades que he mencionado [sinceridad, verdad, sencillez, fe, inocencia], que todos valoramos más que aquellos productos, pero que en gran medida flotan diseminadas en el aire».[31] Si las personas fueran sinceras, si les propulsara la amistad y la dignidad, no engañarían, ni insultarían, si serían mezquinas, en suma.

En «La ciudad», Thoreau habla de que jamás cerró la puerta de su casa, ni de noche ni de día, incluso ausentándose varios días de vez en cuando o dos semanas, cuando se fue de excursión por los bosques de Maine, pues no le importaba lo más mínimo que alguien que estuviera de paso entrara en ella a calentarse o a descansar, y sólo echó en falta un libro de Homero que estaba engañosamente sobredorado. «Estoy convencido de que si todos los hombres vivieran con tanta sencillez como yo lo hice, el hurto y el robo serían desconocidos. Éstos sólo tienen lugar en comunidades en que unos tienen más de lo suficiente, mientras que otros no tienen bastante.»[32] Sus pertenencias preciadas eran otras y podían poseerse mediante los sentidos; por eso escribe, en «Un paseo invernal», que su lujo no es oriental sino boreal, y que cuando tiene que recogerse en casa por el frío, le basta «una estufa de hierro y un fuego de leña, observando las sombras que dejan las motas en un rayo de sol»[33] para sentirse feliz disfrutando de una vida tranquila y serena.

Qué más simple puede haber que contemplar cómo sale el humo alegremente de la chimenea y sentirse reconfortado por esa sensación de comodidad que inspira verse rodeado de nieve, sí, aunque se colapse la entrada de casa. En *Cape Cod*, al hilo del encuentro con un niño con el que Thoreau y su compañero de viaje hablan mientras caminan para interesarse por la vida allí, dice: «Los hechos más simples son siempre los más aceptables para una mente curiosa».[34] Y a Blake, al comienzo de su intercambio epistolar, en 1848, le expone: «Creo firmemente en la simplicidad. Es asombroso y triste ver cómo incluso los hombres más sabios pasan sus días ocupados en asuntos triviales que creen que han de atender, en detrimento de otros asuntos más importantes que creen su deber omitir». Entonces, pone el siguiente ejemplo: «Cuando un matemático desea hallar la solución de un problema difícil, empieza por deshacerse de todas las dificultades de la ecuación, reduciéndola a sus términos más sencillos», el cual le sirve para aplicarlo a la vida diaria: «Hagamos lo propio y simplifiquemos el problema de la existencia, y diferenciemos entre lo necesario y lo real. Sondeemos la tierra para ver hacia dónde se extienden nuestros principios raíces. Me basaré siempre en los hechos».[35]

De nuevo, la simplificación —cínica o estoica, budista o propia de las granjas

comunales; no escasean las fuentes de inspiración— es la puerta de salida para dejar atrás nuestros vicios y avanzar sin caer en ningún desaliento en una sola dirección, como le escribe a su amigo al año siguiente. Es una carta en la que le aconseja que «no se preocupe por evitar la pobreza. De esta manera la riqueza del universo quedará bien invertida»; en la que propone que «nuestra mezquindad sea nuestro alzapié, no nuestra almohada».[36] Una forma, por tanto, de expresar la autosuperación, de encontrarse en los errores y rectificarse, pero de modo tan exigente con uno mismo, que la sinceridad que tanto pregona no sea bastante, dado que «debemos proponernos y llevar adelante altos propósitos por los cuales ser sinceros»,[37] le dice esta vez en 1852, dentro de aquel texto, «Amor», en el que Thoreau le respondía a la petición de reflexiones sobre la convivencia entre un hombre y una mujer que Blake le pedía a las vísperas de su matrimonio.

En tan alto grado tiene Thoreau el comportamiento sincero, que, como le dice por carta a Richard Fuller, hermano de Margaret, a la mitología antigua le habría faltado un dios o una diosa de la sinceridad «a cuyo altar podamos ofrendar todos los productos de nuestras granjas, talleres y estudios. Debería ser nuestro lar cuando nos sentamos ante la chimenea, y nuestro ángel de la guarda cuando salimos fuera a caminar. Ésa es la única panacea». Lo dice enviando un reproche directísimo a como estaba concebido el sistema educativo, tan falto de valores, pues asegura que, pese a que en la universidad aprendió a expresarse, sobre todo, en ese momento (1843) entiende que «si el orador antiguo recomendaba primero acción, segundo acción y tercero acción, mis profesores deberían haberme pedido primero sinceridad, segundo sinceridad y tercero sinceridad».[38]

Tanto en el diario como en *Musketaquid* encontraremos momentos en que este factor de la sinceridad, que en efecto debería estar dentro de la formación educativa del individuo desde las aulas, resuena con rotundidad. Thoreau escribe en su lunes por el río, a propósito de comentar los dogmas y la austeridad de los brahmanes de la India y la actitud de los grandes pensadores grecolatinos u orientales, que «cualquier pensamiento sincero es irresistible».[39] Y el jueves, en torno a cómo la transparencia ha de imperar en nuestras acciones, anota: «Nuestros actos más indiferentes pueden ser objeto de secreto, pero todo aquello que hagamos con la mayor honradez e integridad, por virtud de su pureza, ha de ser transparente como la luz».[40] Todo ello colaborará para que el mundo, dice pocas páginas más adelante, tenga un sentido esplendoroso para el hombre que mantiene un equilibrio en su vida, avanzando, como le decía a Blake, en una única dirección, sin secretismos, concentrado en dirigir su barca en medio del río y sin importarle estar rodeado de cataratas.

La respuesta, como dice la célebre canción, está flotando en el viento. Está, irrevocable e inevitablemente, como todo en Thoreau, en la naturaleza, verdadero timonel de la vida. En 1850, escribe un pensamiento que podría resumir perfectamente su visión del mundo, armonizándose, interior y exterior, y su percepción de una riqueza que se escabulle por completo de la que tiene la sociedad en general que, a su vez, rehúye la ociosidad: «Nuestros días más ricos son, a veces, aquellos en que el sol no luce fuera, sino que lo hace, mucho más,

dentro de nosotros. Me encanta la naturaleza, me encanta el paisaje, porque son sinceros. Nunca me engaña. Nunca bromea. Es seria, de un modo alegre y musical. Me tumbo, y vuelvo a tumbarme sobre la tierra».[41] Y cuatro años más tarde, relaciona la naturaleza íntimamente con los sentidos del hombre, y éstos con lo que debería ser un comportamiento honrado: hay que actuar «de modo que el olor de tus acciones se añada a la dulzura general de la atmósfera, de modo que, cuando vea o huela una flor, no se me recuerde la inconsistencia de tus actos en relación con ésta. Pues todo olor no es sino un modo de anunciar una cualidad moral».[42] Si para el poeta John Keats, muerto en Roma en 1821, en el poema *Oda a una urna griega*, «la belleza es verdad, la verdad es belleza», para Henry David, la naturaleza será verdad, la verdad será la naturaleza.

Y esto es así porque no miente y por lo tanto es bondadosa. «Cualquier cosa que sea, y que no esté avergonzada de serlo, es buena. No valoro la bondad o la grandeza a menos que sea buena y grande, como lo es esa cima [monte Washington]», le escribe a Blake en 1860. «La naturaleza es bondad cristalizada.»[43] Es, por otro lado, el ejemplo eterno de la paciencia, algo en lo que también debe verse reflejado el héroe, aquel que conoce el arte de la espera al que hace alusión en *Musketaquid* con estas palabras: «Todo el bien se queda con aquel que sabe esperar sabiamente»,[44] las cuales entroncan con lo que decía al comienzo de *Walden* en cuanto a evitar reacciones desesperadas como sinónimo de sabiduría.

Charles Eliot Norton (1827-1908), tras una semana y media en un barco en el que volvía a Estados Unidos, después de una larga estancia en Europa, para ocupar un puesto de profesor en Harvard y en que coincidió con Emerson —quien a su vez había realizado un viaje que incluía Londres, París, Italia, Escocia y un crucero por el Nilo—, escribió en su diario aquel año, 1872, sobre la «filosofía optimista» del sabio de Concord de esta manera: «Se niega a creer en el desorden o en la maldad. El orden es la ley absoluta; el desorden no es más que un fenómeno; la bondad es absoluta, la maldad no es más que bondad en proceso».[45] El que se convertiría en catedrático de Historia del Arte poco después se refería a la serena dulzura de su amigo, lo cual tenía un lado negativo: lo que dio en llamar «los límites de su mente», esto es, el hecho de que Emerson —un día antes de llegar al puerto de Boston cumplía setenta años— se cerraría en ese credo personalísimo para no dejar entrar más verdad que la que él quisiera aceptar o ver, creyendo, dice literalmente Norton, que el que tenía ante sí era el mejor de todos los mundos posibles.

Thoreau podría moverse bajo esta tesis también en cierta manera, sin ostentar en ningún caso el grado de optimismo que abanderó Emerson durante su dilatada y densa vida personal y profesional, aunque sí declarando la forma en que, por decirlo retomando la sugerente expresión *la maldad es bondad en proceso*, el hombre podía convertirse en un prócer de la manera más directa y evidente: hacer las cosas adecuadamente imponiendo la acción a la palabra. «Si quieres convencer a un hombre de que hace algo mal, hazlo bien. Pero no te preocupes en convencerle: los hombres creerán lo que vean; que vean, pues», le aconsejó a Blake

en 1848, añadiendo una de esas metáforas animalísticas que tanto le gustaba inventar: «Haz lo que amas. Conoce tu propio hueso; róelo, entiérralo, desentiérralo y vuelve a roerlo. No seas demasiado moral; podrías robarte mucha vida. Aspira a algo más que la moralidad. No seas *sólo* bueno: sé bueno para algo».[46]

Fiel a ese talante de autoenseñanza, le dice a su amigo que el hombre bueno se esculpe a sí mismo mientras que el malo se autodestruye, y lanza la reflexión de que, si alguna vez hizo algo bueno por alguien, «sin duda fue algo excepcional e insignificante en comparación con el bien o el mal que constantemente hago por el hecho de ser el que soy».[47] Thoreau con ello reclama una bondad inconsciente, que explicita en *Walden* en el primer capítulo, poniendo el acento sobre todo en que la concepción que la vecindad tiene de lo bueno es lo que él llamaría malo e ironizando sobre que debería arrepentirse de su buena conducta y dejar de portarse tan bien.

Por ejemplo, practicar la caridad, algo que *a priori* es considerado como algo bueno, no deja de ser para Thoreau «una de esas profesiones saturadas» que, incluso probándola bastante, no casa en absoluto con su constitución. Su *bien* tiene otras características; «debe apartarse de mi senda principal y en su mayor parte no debe ser intencionado». De hecho, esa clase de bondad que él no tiene reparos en denominar corrompida hay que temerla como la peste: «No, en este caso preferiría sufrir el mal de manera natural. Un hombre no es un buen *hombre* para mí porque me alimente si paso hambre, o me caliente si siento frío, o me saque de una zanja si llego a caer en ella», sostiene para demostrar que «la filantropía no es el amor por el prójimo en el sentido más amplio» al ver lo mismo representado en uno de esos perros terranova especializados en rescates.[48]

La analogía con la naturaleza no tardará en asomarse. Hay tantos podando el árbol maligno y tan pocos atacando su raíz, se lamenta; hasta el punto de que «aquel que otorgue la mayor cantidad de tiempo y dinero a los necesitados sea el que más haga con su modo de vida para producir la miseria que trata de aliviar en vano». Y entonces se acuerda del dueño de esclavos que, de tan piadoso que es, «dedica las ganancias del décimo esclavo a comprar la libertad de un domingo para los demás». Argumento que, al final, le sirve para lanzar esta idea abrumadoramente cierta y que sonroja a la raza humana: «Os jactáis de gastar la décima parte de vuestros ingresos en la caridad; tal vez deberíais gastar las nueve décimas partes y acabar con ella».[49] Caridad, pues, como egoísmo encubierto; filantropía como única virtud apreciada unánimemente por la humanidad que actúa para limpiar la conciencia del que la practica, presumir de ello y poco más.

Sólo la bondad inconsciente será buena, por sincera; surgirá con la naturalidad con que la naturaleza se abre a los sentidos:

> No sustraería nada del elogio que se debe a la filantropía, sino que sólo exijo justicia para todos los que son una bendición para la humanidad por su vida y trabajo. No valoro principalmente la rectitud y benevolencia de un hombre, que es, por así decirlo, su tronco y hojas. […] Quiero la flor y el fruto de un hombre, que cierta fragancia flote desde él hasta mí y cierta sazón dé sabor a nuestro trato. Su bondad no debe ser un acto parcial y transitorio, sino una constante superfluencia, que no le cueste

nada y de la que no sea consciente. Ésta es una caridad que oculta una multitud de pecados.[50]

El mismo hombre que, como insinuaba Emerson, era el vivo espíritu de la contradicción cuando hablaba con cualquiera, le da la vuelta a los convencionalismos de manera demoledora, sin dejar resquicio alguno a ningún tipo de conformismo o aplauso ante algo aparentemente admirable o impresionante, como si todo el entorno tuviera que ser cuestionado por completo, en todo momento, y fuera vergonzoso jactarse de una posesión, por pequeña que sea, de un progreso, de un logro. Lo que poseamos, lo que progresemos, lo que logremos tendrá que pasar por un embudo muy fino: «Toda nuestra vida es sorprendentemente moral. No hay un instante de tregua entre la virtud y el vicio. La bondad es la única inversión que no falla»,[51] dice en uno de esos instantes cumbre de *Walden* que nos proporciona un aforismo que, de imperar en el mundo, haría que la vida fuera mucho mejor.

La bondad de Thoreau, dirigida a un propósito y a la vez inconsciente para que sea sincera, para que no tenga que ver con la caridad pecaminosa a la que se hacía referencia antes, tiene que relacionarse sin duda con la generosidad altruista. Al inicio de *Mujercitas*, que L. M. Alcott escribiría y publicaría bastante después de la muerte de Thoreau, en 1868, la madre de las muchachas las anima a ceder su desayuno de Navidad a «una pobre mujer con un recién nacido. Sus seis hijos duermen acurrucados en una cama para no morir congelados, porque no tienen leña con la que calentarse. No tienen nada que llevarse a la boca y el hijo mayor vino a contarme que se mueren de hambre y de frío».[52] Al instante todas colaboran para llevarles panecillos, mantequilla y un pastel, y acuden a la casa para ayudar a la miserable madre, a la que la señora March sirve té con gachas y cambia el pañal de su bebé mientras las chicas dan de comer al resto de niños.

*

La bondad, así, inspirada en la más natural solidaridad y como fuente de felicidad personal: «Aquel fue un feliz desayuno, aunque ellas no probaran bocado, y cuando se marcharon, después de dar consuelo a la pobre familia, no creo que hubiera en la ciudad unas muchachas más dichosas que las cuatro hambrientas jovencitas que habían regalado su desayuno y se conformaron con el pan con leche que comieron al volver a casa, aquella mañana de Navidad». Como afirma la mayor, Meg, una vez ya ha vuelto a casa con sus hermanas y está preparando unos humildes regalos para su madre mientras ésta se encuentra en el piso de arriba buscando ropa para dar a los pobres: «Esto es amar al prójimo más que a uno mismo y me ha encantado».[53] Dar el noventa por ciento del desayuno que la

familia tenía reservado, en aquella mañana tan especial, para solucionar el hambre de unos vecinos en vez de aportar el diez como acto caritativo es una acción moral que hubiera complacido a Thoreau.

La bondad, así también, como agradecimiento que sentir y proyectar en los demás tras aprender de la serenidad y fe en la vida pese a las desgracias más acusadas: «Yo había ofrecido a un marido y me parecía un precio excesivo [el señor March sirve en el Ejército de la Unión como capellán], mientras que él había dejado marchar a cuatro hijos sin quejarse», dice la señora March en relación con un hombre que le dijo que tenía a sus cuatro hijos también en la guerra de Secesión (dos ya muertos en combate, otro prisionero y el último hospitalizado en Washington) y por el que reconoce sentir no piedad —ese consuelo mojigato y sensiblero que aborrecía Thoreau—, sino respeto. La matriarca les sigue contando a sus hijas cómo pensó en que «yo tenía a mis niñas para animarme al volver a casa, y a él sólo le quedaba un hijo, que le esperaba a millas de distancia, tal vez para darle un último adiós». La moraleja está servida: «Me sentí tan rica, tan afortunada y tan llena de bendiciones que le preparé un buen paquete, le di algo de dinero y le agradecí de corazón la lección que me había enseñado».[54]

Al instante, Jo, la segunda más mayor, de quince años, aficionada a escribir y reacia a cumplir con los estereotipos de las mujeres de la época, pide a su madre otra historia con, ciertamente, esa lección o enseñanza que extraemos de alguna fábula o cuento y que llamamos «moraleja» —la clara etimología nos dice que la palabra procede del latín *morālis*, 'moral', a su vez formada por *mos*, *moris*, que significa 'costumbre', y *alis*, que vendría a ser 'relación' o 'pertenencia'—, teniendo claro que lo que da que pensar son las cosas que han ocurrido de verdad y que no suenan a sermón. Thoreau, el enemigo número uno de los predicadores empalagosos y abusadores de la confianza ajena, volvería a asentir.

Hacia el final de *Walden*, leemos que para él «ningún otro aspecto que podamos darle a la materia resultará al fin tan beneficioso como la verdad. Sólo ella es adecuada». Nuestra posición la mayoría de las veces, añade, es falsa; no estamos donde y como deberíamos estar por culpa de nuestra débil naturaleza. Y aconseja: «Decid lo que tengáis que decir, no aquello a lo que estéis obligados. Una verdad cualquiera es mejor que cualquier engaño».[55] Y un poco más adelante, crea un *exemplum* que hubiera encandilado a las mujercitas Josephine, Margaret, Elizabeth y Amy, en la clásica estampa de ellas en el salón de casa frente al fuego de la chimenea:

> Dadme la verdad, más que amor, dinero, fama. Me senté a una mesa donde había buena comida y vino en abundancia y un servicio solícito, pero no había sinceridad ni verdad, y marché con hambre de aquel inhóspito banquete. La hospitalidad fue tan fría como los helados. Creo que no habría hecho falta hielo para congelarlos. Me hablaban de la antigüedad del vino y de la fama de la cosecha, pero yo pensaba en un vino más añejo, más reciente, más puro, de una cosecha más gloriosa que no habían recogido y no podían comprar. El estilo, la casa, el terreno y las «diversiones» no son nada para mí. Fui a visitar a un rey, pero me hizo esperar en el vestíbulo y se comportó como un hombre incapacitado para la hospitalidad. Había un hombre en mi vecindario que vivía en el hueco de un árbol. Sus modales eran verdaderamente regios. Me habría ido mejor si le hubiera visitado a él.[56]

Es la sencillez de nuevo como motor de la sinceridad, la austeridad, la bondad, la verdad en un bucle en que, si se invierten bien los pensamientos y las acciones, siempre se consigue rentabilidad moral. En su primera serie de ensayos, de 1841, Emerson decía que «nuestra vida es un aprendizaje de la verdad»; tal era su mayor propósito espiritual. Como en el caso de Thoreau y su teoría de que a la mitología le faltaba una deidad vinculada con la sinceridad, el dios de Emerson, como ya vimos que dijo Margaret Fuller, lo constituía la verdad. Es más, ambos elementos los unirá Emerson al hablar de Swedenborg. «Todo es superficial y perece, salvo el amor y la verdad. El mayor sentimiento es siempre el más sincero»,[57] escribe en un libro donde pone el énfasis en una existencia donde impere la sinceridad como mayor y más preciado don, distinguiendo en ello a los que da en llamar «personas superiores»; se trata de *Hombres representativos*, publicado, por cierto, el mismo año que *La letra escarlata* y *Moby Dick*, 1850.

En el libro, Emerson reflexiona sobre Platón (el filósofo), Swedenborg (el místico), Montaigne (el escéptico), Shakespeare (el poeta), Napoleón (el hombre de mundo) y Goethe (el escritor), «nombres propios representativos y simbólicos de una manera de entender la naturaleza de las cosas»,[58] según Alcoriza y Lastra, que destacan además el hecho de que se trata de «un libro práctico, del que debían extraerse lecciones para la conducta de la vida».[59] Así, todos esos grandes emprendedores de ámbitos más o menos distintos serían un ejemplo útil para la sociedad, ya que si la palabra del héroe es sincera, argüirá Emerson, habrá que creerle, y al creerle, se le obedecerá.

Para clarificarlo, el ensayista alude a una metáfora política: «El gran hombre es como el monarca que entrega al pueblo una constitución», a una imagen sensitiva: «Los grandes hombres son, por tanto, un colirio que aclara nuestros ojos del egoísmo y nos capacita para ver a los demás y sus obras»,[60] y a una comparación de aptitudes: «Considero un gran hombre al que habita en una esfera superior de pensamiento, a la que otros ascienden con trabajo y dificultades».[61] Nada de ello sería posible, sin embargo, sin la impronta continua de la sinceridad —en el terreno literario, por ejemplo, Montaigne es para él el más franco y honesto de los escritores—, lo cual llevaría en sí misma «una promesa de explicación»; en otras palabras, el comportamiento (carácter y acciones) contesta a preguntas que ni el mismo Emerson ha sido capaz de formular.

Thoreau sólo ha necesitado un par de anécdotas ficticias sobre una invitación a una comida opípara y un rey inhospitalario para llegar a la misma conclusión que extrae Emerson de los grandes personajes a los que dedica su libro. Henry David habría leído sin duda, en «El poeta», el primer ensayo de la segunda serie de ensayos de Ralph Waldo, en 1844, que «todos los hombres viven por la verdad y están necesitados de expresión». En los mismos años, Thoreau, preparando su debut literario a partir de su viaje con John por aquellos dos ríos que bañaban los territorios de Nueva Inglaterra, Massachusetts y Nuevo Hampshire, afirma que «el poeta sólo escribirá para sus semejantes. Se limitará a recordar que vio la verdad y la belleza desde su posición, y espera el momento en que una visión tan hermosa

se cierna con esa misma libertad sobre ese mismo panorama».[62] El eco de Keats aquí es meridiano.

La poesía es sinónimo de la verdad total, dirá en su diario de comienzos de la década de los cincuenta, mientras que la filosofía expresa solamente una partícula de ella, más la advertencia de que, más que buscar expresiones, debemos buscar pensamientos que expresar. Es otro señalamiento sobre la facultad individual que podemos desarrollar con independencia de nuestra clase social, formación académica o empleo; las leyes espirituales, como diría Emerson, las leyes superiores, como diría Thoreau, son en ellas mismas la verdad, y escribir, en este sentido, como explican los traductores antes mencionados, no resulta interesante explícitamente —recordemos el «escribir no es lo que nos interesa» en referencia a llevar un diario— sino es «como prueba de dedicación a los fines elevados de los que la naturaleza humana es capaz, como testimonio de que la exigencia intelectual no queda desprendida de otras preocupaciones aparentemente inferiores, pero conectadas con el núcleo de verdad que deberían encerrar todas nuestras acciones».[63] Porque hay que vivir de verdad, y ésa será la forma de ver de verdad, sintetiza Emerson en el ensayo «La compensación».

Ambos escritores apelan a lo poético en torno a la capacidad de vislumbrar la verdad de las cosas porque, como dice Thoreau en *Cape Cod*, «nada notable se ha logrado nunca con un talante prosaico». Incluso los héroes y los descubridores se han visto superados por las expectativas que tenían en sus misiones ante la magnitud de la realidad que se les presentaba pese a los ejercicios de imaginación de turno. Por eso cita a Colón, e indirectamente a Ponce de León, en relación con expediciones que, al perseguir El Dorado o la Fuente de la Juventud, condujeron a «descubrimientos reales». El quid de la cuestión es «hallarse en un estado mental adecuado para contemplar la verdad».[64] Apostar por el mirar poético ante la vida y evitar lo prosaico, adjetivo que aquí lógicamente se limita a su estricta definición de algo carente de idealidad o elevación, de algo vulgar o insulso.

En 1850, en respuesta a una carta en que Blake le sugería algunas reflexiones sobre la pobreza y la dependencia, Thoreau se preguntaba quiénes eran los pobres y los ricos, los dependientes y los independientes. Lo hacía para referirse a la carga de falsedades que llevamos encima, tras haberlas aceptado voluntariamente, y a un mundo en que la gente confunde lo aparente con lo real, lo falso de lo verdadero: «¿Cuándo comenzaron los hombres a respetar las apariencias y no la realidad? ¿Por qué deberían *aparecer* las apariencias? ¿Sabemos bien, entonces, qué es la realidad? No hay nadie que no se engañe cada hora en el respeto que concede a las falsas apariencias. Qué maravilloso sería tratar a las personas y las cosas según lo que son en realidad, ¡aunque sólo fuera durante una hora!».[65]

Cuatro años después, en la misma carta en que jugaba con la metáfora de cómo tenemos que adquirir un abrigo para alcanzar un sentimiento por fin de integridad que nos encaje de manera coherente y natural, hablaba de que «no hay duda de que la más fina capa es ya un engaño consciente, una mentira, es de mala calidad y se desgasta, no es tupida como la pana, sino que su malla conforma una red basta y áspera». Thoreau quiere representar con ello la manera aparente y falsa en que la

gente se relaciona en su trabajo o posición, evitando tratarse de forma desnuda y dándose como lo que no son, dejándose ver como lo que no son; el resultado es que vestimos «al juez con una dignidad que no le pertenece», «al testigo con una humildad que no le pertenece», incluso al criminal «con una vergüenza y una insolencia que ya no le pertenecen. El hombre puede permitirse mentir en los intersticios de las hebras, pero la verdad se insinúa en la trama y consigue así un material consistente».[66] De modo que mentir será la peor inversión; Thoreau dice ser tan incapaz de ello como Blake de gobernar un coche de cuatro caballos, en un curioso párrafo del final de una carta de 1853 en que reconoce ser un exagerado y que no espere de él una verdad trivial.[67]

Esto es así porque la Verdad —esta vez cabe apuntarla en mayúscula— no es bastante con ella misma; no puede ser vulgarizada, ni ordinaria, ni común. Ha de elevarnos por encima del carácter práctico de la vida, al cual alude en *Musketaquid* para advertir que «las cosas que hay que hacer de manera inmediata son harto triviales, y podría posponerlas todas para oír cantar a este grillo». Ver la realidad no significa meramente darse cuenta de lo que nos rodea tal como es sin telarañas ni tragaluces que nos hagan deformar o tergiversar lo que existe; hay una realidad más allá de ese plano cotidiano y en realidad intrascendente con el que están repletos nuestros días. Así: «El hecho más glorioso de mi experiencia no es algo que he realizado o que deseo poder hacer, sino un pensamiento, una visión o un sueño efímero que he tenido. Cambiaría toda la riqueza del mundo, y todas las gestas de los héroes, por una sola visión verdadera».[68] Sin embargo, tras estas líneas que podrían interpretarse con una apología de la vida contemplativa e interior, sin asumir las prisas con las que se mueve la sociedad y negando todo tipo de costumbres estandarizadas, se interroga a él mismo cómo puede él, un simple fabricante de lápices, comunicarse con los dioses sin volverse loco.

Una respuesta plausible, siguiendo las huellas de su pensamiento diseminadas en la llanura de sus libros, sería adoptar la actitud mental oportuna para ofrendar lo mejor de nosotros a la deidad de la mitología latina Veritas (hija de Saturno y madre de Virtus, la virtud; en la griega, la diosa de la verdad era conocida como Aletheia), aunque, bien pensado, en las fábulas mitológicas destaque, por encima de cualquier elemento, «la facilidad excepcional con la que pueden expresar una amplia serie de verdades».[69] Si fuéramos *lectores* de mitos, si en nuestros años como estudiantes nos hubieran enseñado, como en el Liceo de Concord hizo el profesor Allen, a conocer en su lengua original a los autores clásicos que no cesan de proporcionar lecciones de vida, si nos aplicáramos en ver la verdad de lo que tenemos enfrente, evitaríamos esa sensación esencialmente provinciana, como dice en «Una vida sin principios», consistente en que «no adoramos la verdad sino el reflejo de la verdad; porque estamos pervertidos y limitados por una devoción exclusiva al negocio y al comercio, y a las fábricas y a la agricultura, y cosas semejantes, que son sólo medios y no fines».[70] No hay una auténtica cultura, no hay una hombría de bien, proclama. De haberlas, las personas tendrían más recursos para hacer que ocurriera lo que es completamente justo, que es lo conveniente para todos, como señala en *Musketaquid*, en lo que podríamos

considerar como una definición de lo que debía ser idealmente la democracia, la convivencia social.

«La verdad nunca recrimina la falsedad, su propia franqueza es la corrección más severa»,[71] dice en el mismo libro. Para qué desmentir, pues, la acusación sufrida en el colegio sobre el robo de la navaja de un compañero; la verdad correctora sale siempre a la luz, implacable y severamente, si hay sinceridad en la acción y el pensamiento. Juan dice en los Evangelios que Jesucristo está «lleno de gracia y de verdad», y el propio Hijo de Dios pronunció la célebre frase «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Juan 8:32).

Thoreau, él mismo una suerte de deidad terrenal pagana de la libertad, supo ver en Jesucristo, como había hecho Emerson cuando lo calificó de «agente provocador», al «príncipe de los reformistas y los radicales»;[72] lo hizo hablando del modo en que el cristianismo tenía un sentido humano y práctico, y el Nuevo Testamento presentaba la verdad moral como objeto prioritario. Una verdad, divina y absoluta, objetiva e inmutable, según los parámetros católicos, que en realidad era muy parecida a la que encarnaba e interpretaba Thoreau como lo absoluta y evidentemente contrario al pecado de la mentira, cuyo poder, en cierta forma sobrenatural, mediante la palabra de Dios, llega al fondo del corazón humano (Hebreos 4:12), reformando nuestra vida y encaminándonos hacia los verdaderos valores desde la purificación, desde la revolucionaria radicalidad que para los demás implicaba ser sencillo, austero y sincero hace más de dos mil años en Galilea y Judea —hace más de ciento cincuenta años en Massachusetts—, y desde la trascendencia más íntima.

Trascendentalismo y *carpe diem*

En la vida ordinaria, somos mortales; cuando buscamos la verdad, somos inmortales. He aquí la síntesis del comienzo de «Leer», tercer capítulo de *Walden*. Un mensaje jesuítico, el de la verdad trascendente que conduce a la fe en la vida eterna, firmado por un Thoreau que, en realidad, ha sido etiquetado, con unas maneras simplistas que sin duda le habrían disgustado, de agnóstico —más que de ateo— y visto como un seguidor del panteísmo en el sentido de contemplar en un mismo plano a Dios, el Universo y la Naturaleza.

Con este Thoreau se podrían establecer vasos comunicantes que nos llevarían a un hombre que nació ciento veintiún años más tarde que Jesucristo, Marco Aurelio, quien aún hoy nos envía, con sus *Meditaciones*, una exquisita y franca guía de conducta basada en los principios del estoicismo, la escuela filosófica fundada por Zenón de Citio en el siglo IV a. C.: interioridad inalterable, renuncia a lo que no tiene valor, indiferencia por la fama póstuma, transformar las dificultades en ventajas, no perderse en pensamientos que adelanten preocupaciones imaginarias, vivir conforme a la naturaleza, evitar necesidades superfluas, liberarse de las pasiones, aspirar a la virtud de llevar una vida ética, ser dueño de uno mismo...[1]

Thoreau dice en el fragmento referido que no hemos de temer cambio o accidente alguno si tratamos con la verdad. Marco Aurelio había incidido en esa idea al decir que la verdad nunca ha perjudicado a nadie y que con gusto estaba dispuesto siempre a rectificar si alguien le hacía ver lo erróneo de su pensamiento, y asimismo, que el hombre tiene una sola profesión: ser bueno, algo que se consigue con «las verdades de la naturaleza universal y de la específica constitución del hombre».[2] Para el emperador romano, la naturaleza es todas las cosas, todo lo da y todo lo recibe, una idea que a Thoreau le complacería sin lugar a dudas y que conecta con los postulados del trascendentalismo, movimiento filosófico-literario no sistemático en el que «la verdad se puede percibir a través de la simple intuición, ya que el ser humano no está separado de Dios, que a su vez está presente en la Naturaleza», como explica Mauricio Bach en un librito que selecciona aforismos de Emerson. En él, se hace visiblemente diáfana la interrelación que se establece entre «el hombre —como individuo y como miembro de una sociedad—, la naturaleza y Dios»:[3] los tres ejes del pensamiento emersoniano, que es lo mismo que decir que del trascendentalismo, ya puestos de relieve en su pionero ensayo *Naturaleza*, «obra que se centra en plantear una teoría sobre el universo y en analizar las relaciones del ser humano con la naturaleza».[4] Y casi a todo ello podríamos incorporar la invención de otra diosa, la Intuición, para Emerson la «sabiduría primigenia», el elemento que ejerce de pegamento del yo y lo circundante tangible e intangible.

Fue una intuición lo que trató de explicarle a Blake en una carta de 1854, la de que todavía —sólo le quedaban ocho años de vida—, decía, no había aprendido a vivir, y se temía que tal cosa no iba a suceder pronto. Sin embargo, la fe en lograrlo

a largo plazo le hacía sentirse «un auténtico profeta sin excesivo esfuerzo. Nunca el día es demasiado oscuro, ni siquiera la noche, pues al menos las leyes de la luz prevalecen y consiguen iluminar nuestro entendimiento, si está abierto a la verdad».[5]

Tal filosofía, o fe en el propio devenir, en las propias posibilidades a la hora de autosuperarse, sería inseparable de un optimismo, moderado en Thoreau y expreso en Emerson, que es intrínseco al concepto de trascendentalismo, el cual fluctúa entre ambos lados de la balanza de positivismo y negatividad latente en el hombre hasta inclinar el peso total en la confianza en los principios personales: «La síntesis entre religiosidad e idealismo romántico, entre la visión mística y la lucidez pragmática», apunta Bach, «concediendo al ser humano como individuo un papel central y rechazando tanto los dogmas del puritanismo y el calvinismo imperantes en aquel entonces en el terreno religioso como el racionalismo filosófico que dominó el pensamiento del siglo XVIII en Norteamérica»,[6] sería un perfecto resumen de lo que podemos entender hoy por *trascendentalista*.

Por su parte, R. M. Alfonso indicaría la importancia para Emerson de un mundo conocible tanto mediante los sentidos y la razón como mediante la intuición, lo cual «significa que existen dos realidades. Por una parte, la realidad sensible o material, perceptible y explicable mediante la razón y las ciencias, que son su instrumento; y por otra, la realidad trascendental, alcanzable sólo en parte y gracias a la intuición, y simbolizada a trazos mediante las artes».[7] Una perspectiva idealista que en efecto facilita la creatividad; por algo Thoreau, en su diario de 1841, dice que «si los hombres no fueran idealistas no se habrían escrito jamás sonetos a personas hermosas ni elogios de las dignas».[8] Idealismo a la hora de crear, pero sobre todo de ser, simplemente ser, esforzándonos por corregir aquello que nuestra imaginación inventa como defectuoso, pensando en grande, hacia arriba, mirando al cielo como el árbol busca su mejor atmósfera intuitivamente, como le escribe a Blake en su segunda carta registrada, en 1848.

Este deseo de elevarse, de trascenderse, abriéndose paso entre la maleza de las apariencias y las falsedades, bajo un cielo oscuro de dogmatismos religiosos y opresiones institucionales para llegar a la pradera de la verdad, donde por fin brilla la luz de la libertad, lo llama Thoreau «fuerza irresistible». Es el atrevimiento a *ser* al que debemos dar respuesta, no resistiéndonos a semejante imán que a buen seguro hará del *carpe diem* una manera de contemplar y encarar el nuevo día.

Para ello es necesario desterrar todos los miedos, tener la voluntad de encontrar en nuestro interior la facultad de la valentía, salirnos de nosotros mismos: «Si por un instante conseguimos apartar nuestro insignificante yo, no desear ningún mal, no temer ningún mal, comportándonos sólo como el cristal que refleja un rayo, ¡qué no seremos capaces de reflejar! ¡Qué gran universo aparecerá cristalizado y radiante a nuestro alrededor!».[9] El control de las pasiones, la existencia entendida como ausencia de envidia, posesión o codicia mantiene el equilibio interior. Marco Aurelio había escrito: «Vivir siempre la mejor vida. Es posible si nuestra alma permanece indiferente ante las cosas indiferentes»;[10] y Thoreau expresará a su corresponsal su impresión de que los asuntos cotidianos,

que tanta importancia les confiere la gente de a pie, para él «están más lejos de la realidad que las creaciones de la imaginación. Son realmente esquemáticos e insignificantes —todo eso que generalmente denominamos vida y muerte—, y me afectan menos que mis sueños».[11] Porque la muerte, al igual que en el mensaje cristiano, no tiene que significar el final, ni contradice, más bien potencia, la idea de eternidad.

Somos eternos, siendo mortales, porque «el amor es infinito y eterno; y esta divina influencia también fluye en estas riberas cualquiera que sea la raza que en ellas habite, y quizá siguiera haciéndolo incluso si la raza humana no habitara aquí»,[12] le dice a Blake en su ensayito sobre el amor conyugal que le envía en 1852. La muerte de los amigos no toca los cementerios, pues el recuerdo de ellos, «cubierto de unos pensamientos sublimes y agradables»,[13] nos inspirará como sus vidas, explica en *Musketaquid*, en unas páginas donde además relaciona la verdad con el amor, la honradez y la confianza en los demás como una manera de vivir divina y milagrosa, aspectos que colman su *modus vivendi* ideal, consistente en dar nuestro mejor yo para recibir lo mejor del prójimo, configurando esos «momentos de afecto en nuestra relación con los hombres y las mujeres mortales que ninguna profecía nos ha enseñado a esperar, que trascienden nuestra vida terrenal»,[14] que incluso son un anticipo del paraíso.

Defensor de la vinculación entre la vida exterior y la vida interior, Thoreau verá reflejarse la verdadera dicha en quien «observa las leyes terrenales y celestiales en su justa medida», en aquel que, según su nivel, «ni se encorva ni avanza de puntillas, sino que vive una vida equilibrada, acorde tanto a la naturaleza como a Dios».[15] Muy probablemente, una definición de trascendentalismo más afinada como esta dirigida a su amigo no pueda encontrarse entre el maremágnum de sus escritos personales o los que salieron publicados en vida.

En *Walden*, compara al hombre con una serpiente —es, ya decíamos que ahí se concentra todo el Thoreau portátil, en «Economía»— que se mantiene letárgica en el fondo del agua. También nosotros nos empeñamos en permanecer en lo más bajo y primitivo, sin querer sentir la valentía de hacer que broten de nuestro interior lo que da en llamar, líricamente, «la primavera de las primaveras», dándonos cuenta así que podríamos elevarnos a una vida superior.

No es casualidad que, en el segundo capítulo, «Dónde vivía y para qué», Thoreau reflexione, en paralelo a la idea de qué importa dónde nos establezcamos, pues el paisaje ha de irradiar de uno mismo, con respecto a cómo vemos el amanecer de un nuevo día. Como resulta habitual, el entorno adquiere valor simbólico, y le proporciona la idea de que en cada despertar nace la misión de ocupar las horas desde el signo de la moralidad. «Afectar a la cualidad del día: ésa es la mayor de las artes», dice en una inspirada frase que sugiere que no sólo cabe despertarse cada mañana, sino mantenernos despiertos gracias a esa «infinita expectación del amanecer, que no nos abandona ni en el sueño más profundo. No conozco ningún hecho más alentador que la incuestionable habilidad del hombre para elevar su vida por medio de un esfuerzo consciente».[16] El artista que pinta o

esculpe algo bello puede resultar admirable, pero jamás tanto como pintar y esculpir nosotros nuestra mirada moral del mundo.

Por supuesto, no es tampoco casual que en el capítulo titulado «Leyes superiores», hable de ese instinto suyo «hacia una vida superior o, como se suele llamar, espiritual», que comparte con «otro hacia un estadio primitivo y salvaje, y siento reverencia por ambos».[17] Su intimidad con la naturaleza le coloca en esa doble vida intuitiva que el recuerdo en algún momento dado le hace colocarla en un estante idealizado.

En una entrada de su diario de 1851 se rememora de joven, gozando de la tierra como del «instrumento musical más glorioso», gozando de los «éxtasis provocados por las brisas», recordándose además asombrado ante ello. «Me decía —y les decía a otros—: "Siento un placer celestial, divino, absorbente, indescriptible, una sensación de expansión y elevación, y no he tenido nada que ver con ello. Advierto que todo se debe a poderes superiores. Es un placer, una alegría, una existencia que no me he procurado yo mismo".»[18] Hasta la comunión con lo que podríamos llamar Dios era total, pues le hacía sentirse que su creador le estaba perfeccionando, sumiéndole en un estado de embeleso, de ebriedad, como una luz que llega al alma, que la ciencia es incapaz de explicar.

El éxtasis trascendentalista y su armonía con los sentidos y la intuición preponderante alcanza un éxtasis de escritura sensitiva en esta frase perteneciente a *Musketaquid*: «Veo, huelo, saboreo, escucho, siento ese Algo eterno al que todos estamos vinculados, a la vez nuestro creador, nuestra casa, nuestro destino, nuestro propio Yo».[19] Los sentidos, por así decirlo, también cabe entrenarlos, exponerlos al mundo para que el mundo te devuelva la sensación de comunión universal, y así como nos dedicamos a la manutención del cuerpo, le dice a Blake en 1853 reflexionando sobre cómo la vida se complica al ir obteniendo riquezas materiales, deberíamos dedicarnos a «la manutención de nuestra alma, mediante ésta u otra disciplina similar: cultivando las llanuras según los principios adecuados, y haciéndolas tan productivas como una zona de altura».[20] Y entonces hace referencia a la parábola de los talentos de Mateo.

En este evangelio (25:14-30) del Nuevo Testamento, atribuido a un recaudador de impuestos llamado Mateo Leví al que Jesús pidió que fuera uno de sus apóstoles, se cuenta la historia de un hombre que llamó a sus siervos para que se hicieran cargo de su hacienda en su ausencia y a los que repartió talentos «en función de su capacidad», la unidad de medida monetaria de la época antigua. El sentido pedagógico de la parábola es comunicar que Dios otorga talentos —Thoreau juega con la palabra con su acepción equivalente a dones— a los hombres para que los pongan en práctica y que extraigan un rendimiento, simplificado en la anécdota con el significado crematístico de las monedas. El miedo, la cobardía, la prudencia, la inmovilidad, en definitiva de aquellos que no aprovechen tales dones es fuertemente criticada por Jesús. ¿Y no hacía tal cosa Thoreau en *Walden*, en su diario, en las cartas al maestro casadero?

En la misma misiva a Blake, Thoreau se queja de lo rápidamente que calmamos nuestra hambre y sed «¡y cómo nos demoramos en calmar el hambre y

la sed de nuestra *alma*!». No hay nada que reprochar en propiedad a aquel que trabaja todos los días la tierra para mantener a su familia, «pero aquel que trabaja un día al año para alimentar su alma es un hombre extraordinario». A sus ojos, ni los sacerdotes llegan a esta cota espiritual, esos, remarca, que son «llamados hombres de Dios»; de hecho, «sólo aquel hombre que consigue *mantener* su alma es un hombre verdaderamente práctico y emprendedor. ¿Acaso no tienen los hombres una vida eterna por conseguir?».[21] Lo que pasa es que la eternidad no hay que esperarla en un mañana divinizado, no es el viaje del alma homérico; la eternidad, la transcendencia, ocurre en el hoy, en el ahora, en este mismo instante.

No es preciso buscar en el día siguiente porque no existe aún, y el pasado únicamente es mero recuerdo; no hay tierra donde ir, y sólo buscan otra los tontos —¿habéis oído, colonizadores del Oeste, buscadores de oro?, les gritaría viéndoles alejarse hacia su El Dorado formado de humo—; ya pisamos una, y depende de lo buen campesino que uno sea para aprovecharla, pues de lo contrario, si se elige otro camino, nos esperarán una sucesión de lamentos. Así lo expresa en el diario de 1859, en un párrafo digno de llevar como lema cotidiano: «¡Ahora o nunca! Debemos vivir en el presente, lanzarnos con cada ola, encontrar nuestra eternidad en cada momento».[22] ¡Despierta!, le dice a Blake jugando con la rima fácil con su apellido: «Blake! Blake! Are you awake?», ¿está despierto? «¿Se da cuenta de lo gloriosa que es la mañana, de la irrepetible y esperada oportunidad que se les ofrece ahora de conseguir vida y sabiduría?»[23]

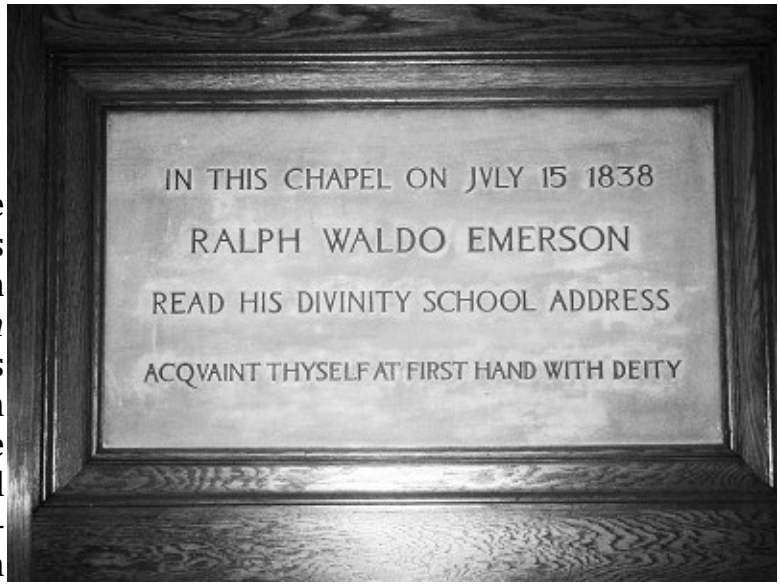
No basta con despertarse; hay que seguir despiertos durante el día, vivir despiertos; sólo así es posible darnos cuenta de que la naturaleza nos está felicitando y de que por eso nada más ya estamos bendecidos, de que la mayor de las ganancias nos está esperando y no es la que piensan los demás.

Sí, hablamos de aspirar a una «realidad más elevada» que ni siquiera tal vez se haya verbalizado antes, porque se trata de una cosecha intangible e indescriptible «como los matices de la mañana o de la tarde. He cogido un puñado de polvo estelar, un segmento del arco iris», dice en *Walden* al hablar de las «leyes superiores»,[24] y en la que será la penúltima frase del libro, dentro de su «Conclusión»: «Sólo amanece el día para el que estamos despiertos».[25] Tener conciencia de ello nos acercará a la sabiduría, sin estar a merced de la alternancia de sombras y luces que muestra nuestro estado anímico, parece sugerir en *Musketaquid*. Ahí habla del «paisaje del alma», espejo del paisaje de la naturaleza cuya vivencia nos debería recordar de continuo que nos encontramos en deuda por cada momento de alegría que disfrutamos.[26]

El contacto directo con la realidad que se abre al despertar es lo que había promulgado Emerson, en pos de romper con la tradición de la religión unitaria y a lo que se adherirían el resto de trascendentalistas, una «peculiar tribu» que no se caracterizarían por «la perseverancia en la ortodoxia» ni «por el prudente ejercicio de la virtud», sino por el «propio impulso individual hacia la comunión con dios o la naturaleza», explica Casado da Rocha. «Eran, en efecto, una secta de panteístas: creían que dios y la naturaleza, espíritu y materia, son una y la misma cosa.» Herederos de la visión de los poetas románticos ingleses que tanto admiraban —

Emerson, en su primer viaje a Europa, incluso llega a encontrarse con Coleridge y Wordsworth, en 1833, cuando ya llevan muertos alrededor de diez años Keats y Shelley—, «celebraban la introspección, la soberanía del individuo, la humanidad y la belleza natural». Una belleza, de colorido y formas, que pasa por delante de nosotros a diario y que nos pasa desapercibida, escribe Thoreau en su cuaderno de 1860.

*



No puede por un instante sorprender que los presupuestos trascendentalistas supusieran en su tiempo una *provocación radical*, por decirlo con términos que ellos relacionaron con la fuerza reformadora —la que tiene que ver con la mentalidad y, por consiguiente, la acción— de tinte jesuítico. Cómo iban a escuchar con calma los responsables de la Facultad de Teología el discurso de un Emerson que decía que hay un dios en cada alma humana, por lo que «toda autoridad externa desaparece; a cada uno le basta su profunda y secreta divinidad», en palabras de Casado da Rocha: «Sus sentimientos religiosos se expresaban tanto en la contemplación de la naturaleza como en la creación artística; como los antiguos, veneraban su buen genio, esa pequeña divinidad personal que les dice qué hacer y, sobre todo, qué no hacer».[27] Este *no hacer* es clave, pues al grupo del Club Trascendentalista que solía reunirse los miércoles en casa de Emerson y al que acudían Thoreau, Alcott, Margaret Fuller, George Ripley (en la casa de éste en Boston habían empezado las reuniones), Theodore Parker o Henry Hedge, entre otros, les unía la potencia del hacer moral, que buscaba evitar individualmente lo que estaba minando colectivamente el progreso espiritual de Estados Unidos.

Otro país era posible, y esa potencialidad había provocado la aparición de experimentos comunitarios en los que, como ya vimos, ningún trascendentalista acabó en confiar pese a interesarse inicialmente por su modo de vida. Las utopías sociales eran un ejercicio bienintencionado, como la del padre del cooperativismo, el socialista francés Charles Fourier (1772-1837), un adelantado a su época por su apuesta por criticar mordazmente el capitalismo y la industrialización, reclamar un lugar igualitario para la mujer e incluso atacar los convencionalismos que atañían a la monogamia o a la idea tradicional de la familia.

Ejemplo de cómo sus ideas calaron hondo en Estados Unidos son las llamadas

«comunidades intencionales» que se fundaron allí, como La Réunion, en Dallas, en 1855, por parte de colonos suizos, belgas y franceses, que consiguieron alargar el proyecto durante un año y medio, y La Falange Norteamericana —relativa a *falanges* o *falansterios*, es decir, comunidades autosuficientes en las que cada cual trabajaría según sus capacidades y que eludían el concepto de cualquier tipo de propiedad—, en Nueva Jersey, la cual acabaría siendo la más longeva de las treinta asociaciones fourieristas (trece años) que se irían implantando sobre todo por el Este, en estados como Ohio, Nueva York, Wisconsin, Indiana, Illinois o Pensilvania, durante la década de los cuarenta.

Las ideas de Fourier, encaminadas a proporcionar al ser humano un lugar donde organizarse para obtener felicidad y justicia, fueron introducidas en Norteamérica de modo muy intenso por el acaudalado Albert Brisbane, gracias a algunos de sus libros, como *El destino social del hombre*, de 1840, a sus artículos semanales con los que colaboraba en el periódico *New York Tribune* o al periódico que fundó él mismo, llamado *The Phalanx* (La Falange), después de que un viaje a Europa doce años antes lo pusiera en contacto con Fourier y otros ideólogos reformistas. Así, las *brook farms* se extendieron por un país que tenía varios frentes abiertos en los que la noción de *reforma* tenía un valor preponderante, a la cabeza, por supuesto, la militancia abolicionista a la que tanto se dio la familia de Thoreau y otros amigos e intelectuales de Concord.

En cualquier caso, ninguna iniciativa de esta clase serviría a efectos de sensibilizar a las instituciones y gentes que componían una nación tan vasta y diversa como la estadounidense, dado que «toda reforma comienza en la mente de los individuos», apunta Casado da Rocha, «cuando deliberan y finalmente se resuelven a mejorar a fondo su vida».[28] El hombre tenía que mirar el cielo de América en busca de ver simbolizada, en las estrellas luminosas, «la elevación que la filosofía, la poesía y la religión de sus moradores podrá alcanzar algún día», decía Thoreau en «Caminar». «Quizá el cielo inmaterial llegue a parecerle por fin a la mentalidad americana mucho más elevado, y los indicios que lo constelan mucho más brillantes, pues considero que el medio tiene ese efecto sobre el hombre. Con tales influencias, ¿no es razonable pensar que el hombre alcanzará una mayor perfección tanto física como intelectual?»[29] Palabras que, en verdad, denotan otro tipo de utopismo: la fe en que un día

> lleguemos a ser más imaginativos y nuestros pensamientos lleguen a ser más claros, más frescos y más etéreos, como nuestro cielo; y nuestros conocimientos más amplios, como nuestras praderas; y nuestro intelecto de mayor alcance, como nuestros truenos, nuestros relámpagos, nuestros ríos, nuestras montañas y nuestros bosques; e incluso nuestros corazones más amplios y profundos, como nuestros lagos.[30]

Tener esta mentalidad implica considerar la mente como un «santuario». Es el término que emplea en «Una vida sin principios» cuando habla de la manera en que el hombre se ha profanado a sí mismo. Usar la mente para lo que merezca la pena solamente, y comportarnos con la inocencia e ingenuidad propia de los niños

siendo, a la vez, adultos en el sentido de tener la responsabilidad de ser nuestros propios guardianes:[31] he aquí el quid para conseguir equiparar nuestros pensamientos e imaginaciones a la claridad del cielo, a la amplitud de las praderas. Armonía, pues, del alma y la mente con la naturaleza y el universo. Trascendentalismo.

La edad no importaba, porque la experiencia y el conocimiento eran relativos; es más, Thoreau habría acogido con una simpatía infinitamente más grande un consejo de un niño que de un anciano. Un bebé le parecía más venerable que una persona mayor, dice en *Musketaquid*, en un pasaje en el que precisamente, al preguntarse sobre la juventud de un bebé, relativiza el paso del tiempo, haciendo hincapié en que sólo vivimos esa época llamada presente y que todo lo nuevo no es más que algo viejo en cuanto nuestros sentidos lo han percibido plenamente.[32]

Ya vimos la «tierna firmeza», en palabras de Emerson, con la que al pequeño Waldo le encantaba ser tratado por Thoreau. Y el resto de los hijos del filósofo le iban a la zaga. Allá por 1859, explica Baker, después de tener que hacerse cargo de la fábrica de lápices tras la muerte de su padre y tener una nutrida racha de conferencias, además de ser requerido para la supervisión de un proyecto para sembrar un nuevo bosque en Concord con cientos de pinos y alerces, Thoreau también estaba muy solicitado entre los niños Emerson, «a quienes hacía visitas paternales con regularidad; ayudó a Edith con un jardín de flores silvestres, a Eddy a reunir y clasificar huevos de pájaro y especímenes de plantas». Destaca asimismo la anécdota de cuando Eddy construyó un iglú en el jardín y «el tío Henry pasó a verlo para probar la acústica de las voces a través de la nieve».[33] Waldo ya había muerto, Eddy (Edward Waldo) se convertiría en físico y escritor tras estudiar medicina en Alemania y Londres —moriría en 1930— y, tal vez, la influencia de Thoreau sería fundamental para decir que las mejores medicinas eran «el calor, el fuego, el aire libre y los paseos»;[34] y Ellen, que se llamaba así en homenaje a la primera mujer de Emerson, muerta de tuberculosis a los diecinueve años, ya tendría la veintena.

Las relaciones con los adultos por parte de Thoreau serían itinerantes, incluso con el propio Emerson, con el que empezaría a disentir sobre muchos temas que los acabarían por distanciar, pero al parecer su entrega por los niños no había descendido ni un ápice. Años atrás, en 1852, el estudiante que había ido a visitar al sabio de Concord para preguntarle por el mejor sitio donde estudiar, John Albee, que ni siquiera entendió bien el nombre de la persona al que acababan de presentarle, un tal Turó o Toró, como registra Baker, escribió en su diario cómo aquella tarde, tras merendar, «"se dedicó por entero a los niños Emerson, que lo trataron como a un hermano mayor muy querido". Albee recordó durante mucho tiempo a Thoreau inclinado sobre la chimenea, flanqueado por las hijas de Emerson, Ellen y Edith, de trece y diez años. Hacían palomitas de maíz, y Thoreau parecía tan encantado como ellas "cuando estallaban los granos de cereal"». Un afecto que fue, ciertamente, constante y absoluto, como refiere el crítico con este otro ejemplo:

A Ellen le gustaba recordar cierta ocasión en que Lidian, preocupada por sus gallinas cuando hacía frío, se quejó de la injusticia y tiranía que suponía tenerlas encerradas y lejos del jardín. «El señor Thoreau les hizo entonces unos bonitos zapatitos de piel de vaca que les cabían perfectamente y llevaban atados a sus esbeltos tobillos, y así al menos podían pasearse por el jardín» en las temporadas más frías.[35]

Thoreau había llegado a decir que sus intereses y los de los niños con los que jugaba eran los mismos. Así mismo se lo escribió a Ellen en 1849, cuando ésta se fue a casa de su tío William, en Staten Island, para recuperarse de una enfermedad durante ese verano, y recibió una carta del tío Henry gracias a la cual, también, podemos descubrir que estuvo presente en el que había sido el quinto cumpleaños de Eddy: «… y serví a los presentes cebolla y pipas de calabaza, y silbatos de ruibarbo, que es lo máximo que puedo hacer en semejantes ocasiones».[36] Más adelante, en *Walden*, hablará de los visitantes que recibía con gusto en la cabaña, entre ellos, los más alegres, los niños que iban en busca de arándanos.

Thoreau admiraría cómo los más pequeños se limitan a vivir lo que están haciendo en ese preciso instante, y nada más. «Todo se hace cuando debe hacerse y no hay tiempo que perder. El pájaro empolla sus huevos cuando debe y luego se va»,[37] escribe en su diario de 1852 después de observar un nido en el que una oropéndola alimentaba a sus polluelos días atrás y que ya estaba vacío. Ni siquiera el *carpe diem* de Thoreau es teórico, siempre tiene un asidero con lo contemplado, lo comparado con la naturaleza.

El río donde va a pescar en Walden Pond le hará reflexionar sobre la corriente de agua que se desliza, que es el tiempo, mientras que la eternidad es lo que permanece; y así como la lluvia incrementa los matices verdes de la hierba, «nuestras perspectivas brillan con el influjo de mejores pensamientos». A lo que ayudaría «si viviéramos siempre en el presente y sacáramos ventaja de cualquier accidente que nos ocurriera, como la hierba, que acusa la influencia del más ligero rocío que cae sobre ella, y no pasáramos el tiempo tratando de reparar las oportunidades perdidas, a lo que llamamos cumplir con nuestro deber».[38] Absurdo es avanzarse al mañana: «Vive en cada estación según llega. Respira el aire, bebe lo que haya para beber, prueba la fruta y resígnate a la influencia de cada uno de estos elementos», se dice en el diario de 1853, recordando sin duda su experiencia en la laguna en una época por otra parte en que estaría revisando las últimas versiones de *Walden*. «Abre tus poros y báñate en todas las mareas de la naturaleza, en todos sus arroyos y océanos, en todas las estaciones. Pues "naturaleza" es sólo otro nombre para salud, y las estaciones son sólo distintos estados de salud.»[39]

Esta idea se prolongará durante esa misma década. En 1859, habla de cómo la salud hay que medirla en función de la simpatía con la que recibamos «las mañanas y la primavera», y no convendría olvidar a este respecto que estamos hablando de un hombre enfermizo que se expuso a los climas más extremos durante toda su vida a ras de suelo o agua sin temor a empeorar o contraer nuevas dolencias.

En este sentido, vivir el presente también constituye una actitud que revela nuestra salud interior, y ciertos síntomas relacionados con ello revelan nuestro grado de *enfermedad*, de moribundos en vida: «Si no hay nada en ti que reaccione ante el despertar de la naturaleza —y si la perspectiva de un paseo a primera hora de la mañana no te lleva a prohibir el sueño, o si el gorjeo del primer azulejo no te llena de emoción—, debes saber que ya has dejado atrás la mañana y la primavera de tu vida. Y será mejor que empieces a tomarte el pulso».[40]

El tiempo es *ahora*, afirma en otro libro abierto al paisaje, *Musketaquid*, y al comienzo de *Walden* ya expresará su visión del paso de los días instalándose en «el cruce de dos eternidades, el pasado y el futuro, que es precisamente el momento presente».[41] Lo importante es conformarse con ello, interiorizar aquella célebre alocución latina —*Carpe diem, quam minimum credula postero*, «aprovecha el día, no confíes en el mañana»— del poeta Horacio (muerto ocho años antes del nacimiento de Jesús), que en el poema 11 del libro primero de sus *Odas* se dirige a un destinatario al que le dice que no se pregunte cuánto tiempo le espera de vida, que lo mejor es aceptar cualquier cosa que suceda, tanto si los dioses le conceden muchos inviernos como si está viviendo el último, y que no hay que depositar grandes esperanzas en el espacio breve de la existencia porque, mientras ellos están hablando, el tiempo ya habrá huido.

La circunstancia general de la *vita brevis*, y más en propiedad en el terreno que nos movemos, de la expresión del médico griego Hipócrates (siglos V-IV a. C.) *ars longa, vita brevis* (la vida es breve; el arte, duradero),[42] se hace particularmente interesante en una vida entregada a la escritura como es la de Thoreau, que dijo en su diario de 1852: «Si eres escritor, escribe como si tu tiempo fuera escaso, pues incluso el más prolongado es breve. Aprovecha cada ocasión en que tu alma esté colmada, apura la copa de la inspiración hasta las heces, no temas ser intemperante en eso. Llegará el momento en que lamentarás las oportunidades perdidas». Sólo hay que mirar el eterno ciclo de las estaciones para darse cuenta de tamaña obviedad: «La primavera no dura siempre. Esas temporadas fértiles y extensas de tu vida, cuando la lluvia llega a las raíces, cuando tu vigor brota, cuando se abren las flores, serán cada vez más escasas y esporádicas».[43]

En «Caminar», su particular apología, entre otras cosas, de la libertad absoluta y salvaje de la naturaleza en contraste con la supuesta libertad y cultura de los hombres que viven en la civilización, también tiene algunos pensamientos sobre, por decirlo con otra clásica expresión latina, el *tempus fugit*, «el tiempo vuela» extraído de un verso de las *Geórgicas* del poeta latino Virgilio (siglo I a. C.): «Por encima de todo, no podemos permitirnos el lujo de no vivir en el presente. Bendito entre todos los mortales quien no pierde un instante de esta vida fugaz recordando el pasado».[44] Y algo equivalente le dice a Blake en torno a verse sin recursos para comprender la sociedad, la naturaleza o Dios, pero teniendo claro que se respeta a sí mismo en su fe y aspiraciones: «Soy, simplemente, lo que soy, o comienzo a serlo. *Vivo* en el *presente*. El pasado es sólo un recuerdo para mí, y el futuro una anticipación».[45] Thoreau sabe, y con eso tiene bastante, que *es*, percibiendo que su existencia constituye el resultado de *otro* más sabio que, pese a ello, siente como

su igual.

Estas líneas, pertenecientes al inicio de su intercambio epistolar en 1848, tendrán su continuación cinco años más tarde: «La vida es tan corta que no merece la pena perder el tiempo dando vueltas innecesarias, aunque sólo sea con las palabras, ni podemos desperdiciar mucho tiempo a la espera».[46] No es tarde, sin embargo, para rectificar; por mucho que nos demoremos en tener la mentalidad y la actitud adecuadas para aprovechar el instante y el día avance a su ocaso, semejante descubrimiento nos dará la sensación de que es temprano en la mañana.

Es imposible saber si el año próximo nos irá mejor o peor que el pasado. Dejemos esta clase de temores o vaticinios estériles; resulta más aleccionador oír cómo las campanas tañen a lo lejos anunciando el deceso de alguna persona. Este sonido fúnebre procedente de la iglesia armoniza perfectamente con los sonidos de la naturaleza, dice Thoreau en su diario de 1857, al evocar «la idea de que el hombre ha de morir en esta vida antes de apreciar sus oportunidades y la belleza de la morada que se le ha asignado».[47] En nosotros estará la posibilidad de dejar de tener un «espíritu imperfecto», tendente a sufrir penas cuya oscuridad puede disiparse «si dejamos entrar una luz más potente»,[48] como escribe en *Musketaquid*.

El hombre, si tiene voluntad, podría no obstante trascender esta situación de fugacidad, sintiéndose inmortal al naturalizarse:

> Los hombres aún no viven, en ningún lugar del planeta, ni en Oriente ni en Occidente, una vida *natural*, a cuyo alrededor crezca la vid, a la bondadosa sombra del olmo. El hombre la profanaría con su mano, de suerte que la belleza del mundo permanece velada para él. No sólo necesita ser espiritualizado, sino *naturalizado*, sobre el suelo de la tierra. [...] La inmortalidad de su vida haría inmortal su morada. Los vientos serían su aliento, las estaciones sus estados de ánimo, y podría impartir serenidad hasta a la propia Naturaleza. Sin embargo, el hombre que conocemos es efímero como el paisaje que le rodea, y no aspira a una existencia duradera.[49]

En el libro de su semana en los ríos se muestra así de lírico y místico, pero en el diario el apunte es más espontáneo y franco. En 1851 afirma estar convencido de que los hombres no usan su tiempo de la manera adecuada. ¿Cómo es posible que, ante el misterio de la vida, no haya la suficiente curiosidad como para «entregar la vida al descubrimiento de lo divino que hay en la naturaleza»?[50] Y al año siguiente registra la sensación de cómo su vida participa del infinito, de cómo le pide a cada amanecer cosas nuevas para hacerse digno de sí mismo, para trascender su rutina y la de sus vecinos, logrando «que la inmortalidad penetre en la *calidad* de mi vida diaria». Con ello, pagará, dice metafóricamente, el impuesto más alto de Concord, pero será el que más lo disfrutará.[51]

Ese impuesto no será otro que el de apostar por una vida que dote al espíritu del bien supremo, la tranquilidad, accesible si uno despierta y se toma las cosas despreocupadamente, como un poste de la cerca que absorbe el frío y la humedad, como le dice a Blake[52] en la carta en la que le reclamaba, haciendo un juego cacofónico con su amigo, que despertara y sintiera lo glorioso del amanecer. En ese

momento empieza la solución a todos los asuntos, en el estricto presente, y muchas veces la respuesta está *fuera* —en la naturaleza, en cierta forma, fuera de uno mismo, lejos del confort del hogar o la sociedad—, donde uno puede tomar distancia de la realidad, relajarse sin tener un propósito para vivir por el bien de la salud, escribe en el diario de 1852, viéndose a sí mismo en la vida presente compuesto de una parte mineral, de una parte vegetal y de una parte animal.

Es por esta conectividad de su yo humano con esos tres reinos de la biología básica que Thoreau es un defensor de todo lo viviente, un preservador de la fauna y flora: «Toda criatura está mejor viva que muerta, ya se trate de hombres, alces o pinos, y quien lo comprenda debidamente preferirá preservar su existencia, más que destruirla»,[53] escribe en *Los bosques de Maine*, en un pasaje en el que se pregunta sobre las labores de los leñadores, los pescadores de ballenas o los cazadores de elefantes en el sentido de que los primeros no ven los árboles sino la madera, los segundos no ven al cetáceo sino su aceite, y los terceros no ven al paquidermo sino su marfil.

Pero qué complicado preservar la vida humana en pleno siglo XIX, sin las aportaciones de la medicina y las condiciones de higiene urbanas y domésticas que mejorarán de forma progresiva la salud —no queda más remedio que añadir «corporal» para no emplear un término que Thoreau emplea bajo otra dimensión, como hemos visto—; por más que otro hombre de aquel tiempo, el también enfermizo Stevenson, volcara toda su sabiduría del vivir en esta frase del ensayo «*Aes triplex*», título inspirado en un verso de otra oda de Horacio en la que se habla de «una triple coraza de bronce»: «Si nos detenemos a pensar en la muerte ¿quién encontrará el coraje suficiente para vivir?». El autor escocés propugna una vida que mire hacia delante, con impetuosidad y libertad, en vez de una en la que se pierda el tiempo con sentimentalismos y arrepentimientos, lo que redundará en que esa clase de hombres serán un buen amigo y por tanto un buen ciudadano, pues nadie quiere tratar con cobardes.[54]

Thoreau estaría de acuerdo en destacar a aquel que va con el corazón en la mano y que actúa de forma gallarda y hasta jubilosa, verdadera, y con el amante de la vida que no se arruga y sigue adelante, como escribe Stevenson; incluyendo todo ello en el plano literario, con el ejemplo del Doctor Johnson, que en absoluto se planteó «sus limitaciones de mortal» cuando fue preparando él solo un *Diccionario de la lengua inglesa* —algo que su biógrafo James Boswell destaca como una heroicidad—, compuso cien versos en un día —caso de su poema *La vanidad de los deseos del hombre*—, se propuso dominar el latín, el francés y el italiano, y llegó a editar toda la obra de Shakespeare, entre otras muchísimas tareas intelectuales pese a las cuales el propio escritor sintió cometer el pecado de la pereza, trabajando sólo unas horas porque dedicaba la tarde a pasear por Londres, según él el mejor lugar del mundo, y la noche a acudir a una taberna a beber vino. ¿Cómo pensar, añade el escocés, en planificar la escritura de una gran obra pensando que Charles Dickens o W. M. Thackeray dejaron algunas inacabadas?

«Y es que a fin de cuentas, ¡qué tristes y qué lamentables son todas estas nimiedades!», sigue apuntando Stevenson, aquí discípulo de un Thoreau que

cuando el artículo se publicó en una revista londinense, en 1878, llevaba dieciséis años muerto. «Renunciar a todo lo que ofrece la vida a cambio de un salón con la temperatura regulada es igual que morir cien veces durante diez años seguidos. Es como morir en vida, pero sin sentir siquiera la triste inmunidad que da la muerte. Es como morir siendo el paciente espectador de nuestro propio y lamentable cambio.» El autor de *La isla del tesoro* sabía muy bien de lo que hablaba cuando añade unos renglones más adelante: «Es mejor perder la salud siendo derrochador que malgastarla siendo un tacaño. Es mejor vivir y llegar al término de la vida que morir a diario enfermo, encerrado en una habitación».[55]

Ése debía de ser el gran consuelo al que agarrarse en un tiempo en el que la media de la esperanza de vida no solía pasar de los treinta años debido a la altísima tasa de mortalidad infantil: vivir la vida intensamente, para no llegar al final con la percepción de no haberle sacado todo su intríngulis. Esta aciaga estadística sobre los más pequeños la sufrió en sus carnes Emerson en 1842, pero también el *tío* Henry, con la enfermedad mortal del risueño Waldo; el mismo mes, además, como ya se puso de manifiesto capítulos atrás, en el que fallecía John Thoreau, de tétanos, a los veintisiete años, dejando a Henry como una «hoja marchita» (diario del 16 de enero de 1843), tan traumatizado «que incluso se puso enfermo "por simpatía", con síntomas similares al tétanos, como rigidez de mandíbula y espasmos musculares», como apunta Andrea Wulf.[56] De modo que en aquellos tiempos es fácil decir que la muerte era una presencia constante e imprevisible que sorprendía en las situaciones más anodinas, en cualquier lugar y a cualquier edad, haciendo bueno el aserto del autor tan admirado por todos los trascendentalistas, Michel de Montaigne «Es incierto dónde nos espera la muerte; esperémosla por todas partes», como dijo en su texto «Que filosofar es prepararse a morir».[57] Muerte de enfermedades letales que, una vez entrados en el siglo XX, acabarían siendo de fácil solución en el llamado «mundo desarrollado», pero también muertes igualmente espantosas que fueron producto de medios de transporte siniestrados, caso del naufragio del barco que traía de vuelta desde Europa a Margaret Fuller, en 1850.

La imagen es tremendamente trágica: en la costa de Nueva Jersey, bien cerca de tocar tierra, hasta el punto de que la gente la pudo otear aún viva, estaba la escritora sentada al pie del trinquete. Había estado viviendo en Italia —Emerson había estado carteándose con ella desde Londres—, comprometiéndose con la revolución que llevaría a la unificación del país e incluso escribiendo un libro sobre ello que se perdió, junto a su recién marido y su bebé. Thoreau, a instancias de Emerson, acudirá al lugar del desastre, para intentar recuperar el cadáver y sus efectos personales, entre ellos un abrigo al que Thoreau arrancó un botón para quedárselo como recuerdo de su amiga; Emerson encabezaría un proyecto de libro como homenaje a Fuller que también tendría a Channing y James Freeman Clarke como editores —compañero de Harvard y trascendentalista, este teólogo, abogado de derechos humanos y abolicionista era frecuente colaborador de *The Dial*— y que se publicaría en dos volúmenes en 1852.

Las personas próximas a Emerson, aquellos excéntricos de los que habla Baker

en su libro, irían así desapareciendo prematuramente, sin que tal cosa le hiciera perder su costumbre de mirar sólo hacia delante, de seguir teniendo la ilusión de que la bondad tendría que imponerse sobre la maldad, que este mundo nuestro no es malo si nos atenemos al ámbito de nuestra jurisdicción, los diez o doce seres a los que amamos y hacen que nos despertemos animados, sin conocer al resto de treinta millones de individuos que habitan el país. Él sobreviviría a casi todos sus colegas de letras —menos en casos como el de Alcott, que muere en 1888, o Channing, en 1901—, y falleció apaciblemente después de contraer un catarro por salir a pasear sin abrigarse y con lluvia, estando sólo dispuesto a guardar cama el último día, el 27 de abril de 1882.

Acababa así una larga vida en cuyo entorno la muerte había salido al paso de buena parte de su familia y amigos, muy pronto y de modo fulminante. La tuberculosis había llevado a la tumba a uno de sus hermanos, John Clarke, con tan sólo ocho años, y también iba a matar a su padre muy joven, convirtiendo al primogénito y mayor de cinco hermanos, William, el prominente juez en Nueva York que recurrirá a los servicios docentes de Thoreau, en el cuidador de toda la familia; esa misma dolencia asaltará a la que será la primera esposa de Ralph Waldo, aunque sólo durante un año y medio tras celebrarse la boda, Ellen Tucker, en 1831; la misma que fulmina a otro de sus hermanos en 1834, Edward, de veintinueve años —un dotadísimo estudiante en Harvard y abogado en Boston que necesitó que le pusieran camisa de fuerza una vez en 1828, hasta acabar ingresado en el mismo sanatorio que su hermano Bulkeley, enfermo mental—, sin que el clima de Puerto Rico pudiera hacer nada por él y su tuberculosis; Charles, el más joven y al que Emerson admiraba profundamente por su gran afabilidad, que había acompañado a Edward a esa isla caribeña para mejorar de sus frecuentes y peligrosos catarros, tendrá también un fin cruel: morir en Salem en 1835 por un resfriado, cuando estaba a las vísperas de casarse sin tampoco alcanzar la treintena.

Cómo no restringir nuestras fe y esperanza vitales en lo único que existe, el ahora, cuando las noticias funestas llegan sin cesar. Ya dijimos que Helen Thoreau desaparece en 1849, a los treinta y siete años. Tres años más tarde, la hermana más joven de Hawthorne, Louisa, sufrirá un percance similar al de Fuller cuando se incendia el barco de vapor en el que viajaba por el río Hudson y en el que venía procedente de pasar las vacaciones de verano en Saratoga Springs, en casa de uno de sus tíos; morirá a los cuarenta y cuatro años al tirarse al río, tratando de escapar de las llamas, una desgracia que es devastadora para Hawthorne y su esposa. Aún más joven, veintidós años tan sólo, era Elizabeth, hija de Alcott, que en 1858 fallecía mientras dormía, tras negarse a recibir más medicación después de un año enferma de una escarlatina contraída cuando ayudaba a una familia pobre alemana, un dato éste que ya prueba cómo había inspirado a su hermana el personaje de Beth March en *Mujercitas*; los portadores del féretro serán, entre otros, Emerson, Thoreau y Sanborn, en el cementerio de Sleepy Hollow, que precisamente había inaugurado Emerson en 1855 con un discurso en el que habló de la inmortalidad y que había sido diseñado por dos importantes arquitectos de

paisajes —colaborarán también en el Central Park neoyorquino— a partir de las ideas de los trascendentalistas en cuanto a las partes ajardinadas, respetando la naturaleza original para rodear y honrar a los muertos, y escultóricas.

Al año siguiente de enterrar a la malograda Elizabeth, es Bulkeley Emerson quien pierde la vida, a los cincuenta y dos años, tras tres meses enfermo; se acababan con gran tristeza así, apunta Blake, treinta años de preocupaciones para Ralph Waldo, que lo acogía en su casa en días señalados y le ayudaba con las gestiones de los asilos psiquiátricos en los que tenía que estar ingresado por arrastrar una larga enfermedad mental. El funeral se celebra en la casa de Emerson, haciéndose cargo de todo Thoreau, y se le sepulta en Sleepy Hollow. Él mismo arrastraba considerables problemas de salud por esas fechas que aún no acababan de disiparse: en la primavera de 1855 un trastorno de la circulación sanguínea había afectado a sus piernas, lo cual no le disuadió de seguir adelante con sus habituales caminatas e incluso escaladas en las montañas.

Su aspecto físico estaba sufriendo asimismo una transformación digna de remarcarse, como leemos en *Emerson entre los excéntricos*: «… se dejó "patillas Galway", que le llegaban hasta el mentón, con la intención de prevenir las infecciones de garganta, y en septiembre de 1857, como para rendir homenaje al advenimiento de su cuarenta cumpleaños, se había dejado una barba que, según Ellery, era "terrible de ver"».[58] Al fin, el declive inexorable de salud empezará en diciembre de 1860, al coger un fuerte catarro que derivará en bronquitis tras estar de cuclillas en la nieve contando los anillos de un nogal talado para un estudio sobre la reproducción forestal, el comienzo de lo que acabará con él en mayo de 1862, apenas con un hilo de voz, con una actitud estoica y valiente ante el final que le tenía reservado el destino a sus cuarenta y cuatro años.

Fanny, la esposa de H. W. Longfellow —quien intimó sobre todo con Hawthorne, y solía acudir a las reuniones de escritores en Concord desde Cambridge en tren y, también, al llamado Club de los Sábados creado en 1856, una idea de Emerson con la que congregaba una vez al mes en Boston a sus amigos para cenar—, tuvo la desgracia de ver cómo se incendiaba su vestido mientras manipulaba cera caliente, al parecer sellando una carta. El propio poeta se quemó los brazos y la cara intentando socorrerla en vano, pues entraría en coma y moriría al día siguiente, 10 de julio de 1861 (la primera mujer de Longfellow había muerto en Róterdam, tras padecer un aborto, en 1835).

Por todas partes, la incierta muerte, de modo que ¿cómo no esperarla en el lugar y momento menos pensados, con una navaja de afeitar en la mano, yendo en barco por el río, resfriándose en la bondadosa naturaleza o echando una mano a una miserable familia que padece dolencias infecciosas, por no hablar de los contagios en los hospitales donde se curaban o morían los soldados durante la guerra civil y en los que vieron atrocidades Whitman, Ellen Emerson y Louisa May Alcott, que enfermó por culpa de ello de fiebre tifoidea y pulmonía pero se salvó pese a sus delirios y alucinaciones?

En 1863, William Emerson hijo, uno de los sobrinos por tanto de Ralph Waldo, enferma en febrero y muere al cabo de pocos días tras llevar casado catorce

semanas; poco después, en mayo, Hawthorne, que estaba de viaje con su amigo el presidente Franklin Pierce para recuperar su delicada salud en Nuevo Hampshire, muere en un hotel de Plymouth, supuestamente mientras dormía; una muerte solitaria como la alusión de Emerson en su diario pocos días después de asistir a su funeral en el mismo cementerio de Concord: «Me pareció percibir un elemento trágico en el acontecimiento… en la dolorosa soledad de ese hombre que, supongo, no pudo soportar más y murió de ello».[59] A lo que añade que tal muerte le ha supuesto una decepción, una sorpresa, por cuanto confiaba en que en el futuro iba a escribir cosas más importantes, que tenía mucho que decir y con mayor fuerza. La muerte siega esa predicción, confirmando las palabras de Thoreau acerca de que, si uno es escritor, el tiempo más prolongado siempre será muy breve.

En 1868, moriría en su casa de Nueva York, rodeado de sus dos hijos, William, el único hermano que le quedaba a Emerson, que llegaría a tiempo para conversar con él un rato y poder arreglar todo para que el cadáver fuera trasladado al camposanto de Concord, como era el deseo del difunto. En 1871, la viuda Sophia Hawthorne morirá de pulmonía, y su hija Una, consagrada a actividades de beneficencia, la sobrevivirá sólo seis años. Una década que ve también la muerte de la madre de Henry, Cynthia Dunbar-Thoreau, a una edad muy avanzada en su caso, en 1872, y la de la hermana menor y albacea de la obra de Thoreau, Sophia, en 1876, a los cincuenta y siete.

Por todas partes, en efecto, la muerte, pero en estos ejemplos de unos tiempos de esperanza de vida tan incierta, con el factor del azar que en multitud de ocasiones surge incrementando el drama, o reduciendo su efecto a mera amenaza, a una salvación milagrosa. Así las cosas, sólo sintiendo que la muerte repentina o la enfermedad inevitable estaban al acecho para hacer que el mañana dejara de ser una realidad, podría Emerson burlar el pesimismo y, como si esa *conducta de la vida* le deparara una recompensa en forma de justicia poética, salir airoso del filo de la guadaña al menos en tres ocasiones.

La primera, una suerte de aviso que no provocaría mayores complicaciones: un día de octubre de 1860, a primera hora de la mañana, un terremoto de doce segundos hizo estremecer a Concord. La segunda sucede en 1863, cuando, estando en Nueva York por motivos de unas conferencias que iba a dar por el norte del estado y Canadá, tras haber visitado el día anterior las cataratas del Niágara, se quema el hotel en el que se hospedaba en plena madrugada, como relata Baker: «Se visitó a toda prisa, corrió "escaleras abajo entre una nube de humo y ceniza", y encontró a mujeres descalzas envueltas en mantas del hotel y "gran desasosiego por todas partes". El hotel quedó reducido a cenizas, manteniéndose en pie tan sólo las cuatro paredes, y sin embargo Emerson escapó sin pérdidas, excepto por algunos peines y sus billetes de tren de Buffalo a Chicago» y siguió su camino hacia Toronto.[60] La tercera, la más *trascendente*, en julio de 1872, cuando se salva otra vez de las llamas, pero en su propia casa, al declararse un incendio mientras él y Lidian estaban durmiendo; acudirían los bomberos y más vecinos a socorrerles, pero el fuego arrasaría buena parte de la estructura, pudiéndose por fortuna salvarse muebles, libros y hasta manuscritos con la ayuda de L. M. Alcott.

Tamaña destrucción, no obstante, sería una oportunidad para los Emerson gracias a la generosidad de sus admiradores y amigos, que conseguirían recaudar una inmensa cantidad de dinero que serviría tanto para la reconstrucción de la casa como para financiar el que sería su segundo viaje a Europa. Como si, como alma del trascendentalismo y de lo que nutre la filosofía del autor, esto es, la confianza en uno mismo como patrón de vida —toda una religión americana, dice el crítico más emersoniano de todos, Harold Bloom—, hubiese tenido el beneplácito de una existencia larga para atender el legado de sus amigos y colegas —entre ellos, Thoreau, con una edición póstuma de sus cartas y mejores poemas— desaparecidos tan prematuramente en lo que fue una *vita brevis*, sí, pero secundada por un *ars longa* que aún nos lleva a interesarnos por ellos y traer la voz de sus escritos.

Confianza en uno mismo

Emerson se adhirió al día a día de lo que significaba vivir —a su *esencia*, por recurrir a un término grato para Thoreau— una vida en la que debían robustecerse progresivamente, triunfantes, los principios que se impusiera cada uno; también, a la escritura de lo que significaba su diario para hablar consigo mismo antes de que aquellos cuadernos fueran extendiéndose en forma de charlas con sus amigos, ponencias a lo largo de Estados Unidos y libros de ensayo y poesía saliendo en volandas desde la que es hoy la Ralph Waldo Emerson House —propiedad aún de los descendientes del escritor y museo privado desde 1930— sin que nada ni nadie llegara a turbarlo o separarlo de su camino trazado; aquel que podría reducirse a este propósito, extraído del ensayo «La confianza en uno mismo», y que encerraría la verdad de su autoconfianza: «Todo lo que debo hacer es aquello que me concierne, no lo que los demás creen».[1]

Ya en la primera página de *La conducta de la vida*, el sabio de Concord plantea lo que da en llamar una cuestión práctica: ¿cómo hemos de vivir? En esa obra, apunta que «la confianza en sí mismo es la base del comportamiento», que «la verdad es nuestra única armadura en todos los trances de la vida y la muerte»;[2] en todo ello justamente «consiste el genio, en creer en tu propio pensamiento, creer que lo que es verdadero para ti en tu corazón lo es también para los demás», como dice en la primera página del ensayo antes citado. «Otórgale voz a la convicción que late en tu interior y ésta adquirirá un significado universal, pues lo íntimo, con el tiempo, se transforma en lo general, y nuestro pensamiento primero volverá a nosotros con las trompetas del Día del Juicio.»[3] Es la recompensa de llevar una vida de principios sólidos, por haber obedecido a nuestro corazón, que ha de ser único y excepcional, reacio a imitar, sólo concentrado en ser uno mismo, confiando hasta el final en nuestra alma, como escribe en «El amor», creyendo en que lo que el corazón intuye como grande y el alma insiste en ello es que es verdad, como explica en «Las leyes espirituales».

Si la verdad vence en cada uno de nosotros, por consiguiente todos podremos confiar en los demás en una especie de pacto invisible que enaltezca el ánimo y nos atrape incuestionablemente en las redes del optimismo tan característico del autor. «Es algo sublime sentir y decir de otra persona: no necesito encontrarla, hablarle o escribirle. Confío en ella como en mí mismo. Si ha hecho esto o aquello, sé que ha sido lo correcto»,[4] dice en «Comportamiento», quinto capítulo de *La conducta de la vida*. Y tal fue el sueño del escritor al desear rodearse de todos aquellos *genios* cercanos a la busca de una compañía donde reinara la mayor de las armonías humanas.

Para él, el concepto se convirtió en una obsesión, como dice Bloom precisamente en *Genios*, esto es, «la cuestión del genio americano», tomando el profesor de Yale como punto de apoyo la conferencia dictada en Harvard el 31 de agosto de 1837 «El estudiante americano», que «sigue siendo la reflexión

fundamental sobre la originalidad literaria de América»[5] (incluso tal cosa sigue siendo vigente hasta el día de hoy, recalca). Para el famoso crítico, creer en uno mismo es la definición de genio, y qué otra cosa no hicieron aquellos *díscolos* o *excéntricos*, los satélites que, con mayor o menor campo magnético, gravitaron en torno al gran sol Emerson.

Otro tipo de confianza que se aleje de nuestro espíritu, como la que se deposita en las propiedades o en el gobierno, es sinónimo de no confiar en uno mismo, señala en *La conducta de la vida*, pues sólo uno mismo puede darse la paz interior necesaria partiendo de aceptar, aunque sin conformismos que lleven a la inmovilidad, lo que le ha deparado la providencia: la sociedad contemporánea y la cadena de sucesos que vayan surgiendo, los cuales habrán de ser irrelevantes al lado de la magnitud espiritual de cada individuo. Esa íntima paz, en suma, únicamente se alcanzará cuando triunfen los principios que uno se ha impuesto, si nos atenemos a lo que dice para finalizar «La confianza en uno mismo».

*

La visión sagrada de su propio ser en este mundo, para Emerson, brilla de tal modo, que siente la necesidad de reivindicarse mediante este llamamiento a una actitud independiente y libre: «Yo no quiero expiar mi culpa, quiero vivir. Mi vida tiene valor por sí misma, no está hecha para el espectáculo. La preferiría mucho antes aunque fuese menos variada, pero genuina y equilibrada, que rutilante e insegura».[6] Lo contrario a esta voluntad de vivir trascendental y segura de sí misma, anclada además en la bondad y en el amor, sería morir en vida, como tantos mueren en el sentido expresado por Thoreau y Stevenson, dejándose llevar por la cobardía y la mezquindad, o darse muerte a uno mismo, que sería lo diametralmente opuesto a mirar hacia delante, a no claudicar, a seguir buscando entre los misterios de la vida la verdad exterior e interior.

Es lo que le ocurrió a Susan Bigelow, hermana de una amiga de Margaret Fuller, llamada Caroline Sturgis Tappan, quien había publicado poemas en *The Dial*, era muy próxima tanto a Emerson como a Henry James e incluso aparecería a comienzos de siglo XX en una antología de poetas trascendentalistas.[7] La tal Susan, casada y madre de un niño de tres años, cuenta Baker, «una hermosa joven con la que Emerson había conversado en una fiesta dos semanas antes, compró arsénico en una tienda y se quitó la vida con él»,[8] un día de junio de 1853, a los veintisiete años, en Woburn, Middlesex. Estaba casada y era madre de un niño de tres años, además de encontrarse embarazada y, al parecer, sufrir de problemas depresivos que habían afectado a algunos miembros de su familia. Un suceso trágico que llevó a Emerson a desarrollar el concepto de fatalismo y la idea de que ni el propio pensamiento está por encima del destino.

Tiempo atrás, en 1845, otra desgracia similar había sucedido en Concord: «Una maestra de diecinueve años llamada Martha Hunt había sido vista mientras recorría la orilla fangosa del río entre las cinco y las siete de la mañana del 9 de julio», cuando había dejado la casa de sus padres para ir a atender su escuela, a dos millas de distancia. «Más tarde, ese mismo día, un transeúnte encontró su sombrero y sus zapatos en la orilla debajo del puente del norte.»[9] Fue entonces cuando Channing, nada más enterarse ya por la noche, acudió a casa de Hawthorne para ir en su barco remando por el río hasta el «lugar en que se había congregado una multitud con faroles y largas varas». El cuerpo de la muchacha se recuperaría, quedándose horrorizado el escritor por el *rigor mortis*. El periódico *The Concord Freeman*, en varias notas durante diversos días, definiría la noticia como «Melancólico suicidio», como víctima de una «gran depresión del espíritu y una locura pasajera», una mujer de «constitución melancólica» desde la infancia. En su diario, se dirigía a Dios diciendo que ella era un mero átomo del polvo que se preguntaba qué había hecho para verse en esa situación desesperada y decía con vehemencia que todos los seres humanos eran meros esclavos.

La idea, por supuesto, conectaría con el Thoreau crítico con la manera en que el hombre se labra su desgracia, su dependencia y su falta de libertad espiritual y sometimiento a la sociedad. Y de hecho, la autora Leslie Perrin Wilson, especialista en la historia de Concord y una de las encargadas de su biblioteca pública, escribió un artículo para el boletín de la Sociedad Thoreau, en el año 2006, titulado «Martha Hunt en sus propias palabras»,[10] en el que establecía contrastes y concomitancias con nuestro escritor. Primero, comentando su incapacidad para bregar con el día a día y la vida de la mente y el espíritu con la que Thoreau se reconcilió deliberadamente en Walden Pond, al instalarse allí el 4 de julio de 1845, sólo unos días antes del fatal suicido; de la misma manera que el hermano de la chica, William Henry Hunt, sí pudo aprovechar las oportunidades que se le ofrecían para satisfacer su vida, añade. Y segundo, interpretando ese fragmento publicado en el periódico de tinte abolicionista, que extiende la esclavitud a toda la raza humana, sin que sea posible evitar entonces pensar en el comienzo de *Walden*: «A veces me asombro de que podamos ser tan frívolos, casi podría decir, como para atender a la forma de grosería servidumbre, pero algo ajena, conocida como la esclavitud de los negros, cuando hay tantos dueños agudos y sutiles que esclavizan tanto al norte como al sur. Es duro tener un supervisor sureño y peor tener uno norteño, pero lo peor de todo es que seáis vuestros propios negreros». La transcripción de Wilson acaba así, pero Thoreau aún se asombra, se indigna así: «¡Y hablamos de la divinidad del hombre!».[11]

Martha Hunt, sigue contando la historiadora, luchó como hizo Thoreau contra el malestar de su tiempo, la tensión entre optar por nutrir el espíritu y la individualidad y la evidencia ascendente del materialismo consumista en el mundo que vivieron. Con todo, su situación de mujer soltera con limitaciones de clase social como humilde hija de granjero, y por supuesto su enfermedad mental, no la hizo sentirse libre para lograr el *statu quo* del que sí disfrutó Thoreau, o trabajar para ello como sí parece consiguió hacer su hermano.

Hawthorne anotaría en su diario algunos apuntes de Martha procedentes de ese periódico local y, tiempo después, los usaría para el capítulo veintisiete de *La granja de Blithedale* (1852) —que recrea, aunque él lo negara en la introducción, una comunidad utópica que visitó a las afueras de Boston—, cuando uno de los personajes, la bella, teatral e impetuosa Zenobia, se ahoga en el río, poniendo fin a una vida dedicada a los derechos de las mujeres pero lastrada, a la vez, por la incapacidad de reconciliar esa lucha con los elementos que configuraban su propia vida, por el desamor que sufre de un hombre que se casa con otra.

A este tipo de personas angustiadas por una situación de claustrofobia personal y en medio de un laberinto social del que resulta imposible salir, o por personajes llenos tanto de coraje como de una impaciencia irremediable que obedecen a ese fatalismo que parece estarles esperando sin remisión, les resultaría provechoso leer reflexiones como estas de Thoreau: «Un hombre no es su esperanza, ni su desesperación, ni tampoco sus acciones pasadas. Aún no sabemos lo que hemos hecho, y mucho menos lo que estamos haciendo». Se expresa de esta manera en *Musketaquid*, después de decir que el bien se queda con aquel que se muestra sabio teniendo paciencia, y antes de aconsejar: «Esperemos hasta la noche, y veremos brillar otras partes de nuestro trabajo diario, de las que nada sabíamos a mediodía, y descubriremos la verdadera intención de nuestro esfuerzo. De la misma manera que el agricultor que, llegado al final del caballón [lo que queda entre los surcos al arar el campo], mira hacia atrás, y es entonces cuando mejor puede ver las partes de tierra prensada que más brillan».[12] Mejor permanecer aguardando un nuevo amanecer que ir corriendo hacia el Oeste a encontrarnos con él presurosamente.

Confiar en uno mismo, y hacerlo con la ancestral recomendación de aprovechar el momento, pueden ser las válvulas de escape para estos estados de incertidumbre, pobreza, desesperanza o incluso cercanía de una muerte cercana. Porque tener fe en la vida significa también tenerla en la muerte, en su necesidad y coherencia, que aun llegando demasiado pronto aparece en realidad en el momento puntual, cuando se está preparado para recibirla, *à la* Montaigne, es decir, siempre.

El propio Thoreau representa tal cosa —Stevenson será en ese sentido su alma gemela cuando vea cernirse su fin treinta y dos años después— en los momentos en que, viéndose gravemente enfermo, no dejó de emitir públicamente críticas sobre los gobernantes y su falta de honor frente a la justicia, y hasta le comunicó a un amigo, como registra Harding en su biografía, que disfrutaba de la vida tanto como siempre; además, le diría a Channing: «Es mejor que algunas cosas acaben»,[13] en una postura de estoicismo absoluto, de paz interior, de seguridad trascendental, de haber sabido lo que ha significado vivir y el sentido que tiene al alcanzar el punto final; no en vano, «hemos de saber qué significan la vida y la muerte antes de que podamos seguir nuestro propio camino. Aprendamos el "abc" lo antes posible»,[14] como le dijo a Blake en 1854, en una carta en que le conminaba a lo más importante: ser valiente.

Una de las claves para arribar a ese puerto de calma y aceptación de las

circunstancias estriba en confiar más de cuanto lo hacemos, como indica al inicio de *Walden*, libro que es de principio a fin una guía certera para viajar por el país de uno mismo, sin tomar sendas de otros, sin incurrir en lo que Emerson criticaba, la imitación, haciéndose creyente de la religión de la autoconfianza.

«No quisiera que nadie adoptara *mi* modo de vida por causa alguna, pues además de que antes de que lo hubiera aprendido podría haber hallado otro para mí mismo, deseo que haya tantas personas diferentes en el mundo como sea posible», dice en «Economía», «pero quisiera que cada uno fuera muy cuidadoso en descubrir y seguir *su propio* camino, y no el de su padre o el de su madre o el de su vecino».[15] Ahondando en ello, en «Dónde vivía y para qué», escribe: «… viajemos rápida o lentamente, el camino está dispuesto para nosotros. Así pues, gastemos nuestras vidas en concebirlo».[16] Y al instante vuelve a recurrir al poder de despertar con el día sin inquietud alguna, dejando que las cosas fluyan —que «la compañía vaya y venga, que las campanas suenen y los niños griten, resueltos a forjar un día con todo ello»— para no «rebajarnos y seguir la corriente». La dirección la marcamos únicamente nosotros: «Con nervios tensos, con vigor matutino, navegad por allí mirando en otra dirección, atados al mástil como Ulises»,[17] que en el canto XII de la *Odisea* evitó de esta manera, después de taparse los oídos, sucumbir al encantador sonido de las sirenas, que en realidad querían devorar a los marineros.

Hay que vivir haciendo oídos sordos a los silbidos de las máquinas, a las campanadas de las iglesias o las instituciones. Es una música que atrae hacia algo que no debe de ser bueno: ciertas opiniones, ciertos prejuicios, ciertas apariencias de las que no se libra ninguna ciudad y están enmarcados por la Iglesia y el Estado, por el mundo de la universidad y la cultura, que hacen de aquello que llamamos realidad algo oscuro y pétreo. «Si os mantenéis erguidos y de cara frente a un hecho, veréis brillar el sol por ambos lados, como si se tratara de una cimitarra, y sentiréis que su dulce filo os atraviesa el corazón y la médula, y así acabaréis felizmente vuestra carrera mortal. Sea vida o muerte, sólo anhelamos realidad. Si realmente nos estamos muriendo, oigamos el estertor de nuestras gargantas y sintamos frío en las extremidades; si estamos vivos, vayamos a lo nuestro», escribe en el mismo capítulo donde aborda por qué vivió en la cabaña, cómo se sintió tan vivo haciéndolo, cómo debemos tener la obligación de vivir incluso cuando sepamos, fieles a la verdad de lo real, que *nos estamos muriendo*.

Nada tiene que ver la mirada clara hacia la vida y el tiempo, poner en práctica el *carpe diem*, con la ansiedad de llevar a cabo con prisa lo que ideamos o anhelamos. Al final de la «Conclusión» de *Walden*, se pregunta por el apresuramiento por tener éxito y en empresas que no duda en calificar de desesperadas. Entonces retoma la analogía musical, hablando de que «si un hombre no guarda el paso de sus camaradas, tal vez sea porque oye un tambor distinto. Que siga la música que oye, por distinto que sea su ritmo o por lejana que suene»; y asimismo, no puede faltar la metáfora que ataña a la naturaleza: «No es importante que madure tan pronto como el manzano o el roble. ¿Tendrá que convertir su primavera en verano? Si la condición de las cosas para las que hemos

sido creados aún no se cumple, ¿con qué realidad podríamos sustituirla? No naufraguemos en una realidad vana».[18] Thoreau prefiere seguir su propia realidad, ir por el camino que se impone y no por otro vano, desoír todo lo que suene ilustre y a fin de cuentas evitar «vivir en este inquieto, nervioso, bullicioso, trivial siglo XIX», permaneciendo como un espectador, «de pie o sentado pensativamente mientras pasa. ¿Qué celebran los hombres? Todos forman parte de un comité de preparativos y cada hora esperan el discurso de alguien».[19] Todos atienden a su sed de noticias banales, a los cotilleos, a la voz del líder de turno al que seguir sin molestarse en forjar una opinión propia.

Páginas atrás, en «Soledad», se ha preguntado si la gente no podría prescindir de los chismes de sociedad para animarse a urdir sus pensamientos. Y es que, como ha dicho en la sexta página del libro, «nunca es demasiado tarde para renunciar a nuestros prejuicios»; lo que hoy se admite como cierto, mañana puede resultar falso, resultado de la opinión cambiante e interesada de los que quieren aprovecharse de las circunstancias y sacar rédito personal. Es más, «haced lo que los viejos dicen que no podéis hacer y veréis como podéis hacerlo. Lo viejo para los ancianos y lo nuevo para los jóvenes». Es dudoso que el hombre, por el mero hecho de haber vivido muchos años, haya aprendido algo: «En la práctica, los viejos no tienen consejos muy importantes que dar a los jóvenes, pues su experiencia ha sido tan parcial y sus vidas han sido fracasos tan miserables, por razones particulares, como ellos suponen, y puede que les quede algo de fe que desmienta aquella experiencia y sean sólo menos jóvenes de lo que fueron». Esta idea ya aparecida en *Musketaquid* regresa aquí enfatizada; habla ahora el joven de treinta años que hasta la fecha en que escribe esas líneas no ha oído «la primera sílaba de un consejo valioso ni serio de mis mayores. Nada me han dicho y, probablemente, nada puedan decirme a propósito. He aquí la vida, en gran medida un experimento que aún no he llevado a cabo; de nada me sirve que ellos lo hayan hecho».[20]

La vida considerada como un experimento, palabra también muy requerida por parte de Thoreau, representaría vivir *como si*…, retomando la estrategia psicológica de capítulos atrás. Puesto que se trata, este experimento de estar vivos, de ir aprendiendo a ver, a sentir, a pensar, hay que actuar como si confiáramos en nosotros mismos, como si tuviéramos fe en nosotros mismos, como si fuéramos valientes, hasta que la costumbre del alma nos lleve al camino de la autoconfianza, la fe propia, la valentía ante cualquier vicisitud.

Por ese concepto de aprendizaje progresivo aludido, los consejos de Thoreau instan a tener una actitud proactiva frente a la voluntad de hacer de nuestros días algo que vaya más allá de lo consabido. De tal modo que «seguid vuestro genio de cerca y no dejará de mostraros una nueva perspectiva cada hora».[21] Siempre nuestras perspectivas serán muy pequeñas en comparación con la amplitud del universo, así que «deberíamos mirar con más frecuencia por encima de la borda de nuestra embarcación, como pasajeros curiosos, y no hacer el viaje como marineros estúpidos, hilando estopa».[22] Seamos exploradores «de nuestras propias corrientes y océanos; exploremos nuestras latitudes más altas». Existe un

continente nuevo dentro de nosotros que tenemos que conquistar: «Abramos canales nuevos, no para el comercio, sino para el pensamiento. Todos los hombres son señores de un reino comparado con el cual el imperio terrenal del azar es un estado diminuto, un montículo de hielo».[23] Qué importa si pertenecemos a la raza de los pigmeos o nos comparan con sociedades antiguas más preparadas intelectualmente, o incluso con la época isabelina en la que Inglaterra alcanzó un gran apogeo y de la que Norteamérica es en parte heredera. Es mejor ser un perro vivo que un león muerto, escribe con un pragmatismo irrefutable; es mejor intentar ser el pigmeo más alto en vez de lamentarse por la altura que a uno le ha tocado tener. «Que cada uno se ocupe de lo suyo y trate de ser como ha sido creado»,[24] acaba dictaminando.

Para Thoreau, ese ocuparse de los propios asuntos al que siempre da tanta importancia implica, al hilo de lo estudiado en relación con enseñarse a uno mismo sin depender de la educación formal de las escuelas y universidades, construirse en todos los sentidos. Él levantó de la nada un hogar para no renunciar «en beneficio del carpintero al placer de la construcción». En Concord, dice en *Walden*, no ha conocido a nadie «empeñado en una ocupación tan sencilla y natural como edificar su casa. Pertenecemos a la comunidad», dice, en tanto dependemos, por así decirlo, del sastre que nos hace los trajes, o del predicador que nos dice lo que tenemos que creer, o del comerciante al que le pagamos lo necesario para nuestro sustento, o del granjero que nos proporciona la comida o los animales de carga. «¿Dónde ha de acabar esta división del trabajo? ¿A qué objetivo sirve al fin? Sin duda otro *podría* también pensar por mí, pero no es deseable que lo haga hasta el punto de evitar que piense por mí mismo.»[25]

Con la casa en Walden Pond, Thoreau lleva hasta el límite el propósito de pensar con independencia —lo que en su caso es escribir con independencia, eludiendo pensar en el público, dudando sobre si su libro verá la luz—, sin el soporte material de la ciudad, sin la compañía de los vecinos, extrayendo moralejas por doquier que merece la pena conocer con detalle:

> Al menos, aprendí con mi experimento que si avanzáramos confiadamente en la dirección de nuestros sueños y nos esforzáramos por vivir la vida que habíamos imaginado, nos encontraríamos con un éxito inesperado en las horas corrientes. Dejaríamos cosas detrás, traspasaríamos un límite invisible; leyes nuevas, universales y más liberales empezarían a promulgarse alrededor y dentro de nosotros, o se extenderían las antiguas y serían interpretadas a nuestro favor de un modo más liberal, y viviríamos con el permiso de un orden más elevado de seres. Conforme simplificáramos nuestra vida, las leyes del universo parecerían menos complejas y la soledad ya no sería soledad, ni pobreza la pobreza, ni debilidad la debilidad. Si habéis construido castillos en el aire, vuestra obra no tiene por qué perderse: están donde deben estar. Ahora hay que poner los cimientos debajo.[26]

El primer ladrillo para un castillo que se afirme con fuerza en tierra, para el camino que hayamos imaginado ha de ser el nuestro y sólo el nuestro, es el que lleva pegado el cemento de ser uno mismo, y tener confianza en uno mismo aunque nos reconozcamos en un carácter limitado —«Cualquier cosa que hagamos debemos hacerla con confianza (si somos tímidos, actuemos, pues, tímidamente),

sin esperar más luz, sino disponiendo de la luz suficiente»,[27] le dice a Blake en 1848—; impartir, como dice al final de «Economía», nuestro coraje y no nuestra desesperación, nuestra salud y no nuestra enfermedad; nuestra valentía, en una palabra. «La corriente de un río es un maravilloso ejemplo de la ley de la obediencia, sendero para el hombre que se busca a sí mismo»,[28] escribe en «Un paseo invernal», el mismo texto al que da comienzo aludiendo a los sonidos que sí se digna escuchar y que son lo contrario a la campana y el silbido presurosos que alertan al hombre a moverse como ganado: el viento murmurante, el silencio de los animales dormidos, alguna puerta de madera chirriando; son los sonidos que «sugieren la existencia de una distante calidez interior, un ánimo y una fraternidad sagrados»,[29] los que Thoreau quiere reconocer alrededor.

La referencia en el texto sobre su paseo en el invierno nevado a la *calidez* no es baladí. Alejado de un lenguaje filosófico abstracto, en su obra las acciones que podemos hacer con las manos sirven para las que podemos hacer con el yo interior. A Blake le pone en la carta en la que incorporaba aquel par de ensayitos, en este caso «Castidad y sensualidad», que hemos de *calentar* «el espíritu realizando acciones nobles, no buscando innoblemente el aplauso y la admiración de aquellos que no son mejores que nosotros. La disciplina social y espiritual debe corresponder con su disciplina corporal», dice, también haciendo referencia a otro concepto clave en él, pensado ya a la hora de dar sus clases como juvenil profesor en Concord. Tal disciplina del alma «no debe tener oídos para palabras dulces y plácidas, sino para puras y renovadoras verdades. Debe bañarse cada día en la verdad fría como el agua de un manantial, y no *recalentada* [la cursiva es mía] por la solidaridad de los amigos».[30]

En el primer párrafo de «Una vida sin principios», Thoreau habla del mayor elogio que le dedicaron nunca, una vez en que alguien le preguntó qué opinaba al respecto de algo y se quedó expectante ante su respuesta. Es un detalle que le agradó, reconoce, como si de repente se le conociera por quién es y por lo tanto se le respetara, más allá de las consultas típicas que recibía como agrimensor o para saber de qué noticias triviales se había enterado. «Nunca parece interesar mi esencia, sino sólo mi superficie»,[31] es su percepción ante el trato que le dispensaban sus conciudadanos. Thoreau no temía los elogios, según le dijo a Blake, pues, fiel a su filosofía de seguridad y autoconfianza, los había practicado consigo mismo, pero ese tipo de cosas tienen una utilidad efímera y relativa para alguien que, siguiendo con el ejemplo de la música, cree que hay que dejar «que cada hombre dance al son que escucha, sea cual sea su medida»,[32] como dice en el diario al poco de cumplir treinta y cuatro años. Al fin y al cabo, no hay mayor acto elogioso que respetar lo que hace y piensa el prójimo.

El amor y el respeto es el camino que dice tiene que emprender, «por muy solitario, estrecho y tenebroso que sea», como se lee en «Una vida sin principios». «Allí donde un hombre se separa de la multitud y sigue su propio camino, allí sin duda hay una bifurcación en la carretera, aunque los viajeros asiduos no vean más que un boquete en la empalizada. Su sendero solitario a campo a través resultará el "mejor camino" de los dos.»[33] Así, no hay que temer, como nunca hizo él en

mitad de los bosques, el sendero en principio oscuro y difícil o aparentemente peligroso; siempre podrá uno subirse a un árbol, encontrando con ello nuevas perspectivas para ver y entender la realidad y descubrir una verdad que yacía oculta entre las hojas o difuminada entre la niebla.

Al subirse a un pino blanco en lo alto de una colina, dice en «Caminar», descubrió «en el horizonte montañas que nunca había visto, ¡tierras y cielos nuevos!». En aquel momento, entendió el valor de trepar a un árbol, de nuestra capacidad de elevarnos algo más, de atrevernos a alzar el vuelo. De no haber ascendido por el pino, tal vez no hubiera disfrutado jamás de ese paisaje que no conocía. «Pero, sobre todo, allí arriba encontré —era finales del mes de junio— unos delicados y diminutos brotes rojos de forma cónica: la flor fecunda del pino blanco que apunta al cielo y que sólo se encuentra en las ramas más elevadas.» Entonces, se llevó el brote más alto a Concord y se lo enseñó, cuenta, a unos forasteros, unos campesinos, unos madereros, unos leñadores y unos cazadores, quedándose todos maravillados ante algo tan insólito.

La anécdota, tan llena de significado simbólico, se completaba con una observación desde su faceta de naturalista: «Desde un principio, la naturaleza ha dispuesto que esas diminutas flores del bosque se abran sólo hacia el cielo, por encima de nuestra cabeza, de modo que pasen inadvertidas»; observación que inevitablemente conducía a una moraleja entre líneas: «Sólo vemos las flores que están a nuestros pies, en los prados».[34] No hay que contentarse con la visión desde el mismo pupitre día tras día, como les sugirió el señor Keating a sus alumnos en *El club de los poetas muertos* en la primera clase, cuando les animó a subirse a sus mesas para ver el aula, la realidad alrededor —otro tipo de tierras y cielos nuevos a los que antes la mirada no tenía acceso— de manera distinta; un acto extravagante, fresco y risueño que tendría el contrapunto dramático al final de la película, cuando algunos de los estudiantes homenajean con gran emoción y de la misma manera a su apreciado profesor, recién despedido luego de haber sido acusado de animar a uno de ellos a desobedecer a su padre y entrar a formar parte de una obra de teatro shakesperiana tras la cual sucederá una terrible tragedia.

Varios de ellos, como aquel primer día, se suben de nuevo a la mesa proclamando el verso de Walt Whitman que les había enseñado al comienzo del curso, «¡Oh, capitán, mi capitán!» —escrito como tributo a Abraham Lincoln, después de su asesinato en 1865; el film está ambientado casi cien años después —, ante la indignación del viejo maestro que ha sustituido al personaje interpretado por Robin Williams y que, nada más viendo su agrio carácter, está claro que guarda una visión de las cosas plana, a ras de suelo o de pupitre; el propio de alguien al que jamás se le ocurrirá ver la poesía que enseña a sus pupilos de forma diferente a la tradicional y, por lo tanto, no descubrirá jamás esos brotes altos de los pinos que sólo se dejan ver para aquellos que confían en que, pensando en grande, elevándose, alzando el vuelo, puedan llegar a *ser* algo más de lo que son, a tomar un camino propio, el que sea, pero único, verdadero, lleno de autenticidad.

Porque, como le dice a Blake, no existe la dirección incorrecta: «Mientras cada

cual siga su camino a través del bosque, sin prisas, incluso con una alegría serena, aunque sea caminando a cuatro patas sobre rocas y árboles caídos, seguiremos en la buena senda».[35] La senda de la confianza en los propios pasos, en la propia intuición, sin la ansiedad de buscar desarrollarnos ni de sentir influencias ajenas, como apunta en la recta final de *Walden*; con humildad, la cual, al igual que la oscuridad —ese camino oscuro que no hay que temer porque puede constituir una luminosa oportunidad— revela luces celestiales.[36]

Pero el territorio textual en el que sin duda deberán imperar las reflexiones sobre elegir una dirección u otra es el diario, con la libertad además que confiere el documento privado, ese interlocutor constante con el que Thoreau corrobora lo que siente y medita. De 1850 es este largo y enjundioso apunte, de los más ambivalentes y atrevidos de todos los que salieron de su mente, casi de un Thoreau ebrio de ideas alocadas, si se me permite la palabra, hiperbólicas, que no dejan de poner el acento en la elección personal de cada individuo, en aprovechar cada experiencia, de amar el propio destino con hombría y decisión, sin arrepentimientos ni sentimentalismos:

> Haz lo que te reprobarías no hacer. Sabes que no estás satisfecho ni insatisfecho contigo mismo sin razón. Déjame decirte, y decírmelo a mí mismo al mismo tiempo: cultiva el árbol que has encontrado con fruto en nuestro suelo. No tengas en cuenta los éxitos y fracasos del pasado; todo el pasado es un fracaso y un éxito; es un éxito si nos concede esta oportunidad. ¿No tienes un hermoso don, la facultad de pensar, más valiosa que el más precioso de los relojes de oro? ¿No puedes emitir tu juicio, ya no se remonta la corriente hasta su manantial en ti? Vete al diablo y vuelve. Dispón del mal. Sé castigado de una vez por todas. Muere si puedes. Márchate. Cambia tu salvación por un vaso de agua. Corre el riesgo, si sabes de alguno. Si no, disfruta de la seguridad. No te molestes en ser religioso: nadie te dará las gracias por ello. Si puedes clavar un clavo, y tienes clavos que clavar, hazlo. Es el momento de hacer experimentos, pruébalo. No albergues dudas si no son agradables para ti. Mándalas a la taberna. No comas si no tienes hambre; no hay necesidad de ello. No leas los periódicos. Aprovecha todas oportunidades que tengas para estar melancólico: sé tan melancólico como puedas y advierte el resultado. Regocíjate con el destino. En cuanto a la salud, tente por bueno y ocúpate de tus asuntos. ¿Quién sabe si ya estás muerto? No te detengas por temor: vendrán cosas más terribles y no dejarán de hacerlo. Los hombres mueren de miedo y viven de la confianza. No seas obediente como los vegetales. Sé tu propia ayuda […] No te dediques a encontrar las cosas como crees que son. Haz lo que nadie podría hacer por ti. No hagas nada más.[37]

Unos meses después, como si la entrega a la vida sin miedos, ni siquiera temiendo las propias contradicciones, hubiera sido una larga preparación, una vez ya asimilado su «abc», dice sentirse «maduro para algo, aunque no haga nada ni descubra de qué se trata. Simplemente me siento fértil. Es tiempo sembrado en mí. Ya he estado bastante en barbecho».[38] Lo dice a la edad en que Jesucristo murió. Por esas fechas, Thoreau ya es un hombre publicado, ya ha experimentado la aventura de la cabaña, se ha convertido en conferenciante, ha divulgado sus teorías sobre la desobediencia civil, ha viajado a los bosques de Maine y a Cape Cod, ha sufrido la muerte de dos hermanos, ha tenido muy diversos trabajos que nada tienen que ver con las tareas intelectuales, ha vivido en la ciudad de Nueva York y visitado otro país, Canadá, unas semanas antes; pero también, muy significativamente, modifica su método de escritura, «comienza a fechar sus

entradas del diario en lugar de cortar y pegar fragmentos al rescribir»,[39] como señala Casado da Rocha; todo un punto de inflexión en torno a cómo organizar lo que escribe, tal vez tras obtener una impresión nueva del paso del tiempo, pues al año siguiente, ya lo vimos muy al inicio de este libro, se verá frente a su diario con treinta y cuatro años, con una vida que le parece aún no abierta, teniendo demasiadas cosas en germen, con la sensación de no haber nacido todavía.

Podría pensarse que la firme confianza en uno mismo no es compatible con tener dudas; pero tal vez es justamente al contrario: aquella existe o es capaz de crecer y consolidarse gracias a estas. Alcott y Thoreau seguro que impartirían sus clases transmitiendo la idea de que dudar es necesario para cuestionar lo que se da como dogma o ciencia cierta y pensar por uno mismo. En una de las primeras cuartillas dirigidas a Blake, en 1848, leemos: «Si alguien duda del camino a seguir, dejémosle que se detenga. Permitámosle que atienda sus dudas, pues las dudas, también, pueden albergar alguna divinidad. No es algo triste que tengamos poca fe, sino que seamos incapaces de ser fieles. La fe se gana mediante la fidelidad».[40]

Por supuesto, primero nos debemos la fe a nosotros mismos, evitando el atolondramiento, sabiendo esperar, comportándonos como contemplamos que hace la naturaleza: «Dejemos que las cosas marchen a su ritmo; dejemos que crezcan hasta donde puedan; que remonten o caigan. Conseguir dejar aunque sólo sea una cosa a su aire en una mañana de invierno, así se trate de una pobre manzana congelada-descongelada que pende de un árbol, ¡qué glorioso logro! Es algo que ilumina este universo oscuro»,[41] le dice a su interlocutor dos años más tarde.

Semejante inacción, del todo productiva vista así, nos hará esquivar las modas impuestas que los dados al lujo o a la disipación imponen a unos ciudadanos que les hacen caso como si fueran un simple rebaño. Cualquier tendencia pasajera de pensamiento, de vestimenta, de criterio político o religioso, de arquitectura o literatura tiene para Thoreau unos cimientos tan firmes como un castillo de aire o papel al que hace referencia en algunas ocasiones. No se puede sacar nada provechoso de ello; por eso, una vez más, insiste en que «no hay en el mundo nadie, por más canas que peine, que pueda ayudarme con su ejemplo o su consejo para vivir mi propia vida de forma digna y satisfactoria, pero creo que está en mis manos alzarme a mí mismo en este preciso instante sobre el nivel más común de mi existencia».[42]

Confiar en uno mismo, construyéndose en soledad un castillo de principios de comportamiento, habrá de llevar a la elevación personal, a lo que él describe como el arte de la humanidad, consistente en perfeccionar el mundo, tal y como le dice a Blake en 1953. De hecho, a lo largo de este epistolario con su compañero Harrison, es donde encontramos a un Thoreau especialmente vehemente y franco en sus disquisiciones, como si la combinación de poder poner por escrito sus pensamientos, como en el diario, pero esta vez con un lector al otro lado interesado extremadamente por su opinión, sacara lo mejor de su pedagogía moral para —por decirlo con una expresión del escritor, músico y fundador de oenegés que ayudan a los países menos desarrollados Jacques Attali— convertirse en uno

mismo.

Un día Thoreau le dice a Blake que hay que purificar el amor, porque se trata del remedio para todos los males del mundo. En otra misiva, le asegura que debemos tener fe tanto en el triunfo como en la desesperación, y pone el ejemplo de cómo el búho diurno y el búho nocturno cumplen su cometido y cada uno es musical y bello a su manera, dando importancia por lo tanto a respetar al prójimo que se ocupa de sus asuntos noble y sinceramente, y no se traiciona sino que al día siguiente continúa adelante. Otro día, hace referencia al indio que, por más que se le torturase, nadie ni nada podrían sacarle su *corazón*, su *valentía*, sus principios; que el monstruo que tememos nunca está donde suponemos, porque lo que resulta en verdad monstruoso es nuestra cobardía e indolencia; y que hay que seguir aquellas disciplinas que sean fructíferas y no las inutilidades que proclaman la Iglesia Católica. Es preferible hacer lo que uno sabe hacer, no proyectar viajes lejanos en busca de consejo cuando, cruzando la calle, tenemos a algún vecino o, mejor aún, disponemos de uno dentro de nosotros mismos al que pedirle que nos diga cómo debemos actuar. Por alguna extraña razón, sin embargo, esperamos obtener la recomendación de un camino sencillo que más temprano que tarde acaba siendo erróneo. Persistamos en nuestra batalla: mantener la fe en el pensamiento personal pese al ambiente hostil que nos rodee, luchando con los enemigos del pensamiento cuerdo. No será fácil, pues también las aspiraciones elevadas son un instinto que, por su propia naturaleza, puede flaquear y transformarse en desesperación y abandono; el valiente es el que está activo y quiere sentirse por ello feliz.[43]

No eran éstas unas ideas surgidas, desde luego, de forma espontánea: están en el tuétano de lo que es Thoreau: en su infancia seria, en su adolescencia rebelde ante lo que empezaba a significar para él la autoridad, en su juventud de universitario becado postulado en contra de la universidad y de los que las regentan y se lucran con ellas.

De tal modo que, tanto en el diario como en una de sus consecuencias públicas, *Musketaquid*, se remarca la necesidad de ser quien se es, de no hablar por otros hombres sino por uno mismo; ésa es la característica del genio verdadero, del poeta: «Aunque en tu vida hables con una sola mente afín, incluso si ni siquiera ésta existe y quedas hablando solo a voces, comunica pensamientos —aunque éstos presupongan la inexistencia de tus oyentes— que trasciendan vida y muerte. Y que quede así, vivida, materializada, la idea que contiene la razón por la que existes; constrúyete a la altura de la concepción que tienes de ti mismo»,[44] apunta en 1851.

Y esto es así porque «es muy poco habitual encontrarse en la calle con un hombre que atesore algún pensamiento valioso, independientemente del trabajo de sus manos». Thoreau siempre echa en falta una actitud determinada que dé dignidad y seguridad, que transmita una autosuperación, diríamos tomando el término empleado por Stevenson, trascendiendo la tarea que el individuo desarrolla cotidianamente por más modesta que sea, que venga amparada por una visión que otorgue grandeza de espíritu: «Detrás de cada actividad de cada hombre

debería haber una plataforma de imperturbable industria y serenidad, al igual que dentro del arrecife que rodea a una isla de coral siempre hay una extensión de agua tranquila, donde tienen lugar las deposiciones que acabarán por aflorar a la superficie».[45]

Para aquel que vaya por su camino con serenidad habrá equilibrio en su vida; dominará el mundo, por así decirlo, pues reconocerá sus bellezas. Es lo que sugiere en *Musketaquid*, haciendo la analogía con el hombre que navega río abajo y solamente debe mover el timón para mantener su barco en el centro de la corriente y eludir los movimientos peligrosos de agua.[46] Los saltos del río no son, en cualquier caso, suficiente obstáculo para el ser humano más humilde. Basta con tener la seguridad interior del indio del que habla en *Los bosques de Maine*, que «no lleva las cosas en la cabeza ni recuerda exactamente la ruta, como el hombre blanco, pero confía en sí mismo en el momento. Como no ha experimentado la necesidad de la otra forma de conocimiento, etiquetado y ordenado, no lo ha adquirido».[47]

De alguna manera, tenemos que conseguir convertirnos en ese indígena intuitivo para sentir que algunos de nuestros mejores días, como dice en el diario de su trascendente año 1850, no son los que brilla el sol afuera sino en nuestro interior. Y como si tuviera ese esplendor espiritual relación directa con lo que respira y contempla, añade: «Amo la naturaleza, amo el paisaje porque son sinceros. No me degradan. No gastan bromas. Son alegre y musicalmente serios. Confío en la tierra».[48] Veamos más sobre cómo y por qué.

Vivir la naturaleza

Se diría que Thoreau permaneció en un perpetuo *locus amoenus*, el «lugar ameno» de la tradición literaria clásica, un tópico proveniente de la literatura latina que fue retomado en la Edad Media y el Renacimiento, convirtiéndose en un tema emblemático mediante la prolífica poesía pastoril y bucólica de aquellas centurias.

El motivo ya estaba muy significativamente en Horacio, caso de su «Épodo II», en que desarrolla un elogio de la vida en el campo: «Dichoso aquel que alejado de los negocios, / como la primitiva raza de los mortales, / trabaja el campo paterno con sus bueyes, / libre de toda usura [...] y evita el foro y las orgullosas puertas / de las ciudades demasiado poderosas».[1] Pero es su amigo Virgilio quien emplea con frecuencia el adjetivo *amoenus* para referirse a la naturaleza agradable y placentera en la *Eneida*, si bien, ya siete siglos atrás, en la *Odisea* homérica ya había aparecido el precedente del que se convertirá en tópico esencial para el Siglo de Oro español: jardines idealizados donde la variedad y abundancia de frutos y las fuentes cristalinas componían un sitio de calma y confort que, a su vez, habían llegado a España y el resto de Europa gracias a la influencia de Francesco Petrarca (siglo XIV), quien reformula los viejos temas de la literatura grecolatina en torno al amor cortés, los relatos mitológicos o la naturaleza.

Thoreau, conocedor como nadie de la literatura grecolatina y del Renacimiento inglés, también transforma el entorno natural en un cuadro idílico, pero, aparte de obviar la sensualidad propia de los poetas medievales y renacentistas —con lo que tiene ello de estereotipo fosilizado a causa de la obligación de practicar la *imitatio* para demostrar que se es un escritor culto que está dentro de la tradición—, le añade el realismo del paseante verdadero que incluso ve su aspecto paradisíaco en los momentos lúgubres, así como un fondo espiritual que descubrirá, intelectualizado, en la obra *Nature* de su insigne vecino. «Atravesando en el crepúsculo un campo desnudo, con charcos de nieve, bajo un cielo nublado, sin ninguna idea especial entre mis pensamientos, he experimentado una euforia perfecta. Me alegro hasta casi tener miedo. En el bosque, además, un hombre se desprende de sus años, como la serpiente de su piel», se lee en el primer capítulo, como destaca Baker al hablar de cómo el Thoreau naturalista al que acababa de conocer en 1837 despertó la admiración de Emerson; éste no podría suponer que, entre los *excéntricos* que lo rodearían, iba a estar uno de los más arduos defensores y amantes de la naturaleza de todos los tiempos, todo un padre del ecologismo moderno, cuando escribió que «en el bosque está la juventud perpetua» y que «el mayor placer que procuran los campos y el bosque es la insinuación de una relación oculta entre el hombre y la vegetación. No estoy solo ni paseo inadvertido. Ellos me hacen señales, y yo a ellos».[2]

Ahí está el *placer*, lo ameno o agradable de vivir la naturaleza: la relación sensitiva entre el hombre y la naturaleza. Un vínculo que tiene, si se quiere, un componente religioso o espiritual —Alcott decía en su diario que el espíritu es el

arquitecto sublime de la Naturaleza—,[3] pero no utópico, ni imaginativo, ni fantasioso. El edén o el paraíso, el El Dorado o la California dorada de Thoreau estaban sólo a unos pasos de allá donde se encontrara, en las arboledas cercanas donde se introduciría en un terreno que, cuanto más salvaje era, más regocijo le inspiraba: «Mi energía espiritual es estrictamente proporcional a lo inhóspito del paisaje. ¡Dadme el océano, el desierto o las extensiones salvajes!»,[4] dice en «Caminar», pues la vida, lo que está más vivo, coincide por completo siempre con lo salvaje, característica de lo que es bueno y libre; incluso Thoreau demanda hombres de esa estirpe como amigos y vecinos, aquellos que no estén domesticados.

Ahí está la conexión espiritual con una naturaleza que no está sometida por el hombre y que nos renueva: «Cuando quiero relajarme, busco el bosque más oscuro, o el pantano que, a ojos de mis conciudadanos, resulta más impenetrable y lúgubre. Camino por allí como por un lugar sagrado, un *sancta sanctorum*. Allí está la fuerza, la médula de la Naturaleza».[5] Ahí está la confianza en la naturaleza: «Creo en el bosque, en la pradera y en la noche en la que crece el grano. Necesitamos una infusión de abeto canadiense o de *arbor vitae* [árbol de la vida; término latino que designa a la conífera Thuja] en nuestra taza. Hay una diferencia importante entre comer y beber para tener energía y hacerlo por simple glotonería».[6] La naturaleza como alimento del alma, como espejo donde ver nuestro estado de ánimo o nuestras ideas, tiene un componente maravilloso de pureza, como dice en «Un paseo invernal», que ofrece un placer inigualable.

De continuo, en cualquiera de sus obras, surge aquí y allá la idealización del paisaje que guarda un trasfondo moral acusado en grado sumo que bien podría haberlo heredado de sus lecturas infantiles en el Liceo de Concord, además de verlo en paralelo en la obra que iría conociendo de Emerson. Uno de los autores que frecuentó por entonces en clase, Cicerón, dice que, «si no hay nada tan repugnante a la naturaleza como la inmoralidad […] y nada tan acorde con la naturaleza como lo útil, entonces sin duda lo útil y lo inmoral no pueden coexistir en una única y la misma cosa».[7] Una idea que lo emparenta con Thoreau sobradamente.

En realidad, podríamos suponer que Cicerón se hubiera mostrado afín a los trascendentalistas —muchos exégetas dicen que en cierta forma hubiera sido cristiano de haber nacido en la época adecuada al interpretar su código de conducta generoso y bondadoso—, si consideramos su defensa de la inmortalidad del alma y su ataque a la superstición como elemento a erradicar de los ritos religiosos. Más si se tienen en cuenta estas palabras de su traductora María Morrás: «También es el responsable de forjar la idea de que todo hombre puede perfeccionarse gracias al conocimiento y hacerse más humano merced a la cultura y la reflexión ética».[8] ¿Está hablando el más aclamado orador de la Antigüedad romana que, además, alude a la necesidad de vivir en armonía con la naturaleza y afirma que no ser avaricioso implica un ingreso, que por encima de todo es menester la búsqueda de la verdad, que tendríamos que fijarnos en los campos fértiles, que dan mucho más de lo que reciben, que cualquier esfera de la vida tiene

que estar presidida por la obligación moral y que si la ley no es igual para todos no es ley?, ¿o lo dice alguien que se llamará según su partida de bautismo David Henry Thoreau y existirá cuarenta y cuatro años en el siglo XIX?

Lo moral es lo correcto, lo que no engaña, lo puro y honesto, y cómo iban a mentirnos la corriente de los ríos, las cumbres de las montañas o los árboles de los bosques. Por eso en *Musketaquid* dice que «los proyectos de la Naturaleza son seguros y nunca fracasan. Si me despertase de un profundo sueño podría saber en qué lado del meridiano está el sol por el aspecto de la naturaleza y por el canto de los grillos». La naturaleza, como veíamos al final del apartado anterior, no bromea, es radicalmente sincera y por lo tanto se gana nuestra confianza como ningún arte podría hacerlo, ni ningún reloj podría calcular: «El paisaje contiene un millar de esferas que indican la división natural del tiempo, las sombras de un millar de agujas que marcan la hora».[9] Su maquinaria es inmortal tanto como invisible, y se manifiesta por «la rutina de la luz del sol y la belleza de los días, que es la que predomina y prevalece», la cual «nos habla bien de sí misma mediante su propia antigüedad y su evidente solidez e importancia: nuestra debilidad la necesita, nuestra fuerza la usa».[10]

No hay arte que pueda igualar el lujo y la exuberancia de la naturaleza, que es el arte divino en propiedad, asegura en *A Week*…, al contrario de lo que dirá Oscar Wilde en 1889, cuando, con su ingenio paradójico habitual, escriba que es la naturaleza la que imita al arte, en su diálogo *La decadencia de la mentira*, ya que el artista corrige sus imperfecciones, y que su variedad no es tal sino que se encuentra en la imaginación del que la contempla. «Pero aquí, en la corriente del Concord», proclama Thoreau, «donde habíamos permanecido físicamente durante todo este tiempo, la Naturaleza, que es superior a todos los estilos y épocas, está componiendo ahora, con semblante pensativo, su poema "Otoño", que no tendrá parangón con ningún trabajo del hombre».[11] La naturaleza, así, *pinta* y *escribe* y *esculpe* la vida de una manera a la que un hombre le será imposible aspirar. La naturaleza, cómo nombrarla de otro modo, es Dios.

Incluso en su diario de 1843, Thoreau extiende su rechazo a todo lo que suene institucional, incluso desde el mundo de la cultura, para llegar a decir, con un deje de claustrofobia: «Odio los museos porque no hay nada que me abrume tanto el espíritu. Los museos son las catacumbas de la naturaleza. Un brote verde que surge en primavera, el amento de un sauce o el débil gorjeo de un pájaro migratorio bastan para volver a poner el mundo en su sitio».[12] En el texto que sería su última conferencia, en 1860, se pregunta: «¿Qué es un museo en un edificio comparado con un museo en la calle que el hombre recorre quiera o no? Por supuesto que no hay galería de arte en el país que valga tanto como estas vistas del oeste a la puesta del sol, bajo los olmos de nuestra calle principal. Son el marco de un cuadro que se pinta día a día detrás de ellos».[13] Y en *Los bosques de Maine* extiende esta percepción de modo trascendentalista, cósmico: «¡Qué significa entrar a un museo y ver miles de objetos particulares, comparado con contemplar la superficie de un astro, la materia pura en su origen!».[14]

El dandi Wilde, amante refinado del arte, podría responder a esto mediante

uno de los personajes del citado diálogo, Vivian, que exclama: «¡Es que la Naturaleza es tan incómoda! La hierba está dura y húmeda, llena de bultos y de horribles insectos negros»; seguidamente, la compara con el mobiliario que es capaz de construir el hombre, diciendo que si fuera cómoda no se hubiera inventado la arquitectura. En la intemperie, uno se siente impersonal, abstracto, indigno, desproporcionado, arguye, antes de calificar de gente insoportable a la «que lleva sus principios hasta el vergonzoso extremo de la acción, hasta la *reductio ad absurdum* de la práctica», y también antes, por cierto, de aludir al Emerson que, según su ensayo «La confianza en uno mismo», decía dejar de lado a la familia cuando el genio le llamaba y respondía a tal demanda como si fuera un «capricho».[15]

La seriedad y solemnidad con las que Emerson y Thoreau pensarían, sentirían, escribirían sobre la madre naturaleza contrasta con miradas que relativizan, cuando no satirizan, un *locus amoenus* que, a medida que la vida en las ciudades se hace más importante y el progreso industrial añade más y más comodidades al hombre de a pie, se vuelve más urbano, pues en el asfalto y sus vehículos, en sus edificios y tiendas estarán el confort y el placer modernos. Así, no sólo el Wilde que adora el lujo y la belleza de un hogar cálido prorrumpiría ante esta idealización de lo campestre y salvaje en varios lugares del que sería su libro *Intenciones* (1891), sino que otro autor próximo de las calles de Londres, el mordaz Chesterton, hablaría en estos términos en un artículo de 1909, «La rendición de un "cockney"», donde parodia el hecho de querer irse a vivir al campo cuando él no puede ser más que un hombre de ciudad:

> Siempre he defendido, con la mayor seriedad, que el Señor no está en el viento o el trueno del desierto, sino, en todo caso, en la voz tranquila y callada de Fleet Street. Mantengo sinceramente que la adoración a la naturaleza es moralmente más peligrosa que la adoración del hombre vulgar a la ciudad, pues es fácil pervertirla en adoración de un misterio impersonal, un descuido o una crueldad. Thoreau habría sido más alegre si se hubiese consagrado a su verdulero y no al verdor de la naturaleza.[16]

A Thoreau le horripiló Nueva York, y sin duda le hubiera ocurrido lo mismo de haber visitado la capital británica, ambos serían lugares animados y vivaces contrapuestos a lo que llama la «sobriedad de la naturaleza» en «Un paseo invernal». Ya vimos cómo en Manhattan le despertó más respeto el cerdo que se encontraba en la calle que sus habitantes, una referencia que no es una simple comparación chistosa con la que denigrar al hombre presuroso y egoísta que podría encontrarse en una ciudad grande, sino que, como en todas las ocasiones en Thoreau, parte de una observación y una reflexión más elaboradas de lo que podría suponerse.

Un día de agosto de 1856, cuenta en su diario que a su padre se le escapó un cerdo tras saltar el corral. «Se trataba de un deber desagradable e ineludible» el de buscar, coger y encerrar un animal que pesaría unos 40 kilos y que le «llevaría como mínimo la tarde (siempre y cuando tuviera la suerte de conseguirlo tan

pronto) y que no se parecía en nada a lo que yo había pensado hacer». Thoreau no niega cómo le disgusta esa situación, pero admite su responsabilidad en la ayuda a su padre, al que no pudo convencer de vender a un vecino el puerco con una sustanciosa rebaja. De modo que sigue las huellas de las pezuñas por el huerto de judías y patatas, imaginándose que estará ya a millas de distancia cuando, para su sorpresa, lo ve a doscientos metros, en medio de la calle, tumbado panza abajo; sin embargo, el animal no tarda en detectar peligro y se va corriendo, pasa por varias propiedades, vuelve a dejarse caer en un charco en medio de la carretera, no deja que Thoreau se acerque demasiado y los intentos de éste por guiarle hacia una calle estrecha son inútiles. Al final, un padre y un hijo irlandeses, cuando ya John Thoreau se estaba planteando venderlo al vecino, lo ayudan a agarrarlo cuando entra en una factoría de carruajes. Se acababa la aventura de noche para Henry, que llegaba a casa sudoroso, con el estómago vacío después de tantas horas, lleno de barro y aceite de ruedas y, lo que es peor para él, sin haber traído una flor rara. Al cabo de dos semanas y media, el cerdo rebelde volvería a escaparse.

La anécdota para quien analizó con un detenimiento extraordinario batallas de hormigas o el comportamiento en los nidos y en el aire de los pájaros no podría dejar de proporcionar una lección procedente del sabio reino animal. Thoreau dice que, en obstinación, el cerdo no le gana, y que no tiene más remedio que «respetar su táctica y su independencia. Él es él y yo soy yo. Él no es irracional porque desbarate mis planes, sino más racional por ello. Tiene fuerza de voluntad. Se atiene a su idea. El muro que hay en el camino no está allí donde un hombre le bloquea el paso, sino donde él está decidido a no pasar. ¿No es superior en eso al hombre?».[17] Visto así, un marrano podría representar mejor la fe en uno mismo, la voluntad ante algo que la intuición demanda.

Enseñar cómo la mirada atenta hacia la conducta de los animales del bosque o del río, o más concretamente hacia la textura y el color de las plantas y frutos, para sacar moralejas para entender mejor la vida, podría ser la réplica perfecta ante la sátira del urbanita Chesterton, tomada esta vez del texto de Thoreau «Colores de otoño», escrito en 1862, en el que habla del trébol violeta, del arce rojo, del olmo, de las hojas caídas, del arce de azúcar, del roble colorado: «¡Ojalá maduráramos tan perfectamente, raíz y ramas brillando en medio de nuestra decadencia, como la hierba carmín! Confieso que me excita contemplarla. Corté una para bastón, porque me gusta tocarla y apoyarme en ella. Me encanta apretar las bayas con los dedos y ver cómo el jugo me mancha la mano». Se está refiriendo a la fitolaca, propia de lugares húmedos y terrenos abandonados, con numerosas flores blancas o rosadas y que puede alcanzar los 3 metros de altura. «Caminar entre estos toneles enmarañados de ramas moradas, que conservan y tamizan el resplandor de una puesta de sol, todo un placer para la vista, en lugar de contar las tuberías de un muelle de Londres… ¡Qué privilegio!»[18]

Una palabra bien oportuna, ciertamente. En el artículo citado, se pregunta si las gentes de Concord han salido a ver alguna vez lo que los árboles quieren transmitir con sus colores y exuberancia, por qué los puritanos no rezan en el bosque otoñal en vez de construir templos y caballerizas alrededor. Si fueran

conscientes de semejante privilegio, si contemplaran cómo, a inicios de octubre, «los olmos están en la cúspide de su belleza otoñal, majestuosas masas pardo-amarillentas, tibias aún por el calor de septiembre», disfrutando de sus «hojas perfectamente maduras» y su «susurrante follaje amarillo, listo para caer sobre la cabeza de los paseantes», no sería posible que les embargaran «ideas toscas o inmaduras».[19] Sin embargo, como señala en el primer *color*, la belleza y la riqueza auténticas acostumbran a ser despreciadas.

*

Podemos imaginarnos a Thoreau caminando, ufano, consciente de ese impagable momento de su presente, sobre otoñales lechos de hojas, frescos y crujientes, feliz incluso a la hora de sacar de ello una conclusión mortuoria: «¡Con qué suavidad yacen y se convierten en mantillo, pintadas de mil colores, perfectas para ser el lecho de nosotros, los vivos. Así desfilan hacia su última morada, ligeras y juguetonas». Son las hojas que han revoloteado hasta posarse silenciosamente en sus tumbas, de tal modo que «nos enseñan a morir. Uno se pregunta si llegará el momento en que los hombres, con su presuntuosa fe en la inmortalidad, yazcan con la misma elegancia y madurez, y, en un veranillo de San Martín como aquél, se desprendan de sus cuerpos como de sus cabellos y sus uñas».[20] Algo que supondría el camino de tierra donde han caído las hojas se transforma a sus ojos en un agradable cementerio en el que no existen epitafios vanos.

Será mucho más recomendable, a la hora de vivir sabiendo que podemos también nosotros caer en silencio hasta la sepultura, pensar en otro tipo de predicadores que nos enseñen el mejor camino, mucho más precisos en sus sermones: los arces, que llevan un siglo manteniendo una unción —aquí el término es declaradamente católico, tanto en la acepción de extremaunción como la que tiene que ver con la gracia del Espíritu Santo que excita y mueve a la virtud al alma — y una influencia para muchas generaciones de hombres.[21] Y es que «un pueblo no está completo a menos que tenga árboles que señalen las estaciones. Son tan importantes como la torre del reloj. Nadie pensará que un pueblo que carezca de ellos pueda funcionar bien».[22] Las hojas que crecen y caen en las copas de los árboles obedecen al ciclo imperturbable de la vida y «refuerza la sensación de enorme seguridad y serenidad propias de la naturaleza»,[23] tal y como expresa en *Musketaquid*.

Con todo, la belleza de la naturaleza o las transiciones que nos llevan del verano al otoño sólo se harán presentes para quien las haga visibles en su propia mirada, dado el hecho de que «el hombre sólo ve lo que le interesa»[24] y, como apunta en su diario de 1851, el quid de la cuestión reside no en lo que se mira, sino

en el modo de hacerlo y si, en efecto, *ves* lo que hay delante.[25] En «Colores de otoño», Thoreau, como hace en *Los bosques de Maine* cuando se refiere a lo que ven en realidad los pescadores, cazadores o madereros, advierte que el jardinero únicamente ve su jardín, exponiendo de esta manera cómo «la mayor parte de los fenómenos de la naturaleza se nos ocultan durante toda la vida»[26] al no concentrar la mente y la mirada en ellos como es debido, pese a que se encuentren en nuestro campo visual o a una distancia de pocos metros.

Cada uno de nosotros, frente al paisaje, está preparado para apreciar la belleza con un límite determinado, y de un modo distinto al que pueda tener el prójimo. El secreto, a todas luces, se dice en su diario de 1851, es estar atentos a los humores de nuestra mente, «como el astrónomo observa las formas del cielo. ¿Qué no se puede esperar de una vida fiel a este principio? Hasta el más humilde observador vería en algún momento una estrella fugaz».[27] Pero la observación exterior ante la naturaleza y la observación interior acerca de cómo nuestros sentidos reaccionan ante ello exigen esa vida de ociosidad tan mal vista por la sociedad y que Thoreau consideraba la mejor de las inversiones, la mayor de las rentabilidades:

> Tiene que ser un lujo poder pasar todo un día de verano contemplando, barbilla en mano, un pantano retirado, oliendo la madreselva salvaje y el arándano en flor, mecido por la juglaría de los jejenes y los mosquitos, ¡qué maravilla! Un día pasado en compañía de aquellos sabios griegos, como los descritos en el *Banquete* de Jenofonte, no podría compararse con la mordacidad de las vides de arándanos en descomposición y la fresca sal ática del musgo. Doce horas de conversación agradable y familiar con la rana leopardo. [...] ¡Qué placer escuchar el cántico del mosquito en un millar de capillas verdes, y al avetoro que empieza a tronar desde alguna fortaleza oculta como un cañón crepuscular![28]

Sentado como en esta situación idílica —impensable un *locus amoenus* clásico y estandarizado transido de insectos y ranas—, Thoreau se siente absuelto de su pasado, de sus presuntas obligaciones. El sonido de un guijarro se impone de repente como la experiencia más importante que vivir. Quieto, viviendo, integrándose sin moverse en la queda naturaleza, posaba su mirada en el paisaje, apreciando cómo la roca, el árbol, la casa, la colina y la pradera «adquirían posiciones nuevas a medida que el viento y el agua cambiaban la escena, y en las metamorfosis de los objetos más sencillos había suficiente variedad para entretenernos. Visto desde aquí, el paisaje nos parecía nuevo». Está hablando el viajero por los ríos junto a John.[29]

El estudiante obligado a la rectitud y a uniformidad de pensamiento, al levantarse de su silla y subirse a la mesa, tal como un excéntrico profesor ha pedido hacer, comprobará lo mismo que Thoreau cuando habla de cómo «hasta el manto de agua más familiar, visto desde la cima de una colina desconocida, ofrece un placer nuevo e inesperado». El hombre ha de sentirse más céntrico que el sol si pone en el centro la inteligencia; y ésta implica buscar un cambio de perspectiva. Por ejemplo: «Un momento importante en la vida de un hombre que siempre ha vivido en la ladera de una montaña, y la ha visto al oeste, se produce cuando rodea la montaña y la ve desde el otro lado».[30] Ahora los hermanos Thoreau estaban en

ese otro lado, *viendo* en su peregrinaje por los ríos las bellas labores del agricultor, pero también *viendo* lo afortunados que eran al no poseer ni un acre de esas tierras, teniendo lástima por el «pobre hombre rico» que «lo único que tiene es lo que ha comprado. En cambio, lo que yo veo es mío. Soy uno de los grandes propietarios de las tierras del Merrimack».[31]

Y no sólo de la tierra. Si no hay novedades por donde se pisa o se navega, el viajero sólo tiene que elevar la vista para comprobar que los cielos y y su viento transportan verdades nuevas en forma de nubes sobre el fondo azul, o amenazantes si viajan oscuras, que ponen de manifiesto una grandeza como de una ciudad celestial se tratara que, comparada con las tareas humanas, pone a éstas en una consideración miserable, mezquina, indigna.

A veces, las nubes del cielo son como estrellas para los tripulantes de la barca *Musketaquid*, pues los hermanos sienten que navegan «con la misma suavidad y constancia», mientras observan «el ir y venir de las orillas y los movimientos de nuestra vela: el juego de su latido se parecía mucho a nuestras propias existencias, tan frágiles y a la vez tan llenas de vida, tan silenciosas cuando trabajan más duro, tan ruidosas e impacientes cuando son menos eficaces, ora doblándose con un generoso impulso de la brisa, luego agitándose y allanándose con una especie de suspense humano».[32] Un pensamiento parejo al apuntado en el diario de 1851, que también usa el cielo para crear una analogía con el irregular humor que caracteriza al ser humano: «La mente está sujeta a cambios de ánimo, al igual que las sombras de las nubes que pasan sobre la superficie de la tierra. No les prestes demasiada atención. Que el viajante no se detenga por su causa».[33]

Debemos aprender de los fenómenos celestiales, y estar agradecidos a ellos, por el hecho de que sepan corresponder tan bien a los ideales de los hombres. Thoreau compara las estrellas lejanas y brillantes con nuestras más bellas y memorables experiencias, una correspondencia que sólo es posible plantearse si no nos ha pasado lo que han sufrido todas las generaciones, esto es, que han descubierto que se «ha disipado su vigor divino, y que todos los sentidos y facultades se han desperdiciado y corrompido». Algo que atribuye a que hemos dejado de cultivar los sentidos, cuyo potencial hemos desatendido y por ese motivo «ahora estamos sordos y ciegos y mudos, sin olfato ni gusto ni tacto». No contamos con oídos «para darles esos usos triviales que los hombres suelen creer, sino para escuchar los sonidos celestiales». No contamos con ojos «para esos usos rastreros que los desgastan, sino para contemplar una belleza ahora invisible. ¿No podemos ver a Dios? ¿Vamos a quedarnos embelesados con esta vida, como si fuera una mera alegoría?». Una vida sensorial desaprovechada por culpa de no haber educado —no es otra la palabra que usa— «esos gérmenes divinos que llamamos "sentidos"».[34]

A juicio de Thoreau, nuestros sentidos están igual de capacitados para penetrar tanto en lo material como en lo sustancial, tanto en lo real como en lo eterno. Es más, en un pasaje algo complejo del final de *Musketaquid*, comenta lo que para él es la diferencia entre una visión producto del sentido común, «estrecha y plana», y «una visión infinitamente expandida y liberadora; entre ver las cosas

como los hombres las describen y verlas como los hombres no pueden describirlas». Lo cual supone la existencia de un sentido «que no es común, sino muy poco frecuente, en la experiencia del hombre más sabio; un sentido que es más sensible o consciente que el sentido común».[35] Un sentido que sólo puede relacionarse con la intuición pura y la naturaleza que nos purifica.

En «Caminar», Thoreau lanza el deseo de que los hombres fuesen como los antílopes salvajes en el sentido de ser parte integrante de la naturaleza, «hasta el punto de que su fragancia advirtiera delicadamente a nuestros sentidos de su presencia y nos evocase las regiones que frecuentan».[36] Tal animalización del ser humano, lejos de rebajarle, le dignifica, le sincera con el cosmos. Su alma es como la del árbol, son igual de inmortales, escribe en *Los bosques de Maine*, «y tal vez vaya a un cielo igualmente elevado, donde seguirá descollando sobre mí».[37] La naturaleza siempre es un elemento superior, incluso en un místico más allá que Thoreau gusta de imaginar sabiendo como nadie que ya lo tiene instalado acá, en su presente en la tierra, frente a los bosques y los montes, que en verdad podrían ser nuestra guía de actuación más completa si nuestros sentidos estuvieran conectados a ellos:

> Caminamos deprisa sobre la nieve en polvo, templados por un calor interior, disfrutando aún de un veranillo de San Martín que hace resplandecer nuestro pensamiento y nuestros sentidos. Si nuestra vida fuera más conforme a la naturaleza, probablemente no necesitaríamos protegernos del frío y del calor, y la consideraríamos nuestra benefactora y amiga, como hacen las plantas y los mamíferos. Si alimentáramos nuestro cuerpo con sustancias puras y sencillas, y no con una dieta repleta de estimulantes y calorías, no necesitaríamos contra el frío más forraje que unas ramitas, y creceríamos como los árboles, a los que incluso el invierno les resulta idóneo para expandirse.[38]

Lo hiperbólico de estas líneas sólo se comprende al conocer el carácter y la resistencia física de un hombre que se jactaba de pisar la naturaleza a veces en las peores condiciones, con mal tiempo, para poder disfrutar de la vista cuando aclarase, como explica en las páginas dedicadas a su excursión a Maine; «es entonces cuando nos hallamos del mejor de los humores, y la naturaleza nos resulta más lozana e inspiradora. No hay serenidad más gratificadora que la que se goza después que se ha estado llorando».[39] Jamás le importará la altura en la que se acumule la nieve, la fiereza del viento, las temperaturas bajo cero, la oscuridad temprana en el invierno, los caminos helados. Para Thoreau, la nieve es sinónimo de calidez; el viento, del movimiento natural; el frío, una oportunidad de sentir el mundo; el hielo en el suelo, una gran pista donde patinar.

Disfrutar de este tipo de dificultades constituye una manera de disciplina, en realidad, que deberíamos aprender desde niños. Nos la imparte «nuestra inmensa, salvaje y rugiente madre, la naturaleza, que se extiende a nuestro alrededor con la belleza y el amor hacia sus crías que exhibe el leopardo. Y, sin embargo, qué pronto hemos sido destetados y entregados a la sociedad», que Thoreau describe como «esa cultura que no es sino mera interacción del hombre con el hombre, una suerte de reproducción endogámica que da lugar, en el mejor de los casos, a una

vulgar nobleza inglesa, a una civilización destinada a un pronto final».[40]

El desapego de la naturaleza nos llevará ineludiblemente a la desgracia, a la autodestrucción, como constataría si estuviera en el más acá de nuestro siglo XXI. De nuevo en *Los bosques de Maine*, se lamenta de los sauces, los pinos o los robles que acaban sirviendo de combustible o talados, «como si se permitiese a los especuladores exportar las nubes del cielo, o las estrellas del firmamento, una a una. Para nutrirnos quedaremos reducidos a roer la propia corteza de la tierra».[41] Por un momento, Thoreau estaría de acuerdo con el Harold Bloom que advierte que «Emerson quería que todos los americanos fueran poetas y místicos y la curiosa religión poscristiana que él alimentó [la Seguridad en Uno Mismo] *es* su poesía y su misticismo».[42] Es la espiritualidad del poeta la que mejor comprende al árbol, y no el leñador que lo ha derribado o el curtidor que lo ha descortezado.

Es el poeta el mejor preparado, el que tiene los sentidos mejor educados, para tratar al pino, porque no lo corta con un hacha ni lo sierra, ni cepilla después su madera; por el contrario, es él «el que sabe, sin hacerle un corte, si su corazón suena a hueco; el que no ha comprado el derecho de tala al municipio en el que se encuentra». El *lugar ameno* y en buena parte mágico se abre ahora a la imaginación de Thoreau cuando, a continuación, fantasea con esta imagen propia de los mitos antiguos mediante la arboleda humanizada y el hombre que representa el paradigma de la bondad y el resto: «Todos los pinos se estremecen y lanzan un suspiro cuando ese hombre pisa el suelo de la floresta. No, es el poeta quien los ama como a su propia sombra en el aire y los deja en pie».[43]

En «Un paseo invernal», Thoreau se pregunta qué sería de la vida de los seres humanos sin los bosques, los que define como ciudades naturales. Se ve él entre los pinos y pone en duda el hecho de que las ciudades hayan oído «alguna vez su sencilla historia».[44] Y su historia es cada pequeño gran acontecimiento que sucede segundo a segundo, como en el caso de nuestro autor la mera atención al canto de los pájaros, como cuando se despierta en algún lugar de Maine y, ya desde temprano, sintiendo el rocío en su manta, escucha «el estridente ah-titi-titi-ti del gorrión de pecho blanco, repetido a breves intervalos sin la menor variación durante media hora, como si no pudiera expresar suficientemente su felicidad».[45] Para Thoreau, ese rato representó su «oficio matutino».

El enfrentamiento naturaleza-ciudad está omnipresente a lo largo de sus páginas. La simplicidad y la pureza de las montañas y los ríos, eterna desde su era primitiva, son para él el significado de la salud y la esperanza, como explica en su paseo entre la nieve. En ese entorno, tan alejado de la civilización, la sociedad, el ruido y el materialismo, y no en el urbano, por otra parte tan poco halagüeño para un Wilde, para un Chesterton, en definitiva para el común de los ciudadanos, es cuando los sentidos educados se abren a lo que la naturaleza transmite y dejan aflorar el intelecto, de modo que, «en la profundidad del bosque, completamente solos, mientras el viento sacude la nieve de los árboles y dejamos atrás los últimos rastros humanos, nuestras reflexiones adquieren una riqueza y variedad muy superiores a las que ostentan cuando estamos inmersos en la vida de las ciudades».[46]

No ha de haber enfrente nada particularmente llamativo para que la espiritualidad de la naturaleza converja con la espiritualidad del hombre-poeta. En su diario, Thoreau dice que elude cosas como los huracanes y los terremotos, poco frecuentes, para limitarse a describir «lo común. Esto es lo que de verdad tiene encanto, y es el verdadero tema de la poesía. Puedes quedarte con lo extraordinario, pero déjame a mí lo ordinario». En su sempiterno canto a la sencillez, pero también a la elevación trascendentalista a la hora de ver y sentir y escribir, pide, se pide: «Dame una vida oscura, la barraca del pobre y del humilde, los días de trabajo del mundo, los campos desolados, la mínima porción de las cosas. Pero dame percepción poética».[47] Eso es lo que le hace ser el más rico de su comunidad: poder apreciar las huellas de un zorro o de una nutria, símbolo de cómo el día y la noche ofrecen acontecimientos continuos en la naturaleza; poder gozar de los lugares más fríos e inhóspitos que tanto respeto le merecen por su robusta inocencia y su aire límpido; poder poseer el mundo entero simplemente observándolo, siendo capaz de captar su pureza y delicadeza hasta tal punto que desee aclimatarse como un elemento más a cada una de las estaciones.

Habla quien en su diario se ve extrayendo «de la naturaleza todo nutriente que ésta pueda ofrecerme», el mismo que dice: «Ordeño el cielo y la tierra»,[48] un día de noviembre, reflexionando sobre cómo apenas hay fenómenos que se puedan describir igual en una u otra estación del año, pues siempre presentan una diferencia esencial. Lo cual queda demostrado en «Colores de otoño», un ejemplo palmario de observación minuciosa de la paleta de colores con la que la naturaleza pinta sus creaciones y de las que las instituciones escolares nunca se hacen eco puesto que, asegura, en ellas no se enseña nada sobre el color ni al perezoso ni al estudioso.

Lamentablemente, ya no hay arces rojos ni nogales americanos en las calles, lo que supone que la caja de acuarelas esté muy incompleta: «En lugar, o además, de darles estas cajas de colores a los jóvenes, deberíamos ofrecerles estos tonos naturales. ¿Dónde, si no, podrían estudiar los colores con mayor ventaja? ¿Qué escuela de pintura puede competir con esto?».[49] Ninguna, puesto que, como dice en su diario de 1860, en una larga entrada de agosto en que describe la contemplación de la belleza que le depara otear una pradera cercana a Concord, ni siquiera un pintor paisajista podría distinguir «los diferentes tonos de verde con que se viste la superficie de la tierra».[50] No existe, en efecto, nada más precioso que esos colores una vez te han llamado la atención; y qué decir de «esos árboles brillantes de la calle» que «equivalen, como mínimo, a un festival anual o a una semana entera de celebraciones».[51] Cada uno de ellos son insignias que significan la libertad, cada uno tiene cientos de hojas que son las banderas de las naciones, y no hay pintura ni escultura que los igualen.

En público, Thoreau hablaría en repetidas ocasiones en defensa del medio natural y lo que puede ofrecer a nuestros sentidos y espíritu; la ocasión más vehemente sería en el comienzo de «Caminar», donde expresa su determinación de «hablar a favor de la Naturaleza, de la libertad absoluta y de lo salvaje, en contraposición a la libertad y la cultura meramente civiles», realizando «una

declaración radical y, si se me permite, enfática, pues ya hay suficientes defensores de la civilización: el sacerdote, el consejo escolar y cada uno de vosotros os encargáis de ello».[52] En privado, sería en las cartas a Blake en las que también meditaría acerca de lo preferible de estar en la montaña, «donde tenemos por paredes la propia elevación del pensamiento y la profundidad del éter que nos rodea. Los frutos y las plantas, regados con el rocío de las montañas que se reúnen aquí, son más memorables para mí que las últimas palabras que escuché en un púlpito».[53] Ya habíamos visto que el lugar sagrado para Thoreau es el bosque, lo que explicitará en el capítulo de *Walden* «La granja de Baker» —que versa sobre sus vagabundeos por los pinares o sus observaciones en torno a los abedules o las hayas: templos y altares para él— y en una entrada de su diario de 1841 en la que asegura que «en todas las mitologías, el bosque es un lugar sagrado», y menciona los olmos entre los druidas, las arboledas de la ninfa Egeria, que a su muerte se convirtió en una fuente por llorar tanto la desaparición de su esposo, al que transformó en pozo, e incluso el famoso bosque de Sherwood o de Barnsdale donde se escondía Robin Hood; los cuentos populares sobre éste, sin la presencia del bosque, no tendrían tanto encanto, añade, dado que «es siempre la historia no narrada, la vida y las acciones que se desarrollan en el secreto inexplorado del bosque, lo que nos hechiza y nos devuelve a la niñez; leer sus baladas y oír hablar del bosque verde».[54]

No en vano, tal presencia ejerce de bálsamo; nuestras vidas necesitan la cercanía de la naturaleza, de la belleza y el estímulo de la imagen del bosque, de la verticalidad de los pinos y los arces: un fondo de escena que nos reporta alivio, dice en su lunes a bordo del *Musketaquid*, excursión con la que vivir la naturaleza en todo su esplendor y que, en manos del poeta, del hombre que cultive los sentidos, puede proporcionar una lección existencial de primer orden:

> «Nada que le ocurra de manera natural a un hombre puede *herirle*, y los terremotos y las tormentas no son una excepción», dijo un hombre de genio, que en aquella época vivía unas pocas millas más arriba de nuestro camino. Cuando un aguacero nos obliga a cobijarnos bajo un árbol, podemos aprovechar esa oportunidad para realizar una inspección más minuciosa de algunas de las obras de la naturaleza. Una vez me quedé medio día debajo de un árbol, durante una lluvia torrencial de verano, y aun así ocupé mi tiempo de manera agradable y provechosa hurgando con mirada microscópica en las fisuras de las cortezas, en las hojas o en las setas a mis pies.[55]

El hombre de genio referido es Nathaniel Peabody Rogers (1794-1846), un escritor y abogado muy olvidado hoy, aunque cercano al radicalismo trascendentalista, que contó con la acérrima admiración de Thoreau, quien le dedicó el ensayo «El heraldo de la libertad», en alusión al periódico de la Sociedad Antiesclavista de Nuevo Hampshire que editaba, el *Herald of Freedom*. Realmente, Rogers, que murió prematuramente dejando mujer y siete hijos, era casi su alma gemela: anarquista, pacifista, naturalista, anticapitalista y animalista, aparte de un herético religioso y un defensor de los derechos de las mujeres. Los editoriales que firmaba en esa publicación fluían, a ojos de Thoreau, «como si fuesen sus propios

torrentes de la montaña, limpios y cristalinos o repletos de espuma y de arena, sazonados siempre con la esencia del abeto y del pino noruego, mas nunca turbios ni amenazantes como el murmullo apagado de los ríos de la llanura».[56] Así, el obrar con justicia, una vida de principios, la sinceridad y la pureza en este caso de un individuo que luchó contra la esclavitud y que indignó a la Iglesia con sus declaraciones expresándose con absoluta libertad, y además con una prosa que ya quisieran muchos poetas, según su amigo, también se puede explicar con las virtudes de la naturaleza.

Y es que, precisamente, la frase que Thoreau trae a colación al inicio del fragmento destacado proviene del artículo de Rogers «It Rains» («Llueve»), publicado en el *Herald of Freedom* el 4 de julio de 1845. La mirada hacia el hombre honrado y fiel a sí mismo, a sus asuntos, siempre tendrá en Thoreau una correspondencia con las sagradas leyes naturales. La naturaleza es la vara de medir de los humanos, pues, como Nuestro Señor, como la máxima divinidad, coloca al hombre en situaciones de las que salir airoso con fe y paciencia. Podríamos sugerir que, al contrario del salmo 21 (Mateo 27:46), el hombre no podrá decir nunca: Naturaleza, Naturaleza, ¿por qué me has abandonado?

El Thoreau debajo del árbol tuvo que poner buena cara al mal tiempo, y deducir que tal cosa no era un inconveniente sino una oportunidad para estudiar la fauna y la flora que tenía a unos centímetros, sin duda volvería a casa contento de estar mojado para así poder secarse, como le dijo a Blake en una de sus últimas misivas, en 1860: «¡Qué contentos con la tormenta, que hizo que la casa nos pareciese un nuevo hogar!».[57] Ante la locura de la vida organizada en las ciudades, nada mejor que «recuperar la cordura volviéndome a poner en contacto con la naturaleza», dice en el diario de 1854. «Me bebería gustoso un buen trago de la serenidad de la naturaleza. Que lo profundo se comunique con lo profundo.»[58] Acudir a ella es su esperanza y su futuro, sin la necesidad de encontrar un *locus amoenus* en forma de jardines o campos cultivados, es decir, en terrenos tratados, domesticados por la mano humana, como podrían tener los habitantes de los pueblos o las ciudades, e incluso con la satisfacción de si ese encuentro con lo natural se produce en el pantano más impenetrable y fangoso, como apunta en «Caminar».

La simple fragancia del lirio acuático, reflejando la llegada de la estación estival, confirma esa sensación esperanzada. «Es por ello que no debo desesperar del mundo, a pesar de la esclavitud, la cobardía y la falta de principio del Norte. Sugiere que habrá un día en que los actos de los hombres tendrán idéntico dulzor»,[59] escribe en su diario de 1854, dos meses antes de publicar *Walden*. Si las cualidades del ser humano pueden ser descritas mediante el virtuosismo de la naturaleza, ésta representa a su vez a las elevaciones espirituales a las que puede aspirar el hombre, de modo que una es espejo del otro. «Me marchitaría y resecaría si no fuera por los lagos y los ríos», dice el joven de 1840 en su cuaderno en un acto de saberse dependiente, de reconocerse parte integral en un todo en el que no es superior en absoluto al prójimo vegetal o animal. «Soy consciente de que mi cuerpo proviene de las aguas, tanto como la rata almizclera o el pasto en la

orilla. Pensar en Walden allá lejos, en el bosque, me da elasticidad y ductilidad para las tareas del día. A veces estoy sediento de él.»[60]

Faltarían cuatro años y medio años para convertirse en lo que había elogiado en *Los bosques de Maine*, esto es, «la vida del pionero o colonizador solitario en estos o cualesquiera otros bosques —afrontando dificultades reales, no de su invención, consiguiendo el sustento directamente de la naturaleza», más respetable «que la de las desvalidas multitudes de las ciudades, pendientes de gratificar las necesidades sumamente artificiales de la sociedad y cuyos individuos son expulsados de sus trabajos en épocas difíciles».[61] Menos de cinco años tan sólo para beber de ese manantial.

EXPERIENCIAS

THOREAU EN ACCIÓN

Thoreau *vive* la naturaleza de una manera tan extraordinaria que resulta imposible encontrar aventuras como esa que tengan, además, una impronta literaria, salvando unos pocos imitadores contemporáneos (apuntados en la bibliografía), pero el escritor querrá ir mucho más allá, *vivir en* la naturaleza, por medio de un acto de coherencia con respecto a lo que pensaba desde joven: tener el conocimiento adquiriéndolo directamente de la experiencia. Por algo Stevenson dijo que, «en el caso de Thoreau, un despliegue de doctrinas tan grande exige algún resultado en el ámbito de la acción».[1]

De esa idea de encontrar guarida entre sus amados árboles ya da cuenta su diario de febrero de 1841, cuando alude a «una vida dura y austera en el bosque» que en sí es atractiva por «su falta de trivialidad» y que lo aproximaría al «grave y solemne misterio de la naturaleza». Dos meses más tarde, expresa su deseo de encontrar un lugar limpio para su objetivo: «Construiré mi casa en la ladera sur de alguna colina y aceptaré allí la vida que me envíen los dioses. ¿No será tarea suficiente aceptar agradecido lo que me sea dado entre sol y sol? Hasta el zorro se hace la madriguera».[2] El reto, así las cosas, se iría haciendo cada vez más accesible y concreto en su mente y su ánimo, si nos atenemos a lo que acaba diciendo en la Nochebuena de ese mismo año: «Quiero partir pronto, irme a vivir junto al estanque, donde sólo oiga al viento susurrando entre los juncos. Será un éxito si consigo abandonarme al hacerlo. Mis amigos me preguntan qué voy a hacer cuando esté allí. Pero ¿no será empleo suficiente el ver el paso de las estaciones?».[3]

También en *Musketaquid*, que precisamente escribirá en buena parte en Walden Pond, hace una referencia semejante al hilo de un valle que le despierta una visión arcádica y poética de la vida allí, en cierta área de Nueva Inglaterra, en el que tal vez constituye el pasaje más cercano a un típico *locus amoenus* al ensalzar una cotidianidad de habitantes que cuidan de las flores y del ganado y que, como los pastores de la Antigüedad, acuden por la noche a la orilla del río a ponerles nombres a las estrellas.

El caso es que Thoreau y su hermano pasan junto a una de esas islas que las corrientes crean en la confluencia de dos ríos, y donde incluso llega a extenderse un bosquecillo, y el primero de ellos queda fascinado: «Una isla siempre constituye un placer para mi imaginación, incluso la más pequeña, como el pequeño continente y la parte integrante del planeta que es. Tengo el capricho de construirme una cabaña en una».[4] ¿No decíamos, muchas páginas atrás, que el propio Thoreau era, se sentía una isla? Un islote que se aislará en una casa en mitad de ninguna parte. Pero ¿por qué exactamente?

Él ya lo acaba de decir: para *abandonarse*. Lo cual sería propio del que era considerado en el pueblo el único ser ocioso. Su amigo Channing tenía ese mismo sueño, explica Baker, pero algo más pastoril desde el punto de vista de la tradición

literaria, o sea, llevar una vida en una cabaña dedicándose a escribir poemas, como él mismo le contó a Margaret Fuller en el verano de 1842, precisamente en Walden Pond. Tres años más tarde, estando en Nueva York, Ellery envía una carta a Thoreau en la que ve claro que a éste le conviene como a ningún otro ir allí donde pueda construirse una cabaña para iniciar «el magnífico proceso de devorarte vivo… Concord es tan buen lugar como cualquier otro».[5] Por supuesto, añade Baker, Thoreau no requería que le aconsejaran instalarse en un sitio que conocía como la palma de su mano, y además acababa de construir una casa para sus padres próxima a la estación de tren, de modo que el asunto de edificar su propio hogar no le intimidaría en absoluto.

Paul Auster, en su novela *Brooklyn Follies* (2006), sobre un hombre maduro de vuelta de todo que se traslada «a morir» a un sitio tranquilo, eligiendo para ello las inmediaciones del parque Prospect, habla del abordaje de Thoreau en su particular isla. Narra así la vida de un joven que, tras haber sido un universitario brillante, está interesado en analizar en paralelo las obras de nuestro escritor y Edgar Allan Poe, pese a representar «extremos opuestos del pensamiento norteamericano», éste un bebedor de imaginación fantasmagórica, aquél «un abstemio del Norte…, de opiniones radicales, comportamiento puritano, lúcido en su trabajo»; ambos, según el personaje, deseosos de «reinventar Norteamérica»;[6] ambos, cabe apuntar en otro aciago paralelismo —pues Poe encontraría la muerte con cuarenta años, en 1849—, prematuramente desaparecidos. En concreto, el narrador de Nueva Jersey escribe que «Thoreau se marchó a las afueras de Concord, haciendo como si se hubiera exiliado en el bosque; sin otra razón que la de demostrar que eso era perfectamente factible. Con tal de tener el valor de rechazar las imposiciones de la sociedad, todo el mundo podía vivir como le diera la gana. ¿Y con qué objeto? Para ser libre. Pero ¿libre para qué? Para leer, para escribir libros, para pensar. Para ser libre y escribir un libro como *Walden*».[7]

Y no otra cosa usará como justificación el propio Thoreau en el libro mismo, al cabo de pasar las páginas apenas media docena de veces, sino la más estricta imposición de lo que puede ofrecer tal libertad sin las telarañas y tragaluces que la cotidianidad urbana pone a los ojos de los ciudadanos: «Me vine aquí para encontrarme cara a cara con las realidades de la vida, con los hechos vitales que, como fenómenos o actualidad, los dioses quieren mostrarnos». Pero ¿qué podría pasarle de *real* en mitad del bosque a un hombre, es eso «la vida»?; aunque, bien mirado, ésta «¿quién sabe qué es y qué hace?».[8] Thoreau, a lo largo del libro que publicará nueve años después de haberse instalado en Walden Pond, nos demostrará que no ocurren menos asuntos interesantes o dignos de dejar por escrito en medio de la naturaleza que entre las gentes, ocupaciones y horarios de las ciudades.

Otro de los lectores más capacitados para acoger en su alma el poder poético del pensamiento y la acción de Thoreau buscó la explicación de tamaño desafío de esta manera: «… y no fue tal resolución un ataque de arcadianismo agudo, ni menos se apartó del mundo a llorar desengaños ni heridas del corazón o de amor propio; fuese a la soledad en busca de solaz para completar su cultura, para probar

sus facultades, para conocerse a sí mismo y definir su propia dirección», escribió Antonio Machado,[9] el poeta de los campos de Castilla y del olmo viejo, el paisajista que iba «soñando caminos» y cantaba a los ríos Duero y Guadarrama, el autor de *Soledades*.

Abandonarse en soledad, pues, sería el lema que Thoreau podría colgar en la puerta de su casa. Algo anhelado durante los últimos años sin el menor resquicio de miedo o aprensión. Y es que únicamente a solas podría experimentar lo que había ido a buscar en un terreno repleto de pinos blancos que acababa de adquirir y le cedía Emerson a unos 2,5 km al sur de Concord, entre este pueblo y Lincoln, en la orilla septentrional de Walden, justo delante (no llegaba a siete metros la distancia) de la laguna y al borde del bosque, en medio de un soto de pinos tea y nogales y a algo más de 2 kilómetros al sur del campo de batalla de Concord.

Hoy, en su recuerdo, el visitante podrá ver, escritas en un rudimentario cartel de madera con pintura blanca, las siguientes e icónicas palabras de Thoreau, en páginas atrás ya citadas, pertenecientes a «Dónde vivía y para qué»; las mismas que les sirven para abrir cada sesión a los miembros del Club de los Poetas Muertos, tras haberles explicado el profesor Keating cómo lo hacía con sus antiguos compañeros cuando era estudiante, en la cueva cercana a su colegio de Vermont: «Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentarme sólo a los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que la vida tenía que enseñar, y para no descubrir, cuando tuviera que morir, que no había vivido».

El resto del párrafo especificará la proclama de no querer «vivir lo que no fuera la vida, pues vivir es caro, ni quería practicar la resignación a menos que fuera completamente necesario». Es un Thoreau que no se hubiera perdonado no llevar a término su vieja idea —su «propio experimento», como lo llama—, madurada sobre la base de sus frecuentes caminatas, cuando uno no lleva apenas nada consigo y le rodea todo el universo, y en efecto sólo está el vivir, sólo respirar y mirar, no hay nada más. Sigue diciendo: «Quería vivir con profundidad y absorber toda la médula de la vida, vivir de manera tan severa y espartana como para eliminar cuanto no fuera la vida, abrir un amplio surco y arrasarlo, arrinconar a la vida y reducirla a sus términos inferiores y, si resultaba mezquina, coger toda su genuina mezquindad y hacerla pública al mundo; o, si era sublime, saberlo por experiencia y ser capaz de dar cuenta de ello en mi próxima excursión». Y al final no puede resistirse a comentar cómo actúa la mayoría de los hombres, meciéndose en «una extraña incertidumbre respecto a si la vida es cosa de Dios o del diablo», concluyendo que ha acabado por glorificar a Dios y hacer de ello un precipitado propósito de vida.[10]

La apuesta por ese querer vivir tendrá algo de monástico aunque sea al aire libre, algo de monje budista si no fuera porque no había suelo que barrer al hacerlo aquella criada invisible a la que hicimos referencia. Una peripecia como ésta, que busca interiorizar lo que da el entorno y sentir y reflexionar sobre ello, no podía, evidentemente, nacer, desarrollarse y hasta acabar en compañía; cómo abandonarse con plenitud con alguien al lado que, aun compartiendo tu actitud, pueda distraerte de lo que has ido a hacer allí. Y sin embargo, como dice en el

breve «Soledad», recibió en su cabaña más visitantes que en cualquier otra época de su vida, que en su caso en realidad se limitaría en número a «algunos», si bien dijo conocer a varios de ellos «en circunstancias más favorables que en ningún otro lugar».[11] Aquellos niños que pasaban en busca de arándanos, empleados del ferrocarril, pescadores y cazadores, escritores… «En suma, estaba dispuesto a saludar a todos los honrados peregrinos que venían al bosque en busca de libertad y realmente dejaban atrás la ciudad.»[12] Como no criaba pollos, dice irónicamente, no temía a los halcones acostumbrados a sobrevolar los gallineros; su temor tenía que ver con los halcones de hombres, y si venían de la civilización, mucho más.

La ironía había empezado unos pocos renglones atrás, cuando analiza el tipo de gente que visita su agradable retiro laico. Por ejemplo, los jóvenes parecían estar contentos viéndose en el bosque por la forma en que miraban la laguna y la vegetación. Por otra parte, los viejos o débiles de salud transmitían un pensamiento de miedo ante un repentino accidente y la llegada de la muerte, dado que «para ellos la vida estaba llena de peligros —¿qué peligro hay si no pensáis en ninguno?— y creían que un hombre prudente elegiría cuidadosamente la posición más segura», la que tendría que ver, claro está, con la comunidad y la protección mutua que ofrece la ciudad. «Esto equivale a decir: si un hombre está vivo, siempre hay *peligro* de que muera, aunque debe admitirse que el peligro es menor cuando empieza a estar vivo-y-muerto.»[13] La sombra de Montaigne, y con él la lección de los pensadores grecolatinos sobre aprovechar el momento y no temer lo que inevitable y casi siempre imprevisiblemente va a ocurrir, es tan alargada como la que cubriría su cabaña a lo largo del día.

Henry está en Walden Pond para comunicarse con otros interlocutores: quiere oír al viento, y expresarlo, sentir la naturaleza de forma más cotidiana que lo que pueden proporcionarle sus largos paseos por ella. La misma «Soledad» da inicio así: «Es una tarde deliciosa, en que todo el cuerpo es un solo sentido y bebe la delicia por cada poro. Voy y vengo con una extraña libertad en la naturaleza, como parte de ella. Mientras camino por la pedregosa orilla de la laguna en mangas de camisa, aunque el tiempo es frío, además de nublado y ventoso, y no veo nada que me atraiga en especial, todos los elementos resultan insólitamente agradables». En ese estado va a permanecer veintiséis meses y dos días, demostrándose que su serenidad, como el lago, «se ondula, pero no se arruga», reconociendo que el lugar donde vive «resulta en gran medida tan solitario como las praderas; es tanto Asia o África como Nueva Inglaterra. Tengo, por así decirlo, mi propio sol, luna y estrellas, y un pequeño mundo para mí solo».[14]

A tanto llega su bienestar en el medio salvaje, que hasta el más pequeño elemento del bosque le brinda, así lo siente, su amistad, viendo al mismo tiempo a sus ciudadanos como entes lejanos, convenciéndose de que nada le será extraño o temible mientras permanezca allí. «¿Por qué había de sentirme solo? ¿No está nuestro planeta en la Vía Láctea? Ésa no me parece la cuestión más importante. ¿Qué tipo de espacio es el que separa a un hombre de sus semejantes y le hace solitario? He descubierto que ningún ejercicio de las piernas puede aproximar más a dos espíritus entre sí.» La pregunta y la subsecuente conclusión nos atañe a

todos, sea cual sea la clase de vida, solitaria o en convivencia, que llevemos, ya que relativiza la distancia que nos separa, en función de si es espacial o espiritual; y, asimismo, también nos tocaría de cerca este deseo personal, tal vez nada fácil de verbalizar: «¿De qué queremos vivir más cerca?». Thoreau lo tiene claro: «Seguramente, no de muchos hombres, ni del almacén, la oficina de correos, el bar, la iglesia, la escuela, la tienda, Beacon Hill [barrio de Boston famoso por sus casas señoriales en la época] o Five Points [antiguo barrio marginal de Manhattan], donde los hombres suelen congregarse, sino de la fuente perenne de nuestra vida».[15]

La soledad es para Thoreau un compañero sociable con el que le encanta estar. La compañía puede volverse pronto fatigosa, aunque uno se rodee de la mejor gente. Efectivamente, «la soledad no se mide por las millas de espacio que separan a un hombre de sus semejantes», pues aquel que piensa o trabaja siempre se halla solo, como el estudiante de la populosa Universidad de Cambridge que tan familiar le era. Thoreau se enorgullece de tener mucha compañía en su casa, sobre todo por la mañana, cuando nadie le visita. No en vano, su concepto de soledad es muy diferente al del resto: él más bien se siente igual de solo, es decir, igual de acompañado, que «una veleta, o la Estrella Polar, o el viento del sur, o un aguacero de abril, o el deshielo de enero, o la primera araña en una casa nueva».[16] Ni siquiera se verá desanimado, dice en el capítulo «La ciudad», en medio de grandes tormentas o en la impenetrable y asustadiza para cualquier hombre corriente oscuridad en los bosques.

Todo lo contrario, no sólo no hay problema alguno en verse a solas en una situación en principio intimidante frente al poder de la naturaleza, sino que «es una experiencia tan sorprendente y saludable como valiosa perderse alguna vez en los bosques». Thoreau usa esta situación, para él gozosa, para sacar la moraleja de que «hasta que no estemos perdidos por completo o demos la vuelta —pues en este mundo basta con que a un hombre le hagan girar una vez con los ojos cerrados para que esté perdido— no apreciaremos la vastedad y extrañeza de la naturaleza». Ésta nos puede regalar otra de sus impagables lecciones: el hecho de que sólo hasta que no nos perdamos, hasta que no perdamos el mundo, asegura literalmente, no comenzaremos a encontrarnos a nosotros mismos, a aprender dónde están los puntos cardinales, «a advertir dónde estamos y la infinita extensión de nuestras relaciones».[17] El *perdido* Thoreau se encontrará felizmente pasando las horas nocturnas pescando en un bote a la luz de la luna, oyendo a los búhos y los zorros, o sentándose en un tocón para contemplar la laguna y estudiar el reflejo del cielo y los árboles en ella.

La apacibilidad con la que Thoreau describe la naturaleza en su libro más famoso le debe mucho a la presencia de la laguna. Qué diferente hubiera sido una experiencia rodeado de árboles solamente de otra en la que el agua cercana sería su suministro de comida y bebida e higiene, además de un «perfecto espejo del bosque, rodeado de piedras tan preciosas para mis ojos como si fueran escasas o raras. No hay nada tan hermoso, tan puro y, al mismo tiempo, tan grande como un lago en la superficie de la tierra». Para él es «agua del cielo. No necesita cercado.

Las naciones van y vienen sin ensuciarla. Es un espejo que ninguna piedra podrá romper, cuyo azogue no se gasta nunca y cuyo dorado repara continuamente la naturaleza».[18] Son palabras pertenecientes a «Las lagunas», donde dice pasar las tardes en el bote tocando la flauta y viendo a las percas alrededor, o soñando despierto en pleno verano con la embarcación moviéndose a su antojo hasta que encalla en la orilla, aprovechando para describir un lugar admirable en su pureza y profundidad, a su juicio.

Se sentía así rico, si no en dinero, en días de sol que no hubieran sido gastados mejor en cualquier taller o pupitre; integrado no sólo en el presente de Walden, sino en la historia del mundo, real y mitológica. Tal vez, se dice, cuando Adán y Eva fueron expulsados del Edén, esta laguna —que según una vieja traducción viene del nombre de una india llamada así que escapó de una celebración demasiado profana para la naturaleza, la cual hizo hundirse la colina que se convertiría en laguna— ya existía; de hecho, «es perennemente joven», «en sí misma es inalterable»[19] pese a la intervención invasiva del hombre en forma de caza, ferrocarril o construcciones de casas.

Por otra parte, a Thoreau, estar en el centro de la laguna le proporciona la más hermosa vista posible de los bosques gracias a ese espejo que reproduce lo mejor de la tierra y el cielo, la más completa manifestación de lo saludable y del júbilo a lo que debería llevarnos. «¿Qué píldora nos mantendría en forma, serenos, contentos? No la de mi bisabuelo o el tuyo, sino las medicinas universales, vegetales, botánicas, de nuestra bisabuela naturaleza, con las que se ha mantenido siempre joven»,[20] escribe en «Soledad».

*

Sintiendo en estos términos a la que describe como inocente y beneficiosa naturaleza, habrá energías y ánimo suficientes para encontrar la voz interior que empuje a alejarse y descansar «junto a todos los arroyos y hogares sin temor». No existe el miedo si no se piensa en él. Recuérdate joven y «levántate libre de cuidado antes del alba y busca aventura. Que el mediodía te encuentre en otros lagos y la noche te coja en todas partes como si estuvieras en casa». No le des, pues, la espalda a lo natural, sé parte de ello, y «crece salvaje de acuerdo con tu naturaleza, como estos juncos y helechos».[21]

Al comienzo de *Walden*, Thoreau ha propuesto «imaginar el momento en que, en la infancia de la raza humana, un mortal emprendedor reptó hasta un agujero en una roca en busca de cobijo». Él mismo está volviendo, con su acto independiente de soledad tras levantar con sus manos una casa, a ese agujero primigenio, la sabiduría primigenia emersoniana inherente a la naturaleza. Él mismo es como los chavales que iban a pedirle arándanos, o como el pequeño Eddy que rastreaba su

entorno en busca de huevos de pájaro o quiso construir un iglú en el jardín de casa: «El mundo empieza de nuevo, en cierto modo, con cada niño, y a éste le gusta estar en el exterior, incluso bajo el frío y la lluvia. Como por instinto, juega a tener una casa, así como un caballo».[22]

El *infantil* Thoreau fue a los bosques para el simple placer y curiosidad de ver llegar la primavera en los bosques, cómo se desquebrajaba el hielo en la laguna al pisarlo, cómo el sol fundía gradualmente la nieve y los días se alargaban y cómo dejaba de llevar más leña al cobertizo. Para hacerse una casa de juguete en la que acabar sintiéndose como en el hogar más propio, no importa donde esté, pues, como decía en este pasaje en el que conminaba al hombre a descansar sin miedo alguno junto a los arroyos, «no hay campos mayores que éste, ni juegos más dignos que jugar». Alegre como un niño, Thoreau disfrutará del sonido de la nieve que cae derretida, y su faceta de pensador adulto, en el capítulo «Primavera», sacará de oír cómo el hielo se disuelve en las lagunas la idea de que es así «como nuestra vida humana desciende hasta las raíces y eleva sus briznas verdes hacia la eternidad».[23] Oyendo a la naturaleza, teniendo fe en la purificación, creyendo que podemos elevarnos allí donde la sociedad no nos deja por su persistente control.

Lo verá y sentirá todo desde «una agradable ladera, cubierta de pinares, a través de los cuales veía la laguna, y un pequeño claro en los bosques de donde surgían pinos y nogales». De este modo describe, ya bastante entrado el inicial capítulo «Economía», su lugar de trabajo.

Del proceso tenemos información muy específica en *Walden*, como si mediante los datos se asegurara de que creyéramos que su experimento había sido real, que no había trampa ni cartón en una iniciativa tan excéntrica como vivir solo enfrentándose a la subsistencia sin más ayuda que las propias manos y con apenas gasto monetario. Sería a finales de marzo de 1845, cuenta, cuando pidió prestada un hacha y empezó «a talar unos altos pinos blancos aflechados, aún jóvenes, para obtener madera. Resulta difícil empezar sin pedir prestado, pero tal vez sea la vía más generosa para permitir que vuestros semejantes sientan cierto interés por vuestra empresa. El dueño del hacha, al entregármela, dijo que era la niña de sus ojos; se la devolví más afilada de lo que estaba».[24] Thoreau no deja detalle al azar, ni se despreocupa ni de lo más insignificante o secundario; le hubiera parecido de hombre aprovechado beneficiarse de una herramienta ajena y devolverla gastada o defectuosa.

A continuación, compró una chabola abandonada a un trabajador del ferrocarril llamado James Collins, para usar sus tablones y tejas, por 4,25 dólares, que desmontó quitándole los clavos, y luego la trasladó «junto a la laguna en pequeñas carretadas, y extendí las tablas sobre la hierba para decolorarlas y alabearlas al sol».[25] En abril tiene lista la estructura básica y acaba de elevar la casa en mayo, con ayuda de varios vecinos, ocupándola finalmente un día tan señalado como el 4 de julio, conmemoración de la Independencia, aunque él diga que fue por mero accidente: «Tenía así una casa bien cubierta con tablas de madera y revocada, de diez pies de ancho [3,5 m] y quince de largo [4,5 m], y postes de ocho pies [2,5 m], con un desván y un armario, una gran ventana a cada

lado, dos ventanucos, una puerta en un extremo y una chimenea de ladrillo al otro lado»;[26] chimenea, por cierto, que le ayudaría a construir Channing en octubre, cuando pasó con él dos semanas, durmiendo en un camastro junto a la cama de su amigo, porque hasta ese momento la casa no estaba acabada para el invierno, y apenas le protegía de la lluvia con amplias grietas por las que se filtraba el frío de la noche.

En total, no se gastaría ni 30 dólares en tablas toscas y tablillas para el tejado, listones, dos ventanas con cristales de segunda mano, mil ladrillos viejos, dos barriles de cal, cerdas, clavos, bisagras, tornillos, un picaporte, tiza... Thoreau ya tenía una casa que superaba a cualquiera que pudiera ver en la calle mayor de Concord en «grandeza y lujo». Su vara de medir las comodidades materiales era tener lo que necesitaba y no más, y a esa fórmula que daba como resultado la adecuada proporción de felicidad y confort no le ganaba nadie. Tenía veintinueve años.

Todo lector que haya sentido curiosidad por adentrarse en la vida y escritura de Thoreau habrá tropezado tarde o temprano con unas palabras suyas que han sido muy difundidas, en respuesta a un cuestionario que le envió desde Harvard, en marzo de 1847, el secretario de su clase de 1837, Henry Williams, para saber qué tareas habían desempeñado los exalumnos, pero que no contestó hasta que abandonó Walden: «He sido maestro de escuela, tutor privado, agrimensor, jardinero, granjero, pintor (de casas), carpintero, albañil, jornalero, lapicero, fabricante de papel de lija, escritor y, a veces, poetastro».[27] Estaba recordando con ello todos los empleos que había hecho hasta la fecha, ya fuera por medio de alguien que lo contratara o llevándolos a cabo por su propia voluntad, aprendiendo sobre la marcha todo lo que necesitara al respecto —«Estudié albañilería cuando tuve que construir mi chimenea»,[28] dice en el capítulo «Calentar la casa»—, con tanta dedicación que en su primer año sintió que lo había hecho mejor que cualquier granjero de Concord.

Ya de entrada, él podría presumir del hecho de que sus gastos habían sido mínimos durante la primera estación, unos 15 dólares entre utensilios, semillas, etc. Por otro lado: «Al año siguiente lo hice aún mejor, porque removí toda la tierra que necesitaba, en torno a un tercio de acre, y aprendí de la experiencia de los dos años pasados sin sentirme en absoluto intimidado por tantas obras célebres sobre agricultura». Y pone el acento en ello al explicar que «era más independiente que cualquier granjero de Concord, ya que no estaba anclado a una casa o granja, sino que podía seguir la inclinación de mi genio, que es muy retorcido, a cada momento. Además de estar mejor que los demás, si mi casa hubiera ardido o hubiera perdido mi cosecha habría estado tan bien como antes».[29]

En cuanto a la comida, apunta que le costó 27 centavos por semana y que estuvo constituida, durante casi dos años, por «harina de centeno y de maíz sin levadura, patatas, arroz, un poco de carne de cerdo salada, melaza y sal, y para beber, agua. Era adecuado que viviera sobre todo de arroz quien tanto amaba la filosofía de la India».[30] Y por lo que respecta a la calefacción —cabe decir que esa laguna y otras próximas, como la de Flint, se helaron aquel año tres días antes de

Navidad—, la llegada súbita de la nieve le hizo tener que replegarse en su «concha y me esforcé por mantener un fuego brillante tanto dentro de mi casa como en mi pecho».[31] Algo que, lejos de ser una tarea inocente y habitual, también le inspirará varios fragmentos de *Walden* al recordar cuando salía a recoger madera seca, o arrastraba algún árbol muerto hasta su cobertizo, o incluso recuperaba de la laguna troncos a la deriva que tardaban en secarse varios meses, en contraste con la despreocupación que los hombres —ojalá los granjeros sintieran que, al cortar árboles, profanaban un sitio sagrado, como en la época de los romanos— demostraban cuando talaban el bosque.

Por aquel tiempo, todavía la leña era un bien muy preciado y por eso mismo su precio se encarecía; para Thoreau, era más valiosa que el oro, y servía a la sociedad tanto para calentarse como para las culatas del fusil o, como había comprobado él mismo, la construcción de barcos. Todos los hombres miran con afecto su leña, leemos, pero no habría muchos que acompañaran tal cosa con un sentido de orgullo y agradecimiento como en su caso: «… esos tocones me calentaron dos veces, la primera cuando los partí y la segunda cuando estaban en el fuego; ningún otro combustible daría más calor».[32] Iba a necesitar muchas sesiones de esa doble calidez para aguantar el tremendo frío en medio de la naturaleza que se avecinaría, pero qué grato le era sufrir las ráfagas de viento y empezar a sentirse torpe en sus movimientos y, entonces, «llegar a la caldeada atmósfera de mi casa», donde «recobraba enseguida mis fuerzas y prolongaba mi vida». Y no es ésta una afirmación dramatizada, por así decirlo, sino surgida de la conciencia de qué poco somos y qué fácilmente podemos ser destruidos: «Seguimos datando los días con los viernes fríos y las grandes nevadas; un viernes algo más frío o algo más de nieve pondrían fin a la existencia del hombre sobre la tierra».[33] No hay casa lujosa que pudiera impedirlo.

La suya era la quintaesencia de la austeridad, naturalmente. Muy avanzado el libro, la describe de esta manera: «Mi morada era pequeña y apenas sin eco, pero parecía mayor por ser un apartamento solitario alejado de los vecinos. Todas las atracciones de una casa se concentraban en una habitación; era cocina, dormitorio, sala de estar y despensa, y disfrutaba de cualquier satisfacción que padre o hijo, amo o esclavo, obtienen de vivir en una casa».[34]

El momento más memorable para él, como se supondrá, era por la mañana temprano, toda una alegre invitación a conseguir la misma sencillez e inocencia que la naturaleza, dice en «Dónde vivía y para qué», una oportunidad para revigorizarse, para retar al genio ante la nueva jornada. Casi lo primero que hacía era bañarse en la laguna, realmente un ejercicio religioso, afirma, y así seguía el día:

> Después de cavar o tal vez leer y escribir por la mañana, solía bañarme de nuevo en la laguna, atravesaba alguna de sus caletas y quitaba de mi persona el polvo del trabajo o alisaba la última arruga del estudio, de modo que a mediodía estaba libre por completo. Cada uno o dos días paseaba por la ciudad para oír los chismes que van por allí incesantemente, circulando de boca en boca o de periódico en periódico y que, tomados en dosis homeopáticas, eran a su manera tan renovadores como el susurro de las hojas y las furtivas miradas de las ranas. Así como caminaba por los bosques

para ver a los pájaros y las ardillas, caminaba por la ciudad para ver a los hombres y los muchachos; en lugar del viento entre los pinos, oía el traqueteo de los carros.[35]

Thoreau no se enclaustra en la libertad ni corta los hilos que unirían su isla al continente, sino que recibe a personas y acude continuamente a Concord, con frecuencia a cenar a casa de Emerson. Esa lejanía relativa que le permite disfrutar de la soledad y de desaparecer cuando le place facilita, si no una nueva visión de las labores anodinas y sufrientes de los hombres, sí una perspectiva que viene a redundar con más cinismo en lo escrito tantas veces. De tal modo que volver a las calles de Concord le hace *descubrir* «una ciudad de hombres ocupados, tan curiosos para mí como si fueran perros de la pradera, cada uno sentado a la entrada de su madriguera o afanado hasta la del vecino para chismorrear. Con frecuencia iba allí a observar sus hábitos».[36]

El ser humano es el objeto de estudio de su laboratorio portátil que es su mirada. Cuán diferente es entonces su amanecer puro ante la benefactora naturaleza y su habitual sensación de despertar a la vida, y no sólo al sueño, del amanecer urbano de tantos millones que se despiertan para el mero trabajo físico; en su opinión, «sólo uno en un millón está lo bastante despierto para el ejercicio intelectual efectivo, sólo uno en cien millones, para una vida poética o divina. Estar despierto es estar vivo».[37] Pero este despertar, ¿huelga insistir en ello tras ir conociendo su *work in progress*, su obra en marcha?, es mucho más que abrir los ojos y notar que ya ha salido el sol y hay que volver a lo rutinario en un ciclo soñoliento y redundante.

De hecho, Thoreau se levanta cada día con el bienestar interior, la ilusión infantil que da saber que el campo ofrece un inagotable entretenimiento, muy superior al de las urbes. Sintiéndose vecino de los pájaros, no por atrapar alguno sino, afirma, por haberse enjaulado a su lado, Thoreau ha conseguido interiorizar hasta lo más profundo de su ser que, allá donde se sentara —«¿Qué es una casa sino una [del latín] *sedes*, un asiento? Tanto mejor si es un asiento rural»—[38] estaría acompañado de un paisaje que, al final, irradiaba de sí mismo. Él despide de su cuerpo el calor, la luz, todas las energías de la madre naturaleza que recibe a diario, en un ejercicio alegórico de fotosíntesis, así que cómo no notarse ajeno, insoportablemente diferente en Concord y, como cuenta en «La ciudad», salir por la puerta trasera de algunas casas de amigos en las que irrumpía y escaparse a los bosques tras oír la sempiterna «criba de noticias, el poso, las perspectivas de guerra y paz y si el mundo iba a seguir mucho tiempo unido».[39]

Él ya está unido a Walden, tal vez de manera enigmáticamente espiritual desde que pisó aquella tierra por vez primera, en 1822, cuando era sólo un niño. Dos decenios y medio después, otro y a la vez el mismo Thoreau sigue el trazado del ferrocarril —inaugurado en 1844, para alegría de Emerson, que así podía ir y venir de Boston más cómodamente que en diligencia— y, en medio de los páramos, le golpea en la cara una ráfaga cortante, escarchada, de viento, pero él, pese a reconocerse pagano, le pone la otra mejilla y, radiante, sigue adelante, siempre adelante.

Sólo pueden encarar así la vida, sin importar la fuerza del aire en el rostro, los seres elevados que están perpetuamente despiertos, los poetas. Es el caso de Channing, que llega a su casa de muy lejos, «a través de fuertes nevadas y tenebrosas tempestades». Cualquier otro, un granjero, un cazador, un soldado, un periodista o incluso un filósofo «pueden acobardarse, pero nada podría detener a un poeta, pues obra por amor puro. ¿Quién podría predecir sus idas y venidas? Su oficio le llama a cualquier hora, incluso cuando duermen los médicos». Henry, junto a su fiel amigo, acostumbrado a vivir también la dureza de los bosques —pues Emerson contó con él para que le cortara veinticinco haces de leña durante dos meses, el año anterior—, hacía «que aquella pequeña casa sonara con la bulliciosa alegría y resonara con el murmullo de mucha conversación sobria, enmendando los largos silencios del valle de Walden. En comparación, Broadway estaba tranquila y desierta»,[40] explica en el capítulo «Primeros habitantes y visitas de invierno».

El individuo poeta, en manos de Thoreau, se aleja meridionalmente del arquetipo de intelectual hipersensible o delicado, o de la estampa melancólica de escritor solitario y apesadumbrado que hacía furor en las letras románticas europeas; es más bien un trovador moderno hecho a las mieles del vagabundeo, un ser cuya oficina y biblioteca son los campos y los ríos y que tiene la resistencia de los aguerridos exploradores que, ya en el inminente tercer cuarto del siglo XIX, se internarán en el África más impenetrable, virgen y peligrosa en busca, por ejemplo, del nacimiento del Nilo; o, por centrarnos en las referencias históricas que se van diseminando en *Walden*, por aquellos exploradores de la primera mitad de siglo a los que, en la «Conclusión», Thoreau dice que tenemos que parecernos: al Mungo Park que estudió el río Níger en el que encontró la muerte; a los Meriwether Lewis y William Clarke que exploraron durante tres años las tierras de Louisiana (correspondientes a la parte central de todo el país) después de que Napoleón Bonaparte, entonces primer cónsul francés, se las vendiera a los Estados Unidos que presidía Thomas Jefferson; al John Franklin que, como capitán de la Marina Real británica, hizo una expedición al Ártico en la que toda la tripulación desapareció cuando buscaban el llamado paso del Norte, la ruta que bordea Norteamérica, por encima de Canadá, y que conecta el Atlántico con el Pacífico.

Ese poeta que obra por amor puro y cuyo oficio va con él allá donde vaya, las veinticuatro horas del día, por más que quiera describir a Channing, es el método retórico de Thoreau para definirse a sí mismo, para exponer quién era y qué hizo en Walden Pond. Y lo que hizo, aparte de trabajar en su huerto, o contemplar cómo llegaba la primavera, o ausentarse durante dos semanas para ir a los bosques de Maine y dejar la puerta de su casa abierta para quien quisiera usarla a su antojo, fue dedicarse a la escritura ya que, no en vano, como dirá en su diario una década después —y constata precisamente la redacción de un diario a lo largo de veinticinco años—, en la ya citada frase al comienzo de este libro: «Mi trabajo es escribir». Un trabajo que Baker ve como «una mezcla de información sobre hechos y meditaciones filosóficas, salpicada de esos apotegmas ingeniosos y a veces irónicos que tanto gustaban a Emerson, y de hecho a casi todo el mundo». Un

trabajo que, en el tiempo de Walden Pond, empezó con un extenso ensayo sobre Carlyle, «después reducido a una conferencia en el Liceo de Concord y más tarde revisado para publicar en una revista».[41]

Este texto, más las anotaciones en su cuaderno donde iba registrando todas las vicisitudes que experimentaría en la casa, serían el fundamento de su futuro libro, pero lo que le tenía ocupado en su escritorio por entonces era el primer borrador de *Una semana en los ríos Concord y Merrimack*, que acabó en el verano de 1846, ante un Emerson, sigue explicando Baker, muy impaciente por leerlo ya impreso, sin tener en cuenta sin embargo «el perfeccionismo de Thoreau: su obstinada determinación de enriquecer hasta el último resquicio de su manuscrito con la mejor combinación posible de reportaje y comentario»; lo cual, al fin y a la postre, no iba a tener el resultado de la aceptación deseada por parte del público.

Cuando *Walden*, también reescrito innumerables veces, se publique mucho más tarde de vivir el experimento en la laguna, en 1854, Emerson lo definirá «alegre, chispeante, legible, con toda clase de méritos, y a veces, alcanzando alturas muy elevadas»; en Concord, hace mucho que es considerado «el indudable Rey de todos los leones americanos», dice en su diario, que se pasea por el pueblo «con aparente firmeza, pero con el temblor de las grandes expectativas».[42] Una observación en la que merece la pena detenerse un instante, porque ¿estaría Thoreau nervioso por cómo se recibiría el libro después del fiasco comercial de *Musketaquid*? ¿Hemos de atribuirle siquiera la más mínima pero comprensible y natural vanidad u orgullo del que se ha esforzado por dar su mejor escritura y, en el fondo de su ser, anhela ser reconocido por ello?

Jamás lo sabremos, pero lo cierto es que, como cuenta Casado da Rocha, aunque por supuesto Thoreau no tuvo un éxito comparable al de una novela como *La letra escarlata* de Hawthorne (cinco mil ejemplares vendidos en los primeros diez días), pensó no obstante «en aprovechar la buena fama de *Walden*» para, en 1855, «embarcarse en una gira de promoción por todo el país»; al final, las ofertas para tal cosa escasearían —a pesar de un anuncio que puso su amigo Horace Greely, fundador y director del *New York Tribune*— y, seguramente para su alivio, «nunca tuvo que desplazarse a lugares lejanos para dar a conocer sus escritos».[43]

Dónde y por qué escribió Thoreau *Walden* ya ha quedado contestado por los extractos elegidos del propio libro, y, en todo lo que hemos ido asimilando, de forma implícita está el para qué, que podría muy bien sintetizarse con el siguiente análisis de Alcoriza: «La lectura de este libro, como su escritura, debía servir para recuperar la fidelidad al momento presente. La "tranquila desesperación" de la mayoría sería un síntoma de que el hombre podía ser el esclavo, no el dueño de sus ocupaciones. Para mejorar la vida, sólo haría falta darse cuenta de dónde nos encontramos».[44] *Carpe diem*, libertad y principios, saber quiénes somos o qué podemos ser si subimos al árbol o mesa desde la que comprender que hay otra perspectiva ante la vida que puede redescubrirnos un mundo infinito: lecciones morales que han irradiado conductas de vida a las que acogerse para ese mejoramiento de nuestra existencia interior y convivencia exterior y que, por decirlo llanamente, se basan en disfrutar y apreciar las pequeñas cosas que

proporciona el día a día y cuyo valor se nos pasa por alto. «Cosas como, por ejemplo, el coger la mano de un niño en la tuya, el aroma de una manzana, el abrazo del amigo o de la amada, la seda del muslo de una chica, la luz del sol sobre la roca y las hojas, la percepción de la música, la corteza de un árbol, el roce del granito y la arena, la zambullida de agua clara en una charca, la cara del viento…, ¿qué hay más? ¿Qué más necesitamos?»[45] Son palabras del primer Thoreau contemporáneo importante, el naturalista y ecologista Edward Abbey, que en *El solitario del desierto. Una temporada en los cañones* (1968) contó su *experimento* —aunque de carácter laboral— de haber pasado tres temporadas, de abril a septiembre, en la región de los cañones como guarda forestal de temporada en un lugar llamado Parque Nacional de los Arcos, cerca de Moab, en el sureste de Utah.

Al igual que este autor natural de Indiana y muerto en 1989, un anarquista defensor de los Apalaches y aficionado al chamanismo, además de un gran amante de los grandes terrenos desérticos, como se aprecia en su libro, y cuya novela *El vaquero indomable* fue llevada al cine con Kirk Douglas como protagonista, han sido muchos los que, inspirándose en *Walden*, han querido también vivir integrados en la naturaleza para explorarse a sí mismos y ser los dueños y señores de sus ocupaciones.

Es el caso de la también estadounidense Annie Dillard, que pasó un año en una cabaña cerca de Roanoke, ciudad del estado de Virginia, acompañada sólo de un pez de colores al que llamó Ellery Channing. Su *Una temporada en Tinker Creek*, publicado en 1974 y ganador del premio Pulitzer de no ficción al año siguiente, cuando la autora tenía veintinueve años, se convertiría en todo un superventas y un éxito de crítica. Dividido en cuatro capítulos correspondientes a las estaciones, ya al comienzo de su libro la autora hablaba del propósito de llevar a cabo, como Thoreau, un diario meteorológico de la mente. Su mirada, también mística, se orientaba sin embargo hacia el hecho de ver a Dios y lo desconocido en los árboles, el agua y los fenómenos climáticos, hasta el punto de decir ella misma que se trataba de un «libro de teología». Thoreau y Walden había sido su tema de tesis universitaria, y asimismo desde joven se convertiría en una escritora de diarios muy prolífica (a mediados de los años noventa, constaban de veinte volúmenes).

Por su parte, Abbey continuaría la senda paralela de Thoreau durante la primera quincena de noviembre de 1980, cuando, cual «rata de río», bajó por el río Colorado y su principal afluente, el río Verde, para descubrir la naturaleza colindante y con la sola compañía de un ejemplar de *Walden*, lo que acabó viéndose reflejado en el texto «Down the River with Henry Thoreau», que integraría en un libro de ensayos al año siguiente. Su objetivo, con estos escritos y el resto de su obra, que tanto influiría en el movimiento del llamado «ecologismo radical» —cuyas acciones directas para algunos son tan agresivas que recibe el calificativo de «ecoterrorismo»— sería también despertar a sus vecinos antes de que fuera demasiado tarde. Pero nunca lo es, en realidad. Para acabar esas páginas en las que recorrió esas aguas que pasan por los estados de Colorado, Utah y Wyoming, Abbey dijo que Henry está con nosotros aún, pues allí donde haya halcones o ciervos, libertad o peligro, tierras yermas o ríos, él encontrará su hogar

eterno.[46]

Podemos espiritualizar semejante presencia en la actualidad por medio de infinidad de miradas lectoras o naturalistas que han ido acercándose a la obra de Thoreau con devoción, pero el hecho en sí, la acción con la que materializó sus teorías, siempre podrá verse desde un plano crítico o incluso con armas peyorativas: «Tal vez seamos injustos, pero cuando un hombre desprecia el comercio y la filantropía por igual, cuando sus opiniones sobre el bien son tan elevadas que le obligan a apartarse de la humanidad para poder cultivarlas, no se quedará satisfecho si no hace algo que llame la atención», escribió Stevenson; y seguía de esta forma tan ácida: «No fue culpa suya no acabar convertido en un mártir: si se hubiera presentado la ocasión, habría tenido un noble final. Pero trató de interferir en el curso del mundo, hizo una incursión práctica en la escena política, muy extraña por cierto, y extrañamente característica de la nobleza y la excentricidad del hombre».[47]

El (le toca el turno ahora al más corrosivo epíteto) *mártir* Thoreau es acusado aquí de intervencionista, de querer cambiar las circunstancias sociales que le rodearon. ¿Injusto, en efecto, Stevenson, al referirse a él como a una persona que sufrió o murió en defensa de sus convicciones, de sus principios? Y en realidad, en parte es posible entenderlo así viendo que la misma naturaleza a la que divinizaba, y a la que se expuso sin temor alguno hasta en las condiciones más extremas, entre la nieve, las tormentas o el frío de la noche invernal, le hizo contraer el catarro que lo confinaría en su casa desde comienzos de diciembre de 1860 en el que fue el comienzo de su decadencia física. Meses más tarde, los médicos le aconsejarían viajar a las Antillas en busca de un clima más beneficioso, «pero por llevar la contraria, como siempre, optó por Minnesota, partiendo el 11 de mayo con su joven amigo y colega naturalista Horace Mann hijo»,[48] según refiere Baker. Dos meses después, más desmejorado, volvería a Concord, sin duda previendo una muerte cercana que tardaría un año solamente en llegarle.

Con todo, ni ese aciago y prematuro final, nos atrevemos a suponer calibrando los testimonios de estoicismo que nos han llegado de su último periodo, ni mucho menos su experimento en la cabaña, supondrían un martirio para Thoreau sino un camino para, retomando las palabras de Alcoriza y Abbey, valorar como si fueran raros tesoros los asuntos más insignificantes del día, del presente mismo: «Cuando leemos *Walden*, el historial de sus dos años en el bosque, tenemos la sensación de contemplar la vida a través de una lente de gran aumento. Caminar, correr, cortar la leña, leer un poco, ver un pájaro en la rama, prepararse la cena…», anota Woolf. «Todas estas ocupaciones, cuando se limpian de polvo y paja y se experimentan de nuevo, resultan maravillosamente significativas, brillantes. Las cosas corrientes son tan extrañas, las sensaciones habituales son tan asombrosas, que confundirlas o despilfarrarlas viviendo en el seno del rebaño y adoptando hábitos que se adaptan bien a la multitud es pecado, es de hecho un sacrilegio.»[49] Los pecados que hay que expiar no eran los que los predicadores abordaban en las iglesias; el único pecado era vivir dormidos, o aborregados, u obedeciendo las costumbres o leyes dirigidas por políticos cuya bajeza lo único que le inspirará a él a lo largo de

su corta vida es no acudir a ninguna votación electoral.

Cuando leemos *Walden*…, decía la escritora británica. Algo que de hecho se ha ido convirtiendo en todo un tema narrativo para Paul Auster, como hallamos en diversos pasajes de la segunda historia que compone *La trilogía de Nueva York*, titulada *Fantasmas* (1986), de tono detectivesco. En ella, el personaje Azul tiene el encargo de un hombre llamado Blanco para que vigile continuamente a una tercera persona que también es denominada con un color, Negro, y que, además, está leyendo *Walden*, como aprecia con sus prismáticos Azul. Más adelante, siguiéndole los pasos dentro de una librería, el perseguidor encuentra casualmente un ejemplar del libro de Thoreau, que no conocía, y al final, él, que no es nada lector, se encara con la lectura con la idea de conocer mejor a su perseguido. «Pero el libro no es ágil. Cuando Azul empieza a leer, se siente como si estuviera entrando en un mundo extraño. Andando trabajosamente por pantanos y matorrales, trepando por laderas pedregosas y riscos traicioneros, se siente como un prisionero haciendo marchas forzadas, y su único pensamiento es huir». No cuesta entender el grado de asombro de un lector poco habitual o poco familiarizado con los géneros transversales —diario, autobiografía, crítica social— frente a un libro tan poco convencional como *Walden*, que ya de entrada implica hacerse varias preguntas fundamentales para no empezar demasiado perdido: «¿Por qué querría nadie irse a vivir solo en el bosque? ¿Qué significa todo eso de plantar judías y no beber café ni comer carne? ¿Por qué todas esas interminables descripciones de pájaros? Azul pensaba que le iban a contar una historia, o por lo menos algo parecido a una historia, pero eso no es más que palabrería, una interminable perorata acerca de nada».[50]

El pobre detective jamás se sentiría aliviado si leyera la propia historia que protagoniza, dado que Auster añade, en su descargo, que «se sabe que incluso lectores asiduos y elevados han tenido problemas con *Walden*, y una figura como Emerson, ni más ni menos, escribió una vez en su diario que leer a Thoreau le hacía sentirse nervioso y desdichado».[51] Azul, de todas maneras, no acaba por desanimarse y continúa la lectura, hasta que la frase «Los libros hay que leerlos tan pausada y cautelosamente como fueron escritos» le hace recapacitar, entender que «el truco está en ir despacio, más despacio de lo que ha ido nunca con las palabras: el asunto de la ropa al principio, la batalla de las hormigas rojas y las hormigas negras, la argumentación contra el trabajo».[52] Continuar adelante la lectura, con fe y atención máxima, en cierta manera *sintiendo* los siete borradores del libro, casi el decenio que llevó concebirlo, estructurarlo, escribirlo y corregirlo y pasear nervioso por Concord esperando las reacciones tras publicarlo, toda una acción solitaria y valiente convertida en palabras, en la honesta biografía que tarde o temprano Thoreau esperaba de cualquier escritor, tendrá al final sin duda la debida recompensa, ese encontrar que esas páginas debían servir para intentar volver a ser fieles al momento presente.

«Lo que no sabe», continúa diciendo el narrador de *Fantasmas*, «es que si encontrara la paciencia necesaria para leer el libro con el espíritu que pide, toda su vida empezaría a cambiar, y poco a poco llegaría a una total comprensión de la

situación, es decir, de Negro, de Blanco, del caso, de todo lo que le concierne». No es pequeño el reto que de soslayo nos plantea Auster: leer *Walden* para modificarnos por dentro, para interferir —por qué Stevenson vio en Thoreau a un hombre que quiso interponerse en otros caminos cuando su pacifismo y su crítica social se fraguó desde la palabra y no desde la arenga política— en nuestro mundo más cercano y sacarlo de la vulgaridad mental. Para entender todo aquello que tenemos entre manos, en definitiva: Azul, lo que rodea al enigma de los otros personajes coloridos; e incluso el as del método deductivo, Sherlock Holmes, también parece recurrir a ello, al decir en el cuento «La aventura del aristócrata solterón»: «A veces la evidencia circunstancial resulta muy convincente, como cuando uno se encuentra una trucha en la leche, por citar el ejemplo de Thoreau»,[53] después de hacer un interrogatorio con el que confirma sus conjeturas frente a un caso difícil. Se trata de una curiosa e irónica anotación de su diario de 1850 que Emerson rescató cuando hizo, un año después de su muerte, un libro en el que recuperaba algunos de sus textos inéditos y sobre la que su hija Ellen tenía otra interpretación: «Alguien había aguado la leche para conseguir un precio de venta mejor».[54]

A Thoreau se le hizo evidente, como si aquel día hubiera encontrado una señal incuestionable en su frugal desayuno, que tenía que abandonar Walden Pond el 6 de septiembre de 1847: «Dejé los bosques por una razón tan buena como la que me llevó allí. Tal vez me pareciera que tenía más vidas que vivir y no podía dedicarle más tiempo a aquélla». Prolongar la estadía hubiera sido incurrir en lo que criticaba, esto es, mantenernos en una ruta particular hasta convertirla en un camino trillado, quedarse siendo un pasajero de camarote cuando lo que él ansiaba era «ir delante del mástil y sobre la cubierta del mundo, pues allí podré ver mejor la luz de la luna entre las montañas», añadía poéticamente después de comparar el sendero que se había ido formando con sus pisadas desde la cabaña hasta la orilla de la laguna con las gastadas y polvorientas «carreteras del mundo», exclamándose, lamentándose ante lo que consideraba los profundos «surcos de la tradición y la conformidad».[55] Pero hay una razón más simple y directa para que, antes de que llegara el otoño con el que tanto disfrutaba estudiando sus colores, dejara para siempre aquella tierra de Emerson, más allá de que éste lo acabara de convencer para que se quedara cuidando de Lidian y sus hijos mientras él zarpaba el 5 de octubre a bordo del paquebote *Whashington Irving* hacia Europa, para encontrarse en Londres con Carlyle y realizar una serie de conferencias: como dice Alcoriza en su edición del libro, Thoreau dejó Walden Pond para que pudiéramos leer *Walden*.

Más o menos a mitad de estancia en la laguna, Thoreau se ausentó para recorrer los bosques de Maine —parte el 31 de agosto de 1846 con su primo George A. Thatcher, dedicado al comercio de la madera en Bangor, en el estado más al noreste de Estados Unidos adonde llegan en ferrocarril y vapor—, y a colación de cómo se dedica a cazar alces para comer en las excursiones a las montañas que tenía previstas, lanzó una hipótesis que, en realidad, no era tal, pues ya la estaba viviendo durante trece meses: «Es verdad que estuve muy cerca de

convertirme en un cazador y perdí la oportunidad; a la vista de lo cual, creo que podría pasar satisfactoriamente un año en el bosque, pescando y cazando únicamente lo bastante como para subsistir. Eso se parecería a vivir como un filósofo de los frutos de la tierra que uno hubiera cultivado, cosa que también me atrae».[56]

Por supuesto, él no se convirtió en tal cosa sino en uno de los más vehementes vegetarianos que la historia ha conocido. En el libro que escribió sobre aquellas excursiones y que se publicó póstumamente, en 1864, cuenta que no había ido al bosque para ese propósito de caza, a veces de mero entretenimiento varonil o sólo para aprovechar su cuero, sino que se vio envuelto en ella con motivo de las acciones de otros compañeros —«La tragedia de la tarde, y mi cuota de parte en ella, al comprometer su inocencia destruyó el placer de mi aventura»— y que le condujo a meditar sobre cómo los indios y los cazadores sólo podían mirar el bosque de una forma abrupta e invasora:

> Pero ¿es que no podría alguien pasar unas semanas o unos años en la soledad de este vasto territorio virgen ocupado en otras actividades, perfectamente gratas, inocentes y nobles? Por uno que llega con un lápiz de dibujo o a cantar, hay mil que vienen con un hacha o un rifle. ¡Qué uso tosco e imperfecto hacen, indios y cazadores, de la naturaleza! No es de extrañar que su raza sea tan pronto exterminada. Yo, que ya sentía —y me duró después varias semanas—, que aquella parte de mi experiencia en el bosque me había vuelto más duro, me recordé a mí mismo que la existencia ha de ser vivida con la ternura y la delicadeza con que se arranca una flor.[57]

Él sería ese caso excepcional de hombre cuyas armas son los útiles para dibujar mentalmente lo que la naturaleza puede regalarle, sin tener que explotarla o agredirla, para cantar sus bondades y virtudes en sus escritos con el objetivo de decirse —decirnos— que otra vida, atada al presente tolerante y paciente, era posible. Como se dice en *Brooklyn Follies*: «La obra de Thoreau representa una incesante arremetida contra el orden establecido, una batalla por encontrar una nueva forma de vivir en esta tierra. Ambos [recuérdese que se está hablando también de Poe] creían en Norteamérica, y los dos opinaban que este país se estaba yendo al carajo, aplastado por una creciente montaña de máquinas y dinero».[58]

Thoreau no se quedó callado frente a semejante sistema de supuesto progreso e imposición de las tesis capitalistas. Si sus principios le hacían desear una existencia tierna y delicada, no podía permitir que otros, amparados en sus cargos poderosos o en leyes que discriminaban a determinados seres humanos o se aprovechaban del esfuerzo del pueblo para perpetrar injusticias, arrancaran las flores que se encontraran en la sociedad con furia y crueldad. La siguiente acción, fueran cuales fueran las consecuencias de ello, era desobedecer.

Desobediencia y cárcel

Fue en el tiempo en que Thoreau vivía en Walden Pond cuando le metieron en la cárcel. Fue detenido la tarde del 23 o 24 de julio de 1846 y al día siguiente ya estaba libre, en lo que es una de las condenas más breves y célebres a la vez de toda la historia. Aquel extraño suceso, que a él inevitablemente le brindaría un abanico de reflexiones amplísimo, lo contará él mismo en *Walden*, en el capítulo «La ciudad»: «Al final del primer verano, una tarde en que iba a la ciudad a recoger un zapato del remendón, fui arrestado y encarcelado porque [...] no había pagado un impuesto o reconocido la autoridad del estado que compra y vende hombres, mujeres y niños como ganado a las puertas de la cámara del senado».[1]

Se había encontrado por casualidad con Sam Staples, recaudador de impuestos y alcaide de la cárcel del condado, quien le reclamaba el pago del impuesto de capitación (*poll tax*), de origen romano y frecuente en diversos países en el siglo XIX, por el que cualquier persona debía abonar el mismo dinero con independencia de su poder adquisitivo y que era «fuente habitual de ingresos para el estado de Massachusetts desde la época colonial»,[2] como especifica Casado da Rocha en su edición del texto de Thoreau sobre la desobediencia civil que se relaciona con aquella memorable tarde-noche-alba.

Pues no estuvo más tiempo Henry al serle pagado dicho impuesto, probablemente, por alguna de sus tías; de hecho, según Baker, al correrse la noticia al anochecer, ese alguien indeterminado se presentó en la cárcel e hizo el pago pertinente, pero cuando se enteró Sam, «ya era demasiado entrada la noche para tomarse la molestia de soltar al preso, que de todos modos disfrutaba enormemente de la vista del pueblo a través de la reja de la ventana»,[3] como veremos enseguida.

Pero ¿a qué venía la tozudez de Staples, que se atrevía a encarcelar de manera improvisada a un vecino sin que mediara ningún tipo de proceso judicial, un vecino al que además había ayudado en labores de agrimensura y aparece en el diario de Thoreau como un buen compañero?

Al parecer, era bastante asiduo que ese tipo de impuestos no los pudieran sufragar las personas pobres, y por tal cosa ciertamente no acababan entre rejas, perdiendo como mucho su derecho a votar —lo que por otra parte hacía que el derecho al sufragio lo tuvieran solamente los más adinerados—, tal y como apunta el traductor español, que además aporta un dato fundamental que hace el episodio aún más pintoresco: «De hecho, el arresto y encarcelamiento de Thoreau fueron ambos ilegales, ya que según la legislación de Massachusetts el recaudador debería haberse limitado a incautar parte de los bienes de Thoreau para pagar la cantidad debida».[4] Aunque qué se le podría haber quitado al escritor que apenas tenía más posesiones que todo el paisaje alrededor con el que nadie igualaba en riqueza, los cuatro utensilios de cocina en la cabaña y lo que llevaba puesto.

El caso es que ese tal Staples, que ocuparía su cargo de 1842 hasta

precisamente ese año, se llevaba un centavo por cada dólar como comisión. «Como era él —lo recaudase o no— el encargado de pagar la totalidad del impuesto, es lógico suponer que en ese año de 1846 Staples se afanase en hacer cuadrar las cuentas.»[5] Tal vez frustrado por ver que, por culpa de Thoreau, no podría conseguir tal cosa, se tomó la justicia por su mano e impuso el castigo más dulce que jamás se ha infringido en los anales del ámbito penitenciario: colocar a un pensador, libre infinitamente por dentro, dentro de un lugar perfecto y, por así decirlo, nuevo a sus ojos inquietos y serenos para estudiar la situación. En todo caso, la reacción de Staples había sido muy diferente al encontrarse tres años antes con un caso muy similar que, no obstante, le despertó más consideración.

En enero de 1843, el tan admirable Alcott para Thoreau había sido encarcelado por negarse a pagar ese impuesto, quedando libre cuando Samuel Hoar acudió a pagarlo. «En su día, la noticia había encantado a Thoreau. Escribió a Emerson», el día 24 de ese mes, «que cuando después Sam Staples pasó por la casa de Thoreau, Helen Thoreau se preguntó qué pretendía Alcott. "¡Cáspitas! —contestó Sam—. Creo que fue únicamente por principios, pero nunca he oído hablar con mayor honradez a un hombre"».[6] Thoreau también alcanzará ese triunfo moral, más si cabe ante el contraste que la detención en sí significaba en combinación con el hecho de que llevaba ya un año en el bosque frente a la laguna: «Había venido a los bosques con otros propósitos. Pero, dondequiera que vaya un hombre, los hombres le seguirán y sobarán con sus sórdidas instituciones y, si pueden, le forzarán a pertenecer a su desesperada sociedad filantrópica». En un estado semejante, ¿cómo reaccionar?; ¿discutiendo y resistiéndose a acatar la orden, incluso violentamente, o dejarse prender en paz absoluta para cumplir con ese destino que Jesús intuía en Getsemaní y del que se negó a escapar antes de su sacrificado arresto? «¿Todavía estáis durmiendo y descansando? Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vámonos; ya se acerca el que me traiciona» (Marcos 14:41-42). «Es cierto que podría haberme resistido por la fuerza con mayor o menor éxito, podría haberme vuelto "loco" contra la sociedad; pero prefería que la sociedad se volviera "loca" contra mí, pues ella era la parte desesperada», escribe el cuerdo Thoreau. «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34). «Sin embargo, fui liberado al día siguiente, recogí mi zapato remendado y volví a los bosques a tiempo de obtener mi ración de arándanos en la colina de Fair Haven.»[7] Como si no hubiera pasado absolutamente nada.

Y sin embargo, del ánimo de Thoreau surgirían pensamientos tan preclaros, que aquella breve experiencia se convertiría en un recuerdo legendario para los que se sentirían herederos de la llamada «resistencia civil». Aunque no todos, aparentemente, aplaudirían dicho acto de forma inequívoca. Alcott cuenta en su diario (25 de julio de 1846) que Emerson «lo consideró mezquino y cobarde, y de mal gusto. Yo lo defendí, porque me pareció un incumplimiento digno de las imposiciones del poder civil». En su diario, efectivamente, Emerson pensaba que era inútil rebelarse contra el mundo al ser algo propio de fanáticos, aunque, como matiza Casado da Rocha, no desaprobaba sus fines sino sus medios, como se

deduce de esta entrada: «Negarse a pagar el impuesto del Estado no alcanza a la injusticia tan de cerca como otros métodos a tu disposición. El impuesto estatal no financia la guerra con México. Pero sí lo hace tu abrigo, tus libros latinos, alemanes y franceses, tu reloj… La cárcel es un paso hacia el suicidio».[8]

Con todo, Baker explica que las líneas de Alcott —que asistió con agrado a la conferencia de Thoreau en la que explicó su caso e hizo referencia al que había pasado él mismo— ha podido confundir a los biógrafos y hasta se han lanzado hipótesis sobre la posibilidad de que entendiera mal la postura de Emerson, pues éste despreciaba profundamente en aquella época todo lo que viniera de lo institucional, asqueado por los políticos que habían votado a favor de la guerra contra México, y, en efecto, en su propio diario alaba la reacción de Thoreau «por no ceder. "Construyan más gruesos los muros de sus prisiones —exclamó—. Se necesita una línea de demarcación más sólida para diferenciar a los que están dentro de los que están fuera"».[9]

Esa línea no existía en propiedad para Thoreau. Lo explicará más tarde, a principios de 1848, en una conferencia en el Liceo de Concord, convertida un año después en el texto «Resistencia al gobierno civil» («Resistance to Civil Government»), que acabaría integrándose en el libro *A Yankee in Canada, with Anti-Slavery and Reform Papers* pero con una pequeña modificación en el título: «Civil Disobedience», la desobediencia civil que aún sigue siendo objeto de discusión conceptual y terminológica, como demuestra el punto de vista de Michel Granger, quien explica que prefiere las nociones de «objeción de conciencia» y de «resistencia» a la de «desobediencia civil»: «La edición de referencia, publicada por la Universidad de Princeton, se decidió a favor del primer título, *Resistencia al gobierno civil*, por considerar que no existían pruebas suficientes de que Thoreau deseara cambiar el título inicial de su ensayo. Thoreau habla de "desobedecer", pero sin usar nunca el concepto de "desobediencia civil"».[10] Ciertamente, éste no emplea esta famosa expresión ni en sus diarios ni en sus cartas, como recuerdan Antonio Lastra y Luis González en su edición de los textos de carácter reformador de nuestro escritor, donde explican que, situándonos en 1849, el primer título pensado remitiría «a la tradición de resistencia de los puritanos ingleses que se habían instalado en las colonias y que inspiró la Declaración de Independencia».[11] ¿*Resistir* (tolerar, aguantar, sufrir) sería lo mismo que *desobedecer* (no hacer lo que las autoridades o las leyes ordenan)?

Thoreau se estaba resistiendo a pagar el *poll tax* y por lo tanto estaba desobedeciendo al poder desde tiempo atrás; cuando está escribiendo su ensayo, dice no estar pagando «los impuestos sobre los votantes» desde hace seis años. Y recuerda lo que ya sabemos: «Por ello me encarcelaron una vez, durante una noche» y lo que ya debemos suponer que sintió en cuanto a su desdén por las directrices de orden político: «… y mientras contemplaba los muros de piedra sólida de 60 u 80 cm de espesor, la puerta de hierro y madera de 30 cm de grosor y la reja de hierro que filtraba la luz, no pude por menos que sentirme impresionado por la estupidez de aquella institución que me trataba como si fuera mera carne, sangre y huesos que encerrar». Sus supuestos tolerancia, aguante y sufrimiento se

difuminan hasta reducirse a una relajada visión de lo que le estaba sucediendo: «No me sentí confinado ni un solo instante, y los muros se me antojaban enormes derroches de piedra y cemento».[12] Unos muros que eran mucho más anchos y duros para aquellos ciudadanos que no podían ver que, afuera, en plena libertad y considerando el tipo de vida que llevaban, no podrían jamás ser tan libres como Thoreau fue aquel día en la cárcel.

Años atrás, Thoreau había tenido otra circunstancia de impago y de desobediencia, como cuenta en el mismo texto, cuando el Estado le pidió, en nombre de la Iglesia, una cantidad de dinero para un clérigo, ante la amenaza de ir a prisión. Se negó a pagar, pero ya aquella vez otra persona vino a sacarle del atolladero aportando la suma indicada, de modo que su negativa no tendría consecuencias penales, por más que él remitiera una declaración al alguacil en la que expresaba su deseo de no ser considerado miembro de ninguna sociedad en la que no se hubiera inscrito en persona. «El Estado, sabiendo de este modo que no deseaba ser considerado miembro de esa Iglesia, no ha vuelto a reclamarme aquel impuesto, aunque mantuvo su exigencia inicial por aquella sola vez.» Y añade con su seria ironía característica: «Si hubiera sabido entonces cómo denominarlas, me habría borrado una por una de todas las sociedades de las que jamás me hice miembro, pero no sabía dónde conseguir una lista completa».[13] Su lógica no podía ser más aplastante a la hora de justificar su no rotundo al dinero a la Iglesia, pues por qué razón el maestro debía contribuir con sus impuestos a sustentar la vida de un cura y no al revés, más si cabe cuando el puesto por entonces de Thoreau no dependía del Estado sino que se mantenía por medio de una suscripción popular.

Lo que está claro es que las instituciones no están acostumbradas a bregar con ciudadanos díscolos. «Sencillamente no sabían cómo tratarme y se comportaban como personas ineducadas. Lo mismo cuando alababan que cuando amenazaban, cometían una estupidez, ya que pensaban que mi deseo era saltar al otro lado del muro», sigue contando en «Desobediencia civil». «No podía hacer otra cosa que sonreír al ver con qué esfuerzo me cerraban la puerta, mientras mis pensamientos los seguían fuera de allí sin obstáculo ni impedimento, cuando eran "ellos" los únicos peligrosos. Como no podían llegar a mi alma, habían decidido castigar mi cuerpo.» Tal fue la fortaleza de esta perspectiva que, como cuenta el biógrafo Harding, cuando Staples fue a liberarle, el escritor se enfureció hasta el punto de *desobedecer*, de *resistirse* a abandonar la cárcel, calificando luego en su escrito a quien pagó aquella tasa como de una persona entrometida al interferir, motivado por sus sentimientos, en algo que concierne al bien público. Y es que, como dice Casado da Rocha, «la noche de Thoreau en prisión no es un acontecimiento trivial; para él, era una cuestión de principios, una cuestión de vida o muerte que plantear a sus vecinos».[14] Una situación verdaderamente jugosa para sacarle partido dramático, literario, interpretativo, como haría en 1969 el dúo de dramaturgos compuesto por Robert Edwin Lee y Jerome Lawrence en la exitosa obra teatral *The Night Thoreau Spent in Jail* [La noche que Thoreau pasó en prisión], estrenada al año siguiente en Washington y que, en aquellos tiempos de la guerra de Vietnam, constituía entre líneas a la vez un claro mensaje antibelicista de cara al espectador.

Los jóvenes que en 1970 murieron (cuatro) o fueron heridos (cinco) en la llamada Masacre de la Kent State (o Matanza del 4 de mayo) en la Kent State University, en Ohio, tras recibir los disparos de la Guardia Nacional, en medio de unas protestas contra la guerra después de que Richard Nixon comunicara la intención de invadir también Camboya —pese a prometer en 1968, al llegar a la presidencia, el fin del conflicto—, habrían asentido al leer estas palabras de Thoreau: «Yo veía al Estado como a un necio, como a una mujer solitaria que temiese por sus cubiertos de plata y que no supiese distinguir a sus amigos de sus enemigos. Perdí todo el respeto que aún le tenía y me compadecí de él».[15] La obra de Lee y Lawrence, después de las primeras funciones, se canceló temporalmente uniéndose a la oleada de quejas indignadas de una población preocupada por si más gente joven iba a ser reclutada, solidarizándose con las siguientes movilizaciones en contra de la guerra y la brutalidad policial, produciéndose incluso una huelga del ámbito educativo de costa a costa de todo el país.

Visto lo cual, cuán escalofriante es acudir desde ese momento de la historia, más de cien años atrás, a «Desobediencia civil», y leer:

> De este modo la masa sirve al Estado no como hombres, sino básicamente como máquinas, con sus cuerpos. Ellos forman el ejército constituido y la milicia, los carceleros, la policía, los ayudantes del *sheriff*, etc. En la mayoría de casos no ejercitan con libertad ni la crítica ni el sentido moral, sino que se igualan a la madera y a la tierra y a las piedras, e incluso se podrían fabricar hombres de madera que hicieran el mismo servicio. Tales individuos no infunden más respeto que los hombres de paja o los terrones de arcilla. No tienen más valor que caballos o perros, y sin embargo se les considera, en general, buenos ciudadanos.[16]

En los años sesenta del siglo XX, muchos se rebelarán a ser meros objetos de madera en manos del Estado. Uno de ellos es asesinado dos años antes de aquella masacre, Martin Luther King, que había leído el ensayo de Thoreau sobre la desobediencia civil en su época de estudiante en una universidad de Atlanta reservada a negros en la que estudió Sociología. «Fascinado por la idea de rehusar cooperar con un sistema injusto, me conmovió tan profundamente que releí la obra muchas veces. Quedé convencido de que la no cooperación con el mal es una obligación moral en la misma medida que lo es la cooperación con el bien. Nadie ha logrado transmitir esta idea de forma más apasionada y elocuente que Henry David Thoreau.» Para el pastor bautista, «como resultado de sus escritos y de su testimonio personal somos los herederos de un legado de protesta creativa», y sus enseñanzas «siguen vivas, es más: están más vivas que nunca». También hoy, desde luego, dado que cualquier protesta pacífica, ya sea una sentada, una marcha por las calles o un boicot —en referencia a cómo él mismo lideró la obstaculización de las rutas de los buses en Albany en 1955, como reacción al arresto de Rosa Parks por no ceder su asiento a un hombre blanco—, siempre serán parte de «una escuela de la insistencia de Thoreau en que el mal ha de ser resistido y que ningún hombre con sentido moral puede adaptarse pacientemente a la injusticia».[17]

King, y otro líder asesinado al otro lado del mundo veinte años atrás, también

marcado por su mensaje pacifista, Mahatma Gandhi, tal vez —quién podría suponerlo con seguridad teniendo en cuenta la exigencia moral de Thoreau— podrían estar en el selecto grupo de personas que serían la excepción a lo que en su país no podía hallar en absoluto: «No ha habido en América ni un solo hombre con genio para legislar. Son escasos en la historia del mundo. Hay centenares de oradores, políticos y hombres elocuentes, pero el orador capaz de resolver los acuciantes problemas de hoy, aún no ha abierto la boca»,[18] apunta en «Desobediencia civil». Gandhi, según sus propios recuerdos, leyó el texto cuando un amigo se lo envió, «en 1907 o más tarde, cuando estaba en lo más álgido de la lucha de resistencia pasiva», en Sudáfrica, donde estaba ayudando a la gran masa de población india que vivía allí ante los abusos gubernamentales, y donde difundió algunos extractos del escrito de Thoreau en el periódico que editaba, *Indian Opinion in South Africa*, tal y como le contó en una entrevista, en octubre de 1929, al británico Henry S. Salt,[19] que publicaría su biografía de Thoreau al año siguiente.

Gandhi también acabó en la cárcel en varias ocasiones y, entre marzo y abril de 1930, organizó una marcha de trescientos kilómetros en protesta contra los impuestos abusivos en la comercialización de la sal que imponía el Gobierno británico —su equivalente sería el motín del té de Boston que llevaría a Estados Unidos a la independencia—, un producto básico para el pueblo dado que servía para la conservación de los alimentos y que a un hombre de ciudadanía india le estaba prohibido fabricar. A otro entrevistador, como apunta Eduardo Mora Altamirano en un trabajo que estudia la influencia de Thoreau en King y Gandhi, el corresponsal de guerra y periodista estadounidense Webb Miller —que cubrió las guerras más importantes de su tiempo y hasta la marcha de la sal india—, Gandhi le habló de cómo difundió las ideas de Thoreau entre los amigos que le estaban ayudando a conseguir la independencia de su país. Así, en su libro de crónicas periodísticas y viajes por medio mundo *I Found No Peace* (1936), Miller recoge el testimonio de Gandhi acerca de que las ideas de Thoreau serían fundamentales no sólo para la concepción de su movimiento pacifista, sino incluso para encontrarle un nombre, al reconocer que se inspiró en la lectura de «Desobediencia civil» para llamarlo Satyagraha, algo así como «fuerza de la verdad» (término compuesto, indica Altamirano,[20] en la lengua materna de Gandhi, el gujarati, por las partículas: *sat*, 'verdad', y *agraha*, 'fuerza o firmeza').

Miller tenía a Thoreau como su héroe, de modo que no sorprende que pensara que, por medio de Gandhi, el pensamiento del autor de *Walden* llegara a influir en la vida de millones de indios y demás gentes del resto del mundo. Un vaso comunicante relacionaba ambos mundos tan alejados en el tiempo y el espacio aparentemente: ya vimos el interés de Thoreau —compartido en parte por Emerson— por las culturas orientales, como los textos sagrados hinduistas *Bhagavad Gita* o los *Upanishads*, al que habrá que añadir el magisterio de Lev Tolstói, discípulo moral de Thoreau y a la vez maestro de Gandhi.

«*El reino de Dios está en vosotros* me abrumó. Me marcó para siempre», dijo el indio sobre un libro que el narrador ruso escribió en 1890-1893 y en el que

repasaba la doctrina de la no violencia hasta la fecha atacando a la Iglesia y a las instituciones estatales, las cuales, muy lejos de seguir la enseñanza de Cristo, eran hostiles a ésta, lo que le valió la censura y la excomulgación por parte del Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa en 1901.[21]

En la edición española de esta obra tan polémica en su tiempo, Joaquín Fernández-Valdés dice que «Tolstói, siguiendo la estela de su admirado Henry David Thoreau, llama a la desobediencia civil, a la insumisión ante un Estado que nos exige con sus leyes modos de actuar contrarios a la ley de Dios». Porque —la explicación podríamos calificarla de *trascendentalista*— «existen, por un lado, las leyes estatales, hechas por los hombres, que son temporales, cambiantes y arbitrarias; y existe, por otro lado, la ley divina del amor, que es eterna e inmutable. El cristiano sólo debe someterse a esta ley divina, y no debe infligirla en ninguna circunstancia, aunque con ello desobedezca —siempre pacíficamente— las leyes estatales».[22]

El reino de Dios está en vosotros se abre con tres epígrafes del Nuevo Testamento: sobre cómo la verdad nos hará libres, sobre cómo es igual de posible matar el cuerpo como imposible matar el alma, sobre no hacernos esclavos de los hombres. ¿No podrían ser los mismos que hubieran servido para abrir una hipotética «Desobediencia civil» religiosa del panteísta, escéptico social, agnóstico en lo que hace referencia a la ley de los predicadores de su entorno y creyente en la divina naturaleza Henry Thoreau?

Tolstói da comienzo al primer capítulo del libro subrayando ya desde su título que son una minoría las personas que, desde la fundación del cristianismo, profesan la doctrina de la no resistencia al mal con la violencia, y enseguida alude a las cartas que, tras conseguir publicar *El reino de Dios está en vosotros*, recibió desde Norteamérica, curiosamente por parte de unos cuáqueros que le contaban cómo llevaban doscientos años predicando la lección pacifista de Jesús, sin recurrir en absoluto a las armas para defenderse, lo que para Tolstói contrastaba con la actitud de la Iglesia, que admitía las ejecuciones y las guerras. Asimismo, también de Estados Unidos le llegaría una carta importantísima por quien la remitía y por el documento con el que iba acompañada: el hijo del abolicionista y reformador social William Lloyd Garrison le enviaba la «Declaración o Proclamación de la No Resistencia» que su padre había hecho pública en Boston, en 1838, inspirándose en el mandamiento evangélico de la no resistencia al mal con la violencia («No resistáis al mal», Mateo 5:39), fundando como protesta la New England Non-Resistance Society ante la disconformidad de algunos miembros conservadores de la American Anti-Slavery Society y la American Peace Society por, precisamente, advertir en sus palabras la filosofía de la no resistencia y la inclusión de las mujeres en las actividades públicas de cariz político. De hecho, veinte de los cuarenta y cuatro firmantes de la «Declaration of Sentiments» que redactó Garrison animando a cualquiera que quisiera participar en los debates sin distinción de sexo y color, eran mujeres, y entre sus miembros se encontraban Amos Bronson Alcott y Adin Ballou, un hombre muy admirado por Tolstói que fundará cuatro años después la comunidad utópica religiosa Hopedale Community, en Worcester, con

la idea de un «cristianismo práctico» basado en la templanza, el abolicionismo, los derechos femeninos, el espiritualismo y la educación.

En su credo, Garrison decía no reconocer a ningún gobierno sino únicamente «a un solo rey, una autoridad, un juez y gobernador sobre la Tierra. Nuestra patria es el mundo y nuestros compatriotas, la humanidad entera». ¿Qué pensarían los políticos estadounidenses actuales si leyeran la frase que sigue en el documento?: «Amamos a nuestra patria tanto como amamos al resto de países. Los intereses y derechos de nuestros conciudadanos no son más importantes que los intereses y derechos del resto de la humanidad. Por este motivo, no aceptamos que ningún sentimiento patriótico justifique la venganza por las ofensas y daños infligidos a nuestro pueblo…». Esta actitud sería tildada hoy de pasividad resignada: cómo es posible que una nación no tenga el derecho ni a defenderse ni a atacar a los que se declaran sus enemigos. Pero también cómo es «tan absurda como blasfema» esa idea imperante en la Iglesia de la época conforme a la cual «todos los Estados de la Tierra han sido establecidos con la aprobación de Dios, y que los Gobiernos de Estados Unidos, Rusia y Turquía están constituidos de acuerdo con la voluntad de Dios». *God Bless America*, frase que se popularizó en el conflicto que el país vivió con Gran Bretaña en su lucha por la independencia y que de un «Dios salve América» acabó convertida en «Dios bendiga América», resonaba en el planteamiento que Garrison ataca en ese texto fraternal y a la vez crítico al presentar «a nuestro Creador como a un ser parcial, que instituye y alienta el mal».[23] Desde esta perspectiva, no habría nada más anticristiano que la guerra, tanto defensiva como ofensiva.

Los que firmaban aquel documento manifestaban su intención de no servir al ejército en nada, de excluirse de cualquier institución gubernamental, de renunciar a la política, implicando con ello la elección de otras personas. La futura frase de Gandhi «No hay camino para la paz, la paz es el camino» podría perfectamente actuar de síntesis de lo que Garrison escribe en torno a que el mal sólo puede ser destruido con el bien, «que la verdadera seguridad se encuentra en la bondad», que no cabe una actitud revolucionaria porque en sí esto lleva un espíritu vengativo y violento. «Mostraremos una total sumisión si nos es impuesto un castigo por insubordinación», exactamente lo que va a hacer Thoreau aquel día frente al recaudador. El Thoreau que empezaba «Desobediencia civil» aceptando un lema de la publicación neoyorquina *Democratic Review*: «El mejor gobierno es el que gobierna menos».[24]

La voz de Thoreau tendrá mucha mejor suerte que la de Garrison, que según Tolstói pasó inadvertida, aunque la difundiera por medio de una revista, *Non-resistant*, y organizara lecturas públicas, repartiera folletos y presentara peticiones a las instituciones del Gobierno. No fue objeto de discusiones e incluso la Sociedad de la No Resistencia se diluyó hasta desaparecer; y parecida misma suerte corrió Ballou, «que durante cincuenta años propugnó esta doctrina». Imposible que todos estos pacifistas, ateniéndose a las leyes vigentes y por lo tanto obedeciendo a lo que la Constitución norteamericana dictaba, se sintieran cómodos frente a aquellos que querían perpetuar la esclavitud.

Thoreau se preguntaba cuál era el valor de un hombre honrado y de un patriota, criticando a los que se lamentaban e incluso escribían al respecto pero no hacían nada eficaz, esperando a que los demás «remedien el mal, para poder dejar de lamentarse. Como mucho, depositan un simple voto y hacen un leve signo de aprobación y una aclamación a la justicia al pasar por su lado».[25] Ese acto de democracia tan valorado, la votación, en realidad es «una especie de juego, como las damas o el *backgammon* que incluyesen un suave tinte moral; un jugar con lo justo y lo injusto, con cuestiones morales; y desde luego incluye apuestas». Ahora es la futura frase de Jorge Luis Borges, tan comentada por ver tras su ironía una carga política conservadora en tiempos de la dictadura argentina, «La democracia es un abuso de la estadística», la que sobrevuela por estas líneas en las que se relativiza cómo el mero recuento de papeletas implica una inacción profunda, e incluso una fuerte hipocresía:

> Incluso votar «por lo justo» es no «hacer» nada por ello. Es tan sólo expresar débilmente el deseo de que la justicia debiera prevalecer. Un hombre prudente no dejará lo justo a merced del azar, ni deseará que prevalezca frente al poder de la mayoría. Hay muy poca virtud en la acción de las masas. Cuando la mayoría vote al fin por la abolición de la esclavitud, será porque les es indiferente la esclavitud o porque sea tan escasa que no merezca la pena mantenerla.[26]

Votar sería confiar en el azar, en lo que pueda salir como opción mayoritaria, y qué tiene eso que ver con hacer lo justo o lo más conveniente. En la entrevista de la que se extraen esas declaraciones de Borges que muchos han relacionado con posturas derechistas e incluso proclives a lo dictatorial, el argentino decía que la democracia no era «lo mejor para países como España, Sudamérica, incluso los mismos Estados Unidos», incluso, y ahí viene la polémica, la Argentina, ya que decía eso el mismo hombre que había aceptado un premio *honoris causa* de una universidad chilena y se había reunido muy cordialmente con Augusto Pinochet, en septiembre de 1976, acto que a la postre le impediría que desde Estocolmo se decantaran por él para el premio Nobel que tenían previsto concederle. «Las elecciones se deberían postergar trescientos o cuatrocientos años, pues se necesita, no un gobierno de hampones democráticos, sino un gobierno honesto y justo. No creo en la democracia como idea salvadora para la mayoría de los países.»[27] Si entendemos la crítica de Thoreau ante el hecho de la insuficiencia que es acudir a los comicios electorales —lo cual es la base de toda democracia—, uno se atrevería a pensar que él y Borges tendrían más nexos comunes en esta cuestión de los que nos podríamos haber imaginado.

*

En cualquier caso, tampoco para Thoreau la honestidad es un ingrediente que se pueda masticar y menos tragar en el siempre indigesto poder gubernamental. En «Desobediencia civil», habla de cómo muchos legisladores, políticos, abogados o funcionarios sirven al Estado de manera racional y fría, sin importarles la dimensión moral que pueden tener sus acciones, siendo «capaces de servir tanto al diablo, sin "pretenderlo", como a Dios». En cambio, «unos pocos, como los héroes, los patriotas, los mártires, los reformadores en un sentido amplio y "los hombres" sirven al Estado además con sus conciencias y, por tanto, las más de las veces se enfrentan a él y, a menudo, se les trata como enemigos».[28] El porcentaje, sin embargo, no alienta la esperanza: de mil individuos, sólo hay uno que sea virtuoso frente al resto que alardea de serlo.

Contemplar a la masa como un número y un tanto por ciento tiene más enjundia que la que puede sugerir una afirmación llamativa, como la mencionada, con la que pretender llamar la atención. «Lo más importante no es que una mayoría sea tan buena como tú», y aquí se incidiría en ese abuso de la estadística nada reparador, «sino que exista una cierta bondad absoluta en algún sitio para que fermente a toda la masa. Miles de personas están, "en teoría", en contra de la esclavitud y la guerra, pero de hecho no hacen nada por acabar con ellas».[29] Una pasividad social trufada de hipocresía, que en buena parte está cimentada en la codicia económica y el egoísmo más extremo: «Descendiendo a lo concreto: los que se oponen a una reforma en Massachusetts no son cien mil políticos del Sur sino cien mil comerciantes y granjeros de aquí, que están más interesados en el comercio y la agricultura que en el género humano y no están dispuestos a hacer justicia ni a los esclavos ni a México, costase lo que costase».[30] Thoreau tiene claras sus prioridades: Estados Unidos debe dejar de tener esclavos, Estados Unidos debe dejar de luchar contra México; y eso ha de ocurrir caiga quien caiga, aunque al país en sí le cueste su existencia.

De qué vale *existir* si es para apoyar activamente o apoyar indirectamente, por medio de la pasividad, siquiera democrática, infamias como invadir un país vecino con pretextos económicos vinculados con las fábricas y el algodón, o someter a la falta de libertad a personas en función de su color de piel. De nuevo, la realidad en relación con lo que ofrecen los números crea ambigüedades que hay que iluminar: «Nuestras estadísticas son falsas, la población está inflada. ¿Cuántos "hombres" hay en este país por cada 250.000 hectáreas? Apenas uno. ¿No ofrece América ningún atractivo para que los hombres se asienten aquí?».[31] Naturalmente, la respuesta debería ser *sí* en la nación de las oportunidades, de la primera Constitución de la historia pese a que él la desacralice tanto, de la efervescencia de una democracia que tenía que irse forjando desde la cultura y la espiritualidad, según el anhelo emersoniano.

Pero Thoreau, en su eterno anticonformismo, cuestiona el modelo político imperante: «¿Una democracia, tal como la entendemos, es el último logro posible en materia de gobierno? ¿No es posible dar un paso adelante tendente a reconocer y organizar los derechos del hombre? Jamás habrá un Estado realmente libre y culto hasta que no reconozca al individuo como un poder superior e

independiente, del que se deriven su propio poder y autoridad y le trate en consecuencia». Por ahora, tal institución tendrá que permanecer en el campo de la fantasía: «Me complazco imaginándome un Estado que por fin sea justo con todos los hombres y trate a cada individuo con el respeto de un amigo».[32] Éste sí que sería un Edén, un Paraíso, un El Dorado deseable para Thoreau; un lugar con un gobierno mínimo, no, mejor un gobierno que no gobierne en absoluto, donde las acciones surgieran «de los principios, de la percepción y la realización de lo justo»,[33] lo cual cambia nuestras perspectivas, tan habituadas a ver natural la división entre Estados e Iglesias, entre familiares, entre el individuo consigo mismo.

El *anarquista* Thoreau es encerrado en prisión, pero el resultado es el contrario al castigo pretendido: sus ideas toman más vuelo y quedan atrapadas en un texto que no llega a las cuarenta páginas, en el que aboga por corregir las leyes injustas o por transgredirlas desde ya mismo, pero rebasa el paso del tiempo y traspasa fronteras en su misma época y las subsiguientes hacia los lugares más remotos: Sudáfrica, India, Rusia.

A siete mil quinientos kilómetros de Massachusetts, algo más de medio siglo después, Tolstói, en respuesta a una petición muy específica, se sienta a escribir una carta al escritor y crítico inglés Edward Garnett, que lo había visitado en Moscú en 1900 y cuya esposa había traducido *El reino de Dios está en vosotros*. Se trataba de que el autor ruso escribiera un mensaje que saldría publicado en la revista neoyorquina *Harper's Magazine* para conminarlo a reflexionar sobre la sociedad hipócrita en la que Estados Unidos se estaba convirtiendo. Tolstói, sin embargo, prefirió aludir a lo literario, como si la contestación a esa realidad moral y política estuviera en lo intelectual, lo poético o lo filosófico: «… si tuviera que dirigirme al pueblo americano, le daría las gracias por la gran ayuda que sus escritores que florecieron en los años cincuenta me han prestado», y entonces citaba, entre otros, a Emerson, Thoreau, Channing y Whitman, «una brillante constelación rara de encontrar en las diversas literaturas del mundo. Y me gustaría preguntar al pueblo americano por qué no prestan mayor atención a estas voces […] y no continúan ese buen trabajo con el que realizaron un progreso tan esperanzador».[34]

Esto, más allá de una impresión personal de un escritor aislado, se ha venido configurando como todo un tema de debate. El historiador Morris Berman, en un ensayo de inequívoco título, *Las raíces del fracaso americano* (2010), analizó por qué el posicionamiento ético de los trascendentalistas, con esa mezcla retórica de individualismo espiritual y empatía social y naturalista, no acabó impregnando una sociedad que se lanzó de cabeza a lo presuroso y económico en un aparente progreso que, en realidad, escondía una simple postura orientada a los negocios amparada por la infinita innovación tecnológica. Como dice Thoreau en «Desobediencia civil»:

> Hablando en términos absolutos, a mayor riqueza, menos virtud; porque el dinero vincula al hombre con sus bienes y le permite conseguirlos y, desde luego, la obtención de ese dinero en sí mismo no constituye ninguna gran virtud. El dinero acalla muchas preguntas que de otra manera

> tendría que contestar, mientras que la única nueva que se le plantea es la difícil pero superflua de cómo gastarlo. De este modo, sus principios morales se derrumban a sus pies. Las oportunidades de una vida plena disminuyen en la misma proporción en que se incrementan lo que se ha dado en llamar los «medios de fortuna». Lo mejor que el rico puede hacer en favor de su cultura es procurar llevar a cabo aquellos planes en que pensaba cuando era pobre.[35]

Para Berman, el país no supo escuchar este tipo de mensajes, a los que hablaron del verdadero significado de la vida en pos del propio interés y de la avidez por lograr riquezas, haciendo del éxito personal dinerario la virtud principal y deseada ya desde el siglo XVII, en el ámbito de los mercaderes y artesanos de Boston. Padres fundadores de la nación norteamericana como George Washington o John Adams señalarían la sed de posesiones de sus conciudadanos, y «Emerson, Thoreau, Melville, Poe y después Henry Adams escribirían brillantemente sobre una sociedad que carecía de centro sagrado, de alma, y del efecto devastador que producía todo esto en el país; pero después de todo se trataba sólo de "literatura", así que en realidad nada cambiaría».[36] Y ciertamente, de nada le sirvió a Emerson tampoco hacer tanto hincapié en el uso productivo que se le podía dar a la literatura en la vida.

Berman analiza cómo su país perdió la oportunidad de cultivar una tendencia a la solidaridad, a la vida mancomunal, en aras de satisfacer su ambición oportunista. Apoyándose en grandes pensadores contemporáneos que han incidido en el declive del país de las barras y estrellas desde este prisma consumista, pero también en escritores foráneos que visitaron Norteamérica en los años treinta y cuarenta, como Alexis de Tocqueville, autor de *La democracia en América*, o el Charles Dickens que no dejaba de escuchar la palabra «dólar», Berman explicaba que no se supo aprovechar «que el verdadero significado, el verdadero valor de la vida, ha estado ahí todo este tiempo en la historia americana; siempre estuvo a la mano. Por lo menos fue una posibilidad».[37] Nadie podrá decir que no hubiera, en efecto, voces que denunciaran que la búsqueda de la felicidad sobre la base de acumular bienes no era lo más importante, que tal cosa en cierta medida era compatible, con moderación, con el idealismo, con el bien común. Así, los Estados Unidos actuales se estarían destruyendo persiguiendo una ballena que hará pedazos su propio barco, viéndose abocados a la necesidad urgente de una revolución del espíritu frente a una vida limitada al frenesí del mercado de consumo; una metáfora esta alusiva al gigante narrativo *Moby Dick* —la gran novela americana por antonomasia— que empujaba a Berman a proponer utilizar la cultura en serio para convertir el idealismo en el nuevo realismo.

El páramo tenebroso, ya lo vimos, también puede ser un *locus amoenus* para quien esté dispuesto a contemplarlo así, de modo que se puede idealizar sintiendo la realidad alrededor más prosaica. Por eso Thoreau le dice a Blake en 1853, en una carta en la que se siente una verdadera alma gemela de su amigo: «Aférrese a su sueño más indefinido y esquivo. También el polvo verde de las paredes es una vegetación organizada; la atmósfera tiene sus propias fauna y flora flotantes. ¿Por qué pensar que los sueños no son más que polvo y cenizas, pensamientos desintegrados y decrépitos, y no pensamientos que siguen un patrón musical,

como un sistema que busca organizarse?».[38] El sueño del pacifismo, de la libertad de los principios morales, se yergue como idea realizable: si puede un individuo, David Henry, mejor dicho, Henry David Thoreau, llegar a ese estadio, por qué no su prójimo más cercano, y el otro, el otro, el otro, y así hasta la sociedad completa.

Sea como fuere, hay que decir que no ha de ser en el hombre en quien recaiga el pecado del funcionamiento de las cosas por entero. Bastante tendría con darse cuenta de que ese soñar en busca de ordenar sus pensamientos le reportará la paciencia y la serenidad necesarias para no incurrir en injusticias y abusos. A él le serviría ver que el hombre no se ensucie las manos con los males que, en primera instancia, no tiene ni siquiera el deber de erradicar; le serviría con que el hombre no diera apoyo a quien lo practica. «En cuanto a adoptar los medios que el Estado aporta para remediar el mal, yo no conozco tales medios. Requieren demasiado tiempo y se invertiría toda la vida. Tengo otros asuntos que atender. No vine al mundo para hacer de él un buen lugar para vivir, sino a vivir en él, sea bueno o malo.» Nada más alejado de sus asuntos que interpelar al gobierno, pero tampoco puede admitirse al revés: ellos deberían abstenerse de interpelarle a él, «y si no quieren escuchar mis súplicas, ¿qué debo hacer? Para esta situación el Estado no ha previsto ninguna salida, su Constitución es la culpable».[39] Le interpelaron en aquella ocasión para requerirle el pago de un impuesto que, en la fecha de escritura de «Desobediencia civil», llevaba seis años sin pagar, y no se negaba a ello por una razón específica, simplemente, dice, se negaba a ser leal al Estado, quedándose al margen; ni siquiera podrían reprocharle que no contribuyera con su aportación al mantenimiento de las escuelas, pues con sus palabras colabora en la educación de sus compatriotas.

Thoreau escenifica este enfrentamiento al decir que tan sólo una vez él mismo se coloca cara a cara con el Gobierno estadounidense, en la figura del recaudador de impuestos. En ese instante ha de conjugarse un ritual en el que cada parte se reconozca, «y el modo más simple y efectivo, y hasta el único posible de tratarlo en el actual estado de cosas, de expresar mi poca satisfacción y mi poco amor por él, es rechazarlo».[40] Más adelante reforzará esta idea pacífica pero firmemente contestaria en su conducta aludiendo a su falta de interés en discutir con ninguna persona o institución. Afirmará no desear ser puntilloso ni pretender dar una imagen de buen ciudadano, sino, en un gesto que simula darle una oportunidad al Estado sin aparentar resquemores, buscar la manera de dar su conformidad a las leyes.

Algo menos que imposible para el que sería hoy considerado como un antisistema radical y que presenta una disyuntiva diabólica: «Si mil hombres dejaran de pagar sus impuestos este año, tal medida no sería ni violenta ni cruel, mientras que si los pagan, se capacita al Estado para cometer actos de violencia y derramar la sangre de los inocentes». De cualquier manera, la ley y el Gobierno que la pone en práctica tendrán las riendas de una situación que, en el mejor de los casos, conllevará que los políticos se aprovechen sin excusas ni explicaciones del sustento con el que se gana la vida el ciudadano, y en el peor de los casos, usarán lo recaudado para fines belicistas o explotadores que sacien su sed económica.

Ante tales circunstancias, sólo cabrá «una revolución pacífica, si tal cosa es posible. Si el recaudador de impuestos o cualquier otro funcionario público me preguntara —como así ha sucedido—: "Pero ¿qué debo hacer?", mi respuesta sería: "Si de verdad deseas colaborar, renuncia al cargo". Una vez que el súbdito ha renunciado a su cargo, la revolución está conseguida». Pero Thoreau va más allá, y añade, en una postura muy poco habitual en él: «Incluso aunque haya derramamiento de sangre». Y se explica con una metáfora pasmosamente visual y conceptual a la vez: «¿Acaso no hay derramamiento de sangre cuando se hiere la conciencia? Por esa herida se vierten la auténtica humanidad e inmortalidad del hombre y su hemorragia le ocasiona una muerte interminable. Ya veo correr estos ríos de sangre».[41]

Si existiera un adjetivo que calificara lo contrario de ser un súbdito, a aquel que, diccionario en mano, está sujeto a la autoridad de un superior con obligación de obedecerle, tendría que ser el casi impronunciable *thoreauniano*. La renuncia a lo que viene impuesto por una orden configura la revolución pasiva de la que le habla Tolstói a Gandhi, después de que haya recibido de éste su periódico de Johannesburgo en que se comentaba la renuncia de toda resistencia por la fuerza. Es una carta de comienzos de septiembre de 1910, dos días antes de cumplir ochenta y dos años, en la que el escritor sostiene cómo «el empleo de la fuerza es incompatible con el amor, siendo ésta la ley más elevada de la vida, y que tan pronto como se considera permisible el uso de la fuerza, aunque sea en un único caso, entonces la propia ley se negativiza de inmediato».[42] La fecha de la misiva es importante, porque a Tolstói le iban a quedar de vida sólo unos cuarenta y cinco días, y en medio de ese tiempo, a final de octubre, escribirá una nota de despedida a su mujer diciéndole que ya no puede seguir viviendo en las condiciones de lujo que le rodean y que se ve en la necesidad de apartarse de la vida mundana para estar en paz y recogimiento en los últimos días que le queden.

Tolstói busca muy tarde su Walden particular pese a acariciar la orilla de su laguna muchas veces luchando con sus grandes contradicciones: disfrutar de un éxito literario y despertar la admiración universal inigualable, y ser rico e influyente por ello, por un lado, y por el otro, empatizar con los desfavorecidos, a los que ayuda fundando escuelas para niños o preocupándose por las condiciones de los campesinos, incluso queriendo trabajar con ellos en el campo o negándose a cobrar los derechos de sus obras, aunque su mujer ponga el grito en el cielo ante eso, para que acaben en manos más necesitadas. Es como si Tolstói, antes de emprender su fuga con su hija Alexandra y un amigo médico a bordo de un tren del que se bajará en Astápovo, en Riazán —la cual acabará siendo su parada final al contraer una neumonía y morir en la casa del jefe de estación—, hubiera estado leyendo estas líneas de Thoreau: «No merece la pena acumular bienes; con toda seguridad se los volverán a llevar; es mejor emplearse o establecerse en alguna granja y cultivar una pequeña cosecha y consumirla cuanto antes. Se debe vivir independientemente sin depender más que de uno mismo, siempre dispuesto y preparado para volver a empezar y sin implicarse en muchos negocios».[43]

El que sería hoy considerado *antisistema* Thoreau se refiere, en ese pasaje de

«Desobediencia civil», a cómo le resulta inútil hablar con cualquier vecino de problemas serios, incluido aquel que vive con mayor independencia, porque de todas formas «no puede prescindir del gobierno actual y teme las consecuencias que la desobediencia pudiera acarrear a sus bienes y a su familia». Thoreau se encontraría en los antípodas de las ideologías políticas de corte paternalista, repudiando sentirse dependiente de la protección gubernamental: «Si rechazo la autoridad del Estado cuando me presenta la factura de los impuestos, pronto se apoderará de lo mío y gastará mis bienes y nos hostigará interminablemente a mí y a mis hijos. Esto es duro. Esto hace que al hombre le sea imposible vivir con honradez y al mismo tiempo con comodidad en la vida material». No hay salida. Thoreau prefiere meter las manos en los bolsillos que alargarlas para recibir una factura que le cobra en realidad demasiadas cosas: su dignidad y su autonomía, sus valores y sus principios. Prefiere, aquella tarde frente al pobre recaudador Sam Staples, que tiene el dudoso honor de haber pasado a la historia por un acto ilegal y sobreactuado, entrar en prisión que doblegarse y vender su alma al diablo constitucional y democrático.

La experiencia le merecería la pena. La llega a calificar de «novedad interesante». Nada más llegar, conoce a su compañero de celda, que él supone un hombre honrado tal y como está el mundo, probablemente un desgraciado que, yendo borracho y durmiéndose con su pipa encendida, había incendiado un granero y ya llevaba allí tres meses. Más tarde, después de charlar un poco con él, llega la hora de irse a la cama: «Pernoctar allí esa noche fue como viajar a un país que jamás hubiera imaginado conocer». Es el Thoreau que, bajo la fuerte lluvia que le obliga a cobijarse bajo un árbol, aprovecha el tiempo estudiando sus hojas con deleite. Prisionero, podríamos decir que bajo su voluntad, le salvan de la inquietud de permanecer encerrado sus sentidos, que ha cultivado para que le amparen, le den la verdad de lo que ocurre *de verdad*. Y lo estrictamente real de aquellos ratos no es que él esté encarcelado, sino que más bien las campanas del ayuntamiento suenan de una manera distinta a como las ha escuchado, y que los ruidos de la noche llegan a las dos ventanas abiertas de la celda como si nunca los hubiera oído antes.

La cárcel de Concord, quién se lo hubiera dicho, le proporcionaría un conocimiento de su ciudad natal de primera mano simplemente por sentirse por completo dentro de ella de ese extraño modo. A la salida, a la mañana siguiente, después de probar algo del medio litro de chocolate con pan moreno que le pasan en una lata ovalada a través de una obertura en la puerta, no apreciaría grandes cambios en las gentes, pero su visión de ellas sí se había modificado de modo sustancial: «El Estado en el que vivía se me presentaba con mayor nitidez. Vi hasta qué punto podía confiar como vecinos o amigos en la gente con la que vivía, que su amistad era de poco fiar, que no se proponían hacer el bien. Eran de una raza distinta a la mía por sus prejuicios y supersticiones»;[44] una raza que a sus ojos actuaba en pos de la salvación de la propia alma mediante unas cuantas oraciones y yendo a lo seguro por caminos tan rectos como inútiles.

Se trata, al fin y al cabo, pese a la brevedad de la experiencia y de acabar

siendo algo positivo, de un punto de inflexión en su vida. Casado da Rocha lo glosa en los siguientes términos bíblicos: «Tras ese viaje nocturno al fondo de las instituciones, como un nuevo Jonás, Thoreau saldría de la prisión-Leviatán para iniciar a plena luz su labor como profeta». En el Antiguo Testamento, se cuenta cómo Yahvé envía a Jonás a la ciudad de Nínive, capital del Imperio asirio en el siglo VIII a. C. altamente corrompida, para que difunda el mensaje de que sus habitantes deben arrepentirse de sus pecados y hacer penitencia. Pero Jonás desobedece a la divinidad hebrea y se embarca rumbo a un lugar lejano, lo que le vale ser castigado al fondo del mar por Yahvé, pese a que al final lo salve tras hacer que un cachalote lo contenga tres días y tres noches en su estómago. Thoreau, así, es vomitado por el gran monstruo del Estado para retomar su vida cotidiana, ante unos vecinos que se miran los unos a los otros «como si hubiera vuelto de un largo viaje». Le habían prendido cuando iba al zapatero a recoger un zapato que le habían arreglado y, una vez libre de las rejas y de las miradas ajenas, «procedí a finalizar mi recado, y tras ponerme el zapato arreglado, me uní a un grupo que iba a recoger bayas y que me esperaban para que les hiciese de guía».[45] Subiría entonces a una de las colinas más altas de Concord, a tres kilómetros de distancia, donde ya no era visible el Estado.

Barry Wood, en un artículo de 1982, según recoge Casado da Rocha, pone el acento en el sentido simbólico de tal ascensión montañera en lo que representa toda una lectura alternativa de «Desobediencia civil», según la cual, «este episodio central lleva a Thoreau desde la cárcel de Concord a la colina de Fair-Haven, de la noche al día, de lo urbano a lo natural, del confinamiento a la libertad, en una suerte de *relato real* que busca mostrar los límites de un enfoque exclusivamente legalista de los problemas sociales». Thoreau demuestra la posibilidad de salirse de esos límites que constriñen el pensamiento y la acción del hombre y que le hacen temeroso de las represalias de las leyes, pues, no en vano, «no todo puede resolverse aplicando la Constitución, reformándola o escribiendo otra nueva; más bien, la fórmula narrativa del ensayo sugiere una alegoría de la subida hasta el monte de la liberación personal, tema éste que constituye el auténtico motivo central de la obra de Thoreau».[46]

Allá arriba en el campo de bayas, alcanzado tras media hora a caballo, las bajezas de la política y la obediencia de sus conciudadanos, con el impostado pacifismo que supone votar democráticamente para que otros hagan y deshagan lo que su ambición les dicte aunque sea con métodos criminales, con la connivencia legal que significan los votos favorables, quedaban eclipsadas por la honestidad y belleza de la naturaleza. Diez días después de haberse instalado en Walden Pond, recordando que había visitado la laguna por primera vez veintitrés años atrás, cuando tenía cinco, en su diario hablaba de ese lugar como de una visión arbolada que «fue durante mucho tiempo el ropaje de mis sueños. Y era este silencio que habla, donde podía llegar a distinguir los sonidos importantes, y esta dulce soledad, lo que mi espíritu, ya entonces, necesitaba para entretener a ese tropel».[47] Aferrándose a ese sueño desde niño, lo había convertido en realidad —cuando el pensamiento acabó ordenándose y surgió sonoramente, en ese caso con

la naturaleza silenciosa de fondo—; el tropel, doce meses después de estas líneas, el tumulto de la ciudad encarnado en una persona recaudadora, se enfrentará a él, como dice en «Desobediencia civil», tratándolo como un mero cuerpo, un conjunto de huesos y músculos. De tal forma que el Estado no apela a la voluntad de diálogo intelectual o moral con el hombre, «no se arma de honradez o de inteligencia sino que recurre a la simple fuerza física. Yo no he nacido para ser violentado. Seguiré mi propio camino. Veremos quién es el más fuerte».[48] Thoreau no se arruga, y si se muestra incluso desafiante no es por la alta seguridad que siente y por una cierta impunidad enfrente del hecho de que sus pensamientos y libertades son inviolables, por una suerte de superioridad innata que le protege, sino porque su fortaleza estriba en algo mucho más poderoso: la indiferencia.

Hacia el final de su texto, tras su diatriba contra el Estado, que guerrea contra México durante los años 1846-1848 bajo el mando de James Knox Polk, que había prometido anexionar Texas al ser nombrado presidente en 1845 y morirá de cólera una vez acabada la única legislatura a la que se comprometió después del éxito de conseguir el suroeste y Oregón para su país, Thoreau admite su relativa preocupación ante un gobierno sobre el que va a pensar, dice, muy poco. Verdaderamente, «no son muchas las ocasiones en que me afecta directamente, ni siquiera en este mundo en que vivimos. Si un hombre piensa con libertad, sueña con libertad e imagina con libertad, nunca le va a parecer que "es" aquello que "no es", y ni los gobernantes ni los reformadores ineptos podrán en realidad coaccionarle».[49] Ese mutuo reconocimiento que se daría una vez al año y que pasaba por rendirle pleitesía al poder legalmente constituido mediante el pago de un impuesto no podría arredrar al ciudadano seguro de sí mismo que no se deja intimidar: «Cuando veo que un gobierno me dice: "La bolsa o la vida", ¿por qué voy a apresurarme a darle mi dinero? Puede que se halle en grandes aprietos y no sepa qué hacer: yo no puedo hacer nada por él; debe salvarse a sí mismo, como hago yo». Y abundando en la idea de exonerar de más responsabilidades de las que le tocan al ser humano que ha venido a este mundo simplemente a vivir, simplemente a hacer *algo* y no *todo*, añade: «No merece la pena lloriquear. Yo no soy el responsable del buen funcionamiento de la máquina de la sociedad. Yo no soy el hijo del maquinista».[50]

El biógrafo de referencia de Henry James, el estadounidense Leon Edel, en una larga entrevista concedida a *The Paris Review* en 1985,[51] desmontaba lo que a su parecer eran los dos mitos que se habían fosilizado con respecto a Thoreau, sobre todo en la idealización que se hizo de su postura sociopolítica en los años sesenta, por culpa de ciertos biógrafos y de una suerte de folclore que se había desarrollado a su alrededor. En realidad, resumía lo que le había llevado quince años atrás a escribir un panfleto de cuarenta páginas que apareció en la editorial de la Universidad de Minnesota. El primero de ese par de mitos era el que decía que había construido su casa en los bosques para escapar de la tiranía de la civilización, haciendo de la laguna de Walden un enorme espejo de sí mismo. El segundo, el del encarcelamiento por no pagar el impuesto. Dos mitos, a su modo de ver, que no obedecen a la verdad de lo que hizo Thoreau; para empezar, no se

trasladó al medio salvaje sino a una distancia que podría recorrerse a pie desde su casa familiar, de modo que tal experiencia sólo sería un «gesto», una «pose» en comparación con los pensadores orientales encerrados en lugares austeros durante años y años en un proceso de búsqueda y encuentro interior. Y el acto de la desobediencia civil fue considerablemente reescrito, esto es, llevado a la práctica con todas sus consecuencias, por Gandhi.

Edel ironiza sobre cómo los biógrafos han contado cómo se las apañaba Thoreau en su cabaña para comer, por ejemplo, y también cómo se las apañó para hacer creer que vivía de forma autosuficiente; no duda en llamarlo «narcisista meditativo», un tipo más afectuoso con los árboles que con los hombres, e incluso se acaba preguntando: ¿por qué realmente en aquel momento de su vida se trasladó a unas millas del pueblo? Y se responde: porque se había hecho en Concord muy impopular. De hecho, su panfleto empieza hablando del narcisismo de Thoreau, que sólo se quería a sí mismo, en contraste con Hawthorne, que amaba a los hombres aunque se sintiera alejado de ellos, o con Emerson, que amaba las ideas más que a los hombres. Un inicio cruel, reconoce, pero que pone al lector sobre la pista de ciertos actos nobles que pudieran cuestionarse para, como mínimo, no acabar proyectando sobre el personaje una mirada solamente laudatoria.

En otra fuente, de idénticas intenciones, referenciada por Casado da Rocha, que por cierto rescata la frase de Henry James hijo dirigida al *Boston Herald* en 1881 con respecto a que Thoreau «era, literalmente, el egoísta más infantil, inconsciente y desvergonzado que jamás hubiera tenido la fortuna de conocer»,[52] el mismo Edel sigue en su tono de destronar al rey de los desobedientes, con declarado desprecio satírico. «En realidad, a Thoreau no le entusiasmaba el martirio», comenta sobre su paso por la cárcel. «Siempre estaba dispuesto a dejar que los otros —la sociedad— hicieran por él aquello que él no deseaba hacer.» Pone así sobre la mesa el biógrafo a un Thoreau que, como se lee en «Desobediencia civil», le declara la guerra al Estado, al órgano bostoniano que se encargaba de los diversos condados de Massachusetts, «aunque todavía haré todo el uso de él y le sacaré todo el provecho que pueda, como suele hacerse en estos casos».[53] Según Edel, «el hombre de elevados principios se despojó aquí de ellos. Y se comportó también como si no existieran otros individuos en la sociedad»;[54] comparado con él, Tolstói y Gandhi sentirían una mayor estima por su prójimo, y pese a liberarse personalmente de los males de la sociedad, no ofreció solución alguna acerca de los problemas que le llevaban a escribir de modo tan vehemente.

Pero todavía hay más. Ateniéndonos a la entrevista de la publicación neoyorquina, Thoreau no se apartaría mucho del caso de mito obvio por antonomasia, el de Ernest Hemingway, que según Edel ilustra fácilmente cómo alguien puede dedicarse, minuto a minuto, a probarse a sí mismo; en lo que respecta al narrador de Ohio, cuánto de fuerte y macho era, cómo era capaz de cazar animales o seducir mujeres, de verse en medio de guerras para calibrar los límites de una valentía que parecía no conocerlos.

Analizar este tipo de mitos ofrece la llave para desbloquear el interior del

individuo, asegura, y con esa misma perspectiva mítica cabría ver a Thoreau, que se distinguiría por ser aquel que oyó sonidos que su imaginación avivó pero que a la vez le dejaron sometido a un estado marginal, el de tomar distancia por no encontrar sus verdaderos anhelo y necesidad, o enmascararlos por medio de su pasión por la naturaleza hasta hacerlos diluirse. Nombrando los tres elementos que le faltaban en su vida, ejemplifica Edel, éstos son la fidelidad del perro (el afecto), la fuerza y virilidad del caballo (la sexualidad) y la paloma (símbolo de paz y amor; Espíritu Santo), y sin más guías que las del reino animal, Thoreau buscaría en la naturaleza las cosas ausentes de su inconsciente, pero su dulzura insistiría sólo en hallar un destinatario entre la fauna y la flora. Por eso la suya es «una vida trágica, la de un hombre de sentimientos enormes que se han encogido dentro de él» tras aceptar las consecuencias de la decisión de ser un solitario.

De ninguna otra manera podría haberse comportado el que, en el texto «Caminar», dice que en la costumbre de buscar una ley que obedecer hay algo de servil. La soledad interior del diario, la soledad exterior de ir en busca constante de apartarse del ruido del mundo, de salir por la puerta de atrás de las casas donde era invitado a cenar y descansaba por momentos de su huerto en Walden Pond, es el único camino para un Thoreau que es lo contrario al siervo, al criado, al que se somete a la autoridad, provenga de donde provenga, de modo rastrero. «Podemos estudiar las leyes de la materia hasta donde nos sea posible y para nuestra conveniencia, pero una vida plena no conoce ley alguna.» De repente, descubrimos una ley que nos ata cuando ni siquiera sabíamos que estábamos atados, escribe, para acabar aconsejando: «Vive libre, hijo de la niebla».[55]

No hay descripción que se le asemeje en toda su obra, ni siquiera en las innumerables veces en que se complace en mostrarnos las virtudes del entorno natural que admira. Ninguna tan lírica ni, por ello mismo, tan sugerente. Porque ¿somos sólo una bruma sobre el mar, una nube baja que nos dificulta la visión en nuestro caminar simbólico, tan sólo un soplo de vapor igual de importante que un grano de arena? ¿Se está refiriendo a nuestra condición pasajera, insignificante, o es que el ser humano *per se* es aquel que por definición está *obnubilado* (ofuscado, confundido), *nublado* (triste, inquieto) o tiene mayormente los pensamientos *neblinosos*? Esa expresión vocativa, puesta bajo el microscopio, sintetiza la mirada de Thoreau a la humanidad: el derecho legítimo de ser dueños de nosotros mismos; la esencia etérea, espiritual, que nos compone más allá de nuestra realidad física y nos trasciende, nos hace volar y, en efecto, ser libres en todos los sentidos.

En Gálatas 5:1, san Pablo dice: «Para libertad fue que Cristo nos hizo libres; por tanto, permaneced firmes, y no os sometáis otra vez al yugo de esclavitud». Thoreau, el profeta salido del Leviatán demoníaco después de sus horas sumergido en las profundidades de la sociedad enrejada a ella misma, pareciera que cumple con el mismo propósito de avisar a quien quiera escucharle, y habla de que el hombre que se otorga libertad para vivir está por encima de todas las leyes, y no existe legislador que pueda impedirlo.

Muy al contrario, sin embargo, no todos podrán tomarse el lujo de recluirse

voluntariamente en la soledad de una cabaña y tener compañía con sólo andar un par de kilómetros; o de tomar un tren en una fría estación rusa para alejarse de un modo de vida con el que ya no se comulga; o de escapar a las Montañas Blancas para recuperar la tranquilidad porque no soportas a la comadrona ni los gritos de tu bebé recién nacido, como hizo Channing, según cuenta Baker, al dar a luz su mujer por segunda vez y, para colmo, dos meses más tarde en otra excursión con Thoreau a los montes Catskill.[56] Desdichadamente, no todos han nacido libres aunque Dios nos hiciera así, sino que algunos, por ser como son, han sido sometidos directamente a un *yugo*, precisamente, en su acepción de ley que sujeta y obliga a obedecer, y no en la alegórica del pasaje bíblico aludido; ley amparada por un gobierno al que, con un pretexto u otro —acaso rechazando un pequeño impuesto reclamado por un inofensivo conocido de Concord que, de súbito, se convierte en una especie de enemigo por representar el mal institucionalizado—, era preciso desobedecer civilmente, es decir, sin resistirse con violencia, si no se quería ser cómplice del mantenimiento de la guerra y de la perpetuación de un sistema de esclavitudes.

Esclavitud y guerra

En 1815, dos años antes del nacimiento de Thoreau, la población estadounidense se calculaba en ocho millones y medio de habitantes, la mitad de los cuales, más o menos, vivía bajo la llamada línea Mason-Dixon, que separaba Pensilvania de Maryland. Esa frontera se entendería como la que marcaría la distinción entre el Norte y el Sur; su levantamiento se había producido aún cuando la zona era colonia británica por motivo de ciertos conflictos territoriales en el siglo XVIII e iba a simbolizar a la vez una distinción sociocultural: los estados abolicionistas del norte y los esclavistas del sur. Solamente doscientos mil del millón y medio de habitantes negros que había eran personas libres, los cuales vivían en su mayoría en el Norte, un territorio que por otra parte no los demandaba porque su economía no dependía, como en el sur, de agricultura de producción en masa. El resto, esclavizados, herederos del tráfico de personas desde África que el Congreso estadounidense no prohibió hasta 1808, tenían tal presencia en algunos estados sureños que llegaban a representar un tercio de toda la población; o incluso bastante más en lugares como Virginia, Carolina del Norte y Carolina del Sur, tal y como documentó el historiador Howard Temperley, que apunta: «Por su condición de esclavos, carecían de derechos civiles y podían ser comprados, vendidos, hipotecados o trasladados de un lugar a otro como cualquier otra propiedad personal, pues no otra cosa eran desde el punto de vista legal».[1]

Para Thoreau, no es posible mantener la dignidad y al mismo tiempo asociarse con el gobierno americano que actúa así. No puede ser *su* gobierno y a la vez el gobierno de los esclavos, explica con claridad elemental en «Desobediencia civil». En este sentido, tal vez el lector comparta las ganas de desacralizar a Thoreau por parte de Edel —para no acabar haciendo una hagiografía de alguien cuyos pensamientos tienen que sernos muy próximos en el sentido de poder traerlos a nuestra vida cotidiana actual, si se quiere—, pero a la vez sienta que se equivoca al decir que no aportó soluciones a los problemas de su tiempo. Es innegable que puso todo su talento como escritor y todo su esfuerzo como crítico y observador social en aras de justamente dar las mejores soluciones, y éstas no podían en ningún caso ser instrumentales, políticas, sino que tendrían que venir de la actitud, de los gestos prácticos y no sólo retóricos o idealizadores.

A la estadística y su abuso también pueden dársele la vuelta. Thoreau está «seguro de que si mil, si cien, si diez hombres honrados, incluso si un solo hombre honrado en este estado de Massachusetts, dejase en libertad a sus esclavos y rompiera su asociación con el gobierno nacional y fuera por ello encerrado en la cárcel del condado, esto significaría la abolición de la esclavitud de América». No existiría el boicot a los autobuses y todas las revueltas populares que dieron un gran empuje a la erradicación del racismo desde las instituciones si no hubiera sido porque la señora Parks hizo el pequeñísimo gesto de no levantarse de su asiento. «Lo que importa no es que el comienzo sea pequeño; lo que se hace bien

una vez, queda bien hecho para siempre.»[2] El número es relativo, pues una minoría fuerte y sin miedo será más imparable que esa mayoría legitimada por las personas suficientes que han depositado el voto. De acuerdo, tendrá todas las de perder, ya que «si las alternativas son encerrar a los justos en prisión o renunciar a la guerra y a la esclavitud, el Estado no dudará cuál elegir»,[3] pero hay que verlo con el efecto moral opuesto: si el gobierno encarcela a alguien injustamente, es el justo quien debe ocupar también la prisión. Ésta es la casa para «los que no están "con" él sino "contra" él: ésta es la única casa, en un Estado con esclavos, donde el hombre libre puede permanecer con honor».[4] De algún modo, aquella noche pasada en la celda con el supuesto borracho accidentalmente incendiario —como el propio pero abstemio Thoreau cuando quemó el bosque junto a un amigo aunque, de nuevo, alguien le sacara las castañas del fuego y evitara un juicio condenatorio— era un acto coherente con quién era y cómo pensaba él frente a los atropellos políticos.

Y es que, como dice Casado da Rocha, «la desobediencia civil no sólo necesita un contexto de libertades; es en sí misma un acto liberador. En un sentido literal, busca liberar a aquellos que no poseen libertad». Algo que puede extenderse, más allá de las opresiones que sufren el esclavo, el mejicano o el indio, al hombre en general, al hombre que continúa dormido o viendo las cosas a través de una oscura niebla: «También tenemos que salir todos de la caverna, y por eso la desobediencia civil debe ser también una forma de educación pública».[5] De ahí la proliferación de reformadores de todo tipo: intelectuales, impulsores de comunas utópicas, pastores de diversos credos (presbiterianos, congregacionistas, bautistas, wesleyanos, cuáqueros), en definitiva, de voces que defenderían la doctrina del abolicionismo, muy particularmente desde la fundación en 1833, en Filadelfia, por parte de William Lloyd Garrison, de la Sociedad Antiesclavista Americana —el mismo año que el Imperio británico abolía la esclavitud, que entró en vigor al siguiente—, que llegó a tener unos doscientos mil adeptos y casi dos mil delegaciones en diferentes estados, hasta su disolución total en 1870, cuando se ratificara la Decimoquinta Enmienda a la Constitución de Estados Unidos. Por fin ésta prohibiría la discriminación racial en cuanto al derecho al voto, cinco años después de acabarse la guerra de Secesión y de que la Decimotercera Enmienda oficializara el final de la esclavitud.

*

Hasta ese momento, en Concord se habían sucedido los actos en relación con el abolicionismo, como el celebrado en 1844 en una feria preparada por cientos de mujeres antiesclavistas del pueblo y de los alrededores, para conmemorar el décimo aniversario de la liberación de los esclavos antillanos, aunque *de facto* no

se acabara con tamaña opresión hasta 1838, ya que los dueños de los esclavos seguirían con tal práctica pese a recibir por parte del Parlamento británico compensaciones económicas. Lo recoge Baker en unas líneas en las que se asoma un Thoreau travieso y desafiante:

> Las mujeres encargadas de la organización montaron las mesas en la sala del juzgado. Se les había negado el acceso a un claro de Sleepy Hollow —que todavía no era un cementerio— y, a causa de una lluvia intermitente, habían tenido que rechazar la oferta de Hawthorne de usar los terrenos de la Rectoría. Los concejales prohibieron al sacristán tañer la campana del templo para convocar al público. Pero Henry Thoreau y Ellery Channing acababan de volver esa mañana de su excursión a los Catskill, y Henry, desafiando a las autoridades, tocó la campana «tan alegremente» para convocar la reunión en el ayuntamiento.[6]

Aquel día Emerson pronunció una conferencia que le había costado mucho tiempo escribir sobre la emancipación de la población negra, y lo hizo con un detenimiento en este asunto mayor que en cualquier otra ocasión, por más que desde luego sus reflexiones sobre la discriminación racial apoyada por el gobierno vinieran de muy atrás: «No deseo vivir en una nación donde exista la esclavitud», dice en su diario de 1835. Baker toma esa entrada —y un fragmento del ensayo «La compensación» en el que visualiza la cadena en torno al cuello que el amo se cuelga si le pone otra a un esclavo— para mostrarnos a un Emerson que tiene tal conciencia del problema que hasta le quitaba el sueño, aliviándolo algo de sus preocupaciones, si se puede decir así, mediante aquella intervención pública; en ella, no sólo pondría orden a sus ideas partiendo del ejemplo de Inglaterra, toda una «revolución moral» basada en el hecho de que «la urbanidad de una raza no puede ser perfecta mientras haya otra raza degradada», sino que describiría situaciones espantosas como estas: «Espaldas de hombres azotadas con trallas… fugitivos perseguidos con sabuesos hasta los pantanos… y, en caso de enardecimiento, un dueño de plantación que arrojó a su negro a una vasija de cobre llena de jugo de caña hirviendo».[7]

A este tipo de castigos y a muchos otros infinitamente más sanguinarios, incluyendo amputaciones o directamente asesinatos, por no hablar del hábito instaurado de las violaciones a las mujeres a las que se solía apartar de sus propios hijos, se enfrentarían aquellos esclavos que, tras intentar huir a Canadá o México —se calcula que unos cien mil lo consiguieron—, fueran devueltos a sus amos. Y es que, por desgracia, el resto de la década de los años cuarenta no verá en Estados Unidos una revolución semejante a la que Emerson vio en el caso británico, o aquella deseable en la que lo cristiano, lo moral, lo justo hiciera desaparecer la supremacía legalizada del hombre blanco frente al negro; al contrario, será la Administración estadounidense la que, ante tal insistente insubordinación de los negros, muchas veces ayudados tanto por los ciudadanos como por las instituciones de los estados norteños, refuercen la ley aprobada por el Congreso en 1793 con la que se garantizaba a los dueños de esclavos el derecho a reclamar su propiedad en caso de fuga. Se promulgaría de este modo, en 1850, la llamada Ley de Esclavos Fugitivos, según la cual un esclavo huido del sur podía ser perseguido

en el norte, capturado y devuelto a su lugar de origen, e incluso sancionaba a aquel que facilitara la libertad de un negro con seis meses de cárcel y miles de dólares de multa, a la vez que se daba cancha libre a los cazarrecompensas o a cualquier ciudadano para que interceptaran a un esclavo.

Uno de ellos fue Thoreau. «Hubo un esclavo fugitivo, entre otros, al que ayudé a seguir la Estrella Polar», dice en *Walden*, en el capítulo dedicado a las visitas que recibió, en un pasaje en que va explicando qué tipo de hombres entró en su casa, entre ellos «esclavos fugitivos con hábitos de plantación, que de vez en cuando se ponían a escuchar, como el zorro en la fábula, por si oían ladrar a los podencos tras su pista, y me miraban implorantes, como diciendo: "Oh, cristiano, ¿me harás volver"?».[8] Una frase esta extraída del poema «The Fugitive Slave to the Christian», del abolicionista y editor de diversas publicaciones sobre asuntos de derechos humanos Elizur Wright, que precisamente en 1851 fue arrestado por haber ayudado al primer esclavo que tras huir era capturado en Nueva Inglaterra bajo la Ley de Esclavos Fugitivos.

Hombres como Wright, que en su juventud, siendo profesor de matemáticas y filosofía natural, encontró en un panfleto de Garrison en contra de la colonización africana la clave para luchar durante toda su vida para abolir la esclavitud; o Samuel Hoar, que fue echado de Carolina del Sur cuando se propuso encontrar en sus cárceles a ciudadanos de Massachusetts detenidos de manera ilegal; o Theodore Parker, que en Boston, tan atento como estaba a los cazadores de esclavos, se había visto obligado a llevar un arma cargada cuando, en una ocasión, dio asilo a una mujer mestiza cuyo caso fue muy comentado porque se disfrazó de hombre para viajar en un barco de vapor que la llevaría al estado libre de Pensilvania; o Charles Turner Torrey, que ayudó a la liberación de unos cuatrocientos esclavos por medio de la red clandestina conocida como «ferrocarril subterráneo» (*Underground Railroad*), siendo condenado por ello a la cárcel de Maryland, donde murió en 1846; o el reformador Jonathan Walker, que sería atado a una picota para grabarle en su mano derecha las letras «S. S.» (*Slave Stealer*, ladrón de esclavos) y encarcelado casi un año, por orden del Gobierno estadounidense, para marcar así de por vida su intento de liberar a siete esclavos…

Todos estos hombres y muchos otros que, con su heroico comportamiento, sacrificarían su tiempo y el de sus familias con serio riesgo de padecer problemas de toda índole, confluirían sin duda con la idea que Emerson difundió, escandalizado por la Ley de Esclavos Fugitivos, en una conferencia en 1851, en Concord, un lugar apacible en comparación con otros sitios de Massachusetts en los que algunos antiabolicionistas lograrían boicotear sus discursos: «Ante una ley inmoral, el hombre tiene la obligación de transgredirla», dijo al respecto de lo que calificó de «ignominia», sugiriendo que habría que desobedecer esa legislación para «prestar ayuda en nuestro propio estado, o en nuestras propias granjas, a un hombre que, en su huida, se ha arriesgado a que le disparen, o a que lo quemen vivo, o a que lo tiren al mar, o a que lo maten de hambre, o a que lo ahoguen en una caja de madera; y a este hombre que se ha enfrentado al reto de recorrer miles de kilómetros por su libertad, ustedes, hombres de Massachusetts, según dice la ley,

deberán darle caza, y prenderlo, y mandarlo de vuelta al cuchitril del que huyó…». Aun deseando respetar, decía, a la Unión —o sea, al gobierno nacional formado por los veinte estados libres abolicionistas y los cinco fronterizos esclavistas— en lo que pudieran ser sus fines honrados, era más importante respetar «una unión más antigua y amplia, la ley de la Naturaleza y la rectitud»[9] y hacer lo que fuera por abolir esa ley, o si no era esto posible, desobedecerla.

Y en la práctica fue eso lo que hizo Thoreau si acudimos a su diario de ese mismo año de 1851 en el que habla de que ha puesto a un esclavo fugitivo, «un hombre inteligente y de muy buenas maneras, un mulato», en uno de los trenes que van a Canadá, después de escaparse de un condado de Virginia e intentar comprarse a sí mismo por quinientos dólares (en vano, pues su dueño le pedía seiscientos).

El esclavo había caminado a Concord desde Boston, con la recomendación de alojarse con los Thoreau, que empezaron a «reunir los fondos suficientes para auspiciar su viaje. Traté de hacerlo salir desde Burlington a mediodía, pero cuando iba a comprar su billete, vi en el almacén a un individuo que parecía y se comportaba como un policía de Boston, así que no me atreví a hacerlo en ese momento».[10] El esclavo, asegura, le contó que era capaz de guiarse por medio de muchas estrellas —¿Thoreau se tomaría la licencia en *Walden* de invertir ese conocimiento y aparecer él como el guía estelar de los fugitivos?— y lo ve a él y al resto de los que sufren las mismas circunstancias como seres que han traído de África un gran número de supersticiones, como lo demuestra el hecho de que confían en que llevar algo de tierra y hierba en sus sombreros les dará suerte en su escapatoria.

El tren subterráneo, que proporcionaba al esclavo mapas, disfraces o direcciones donde podrían pedir cobijo, era llamado así porque sus miembros recurrían a términos del ámbito ferroviario para poder hablar de manera discreta de sus actuaciones; en este caso, Thoreau sería un *conductor* o *maquinista*, y el esclavo, el *pasajero* o *paquete* que tomaba la *vía* (la ruta secreta de escape), pero también estaba el *jefe de estación*, el responsable de encontrar lugar donde ocultarse al esclavo, el *agente*, que echaba una mano para orientarse en los siempre difíciles caminos, y el *accionista*, que facilitaba ropa o dinero. Todo en pos de que el fugitivo del sur alcanzara, sobre todo en invierno, beneficiándose así de las noches más largas para su ocultación, el río Ohio, que al estar congelado resultaba perfecto para atravesarlo andando e ir más allá de ese límite natural, o del límite establecido por la línea Mason-Dixon, que distinguía al sur esclavista del norte antiesclavista. Según algunas fuentes apócrifas, hacia 1839 surgiría por primera vez la expresión de *tren subterráneo* en boca de los propios cazadores de esclavos cuando veían que el rastro del perseguido se perdía mágicamente, como si hubiera cogido algún tren escondido.

Hay mil y una historias sobre los negros que usaron esta red cuyo destino último era Canadá u otras similares que facilitaban la huida por Texas para llegar a México, o por Florida para embarcarse hacia alguna isla caribeña, y muchas de ellas tendrían como promotores al matrimonio cuáquero formado por un exitoso

hombre de negocios, Levi Coffin, y su esposa Catherine, que ayudaron a cientos de fugitivos a partir de 1826, primero en Indiana, desoyendo, con una fe ciega en lo que Dios tenía preparado para ellos, todo tipo de amenazas por parte de los cazadores de esclavos, y ya en los años treinta, haciendo del territorio donde seguirían operando, Cincinnati, la «gran estación central del tren subterráneo».

En esta ciudad del estado de Ohio, una de las que más estaba creciendo en Estados Unidos, oyó hablar Harriet Beecher Stowe de esta red clandestina que acabaría reflejándose en sus escritos. Había llegado desde Connecticut, en 1832, y permanecería allí dieciocho años, justo antes de empezar a publicar, en catorce capítulos semanales, *La cabaña del tío Tom* en una publicación de Washington, *The National Era*, dirigida por otro ardiente y heroico abolicionista, Gamaliel Bailey, cuya oficina sería atacada en diversas ocasiones durante la década de los cuarenta, viéndose incluso en el aprieto de estar durante tres días sin poder salir de ella acosado por los violentos. Este abolicionista, más Theodore Dwight Weld, líder de un movimiento estudiantil que organizaba debates para canalizar su repulsa y posición hacia la esclavitud en Cincinnati y coautor, junto a su mujer y su cuñada, de *American Slavery As It Is: Testimony of a Thousand Witnesses* (1839), distribuido por la Sociedad Antiesclavista Americana —que se convertiría en el texto en este campo más influyente de su tiempo al reunir un sinnúmero de testimonios de los horrores de la esclavitud—, serían clave para que Beecher Stowe compusiera su famoso libro.

Tanto significó el trabajo de Weld para la escritora que, como dijo ella misma, lo guardaba «en la cesta de labores por el día, y dormía con él debajo de la almohada por la noche, hasta que sus datos cristalizaron en el tío Tom».[11] La mecha para que surgiera la voluntad de una narración donde por primera vez el héroe fuera un hombre negro la encendería su hermana Isabella, según cuenta la traductora Carme Manuel, a partir de la indignación generalizada de los antiesclavistas ante la Ley de Esclavos Fugitivos. Aquella le escribía desde Boston cartas «en las que le narraba los atropellos a los que estaba conduciendo la ley. En una de ellas la exhortaba a la acción: "Hattie, si yo pudiese utilizar la pluma como tú, escribiría algo que a esta nación le hiciese sentir lo infame que es la esclavitud"». Y en efecto, tras leer la carta a sus hijos, se levantó de la silla y dijo: «Yo escribiré algo. Lo escribiré si vivo».[12]

Beecher Stowe disfrutó de una larga vida —murió con ochenta y cinco años, soportando que cuatro de sus siete hijos fallecieran muy tempranamente y teniendo un matrimonio desgraciado con un ministro religioso viudo— en la que pudo ver cómo su libro sería el más vendido de todos los tiempos después de que en los primeros días se adquirieran diez mil ejemplares y en el primer año se llegaran a los trescientos mil, además de que se tradujera a más de treinta idiomas (sólo en Gran Bretaña se vendieron un millón y medio de libros). Alentada por lo que le contaba su hermana, en 1851, Stowe había comunicado a Baily que acababa de empezar una narración sobre la esclavitud, ya que el hecho de callarse ante semejante infamia resultaba una vergüenza para ella. Cualquiera que tuviera voz tenía que pronunciarse, especialmente las mujeres, amas de hogar y por lo tanto

educadoras en valores cristianos ante la nueva y la anterior generación, formada tanto por sus hijos como por sus maridos, por sus dirigentes y jueces.

La historia del esclavo inocente y cristiano vendido a un despiadado propietario de plantaciones de algodón que le ordena maltratar a sus compañeros, ante lo cual Tom se niega aunque ello le valga ser castigado cruelmente, sería determinante para concienciar al pueblo norteamericano y extranjero de la injusticia que representaba tener esclavos, pues ciertamente *La cabaña del tío Tom* (1852), como apuntó Emerson, «le daba la vuelta al globo, y era el único libro con lectores en el salón, en la habitación de los niños y en la cocina de todos los hogares».[13] Desde Europa, grandes escritores como el alemán Heinrich Heine, la francesa George Sand y la inglesa George Eliot —también desde suelo estadounidense habló positivamente Henry James—, publicaron elogiosas reseñas de la novela, que influyó en la vida normal y corriente más que cualquier otro texto literario. La verdad que estaba detrás de los hechos amparaba a la autora, que al año siguiente, 1853, publicaría *Una llave para la cabaña del tío Tom*, texto con el que documentaba las vidas reales de los esclavos que le habían servido para su novela.

Recoger los acontecimientos, como si se tratarse de volcarlos objetivamente en un lienzo, era el objetivo capital de Beecher Stowe: «Mi vocación es sencillamente la de un pintor, y mi intención la de presentar la esclavitud de la manera más natural y más gráfica posible, sus reversos, cambios, y el carácter negro, del que he tenido amplias oportunidades de estudio. No hay discusión con los *cuadros*, y a todo el mundo le impresionan, tanto si quieren como si no», le dijo por carta a Bailey, como refiere la traductora, que expone la voluntad de la autora de «intentar actuar sobre la moral del lector»[14] retratando fielmente la esclavitud, consiguiéndolo además con un argumento narrativo y un estilo sumamente sencillos que pudieran despertar las emociones del lector con facilidad. Y si nos atenemos a lo que Abraham Lincoln le dijo a la autora cuando la conoció en 1862, en plena guerra civil —«¡Así que usted es la pequeña mujer que escribió el libro que inició esta gran guerra!», en referencia a la escasa altura de Beecher Stowe (alrededor de 1,5 m)— y la extensión infinita de su influencia, lo logró con creces, más allá de esta exageración irónica, acaso más legendaria que real, del presidente por entonces de Estados Unidos.

Tal vez Thoreau hubiera deseado tal cosa para uno de sus textos: que su palabra, su pensamiento, su escritura llegaran tal lejos que cambiaran puntos de vista, y con ello actitudes personales, y con ello comportamientos en la sociedad que impidieran la realización de injusticias flagrantes. Escritos como «Desobediencia civil», partes de *Walden* y, en este ámbito en el que nos estamos centrando, otro ensayo como «La esclavitud en Massachusetts», apuntaban directamente a la conciencia del ser humano en la misma medida en que Beecher Stowe apuntaba y acertaba en el corazón de las gentes que se conmovían con la honestidad celestial de Tom, con la dulcificada niña Eva, que es la responsable de que éste acabe, si bien solamente en primera instancia, en una buena casa tras ser vendido, la del humanitario Agustine St. Clare. La escritora levantaba todo un mundo novelístico propio donde se literaturiza buena parte de lo existente: la

política y la sociedad, las clases pudientes y las miserables, la vida hogareña y el ámbito de los negocios, lo pagano y lo religioso, las leyes de los blancos contra los negros; y sin embargo, ni siquiera por haber intentado cambiar la mentalidad sureña y con ello el destino de toda una nación, el libro tiene hoy un puesto honroso en el canon literario universal, llegando a recibir una gran cantidad de críticas adversas, incluso por parte de escritores afroamericanos contemporáneos.

Uno y dos años después de la novela de Beecher Stowe, podríamos encontrar en el diario de Thoreau un par de esos casos que a la autora le habrían servido para dramatizar novelísticamente la tragedia de la esclavitud: «Esta noche se ha quedado con nosotros una mujer de color liberada, cuyo periplo al norte se debe a su intención de ganar dinero para poder comprar a su marido, esclavo de un tal Moore de Norfolk, Virginia»,[15] quien en ese momento reclamaba ochocientos dólares después de haberlo comprado en su momento por seiscientos. Y si la mezquindad humana no tenía límites en un ejemplo local, próximo, que Thoreau compara con la codicia de un vecino de su pueblo —mezquino como un esclavista — que había intentado quedarse con un premio de cuatro dólares que un campesino irlandés que trabajaba para él había conseguido arando la tierra durante un cuarto de hora, en una entrada de 1854, se lamenta del gobierno de forma apabullante:

> El efecto de un buen gobierno es hacer que la vida sea más valiosa, el de un mal gobierno, hacer que ésta sea menos valiosa. Todo hombre de Nueva Inglaterra capaz de sentir patriotismo debe de haber vivido estas últimas tres semanas con el sentimiento de estar sufriendo una pérdida vasta y definitiva. Nunca había respetado a este gobierno, pero, ingenuamente, pensé que aún sería capaz de vivir aquí, ocupándome de mis asuntos privados y olvidándome de su existencia. Por mi parte, no puedo expresar cuánto de su antiguo atractivo han perdido mis ilusiones más antiguas. Siento además que mi inversión vital tiene un valor porcentual menor desde que Massachusetts —por la fuerza y deliberadamente— devolvió a un hombre inocente, Anthony Burns, a la esclavitud. Antes vivía con la idea de que mi vida ocurría en algún lugar entre el cielo y el infierno, pero ahora me es difícil persuadirme de que no vivo de lleno dentro del infierno. La visión de esa organización política denominada Massachusetts se me aparece cubierta de escoria y de cenizas volcánicas, tal y como Milton lo imaginó. Si hay un infierno más desprovisto de principios que nuestros gobernantes y nuestra gente, tengo curiosidad en visitarlo.[16]

Esta mirada descorazonadora y crítica, del mes de junio, conecta con la que sería primero la conferencia «La esclavitud en Massachusetts», pronunciada en Framingham el Día de la Independencia, muy pocas semanas antes de que viera la luz *Walden*, por lo tanto, y de que apareciera en este mismo mes de julio en *The Liberator*, una de las publicaciones abolicionistas de Garrison, en Boston. Un texto que era la respuesta profundamente indignada ante un acontecimiento ocurrido a finales de mayo: el esclavo fugitivo Anthony Burns había sido detenido, despertando la furia de algunos abolicionistas, que asaltarían el Palacio de Justicia con el objetivo de liberarlo; entre ellos se encontraba Bronson Alcott que, ajeno al peligro que corría al buscar por el edificio la sala donde estaba el esclavo, con el resto de asaltantes (trece fueron detenidos y un alguacil perdió la vida en el ataque) no pudo evitar que fuera apresado y embarcado hacia Virginia de vuelta,

«mientras tañían las campanas de las iglesias de Boston en señal de protesta, ira y pena», como declaraba el propio Alcott, «avergonzado de la Unión, de Nueva Inglaterra, de Boston, casi de mí mismo, también».[17]

*

En la primera página de «La esclavitud en Massachusetts», Thoreau, frustrado de una reunión a la que asistió en Concord para hablar de la esclavitud, se hace eco del triste episodio que hizo que varios ciudadanos estén «en prisión por intentar rescatar a un esclavo de las garras del Estado»[18] y que ese día, en la asamblea de vecinos, nadie repudió en voz alta, estando más preocupados por ciertos asuntos relacionados con las tierras de Nebraska.

Pocas páginas hay en la trayectoria de Thoreau tan empapadas de rabia e impotencia que estas en las que ataca frontalmente no sólo la política en general, plagada de gente que es incapaz de enfrentarse a los hechos, haciendo de las medidas que toman simples excusas artificiosas que no solucionan nada, sino a políticos concretos, como un tal Edward G. Loring, delegado del Gobierno Federal en Massachusetts y ejecutor de la Ley de Esclavos Fugitivos, al que se refiere así: «De nuevo está sucediendo que el Palacio de Justicia de Boston está lleno de hombres armados escoltando a un prisionero y juzgando a un HOMBRE para saber si realmente es un ESCLAVO. ¿Cree alguien que a la justicia o a Dios le interesa la decisión que tome Mr. Loring?».[19]

Por supuesto, esa pregunta ya está contestada, ya está aceptada por los poderes fácticos que hay alrededor, y Thoreau le pide que se vaya, fiel a su idea de que el mejor gobierno es el inexistente. De hecho, a continuación satiriza al respecto del tiempo libre que tienen los responsables de las tropas de Massachusetts, que se limitan a pasar revista los días señalados, y alude a otro desgraciado y muy célebre caso, el de Thomas Sims, que escapó desde Georgia a Boston y fue devuelto a su propietario después de grandes manifiestaciones de protesta y de que el gobernador responsable de evitarlo buscara más una conducta de discreción, que no le hiciera conflictivo a ojos del Gobierno Federal para asegurarse un sillón de poder, que intervenir para salvar a aquel hombre.

No es *su* gobernador el que transgrede las leyes de la humanidad, dice Thoreau, que aprovecha para seguir denunciando la forma en que el estado de Massachusetts «se sentó a esperar la decisión de Mr. Loring», en una actitud de duda bochornosa que no hacía más que socavar su corresponsabilidad en el crimen que se estaba cometiendo contra ese ser humano. «Me gustaría que mis compatriotas consideraran que, cualquiera que sea la ley humana, ni un individuo ni una nación pueden cometer el menor acto de injusticia contra el hombre más insignificante sin recibir por ello un castigo. Un gobierno que comete injusticias

deliberadamente, y persiste en ellas, a la larga se convertirá en el hazmerreír del mundo.»[20] Frente a un gobierno de esta índole, ha de surgir el hombre capaz de hacer libre a la ley ya que la ley de por sí no hará libres a los hombres, añade en una de sus habituales vueltas de tuerca.

Los tribunales de justicia obedecen a su autoridad mayor, la Constitución, y si ésta puede decidir que la sexta parte de la población debe ser esclavizada, entonces los jueces «son simplemente inspectores de ganzúas y herramientas de criminal». No, ése no es el verdadero juez, sino aquel que pronuncia un veredicto y sentencia de acuerdo con la verdad: «El que es capaz de discernir la verdad, ha recibido sus poderes de manos de una fuente más alta que la del más alto juez del mundo al que sólo le preocupa la ley. Se constituye así en juez del juez. ¡Resulta extraño que tengamos necesidad de establecer verdades tan elementales!».[21] En este sentido, el ámbito *elemental*, el propio de la vida de campo, estaría mejor dotado para opinar sobre un problema público que la ciudad, que, dice de forma literal, «no "piensa" demasiado», siendo más deseable la asamblea que en un pueblo remoto se realice para discutir sobre algún asunto: «Ése, creo yo, es el verdadero y más respetable congreso que se reúne en Estados Unidos».[22] Hace Thoreau así una reivindicación de los habitantes del campo, que harían mejor en traer de la ciudad solamente ropa y víveres.

De la ciudad viene la prensa, que casi sin excepción está corrompida y que «ejerce una influencia mayor y más perniciosa que la Iglesia en su peor época». Al igual que ha hecho en otros lugares, en «La esclavitud en Massachusetts» también insiste en que «el periódico es la Biblia que leemos cada mañana y cada tarde, de pie y sentados, en coche o caminando», el único libro que el país valora cuyo «editor es un predicador al que mantenemos voluntariamente»; al fin y al cabo con un céntimo al día se puede alquilar un banco en esa *iglesia*.[23] Un Thoreau desatadamente feroz escribe «que probablemente ningún país se gobernó jamás por una clase tan mezquina de tiranos, con unas pocas excepciones, como los directores de la prensa periódica de "este" país. Y como viven y mandan sólo por servilismo, y apelando a la peor y no a la mejor naturaleza del hombre, la gente que los lee se iguala al perro que vuelve a su vómito».[24] Con la excepción del *Liberator*, y de otro periódico llamado *Commonwealth*, el resto de publicaciones de Boston evitaría posicionarse en contra de la vileza que propulsaba la Ley de Esclavos Fugitivos.

De la misma manera que habría que dejar de votar al gobierno responsable de atentar contra los derechos humanos, la población tendría que abstenerse de comprar ese tipo de periódicos para acabar con ellos. En la época, circulaba un buen número de ellos en la ciudad del río Charles —*Post*, *Mail*, *Journal*, *Advertiser*, *Courier*, *Herald*, *Times*, cita a modo de ejemplo— que, por lo general, comen de la mano de sus amos. «¿Conlleva la esclavitud mayor servilismo del que exhiben algunos de estos periódicos? ¿Queda alguna basura que no hayan lamido ellos con su conducta ensuciándola aún más con su propia baba?» Thoreau coge como ejemplo el *Herald* para hablar de su comportamiento cuando se atrapó a Sims, doblegándose frente a los poderosos y despertando otra sarta de punzantes

reacciones por su parte: «Cuando cogí este papel con mis puños arremangados, oí el gluglú de la cloaca discurrir por cada columna. Sentí que tenía en las manos un papel sacado de la alcantarilla pública, una hoja del evangelio de la casa de juego, de la taberna y del burdel, armonizando con el evangelio de la Bolsa de los Comerciantes».[25]

Este Thoreau que se siente en un *infierno* en la sociedad, que se emplea con tajante dureza a la hora de atacar los medios conniventes con la esclavitud, encuentra en esta clase de actuaciones gubernamentales el simple reflejo de los ciudadanos que, vengan de donde vengan desde los cuatro puntos cardinales, son los responsables, con su voto, de enviar hombres al Congreso sin principios porque ellos mismos no los tienen. Así, «mientras que sus hermanos y hermanas son azotados y colgados por amar la libertad —y aquí debería aludir a lo que es e implica la libertad— lo que a ellos les preocupa es la mala administración de la madera, el hierro, la piedra y el oro». Condescendencia ante el mal máxima; egoísmo llevado hasta las últimas consecuencias; servilismo y falta de una mínima dignidad propia, como casi siempre, sustentados en preocupaciones monetarias o materiales, hasta el punto de perder todo humanitarismo:

> Haz lo que quieras, oh gobierno, con mi esposa e hijos, mi madre y hermano, mi padre y hermana, yo obedeceré tus órdenes al pie de la letra. Sin duda me dolerá que los lastimes, que los entregues a capataces que los persigan con sabuesos o los azoten hasta la muerte, pero, de todos modos, yo seguiré pacíficamente mi destino en esta hermosa tierra, hasta que tal vez un día, cuando me haya puesto de luto por sus muertes, logre persuadirte de que te moderes. Ésta es la actitud, éstas son las palabras de Massachusetts.[26]

No sirve de nada una ley si no colabora para mantener unida a la humanidad y se circunscribe a proteger las propiedades. Thoreau recuerda a sus conciudadanos que, antes de ser americanos, hay que ser hombres, y que los jueces y abogados y el resto de personas con responsabilidad en un caso como el de Burns son burdos e incompetentes. «No consideran si la Ley de Esclavos Fugitivos es justa, sino únicamente si es lo que ellos llaman "constitucional". ¿Es la virtud constitucional o lo es el vicio?, ¿es constitucional la justicia o la injusticia?» Thoreau está hablando de cuestiones que tienen que ver con la moral, con la vida, y no con la legislación imperante, que es mantenida por hombres que están lejos de ser servidores de la humanidad. «La cuestión es, no si tú o tu abuelo, hace setenta años, llegasteis o no al acuerdo de servir al diablo, y si ese servicio en cuestión ha finalizado ahora; lo que importa es si vas a servir a Dios de una vez por todas —a pesar de tu propio pasado desleal o el de tus antecesores— obedeciendo a esa eterna y sólo ella justa CONSTITUCIÓN, que Él, y no Jefferson o Adams, ha escrito en tu corazón.»[27] Todas esas autoridades, supuestamente honorables, son falsos ídolos, en realidad, mostrándose como el peor ejemplo que seguir; no existe un juez en Massachusetts, supone Thoreau, que estuviera dispuesto a renunciar a su cargo al pedirle una sentencia que esté de acuerdo con la ley de su país pero que sea contraria a la ley de Dios.

Y eso es así porque la política no se basa en la honradez, en emitir dictámenes a partir de relacionar lo justo con lo moral, sino que se mueve a partir de lo que cree que resulta útil. El candidato que al final es elegido por los electores es invariablemente «el diablo», de modo que cómo sorprenderse si no se comporta «como un ángel de la luz. Lo que se necesita son hombres, no políticos, hombres íntegros que reconozcan que existe una ley superior a la Constitución o a la decisión de la mayoría», continúa enfatizando. «El destino de un país no depende de cómo se vote en las elecciones, el peor hombre vale tanto como el mejor en este juego; no depende de la papeleta que introduzcas en las urnas una vez al año, sino del hombre que echas de tu cuarto a la calle cada mañana.»[28]

Al final de «La esclavitud de Massachusetts», vemos a un Thoreau en la cúspide de su escepticismo, porque ni siquiera la naturaleza le trae la evasión consoladora que tantas veces vemos en su obra. Caminando hacia un estanque, se cuestiona, tal vez por única vez a lo largo de todas sus miles de páginas, el significado de la belleza del paisaje cuando los hombres son malvados. «Nos aproximamos a los lagos para ver nuestra serenidad reflejada en ellos; cuando no tenemos serenidad, no vamos allí. ¿Quién puede estar sereno en un país cuando ambos, gobernantes y gobernados, carecen de principios? Al pensar en mi país se me estropea el paseo. En mis pensamientos asesino al Estado e involuntariamente tramo complots contra él.»[29]

El *criminal* Thoreau ha visto cómo, tras la decisión de unos seres humanos que firmaron la Ley de Esclavos Fugitivos, la libertad que una vez se soñó como catapulta para la forja de una nación está agotada, quedando solamente la lucha personal de cada uno en pos de defender su vida sin rendirse, oponiendo «resistencia a la esclavitud, a la cobardía y a la falta de principios de los hombres del Norte».[30] Aunque, en su caso, sin el elemento violento y aventurero que sí llevaría a cabo uno de sus héroes, un militante abolicionista que no pudo contentarse con la desobediencia civil y pasó a la acción en una especie de táctica de guerrillas y al que también le dedicó un encendido ensayo, «Apología del capitán Brown», que primero cobró forma de conferencia en Concord, el 30 de octubre de 1859.

John Brown era uno de los personajes más controvertidos de la época, un líder antiesclavista que había dado dos conferencias en 1857 en el ayuntamiento de Concord, adonde habían llegado las noticias procedentes de Kansas, lugar en que se libró un enfrentamiento muy crudo entre «los abolicionistas yanquis, emigrantes de Nueva Inglaterra que habían ido a fundar granjas y poblaciones como Lawrence y Topeka», como explica Baker, y «residentes de Missouri, el estado fronterizo al este, que querían que Kansas fuera un estado esclavista, consideraban la invasión de emigrantes yanquis una amenaza a sus intereses comerciales y estaban más que dispuestos, como dijo uno de ellos, a sustituir las papeletas de votación por cartuchos».[31]

El escenario de la guerra civil entre el Norte y el Sur que estallaría en 1861 estaba prácticamente servido en un caldo de cultivo que venía calentándose desde bastante tiempo atrás; incluso cinco años antes, después de asistir a una

conferencia de Emerson en la que denunciaba cómo algunas palabras como libertad o democracia habían perdido el sentido al ver cómo se comportaban los políticos y algunos compatriotas eran asesinados, Parker había dicho en una carta a un amigo que la sensación era de estar en plena guerra.

No es de extrañar semejante idea cuando «ciudadanos de Massachusetts habían emigrado a territorio nacional bajo la aprobación de todas las leyes, y habían sido asaltados por bandoleros, expulsados de sus casas nuevas, saqueados, y a varios los asesinaron y les arrancaron la cabellera», detalla Baker. «Esto no era una reyerta aislada, sino una "guerra a muerte" sistemática.»[32] Brown, considerado un insurrecto por el Gobierno de Pierce, ya llevaba meses en Kansas intentando llevar a cabo su defensa del hombre negro oprimido con el uso de la violencia como método y la venganza como pretexto, como cuando él y sus hombres descuartizaron a cinco esclavistas en Pottawatomie Creek después de que, en mayo de 1856, un grupo de estos fanáticos incendiaran la ciudad de Lawrence, fundada dos años antes.

Héroe o villano, según se mirase, Brown en cualquier caso fue merecedor de alta estima entre los intelectuales y abolicionistas del noreste norteamericano, adonde acudiría para recaudar fondos con los que hacerse con armas y ayudar a los esclavos a huir a Canadá mediante el tren subterráneo. Era amigo de Franklin Benjamin Sanborn, el biógrafo de los trascendentalistas al que conocimos dirigiendo la escuela de Concord donde fueron los hijos de Emerson y Hawthorne (también acudirían a ella las hijas de Brown, hospedándose en la casa de los Emerson al principio), y se marcharía del pueblo no sólo con nuevos y valiosos apoyos sino con mucho dinero recaudado. Poco a poco, su pensamiento se iría haciendo más radical, se compararía con un Moisés liberando a sus particulares hijos de Israel y llegaría a redactar una constitución para la creación de un nuevo estado negro en el sur de los Apalaches, según refiere Baker.

En su segunda conferencia en Concord, mucho más envejecido y deteriorado, Brown también obtuvo el beneplácito de Alcott, que estaba a la expectativa de cómo y cuándo se iba a librar ese levantamiento de los negros que el llamado capitán iba a acometer, pero no faltarían voces que dijeran de Brown que tenía un acentuado deje de locura. Sea como fuere, lo que estaba tramando le saldría mal: en octubre de 1859 intentaría apoderarse del arsenal federal, del cuartel de bomberos y de una fábrica de fusiles de Harpers Ferry, en Virginia, pero al cabo de dos días, las tropas enviadas por el presidente James Buchanan consiguiría capturar a los invasores en una acción de la que saldrían muertos dos hijos de Brown, y éste sería llevado a la cárcel del condado, en Charlestown, para, finalmente, ser sometido a un consejo de guerra y ser ahorcado el segundo amanecer de diciembre.

Emerson, Alcott y Thoreau recibieron la noticia en casa del primero, que llegó a escribir una carta al gobernador de Virginia (que no envió) en que aludía al militante abolicionista como un «hombre transparente» sin segundas intenciones ni intereses personales, un hombre «raro», «un verdadero idealista» y, «por lo tanto es exactamente lo que los abogados llaman un loco, al estar regido por ideas,

y no por circunstancias externas. Presenta claramente el primer rasgo mencionado en los libros como síntoma de locura, a saber, la desproporción entre el fin y los medios».[33] Por supuesto, para un indignado Thoreau, el loco en realidad era el sistema que permitía cuatro millones de esclavos frente a la cordura de Brown y su familia y allegados cuya lucha le inspiraría, además de «Apología del capitán Brown», dos textos más, «El martirio de John Brown» y «Los últimos días de John Brown».

Surgidas de los extensos apuntes que iría tomando en el diario después de enterarse de la acción fallida de Brown, Thoreau compartiría sus reflexiones, aparte de en Concord, también mediante conferencias pronunciadas en el Templo de Boston y Worcester. Sus palabras, más las de Emerson, Alcott, Sanborn, Parker y otras gentes que admiraron su sacrificio y que organizarían un emocionado acto de homenaje en el ayuntamiento —Alcott leyendo pasajes de la Biblia; Emerson, declaraciones del propio capitán Brown que había enviado por telégrafo desde la cárcel; y Thoreau, poemas cuyo contenido era aplicable al caso—, irían poniendo sobre él la aureola de un mártir, tratándolo cual santo, como si la horca en la que había sido ajusticiado se tratara de una cruz jesuítica.

Harding, comentando la reacción de Thoreau con respecto a las actividades y destino final de Brown, duda de que le hubiera dedicado un apoyo tan grande de haber sabido con exactitud las fechorías que había protagonizado en Kansas, de lo cual el capitán evitó hablar en sus intervenciones públicas en Concord. «Lo cierto, en cualquier caso», dice Juan José Coy retomando esa mirada del biógrafo, «es que Thoreau se mostró siempre mucho más atraído por los ideales expresados por Brown que por Brown mismo».[34] Tal era esta empatía que Alcott, después de que Henry le visitara en Orchard House el día 9 de noviembre con el objetivo de pensar en escribir al gobernador de Virginia, Henry A. Wise, para pedirle clemencia por Brown, apuntó en su diario que Thoreau fue el primero en celebrar el coraje y la magnanimidad de este héroe y que ambos tenían en común una robusta masculinidad, sencillez y honestidad, e independencia.

Eran virtudes que también apreciaba Emerson en la personalidad de Brown, como reflejó en su conferencia del 18 de noviembre, cerca por consiguiente de la segura ejecución del capitán, en el Tremont Temple, una iglesia baptista de Boston. La incongruencia era que el Gobierno ahorcaba a una persona con unos valores que, de haber verdadera justicia, tendría que recibir honores públicos y privados. Al menos, Concord le dedicó el suyo en el ayuntamiento, en una ceremonia que, «en opinión de Alcott, fue "conmovedora e impresionante; distinguida por su modestia, sencillez y gravedad; tan digna de la ocasión como el hombre". Las campanas doblaron por todo el norte y miles de personas se reunieron para celebrar ceremonias parecidas»[35] en los días en que el cadáver de Brown era trasladado en tren desde Virginia al pueblo de Nueva York donde estaba su familia, North Elba, y se celebró su funeral.

«Apología del capitán Brown» le servirá a Thoreau para, en la línea de la rabia incontrolable que había presidido las páginas de «La esclavitud en Massachusetts», corregir ciertas informaciones aparecidas en los periódicos, como

apunta en las primeras líneas, y hablar de su trayectoria que tanta admiración y simpatía llegaron a obtener. Brown, un hombre sin estudios cuyo padre había participado en la guerra de 1812 contra Inglaterra, había vivido entonces de cerca la vida miliciana que, años más tarde, reproduciría, pero a la vez se negaría, siendo multado por ello, a cumplir con el servicio militar. Luego, vendrían las acciones de insurrección en protesta por la Ley de Kansas-Nebraska de 1854, que hacía posible la esclavitud en esos territorios si la mayoría de la población lo quería, y más tarde, su empleo como agrimensor y campesino. Un camino violento paralelo al pacífico de Thoreau, que no puede menos que alabar a su alma gemela analfabeta —«Se educó en la gran Universidad del Oeste, donde asiduamente acometió el estudio de la Libertad»—[36] por su valor de enfrentarse a su propia patria cuando actuaba erróneamente, por no tolerar a su lado a un hombre sin principios.

Eso, dice, era lo que más le caracterizaba: ser un hombre de ideas y de principios que se mantuvo en la persecución de un mismo propósito toda su vida, que nunca exageraba sino que se expresaba de manera razonable, que no temió que le cogieran cuando, con la apariencia de un agrimensor con su carro, recorrió Kansas para espiar al enemigo, u ocultándose en las ciénagas durante varios años, «sufriendo una absoluta pobreza y enfermo a causa de su vida a la intemperie, ayudado sólo por los indios y unos pocos blancos».[37]

Los párrafos preñados de idolatría siguen desarrollándose sin ningún cuestionamiento al convertirlo Thoreau en un hombre al que se le teme, pero no por la contundencia de su agresividad, sino por la fortaleza de decir siempre la verdad y transmitir su propia firmeza. «¿Acaso fue una derrota o una muestra de mala organización librar de la esclavitud a una docena de seres humanos y guiarlos a plena luz del día durante semanas, e incluso meses, a paso lento, de un Estado a otro por todo el Norte?», se pregunta retóricamente. «Todos sabían por dónde andaba, tenía precio puesto a su cabeza, pero así y todo entró en un juzgado y contó lo que estaba haciendo y logró convencer a Missouri de que no les beneficiaba tratar de mantener esclavos cerca de donde él viviera. Y esto no sucedía porque los servidores del gobierno fueran indulgentes, sino porque le tenían miedo.»[38]

Ese tipo de autoridad es la que ha estado toda la vida buscando Thoreau entre sus conciudadanos, y ahora la encuentra en un hombre que en absoluto le importa morir si es colaborando en que se alcance la dignidad para los que les está vedada por culpa del gobierno. En ese acto para nada insensato y desesperado en Virginia, según Thoreau, que recoge el testimonio de un congresista demócrata de Ohio que se quedó sorprendido de lo bien que la conspiración había sido concebida y llevada a cabo, diecisiete hombres blancos y cinco negros pusieron en aprietos al presidente de una nación de millones de habitantes. «En general, mi respeto por mis compañeros, excepto en un caso de entre un millón, no va en aumento estos días. Me he dado cuenta de la frialdad con que hablan de este tema la prensa y la gente en general»,[39] advierte Thoreau al aludir por enésima vez al individualismo egoísta del ciudadano que, mientras tenga su piel y su cartera intactas, no es capaz de mover un dedo por los demás, ignorando que la siembra de la moral y la

recogida de frutos morales dependen del adecuado riego y cultivo.

Sin embargo, ese campo no se ha arado para que aparezca la sensibilidad mental y emocional necesaria para empatizar con un caso como el de John Brown. Tal es nuestro mayor enemigo, pues, además de estar por doquier, hace que cada hogar esté dividido y de «la falta de vitalidad en el hombre, que es la consecuencia de nuestro vicio», surjan «todos los tipos de miedo, superstición, fanatismo, persecución y esclavitud».[40] El creyente moderno recita las plegarias de la liturgia con la idea de irse a la cama sin remordimiento alguno: «Muestra el blanco de sus ojos el domingo y el negro el resto de la semana. El mal no es sólo una parálisis de la sangre sino también del espíritu. Sin duda alguna, muchos de ellos tienen buena intención pero son perezosos por naturaleza y por hábito, y no pueden concebir que un hombre se mueva por motivos más elevados que los suyos».[41] Sobran los informes de las convenciones políticas o religiosas; lo que hay que publicar y escuchar son las palabras de un hombre vivo. Pero se prefiere, como en un caso que él mismo refiere la semana siguiente al suceso, evitar transcribir las palabras de defensa de Brown y colocar información de los candidatos a puestos públicos.

Una situación como ésta sólo puede conducir al hombre reflexivo a ser «un ermitaño en medio del bullicio del mercado. Mares impracticables se interponen de repente entre nosotros o mudas estepas se extienden ante nosotros. Es la diferencia de manera de ser, de inteligencia y de fe, y no los arroyos y las montañas los que originan auténticos e intransitables límites entre los individuos y entre los Estados».[42] Thoreau se instaló en Walden Pond saliendo de ese bullicio, sabiendo que todos los horizontes naturales que pudiera ver desde allí no eran tan extensos como el que, en efecto, diferencia y aleja a las personas que comparten un mismo lugar cuando la política interfiere en sus vidas y, obsesionada por proteger una injusticia, obliga al ciudadano a posicionarse.

El gobierno «demoníaco» del que habla Thoreau, representante de la más sangrante tiranía que se queda sin representar las cualidades más nobles de la mente y del corazón, es el mismo «que alardea de ser cristiano y crucifica a un millón de Cristos cada día»;[43] es el mismo que quiere mantener a cuatro millones de seres humanos como esclavos. «Cuando pienso en él, en sus seis hijos y en su yerno, sin mencionar a los otros alistados en su lucha», sigue relatando Thoreau con la premisa inicial con la que concibió su conferencia, es decir, hablar del carácter de Brown, «comportándose fríamente, con reverencia, con solidaridad en su trabajo, durmiendo y despertándose por la lucha, pasando veranos e inviernos sin esperar recompensa alguna excepto una conciencia limpia, mientras que casi toda América se alineaba en el lado opuesto, digo de nuevo que esto me afecta a mí como un espectáculo sublime».[44] El hombre de principios y el hombre ocupado en sus asuntos que idealizaba Thoreau confluyen en Brown, con el que está de acuerdo en su doctrina de que «un hombre tiene perfecto derecho a interferir por la fuerza contra el amo, como medio para rescatar al esclavo».[45]

La apología a Brown no es una excusa de Thoreau para sacar su lado más salvaje, por así decirlo. No desea matar ni ser matado, apunta, pero también entiende que hay circunstancias en las que una y otra cosa sean inevitables, de la

misma manera que Emerson prefería una guerra a permanecer en un país que aceptara tener esclavos. Un hombre que había pasado una noche entre rejas en su pueblo ya había interiorizado de sobras lo que da en llamar «pequeños actos de violencia cotidiana»: la porra y las esposas del policía, la cárcel, la horca, el capellán del regimiento. Suficiente para que el ciudadano quede intimidado y únicamente pretenda protegerse a sí mismo a expensas de tolerar el gobierno que mantiene la esclavitud y que, a la vez, ante actos desobedientes o desafiantes, le puede agredir con la porra, enmanillar con las esposas, encarcelarle u obligarle a matar a otros o a entregar su vida alistado en el ejército.

Hablando por boca del esclavo, Thoreau prefiere, pese a todos los errores que pudiera cometer Brown en sus métodos, una filantropía que consiga liberar al individuo esclavizado que una filantropía que no dispare un tiro ni tampoco libere a nadie. El escritor incluso llega a justificar el uso de las armas si están en manos de quienes sepan utilizarlas con un pretexto humanitario. Pues «la cuestión no está en el arma, sino en el espíritu con que se use. No ha nacido todavía ningún hombre en América que amara tanto a sus semejantes y los tratara con tanta ternura. Vivía para ellos. Tomó su vida y se la ofreció a ellos».[46] El ejemplo del tierno y armado Brown, como ocurre con todo buen mártir, hará que, cuando le llegue el momento de morir, nos esté en realidad enseñando a vivir; de modo que «vosotros, que aparentáis sufrir por Cristo crucificado, considerad lo que vais a hacer al que ofreció su vida por la salvación de cuatro millones de hombres».[47]

El cielo y la tierra guardan entre ellos la misma distancia que hay entre la entrega de este Bown-Jesús y la causa a la que se entregan los jueces que le condenaban y son respaldados por los políticos elegidos por su partido. No habrá ninguno como él, avisa Thoreau, y ese hombre único perfectamente podría haber tenido la razón frente a todo un gobierno equivocado. ¿En qué consiste la *validez* de una ley si en sí no es válida?, plantea Thoreau aludiendo al hecho de que su mera aprobación no puede significar directamente su puesta en práctica tan sólo porque un número determinado de hombres lo haya así consensuado.

En esa situación, la de un poder judicial que interpreta la ley en función de lo escrito y no de lo espiritual, se llega al caso que nos ocupa: que un hombre bueno vaya a ser colgado. Más aún, «un ángel de la luz», pues ya ha dejado de ser el viejo Brown, como dejó de ser, hace mil ochocientos años, Jesús en su cruz para convertirse en Jesucristo. Para convertirse en un mito.

Thoreau llega a comprender, dice, la necesidad de que este hombre valiente y humano tuviera que ser ahorcado; el propio Brown aceptó su fin reconociéndose en el hecho de que para los hombres del sur era fácil eliminarlo, pero otra cosa muy distinta era solucionar el problema de la esclavitud. Brown, en los extractos del discurso con el que se trató de defender y que Thoreau recoge al final de su ensayo, se posicionó como un hombre respetuoso ante los pobres y débiles, pero también ante los ricos y poderosos, al que no le movió revancha alguna y cuyas actividades nacían del mayor servicio que le podía ofrecer a Dios: ayudar a los agraviados. La venganza, dirá Thoreau, será cómo el paso del tiempo y la erradicación de la esclavitud harán que a Brown se le recuerde en los museos con

la misma importancia que la historia da a los Padres Peregrinos que, venidos de Inglaterra en el siglo XVII, se establecieron en Nueva Inglaterra en busca de fundar una «nueva Jerusalén», o a la Declaración de Independencia con la que, en 1776, se dictaminaba que las treces colonias de América del Norte que estaban batallando contra el Reino Unido de Gran Bretaña se proclamaban como estados soberanos para la formación de Estados Unidos de América.

Dos años después de escribir este vaticinio, comenzaría una guerra en la que el difunto capitán tendría una presencia absoluta desde el punto de vista popular, siendo el protagonista de la canción *John Brown's Body*, conocida originalmente como *John Brown's Song* y publicada en 1861, cuya melodía reconocerá el lector mucho mejor si nos referimos a la canción patriótica del estribillo *Glory, Glory, hallelujah*!, que la escritora Julia Ward Howe usó para, con la misma música, componer *El himno de la Batalla de la República*. «El cuerpo de John Brown yace descomponiéndose en su tumba…, / pero su alma sigue avanzando. / Se fue para ser un soldado en el ejército del Señor. / Pero su alma sigue avanzando. / Las estrellas del cielo miran amablemente / el alma de John Brown»,[48] decía la letra que, al parecer, fue creada colectivamente por un grupo de soldados de la Unión que se referirían con ello tanto al famoso abolicionista como, de forma humorística, a un sargento llamado igual que pertenecía a su mismo batallón.

La guerra de Secesión duraría cuatro años, de abril de 1861 a abril de 1865: «Años inestables que me arrojáis no sé a dónde», como decía el comienzo de un poema de *Redobles de tambor*, libro que Whitman publicó ese último año, en mayo, después de trabajar como enfermero en los hospitales a donde eran trasladados los heridos del conflicto entre la Unión o estados del Norte contra los recién formados Estados Confederados de América, compuestos por los once estados sureños que se habían declarado independientes; era el caso de Carolina del Sur, separada de la Unión en diciembre de 1860, lo que preludiaba lo peor, según Emerson. Años aquellos en los que «vuestros planes y vuestra política fracasan, los trazos se desvanecen, las sustancias se burlan de mí y se me escapan», continuaba diciendo Whitman. Años en que uno de los lemas trascendentalistas era más necesario que nunca: «Sólo el tema que yo canto, el alma grande y fuerte, / no se me escapa. / Ser Uno mismo no debe desvanecerse nunca, ésa es la sustancia primordial, ésa la única cosa segura entre todas». Un poema aquél, titulado precisamente «Años inestables», que acababa así: «De la política, triunfos, batallas, vida, ¿qué queda al fin? / Cuando los espectáculos terminan, ¿qué es lo seguro salvo Uno Mismo?».[49]

Emerson, que advirtió al poeta de ciertas partes de *Hojas de hierba* demasiado sensualistas que le recomendaba retirar, o Thoreau, que cuando lo conoció en su casa de Brooklyn le pareció un hombre muy contradictorio con su mezcla de brusquedad y dulzura, y que también encontró en ciertos poemas elementos desagradables por su insinuante erotismo aunque acabara aplaudiendo su osadía y su búsqueda de la verdad, habrían compartido esta mirada personalista, de confianza en sí mismo, frente a un espectáculo monstruoso como una contienda entre compatriotas.

Para Whitman, hombre comprometido desde joven que había sido despedido del periódico *Brooklyn Daily Eagle* por manifestar sus opiniones antiesclavistas, la vida y la literatura, y por lo tanto en esa etapa, la guerra y su libro que crecía sobre la marcha, eran una misma cosa, de ahí que integrara en *Hojas de hierba* la sección «Conmemoraciones del presidente Lincoln», donde se encuentra el famoso poema «¡Oh, capitán! ¡Mi capitán!» que usarán, para referirse al profesor Keating, los chicos de la película de Peter Weir y en el que Whitman cantaba, trágicamente: «Terminó nuestro espantoso viaje», una vez la batalla ya había acabado —«El navío ha salvado todos los escollos, hemos ganado el premio codiciado»— y el presidente había sido asesinado —«Ved, mi Capitán en la cubierta / yace frío y muerto»—.[50]

Curiosamente, unos ciento cincuenta años después, Barack Obama, en concreto el 21 de enero del 2013, afirmaría en su discurso de investidura de su segundo mandato: «Nuestro viaje no ha terminado hasta que nuestros hermanos y hermanas homosexuales sean tratados como cualquier otro ciudadano bajo la ley, nuestro viaje no habrá terminado hasta que todos podamos ejercer el derecho al voto, nuestro viaje no habrá terminado hasta que nuestros hijos sepan que cuidaremos de ellos». Esta vez, el gay Whitman habría estado entre los potenciales espectadores atentos a otro tipo de años inestables, amenazados por los vaivenes de una economía capitalista que había colapsado en el segundo lustro del siglo XXI y el terrorismo internacional, con la cuestión racial discriminatoria todavía como gran asunto que resolver en su país.

Al estallar el conflicto en la bahía de Charleston, Carolina del Sur, cuando se produjo un bombardeo por parte del ejército de los Estados Confederados para echar a los federales que estaban ocupando la fortificación de Fort Sumter, intelectuales como Emerson o Whitman se convertirían en hombres de acción patrióticos, como si el llamamiento de Lincoln para que setenta y cinco mil voluntarios se unieran al ejército fuera una llamada moral para apoyar lo que consideraban justo. Y es que, para el primero, la guerra era mejor que la situación que se vivía hasta entonces, que era de una inmoralidad insoportable; ya en su diario de 1835, había escrito que no deseaba vivir en una nación donde existiera la esclavitud, que para siempre iba a ser lo opuesto por completo a lo cristiano, de modo que semejante calamidad también implicaba la esperanza de ver unidos a los miembros del país con generosidad, valor y buen corazón. Por su parte, Whitman devendría «un demócrata mucho más comprometido con su país», según explica Manuel Villar Raso al referirse a cómo «semanas después del tiroteo de Fort Sumter escribió poemas optimistas animando al alistamiento […] en los que reflejaba la excitación inicial del Norte respecto a la guerra, que se suponía iba a terminar con rapidez. Pronto, sin embargo, se vio que el conflicto sería largo y cruento».[51]

Excitado y optimista, Emerson se implicará de lleno en lo que vendrá después logrando una autorización para coger treinta mosquetes del arsenal de Cambridge y participando con una alocución en el acto de despedida de cincuenta voluntarios de Concord, que tomaban un tren con destino a Boston para alistarse después de

que muchos integrantes del pueblo recaudasen dinero y cosieran ropa para ellos. Asimismo, de la mano de un viejo amigo senador, llegará a entrevistarse con el presidente, sobre quien pensaba sin ambages que era quien había hecho más por su país, en un par de ocasiones en la Casa Blanca, en 1862, viéndolo como un hombre franco y cordial que una vez, como le contó, había asistido a una conferencia suya; ese mismo año pronuncia dos discursos de signo patriótico en el Instituto Smithsoniano de Washington —un centro de investigación que se había fundado en 1846 y que hoy cuenta con museos y hasta un zoológico y sigue asociado al Gobierno— explicando el contraste entre el norte, con el arrendamiento de la tierra y el sufragio democráticos, y el sur, con prisioneros y esclavos y una oligarquía que acapara la riqueza. Su hijo Eddy recibirá instrucción militar pese a que por su corta edad no pueda incorporarse al ejército, y su hija Ellen, que durante largas temporadas se hace cargo del hogar dada la mala salud constante de su madre, visita un hospital de heridos y le describe a su padre por carta todas las desgracias que ha visto. Más lejos irá Louisa May Alcott, que se apuntará como voluntaria en la capital haciendo jornadas maratonianas de doce horas seguidas en el terrorífico Hospital Union Hotel, hasta que enferma de tifoidea y pulmonía.

¿Y qué pasaba mientras tanto con Henry? Pues que se estaba debatiendo entre la vida y la muerte, como apunta Baker, en aquellas semanas de 1861 ya reseñadas de su excursión fallida a Minnesota con un amigo, cuando vuelve antes de lo previsto, en julio, y ya su nefasta salud es más que evidente para todos: «Sin perder su buen estado de ánimo, muy valerosamente… descendió por la pendiente de una terrible enfermedad, la tisis… Habiendo aprendido el truco indio de la reticencia superlativa, sobrellevó serenamente la fatal tortura… trabajando regularmente para completar sus escritos… hasta el momento en que no pudo sostener un lápiz con sus dedos trémulos». Son palabras de *Thoreau, the Poet Naturalist* (1873) de Channing, recogidas por Baker, que señala cómo durante el resto del año envió copias de sus ensayos a la revista *Atlantic* «y, cuando ya no pudo escribir, dictó su correspondencia a su leal hermana Sophia. Cenando con él ese diciembre, Alcott lo encontró "animado y divertido, aunque débil y en declive". Emerson dijo: "Siento en mí la amenaza de la decadencia de Henry T."».[52]

En paralelo al aislamiento obligado que sufría Thoreau, la guerra avanzaba y la exaltación primera por tener la esperanza de que la lucha conduciría a la libertad iba dando paso a la tristeza por la muerte de tantos y tantos jóvenes, los anónimos y aquellos con nombre y apellido vecinos, como los hermanos e hijos muertos de cuatro familias de Concord; así, las jornadas bélicas de los días 1 y 3 de julio de 1863, en Gettysburg, dejará un balance de veintitrés mil víctimas por parte de la Unión. Precisamente, el discurso de Lincoln, con motivo de la inauguración de un cementerio en la misma localidad del estado de Pensilvania, despertará la admiración de Emerson por ver en él un inmenso sentido común y un tono elevado y humano sólo comparable al que mostró John Brown ante el tribunal que lo juzgó.

El nexo común que podría hermanar al rebelde capitán que se enfrentó con el poder en una guerra individual, e intentó un levantamiento de esclavos a a gran

escala, con el capitán poetizado por Whitman que comandó la guerra de toda una nación, esto es, la puesta en libertad de los esclavos negros, no obstante no quedaría tan claro. Coy señala que Lincoln «no fue un radical en modo alguno con respecto al tema de la esclavitud. Sí lo fue su empeño decidido a mantener la Unión. Y aunque en definitiva fue él quien proclamó el Acta de Emancipación», con la que se anunciaba la libertad de los esclavos, que pudo desarrollarse en los Estados Confederados excepto Tennessee y Texas, más en la zona ocupada por la Unión, «todavía durante la guerra, no hay que olvidar que el 22 de julio de 1861, aún el Congreso adoptó la denominada Crittenden Resolution, asegurando solemnemente que el único propósito de la guerra era mantener la Unión, no interferirse para nada en el tema de la esclavitud».[53]

En un reciente libro en el que se recogen textos de Lincoln y Karl Marx, más un pequeño intercambio epistolar entre ambos, es interesante poder seguir la visión del decimosexto presidente de Estados Unidos y el primero del Partido Republicano desde el plano público e institucional, con el «Primer discurso inaugural», la «Proclama de Emancipación definitiva», el «Discurso de Gettysburg» y, muy significativamente, el «Segundo discurso inaugural», fechado en marzo de 1865, que tanto se citó el día de la segunda investidura de Obama y que se cerraba con un canto de esperanza que no está de más transcribir: «Sin malicia para nadie, con caridad para todos, con firmeza en lo justo, según Dios nos deja ver lo justo, esforcémonos para terminar la obra en la que estamos empeñados, para vendar las heridas de la nación, para cuidar de quien ha sufrido en la batalla y a su viuda y a su huérfano, para hacer todo cuanto pueda depararnos y abrigar una paz justa y duradera entre nosotros mismos y con todas las naciones».[54]

La selección de textos (diez de Lincoln, diez de Marx) de dicho libro nos sumergía en plena guerra civil, en los problemas del Gobierno estadounidense de carácter bélico, financiero y moral, a la vez que se estudiaban las diferencias entre dos personas tan alejadas en el mundo aparentemente como Thoreau y Tolstói pero que, según el profesor universitario y politólogo Andrés de Francisco, partieron de una misma idea: «La libertad de la opresión hace humano al ser humano. Por lo tanto, la condición de esclavo es contradictoria con la de humanidad; la esclavitud —dicho de otra forma— "animaliza" al hombre», al tiempo que el alemán «va más lejos en esa dirección cosmopolita, pues considera que la abolición de la esclavitud es la antesala de la abolición del trabajo asalariado».[55] Una perspectiva ésta que acabaría guardada en el cajón de las predicciones utópicas.

En realidad, como afirma en la misma antología el historiador británico Robin Blackburn, es que «Lincoln representó felizmente a las corporaciones ferroviarias en calidad de abogado. Como político, era un paladín del trabajo asalariado libre y de la revolución mercantil», mientras que Marx, por supuesto, «era un enemigo declarado del capitalismo». Lo cual no mermó la admiración del socialista por el republicano —sus extensos artículos periodísticos de 1861 y 1862, «La Guerra Civil norteamericana», «Crisis en la cuestión esclavista», «Asuntos americanos», «El humanitarismo inglés y América» o «Manifestaciones abolicionistas en

América» así lo atestiguan— y su «espíritu mediador y constitucionalista», subrayando que se trató de un «plebeyo» que «sin brillo intelectual, sin particular grandeza de carácter y sin valor excepcional alguno», se labró un gran futuro «ya que es un hombre medio de buena voluntad». Un futuro que Lincoln, quien, por cierto, en un curioso bosquejo autobiográfico, dijo de sí mismo no ser como persona «gran cosa» además de referirse a sus orígenes humildes, había ido cincelando desde bastante antes, con discursos como el pronunciado en 1856, en un banquete del Partido Republicano en Chicago. En él, pondría el acento en una «"idea central", de la cual irradian todas las demás ideas secundarias. Esa "idea central" de la opinión política de nuestro pueblo fue al principio, y hasta hace poco, "la igualdad de los hombres"».[56]

Nueve años después de aquel momento inicial culminante de Lincoln, Marx, en nombre de la Asociación Internacional de Trabajadores, le enviaba una carta en la que, tras felicitarle por su segunda etapa como presidente, proclamaba: «Si la resistencia al poder esclavista ha sido la reservada consigna de vuestra primera elección, el grito de guerra triunfal de vuestra reelección es: ¡muerte a la esclavitud!».[57] Tres meses más tarde, el adalid de la abolición de la esclavitud, aunque ello no resultara una estricta prioridad al comienzo, era asesinado en el Teatro Ford de Washington de un tiro de pistola que le propinó por la espalda un actor simpatizante con la causa confederada que no había tolerado la derrota en la guerra. Emerson, en su discurso en el que se conmemoraba una fecha importante para Concord, cuatro días después del crimen, habló de Lincoln como del «más activo y esperanzado de los hombres», que «se creció conforme a la necesidad. Su mente dominó los problemas del día; y cuando el problema creció, creció también la comprensión de este hombre»,[58] cumpliendo con la promesa que había hecho a sus congéneres de liberar a la población negra.

En uno de sus mejores poemas, el extensísimo «La última vez que florecieron las lilas en mi jardín», Whitman expresará de forma elegíaca el impacto de la muerte del líder norteño, aunque sin nombrarlo, y su mirada durante tres años del horror bélico, *vendando las heridas de la nación*, *cuidando de quien ha sufrido en la batalla* mucho antes de que se produjeran estas palabras al inicio de la segunda presidencia del político nacido en Kentucky.

Acostumbrado a enfrentarse a situaciones límite después de atender y consolar a miles de soldados, en ese poema Whitman «intuyó que la única forma de aceptar la muerte de Lincoln era entender la muerte como bálsamo último por el dolor de la existencia»,[59] como explica Villar Raso. Y es que, en aquellos años inestables como ningún otro periodo en la historia de los Estados Unidos, en calidad de enfermero voluntario, recorrerá «incansablemente los campos de batalla y los hospitales militares, asistiendo a enfermos, heridos y moribundos de los estados del Norte y del Sur, sin mostrar preferencias y con igual abnegada ternura para todos»,[60] apunta el traductor de su poesía completa Francisco Alexander.

De esta manera, conocerá lo más plural y desgarrador de su vasto país, y toda su visión acabará indefectiblemente en su poesía. No en vano, calificará a Estados

Unidos de «gran poema» y, atendiendo a la Nación desde el Individuo, en el prefacio de la primera edición de su obra, dejará claro que lo mejor de su tierra es «el común de las gentes. Sus maneras, lenguaje, indumentaria, amistades; la lozanía y candor de sus rostros; el desparpajo pintoresco de su porte…; su devoción imperecedera a la libertad».[61] Y sea frente a heridos o mutilados que se estuvieran rehabilitando, o moribundos que le pidieran algún último deseo o que le leyeran algo, o ya con los ojos yertos, experiencias escalofriantes y conmovedoras que cuenta en sus *Diarios de guerra*, Whitman idealizará a todos esos jóvenes para él hermosos, amables y valientes, hasta que la relatividad de vivir y morir se plasme en la sección quince de su poema de las lilas y el jardín con estos versos:

> Vi los cadáveres de la batalla, miríadas de ellos,
> y los blancos esqueletos de los jóvenes —yo los vi,
> vi despojos y despojos de todos los soldados muertos en la guerra,
> pero vi que no estaban como se pensaba,
> estaban en un reposo absoluto —no sufrían,
> los vivos quedaban para sufrir —la madre sufría,
> y la esposa, y el niño y el camarada soñador sufrían,
> y los ejércitos que quedaban sufrían.[62]

En 1863, Whitman ya le había explicado su proyecto por carta a Emerson tras señalarle su costumbre de consolar a los heridos de guerra en los hospitales, algunos de ellos tan grandes que «son ciudades en sí mismos», y donde, como decimos, se encariñaría de un gran número de soldados, hasta el punto de molestarse en escribir cartas a sus parientes pensando que agradecerían saber cómo fueron sus últimos momentos de vida: gestos altruistas que ocultaban a veces sentimientos tan paternales —como en el caso de Elijah Douglas Fox, un huérfano que le pide precisamente poderle llamar «padre»— como amorosos que, todo hay que decirlo, no siempre fueron recibidos con agrado; es el caso de lo sucedido con el soldado Thomas P. Sawyer, quien, como muchos otros, «se sentía evidentemente perplejo, y hasta puede que asustado, por las enfáticas declaraciones de Whitman»,[63] en palabras de las traductoras de su correspondencia.

Su objetivo era «escribir un librito de esta etapa de América […] una América traída al hospital en los albores de su juventud, traída y depositada aquí en este enorme sepulcro blanqueado que es el propio Washington».[64] Al año siguiente de esa carta a un Emerson siempre expectante al surgimiento del «poeta o el gran literato de lo moderno», el proyecto aludido se traducirá en el intento de imprimir *Redobles de tambor*, como le anuncia a su madre en unas líneas en las que se detecta la clave del compromiso humanitario y moral del poeta para con los que han sufrido el campo de batalla: «Madre, no puede hacerse una idea de lo que siente un hombre después de haber visto o vivido lo que ocurre en el frente, en el ejército, con los heridos… Nace en su interior el sentimiento más profundo que haya experimentado jamás».[65]

Sentarse al lado de unos muchachos que tanto necesitaban un poco de compañía antes de expirar no puede sino considerarse una lección de vida mayúscula para cualquier persona, pero es que, en el caso de Whitman, que desde la primera edición de *Hojas de hierba* se propuso encarnar la geografía, la naturaleza de todo un país, la experiencia le llevará a sentirse que tal cosa le ha hecho conocer Estados Unidos como no hubiera podido en otras circunstancias. Ni siquiera en meros viajes por el territorio, que sí habían servido a Thoreau para nutrirse de una opinión sobre sus compatriotas muy definida y, ciertamente, en el lado opuesto muchas veces a la bonhomía y nobleza que Whitman encontraba por doquier en tantos perfiles de norteamericanos.

Thoreau no verá la abolición efectiva de la esclavitud ni el fin de la guerra de Secesión; no podrá conocer las nueve ediciones con las que se irá agrandando *Hojas de hierba* ni leer el conjunto de prosas en las que Whitman reflexionó sobre el ambiente político y social de su tiempo, *Democratic Vistas & Specimen Days*, de 1871, en que vaticinaba que Estados Unidos iba a dominar el mundo entero pero que su progreso escondía un fracaso ético, un expansionismo vacuo.[66] Cercano a la muerte, sin embargo, en un acto de mujeres de Concord que se reunían para coser ropa para el grupo de negros que componían el Port Royal Experiment, en Carolina del Sur —una especie de comuna en la que se liberaba a esclavos para que vivieran de sus propias cosechas independientemente, en busca de urdir una transición entre la economía de plantación esclavista y la situación de trabajo libre—, Thoreau tuvo fuerzas para dejar sentir su impresión por aquel primer año de guerra, por los acumulados *años inestables*: «Habló impacientemente de la "política provisional de nuestros gobernantes" y también culpó a la gente por su aparente indiferencia "a las grandes cuestiones del honor nacional y la justicia"»,[67] según recoge Baker.

Ya ha quedado para la leyenda un par de diálogos en los que el Thoreau más despierto e ingenioso parece que aliñó situaciones dramáticas, convirtiéndolas en instantes memorables para los demás. Cuando el teólogo y abolicionista Parker Pillsbury «le preguntó cómo veía el otro barrio, él contestó bruscamente: "Todo a su tiempo: primero un mundo y luego otro", y cuando su tía Louisa le preguntó si había hecho las paces con Dios, él le contestó: "No sabía que nos hubiésemos peleado"».[68]

Uno de sus últimos paseos había sido ir a Walden acompañado de Sophia en septiembre de 1861, como contó Sanborn en su biografía de 1917. Sabedor de que su fin estaba próximo, tozudamente se negó a ser tratado con medicamentos, como si con esa ayuda su entrega a la vida deliberada, esencial, fuera traicionada, estando más preocupado, como indica Casado da Rocha, por «la situación económica en la que iba a quedar su familia, reducida a su hermana Sophia y su anciana madre», lo cual compensó preparando los ensayos «Colores de otoño», «Una vida sin principios» y «Manzanas salvajes» para la revista *Atlantic Monthly*. Ya no podía escribir, no lo hacía en su diario desde el 3 de noviembre anterior, cuando apuntó: «Todo esto es perfectamente visible para el ojo atento y, sin embargo, pasa desapercibido para la mayoría. Así cada viento deja su

autorretrato».[69] Una observación derivada de las consecuencias de una tormenta en torno a la línea férrea. La última inspirada en lo que más le gustaba hacer, horas y horas durante el día y que ya no pudo llevar a cabo durante los últimos meses apenas, viéndose recluido en cama y recibiendo a los amigos que se interesaban por él, como el Sam Staples carcelero que reconocería no haber visto nunca morir a nadie con tanta placidez: caminar.

Caminar cada día

Para un hombre de cuarenta y cuatro años que dijo en su texto «Caminar»: «Creo que si no pasara al menos cuatro horas al día —aunque por lo general son más— deambulando por los bosques, las colinas y los campos, absolutamente libre de toda atadura mundana, no podría conservar ni la salud ni el ánimo», debía de ser muy duro verse enclaustrado en su habitación durante un tiempo indefinido; en ella, no podía quedarse «ni un solo día sin empezar a corroerme», sintiendo, cuando se escabullía a última hora algún día para dar una caminata, «como si hubiese cometido una falta que debiera expiar».[1] Lo que llamaba resistencia, e insensibilidad moral incluso, de sus vecinos, confinados en tiendas y oficinas todo el día, era inconcebible para sí mismo.

Para los demás, ver a Thoreau en lo que iba a resultar sus últimos momentos de vida tendría que proporcionar una imagen bien distinta de la habitual conformada por una gran dureza de carácter, quién sabe si por una ausencia absoluta de afectuosidad. Con todo, serían tantas las muestras de cariño que recibiría en su casa de Main Street, que «no le importó reconocer que a veces la gente puede ser sinceramente generosa. A cambio de tantas atenciones, y mientras pudo hacerlo, insistió en sentarse a la mesa familiar durante la hora de las comidas, pues no sería sociable comer solo, dijo», como reproduce Casado da Rocha.

Éste, reuniendo diferentes testimonios de la época y apoyándose en la biografía canónica de Harding, habla de cómo los Hawthorne le llevaron una caja de música que le gustaba mucho desde que se instalaran en Concord veinte años antes. Al parecer, ciertas melodías lo enternecerían en esas jornadas sedentarias al extremo: «En la calle un músico ambulante tocaba una tonada que le recordó su infancia. Se le llenaron los ojos de lágrimas y sólo pudo pedir a sus acompañantes que le dieran algo de dinero». En otra ocasión, a alguien que pretendió consolarle con el simple argumento de que a todos nos espera el mismo destino, le respondió diciendo que la muerte estaba igual de próxima para ambos; a otro, que cualquier tormenta de nieve le importaba más que Jesucristo; y también se dice que, en un momento dado, sonó el nombre de Ellen Sewall y que Thoreau «abrió los ojos para decir que nunca había dejado de quererla».[2]

Era la mañana del 6 de mayo de 1862 cuando se produjo su viaje postrero:

> Luego pidió a Sophia que leyera en voz alta el último capítulo de *A Week*. Por un instante estuvo de nuevo con su hermano de regreso a Concord, y la belleza del mundo entero, como escribió entonces, reposaba ante quien, navegando río abajo, sólo tiene que mover el timón para mantener su barca en el centro del caudal y evitar los saltos de agua. Ahora navegamos bien, le susurró a Sophia. Ella asintió en silencio. Thoreau intentó decir algo acerca del libro sobre los bosques de Maine, pero enseguida se dejó llevar por el río sin mayor agonía. Se diría que Thoreau murió soñando con los días y los dioses, Concord y Harvard, John y Ellen, Emerson y el Club, el Musketaquid y el Merrimack, Walden y Kant, el Este y el Oeste, Joe Polis y John Brown; con todas las cosas libres y salvajes que había amado. Indio, alce: estas fueron sus últimas palabras.[3]

Quedará como un perpetuo enigma si en efecto Thoreau pronunció esas palabras antes de expirar y si, en ese caso, qué intención habría detrás de ellas cuando intentó comunicarse, tal vez sólo consigo mismo, antes de dejarse arrastrar por la corriente. Puestos a elucubrar, a un caminante que se sentía tan imantado por la naturaleza, tal vez le hubiera parecido más coherente encontrar la muerte en un bosque o un río en vez de en una triste cama siendo consciente de que el fin no podía ser otro que irse consumiendo. Tal vez morir junto a un *alce*, morir como un *indio* en pleno ambiente salvaje —«¡Qué lugar para vivir! ¡Qué lugar donde morir y ser enterrado!»,[4] escribe en unas páginas dedicadas a su ascensión al Katahdin, la segunda mayor elevación de Nueva Inglaterra, que son puro *locus amoenus*—, hubiera constituido un desenlace preferible para él. ¿O le habría sobrevenido, por una sola vez en su vida, una sensación de soledad profunda en tales circunstancias?

En *Walden*, ya había establecido la clara diferencia entre la riqueza del salvaje y la pobreza del hombre civilizado, cuando se refería a la vida en las casas: «Si se afirma que la civilización es un verdadero avance en la condición del hombre —y yo creo que lo es, aunque sólo el sabio aprovecha sus ventajas—, debe demostrarse que ha producido mejores residencias que no resulten más caras, y el coste de una cosa es la cantidad de lo que llamaré vida que ha de cambiarse por ella, de inmediato o a largo plazo».[5] El indio se libra de lo que Thoreau considera que son los trampolines desde los que salta acrobáticamente la civilización: la bancarrota y la repudiación, y frente a ellos, «el salvaje se mantiene en el rígido tablón del hambre».[6] Si el hombre se mantuviera contento con lo que tiene, sin mirar al vecino, sin acumular habitaciones vacías de invitados, tendría la oportunidad de saber que el mobiliario del indio o del árabe ya es suficiente.

Ejemplos cercanos para hablar con propiedad de dos mundos que veía en continua polarización no le faltarían. A Blake le cuenta, en 1857, en referencia a su última visita a Maine, que ha realizado «una corta excursión al nuevo mundo en el que los indios moran», toda una frontera invisible que «comienza allí donde nosotros acabamos» y en la que descubre «nuevas facultades en el hombre. Es lo más sagrado. El indio, que tan maravillosamente sabe encontrar su camino en el bosque, posee tal y tanta inteligencia que el hombre blanco no posee… y esto acrecienta mi propia capacidad, y no sólo la fe, para observarle». De entre todos los indios que conocerá en su vida, el Joseph Polis de este párrafo evocativo de Casado da Rocha sobre los minutos finales de Thoreau será el que más impacto le causará, «encarnación de una fecunda síntesis entre la conservación de la tradición nativa y la adaptación a la sociedad contemporánea»,[7] como explica el traductor de la correspondencia entre Thoreau y Blake, Antonio García Maldonado. Reflejo de ello es que aparezca en la penúltima frase de *Los bosques de Maine* —producto de tres visitas a este lugar, la primera y segunda con su primo G. A. Thatcher, en agosto de 1846 y septiembre de 1853, y la tercera con Hoar en julio de 1857, más Polis—, para indicar la última vez que estuvo con él.

Thoreau, gracias a su primo, conoce a Polis mientras éste está preparando una

piel de ciervo; líder de la tribu de los penobscot, le da la impresión de ser «considerado particularmente equilibrado y confiable», así como «robusto», «con un rostro amplio y, como dicen algunos, rasgos y cutis perfectamente indios»;[8] dependerá tanto de su habilidad con la canoa en las semanas que recorren más de quinientos kilómetros, que tendrá la ocasión en su libro de referirse a él de continuo, destacando su carácter lacónico, su hablar parco, lo cual no es óbice para apreciar que merece la pena intercambiar conocimientos con él: escuchar sus canciones, aprender su idioma y hasta sus curiosas supersticiones, como cuando accidentalmente Polis escupe en la espalda de Thoreau y, apresurándose a limpiársela, le dice que eso es señal ¡de que iba a casarse!

Bastante tiempo atrás, en el verano de 1840 en que recorrió los ríos cercanos a Concord con su hermano, ya había podido encontrar la manera de reflexionar sobre cómo «nuestros valientes antepasados exterminaron a todos los nativos americanos, y sus hijos degenerados ya no viven en fuertes ni escuchan los gritos de guerra de los indios desde los caminos».[9] El salvaje, ahora, era ese exterminador que se acomodaba a sus ansias de posesión y poder, mientras que el piel roja no podría cambiar su estado salvaje por la civilización, pues sus principios son mucho más elevados y firmes que esos individuos supuestamente civilizados cuya misión en la naturaleza muchas veces «es la de, cual multitud de afanosos demonios, despojar a la región lo más pronto posible de la floresta de cada solitaria laguna de castores y de cada ladera montañosa».[10] Thoreau alude con ello a cómo los aserraderos de Maine, construidos sobre el río, provocaban un atasco formidable en que algunas embarcaciones, rodeadas de troncos flotantes, quedaban inmovilizadas durante varios días.

Caminar y navegar, viajar por sus propios medios en definitiva, con la ayuda de indios, en compañía de familiares o amigos, a solas, siquiera flotando a la deriva en la laguna de Walden bajo un cielo estrellado, confieren a Thoreau la perspectiva necesaria —como si tomara distancia armado con un pincel con el que atacar el cuadro de su propia *cabaña* cual Beecher Stowe— para desarrollar su crítica social, exaltar la naturaleza, hallar una suerte de liberación interior. Y también para que el hecho de decidirse a ponerse en marcha y andar y andar sea tan profundo y serio que devenga meditaciones escritas en cada uno de sus libros pensados para publicarse y, por supuesto, en sus papeles más personales.

Así, en su diario de enero de 1857, anota que «no hay nada tan saludable y tan poético como un paseo por el bosque y los campos, incluso ahora en que no veo a nadie que haya salido por placer. Nada me inspira tanto ni estimula tan sereno y fértil pensamiento. Los objetos son edificantes. En la calle y sociedad, me siento casi siempre mal y disperso, mi vida es inexplicablemente mísera». Solamente, sigue explicando, en los bosques y campos apartados, no importa si el día es gris y triste para los demás, que preferirían pasarlo en una taberna, siente que vuelve en sí, se siente «una vez más parte de una inmensa familia, y el frío y la soledad son mis amigos. Supongo que ese beneficio equivale en mi caso a lo que otros obtienen mediante la oración y la práctica religiosa». Por algo solía emparentar los bosques con altares divinos y, asimismo, con el lugar primigenio del que hemos surgido

todos y al que resulta natural volver por simple instinto: «Yo acudo a mi paseo solitario por el bosque lo mismo que el que siente añoranza vuelve al hogar. Así me desprendo de lo superfluo y veo las cosas como son en su espléndida belleza».[11]

*

Son éstas líneas concomitantes con lo que explica en *Cape Cod*, el libro basado en las tres visitas que hiciera a esta península del extremo oriental de Massachusetts (en octubre de 1849, junio de 1850 y julio de 1855, la primera y la última con Channing, la segunda, solo), y que en total serían unos veinte días de viaje: «Yo estaba contento por haber salido de los núcleos urbanos, donde suelo sentirme insoportablemente mezquino y desgraciado, por haber dejado atrás por una temporada los bares de Massachusetts —donde los adultos no se liberan de hábitos salvajes y repugnantes— aun fumando un cigarro. Mi estado de ánimo se elevaba en proporción a lo melancólico del entorno. Hace falta ventilar las ciudades».[12]

En paralelo, a través de esos vasos comunicantes que son todas las páginas de Thoreau, en «Caminar», publicado póstumamente, en julio de 1862, y compuesto de anotaciones en el diario correspondientes a los años 1850 y 1852, Thoreau abre su propia ventana para ventilar la vida urbana buscando para ello remedios naturales, otra clase de equilibrios que tienen que ver con observar la noche y el día, el invierno y el verano, la experiencia y el pensamiento: «Así habrá mucho más aire y más sol en nuestras mentes. Las ásperas palmas del jornalero, cuyo tacto de verdad conmueve al corazón, están más versadas en finos tejidos de dignidad y heroísmo que los lánguidos dedos de la ociosidad. Sólo el sentimentalismo se pasa el día encerrado en casa y se siente luminoso, frente al verdadero bronceado y los callos de la experiencia».[13] No habrá, por lo tanto, mejor cura para la melancolía —tal vez la que pudo sentir él, en 1850, siguiendo a Casado da Rocha, cuando acudió a averiguar el paradero del cadáver de Margaret Fuller y «se sentía en un compás de espera, sin poder ver más allá de los dos libros en los que había trabajado durante los últimos años»—,[14] que salir a pasear y olvidarse de las ocupaciones y obligaciones que impone la sociedad.

De este modo se expresa en «Caminar», hablando de lo que le retiene por la mañana en casa, aunque sea su propia escritura, y lo que le espera a partir del mediodía. Y así se lo cuenta a Blake en 1849 en una carta en la que dice subsistir, sostenerse, enriquecerse gracias a los aromas silvestres que la naturaleza le regala y en la que, en efecto, le cuenta cómo «en un año mis paseos se han alargado y casi todas las tardes (al amanecer escribo o leo o hago lápices, y así le doy a mi cuerpo algo de lo que vivir) visito alguna nueva colina, estanque o bosque, a muchas

millas de distancia».[15] Y sin embargo, hasta él mismo reconoce en su escrito sobre el caminar que a veces no resulta sencillo sacudirse la ciudad de encima: «Alguna idea de trabajo me da vueltas en la cabeza y de repente dejo de estar donde está mi cuerpo, me hallo lejos de mis sentidos. En efecto, durante mis caminatas me gustaría ser capaz de regresar plenamente a mis sentidos. ¿De qué sirve venir a los bosques si me dedico a pensar en cosas que nada tienen que ver con ellos?».[16] No es, entonces, una evasión de la mañana tanto como una profundización de lo que puede otorgar la experiencia de la tarde, de tal modo que la naturaleza no es una escapatoria de la existencia entre paredes y de convivencia ciudadana, sino un adentramiento en otro nivel de la vida en el que cabe concentrarse hasta hacer de ello, por así decirlo, un *arte*, una *profesión*.

Ésos son los términos que emplea Thoreau para describir lo que también da en llamar «cuarto poder, emancipado de la Iglesia, el Estado y el Pueblo».[17] Institucionaliza así, con buen humor, una hermandad compuesta de caminantes que considera más honorable y antigua que la caballería andante. No hay dinero que pueda comprar el tiempo que se ha de dedicar a andar, con independencia y libertad, que son los capitales verdaderos del caminante; una figura tan poco corriente ésta que Thoreau admite haber conocido apenas «a una o dos personas que comprendiesen el arte de Caminar, es decir, de andar a pie, que tuvieran, por decirlo de algún modo, el don de *sauntering* [de *saunter*, deambular tranquilamente]». La palabra, lo indica él mismo, procedería de cómo las gentes pobres de la Edad Media pedían limosna con la excusa de dirigirse *à la Sainte Terre*, «por lo que los niños, de tanto escucharlo, acababan gritando: "¡Ahí va un *Sainte-Terrer*!", uno que se dirige a Tierra Santa, un *saunterer*, un peregrino».[18]

Se diría que cada vez que Thoreau atravesaba el umbral de su casa, o dejaba atrás la última calle de Concord, entraba en su particular tierra santa, divinizada, que le ofrecía siempre una infinidad de buenas caminatas que no agotaba aunque saliera a andar desde hace muchos años casi todos los días, como si cada amanecer los mismos ojos vieran diferente lo que ya habían visto ayer: «Un paisaje absolutamente nuevo es motivo de una felicidad inabarcable que sigo encontrando cada tarde. Dos o tres horas de camino pueden llevarme hasta una zona tan desconocida como inesperada».[19] Rebecca Solnitt, justo al comienzo de su *Wanderlust. Una historia del caminar* (2001), se hace eco de estas palabras que en verdad podrían ser el epígrafe perfecto de cualquier obra de una bibliografía sobre semejante hábito que nunca ha sido escasa, pues autores de la talla de Dickens o Stevenson, o muy destacados pero menos célebres como William Hazlitt, autor del primer ensayo específico sobre caminar, *Al irse de viaje* (1821), por referirnos sólo al contexto anglosajón decimonónico próximo a Thoreau, ya le habían dedicado jugosas reflexiones.

Solnitt, activista y ensayista en torno a asuntos de derechos humanos, antibelicistas y de gestión gubernamental de los desastres naturales, además de originaria de San Francisco —cuenta en su libro cómo, para empezar a *escribir* sobre el caminar tuvo que dejar el escritorio y ascender una colina al norte del Golden Gate—, fue designada por una revista californiana preocupada por el

impacto de la política en el medio ambiente, en el año 2010, como una de las veinticinco visionarias que estaban cambiando el mundo. Y ese detalle, que bien podría ser una anécdota dentro del ámbito de los medios de comunicación, tendentes muchas veces a modas, intereses propios o apoyo a determinados, dirían hoy, *influencers*, es para nosotros aquí ilustrativo; así, con este tipo de actos, por ejemplo en contra de las armas nucleares que se llevaron a cabo en los años ochenta y noventa en el estado de Nevada, comprometiéndose con la causa de los indios shoshones, que reclamaban al Gobierno estadounidense que dejara de intentar arrebatarles sus tierras —lo que reflejó en su libro *Savage Dreams*—, seguiría la singladura del Thoreau que gritó a los cuatro vientos, con el silencio de sus escritos y su mirada baja frente a los demás en público, que las cosas podían pensarse y hacerse de otra manera; y más si cabe cuando atentaban contra la madre naturaleza, más si cabe cuando el ataque procedía de decisiones políticas, de seres humanos poniéndose de acuerdo en promulgar leyes a las que había que contrarrestar con un comportamiento civil ético, decente y solidario.

Tales acciones de protesta, en el emplazamiento de pruebas nucleares, con Solnitt y el resto del grupo en el que estaba integrada —«formado por la desaliñada contracultura americana», más supervivientes de Hiroshima y Nagasaki, curas católicos, monjes budistas, científicos convertidos en activistas más los shoshones dueños de las tierras—, son relacionadas por parte de la autora con el Thoreau que caminaba, fue detenido y encarcelado tras su postura de desobediencia civil, y siguió caminando una vez fue puesto en libertad. Del tal modo que, si el escritor de Concord «era a un tiempo poeta de la naturaleza y crítico de la sociedad», en el caso de Solnitt y los demás, «la poesía de la naturaleza y la crítica a la sociedad estaban unidas en este acampar, caminar y violar la propiedad, como si hubiéramos resuelto cómo transformar un paseo en grupo en un cuadro revolucionario».[20] Caminar por el desierto y atravesar una zona prohibida se convirtió en una postura política de igual modo que Thoreau, en su distanciamiento de la sociedad reglada por políticos pasivos ante la ignominia de la esclavitud, adoptaba su propia postura política manifestándose en contra de ésta en su reclusión campestre.

El caso es que Solnitt encontró en aquellas actividades contestatarias una manera de descubrir paisajes, lo que significaba también entender la historia que estaba detrás de ellos, el desarrollo del Oeste, así como el gusto romántico por el caminar —en *Wanderlust* se dedicará a seguir los pasos andariegos de poetas como Coleridge, Wordsworth y Shelley—, «la tradición democrática de la resistencia y la revolución, la historia más antigua del peregrinaje y el caminar para lograr metas espirituales».[21] De esta manera, desobedeciendo lo estipulado por el Estado como propiedad privada, ella encontró su voz como escritora, teniendo presente el ejemplo de la conducta de Thoreau y su ensayo sobre el caminar, el cual lleva a otros temas de modo inevitable, pues «el ritmo del caminar genera un tipo de ritmo del pensar y el paso a través de un paisaje resuena o estimula el paso a través de una serie de pensamientos. Ello crea una curiosa consonancia entre el paisaje interno y el externo, sugiriendo que la mente es

también una especie de paisaje y que caminar es un modo de atravesarlo».[22]

No es, por tanto, un acto inocente, por así decir, sino que merece dedicarle una atención precisa antes, durante y después. Como paso previo, habría que reconocerse realmente como caminante, con todas las consecuencias que ello pudiera acarrear: «Si estás preparado para abandonar a tu padre y a tu madre, a tu hermano y a tu hermana, a tu mujer, a tus hijos y a tus amigos, y a no volver a verlos; si has pagado tus deudas, si has redactado tu testamento y has dejado tus asuntos en orden; si eres, por tanto, un hombre libre, entonces estás listo para empezar a caminar», escribe Thoreau.[23] Como paso simultáneo ya una vez puesto en marcha, caminar no tendría que ver «con eso que llaman "hacer ejercicio" […], sino que son por sí mismas la empresa y la aventura de nuestra jornada. Si de verdad queréis hacer ejercicio, id en busca de las fuentes de la vida. Qué ridículo resulta ese hombre con sus pesas arriba y abajo para tratar de mantenerse sano, mientras en las altas praderas la salud brota a borbotones allá donde a él no se le ocurre acercarse».[24] Como paso posterior, finalmente, tendría que considerarse que la caminata no acaba cuando se acaba de caminar, sino que «es cuando volvemos a casa cuando realmente hemos coronado la montaña. ¿Qué nos dijo la montaña? ¿Qué hizo la montaña?»,[25] como le escribe a Blake en 1857 en una carta en la que le habla de lo enriquecedor que es dar un paseo solitario por las montañas y en la que le recomienda que escriba con precisión lo que ha significado para él dicho paseo.

Stevenson, en el ensayo «Viajes a pie» (1876), dice que «para que el disfrute sea adecuado, un viaje a pie ha de emprenderse solo. Si uno va en compañía, o en pareja, ya sólo será un viaje a pie de nombre; será otra cosa, más parecida a un picnic. Un viaje a pie debe hacerse solo porque su esencia es la libertad; porque uno tiene que poder detenerse y continuar, seguir esta ruta o aquella otra, según se tercie»,[26] y acto seguido cita una frase de Hazlitt sobre el hecho de no encontrarle la gracia en absoluto a hablar mientras se camina, ya que, en el campo, lo que uno desearía sería precisamente vegetar.

Thoreau, que en la práctica no se mostraría tan rotundo como este revolucionario inglés, biógrafo de Napoleón y gran especialista en la obra de Shakespeare, que murió pobre en 1830 extremando su repulsa a las instituciones, alterna sus salidas solitarias con otras en compañía; o al menos las lleva a cabo con compañeros con frecuencia aunque en su diario diga que con eso renuncia «a cierta intimidad y comunión con la naturaleza. Mi paseo será ciertamente más banal».[27] Tres años antes de esa carta a Blake, con éste y Thomas Cholmondeley, el que le regalará meses más tarde un cofre lleno de libros orientales, había subido al monte Wachusett. Pero ascender una montaña y coronarla no es lo mismo para él; lo primero está al alcance de cualquiera que desee poner un pie detrás de otro y exponerse al viento sin mayores significados, mientras que para que exista lo segundo cabe completar esos pasos teóricos, espirituales para que deriven en motivos que justifiquen el viaje, todo lo cual dé como resultado que uno advierta en la cumbre y a la vuelta que se *vio* algo, que se *encontró* algo allí arriba.

A veces, contraponiendo la tesis de Hazlitt, el hallazgo es de otra índole,

humana y fraternal, como les ocurrió a Melville y Hawthorne cuando se conocieron en agosto de 1850, unos pocos meses después de publicarse *La letra escarlata*, algo más de un año antes de que se publicase *Moby Dick*, en una excursión organizada por el reformador y abogado David Dudley Field a Monument Mountain, en la cadena montañosa de los Berkshires, en Massachusetts, que aún hoy se publicita como un paraje único de vistas espectaculares y que ha captado la atención, durante los últimos doscientos años, tanto de artistas y escritores como de escaladores y amantes de la naturaleza. Como dice el traductor Carlos Bueno: «Su primera conversación tuvo lugar en plena ascensión a la montaña, cuando a causa de una tormenta de verano se refugiaron bajo un parapeto, en una hendidura de las rocas. Hablaron durante las dos horas que duró la tromba de agua. Después de coronar la montaña Monument, siguieron charlando durante el picnic con gran complicidad según testimonios que se conservan de ese primer encuentro».[28]

Dice Borges que Hawthorne tenía «un andar hamacado de hombre de mar»,[29] tal vez heredado de su padre capitán de barco, y que en los doce años en que sombríamente su familia se mantuvo en silencio y recluida en sí misma tras la muerte del patriarca, solía pasar el tiempo encerrado en su habitación escribiendo cuentos fantásticos hasta que, cuando atardecía, salía a pasear. Una rutina que, como le contó por carta a Longfellow, le hacía sentirse como encerrado en un calabozo del que tenía miedo de salir aun estando la puerta abierta.

Esto hubiera sido poco menos que una pesadilla para los escritores habitantes de Concord acostumbrados a compaginar su vida intelectual con la andariega, a solas o charlando entre ellos —las biografías interconectadas de Emerson, Fuller, Alcott, Thoreau, Channing no se entienden sin ese diálogo cotidiano en plenos paseos por la naturaleza—, de la misma manera que sus poetas de referencia ingleses, como los que vivieron en el Distrito de los Lagos y que eran verdaderos poetas caminantes «que no sólo necesitaban estar al aire libre sino que escribían al aire libre. Como Humboldt, que insistía en que había que salir de los laboratorios para comprender verdaderamente la naturaleza, Wordsworth y Coleridge creían que los poetas tenían que abrir las puertas de sus estudios y caminar por praderas, colinas y ríos», como explica Andrea Wulf en un libro sobre el naturalista berlinés. «Un sendero irregular o unos bosques espesos eran los lugares preferidos de Coleridge para componer poemas, decía. Un amigo calculaba que Wordsworth, al llegar a los sesenta años, llevaba recorridos alrededor de 290.000 kilómetros. Formaban parte de la naturaleza y buscaban la unidad dentro del hombre pero también entre el hombre y su entorno.»[30]

Pocos, poquísimos escritores a lo largo de la historia se sentirían tan identificados como Thoreau con estos dos autores que hicieron de su andar toda una poética, un *modus vivendi*; él mismo aporta una gran anécdota en «Caminar» sobre uno de ellos: «En una ocasión, un viajero le pidió a la criada de Wordsworth que le mostrara el estudio de su patrón, y ella le respondió: "Aquí está su biblioteca, pero su estudio está al aire libre"».[31] En *El preludio*, el mastodóntico poemario en clave autobiográfica que iría publicando fragmentariamente (la última vez en 1805), mediante ocho mil endecasílabos blancos divididos en

catorce libros, del que es según Harold Bloom el inventor de la poesía moderna por cuanto hace tabla rasa de la poesía llenándola con la memoria del yo, Wordsworth, ya desde la primera estrofa, había poetizado el moverse hacia alguna dirección indefinida en medio de la naturaleza: «… ¿a dónde iré / por carretera o camino, o campo a través, / monte arriba o monte abajo, o dejaré que algo / flotando en el río me indique el sendero?».[32] Solamente empezar esta obra en la que rememoró su infancia y adolescencia, sus estudios en Cambridge o su estancia en Francia atraído por una revolución que le iba a defraudar —viaja a pie por Francia en el primer aniversario de la caída de la Bastilla, en 1790, y al año siguiente recorre París de cabo a rabo en una serie de excursiones—, ya aludía a la manera en que pudo escapar de la ciudad para ser libre, teniendo toda la tierra para él, con el corazón jubiloso por preguntarse qué destino le estaría aguardando, confiando en las nubes errantes como sus principales y acertadas guías.

Este trascendental paso hacia la libertad que supone desembarazarse del lugar de origen y emprender el propio camino no admite temor alguno; el sujeto poético no podrá extraviar la senda sea cual sea, y lo que le espera estará indudablemente lleno de quietud y dicha. Y ésa es justamente la sensación que quiere transmitir Thoreau cuando reflexiona sobre los primeros movimientos a la hora de ponerse en marcha, incluso admitiendo en «Caminar» que a veces tal cosa resulte difícil de decidir. Sin embargo: «Creo que en la naturaleza existe un sutil magnetismo que, si cedemos a él inconscientemente, nos conduce siempre en la dirección correcta. Pues no es indiferente caminar hacia un lado u otro. Existe un camino correcto».[33] Seríamos nosotros, por culpa de atolondrarnos o por nuestra congénita estupidez, los que nos mostraríamos proclives a tomar el equivocado.

Al igual que pasaba al coronar una montaña, lo que en realidad sucedía al regresar a casa y digerir la experiencia vivida en la cumbre, Thoreau deduce *a posteriori* que sus caminatas, iniciadas sin saber adónde le llevarán sus pasos y cediendo su capacidad de decisión a su instinto, le llevan, «por muy enigmático y extraño que parezca», hacia el suroeste, ya sea «un bosque, un prado o un pastizal desierto». Ese punto cardinal simboliza para él el futuro, la generosidad y lo inagotable de la tierra, en contraste con el Este, al que dice dirigirse cuando está obligado: «Ningún asunto me reclama en el horizonte oriental, y me cuesta creer que pueda encontrar allí paisajes bellos, lo suficientemente salvajes y libres». En Oriente, está la vieja Europa, las ciudades, y su propensión a alejarse de éstas para refugiarse en lo salvaje se hace cada vez más ostensible. «El país se mueve en esa misma dirección, y me atrevería a decir que la humanidad progresa de Este a Oeste», dice este nuevo conquistador pacífico, este buscador de oro ético que no quiere enriquecerse y que tiende hacia allá, insiste, «como quien camina hacia el futuro, con espíritu de innovación y aventura». Así las cosas, su particular Estrella de Belén diurna para soñar con dirigirse hacia un Oeste «lejano y bello» es, siguiendo con su patrón alegórico en torno al hecho de despertarse al amanecer y seguir *despierto* el resto del día, el sol, que «emigra cada día hacia occidente y nos invita a seguirlo. […] Colón escuchó la llamada del Oeste con más fuerza que nadie antes que él. La obedeció y halló el Nuevo Mundo para Castilla y León».[34]

Sin embargo, los desplazamientos largos de Thoreau no fueron al Oeste sino al Norte, como cuando quiso conocer Canadá; es más, organizó sus salidas desde Concord expresamente mirando hacia el Este: tanto al noreste, al viajar a Maine y Nueva Escocia, como al sureste, caso de sus visitas al cabo Cape. Pero ¿en qué se podría cifrar la distinción de esta manera de moverse, que le obligaba a tomar diferentes transportes para acercarse a la zona de su interés, de sus cotidianas caminatas, por más largas que fueran?

Solnitt ha teorizado sobre los diversos elementos corporales y psicológicos que implica, frente al concepto de viajar, el hábito de caminar, el cual

> puede ser también imaginado como una actividad visual, cada caminata un paseo lo suficientemente relajado como para mirar y pensar sobre las vistas, integrar lo nuevo en lo conocido. Quizá éste es el origen de la singular utilidad del caminar para los pensadores. Las sorpresas, las liberaciones y los esclarecimientos propios de un viaje pueden alcanzarse tanto dando una vuelta a la manzana como una vuelta alrededor del mundo, y caminar es viajar cerca y lejos a la vez. O quizá el caminar debiera considerarse movimiento, no viaje, porque uno puede caminar en círculos o viajar alrededor del mundo inmovilizado en un asiento, y una determinada ansia viajera puede ser apaciguada sólo con los actos del cuerpo mismo en movimiento, no con el movimiento del automóvil, el barco o el avión. Es el movimiento junto a las vistas que se suceden lo que parece hacer que ocurran cosas en la mente, y esto es lo que vuelve el caminar ambiguo e infinitamente fértil: caminar es, a la vez, medio y fin, viaje y destino.[35]

Visto desde esta perspectiva, viajar y caminar son un todo en el que, además, es inevitable situarse ante una mezcla de naturaleza y ciudad. Thoreau, al volver de su viaje a los cabos en barco, tenía que llegar al embarcadero bostoniano que, en *Un yanqui en Canadá*, describe como un lugar animado de carga y descarga y gentes venidas de todas partes para ganarse el pan: «Cuando voy a Boston lo hago por supuesto atravesando directamente la ciudad (pasando de camino por el Mercado) [el famoso Quincy Market, construido en 1824-1826] hasta el final del Long Wharf [el muelle más antiguo del lugar, de 1710], y miro de lado, pues no tengo parientes en los callejones, y allí veo un gran número de compatriotas en mangas de camisa, de Maine, y de Pensilvania, y de toda la costa y aledaños, y al lado algunos forasteros, cargando y descargando y guiando a sus equipos, como en una feria rural». Estos dos puntos emblemáticos contemplados de forma transitoria —«Quien ha recorrido hasta el final del Long Wharf y caminado por el Quincy Market, ha visto Boston»—[36] son suficientes para captar, en su caso soportar ya que hablamos de una gran ciudad, la esencia del sitio sin tener el martirio de sufrir su cotidianidad, como le había ocurrido en el Nueva York en el que vivió varios meses.

Thoreau, en compañía de Channing, visitó Canadá del 25 de septiembre al 2 de octubre de 1850 y publicó sus impresiones tres años después en una revista —en 1866 aparecería en forma de libro con el título *A Yankee in Canada, with Anti-Slavery and Reform Papers*—, en lo que había sido un viaje de más de ochocientos kilómetros desde Boston para visitar Montreal y Quebec, las cataratas de Montmorency y Santa Ana, y el río San Lorenzo: «Yo sólo quería llegar a Canadá y poder dar un buen paseo por allí igual que caminaría una tarde en los bosques de

Concord»,[37] dice en un comienzo muy irónico en el que alude a que no vio mucho en el país vecino pero que cogió un resfriado, avisando de que no se va a detener a hablar de sus compañeros de viaje porque había unos mil quinientos.

La masa humana es tan anónima e inanimada para Thoreau como nominal y vívida la planta en la que ya enfoca su atención en el segundo párrafo. En el último, detallará que ha viajado mil setecientos setenta kilómetros gastándose casi 13 dólares, incluyendo dos guías de viaje y un mapa —el billete de ida y vuelta dice al inicio que vale 7 dólares—; una semana barata, en definitiva, en la que no ha conocido toda la Canadá británica y que le deja un gusto agridulce al haber deseado hacer una excursión más larga a pie al Canadá más agreste. En todo caso, ése sería su primer y último desplazamiento fuera de Estados Unidos.

También lo sería para Whitman. Irá allí treinta años después desde Nueva York, de junio a agosto de 1880, a la edad de sesenta y uno, y resulta interesante leer su diario de aquel viaje teniendo en mente lo que podría haber visto y sentido el propio Thoreau, al que le habría interesado sobremanera lo apuntado por Whitman desde la primera entrada, fechada en la ciudad de Londres, en Ontario: «Todo brota de manera natural, sobre todo las plantas perennes. Nunca he visto una hierba ni árboles y arbustos tan verdes de semejante provecho. Todas las compañías son alegres. Los tordos, zorzales, petirrojos, etc., cantan».[38] Imposible no pensar en el Thoreau exaltador de la naturaleza que, no obstante, en el texto canadiense se había mostrado más bien informativamente frío, al seguir leyendo al poeta en estos términos, nada más llegar al país: «Ha merecido la pena venir a Canadá para contemplar al menos los largos atardeceres de tonos templados, así como los dilatados crepúsculos», o más adelante, cuando navega en un yate de vapor: «Escribo en la región más bella y extensa de lagos e islas que uno seguramente podría ver en la tierra».[39]

Aparte del diario, Whitman compuso tras su viaje una pequeña serie de ocho poemas titulada *Fantasías en Navesink* (1885) en la que «recuerda con melancolía la travesía por el San Lorenzo cuya ventaja o encanto, como Whitman registró en su *Diario*, era infinitamente superior a la vida en democracia»,[40] según refiere Antonio Fernández Díez. El poeta, así, se abstrae de la sociedad, de la política, realmente al modo característico de Thoreau, y contempla las auroras boreales todas las noches, anda por Toronto, «una ciudad encantadora y apuesta», goza de las cascadas del Montmorency y dedica elogios a «la fértil provincia felizmente poblada de Ontario y la [provincia] de Quebec». Incluso acude a un asentamiento indio para conocer a los chippewas, se asombra ante el sistema escolar que califica de «uno de los mejores y más completos del mundo» y comenta la gran cantidad de instituciones que hay para personas discapacitadas, huérfanas, enfermas, ancianas o dementes. Pero en especial, no se cansa de «contemplar el espectáculo y el sentimiento de las estrellas», saliendo dos o tres horas al día «en busca de algún espectáculo», que para él puede ser un simple baile aéreo de golondrinas.

En este sentido, el diario también será el receptáculo de su entrega continua a la poesía que crece en *Hojas de hierba*, pues escribe que dedica tres o cuatro horas al día a ordenar y dar sentido a sus poemas; y no de cualquier manera: «Hago la

mayor parte del trabajo en los bosques. Me agrada probar mis obras en la naturaleza negligente y libre y primitiva: el cielo, la costa, el sol, la hierba abundante, o las hojas muertas (como ahora) bajo mis pies».[41] A la manera, por consiguiente, de Wordsworth, Coleridge, Thoreau, todos ellos ligeros de equipaje, poetas del aire libre, amoldando los pensamientos a las novedades que les salieran al paso, como se lee en *Musketaquid* en lo que podría constituir una buena definición de viajar.[42]

No en vano, en la obra de Thoreau también encontramos pasajes que, más allá de bucear en el arte, la profesión de caminar, abordan de modo más general cómo puede prepararse un desplazamiento satisfactorio. Por ejemplo: «La perfección en un viaje es poder llevarlo a cabo sin equipaje. Después de mucha reflexión y mucha experiencia he decidido que la mejor bolsa para el viajero de a pie es la que se hace con un pañuelo, o, si le preocupan las apariencias, con un trozo de papel grueso de embalar, bien atado y con un pedazo limpio dentro para usarlo cuando el primero se rompa», dice en su libro canadiense, explicando que él tiene preparada una lista de artículos que ha de llevar consigo cuyo rasgo principal es carecer de nada superfluo. Para qué llevar tantas maletas voluminosas que enseñar a Canadá, se pregunta, si tal vez los sobrinos de ese individuo que se azora en colocar su vasto equipaje en su vagón se han quedado en casa por no tener un acompañante que les lleve de viaje. Y aún va más lejos: «No es buena idea para un viajero ir demasiado arreglado. No se me ocurriría, como no se me ocurriría ponerme una pechera postiza limpia y darles betún a mis zapatos para ir a pescar. Como si salieras a cenar cuando, de hecho, el viajero auténtico sale a trabajar duro y a viajar en condiciones aún más duras, a comerse un mendrugo de pan al borde del camino cuando puede conseguirlo». En definitiva: «Viajar de verdad tiene que ver con el trabajo sucio, tan sucio como sea posible».[43]

Al elegante y sofisticado Oscar Wilde, acostumbrado a vestir pantalones de seda y chaquetas de terciopelo, le parecería horroroso encarar así un viaje, si bien reconocía en una carta de julio de 1882 a la abolicionista y defensora de los derechos de las mujeres, la citada compositora Julia Ward Howe, quien se había ofrecido a acogerle cuando llegara a Nueva York: «¡Cuánto lastre lleva uno cuando viaja! Queda fuera de la armonía del mundo que tenga que llevar una sombrerera, un secretario, una maleta, un baúl, un bolso doble de cuero, y un criado que siempre anda detrás. […] Pero ¡qué habría dicho Thoreau de mi sombrerera! ¡O Emerson del tamaño de mi baúl, que es ciclópeo!».[44] Sin duda, contestarían aludiendo a lo superfluo de arrastrar tantas cosas innecesarias; aconsejarían al escritor irlandés que tratara de convertir cualquier sitio sin nada de particular en su hogar, que con una maleta y un paraguas bastaría, como se lee en *Un yanqui en Canadá*.

En Estados Unidos donde buscó Wilde fama y dinero, en un viaje en el que dio unas ciento cincuenta conferencias en sitios tan variados como Washington, Boston, Nueva York, Missouri, Illinois, Minnesota, Georgia, Nebraska, California…, llegando también a Montreal y a las cataratas de Niágara, la puesta en escena de sus andanzas tenía que estar en consonancia con sus extravagancias. Una semana

después de llegar a tierras americanas, en una carta a un amigo se da a sí mismo todo tipo de lisonjas comparándose con el Dickens que había triunfado tiempo atrás en el país, diciendo que está abrumado con tantas recepciones, cenas, posados para fotografías y admiradores que le jalean. Dice tener un asistente, dos secretarias y «un sirviente negro, que es mi esclavo —en un país libre uno no puede vivir sin un esclavo—», más «un carruaje y un tigre negro que es como un monito».[45] Es el Wilde en su cara más frívola y humorística cuyas chanzas en realidad esconden un deseo de notoriedad enorme y que podrá percibir la dureza de la vida norteamericana cuando hable, en San Francisco, ante un auditorio de emigrantes irlandeses huidos de la hambruna que asoló a su país treinta y pico años antes, o cuando los analfabetos pero gentiles mineros de los que habla en una carta escrita en Iowa, en la que también cuenta que ha conocido a indios, al ver su séquito le digan que seguro que él «no tenía que lavarse las sartenes» y «que podía ir por ahí bien tranquilo».[46]

El *baúl*, el *bolso*, la *maleta* y la *sombrerera* de Thoreau serían bien distintos a los que Wilde necesitaba para viajar y exponerse a las miradas de los demás. En *Musketaquid*, para viajar le basta «un cazo, una cuchara, un sedal, un poco de comida india, algo de sal y de azúcar». Cocinando los peces atrapados en un río o una laguna, hirviendo unas gachas de maíz, comprando pan a un granjero para humedecerlo en agua y mojarlo en azúcar, o, como lujo extra, comprando un cuarto de leche por dos centavos para mezclar con el pan: «He viajado así varios cientos de millas sin parar a comer en ninguna casa, durmiendo en el suelo cuando era conveniente, y lo encontraba más barato y, en muchos sentidos, más provechoso, que quedarme en una casa». Y, por supuesto, hacerlo a pie, que no sólo es «la forma más barata de viajar, y la forma de viajar más lejos en la menor distancia»,[47] sino, como explicará en *Walden*, la más rápida.

Una vez, alguien le dijo a Thoreau que, dado que le gustaba tanto viajar, debía ahorrar dinero para tomar un coche y, por ejemplo, desplazarse a Fitchburg y ver el país (bastante cerca, en el condado de Worcester, en el mismo Massachusetts). Pero él, dice, es «más sabio. Le digo a mi amigo: supón que probamos quién llegará allí primero. La distancia es de treinta millas; el billete cuesta noventa centavos. Es casi la paga de un día. Recuerdo que las pagas eran de sesenta centavos por día para los trabajadores de esta última carretera». Conclusión: Thoreau parte por la mañana a pie y llega al anochecer, mientras que el amigo habrá comprado el billete y llegará al día siguiente, o esa misma tarde si tiene suerte de encontrar un trabajo a tiempo que le proporcione ese dinero: «En lugar de ir a Fitchburg, estarás trabajando aquí la mayor parte del día. Y así, aun cuando el ferrocarril diera la vuelta al mundo, creo que iría por delante de ti, y en cuanto a ver el país y obtener experiencia de esta índole, tendría que dejar de tratar contigo».[48]

En cualquier caso, viajar a pie no obedece a una simple pretensión de no emplear en ello gasto pecuniario ni a una conducta de tacañería; de hecho, es algo que no resulta rentable, como explica en su libro de la semana en el río: desgasta las suelas de los zapatos, provoca llagas en los pies; en suma, desgasta al hombre por completo. Thoreau está pensando metafóricamente en esos individuos que,

por su trabajo comercial, tienen que viajar mucho y acaban dando una imagen «harto patética. El viaje verdadero y sincero no es ningún pasatiempo, sino que es tan serio como la tumba, o como cualquier otra parte del discurrir humano, y hace falta un prolongado periodo de prueba antes de emprenderlo».[49] No debe ser concebido, por tanto, como una manera de ganarse la vida, aunque él reconozca en la página anterior que en alguna ocasión hizo algún trabajo de hojalatería o de reparación de relojes y que es compatible viajar rápidamente y ganarse la vida a la vez por el camino.

Por supuesto, no está hablando del que viaja sentado, de forma sedentaria, sino, «antes bien, de aquellos para los que viajar significa vida para las piernas y, en última instancia, también muerte. El viajero tiene que renacer en el camino, y ganarse el pasaporte de los elementos, que son los principales poderes que existen para él». Thoreau, desgraciadamente, no disfrutará de un renacimiento en su salud tras aquella última jornada de relativa buena salud, en diciembre de 1860, en la que, contando los anillos de un árbol, contrajo una bronquitis; como si, investigando la datación para conocer la edad de la madera, estuviera consultando el tiempo que le quedaría de estar vivo.

El enfermo Thoreau se verá obligado a interiorizar, aunque sin conseguirlo, lo que estaba explicando sobre el viajero en *Musketaquid*: que sus llagas se hagan más profundas hasta curarse, que se siga curtiendo empleando las plantas de los pies sin tregua y que el cansancio sea su almohada cada noche. Su pasaporte, empero, ha caducado; los elementos ya no le acompañan, el poder de la vida se apaga. Estando moribundo en la cama, la naturaleza, el mundo exterior, tendrán que visitarle a él, que aún viajaba sin moverse de su sitio, recordando el barco con su hermano por el río, la vida entre los alces, el trato con los indios: «Para que las montañas se desplacen, viva en casa como un viajero. No debería ser en vano que se nos muestren todas esas cosas día tras día. Cada hoja marchita que veo en mis paseos, ¿acaso no he viajado precisamente para encontrarla? Viajado… ¿quién puede saber hasta dónde? ¡Qué locos están quienes piensan que su El Dorado se encuentra en cualquier parte excepto allí donde viven!»,[50] le escribe a Blake once meses antes de arrodillarse en la nieve a contar el tiempo en el tronco de un nogal, a descontarse el suyo.

El viajero Henry David Thoreau descansaría entre las hojas marchitas que tanto amó, a tenor de la Loma de los Autores en Sleepy Hollow en la que reposa una tumba donde sólo pone «Henry». En su funeral, celebrado el 9 de mayo de 1862, en la First Parish Church, como organizó Emerson —«Aunque hubo quien recordó que Thoreau se había borrado hace años del censo eclesiástico», como apunta Casado da Rocha—,[51] se leerían fragmentos de la obra del propio Henry, al parecer seleccionados por Alcott, y se cantaría un himno compuesto por Channing para la ocasión. Del panegírico que pronunció Emerson se suele destacar las siguiente palabras: «El país no sabe todavía, ni en lo más mínimo, qué grande es el hijo que ha perdido». Pero el texto que leyó era tan largo, en verdad un perfecto resumen de toda la andadura de su amigo, una minibiografía perfectamente preparada que dejaba para el final una serie de veintidós sentencias llamativas,

que no está de más recuperar algo más de ello. Por ejemplo, que «era un orador y actor nato, y por esa razón siempre se estaba metiendo en situaciones dramáticas»; que su dedicación a una vida de estudio y trabajo en la casa de Walden Pond «lo define perfectamente» y que «tan pronto como hubo agotado las ventajas de la soledad, la abandonó»; que fueron los amigos los que fueron pagando el impuesto por el que desobedeció y lo metieron en la cárcel; que «ni la oposición ni el ridículo tenían influencia alguna sobre él»; que una vez en que le negaron la retirada de algunos libros en la biblioteca de la universidad porque el préstamo se limitaba a graduados residentes y alumnos clérigos, se dirigió al decano y le convenció de poder llevárselos con el argumento de que «el ferrocarril había destruido la vieja escala de distancias; que, bajo los términos de sus reglas, la biblioteca y hasta el decano y la facultad eran perfectamente inútiles; que el único beneficio que le debía a la facultad era su biblioteca» y que, al necesitar gran cantidad de libros, él, «y no el bibliotecario, era su mejor custodio»; que, en otra frase que ha sido ampliamente destacada de Emerson, por su rechazo a lo inglés y lo europeo en general por estar estas sociedades demasiado asentadas en civilizaciones anteriores, prefiriendo por tanto mirar hacia Oregón que a Londres, «no ha existido nadie más auténticamente americano que Thoreau».[52]

El resto de su obra inédita, como esos epigramas ingeniosos que Emerson publicaría enseguida en *Atlantic Monthly*, en agosto de 1862, a lo que se añadirían, también con su labor de editor pero con las correcciones de Sophia Thoreau, algunas de las cartas y poemas de Henry hasta conformar el libro *Cartas a varias personas*, en 1865…; todos esos libros que se habían quedado a la espera de un destino similar al de *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* y *Walden*, irían viendo la luz muy pronto. Primero sus escritos caminantes, viajeros, en los años sesenta: *Excursions*, *The Maine Woods*, *Cape Cod*, *A Yankee in Canada, with Anti-Slavery and Reform Papers*, y en los ochenta, otras recopilaciones de sus diarios hechas por Blake y que nos evocarían el paso de las estaciones de aquel textito escolar de un Thoreau de poco más de diez años: *Early Spring in Massachusetts*, *Summer*, *Winter*, *Autumn*.

Una oportunidad, en esos primeros años póstumos, tanto para los que habían sobrevivido y conocido a Thoreau como para los nuevos lectores, de asentir con la última frase del elogio fúnebre emersoniano: «Dondequiera que haya conocimiento, dondequiera que haya virtud, dondequiera que haya belleza, encontrará un hogar». Y para, asimismo, continuando aún el rastro del impacto de la desaparición de su amigo en el sabio —mejor sería decir el *otro* sabio— de Concord, darnos cuenta de la vida que vence la muerte en los instantes en que, poco después del entierro, escriba: «Henry T. sigue en pie, sereno, autosuficiente, ante mí, y lo leo no sólo realmente en su diario, sino que además no tardo en pensar en él cuando paseo o, como hoy, remo en el lago».[53] O como sucede en nuestro hoy, cuando leerle significa la resurrección de sus caminatas, de su vida deliberada en Walden Pond, frente a una naturaleza que, a cada paso de página, después de más de un centenar y medio de años desde su fallecimiento, le renueva el pasaporte para seguir viajando con la brisa que levanta las hojas que le rodean,

por siempre libres.

Epílogo: Vivir y no sólo existir

Uno ya no recuerda qué escribió en el libro de visitas dispuesto sobre un pupitre verde en la cabaña reconstruida de Walden Pond. Ni tampoco más tarde, entre las piedras acumuladas en las que la gente intercala mensajes para Thoreau. Pero podría haberle dado la vuelta a esta frase escrita en su primer libro: «La propia fama no es más que un epitafio: igual de tardío, igual de falso, igual de cierto»,[1] y decirle que la suya no es una fama cualquiera y desdeñable, como la de tantos y tantos escritores ya considerados clásicos a los que se etiqueta de importantes pero a los que apenas se lee o su obra ya no tiene mensajes para nosotros y en efecto puede asociárseles esa palabra sepulcral, aunque tengan una presencia bibliográfica permanente. Muy al contrario, afirmaríamos que la fama de Thoreau ha sido útil, pragmática, que el triunfo de sus principios pudo, puede y podrá inspirar a muchos otros, y qué mejor legado, tan ligado a cada presente, puede haber que ése.

Útil fuiste, debería haber puesto en la hojita de papel antes de meterla entre dos piedras, un día de abril de 1903 para Tolstói, que anotó en su diario que llevaba enfermo tres días, por culpa de un catarro, y que hacía mucho tiempo que no escribía, apuntando al fin: «Y hoy, débil como estoy, leí a Thoreau: me reanimó espiritualmente».[2] El libro que tenía entre manos era *La filosofía de la vida natural* (Moscú, 1903), un buen título para esencializar la postura de Thoreau, el no filósofo que hizo de su vida en la naturaleza su filosofía de vida, su búsqueda del aprendizaje de la verdad.

*

Una vida que, como escribirá Emerson en el último capítulo, titulado significativamente «Ilusiones», de *La conducta de la vida*, antes que un conjunto de reglas aplicables, constituye una celebración y a la vez «una sucesión de lecciones que deben ser vividas para ser comprendidas. Todo es un acertijo y la clave de un acertijo es otro acertijo».[3] Thoreau encarna eso mismo: la asimilación de lo verdadero mediante la experiencia, la apertura mental y espiritual a esa concatenación de enigmas que el día a día nos regala, y la idealista ilusión de que lo que damos por sentado —los gobiernos, las religiones, las costumbres sociales — pueden ser algo diametral o parcialmente opuesto, en todo caso más sincero, honesto y austero, y al mismo tiempo, o como consecuencia de ello, más justo y trascendente.

Ya vimos la muy negativa percepción que Thoreau tenía de los museos, del

hecho de ver miles de objetos particulares que tan poco significa en comparación «con contemplar la superficie de un astro, la materia pura en su origen», como señala en *Los bosques de Maine*. Mirar hacia arriba, en armonía con las leyes eternas del universo, es mirar hacia dentro hasta incluso diluirse carnalmente, espiritualizándose frente al gran acertijo de ser, estar, existir: «Me quedo observando con asombro mi propio cuerpo: esa materia que me contiene y se ha vuelto tan ajena a mí. No temo a los espíritus, los fantasmas de los cuales soy uno —eso podría pasarle a mi cuerpo—, pero temo a los cuerpos, me hace temblar el encontrarme con ellos. ¿Quién es ese titán que me posee? ¡Menudo misterio!». La única respuesta, entonces, está en la vida real, que sólo puede ser una: «¡Piénsese en nuestra existencia en la naturaleza —ser diariamente testigo de la materia, entrar en contacto con ella—, las rocas, los árboles, el viento en nuestras mejillas! ¡La sólida tierra! ¡El mundo real! ¡El sentido común! ¡Contacto! ¡Contacto! ¡Contacto! ¿Quiénes somos? ¿Dónde estamos?».[4]

Uno de los que supieron muy bien *quién* era y *dónde* estuvo Thoreau fue Henry Miller, el compatriota que fue censurado años y años por el contenido sensualista de sus obras, por querer destapar una sociedad puritana e hipócrita en lo social que, en muchos sentidos, no había cambiado en nada, o incluso empeorado por no haber aprendido del pasado, a la del siglo anterior.

Quién: uno de los seres humanos de la media docena que, en toda la historia de Estados Unidos, tenían relevancia para él, «una clase de persona que, lamentablemente, hemos cesado de producir», tal como escribió en el prefacio a una edición que, con el título de *Life without Principles*, recogía tres ensayos de Thoreau en 1946, es decir, al poco de acabar la Segunda Guerra Mundial y ya dejándose notar el caldo de cultivo que iba a llevar a la «caza de brujas» de 1950 instigada por la Comisión de Actividades Antiamericanas y el senador Joseph McCarthy para perseguir, de entre la masa de intelectuales y cineastas, aquellos sospechosos de simpatías o afiliaciones izquierdistas. Pero también es el tiempo en que Miller regresa a su país después de vivir en París diez años y emprende un viaje en coche para recorrerlo, comprobando —menos en algunos estados sureños en los que la sencillez sí parece una realidad cotidiana— lo que Thoreau había denunciado cien años antes: el hombre sigue de espaldas a la naturaleza, la democracia y la libertad son una entelequia, la ambición económica ha embrutecido la vida y el trabajador es explotado de maneras mecánicas diferentes pero con igual o más flagrante agresividad, por no hablar de los valores de la educación, que brillan por su ausencia. El viaje dará como resultado *Una pesadilla con aire acondicionado* (1945), una serie de veinte textos en los que Miller tan pronto critica el gusto arquitectónico de algunas ciudades como reflexiona sobre la creatividad: «Un artista es fundamentalmente alguien que tiene fe en sí mismo. No responde a estímulos normales; no es un esclavo ni un parásito. Vive para expresarse y al hacerlo enriquece el mundo».[5] Puro pensamiento *à la* Thoreau.

Sin duda, por ser aquel un periodo de extraordinaria agitación política y belicista, por ser otro autor antisistema, *underground*, comoquiera que se le diga a los que no se doblegan ante el poder o la imposición intolerante de determinadas

costumbres o leyes, Miller afirma en el citado prefacio que Thoreau es —aquí él recogería el guante del elogio fúnebre de Emerson— «un verdadero representante de Estados Unidos» pero «en modo alguno no es un demócrata, en el sentido en el que damos a esta palabra actualmente. Es lo que [D. H.] Lawrence llamaría "un aristócrata del espíritu", es decir, la cosa menos común del mundo: un individuo. Está más próximo a un anarquista que a un demócrata, un socialista o un comunista».[6] Hasta aquí el quién.

Dónde. Pues en la nación en que se atrevió a desobedecer y desafiar al Estado, algo sólo comparable en el mundo contemporáneo con la postura de Gandhi, apunta; en la misma nación en que un hombre que se atreviera a imitar su comportamiento «respecto de cualquier asunto decisivo del momento actual sería enviado sin lugar a dudas a la cárcel de por vida. Además, no habría nadie para defenderlo… como Thoreau defendió en cierta ocasión el nombre y la reputación de John Brown». Son los mismos Estados Unidos, con la diferencia de que algunos, pisando la misma tierra, tuvieron la valentía de elegir el camino difícil: «Thoreau, Whitman, Emerson: esos hombres han quedado vindicados. En la oscuridad de los acontecimientos actuales, esos nombres sobresalen como faros. Hacemos de boquilla homenajes elocuentes a su memoria, pero seguimos desatendiendo su sabiduría». El victimismo y la indolencia se han apoderado de la gente, que sigue inmóvil atrapada en un pasado que se mira «con nostalgia y pesar. Ahora es demasiado tarde para cambiar, según creemos, pero no lo es. Como individuos, como *hombres*, nunca es demasiado tarde para cambiar. Eso es precisamente lo que esos sólidos antepasados nuestros estuvieron subrayando durante toda su vida».[7] ¿El país sabrá algún día, aunque sea en lo más mínimo, qué grande es el hijo que perdió?

Según su diario de 1856, en la entrada en la que se refería al modo en que sus vecinos le miraban con compasión al entregarse a la vida natural, así como a su entrega a la escritura sin que hubiera un tema trivial para él, decía que al lector le interesa «la profundidad e intensidad de la vida excitada».[8] Sin embargo, habrá que preguntarse si hay lectores suficientes, y si realmente *leen*, o si eligen bien lo que leen, si leen deliberadamente como hay que leer al propio Thoreau para que su pensamiento penetre en ellos y salga traducido en su mirada actual de las cosas.

Machado, al final de sus palabras sobre *Walden*, y en nombre de la revista *Renacimiento*, al hilo de lo que proclamaba el escritor de Concord, decía que «dentro de toda vida completa está muy en su punto la lectura, y aun la interpretación de cuanto papel impreso y manuscrito —incluyendo en éste las cartas de amor— corre por el mundo; pero quiere que libros y cartas se lean, si es posible, al aire libre, porque el polvillo de las bibliotecas suele apolillar los corazones».[9] No es, desde luego, mal consejo hablando de alguien cuya obra, la mayoría de la cual estuvo inspirada en y por la naturaleza, puede interpretarse ahora como una recomendación constante sobre qué y cómo y para qué ser.

En otro momento del diario, en 1861, recalcará lo que cinco años atrás decía sobre que cualquier asunto es bueno para escribir sobre él, pues «el tema no es nada, hombres necios, la vida lo es todo», y pondrá de nuevo el acento en que, allá donde vivan los hombres, tendrá que haber una historia que merezca ser contada; «que sea o no interesante depende principalmente del narrador o del historiador».[10] En cierta forma, él mismo, sin ser novelista, *narra* una historia que es, con el empleo de un enfoque a la manera de Montaigne, autobiográfico pero no tan impudoroso como el creador del género ensayístico, ya sea en tránsito en pleno viaje o radicado en su hogar familiar —y por medio de textos en los que se despliega un único tema que los atraviesa y acaba por engarzarlos: Henry David Thoreau—, la que componen sus sentidos frente a la vida y que sólo tiene una cronología: el estricto presente.

Cada individuo, en realidad, es el poeta de su vida, como deseaba Emerson —«El poeta escribe la historia de su cuerpo», dice Thoreau en septiembre de 1851 —,[11] de modo que tiene sentido que uno se explique qué tipo de actividad puede elegir, evitando dejarse llevar por la inercia de la masa y seguir, pues, un camino personal, consciente de sí: «No leas ningún libro, ni des ningún paseo, ni te lances a ninguna empresa cuya descripción no puedas soportar contarte a ti mismo. Vive así deliberadamente la mayor parte del tiempo», se ha recomendado en su cuaderno cinco semanas antes. Lo esencial en todo esto, de la voluntad para saber lo que se quiere y llevarlo a cabo con todas sus consecuencias, es «que amemos lo que hacemos, que lo hagamos de corazón».[12] Sin miedo, además y por encima de cualquier consideración, a la falta de recursos económicos o a la soledad.

Éstas no son tanto una realidad como una percepción que puede ser modificada si se adopta la adecuada perspectiva. En la «Conclusión» de *Walden*, Thoreau aconseja: «Cultivad la pobreza como un jardín de hierbas aromáticas, como la salvia. No debe preocuparos lograr más cosas, sean vestidos o amigos. Dad la vuelta a los viejos; volved a ellos. Las cosas no cambian; cambiamos nosotros. Vended vuestras ropas y conservad vuestros pensamientos. Dios proveerá para que no os falte compañía». Y no puede faltar nunca porque, aunque «estuviera confinado en el rincón de una buhardilla el resto de mi vida, como una araña, el mundo seguiría siendo tan grande mientras tuviera mis pensamientos conmigo».[13]

Más que una aceptación o resignación sin más a una existencia miserable, Thoreau alaba la independencia del pobre, que está muy por encima de los aires de superioridad de aquellos que se creen por encima de la ciudad y buscan su manutención por medios deshonrosos. A sus vecinos les llega a dirigir estas palabras escritas para *Musketaquid*, con un fondo de fraternidad en sus intenciones, ciertamente idealistas, que en posteriores escritos no volverá a aparecer en términos tan suaves y tan cargados de esperanza: «Procuremos aprovecharnos los unos de los otros, seamos cuando menos útiles, si no

admirables, para los demás. Sé que las montañas que nos separan son altas, y que están cubiertas por unas nieves perpetuas, más no desesperemos. Aprovechemos los días serenos de invierno para escalarla».[14] El problema es que Thoreau coronará la montaña, y los demás apenas podrán intentar escalarla.

Es la diferencia entre subirla sólo con el peso de los pensamientos y el amor por lo que uno desea hacer de verdad, sin el lastre de haber adquirido compromisos superfluos, con lo que tiene ello de falta de libertad, y andar con una mochila llena de piedras que, para colmo, se va llenando desde la juventud; una edad que, como explica en *Un yanqui en Canadá*, es la mejor para trazar planes amplios, «porque entonces la tierra es barata, y es más fácil estrechar nuestras miras más tarde». Si los jóvenes se formaran como anchas avenidas y parques, con una amplitud de mente como la ciudad de Washington, «con sus magníficas distancias», estarían preparados «para la vida más gloriosa y llena de éxitos» y se acabarían convirtiendo en «ancianos generosos y liberales».[15] Por todos estos motivos, apunta en el capítulo «Dónde vivía y para qué» de su libro lagunero, «quisiera decir de una vez por todas a mis semejantes: en cuanto os sea posible, vivid libres y sin compromiso. No hay gran diferencia entre verse comprometido por una granja o por la cárcel del condado».[16]

El problema es que en demasiadas ocasiones ese *en cuanto os sea posible* se va dilatando, postergando tanto que jamás se pondrá a prueba. Lo único, qué difícil sin embargo, sería tener el sosiego suficiente para darse cuenta y modificar el timón de un barco cuyo buen gobierno depende de cómo analicemos el entorno, la profundidad y el horizonte que vemos: «Detrás de los negocios y el trajín de todos los hombres debería haber un cierto grado de serenidad y un tiempo para la labor imperturbable, de la misma manera que en el arrecife que rodea una isla coralina siempre hay una zona de aguas tranquilas, donde se van acumulando los depósitos que acaban elevándose sobre la superficie».[17] Diestros o torpes con los remos o las velas, hay en todo caso que buscar el lugar intermedio que nos aleje de orillas donde quedar embarrancados, y así no nos alcanzará ningún daño, diríamos parafraseando un epigrama de una entrada del diario de 1840 —en el que aconseja no quedarse cerca de una pared para no verse emparedado— y en que destaca también este otro consejo: «Con la tolerancia quizá escapes del sufrimiento»,[18] tan simple como productivo a efectos de moverse en sociedad y no salir emocionalmente malparados.

A esa travesía equilibrada, pese a maniobrar bien la voluntad de lo que se pretende, indudablemente, le pueden asaltar momentos tanto de éxtasis como de abatimiento. Ello no impedirá desarrollar el objetivo de «esforzarse por realizar alguna obra que sirva de testimonio, tal como la carne y los huesos dan testimonio de él [el hombre]»,[19] tal y como le recomienda a Blake en 1853, en una carta breve donde un Thoreau sabiamente disperso habla de un pintor del que cabe sentir la satisfacción por que hubiera vivido, a pesar de estar ya muerto —suicida, para más señas; es el artista inglés Benjamin Robert Haydon, especialista en cuadros históricos de excesivo tamaño para que fuera comercial, lo que unido a su agrio carácter con la clientela, le llevaría a la ruina y a la cárcel por deudas tras un inicio

muy prometedor—, de los brahmanes y su capacidad para la abstracción, de otra referencia oriental a partir de las memorias viajeras de un gran arqueólogo, de las «instituciones podridas», de ir en contra de la Iglesia y el Estado…

El cóctel de asuntos que se diseminan en tan sólo dos páginas da para que a su amigo le escriba algo que tiene que ver con mantenerse en un territorio neutral, en que las paredes u orillas de los triunfos y los sinsabores queden bien lejos, relativizándose. Así las cosas: «Convierta su fracaso en tragedia por la seriedad y la firmeza de su intento, y de esa forma no se diferenciará del éxito. Demuestre que se trata del destino inevitable de los mortales —de un solo mortal—, si es capaz». Al fin y al cabo, como le dirá siete años después: «Lo principal, lo único que crea el hombre, es su condición de destino».[20] Labrarlo es el oficio de cada cual, además teniendo presente que el hombre necesita el tónico de lo salvaje, que todas las cosas sean misteriosas e inexploradas, como la tierra y el mar insondables —dice en la «Primavera» de *Walden*—, dejando de lado, definitivamente, adjetivos tan poco útiles y tan subjetivos como exitoso o fracasado, que no tendrían la misma significación en boca de Thoreau que en la mayoría de habitantes de Concord, de Estados Unidos, de América, del mundo entero.

Una vida íntegra

Thoreau, por mucho que confiara en sí mismo y viera el éxito personal donde los demás encontrarían una manera de fracasar, no era tan ingenuo como para no cerciorarse de que, en ese caudal del río en que uno debe mantenerse firme y sin que las voces de los márgenes estropeen las propias convicciones con alguna tentación u obstáculo, hay un componente del instinto humano que tiende a la desesperación o al abandono. En la última carta citada, simplifica la condición humana sobre la base de lo que da en llamar su localización, pues por mucho que el hombre haga o deshaga, «nunca descubre nada, nunca supera nada o deja algo atrás, excepto a sí mismo. No importa lo que diga o haga, apenas habla de sí mismo. Si está enamorado, *ama*; si está en el cielo, se *regocija*; y en el infierno, *sufre*».

Esta simplicidad, lejos de ser un hándicap, constituye una ventaja al aclarar y darles un destino tanto a nuestras pasiones como a las cualidades del intelecto, al facilitar conocernos a nosotros mismos y responder a las intuiciones aunque el entorno no nos comprenda o respalde y hayamos de retarnos con él. Por eso Stevenson habló de que «el verdadero tema de Thoreau fue su intento de superación combinado con una crítica poco amistosa de la vida tal y como se desarrolla en nuestras sociedades».[21] Por eso recomienda a Blake lo que llevaba practicando desde siempre: «Si existe algún experimento que le gustaría llevar a cabo, adelante. No deje espacio para las dudas que no le sean satisfactorias»; lo que era su costumbre: «Recuerde que no tiene por qué comer si no está hambriento. No lea los periódicos»; lo que había que experimentar —sin

desesperación, sin abandonarse en todo caso—, pese a que ello tuviera una parte triste, pues de todo se puede sacar una lección productiva: «No deje pasar ninguna oportunidad de sentirse melancólico». No en vano, empezaba diciéndole que acababa de ir a la playa de Fire Island para recuperar los restos de Margaret Fuller y, como le pidió Emerson, tratar de recuperar el libro en el que ella estaba trabajando en Italia. Es agosto de 1850, una década antes de que Thoreau se negara a medicarse y se afirmara en su vida, en su filosofía natural. «Y en cuanto a la salud, considérese sano», sigue aconsejando a Blake, como él se sentirá cuando contraiga aquel resfriado fuerte pero insista en salir a caminar y, fiel a su espíritu de contradicción, prefiera conocer Minnesota a aceptar la idea de viajar a las Antillas para que mejoraran sus pulmones, como habían hecho dos de los hermanos de Emerson pasando una temporada, concretamente, en Puerto Rico; tal vez como se sentirá, por el mero hecho de estar vivo, hasta que pronuncie *alce*, *indio*, como si pronunciase las palabras que Tolstói pondrá en boca de uno de sus personajes en *Guerra y paz*: mientras hay vida, hay felicidad.

Para rematar su cadena de consejos, Thoreau le decía a su amigo: «No se empeñe en encontrar las cosas tal y como usted cree que son. Haga lo que nadie más puede hacer por usted. No haga otra cosa».[22] Y aquí, el verbo hacer transitivo se convertía en el pronominal hacerse. Pero no en ese *self-made man* tan arraigado en la cultura popular estadounidense, en ambientes empresariales y de ambiciones financieras, desde que hombres surgidos de un seno muy modesto alcanzaron la grandeza máxima, como en el caso siempre puesto como ejemplo de Benjamin Franklin, uno de los considerados Padres Fundadores de Estados Unidos por su participación en el proceso de independencia del país, aparte de un gran benefactor de su sociedad por la invención de artilugios como el pararrayos y otros de uso doméstico.

El hombre hecho a sí mismo, con la revolución industrial y la diversificación y sofisticación de negocios y tecnologías, se fue relacionando cada vez más con el mundo del éxito, es decir, con alcanzar mucho dinero y por tanto reconocimiento social justamente por haberlo conseguido sin pertenecer a una cuna acomodada y después de esforzarse sin tregua. Pero habría que recuperar la otra dimensión del concepto, la original, con el representativo caso del político y científico de Filadelfia que, además de ser presidente desde 1787 de la Sociedad para Promover la Abolición de la Esclavitud, tuvo una idea a los veinte años que en el presente libro viene a colación y que explica en su autobiografía; ésta es la de cultivar su propio carácter por medio de un plan de trece virtudes que desarrollaría durante el resto de su vida: la templanza, el silencio, el orden, la determinación, la frugalidad, la diligencia, la sinceridad, la justicia, la moderación, la limpieza, la tranquilidad, la castidad y la humildad.

Mucho se ha escrito vinculando el pensamiento de Franklin con el de Thoreau, proponiéndoseles como dos grandes renovadores morales, uno desde el automejoramiento partiendo del trabajo duro, el otro desde el automejoramiento partiendo del trabajo de estar ocioso. A grandes rasgos, esas trece virtudes podrían aparecer sin extrañarnos en algún punto del diario de Thoreau, que tampoco

comía por comer, que no hablaba por hablar, que esperaba el momento adecuado para cada cosa, que realizaba sin rodeos lo que había resuelto hacer, que no gastaba salvo lo indispensable, que no perdía tiempo en inutilidades, que no engañaba, que era justo, que idolatraba el espíritu casto y respetuoso, que defendía la bondad y humildad del evangelio de Jesús tanto como la del pensamiento socrático.

Ambos hicieron lo que tenían que hacer. No hicieron otra cosa, por más extremadamente diferentes que fueran sus trayectorias, como si, conscientes de la sustancia ética que no puede faltar jamás en la materia de la que estaban hechos, les uniera lo que Emerson dijo en su ensayo «La compensación», en cuanto a que el bien y el mal son sólo conceptos que transferimos a esto o aquello con facilidad. De tal modo que hay que quedarse con la idea simple de que lo único bueno es lo que prolonga la naturaleza propia, y lo único malo es lo que va en contra de ella.

Esa ética para la cotidianidad que sirvió a los trascendentalistas para hacerse a ellos mismos, y que tenía algunos antecedentes históricos ya en el siglo anterior como Franklin, o coetáneos abolicionistas y pacifistas que consagraron su existencia a luchar por la libertad y la dignidad humanas, contrasta con la visión que Thoreau tendrá de sus conciudadanos y que queda encapsulada en una frase de la parte final de *Walden*: «No hay uno solo de mis lectores que haya vivido una vida humana en su integridad».[23] ¿No serviría su mensaje entonces, en conferencias, artículos, ya no digamos en su primer y *fracasado* libro? ¿Serviría, una vez publicado este libro, para coadyuvar a que la gente se preguntara si un talante íntegro comandaba realmente sus años y, si no era así, darle un giro al contenido de sus quehaceres?

Virginia Woolf tiene sus recelos a este respecto por cuanto ve en Thoreau a «un hombre que trata de comunicar, pero que no puede. Tiene los ojos o en el suelo o en el horizonte. Nunca nos habla directamente; habla en parte para sí, en parte para algo místico, que no alcanzamos a ver nosotros». La autora londinense califica sus libros —para ella, todos son diarios— de «nobles y poderosos, en los que todas las palabras destilan sinceridad», pero a la vez se queda «con una extraña sensación de distancia». La distancia que impone el escritor preocupado por la sociedad pero reacio a ella, el que teoriza hermosamente sobre el amor pero probablemente murió sin haberlo apenas conocido o recibido, el que se instaló en una casa en medio de una arboleda para experimentar a solas la vida integral pero disfrutaba de visitantes y de invitaciones a cenas a un tiro de piedra en su venerado Concord. Así, «con todo, este egoísta fue el hombre que dio cobijo en su cabaña a los esclavos huidos; este ermitaño fue el primer hombre que habló en público en defensa de John Brown; este solitario egocéntrico no pudo ni dormir sólo de pensar que Brown se encontraba en la cárcel». Ciertamente, la carga de todo el escepticismo social, la aparente misoginia, la supuesta misantropía, el rechazo institucional se diluyen pensando en lo que le movió hacia ciertos comportamientos e ideas: «La verdad es que todo el que reflexione tanto y con tanta hondura como Thoreau acerca de la vida y la conducta se halla poseído por un anormal sentido de la responsabilidad para con los suyos, tanto si opta por vivir

en un bosque como si llega a ser presidente de la República».[24]

Se suele sostener que para ser universal hay que empezar siendo local. Es de esta manera en que hay que ver el microcosmos llamado Thoreau, como en su día el de Montaigne, descubriéndose solamente a sí mismo. La expresión de la responsabilidad para con los demás comienza en su pueblo y acaba en el pueblo más lejano, pues la capacidad de aspirar a la verdad, a la integridad, no entiende de tiempos ni espacios, ni pertenece a personas determinadas en función de su procedencia, raza o credo: «Todas las naciones, judíos, cristianos y mahometanos, adoran las mismas gestas y las mismas historias, y basta con traducirlas para satisfacerlos a todos. Cada hombre es un niño y todos pertenecen a una única familia. El mismo cuento los manda a todos a la cama y los despierta por las mañanas», dice en el segundo día en el trayecto con John en el río, y en el cuarto, casi ciento cincuenta páginas después, hablando de unas gentes a las que ve dedicándose al campo y al pastoreo satisfecha con lo que el destino les ha concedido generación tras generación, retoma el asunto hablando de cómo «de similares son las vidas de los hombres en todas las naciones, cargadas de las mismas y ordinarias experiencias. Una mitad del mundo *sabe* cómo vive la otra mitad».[25] No hace falta viajar, como les ocurre a esos apacibles individuos de Nueva Inglaterra enfrascados en su día a día agrícola, concluye, para tener el esplendor de la sabiduría de un Salomón.

Escribe Miller, para referirse a que la influencia de Thoreau seguía vigente y activa a mediados del siglo XX, que la verdad y la sabiduría no admiten dudas ni disputas y que, tarde o temprano, prevalecen. Ahora, en el XXI, podemos seguir comprobando que «toda su vida fue un testimonio de una evidencia que los hombres pasan por alto constantemente: la de que para sostener la vida se necesita menos que más, para proteger la vida necesitamos valor e integridad, no armas ni coaliciones. En todo lo que dijo e hizo estaba absolutamente alejado el hombre de hoy».[26] Un *hoy*, escrito hace tantas décadas no obstante, cuyas veinticuatro horas se extienden, podría decirse, a este preciso instante.

Y es que no existe mucha diferencia entre el momento en que Thoreau ataca a los poderosos de su tiempo, el momento en que Miller se defiende de los que quieren restringirle su libertad de expresión y labor creativa, y nuestra actualidad. Ese arpón con tres puntas de hierro se clava en la gran ballena blanca del sistema político, y el cazador ha de ser el ciudadano, que «tiene en todas partes un código ético muy superior al del Gobierno al que debe lealtad. Se ha demostrado mil veces la falsedad de que el Estado existe para protegernos. Sin embargo, mientras los hombres carezcan de seguridad en sí mismos y sigan sin emanciparse, el Estado prosperará; para su existencia, depende del temor y la incertidumbre de sus miembros individuales». Thoreau, indiferente a todo lo que no fuera responder a sus convicciones, independiente de todo miedo a la jerarquía que imponen las civilizaciones, evitó traslucir nunca la más pequeña inquietud frente a un cetáceo compuesto de partidos políticos, leyes, ejércitos o alcaldes que podrían encarcelarlo en su estómago mil veces aunque no pudieran aprisionar sus opiniones. Él no era de este mundo, en cierta medida, ni podría ser del que acababa

de padecer una segunda contienda mundial y la invención de la bomba atómica, ni siquiera del nuestro: «No se perdió nada al no mezclarse con la multitud, al no devorar los periódicos, al no disfrutar de la radio y las películas, al carecer de un automóvil, un refrigerador, un aspirador. No sólo no se perdió nada por la falta de esas cosas, sino que, además, se enriqueció de un modo que supera con mucho la capacidad del hombre de hoy, que está saturado con esas dudosas comodidades y servicios».[27]

Este *no ser* de ninguna época y estar imbricado fuertemente en la que le tocó conocer, tan sumamente traumática por la guerra y la esclavitud, este *estar* eternamente en los libros y en la acción actual de movimientos sociales o andariegos, este *ser* llamado David Henry que se cuestionó tanto lo que le venía impuesto que hasta le dio la vuelta a su nombre, buscando subirse al árbol, a la cumbre desde la que descubrir una nueva forma de mirar las cosas, puede ser «un buen compañero para las jóvenes generaciones», por decirlo con una expresión de Woolf. Muy pocos como él, en efecto, tuvieron tales «ideales de pasión y de servicio».[28] Su capacidad de entrega hacia sí mismo, su soledad escrita y su aversión por lo que le rodeaba cuando no se encontraba en la naturaleza fue su más generoso cultivo por la razón de que los demás, a la vez, pudieron recoger una influencia que ha recorrido todas las estaciones de la historia pero siempre se ha mantenido primaveral. El secreto de ello reside, a juicio de Miller, en haber sido un hombre de principios, la clase más elevada que puede producir una sociedad, que llevó a la par pensamiento y conducta, que *vivió* y no sólo *existió*, como hace la mayoría de la gente.

Como tenemos precisamente la oportunidad de dejar de hacer nosotros si, tras cerrar este libro, vamos a la busca —en caso de no haber disfrutado aún de tamaña iluminación— de aprender los *hechos esenciales de la vida*. En cierto lugar o de alguna manera, quizá enfrente aunque nuestros sentidos no los capten, rebuscando en el propio interior o en uno de los caminos que tomamos para pasear, nos estarán esperando para trascendernos; para evitar que nos digamos, en el momento en que nos llegue la hora de morir, como consiguió evitar decirse Henry David Thoreau, que no hemos vivido.

Agradecimientos y milagros

Puedo evocar el instante en que alguien me citó a Thoreau por vez primera, por más que lo conociera referencialmente aunque, eso sí, sin ni siquiera haberlo leído en propiedad: fue uno de sus máximos admiradores, Paul Auster. Le estaba entrevistando por teléfono desde la redacción barcelonesa del periódico *La Razón*, en septiembre del año 2004, a propósito de su novela *La noche del oráculo*, cuando mucho me temo que recurrí a ese tipo de preguntas tan socorridas como… *y hablando de influencias literarias, ¿cuáles serían las suyas?* Entonces contestó Auster: «Muchas. Diría que escritores americanos como Hawthorne, Thoreau, Melville; también los rusos, que fueron muy importantes para mí en mi juventud, como Tolstói y Dostoievski, y otros viejos novelistas como Dickens».

En honor a la verdad, he de decir que el escritor de Nueva Jersey, en un momento dado, tuvo la gentileza de aludir al *mi español no es mejor que tu inglés* o algo así para no hacerme sentir mal ante alguna contestación que no había entendido del todo, pero de lo que no me cabe duda es que pasó mucho rato, incluso cuando ya estaba trabajando en la transcripción de la entrevista en mi casa, tirando adelante y atrás la grabación, hasta que llegué a entender que aquel *zorou* era Thoreau, casi con la misma dificultad que comprendí, en otra respuesta, lo que significaba «Celan's poetry», hasta que una bombilla se me encendió y capté la referencia a la poesía del autor francés.

Thoreau es un apellido de ascendencia francesa, si bien también se ha apuntado que tiene raíces nórdicas que lo emparentarían, siguiendo al Bronson Alcott de *Concord Days* (Boston, 1872), como una suerte de Thor en cuanto a considerarlo como el nativo americano por excelencia, nada menos. Una exageración mitológica que sin embargo refuerza Robert D. Richardson en su biografía de Thoreau *A Life of the Mind* (1988, pág. 28), hablando de que Thoreau, justamente debido a sus antecedentes franceses y escoceses, «sintió parentesco desde el principio, una relación familiar, por así decirlo, con las lenguas germánicas o del norte, sus mitologías y literaturas» —recordemos sus estudios de alemán cuando era joven—, como si entroncasen con su propio nombre; éste siempre le pareció, afirma el biógrafo, una extensión del nombre de Thor, el dios del trueno cuya área de influencia iría desde el clima y las cosechas hasta aspectos relacionados con la justicia; por lo tanto, un dominador de la naturaleza y un protector de lo que es justo. Es decir, *Thor-eau* en estado puro, o «el agua de Thor», si quisiéramos continuar jugando con la lengua francesa y, rebautizando simbólicamente a nuestro escritor, ponerle en sus manos un martillo inofensivo, líquido, con el que asestó tantos golpes dialécticos a la sociedad que lo vio nacer y morir.

En cualquier caso, escuché en muchas ocasiones *in situ* la palabra Thoreau —Casado da Rocha dice que «se pronuncia en Concord casi igual que *thorough*»— cuando, en agosto de 2011, hice uno de esos viajes que a uno le cambian la vida

porque de ellos surgen nuevos caminos, en mi caso naturalmente de tinte literario. Mi mujer me estaba llevando a los lugares donde había realizado sus estudios universitarios en el tiempo del salto de siglo, más o menos: las cercanías de Filadelfia y la ciudad de Cambridge. De modo que mi primer agradecimiento es para Rita, con la que visité las universidades de Villanova, en Pensilvania, y Harvard, en Massachusetts. Y mi segundo gracias es para nuestros amigos Loida y Gonzalo, que nos acogieron en su casa de Lexington, a sólo un rato de Boston y Concord en coche y nos llevaron, con tanta presteza y alegría como generosidad, a todos los sitios que he mencionado más la ciudad de Nueva York.

En *La pasión incontenible. Éxito y rabia en la narrativa norteamericana* (2013), ya conté parte de aquel viaje en un prólogo en el que no pude evitar referirme al día en que visitamos Concord y me sentí conectado con Thoreau. A primera hora, estaba tomándome un café retomando mi lectura de *Walden* donde la había dejado el día antes. Mi ejemplar era una edición crítica de trescientas cincuenta páginas que había empezado pocos días atrás en pleno aeropuerto; por mera casualidad, tras la introducción, estaba a la altura del segundo capítulo, «Dónde vivía y para qué». Fue entonces cuando se me presentó, sentado a solas a la mesa de la cocina, el párrafo famoso: «Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente», etcétera; era la misma mañana en que teníamos programado visitar Walden Pond, y al llegar al bosque pude conocer el lugar donde había estado la casa original de Thoreau junto a un cartel de madera donde estaban escritas las mismas palabras tan significativas que acababa de leer en casa de nuestros amigos: «*I went to the woods because I wished to live deliberately*», etcétera. Era una bonita casualidad cuya magia asimilé más adelante, como si Thoreau me ayudara a entender «una vida superior y más etérea», la que une el pasado y el presente «en el cruce de dos eternidades». Y más cuando, tras dejar la laguna y visitar el pueblo, me senté en una silla del estrado de la Concord School of Philosophy, junto a la casa donde vivió Louisa May Alcott, contemplando el espacio donde se evoca a pensadores y escritores ayer tan lejanos y hoy tan cercanos para mí.

Al día siguiente, merced a la compañía de Loida, un bibliotecario de la Andover-Harvard Theological Library puso en mis manos el ejemplar de 1836 de *Naturaleza*, el primer ensayo de Emerson, y me proporcionó un extracto del diario de Theodore Parker. En la entrada correspondiente del 15 de julio de 1838 daba cuenta de su asistencia a la conferencia que dio Emerson desde un atril en el que, más tarde, me coloqué para intentar imaginar qué vio él enfrente cuando dirigió unas polémicas divagaciones en la sala donde, por medio de una placa, se recuerda aquel decisivo día para el pensamiento norteamericano. En ese mismo edificio, visitaría incluso la oficina de mi anfitriona, que, en otra increíble casualidad tan rica para mí, había sido precisamente la habitación del propio Emerson cuando estudió y trabajó allí entre 1817 y 1821, desde que ingresó a los catorce años hasta que se graduó a los dieciocho, etapa en la que ya iba a iniciarse en la escritura de su monumental diario. (Loida me contaría que en ese despacho se veía interrumpida, de vez en cuando, al acudir licenciados y gentes de diferentes edades y nacionalidades a pedir permiso para ver y enseñar dónde vivió Emerson a sus

familiares o amigos, como si fuera parte del *tour* turístico programado en su visita a Boston.)

Consigno estos pormenores viajeros porque el encadenamiento emocional de casualidades tal vez no sea tal, sino el resultado de tener fe, de buscar el trascendentalismo, de alcanzar la seguridad en uno mismo, de abrirnos a los pequeños milagros diarios que nos rodean si estamos dispuestos a descubrirlos, de perseverar en la ruta de los propios principios y esfuerzos, creencias y sueños. ¿Por qué sino entonces yo estaba seguro de que iba a ganar el premio Amado Alonso de Crítica Literaria por *La pasión incontenible*? No era porque creyera seriamente que mi trabajo era mejor que ningún otro, por supuesto, o por un acceso de vanidad tan estúpido como desesperado. Sabía de mi triunfo, como expliqué en el discurso de recogida del galardón en el pueblo navarro de Lerín, el 22 de marzo de 2013, porque mi hija mayor me había puesto una señal definitiva de que iba a ser así: el material para enviar al premio que preparé en casa el otoño anterior incluía, claro está, un sobre grande donde poner lo que se requería para participar; en la copistería a la que había acudido para que me imprimieran y encuadernaran mi texto descubriría entonces, dentro de ese sobre que había cogido por azar en casa de entre otros muchos, algo que había dentro en lo que no había reparado.

Se trataba de un papel pequeño y redondo, un dibujo simple pero muy preciso, como un mapa, las islas de Centroamérica, con lo que además sería el sur de Estados Unidos asomándose en la parte de arriba. Había una flecha, y una palabra escrita. Ponía: «Norteamérica». En ese sobre mi hija mayor, pues reconocí su letra, había dibujado la silueta de esa zona del mundo, quién sabe cuándo —creo que dos casas, dos mudanzas atrás, tal vez hecho en torno a un viaje familiar a Puerto Rico—, y quién sabe por qué la había metido en un sobre grande que aquel día había llevado conmigo a una tienda para el envío de mi libro sobre narradores norteamericanos. En ese instante, me sonreí y supe que una casualidad así no podía ser mera casualidad, sino causalidad, la relación que se establece entre una causa y sus efectos. ¿Cómo mi propia hija me iba a poner una pista falsa? Ella y sus cándidos once años me estaban diciendo: confío en ti, te muestro el camino de lo que te va a suceder. Por eso, cuando llegó el día del fallo del premio y no sabía nada de Navarra durante la mañana, el mediodía, el inicio de la tarde, estuve sufriendo más bien no por ver que mi libro no había tenido la suerte de salir premiado, pues algo así entra dentro de lo probable, desde luego, sino por el hecho de que aquel maravilloso aviso, intensificado por venir de la ternura de una niña, podría ser una burla del destino: que sería efectivamente una casualidad anecdótica y no una profecía, una causalidad, maravillosa. En definitiva, el primer miembro del jurado fue, se llama, Alma, esa palabra a la que los trascendentalistas americanos dan tanto peso y cuyas casas visité en Massachusetts. La palabra que da título a mi blog *Alma en las Palabras*, que llevo adelante desde el año 2009 y que también utilicé para nombrar mi poesía completa en 2015.

No cesaron allí las señales milagrosas, puesto que continuaron como en un

cuento de hadas durante los días de la entrega del premio, extendiendo vínculos familiares de Lerín a América, pero seguir detallándolas dilataría demasiado estas páginas ya de por sí largas y sentimentales que, sobre todo, están pensadas para agradecer a personas y acontecimientos la magia de ser y estar que me ha traído a hacer este libro. Entre ellas, no podía faltar mi hija Nora, extraordinaria lectora al igual que Alma, que me hizo descubrir la curiosa mención que hace Sherlock Holmes a partir de una extraña frase de Thoreau de la que he encontrado un par de interpretaciones diferentes, más los pasajes citados de *Mujercitas* que se tomó la molestia de copiar a mano en un papel en lo que ya es para mí un tesoro documental de parecida dimensión a esa copia manuscrita de Parker sobre Emerson.

Asimismo, desearía expresar la mayor de mis gratitudes a Francisco Martínez Soria, editor de Ariel, por aceptar con agrado mi propuesta de libro y haberme facilitado con ello sumergirme durante estos dos últimos años en las lecturas y relecturas de y sobre Thoreau, así como a diversos estudiosos y traductores a los que admiro como nadie más en este planeta. Quiero citar aquí particularmente a Sarah Bakewell, cuyo libro *Cómo vivir*. *Una vida con Montaigne* me inspiró el enfoque y la intención de *El triunfo de los principios*. *Cómo vivir con Thoreau,* y a un trío al que estaré eternamente en deuda por haber introducido tan sabiamente a Thoreau en lengua española durante los últimos lustros: Antonio Lastra, Javier Alcoriza y Antonio Casado da Rocha. También a Carlos Baker, autor de la más emocionante y amena obra que he tenido la oportunidad de leer en torno a los escritores de Concord en su periodo de esplendor, 1830-1880. Si en mi poder hubiera una máquina del tiempo *self-service* para elegir viajar a un momento particular de la historia de la humanidad, ahora no tengo dudas de que elegiría pisar y respirar ese pueblo de Massachusetts justo en esas décadas, tal es el grado de proximidad y afecto que he ido cultivando por él a lo largo de la confección de este libro. No sé si me haría amigo de Thoreau, pero tal vez, haciéndome el encontradizo en algún punto del campo, o visitándole en la laguna como por azar, o cruzándome con él en plena calle de Concord y saludándolo con alguna excusa peregrina, pudiera vaticinarle, aunque me tomara por loco, o por un fan excéntrico, que doscientos años después de su nacimiento el enigma de su personalidad y todos sus escritos iban a estar más vivos que nunca, que podrían ayudarnos a los seres humanos del siglo XXI a la eterna búsqueda del arte de vivir.

Cronología

1817. Nace el 12 de julio en Concord, Massachusetts, hijo de John Thoreau y Cynthia Dunbar. Será bautizado el 12 de octubre, pero como David Henry (será más adelante cuando decida cambiar el orden de sus nombres, tras graduarse en la universidad).
1818. La familia vive en otra localidad de Massachusetts, Chelmsford.
1819. Nacimiento de su hermana Sophia.
1821. Con cuatro años, Thoreau visita Walden Pond por vez primera. La familia se ha trasladado a Boston.
1823. Los Thoreau-Dunbar vuelven a instalarse en Concord.
1824. El padre de Henry da inicio a su negocio de grafito para fabricar lápices.
1828. Entra en la Concord Academy, donde estará hasta 1833.
1829. Se funda el Liceo de Concord, y Henry participa en algunos debates de su Debating Society.
1830. Louisa, una de las tías de Henry por parte de madre, se va a vivir con la familia.
1833. Ingresa en Harvard College, donde estudiará hasta 1837 alojado en la residencia Hollis.
1835. Tiene una pequeña experiencia como maestro de escuela en la localidad de Canton, en Massachusetts, junto con Orestes Brown, que le enseña alemán.
1836. Acompaña a Nueva York a su padre para ayudarlo a distribuir los lápices que fabrica.
1837. Se gradúa de Harvard College como el decimonoveno de una clase de cuarenta y cuatro estudiantes. Conoce a Emerson, de quien ha leído su *Naturaleza* y, a raíz de una pregunta de éste sobre si está llevando un diario, Thoreau empieza a escribir el suyo propio. Vive una segunda experiencia como maestro en la escuela pública de Concord, aunque, tras negarse a castigar físicamente a los alumnos, dimitirá de su puesto al cabo de dos semanas. Su madre y hermanas participan como miembros fundadores de la Female Anti-Slavery Society. Publica un texto en la sección de obituarios, «Died… Miss Anna Jones», en *The Yeoman's Gazette* (noviembre); es su primera publicación. A comienzos de ese mes, Thoreau había visitado a esta señora en un hospicio de Concord para entrevistarla por ser una de las pocas supervivientes que quedaban de la guerra de Independencia norteamericana, pero ya se encontraba muy grave, y muere el día 12, a los ochenta y seis años.
1838. Refunda la Concord Academy, junto con su hermano John, Jr., tras abrir una escuela privada en su casa. Será un éxito, pero por diversos problemas sólo durará hasta 1841. Viaja por vez primera a Maine y da su primera conferencia, «Society», en el Liceo de Concord.

1839. Realiza una excursión con John a bordo de un barco que construyen ellos mismos, para navegar por los ríos Concord y Merrimack, lo que le dará pie a la escritura de su primer libro, *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*. Los dos conocen a Ellen Sewall, que por entonces tiene diecisiete años.

1840. Publica en la revista del grupo de los trascendentalistas, *The Dial*, el poema «Sympathy» y el ensayo «Aulus Persius Flaccus» (julio). Escribe el ensayo «The Servive», que con metáforas militares aborda cómo ha de ser la mejor conducta en la vida, pero en la revista se lo rechazan y aparecerá póstumamente; su fuente son anotaciones del diario de 1830 y está inspirado en la conferencia de Emerson «Heroism», de 1838, que dio en el Liceo de Concord.

1841. Rechazo de Ellen Sewall a la oferta de matrimonio de ambos hermanos. Se establece en Boston la Brook Farm, una comuna utópica que Thoreau visita una vez y que existirá hasta 1847. Vive en la casa de la familia Emerson.

1842. John Thoreau muere el 11 de enero, después de contraer tétanos mientras se afeitaba. Henry publica «Natural History of Massachusetts» en el número 3 de *The Dial*, en julio. Sube al monte Wachusett, en Massachusetts, junto a Blake y Cholmondeley, el 19 de octubre.

1843. Siguen sus publicaciones tanto en *The Dial* —«Homer, Ossian, Chaucer» (enero), «Dark Ages» (abril), «A Winter Walk» (octubre)— como en otras: «A Walk to Wachusett» (enero), en *The Boston Miscellany*, y «The Landlord» (octubre), en *The United States Magazine and Democratic Review*. A finales del año, conoce a un nuevo vecino de Concord, Nathaniel Hawthorne. De mayo a diciembre es tutor en Staten Island, Nueva York, del hijo de William Emerson, hermano de Ralph Waldo. En noviembre, publica «Paradise (to be) Regained», en *The United States Magazine and Democratic Review*. Pronuncia las conferencias «The Life and Character of Sir Walter Raleigh» y «Ancient Poets» en Concord.

1844. En abril, quema por accidente el bosque de Concord junto a su amigo Edward Hoar. El mismo mes publica «Herald of Freedom» en *The Dial* (a la muerte de la persona a la que va dirigido el artículo, Nathaniel Peabody Rogers, en 1846, se volverá a publicar en el periódico de éste, *Herald of Freedom*). Ayuda a su padre en la fábrica de lápices, y construye una casa con él en la calle Texas de Concord. Hace una excursión al monte Catskill. Pronuncia la conferencia «Conservatives and Reformers» en Boston.

1845. Empieza a construir su cabaña de la laguna en marzo, donde vivirá, desde el 4 de julio de ese año, hasta 1847, exactamente dos años, dos meses y dos días. Colabora en el periódico abolicionista *Liberator* (marzo) con una carta de un lector, «Wendell Phillips before the Concord Lyceum», para comentar la última de las tres conferencias que este intelectual hizo en Concord. Pronuncia la conferencia «Concord River».

1846. En julio se le encarcela por negarse a pagar un impuesto. Mientras vive

en Walden Pond, prepara su libro *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* como homenaje a su hermano difunto. A finales de agosto e inicios de septiembre hace un viaje a Maine con su primo George Thatcher, para subir al monte Katahdin, el más alto del estado. En agosto, la Concord Female Anti-Slavery Society celebra su reunión anual en una arboleda de Walden Pond, con Thoreau como anfitrión y la participación de oradores como Emerson. Pronuncia la conferencia «The Writings and Style of Thomas Carlyle» en el Liceo de Concord.

1847. Publica el ensayo «Thomas Carlyle and His Works», que es lo primero que escribe en su escritorio de Walden Pond, en *Graham's Magazine*; como es bastante largo, aparece en dos números, en marzo y abril. Abandona la laguna para recalar en casa de Emerson mientras éste está de gira de conferencias en Inglaterra; se quedará allí hasta el año siguiente ayudando en tareas caseras y cuidando de la mujer e hijos de su mentor. Por otra parte, se dedica a recolectar especies vegetales para el reconocido naturalista Louis Agassiz. Pronuncia la conferencia «A History of Myself» en el Liceo de Concord.

1848. Siente que puede empezar una carrera como conferenciante profesional. De hecho, a comienzos de año pronuncia dos en el Liceo de Concord para explicar el motivo de su encarcelamiento y que hoy conocemos como «Desobediencia civil». Publica, en los números de julio y agosto de la revista *Sartain's Union Magazine*, el texto «Ktaadn, and the Maine Woods», dividido en cinco partes: «The Wilds of the Penobscot» (julio), «Life in the Wilderness» (agosto), «Boating in the Lakes» (septiembre), «The Ascent of Ktaadn» (octubre) y «The Return Journey» (noviembre). Vuelve a instalarse en la casa familiar.

1849. Se publica, el 30 de mayo, *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* (Boston, editorial James Munroe and Company). Su hermana Helen muere de tuberculosis el 14 de junio. Conoce a uno de sus principales corresponsales de cartas, Harrison G. O. Blake. También publica «Resistance to Civil Government» (después llamado «Civil Disobedience») gracias a Elizabeth Palmer Peabody en mayo, en el único número de la revista *Aesthetic Papers*. Viaja a Cape Cod por primera vez en octubre con Ellery Channing y da conferencias en Salem, Portland y Worcester. En su diario, surgen las primeras páginas que cuestionan su amistad con Emerson.

1850. En junio, viaja por segunda vez a Cape Cod; en julio, a Fire Island, Nueva York, a la busca de los restos de Margaret Fuller, muerta en un naufragio cuando estaba a punto de tocar tierra tras su viaje desde Europa. En agosto, se traslada a la casa de sus padres en la calle mayor de Concord y ocupa una habitación del ático. En septiembre-octubre, pasa una semana en Canadá con Channing y se interesa por la obra del naturalista Alexander von Humboldt. En noviembre, empieza a organizar su diario fechando las entradas en un cambio de proceso de anotaciones que facilita su posterior

trabajo de recuperación de textos para sus nuevos libros, haciendo entradas más extensas. Empieza a leer a Darwin. En diciembre, es elegido miembro de la Boston Society of Natural History.

1851. En enero, empieza una gira de conferencias que le llevará a Clinton, Medford y Worcester. También, en abril, en Concord, pronuncia «Walking, or the Wild». Él y su familia colaboran en el llamado tren subterráneo que ayuda a esclavos a alcanzar Canadá.

1852. Publica en *Sartain's Union Magazine*, en julio, «The Iron Horse», y «A Poet Buying a Farm», en agosto, fragmentos inéditos de *Walden*. Empieza a usar su diario para ampliar el borrador de *Walden*. Convierte su primera estructura, dividida en las estaciones del año, en un libro formado por nueve secciones. Da conferencias en Lincoln, Plymouth y Boston.

1853. Viaja por segunda vez a los bosques de Maine. Publica «An Excursion to Canada», en varias partes, en *Putnam's Monthly*, entre enero y marzo, es decir, lo que será *A Yankee in Canada*, y fragmentos de *Walden*. Su relación con Emerson se va enfriando, como se deduce de los diarios de ambos.

1854. Publica «A Massachusetts Hermit», seis fragmentos tomados de *Walden* como avance de publicación, en *New York Daily Tribune* (29 de marzo) y *Slavery in Massachusetts*, en *The Liberator* (también se publicarán versiones más cortas en *The New York Daily Tribune* y *The National Anti-Slavery Standard*), en julio, un texto que el día 4 de este mismo mes lee frente a un grupo de abolicionistas. El 9 de agosto aparece por fin *Walden; or, Life in the Woods* (Boston, editorial Ticknor and Fields), y Thoreau sólo escribe unas pocas palabras sobre ello en su diario: «Me vine a vivir aquí ayer». Lee «Life without Principle» en Providence, Rhode Island, y da las conferencias «Moonlight» (en Plymouth), «The Wild» (en Filadelfia) y «What Shall It Profit» (en Providence, New Bedford y Nantucket).

1855. Visita por segunda vez Cape Cod y publica al respecto algunos textos en *Putnam's Monthly*, en cuatro números de la revista: «The Shipwreck» (junio), «Stage Coach Views» (junio), «The Plains of Nanset [sic]» (julio) y «The Beach» (agosto). Da una conferencia en Worcester.

1856. Hace breves excursiones a varios lugares de Nueva Inglaterra y Nueva Jersey. Conoce, en Brooklyn, a Walt Whitman, y lee la segunda edición de *Hojas de hierba*. Se traslada a Battleboro para realizar un estudio botánico y sigue trabajando como agrimensor. Da conferencias en Perth Amboy, Filadelfia y Amherst.

1857. Viaja por tercera y última vez a Cape Cod y también visita, por última vez, los bosques de Maine, junto a Edward Hoar y el guía indio Joe Polis. Publica «Chesuncook», pero con cortes de censura. Conoce al militante abolicionista John Brown en Concord. Pronuncia conferencias en Fitchburg y Worcester.

1858. Visita las Montañas Blancas de Nuevo Hampshire y ofrece conferencias sobre sus excursiones en Lynn y Concord. Publica «Chesuncock» en *The Atlantic Monthly*, en tres partes, entre junio y agosto.

1859. El padre, John Thoreau, muere el 3 de febrero, y Henry se hace cargo de la empresa de grafito. En octubre empieza a escribir «Wild Fruits», que ofrecerá como conferencia en Worcester. Da la conferencia, en octubre, «A Plea for Captain John Brown» en Concord.

1860. Realiza una excursion con Channing al monte Monadnock. En septiembre lee la conferencia «The Succession of Forest Trees». Publica «The Last Days of John Brown» (julio, sin título), en *The Liberator*, que se integrará en *A Yankee in Canada, with Anti-Slavery and Reform Papers*, y «A Plea for Captain Brown» y «Martydom of John Brown» (con el título de «Mr. Thoreau's Remarks») en el libro *Echoes of Harpers Ferry*, en edición de James Redpath (Boston, Thayer and Eldridge), en el que también colaboran Emerson, Parker o A. B. Alcott y muchos otros. El 11 de diciembre pronuncia la que será su última conferencia, en Waterbury, «Autumnal Tints», y cae enfermo por un resfriado que se le complica en bronquitis, lo que le obliga a permanecer descansando en casa.

1861. Entre mayo y junio trabaja en «Wild Fruits» y «The Dispersion of Seeds», un estudio pionero de los dinamismos ecológicos de los bosques de Concord y alrededores. Va a Minnesota con Horace Mann, Jr. pero ya estando muy perjudicado de salud.

1862. El 6 de mayo muere en Concord, a los cuarenta y cuatro años, en la casa de su familia, de tuberculosis. El entierro se celebra tras días después, con su ataúd cubierto de flores silvestres. Se publica en *The Atlantic Monthly*: «Walking» (junio), «Autumnal Tints» (octubre) y «Wild Apples» (noviembre).

1863. Se publica, en edición de sus albaceas literarios, Sophia Thoreau y Ellery Channing, *Excursions* (Boston, Ticknor and Fields), y en *The Atlantic Monthly*, aparecen «Life without Principle» (octubre) y «Night and Moonlight» (noviembre).

1864. Se publica *The Maine Woods* (Boston, Ticknor and Fields) y los ensayos «The Wellfleet Oysterman» (octubre) y «The Highland Light» (diciembre), en *The Atlantic Monthly*.

1865. Se publica *Cape Cod* (Boston, Ticknor and Fields) y Emerson edita la correspondencia de Thoreau con el título *Letters to Various Persons* (Boston, Ticknor and Fields).

1866. Se publica *A Yankee in Canada, with Anti-Slavery and Reform Papers* (Boston, Ticknor and Fields).

1881. Se publica *Early Spring in Massachusetts* (Boston, Houghton Mifflin), en el que Blake recoge fragmentos del diario de Thoreau, que es su albacea literario después de la muerte de Sophia. Le sucederán *Summer* (1884), *Winter* (1888) y *Autumn* (1892), también en la misma editorial bostoniana.

Bibliografía

No fue mi intención al comienzo emular al Harold Bloom que se ufanaba de no haber consultado más obras que los comentarios de Samuel Johnson para hacer su *Shakespeare. La invención de lo humano*, apoyándose enteramente en las propias obras del poeta, actor y dramaturgo para desarrollar sus comentarios. Pero, en la medida de mis posibilidades, y creyendo que era lo mejor para el presente trabajo, además de recurrir en mi caso, y como no podía ser de otra manera, a muchas voces autorizadas por su experiencia, originalidad de pensamiento, calidad intelectual y rigor histórico, me ha parecido necesario sobre todo encararme directamente con la voz de Thoreau, de sus escritos, pues tiene tanto que decirnos hoy que su eco entiendo que debía ser preponderante. De alguna manera, concebí el libro como una biografía desordenada en la que cupiera lo mejor de lo escrito por Thoreau, de forma que constituyera, a lo largo de parcelas temáticas que conectaran con episodios vivenciales, una antología esencial de sus libros publicados en vida o póstumos o sus páginas personales provenientes de sus algunas de sus cartas, aparte de su gigantesco diario.

Seguidamente, el lector tendrá, entre otras secciones bibliográficas, una amplia relación de las obras en español de Thoreau que se han publicado en los últimos lustros (destaco con un asterisco las usadas para las citas que he ido eligiendo), dos selecciones de obras sobre él (que engloban trabajos críticos y biografías), más un apartado específico sobre una materia que últimamente ha dado mucho juego editorial y que está relacionada muy estrechamente con la más continua y entregada afición del escritor: andar. A esto se añade otra parcela de obras que abarcan el contexto sociocultural en que se movió Thoreau y el resto de trascendentalistas, una dedicada al asunto de la desobediencia civil y un par para cerrar con la que quiero mostrar a Thoreau interpretado desde otras perspectivas, como la musical, narrativa, fotográfica o infantil, y a unos pocos valientes que se atrevieron a ser una especie de Thoreaus una temporada. Todo con el propósito claro de ofrecer referencias útiles, tratando de aportar ediciones actualizadas y estudios recientes que puedan ser accesibles al lector interesado con una simple visita a una librería o biblioteca, o, al albur de los signos de estos tiempos presurosos de distancia e instantaneidad, varios clics de ordenador.

OBRAS DE THOREAU EN ESPAÑOL

Una vida sin principios, introd. Juan José Coy, trad. María Eugenia Díaz Sánchez, Universidad de León, León, 1995.

Walden: del deber de la desobediencia civil, pról. Henry Miller, trad. Carlos Sánchez Rodrigo, Parsifal, Madrid, 1997.

Caminar, trad. Federico Romero, Ardora, San Vicente el Real, Segovia, 1998.
Breviario para ciudadanos libres, pról. y trad. Mauricio Bach, Península, Barcelona, 1999.
Sobre el deber de la desobediencia civil, introd. y trad. de Antonio Casado da Rocha. Iralka, Bilbao, 2002 (2.ª ed.).
Colores de otoño, ed. Walter Harding, trad. Silvia Komet, José J. de Olañeta, Editor, Palma de Mallorca, 2002.
Libro de citas, trad. Ángela Pérez y José Manuel Álvarez Flórez, José J. de Olañeta, Editor, Palma de Mallorca, 2002.
Walden o la vida en los bosques. Del deber de la desobediencia civil, pról. Henry Miller, trad. Carlos Sánchez Rodrigo, Los Libros de la Frontera, Jerez de la Frontera, 2002.
Desobediencia civil, trad. Plácido de Prada, José J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 2002.
Diarios (Breve antología), ed. Walter Harding, trad. Ángela Pérez, José J. de Olañeta, Editor, Palma de Mallorca, 2002.*
Walden, ed. y trad. Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Cátedra, Madrid, 2005.*
Pasear, ed. Walter Harding, trad. Ángela Pérez, José J. de Olañeta, Editor, Palma de Mallorca, 2006.
Desobediencia civil y otros escritos, pról. Juan José Coy, trad. M.ª Eugenia Díaz, Tecnos, Madrid, 2006.
Caminar, trad. Javier Aguirre Sánchez, Hurqualya, Cádiz, 2008. *Escribir (una antología)*, ed. Javier Alcoriza, Antonio Casado da Rocha y Antonio Lastra, Pre-Textos, Valencia, 2007.*
Las manzanas silvestres, trad. Esteve Serra, José J. de Olañeta, Editor, Palma de Mallorca, 2010.*
El arte de caminar. Tras los pasos de Henry D. Thoreau – Walking, un manifiesto inspirador, ed. Antonio Casado da Rocha, Nuevos Emprendimientos Editoriales, Barcelona, 2010.
Walden o La vida en los bosques. Del deber de la desobediencia civil, trad. Carlos Sánchez Rodrigo, Editorial Juventud, Barcelona, 2010.
Un yanqui en Canadá, trad. Paloma Rodríguez Esteban, Ediciones Baile del Sol, Tegueste, 2011.*
Cartas a un buscador de sí mismo, trad. Antonio García Maldonado, Errata Naturae, Madrid, 2012.*
Escritos sobre la vida civilizada, ed. Antonio Lastra, trad. Antonio Fernández Díez y José María Jiménez Caballero, In Itinere Editorial Digital, Seminario de Historia Constitucional Martínez Marina, Universidad de Oviedo, 2012.
El Diario (1837-1861). Volumen I, introd. Damion Searls, trad. Ernesto Estrella, Capitán Swing Libros, Madrid, 2013.*
Desobediencia civil y otros escritos, introd. Juan José Coy, trad. M.ª Eugenia Díaz, Alianza, Madrid, 2013 (3.ª ed.).*
Walden, trad. Marcos Nava, Errata Naturae, Madrid, 2013.

Un paseo invernal, trad. Marcos Nava, Errata Naturae, Madrid, 2014.*
Los bosques de Maine, trad. Héctor Silva, Ediciones Baile del Sol, Tegueste, 2014 (2.ª ed.).*
Musketaquid, trad. Miguel Ros González, Errata Naturae, Madrid, 2014.*
Cape Cod, trad. Héctor Silva, Ediciones Baile del Sol, Tegueste, 2015 (2.ª ed.).*
Desobediencia. Antología de ensayos políticos, trad. Laura Naranjo, Carmen Torres y Marcos Nava, Errata Naturae, Madrid, 2015.
Volar, ed. Antonio Casado y José Ignacio Foronda, trad. Eduardo Jordá, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2016.*
El manantial. Escritos reformadores, ed. Antonio Lastra y Luis González, trad. Luis González, Página Indómita, Barcelona, 2016.*

RECOPILACIONES MODERNAS DE SUS OBRAS EN INGLÉS

Journal (8 vols.), Princeton University Press, Nueva York, 1982-2002.
A Week on the Concord and Merrimack Rivers, Walden, The Maine Woods, Cape Cod, ed. R. F. Sayre, The Library of America, Nueva York, 1985.
Translations, ed. Kevin P. Van Anglen, Princeton University Press, Nueva York, 1987.
Collected Essays and Poems, ed. E. Hall Whiterel, The Library of America, Nueva York, 2001.
Letters to a Spiritual Seeker, ed. Bradley P. Dean, Princeton University Press, Nueva York, 2004.
The Maine Woods, ed. Joseph J. Moldenhauer, introd. Paul Theroux, Princeton University Press, Nueva York, 2004.
The Higher Law: Thoreau on Civil Disobedience and Reform, ed. Wendell Glick, introd. Howard Zinn, Princeton University Press, Nueva York, 2004.
Excursions, ed. Joseph J. Moldenhauer, Princeton University Press, Nueva York, 2008.
The Correspondence of Henry D. Thoreau. Volume 1: 1834-1848, ed. Robert N. Hudspeth, Princeton University Press, Nueva York, 2013.
Walden, ed. J. Lyndon Shanley, introd. John Updike, Princeton University Press, Nueva York, 2016.
Letters to a Various Persons, Palala Press, Anne Arbor, 2016.

ARTÍCULOS Y LIBROS EN ESPAÑOL

Casado da Rocha, Antonio, «Antes de Walden, después de Walden», en *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura* (núm. 61), 2004.

— «Henry David Thoreau: 150 años emboscado en Walden», en *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura* (núm. 61), 2004.
— «La alegría en Thoreau», en *Claves de Razón Práctica* (núm. 147), 2004.
— «El mito Thoreau revisitado», en *El Viejo Topo* (núm. 197), 2004. Cavell, Stanley, *Los sentidos de Walden*, trad. Antonio Lastra, PreTextos, Valencia, 2011.
Coy, Juan José, «El mundo de Henry Thoreau: utopía y realidad», en *El espejo y el mundo*, Universidad de Valencia, 2004.
Garber, Frederick, «Thoreau», en Emory Elliot (ed.), *Historia de la literatura norteamericana*, trad. María Coy Girón, Cátedra, Madrid, 1991.
Lastra, Antonio, «Cómo empezar a leer Walden», en *Emerson como educador*, Verbum, Madrid, 2007.
Machado, Antonio, [«Henry David Thoreau»], en *Prosas dispersas (1893-1936)*, ed. Jordi Doménech, Páginas de Espuma, Madrid, 2001.
Miller, Henry, «Henry David Thoreau», en *Inmóvil como el colibrí*, trad. Carlos Manzano, Navona, Barcelona, 2015.
Montesinos, Toni, «Thoreau piensa en verde», en *La Razón* (18 de octubre de 2012), Madrid. [Sobre *Cartas a un buscador de sí mismo*.]
— «Thoreau frente al lago de la libertad», en *Clarín. Revista de Nueva Literatura* (núm. 109, enero-febrero 2014), Oviedo.
— «H. D. Thoreau. La eternidad en cada momento», en *Clarín. Revista de Nueva Literatura* (núm. 120, noviembre-diciembre, 2015), Oviedo.
— «El trascendente Concord de Thoreau», en *Cuadernos Hispanoamericanos* (núm. 785, noviembre, 2015), Madrid.
Stevenson, Robert Louis, «Henry David Thoreau: su carácter y sus opiniones», en *Escribir. Ensayos sobre literatura*, trad. Amelia Pérez de Villar, Páginas de Espuma, Madrid, 2013.
Woolf, Virginia, «Thoreau», en *Horas en una biblioteca*, trad. Miguel Martínez-Lage, Seix Barral, Barcelona, 2016.

ESTUDIOS SOBRE THOREAU EN INGLÉS

AA. VV., «Henry David Thoreau», en *Literature. The American Experience*, Prentice Hall, Nueva Jersey, 1996 (4.ª ed.).
Allen, Francis Henry, *Thoreau on birds: notes on New England birds from de Journal of Henry David Thoreau*, Bacon Press, Boston, 1998.
Arsic, Branka, *Bird Relics: Grief and Vitalism in Thoreau*, Harvard University Press, Cambridge, 2016.
Bloom, Harold, *Henry David Thoreau*, Chelsea House Publishers, Nueva York, 2008.
Bridgman, Richard, *Dark Thoreau*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1982.
Cafaro, Philip, *Thoreau's Living Ethics: Walden and the Pursuit of Virtue*,

University of Georgia Press, Athens, 2004.
Channing, William Ellery, *Thoreau: the Poet-Naturalist. With Memorial Verses*, BiblioBazaar, Charleston, 2009.
Bennett, Jane, *Thoreau's Nature: Ethics, Politics, and the Wild (Modernity and Political Thought)*, Rowman & Littlefield Publishers, Lanham, 2002.
Buell, Lawrence, *The Environmental Imagination: Thoreau, Nature Writing, and the Formation of American Culture*, Cambridge, 1996.
Chura, Patrick, *Thoreau the Land Surveyor*, University Press of Florida, Gainesville, 2011.
Fleck, Richard F., *Henry Thoreau and John Muir among the Native Americans*, WestWinds Press, Portland, 2015.
Harding, Walter, *Thoreau as Seen by his Contemporaries*, Dover Publications, Nueva York, 1990.
Hodder, Alan D., *Thoreau's Ecstatic Witness*, Yale University Press, New Haven, 2001.
Kritzberg, Barry, *Thoreau: Civil and Uncivil Disobedience*, Chicago: Kritzblitz Publications, 2015.
Mariotti, Shannon L., *Thoreau's Democratic Withdrawal: Alienation, Participation, and Modernity (Studies in American Thought and Culture)*, University of Wisconsin Press, Madison, 2010.
McKenzie, Jonathan, *The Political Thought of Henry David Thoreau: Privatism and the Practice of Philosophy*, University Press of Kentucky, Lexington, 2015.
Milder, Robert, *Reimagining Thoreau*, Cambridge University Press, Cambridge, 2008.
Miller, Perry (ed.), *Consciousness in Concord: the text of Thoreau's Hitherto «Lost Journal» (1849-1841)*, Houghton Mifflin, Boston, 1958.
Moller, Mary Elkins, *Thoreau in the Human Community*, University of Massachusetts, Boston, 1989.
Mooney, Edward F., *Excursions with Thoreau: Philosophy, Poetry, Religion*, Bloomsbury Publishing, Nueva York, 2015.
Myerson, Joel (ed.), *The Cambridge companion to Henry David Thoreau*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
— *Emerson and Thoreau. The Contemporary Reviews*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.
Newman, Lance, *Our common dwelling: Henry Thoreau, transcendentalism, and the class politics of nature*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2005.
Primack, Richard B., *Walden Warming: Climate Change Comes to Thoreau's Woods*, University of Chicago Press, Chicago, 2015.
Raden, Audrey, *When I Came to Die: Process and Prophecy in Thoreau's Vision of Dying*, University of Massachusetts, Boston, 2017.
Ray, Robert B., *Walden x 40: Essays on Thoreau*, Indiana University Press, Bloomington, 2011.
Robinson, Kenneth Allen, *Thoreau and the Wild Appetite*, Gingko Press,

Berkeley, 2011.
Sayre, Robert F., *Thoreau and the American Indians*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 2016.
Schneider, Richard J., *Civilizing Thoreau (Mind and American Literature)*, Camden House, Rochester, 2016.
Schofield, Edmund, *Thoreau's World and Ours: A Natural Legacy*, Fulcrum Publishing, Golden, 1993.
Slayton, Tom, *Searching for Thoreau: On the Trails and Shores of Wild New*, Images of the Past, Bennington, 2007.
Steven, Fink, *Prophet in the marketplace: Thoureau's development as a professional writer*, Princeton University Press, Princeton, 1992.
Sullivan, Robert, *The Thoreau You Don't Know: The Father of Nature Writers on the Importance of Cities, Finance, and Fooling Around*, HarperCollins, Nueva York, 2011.
Taylor, Stephen, *Building Thoreau's Cabin*, Pushcart Press, Wainscott, 1992.
Van Doren, Mark, *Henry David Thoreau a Critical Study*, Leopold Classic Library, Victoria, 2016.
Walls, Laura Dassow, *Seeing new worlds: Henry David Thoreau and nineteenth-century natural science*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1995.
Worley, McGuire Sam, *Emerson, Thoreau, and the Role of the Cultural Critic*, State University of New York Press, Nueva York, 2000.
Young, Malcolm Clemens, *The Spiritual Journal of Henry David Thoreau*, Mercer University Press, Macon, 2009.

TRABAJOS BIOGRÁFICOS

Casado da Rocha, Antonio, *Thoreau. Biografía esencial*, Acuarela & A. Machado, Madrid, 2014.
Dann, Kevin, *Expect Great Things: The Life and Search of Henry David Thoreau*, Tarcher-Perigee, Nueva York, 2017.
Derleth, August, *Concord Rebel: A Life of Henry D. Thoreau*, Literary Licensing, Whitefish, 1962.
Emerson, Edward Waldo, *Henry Thoreau, as Remembered by a Young Friend*, BiblioBazaar, Charleston, 2008.
Harding, Walter, *Thoreau: Man of Concord*, Holt Rinehart Winston, Nueva York, 1960.
— *The Days of Henry Thoreau: A Biography*, Dover Publications, Nueva York, 2016.
Lebeaux, Richard, *Thoreau's Seasons*, University of Massachusetts, Boston, 1984.
Page, H. A., *Thoreau: his life and aims*, Haskell House Publishers, Nueva York, 1982.

Petrulionis, Sandra Harbert, *Thoreau in His Own Time: A Biographical Chronicle of His Life, Drawn from Recollections, Interviews, and Memoirs by Family, Friends, and Associates (Writers in Their Own Time)*, University of Iowa Press, Iowa City, 2012.
Richardson, Robert D. y Moser, Barry, *Henry Thoreau: A Life of the Mind*, University of California Press, Berkeley, 1988.
Salt, Henry Stephens, *The Life of Henry David Thoreau*, Leopold Classic Library, Victoria, 2016.
Sanborn, Franklin Benjamin, *The life of Henry David Thoreau*, BiblioLife, Charleston, 2009.
Sims, Michael, *The Adventures of Henry Thoreau: A Young Man's Unlikely Path to Walden*, Bloomsbury Publishing, Nueva York, 2015.
Smith, Harmon, *My Friend, My Friend: The Story of Thoreau's Relationship with Emerson*, University of Massachusetts Press, Amherst, 2001.

ENTORNO Y CONTEXTO CULTURAL

Alcoriza, Javier, *La ética de la literatura*, Junta de Castilla y León, Salamanca, 2005.
— *El tigre de Hircarnia. Ensayos de lectura creativa*, Plaza y Valdés, Madrid, 2012.
Alcott, Louisa May, *An Intimate Anthology*, Doubleday, Nueva York, 1997.
Andrews, Joseph L., *Literary Concord Uncovered: Revealing Emerson, Thoreau, Alcott, Hawthorne, and Fuller*, Xlibris, Bloomington, 2014.
Baker, Carlos, *Emerson entre los excéntricos. Un retrato de grupo*, trad. Isabel Ferrer y Carlos Milla, Ariel, Barcelona, 2008.
Bellis, Peter J., *Writing revolution: aesthetics and politics in Hawthorne, Whitman, and Thoreau*, University of Georgia Press, Athens, 2003.
Brooks, Paul, *The People of Concord; American Intellectuals and Their Timeless Ideas*, Fulcrum Publishing, Golden, 2006.
Buell, Lawrence, *Emerson*, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 2003.
— (ed.), *The American Transcendentalists, Essential Writings*, The Modern Library, Nueva York, 2006.
Channing, Ellery, *Memoir of Ellery Channing: With Extracts from his Correspondence and Manuscripts*, Palala Press, Anne Arbor, 2016.
Cheever, Susan, *American Bloomsbury: Louisa May Alcott, Ralph Waldo Emerson, Margaret Fuller, Nathaniel Hawthorne, and Henry David Thoreau: Their Lives, Their Loves, Their Work*, Simon and Schuster, Nueva York, 2007.
Christy, Arthur, *The Orient in American Trascendentalism: a study of Emerson, Thoreau, and Alcott*, Octagon Books, Nueva York, 1960.
Fuller, Margaret, *My Heart is a Large Kingdom; Selected Letter of Margaret Fuller*,

Cornell University Press, Nueva York, 2001.
— *La mujer en el siglo diecinueve*, ed. y trad. Antonio Lastra y Javier Alcoriza, Letra Capital, Valencia, 2009.
Lastra, Antonio, *Emerson trascendens*, Universitat de València, Valencia, 2004.
— *Constitución y arte de escribir*, Aduana Vieja, Valencia, 2009.
Marshall, Megan, *The Peabody Sisters; Three Women Who Ignited American Romanticism*, Houghton Mifflin, Boston, 2005.
— *Margaret Fuller: A New American Life*, Houghton Mifflin, Boston, 2013.
Maynard, William Barksdale, *Walden Pond: A History*, Oxford University Press, Nueva York, 2005.
Miller, John P., *Transcendental Learning: The Educational Legacy of Alcott, Emerson, Fuller, Peabody and Thoreau*, Information Age Publishing, Charlotte, 2012.
Miller, Perry, *The Transcendentalists: An Anthology*, Harvard University Press, Cambridge, 1950.
— *The American Transcendentalists: Their Prose and Poetry*, Doubleday, Nueva York, 1957.
Montesinos, Toni, «R. W. Emerson. Poeta del optimismo», en *Clarín. Revista de Nueva Literatura* (núm. 123, mayo-junio, 2016), Oviedo.
— «Emerson y la genialidad sincera», en *Cuadernos Hispanoamericanos* (núm. 792, junio, 2016), Madrid.
— «Los diarios de Emerson», en *Letra Internacional* (núm. 122, 2016), Madrid.
Myerson, Joel, Petrulionis, Sandra Harbert y Walls, Laura Dassow (eds.), *The Oxford Handbook of Transcendentalism*, Oxford University Press, Nueva York, 2010.
Packer, Barbara L., *The Transcendentalists*, The University of Georgia Press, Athens, 2007.
Petrulionis, Sandra Harbert, *To Set This World Right: The Antisla very Movement in Thoreau's Concord*, Cornell University Press, Nueva York, 2006.
Richardson, Robert D., *Emerson: The Mind on Fire*, University of California Press, Berkeley, 1996.
Ricketson, Anna y Ricketson, Walton (eds.), *Daniel Ricketson and His Friends: Letters, Poems, Sketches, Etc*., Kessinger Publishing, Whitefish, 2009.
Schreiner Jr., Samuel A., *The Concord Quartet: Alcott, Emerson, Hawthorne, Thoreau and the Friendship That Freed the American Mind*, Wiley, Nueva York, 2010.

REFERENCIAS LITERARIAS Y CRÍTICAS

Adams, Willi Paul (comp.), *Los Estados Unidos de América* (13.ª ed.), trad. Máximo Cajal y Pedro Gálvez, Siglo XXI, Madrid, 1987.
Agee, James, *Algodoneros. Tres familias de arrendatarios*, trad. Alicia Frieyro,

Capitan Swing Libros, Madrid, 2014.
Alcott, Louisa May, *Mujercitas*, trad. Gloria Méndez, Lumen, Barcelona, 2004.
Aristóteles, *El hombre de genio y la melancolía*, trad. C. Serna, Sirmio, Barcelona, 1996.
Auster, Paul, *La trilogía de Nueva York*, trad. Maribel de Juan, Anagrama, Barcelona, 1996.
— *Brooklyn Follies*, trad. Benito Gómez Ibáñez, Anagrama, Barcelona, 2006.
Bakewell, Sarah, *Cómo vivir. Una vida con Montaigne*, trad. Ana Herrera Ferrer, Ariel, Barcelona, 2011.
Beckert, Sven, *El imperio del algodón. Una historia global*, trad. Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Crítica, Barcelona, 2016.
Beecher Stowe, Harriet, *La cabaña del tío Tom*, ed. Carme Manuel, trad. Elizabeth Power, Cátedra, Madrid, 1998.
Berman, Morris, *Las raíces del fracaso americano*, trad. Eduardo Rabasa, Sexto Piso, México, 2012.
Bloom, Harold, *Genios. Un mosaico de cien mentes creativas y ejemplares*, trad. Margarita Valencia, Anagrama, 2005.
Borges, Jorge Luis, *Obras completas II*, Emecé, Barcelona, 1989. — *El palabrista, Borges visto y oído*, comp. Esteban Peicovich, Editorial Marea, Buenos Aires, 2006.
Bremmer, Jan N., *El concepto del alma en la antigua Grecia*, trad. Menchu Gutiérrez, Siruela, Madrid, 2002.
Brodhead, Richard, «Literatura y cultura», en Emory Elliot (ed.), *Historia de la literatura norteamericana*, Cátedra, Madrid, 1991.
Carpenter, Edward, *Días con Walt Whitman con notas sobre su vida y su obra*, trad. Pepa Cornejo, Señor Lobo Ediciones, Madrid, 2014.
Chesterton, G. K., *Enormes minucias*, trad. Vicente Corbi, Renacimiento, Sevilla, 2011.
— *Alarmas y digresiones*, trad. Miguel Temprano García, Acantilado, Barcelona, 2015.
Doyle, Arthur Conan, *Sherlock Holmes anotado: Relatos I*, trad. Lucía Márquez de la Plata, Akal, Madrid, 2010.
Emerson, Ralph Waldo, *Ensayos*, ed. y trad. Ricardo Miguel Alfonso, Espasa Calpe, Madrid, 2001.
— *Pensamientos para el futuro*, trad. Mauricio Bach, Península, Barcelona, 2002.
— *La conducta de la vida*, ed. y trad. Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Pre-Textos, Valencia, 2004.
— *Hombres representativos*, ed. y trad. Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Cátedra, Madrid, 2008.
— *Naturaleza y otros escritos de juventud*, ed. y trad. Antonio Lastra y Javier Alcoriza, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.
— *Ensayos*, ed. y trad. Javier Alcoriza, Cátedra, Madrid, 2014.
Franklin, Benjamin, *Autobiografía*, trad. Javier Alcoriza, Cátedra, Madrid, 2012.

García Lorca, Federico, *Poeta en Nueva York*, Cátedra, Madrid, 1987.
Hawthorne, Nathaniel, *Veinte días con Julian y Conejito*, trad. Javier Calzada, Anagrama, Barcelona, 2004.
— *Musgos de una vieja casa parroquial*, trad. Marcelo Cohen, Acantilado, Barcelona, 2009.
Hennig, Jean-Luc, *De la amistad extrema. Montaigne y La Boétie*, trad. Ana Herrera Ferrer, Ariel, Barcelona, 2016.
Horacio, *Obras completas*, ed. Alfonso Cuatrecasas, Planeta, Barcelona, 1992.
Howatson, M. C., *Diccionario abreviado de la literatura clásica*, varios traductores, Alianza, Madrid, 1989.
James, Henry, *La imaginación literaria*, trad. Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Alba, Barcelona, 2000.
Lincoln, Abraham y Marx, Karl, *Guerra y emancipación*, trad. Antonio Lastra, Andrés de Francisco y Javier Alcoriza, Madrid, Capitán Swing, 2013.
Manguel, Alberto, *Una historia de la lectura*, trad. Eduardo Hojman, Lumen, Barcelona, 2005.
Marco Aurelio, *Meditaciones. Enseñanzas para una conducta moral*, ed. José Ignacio Díez-Fernández y Luisa Fernanda Aguirre de Cárcer, Círculo de Lectores, Barcelona, 1998.
Matsumoto, Keisuke, *Manual de limpieza de un monje budista*, trad. Yasuko Tojo, Duomo, Barcelona, 2013.
Melville, Herman, *Cartas a Hawthorne*, trad. Carlos Bueno Vera, La Uña Rota, Segovia, 2016.
Miller, Henry, *Una pesadilla con aire acondicionado*, trad. José Luis Piquero, Navona, Madrid, 2013.
Montaigne, Michel de, *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*, trad. J. Bayod Brau, Acantilado, Barcelona, 2007.
Montesinos, Toni, *La pasión incontenible. Éxito y rabia en la narrativa norteamericana*, Pre-Textos, Valencia, 2013.
Platón, *La república*, ed. M. Fernández-Galiano y J. M. Pabón, Alianza, Madrid, 2003.
Richardson, Robert D., *Primero leemos, después escribimos. El proceso creativo según Emerson*, trad. Mirta Rosenberg, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2011.
Saroyan, William, *Las aventuras de Wesley Jackson*, trad. J. Martín Lloret, Acantilado, Barcelona, 2006.
Silveira, Miguel, *El médico de cabecera. Una guía para el manejo personal de la ansiedad, la depresión y otros estados emocionales*, Alba, Barcelona, 2007.
Stevenson, Robert Louis, *Escribir. Ensayos sobre literatura*, trad. Amelia Pérez de Villar, Páginas de Espuma, Madrid, 2013.
— *Viajar. Ensayos sobre viajes*, trad. Amelia Pérez de Villar, Páginas de Espuma, Madrid, 2014.
— *Vivir. Ensayos personales y biográficos*, trad. Amelia Pérez de Villar, Páginas de Espuma, Madrid, 2015.

Strindberg, August, *Una mirada al Universo. Ensayos sobre alquimia, ciencias naturales, misticismo, fotografía y pintura*, trad. Carles Magrinyà Badiella, Siruela, Madrid, 2016.
Tolstói, Lev, *Diarios (1895-1910)*, trad. Selma Ancira, Acantilado, Barcelona, 2003.
— *Correspondencia*, trad. Selma Ancira, Acantilado, Barcelona, 2008. Whitman, Walt, *Redobles de tambor. Diarios de guerra*, trad. Manuel Villar Raso, Hiperión, Madrid, 2005.
— *Hojas de hierba*, ed. Francisco Alexander, Visor, Madrid, 2008. — «Una visita, por fin, a R. W. Emerson» y «Otras anotaciones de Concord», en *Perspectivas democráticas y otros escritos*, trad. Jesús Pardo y Carlo Zoti, Capitán Swing Libros, Madrid, 2013.
— *Crónica de mí mismo*, trad. Laura Naranjo Gutiérrez y Carmen Torres García, Errata Naturae, Madrid, 2015.
— *Diario de Canadá*, trad. Antonio Fernández Díez, Ápeiron Ediciones, Madrid, 2016.
Wilde, Oscar, *La decadencia de la mentira. Una observación*, trad. María Luisa Balseiro, Madrid, Siruela, 2000.
— *Oscar Wilde. Una vida en cartas*, ed. Merlin Holland, trad. Alberto Mira, Alba, Barcelona, 2005.
— *Impresiones de Yanquilandia*, trad. Susana Carral, Rey Lear, Madrid, 2012.
Wood, James, *Lo más parecido a la vida*, trad. Mariano Peyrou, Taurus, Barcelona, 2016.
Wordsworth, William, *El preludio*, trad. Bel Atreides, DVD Ediciones, Barcelona, 2003.
Wulf, Andrea, *La invención de la naturaleza: El Nuevo Mundo de Alexander von Humboldt*, trad. María Luisa Rodríguez Tapia, Taurus, Barcelona, 2016.

SOBRE EL CAMINAR

Balzac, Honoré de, *Tratado de la vida elegante. Teoría del andar*, trad. Mireia Porta i Arnau, Casiopea, Madrid, 2001.
Cela, Camilo José, *Viaje a la Alcarria*, Espasa Calpe, Madrid, 1994 (25.ª ed.).
Dickens, Charles, *Paseos nocturnos*, trad. José Méndez Herrera, Taurus, Barcelona, 2013.
Espedal, Tomas, *Caminar o el arte de vivir una vida*, trad. Cristina Gómez Baggethun, Siruela, Madrid, 2008.
Gros, Frédéric, *Andar, una filosofía*, trad. Isabel González-Gallarza, Taurus, Barcelona, 2014.
Hazlitt, William y Stevenson, Robert Louis, *Caminar*, trad. Enrique Maldonado, Nórdica Libros, Madrid, 2015.
Herzog, Werner, *Del caminar sobre hielo*, trad. Paula Aguiriano, Gallo Nero,

Madrid, 2015.
Hessel, Franz, «Sobre el difícil arte de pasear», en *La eternidad de un día. Clásicos del periodismo alemán (1823-1934)*, trad. Francisco Uzcanga Meinecke, Acantilado, Barcelona, 2016.
Holmes, Richard, *Huellas. Tras los pasos de los románticos*, trad. Guillem Usandizaga, Turner, Madrid, 2016.
Howarth, William, *Walking with Thoreau: A Literary Guide to the New England Mountains*, Beacon Press, Boston, 2001.
Le Breton, David, *Elogio del caminar*, trad. Hugo Castignani, Siruela, Madrid, 2011.
Leigh Fermor, Patrick, *El tiempo de los regalos: a pie hacia Constantinopla, desde Holanda hasta el curso medio del Danubio*, trad. Jordi Fibla, Península, Barcelona, 2001.
— *Entre bosques y el agua: a pie desde Holanda hacia Constantinopla: desde el curso medio del Danubio hasta las puertas de Hierro*, trad. Inés Belaustegui, Península, Barcelona, 2004.
Rousseau, Jean-Jacques, *Las ensoñaciones del paseante solitario*, trad. Mauro Armiño, Alianza, Madrid, 2016.
Schelle, Karl Gottlob, *El arte de pasear*, ed. Federico I. Silvestre, trad. Isabel Hernández, Díaz & Pons, Madrid, 2014.
Smith, Corinne Hosfeld, *Westward I Go Free: Tracing Thoreau's Last Journey*, Libri Publishing, Faringdon, 2012.
Solnitt, Rebecca, *Wanderlust. Una historia del caminar*, trad. Andrés Anwandter, Capitán Swing Libros, Madrid, 2015.
Stevenson, Robert Louis, *Viajes con una buerra por los montes de Cévennes*, trad. Héctor Silva, Baile del Sol, Tegueste, 2013.
— «Viajes a pie», en *Viajar. Ensayos sobre viajes*, trad. Amelia Pérez de Villar, Páginas de Espuma, Madrid, 2014.

SOBRE LA DESOBEDIENCIA CIVIL

AA. VV., *La insumisión. Un singular ciclo histórico de desobediencia civil*, Tecnos, Madrid, 1998.
Ballou, Adin, *Christian Non-Resistance, in All Its Important Bearing, Illustrated and Defended*, Andesite Press, 2015.
Berrigan, Daniel, *Conciencia, ley y desobediencia civil*, trad. Juan José Coy, Sociedad de Educación Atenas, Madrid, 1974.
Bové, José y Luneau, Gilles, *Por la desobediencia civil*, El Viejo Topo, Barcelona, 2007.
Casado da Rocha, Antonio, «El concepto de desobediencia civil», en *Hika* (núm. 116), 2000.
— «Relativismo ético y desobediencia civil», en *Themata. Revista de filosofía*,

Universidad de Sevilla (núm. 27), 2001.
— *La desobediencia civil a partir de Thoreau*, Gakoa Liburuak-Tercera Prensa, San Sebastián, 2002.
— «Arqueología de la desobediencia», en *Transversal. Revista de Cultura Contemporánea* (núm. 19), 2002.
Etxeberria, Xabier, *Enfoques de la desobediencia civil*, Universidad de Deusto, Bilbao, 2001.
Fromm, Erich, *Sobre la desobediencia*, trad. Eduardo Prieto, Paidós, Barcelona, 2011.
Gandhi, Mahatma, *Autobiografía. Historia de mis experiencias con la verdad*, Gaia Ediciones, Barcelona, 2014.
Gross, Robert, *Henry David Thoreau y la desobediencia civil*, trad. S. Pasternak, UNAM, México, 2005.
Lastra, Antonio (ed.), *Desobediencia civil: historia y antología de un concepto*, varios traductores, Tecnos, Madrid, 2012.
Laudani, Raffael, *Desobediencia*, trad. Mario Trigo, Proteus, Barcelona, 2012.
Mora Altamirano, Eduardo, *Desobediencia civil: de Thoreau a Gandhi y Martin Luther King*, Universidad de los Hemisferios, Quito, 2009.
— «Influencia de Henry D. Thoreau en Mahatma Gandhi y Martin Luther King, Jr.», en *ComHumanitas: Revista Científica de Comunicación* (vol. 1, núm. 1, diciembre 2009-enero 2010).
Navarro, Fernando, *Desobediencia civil y sociedad democrática*, Ediciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 1990.
Pérez Fernández, José Antonio, *Manuel práctico para la desobediencia civil*, Pamiela, Arre, 1994.
— *¿Qué es la desobediencia civil?: preguntas (y respuestas)*, El Viejo Topo, Barcelona, 2013.
Rossi, William, *Walden and Resistance to Civil Government*, W. W. Norton, Nueva York, 1991.
Tolstói, Lev, *El reino de Dios está en vosotros*, trad. y pról. Joaquín Fernández-Valdés Roig-Gironella, Kairós, Barcelona, 2010.

THOREAU COMO PERSONAJE DE FICCIÓN. PARA NIÑOS. DESDE LA FOTOGRAFÍA, LA MÚSICA Y LA ARQUEOLOGÍA

Bishop, Schuyler, *Thoreau in Love* [novela], CreateSpace, 2013. Bock, Jannika, *Concord in Massachusetts, Discord in the World: The Writings of Henry Thoreau and John Cage*, Peter Lang GmbH, Internationaler Verlag der Wissenschaften, Frankfurt, 2008.
Burleigh, Robert (texto) y Minor, Wendell (ilustraciones), *If You Spent a Day with Thoreau at Walden Pond*, Christy Ottaviano Books, Nueva York, 2012.
Buttfield, Helen y Lewis, Richard, *To See: A Photographic Essay Based on the*

Writings of Thoreau, Touchstone Center Publications, Nueva York, 2014.
Ives, Charles, *Piano Sonata No. 2, «Concord», with the Essays Before a Sonata*, Dover Publications, Nueva York, 2012.
Lawrence, Jerome y Lee, Robert E., *The Night Thoreau Spent in Jail: A Play* [obra teatral], Hill and Wang, Nueva York, 2001.
Le Roy, Maximilien (texto) y Dan, A. (ilustraciones), *Thoreau. La vida sublime*, trad. Olalla García, Impedimenta, Madrid, 2013.
Linebaugh, Donald, *The Man Who Found Thoreau*, Nuevo Hampshire Press, Nuevo Hampshire, 2004.
Locker, Thomas, *Walking with Henry: The Life and Works of Henry David Thoreau (Images of Conservationists)*, Fulcrum Publishing, Golden, 2011.
McCurdy, Michael (texto e ilustraciones), *Walden Then & Now: An Alphabetical Tour of Henry Thoreau's Pond*, Charlesbridge, Watertown, 2010.
McGrath, Bonnie (fotografías), *Walden Pond*, Commonwealth Editions, Beverly, 2004.
O'Neal, Deborah (texto), Westengard, Angela (texto) y Schindler, S. D. (ilustraciones), *The Trouble with Henry: A Tale of Walden Pond*, Candlewick, Somerville, 2005.
Porcellino, John (texto e ilustraciones), *Thoreau at Walden*, Disney-Hyperion, Nueva York, 2008.
Porter, Eliot (fotografías), *In Wildness Is the Preservation of the World*, AMMO Books, Los Ángeles, 2012.
Rodríguez, Paul A., *An American Composer Charles E. Ives: New England Transcendentalism*, Lightning Source Inc., La Vergne, 2016.
Schnur, Steven (texto) y Fiore, Peter (ilustraciones), *Henry David's House*, Charlesbridge, Watertown, 2007.
Smith, Corinne Hosfeld, *Henry David Thoreau for kids: His life and Ideas, with 21 Activities*, Chicago Review Press, Chicago, 2016.
The Walden Duo, *The Thoreau Family Flute Book* [CD], Falls House Press, 1998.
Tobyne, Dan (fotografías), *Thoreau's Maine Woods*, Down East Books, Camden, 2010.
Wawrzonek, John (texto y fotografías), *The Illuminated Walden: In the Footsteps of Thoreau*, Barnes & Noble, Nueva York, 2002.

THOREAUS CONTEMPORÁNEOS

Abbey, Edward, *El solitario del desierto. Una temporada en los cañones*, trad. José Manuel Álvarez, Capitan Swing, Madrid, 2016. [Original de 1968.]
— *Down the River (with Henry Thoreau & Other Friends)*, Plume, Nueva York, 1991. [Original de 1982.]
Dillard, Annie, *Una temporada en Tinker Creek*, trad. Teresa Lanero, Errata Naturae, Madrid, 2017.

Hubbell, Sue, *Un año en los bosques*, trad. Miguel Ros, Errata Naturae, Madrid, 2016. [Original de 1983.]

Notas

PRESENTACIÓN: UNA VIDA CON THOREAU

1. Thoreau, *Escribir*, pág. 91.

2. Expresión tomada de su texto «Caminar», que, junto con «Un paseo invernal», componen la traducción española *Un paseo invernal*, pág. 105.

3. Whitman, «Una visita, por fin, a R. W. Emerson», pág. 357.

4. Whitman, «Otras anotaciones de Concord», pág. 359.

5. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 18.

6. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 17.

7. Carpenter, *Días con Walt Whitman*, pág. 39. Estas «Notas sobre su vida y su obra» fueron publicadas en 1897, en la *Progressive Review*.

PRÓLOGO: EL YO DE DAVID HENRY, MEJOR DICHO, HENRY DAVID

1. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 149.

2. Thoreau, *Escribir*, págs. 73-74.

3. Thoreau, *El Diario*, pág. 127.

4. Thoreau, *Cartas a un buscador de sí mismo*, págs. 13-14. Es un conjunto de misivas que el escritor envió a su amigo Harrison G. O. Blake, al que había conocido

en casa de Emerson y con el que compartirá excursiones y se carteará entre 1848 y 1861. El epistolario reflejaba una relación de maestro y discípulo, aunque Thoreau y su admirador casi tuvieran la misma edad y una misma formación académica en Harvard.

5. *Horas en una biblioteca*, pág. 125. Woolf publicó este artículo en *The Times Literary Supplement*, el 12 de julio de 1917.

6. *Thoreau. La vida sublime*, págs. 86-87. Esta novela gráfica, obra de Maximilien Le Roy (guion y color) y A. Dan (dibujos), pone el acento, por un lado, en la lucha de Thoreau en contra de la esclavitud, que sería abolida en 1865 en Estados Unidos, y de las leyes gubernamentales que usaban los impuestos para la guerra, y por el otro, en la atracción que sintió por la vida de los indios.

7. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 22.

8. Woolf, Horas en una biblioteca*, pág. 115.*

9. Thoreau, *El Diario*, pág. 63.

10. Thoreau, *El Diario*, pág. 110.

11. Thoreau, *El Diario*, pág. 244.

12. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 38.*

13. Machado, *Prosas dispersas*, pág. 200.

14. Machado, *Prosas dispersas*, pág. 215.

15. Stevenson, Escribir. Ensayos sobre literatura*, pág. 127.*

16. Citado en la introducción, de Javier Alcoriza, a *Walden*, pág. 14.

17. Tomado del artículo en línea «How Ugly was Henry David Thoreau?», de Arvind Dilawar, en *The Airship*, sin fechar.

18. Citado en la introducción, de Javier Alcoriza, a *Walden*, pág. 13.

19. Baker, Emerson entre los excéntricos, *pág. 124.*

20. Baker, Emerson entre los excéntricos, *pág. 127.*

21. Baker, Emerson entre los excéntricos, *pág. 135.*

22. Baker, Emerson entre los excéntricos, *pág. 127.*

23. Stevenson, Escribir. Ensayos sobre literatura, *págs. 330-331.*

24. Stevenson, Escribir. Ensayos sobre literatura, *pág. 332.*

25. Stevenson, Escribir. Ensayos sobre literatura, *pág. 329.*

26. Baker, Emerson entre los excéntricos, *pág. 128.*

27. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, págs. 38-39.

28. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 56.

29. Thoreau, *Walden*, pág. 74.

30. Stevenson, Escribir. Ensayos sobre literatura, *pág. 337.*

31. Thoreau, *El Diario*, pág. 62.

32. Thoreau, *Cape Cod*, pág. 8.

33. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 132.*

34. Thoreau, *Escribir*, pág. 73.

35. Thoreau, *Walden*, pág. 126.

36. Thoreau, *Walden*, pág. 74.

37. Thoreau, *Walden*, pág. 75.

38. Thoreau, *Walden*, pág. 24.

39. Thoreau, *Escribir*, pág. 73.

40. Thoreau, Diarios (Breve antología)*, pág. 102.*

41. Thoreau, *Walden*, pág. 116.

42. Thoreau, *Walden*, pág. 253.

43. Thoreau, *Walden*, pág. 249.

44. Thoreau, *Walden*, pág. 251.

45. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 211.

46. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 210.

47. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 251.

48. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 25.*

49. Thoreau, *El Diario*, pág. 51.

50. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 35.*

51. Thoreau, *Walden*, pág. 138.

52. Thoreau, *El Diario*, pág. 64.

53. Thoreau, *El Diario*, pág. 79.

54. Thoreau, *El Diario*, págs. 79-80.

55. Thoreau, *El Diario*, págs. 80-81.

56. Thoreau, *El Diario*, pág. 81.

57. Thoreau, *El Diario*, págs. 83-84.

58. Thoreau, *El Diario*, pág. 81.

59. Thoreau, *El Diario*, pág. 83.

60. Thoreau, *Volar*, pág. 33.

61. Thoreau, Diarios (Breve antología)*, pág. 44.*

62. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 491.*

63. Thoreau, *El Diario*, pág. 145.

64. Thoreau, Diarios (Breve antología)*, pág. 18.*

65. Thoreau, *El Diario*, pág. 115.

66. Thoreau, *El Diario*, pág. 116.

67. Thoreau, *El Diario*, pág. 313.

68. Thoreau, *El Diario*, pág. 178.

69. Bakewell, Cómo vivir. Una vida con Montaigne*, pág. 23.*

70. Thoreau, *El Diario*, pág. 96.

RELACIONES. THOREAU CON O CONTRA LOS OTROS
MISANTROPÍA Y SOLEDAD

1. Saroyan, Las aventuras de Wesley Jackson*, pág. 156.*

2. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 90.*

3. *Woolf,* Horas en una biblioteca*, pág. 124.*

4. *Thoreau,* Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 86.*

5. *Woolf,* Horas en una biblioteca*, pág. 124.*

6. *Thoreau,* Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 137.*

7. Thoreau, *Diarios (Breve antología)*, págs. 34-35.

8. *Thoreau,* Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 89.*

9. Thoreau, *Diarios (Breve antología)*, págs. 104-105.

10. *Thoreau,* Diarios (Breve antología)*, pág. 103.*

11. *Thoreau,* Diarios (Breve antología)*, pág. 103.*

12. *Thoreau,* Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 91.*

13. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 363.

14. Thoreau, *El Diario*, pág. 229.

15. Thoreau, *El Diario*, pág. 60.

16. Thoreau, *El Diario*, pág. 230.

17. Datos tomados de la «Cronología» de *Thoreau. Biografía esencial*, de Casado da Rocha, págs. 179-192.

18. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 179.

19. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 124.*

20. Thoreau, *Escribir*, págs. 74-75.

21. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 107.*

22. Stevenson, Escribir. Ensayos sobre literatura*, pág. 351.*

23. Stevenson, Escribir. Ensayos sobre literatura*, pág. 352.*

24. Stevenson, Escribir. Ensayos sobre literatura*, pág. 355.*

25. Woolf, Horas en una biblioteca*, pág. 116.*

26. Woolf, Horas en una biblioteca*, pág. 121.*

27. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 175.

28. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 264.

29. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 316.

30. Thoreau, *El Diario*, pág. 72.

31. Thoreau, *Walden*, pág. 176.

32. Thoreau, *Walden*, pág. 184.

33. Thoreau, *El Diario*, pág. 319.

34. Stevenson, Escribir. Ensayos sobre literatura*, pág. 353.*

35. Datos tomados de la «Cronología» de *Thoreau. Biografía esencial*, de Casado da Rocha, págs. 179-192.

36. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 87.*

ESCRITORES EN CONCORD

1. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 62.*

2. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 114.*

3. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 212.*

4. Thoreau, *El Diario*, pág. 300.

5. Thoreau, *Walden*, pág. 298.

6. Thoreau, *Walden*, pág. 298.

7. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 319-320.*

8. Emerson, *La conducta de la vida*, pág. 212.

9. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 251.*

10. *James,* La imaginación literaria*, pág. 25.*

11. Machado, *Prosas dispersas*, pág. 215.

12. Citado por Baker, *Emerson entre los excéntricos*, pág. 137.

13. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 196.*

14. *Manguel,* Una historia de la lectura*, pág. 306.*

15. Así, por ejemplo, lo refirió Jorge Luis Borges en una conferencia que incluyó en su libro *Otras inquisiciones* (1952).

16. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 256.*

17. Baker, *Emerson entre los excéntricos*, pág. 267. La nota, titulada «La sala de la fantasía», se publicó en *Pioneer* en febrero de 1843.

18. Emerson, *La conducta de la vida*, pág. 166.

19. Emerson, *La conducta de la vida*, pág. 270.

20. Emerson, *La conducta de la vida*, pág. 270.

21. *Hawthorne,* Musgos de una vieja casa parroquial*, pág. 9.*

22. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 335.*

23. *Emerson,* Hombres representativos*, pág. 53.*

24. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 22.

25. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 116.*

26. Tomado del preámbulo de Francisco Alexander, para *Hojas de hierba*, de Whitman, pág. 8.

27. Véase la carta a Edward Dowden, en Whitman, *Crónica de mí mismo*, pág. 155.

28. En el apéndice de *Pensamientos para el futuro*, de Emerson, págs. 133-134.

29. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 95.*

30. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 122.*

31. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 385.*

32. Thoreau, *El Diario*, pág. 168.

33. Thoreau, *El Diario*, pág. 169.

MISOGINIA, AMISTAD Y AMOR

1. Thoreau, *Diarios (Breve antología)*, págs. 33-34.

2. Thoreau, Diarios (Breve antología)*, pág. 35.*

3. Thoreau, *El Diario*, pág. 91.

4. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 320.*

5. Thoreau, *El Diario*, pág. 91.

6. Thoreau, *El Diario*, pág. 149.

7. Ferrer, «Galdós, en zapatillas», en *La Razón*, 28 de abril de 2016.

8. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 34.*

9. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 287.*

10. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, págs. 288-289.*

11. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 289.*

12. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 221.*

13. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 222.*

14. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 294.*

15. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 297.*

16. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 52.

17. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, págs. 49-50.

18. Thoreau, *El Diario*, pág. 46.

19. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 50.

20. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 52.

21. Citado por Alcoriza, en su introducción a *Walden*, pág. 13.

22. Thoreau, *Cape Cod*, pág. 28.

23. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 60.*

24. Thoreau, *Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 49, nota a pie.

25. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, págs. 51-60.*

26. Thoreau, *Walden*, pág. 255.

27. Thoreau, *El Diario*, pág. 185.

28. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 56.*

29. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 56.*

30. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 57.*

31. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 58.*

32. Thoreau, Diarios (Breve antología)*, pág. 52.*

33. Jonathan Ned Katz, en *Gay American History*, *Lesbians and Gay Men in the U.S.A*. (1976, con diversas reedicones hasta 1992), da ejemplos del amor de Thoreau por hombres y habla sobre los poemas que podría haber escrito pensando en su compañero de universidad Stearns Wheeler. Ver también: Walter Harding, autor del artículo «Thoreau's Sexuality», en *Journal of Homosexuality* (1991).

34. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 293.*

35. Entrevista realizada por Christopher Bram, publicada el 20 de junio de 2013, en www.lambdaliterary.org.

36. El poema en cuestión decía: «Lately, alas, I knew a gentle boy, / Whose features all were cast in Virtue's mould, / As one she had designed for Beauty's toy, / But after manned him for her own stronghold. // So was I taken unawares by this, / I quite forgot my homage to confess; / Yet now am forced to know, though hard it is, / I might have loved him, had I loved him less. // Each moment, as we nearer drew to each, / A stern respect withheld us farther yet, / So that we seemed beyond each other's reach, / And less acquainted than when first we met. / We two were one while we did sympathize, / So could we not the simplest bargain drive; / And what avails it now that we are wise, / If absence doth this doubleness contrive? // Eternity may not the chance repeat, / But I must tread my single way alone, / In sad remembrance that we once did meet, / And know that bliss irrevocably gone. // If I but love that virtue which he is, / Though it be scented in the morning air, / Still shall we be truest acquaintances, / Nor mortals know a sympathy more rare».

37. Oates, *The New York Times*, 1 de mayo de 1988.

38. Harding, The Days of Henry Thoreau*, pág. 104.*

39. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 122. Y Casado da Rocha,* Thoreau. Biografía esencial*, pág. 46.*

40. Libro publicado en Boston, págs. 110-128.

41. «Henry David Thoreau», en *Gay and Lesbian Literary Heritage* (1995).

42. En *The Gay & Lesbian Review*, 1 de septiembre de 2011.

43. Hennig, *De la amistad extrema*, pág. 13.

44. Hennig, *De la amistad extrema*, pág. 12.

45. Hennig, *De la amistad extrema*, pág. 13.

46. Bakewell, Cómo vivir. Una vida con Montaigne*, págs. 121-122.*

47. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 265.

48. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 266.

49. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 269.

50. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 245.

51. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 248.

52. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 248-249.

53. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 249.

54. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 250.

55. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 255.

56. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 264.

57. Thoreau, *El Diario*, pág. 154.

58. Se trata del poema de 1846 «Las dos linternas», de su obra *Doloras*.

59. Thoreau, *El Diario*, pág. 155.

EDUCACIÓN Y CULTURA

1. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 265.

2. Thoreau, *Un paseo invernal*, págs. 103-104.

3. Thoreau, *Un paseo invernal*, págs. 102-103.

4. Thoreau, *Walden*, pág. 71.

5. Thoreau, *Volar*, pág. 102.

6. Thoreau, *Volar*, pág. 108.

7. Thoreau, *Volar*, pág. 145.

8. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 70-71.

9. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 36.

10. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 122.*

11. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 43.

12. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 44.

13. Alcoriza, en su introducción a *Walden*, pág. 10.

14. Alcoriza, en su introducción a *Walden*, págs. 44-45.

15. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 123.*

16. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 118.*

17. Stevenson, Vivir. Ensayos personales y biógrafos*, pág. 88.*

18. Stevenson, Vivir. Ensayos personales y biógrafos*, pág. 90.*

19. Stevenson, Vivir. Ensayos personales y biógrafos*, pág. 91.*

20. Thoreau, *Walden*, pág. 230.

21. Thoreau, *Walden*, pág. 98.

22. Thoreau, *Walden*, págs. 146-147.

23. Thoreau, *Walden*, pág. 156.

24. Thoreau, *Walden*, pág. 146.

25. Thoreau, *Walden*, pág. 103.

26. Thoreau, *Walden*, pág. 104.

27. Thoreau, *Walden*, págs. 104-105.

28. Thoreau, *Walden*, pág. 152.

29. Thoreau, *Walden*, pág. 153.

30. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 376.*

31. Thoreau, *Walden*, pág. 154.

32. Thoreau, *Diarios (Breve antología)*, págs. 132-133.

33. Thoreau, *Walden*, pág. 155.

34. Thoreau, Diarios (Breve antología)*, pág. 150.*

35. Thoreau, *Diarios (Breve antología)*, págs. 131-132.

36. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 86.

37. Thoreau, *Diarios (Breve antología)*, págs. 151-152.

38. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 178.

39. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 338.

40. Thoreau, *Escribir*, págs. 84-85.

41. Thoreau, *Escribir*, pág. 89.

42. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 348.

43. Thoreau, *Escribir*, pág. 95.

44. Thoreau, *El Diario*, págs. 124-125.

ESCEPTICISMO SOCIAL. THOREAU FRENTE AL PODER
TRABAJO FRENTE A OCIOSIDAD

1. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 47.

2. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 48.

3. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 48.

4. Alcoriza, en su introducción a *Walden*, pág. 12.

5. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, págs. 48-49.

6. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 120-121.

7. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 58-59.*

8. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 51.*

9. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 56.*

10. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 57.*

11. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 52.*

12. *Stevenson,* Vivir. Ensayos personales y biógrafos*, pág. 85.*

13. Thoreau, *Walden*, pág. 119.

14. Thoreau, *Walden*, pág. 120.

15. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 55.*

16. Thoreau, *Walden*, pág. 245.

17. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 58.*

18. *Thoreau,* Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 22.*

19. *Thoreau,* Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 79.*

20. *Thoreau,* Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 78.*

21. *Thoreau,* Cartas a un buscador de sí mismo*, págs. 90-91.*

22. Thoreau, *Walden*, pág. 245.

23. Thoreau, *Walden*, pág. 158.

24. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 84.

25. Wulf, La invención de la naturaleza. El Nuevo Mundo de Alexander von Humboldt*, pág. 312.*

26. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, págs. 129-130.*

27. Thoreau, *El Diario*, pág. 311.

28. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 197.

29. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 105.

30. Thoreau, *El Diario*, pág. 69.

31. Thoreau, *El Diario*, pág. 310.

MATERIALISMO Y DINERO

1. Thoreau, *Walden*, pág. 256.

2. Matsumoto, Manual de limpieza de un monje budista*, pág. 5.*

3. Thoreau, *Walden*, págs. 156-157.

4. Thoreau, *Walden*, pág. 198.

5. Thoreau, *Walden*, pág. 89.

6. Thoreau, *Walden*, pág. 84.

7. Thoreau, *Walden*, pág. 106.

8. Thoreau, *Walden*, pág. 352.

9. Thoreau, *Walden*, pág. 126.

10. Thoreau, *Walden*, pág. 121.

11. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 54.*

12. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 55.*

13. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 56.*

14. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 124.*

15. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 119.*

16. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 130*

17. Poema «La danza de la muerte», en *Poeta en Nueva York*, pág. 141.

18. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 131.*

19. *Habla Walt Whitman*, págs. 29-30. Las cuatro fuentes de estas citas son: *With Walt Whitman in Camden*, de Horace Traubel; *Walt Whitman's Camden Conversations*, de Walter Teller; *Notes and Fragments*, de Richard Bucke; *Walt Whitman's Workshop*, de Clifton Joseph Furness.

20. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 60-61.*

21. *Stevenson,* Vivir. Ensayos personales y biógrafos*, págs. 79-81.*

22. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 326.

23. Thoreau, *Walden*, pág. 64.

24. Thoreau, *El Diario*, pág. 60.

25. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 61.*

26. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 63.*

RECHAZO A LAS INSTITUCIONES

1. *Thoreau,* Cartas a un buscador de sí mismo, *págs. 62-63.*

2. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 79.

3. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 60.

4. Le Roy y Dan, *La vida sublime*, pág. 83.

5. *Woolf,* Horas en una biblioteca*, pág. 122.*

6. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 76.*

7. Thoreau, *Un yanqui en Canadá*, pág. 31.

8. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 82-83.*

9. Thoreau, Sobre el deber de la desobediencia civil*, pág. 22.*

10. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 71.*

11. Thoreau, *El Diario*, pág. 351.

12. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 402.*

13. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 405.*

14. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 402.*

15. Thoreau, *El Diario*, pág. 355.

16. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 47.*

17. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 85.*

18. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 127.

19. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 79-80.*

20. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 124.

21. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 70-71.*

22. Thoreau, *Walden*, pág. 141.

23. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 31.*

24. Thoreau, *Diarios (Breve antología)*, págs. 127-128.

25. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 176.

26. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 98.*

27. Thoreau, *Diarios (Breve antología)*, págs. 125-126.

28. Thoreau, *Un yanqui en Canadá*, pág. 19.

29. Alfonso, en su introducción a *Ensayos*, de Emerson, pág. 12.

30. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 68.

31. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 76.

32. Thoreau, *El Diario*, pág. 151.

33. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 76.

34. Thoreau, *Diarios (Breve antología)*, págs. 126-127.

35. Thoreau, Diarios (Breve antología)*, pág. 128.*

36. Thoreau, Diarios (Breve antología)*, pág. 51.*

37. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 67.*

38. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 125.

39. Thoreau, *El Diario*, pág. 182.

40. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 126.

41. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 127.

42. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 125-126.

ERRORES DEL VIVIR MODERNO

1. *Wilde,* Impresiones de Yanquilandia*, pág. 32.*

2. *Wilde,* Impresiones de Yanquilandia*, págs. 50-51.*

3. *Thoreau,* Diarios (Breve antología)*, pág. 127.*

4. *Wilde,* Impresiones de Yanquilandia*, pág. 16.*

5. Thoreau, *Walden*, pág. 105.

6. *Wilde,* Impresiones de Yanquilandia*, págs. 17-18.*

7. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 61.

8. *Killick,* Los Estados Unidos de América*, pág. 110.*

9. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 62.

10. La traducción es de Luis González, en Thoreau, *El manantial. Escritos reformadores*, pág. 47. El texto de Thoreau es «El Paraíso (para ser) recuperado», y fue publicado en noviembre de 1843, en *The United States Magazine and Democratic Review*. El traductor señala que el título es un guiño a la obra de John Milton *El paraíso recobrado*.

11. Thoreau, El manantial. Escritos reformadores*, págs. 48-49.*

12. Thoreau, El manantial. Escritos reformadores*, pág. 49.*

13. Thoreau, El manantial. Escritos reformadores*, págs. 51-52.*

14. Thoreau, El manantial. Escritos reformadores*, págs. 73-74.*

15. Thoreau, El manantial. Escritos reformadores*, pág. 80.*

16. Thoreau, El manantial. Escritos reformadores*, pág. 81.*

17. Thoreau, El manantial. Escritos reformadores*, pág. 82.*

18. Aquel texto tenía una historia muy particular detrás. La revista *Fortune* había encargado un reportaje a Agee y Evans sobre los agricultores de un condado de Alabama en 1936, pero nunca fue publicado. En el año 2005, cincuenta después de la muerte de escritor, se encontró el manuscrito original con la etiqueta «Algodoneros», toda una pieza maestra de crónica periodística con fuerza literaria. En todo caso, aquel viaje serviría para que los autores publicaran en 1941 el libro *Ahora elogiemos a hombres famosos*, una versión muchísimo más extensa que aquel reportaje inédito en su momento.

19. *Agee,* Algodoneros. Tres familias de arrendatarios*, pág. 13.*

20. Thoreau, *Walden*, págs. 63-64.

21. Thoreau, *Walden*, pág. 139.

22. Thoreau, *Walden*, págs. 140-141.

23. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 127.

24. Thoreau, *Un paseo invernal*, págs. 58-59.

25. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 73-74.*

26. Thoreau, *Walden*, pág. 153.

27. *Emerson,* Pensamientos para el futuro*, pág. 122.*

28. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 72.*

29. Thoreau, *El Diario*, pág. 176.

30. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 69.*

31. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 123.

32. Thoreau, *Walden*, pág. 62.

33. *Thoreau,* Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 87.*

34. *Thoreau,* Cartas a un buscador de sí mismo*, págs. 85-86.*

35. Thoreau, *Walden*, pág. 79.

36. Thoreau, *Walden*, págs. 68-69.

37. Thoreau, *Walden*, pág. 73.

38. Thoreau, *Walden*, pág. 75.

39. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 75.*

40. Thoreau, *Walden*, pág. 87.

41. Thoreau, *Walden*, pág. 63.

42. Thoreau, *Walden*, pág. 83.

43. Thoreau, *Walden*, pág. 351.

44. Thoreau, *Walden*, pág. 68.

45. Chesterton, *Enormes minucias*, pág. 23.

46. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 106.

47. Thoreau, *Walden*, pág. 349.

48. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 121.

49. Thoreau, *Walden*, págs. 142-143.

50. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 152.*

51. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 272-273.

52. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 47.*

53. Thoreau, *El Diario*, págs. 102-103.

54. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 123.

55. Palabras de Miguel Silveira, especialista en Psicología Clínica y divulgador en medios televisivos y de prensa escrita de asuntos que tienen que ver con la terapia de conducta. *El psicólogo de cabecera*, pág. 330.

(PARÉNTESIS DE ARTE. THOREAU, LECTOR Y ESCRITOR)

1. Tomado del epígrafe que usa James Wood en *Lo más parecido a la vida*, pág. 11, del texto de Eliot «The Natural History of German Life».

2. Thoreau, *Walden*, pág. 149.

3. Tomado de Richardson, *Primero leemos, después escribimos*, pág. 22, a su vez recogido de *Journals and Miscellaneous Notebooks of Ralph Waldo Emerson* (16 vols.), Cambridge, Harvard University Press, 1960-1982, vol. 8, pág. 254.

4. Emerson, *La conducta de la vida*, pág. 241.

5. Emerson, Pensamientos para el futuro*, pág. 124.*

6. Alcoriza, en su introducción de *Ensayos*, de Emerson, pág. 13.

7. Alcoriza, en su introducción de *Ensayos*, de Emerson, pág. 12.

8. Beecher Stowe, *La cabaña del tío Tom*, pág. 42.

9. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 101-102.

10. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 93.

11. Thoreau, *Walden*, págs. 147-148.

12. Thoreau, *Walden*, págs. 61-62.

13. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 72.

14. Thoreau, *Walden*, págs. 151-152.

15. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 89.

16. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 89-90.

17. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 96-97.

18. Thoreau, *Escribir*, pág. 37.

19. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 318.

20. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 90.

21. Thoreau, *Walden*, pág. 147.

22. Thoreau, *Walden*, pág. 147.

23. Thoreau, *Walden*, pág. 149.

24. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 212.

25. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 89.

26. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 89.

27. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 94.

28. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 95-96.

29. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 94.

30. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 94-95.

31. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 95.

32. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 106.

33. Richardson, Primero leemos, después escribimos*, pág. 62.*

34. Thoreau, *Escribir*, pág. 60.

35. Thoreau, *El Diario*, págs. 168-169.

36. Whitman, *Habla Walt Whitman*, pág. 73.

37. Whitman, *Habla Walt Whitman*, pág. 71.

38. Thoreau, *Escribir*, pág. 35.

39. Thoreau, *Escribir*, pág. 32.

40. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 13-14.

41. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 103.

42. Thoreau, *Walden*, págs. 148-149.

43. Thoreau, *Escribir*, pág. 28.

44. Thoreau, *Escribir*, pág. 40.

45. Thoreau, *Escribir*, pág. 64.

46. Thoreau, *Escribir*, pág. 63.

47. Strinberg, «La irradicación y la extensión del alma. Observaciones de la naturaleza», en *Una mirada al Universo*, pág. 173.

48. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 22.

49. Damion Searls, en su antología del diario, *The Journal (1837-1861)*, da cuenta de esta primera edición, preparada por Bradford Torrey y Francis H. Allen. En 1984, se incluiría «un volumen que se creía perdido y que había sido publicado anteriormente por Perry Miller en 1958, con el título de *Consciousness in Concord*. La edición definitiva se está haciendo en dieciséis volúmenes dentro de la serie "The Writings of Henry D. Thoreau" (Princeton University Press)». Ver Thoreau, *El Diario*, págs. 27-28.

50. Thoreau, *El Diario*, págs. 13-14. Cabe decir que es una selección de sus páginas más personales, una síntesis del autor a lo largo de 350 páginas (sería un 10 % del total).

51. Thoreau, *El Diario*, pág. 14.

52. Thoreau, Diarios (Breve antología)*, pág. 9.*

53. Thoreau, *El Diario*, págs. 57-58.

54. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 308.

55. Thoreau, *El Diario*, pág. 12.

56. Thoreau, *El Diario*, págs. 164-165.

57. Thoreau, *Escribir*, pág. 62.

58. Thoreau, *Escribir*, pág. 35.

59. Thoreau, *El Diario*, pág. 59.

60. Thoreau, *El Diario*, pág. 225.

61. Thoreau, *Escribir*, pág. 78.

62. Whitman, *Habla Walt Whitman*, pág. 71.

63. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 75.

64. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 129.*

65. Thoreau, Diarios (Breve antología)*, pág. 55.*

66. Thoreau, *Walden*, pág. 74.

67. Thoreau, *Escribir*, pág. 25.

68. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 70.

69. Thoreau, *Diarios (Breve antología)*, págs. 55-56.

70. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 74.

71. Thoreau, *El Diario*, pág. 61.

72. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 105.

73. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 281-282.

74. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 96.

75. Whitman, *Habla Walt Whitman*, pág. 71.

ESPÍRITU. THOREAU HACIA SÍ MISMO
SENCILLEZ Y SINCERIDAD

1. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 152.

2. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 74-75.

3. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 237.*

4. Alfonso, en su introducción a *Ensayos*, de Emerson, pág. 12.

5. Bremmer, El concepto del alma en la antigua Grecia *(1983).*

6. Strindberg, *Una mirada al Universo*, pág. 173.

7. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 210.

8. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 42.*

9. Thoreau, *El Diario*, pág. 356.

10. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 103-104.

11. Thoreau, *El Diario*, pág. 50.

12. Thoreau, *Walden*, págs. 138-139.

13. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 68.*

14. Thoreau, *El Diario*, pág. 324.

15. Thoreau, *Walden*, pág. 184.

16. Thoreau, *Walden*, pág. 91.

17. Thoreau, *Walden*, págs. 98-100.

18. Thoreau, *Walden*, pág. 87.

19. Thoreau, *Walden*, pág. 101.

20. Thoreau, *Walden*, pág. 116.

21. Thoreau, *Walden*, pág. 117.

22. Thoreau, *Walden*, pág. 251.

23. Thoreau, *Walden*, pág. 114.

24. Cada uno de ellos tiene otro aspecto común: el suicidio. Antístenes, fundador de la escuela cínica tras alejarse de las ideas de su maestro Sócrates, se apuñala cuando ronda los 80 años, en el 366 a. C. En 324 a. C., a los 90 años, su discípulo Diógenes de Sínope se enrolla en su manta y deja de respirar. Otra versión sostiene que fue devorado por los perros con los que compartía un pulpo, después de un ataque de cólicos al comerse crudo al animal. Crates de Tebas —que solía copular en público con Hiparquia, su mujer, la cual había amenazado a su familia rica con suicidarse si no se le permitía convivir con el filósofo—, cede el testigo de su pensamiento a Zenón, también futuro suicida (al salir de su escuela estoica de Atenas, tropieza y, enfadado, se dirige a la tierra: «Ya voy, ¿por qué me llamas?», dice antes de estrangularse), y se envenena a los 80 años, en 285 a. C.

25. Howatson, Diccionario abreviado de la literatura clásica *(1989), pág. 165.*

26. Thoreau, *Walden*, pág. 71.

27. Thoreau, *Walden*, pág. 109.

28. Thoreau, *Walden*, pág. 120.

29. Thoreau, *Walden*, pág. 127.

30. Thoreau, *Walden*, pág. 251.

31. Thoreau, *Walden*, pág. 205.

32. Thoreau, *Walden*, pág. 212.

33. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 42.

34. Thoreau, *Cape Cod*, pág. 40.

35. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, págs. 16-17.*

36. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 27.*

37. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 55.*

38. Thoreau, *Escribir*, págs. 36-37.

39. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 145.

40. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 290.

41. Thoreau, *El Diario*, pág. 89.

42. Thoreau, *El Diario*, pág. 354.

43. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 160.*

44. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 124.

45. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 593.*

46. Thoreau, *Escribir*, pág. 43.

47. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, págs. 64-65.*

48. Thoreau, *Walden*, págs. 122-123.

49. Thoreau, *Walden*, págs. 124-125.

50. Thoreau, *Walden*, pág. 125.

51. Thoreau, *Walden*, pág. 254.

52. Alcott, *Mujercitas*, pág. 33.

53. Alcott, *Mujercitas*, pág. 35.

54. Alcott, *Mujercitas*, pág. 80.

55. Thoreau, *Walden*, pág. 351.

56. Thoreau, *Walden*, págs. 353-354.

57. Emerson, *Hombres representativos*, pág. 125.

58. Emerson, Hombres representativos*, pág. 11.*

59. Emerson, Hombres representativos*, pág. 15.*

60. Emerson, Hombres representativos*, pág. 61.*

61. Emerson, Hombres representativos*, pág. 51.*

62. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 317.

63. Emerson, Hombres representativos*, pág. 17.*

64. Thoreau, *Cape Cod*, págs. 99-100.

65. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 33.*

66. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 87.*

67. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, págs. 74-75.*

68. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 134.

69. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 62.

70. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 76.*

71. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 288.

72. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 132.

TRASCENDENTALISMO Y *CARPE DIEM*

1. Aspectos tomados de las introducciones de los libros *Meditaciones. Enseñanzas para una conducta moral*, de Marco Aurelio, en edición de José Ignacio Díez-Fernández y Luisa Fernanda Aguirre de Cárcer, y *Pensamiento estoico*, que incluye una selección de textos de Epicteto, Séneca y Marco Aurelio, en edición de Eduardo Gil Bera.

2. Marco Aurelio, *Meditaciones*, pág. 203.

3. Emerson, Pensamientos para el futuro*, págs. 10-11.*

4. Emerson, Pensamientos para el futuro*, pág. 134.*

5. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, págs. 93-94.*

6. Emerson, Pensamientos para el futuro*, pág. 10.*

7. Alfonso, en su introducción a *Ensayos*, de Emerson, pág. 11.

8. Thoreau, *Escribir*, pág. 30.

9. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 34.*

10. Marco Aurelio, *Meditaciones*, pág. 27.

11. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 41.*

12. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 51.*

13. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 266.

14. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 251.

15. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 28.*

16. Thoreau, *Walden*, pág. 138.

17. Thoreau, *Walden*, pág. 247.

18. Thoreau, Diarios (Breve antología)*, pág. 32.*

19. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 165.

20. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 65.*

21. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 66.*

22. Thoreau, *Escribir*, pág. 91.

23. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 118.*

24. Thoreau, *Walden*, págs. 252-253.

25. Thoreau, *Walden*, pág. 356.

26. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 327.

27. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 63.

28. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 65.

29. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 75.

30. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 76.

31. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 74.*

32. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 146.

33. Baker, Emerson entre los excéntricos*, págs. 477-478.*

34. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 573.*

35. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 377.*

36. Baker, Emerson entre los excéntricos*, págs. 377-378.*

37. Thoreau, *El Diario*, pág. 234.

38. Thoreau, *Walden*, págs. 338-339.

39. Thoreau, *El Diario*, pág. 305.

40. Thoreau, *Volar*, pág. 119.

41. Thoreau, *Walden*, pág. 73.

42. El original griego de los *Aforismos* (I, 1) de Hipócrates es: *Ὁ βίος βραχὺς, ἡ δὲ τέχνη μακρὴ, ὁ δὲ καιρὸς ὀξὺς, ἡ δὲ πεῖρα σφαλερὴ, ἡ δὲ κρίσις χαλεπή*, y pasó al latín de esta manera: *Vita brevis, ars longa, occasio praeceps, experimentum periculosum, iudicium difficile*, es decir, «la vida es breve, el arte, largo; la ocasión, fugaz; la experiencia, confusa; el juicio, difícil».

43. Thoreau, *Escribir*, pág. 62.

44. Thoreau, *Un paseo invernal*, págs. 113-114.

45. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 18.*

46. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 74.*

47. Thoreau, *Diarios (Breve antología)*, págs. 111-112.

48. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 327.

49. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 350-351.

50. Thoreau, *El Diario*, pág. 127.

51. Thoreau, *El Diario*, pág. 178.

52. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 118.*

53. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 115.

54. Stevenson, Vivir. Ensayos personales y biógrafos*, págs. 125-126.*

55. Stevenson, Vivir. Ensayos personales y biógrafos*, pág. 128.*

56. Wulf, *La invención de la naturaleza. El Nuevo Mundo de Alexander von Humboldt*, pág. 311. La autora toma la fuente de una carta de Thoreau a Isaiah Thomas (14 de marzo de 1842), extraída de *The Correspondance of Henry David Thoreau*, Nueva York, New York University Press, 1958, pág. 66.

57. Montaigne, *Los ensayos*, pág. 93.

58. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 477.*

59. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 520.*

60. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 511.*

CONFIANZA EN UNO MISMO

1. Montaigne, *Ensayos*, pág. 70.

2. Emerson, *La conducta de la vida*, pág. 159 y págs. 184-185.

3. Emerson, *Ensayos* (traducción de Alfonso), pág. 64.

4. Emerson, *La conducta de la vida*, pág. 161.

5. Bloom, *Genios*, pág. 420.

6. Emerson, *Ensayos* (traducción de Alfonso), pág. 69.

7. *The Poets of Transcendentalism: An Anthology*, de 1903, compilación de George Willis Cooke.

8. Baker, Emerson entre los excéntricos*, págs. 410-411.*

9. Baker, Emerson entre los excéntricos*, págs. 316-317.*

10. «Martha Hunt in Her Own Words», en *The Thoreau Society Bulletin* (n.º 255, verano de 2006, págs. 10-12).

11. Thoreau, *Walden*, págs. 64-65.

12. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 124.

13. Baker, Emerson entre los excéntricos*, págs. 504-505.*

14. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 94.*

15. Thoreau, *Walden*, pág. 121.

16. Thoreau, *Walden*, pág. 143.

17. Thoreau, *Walden*, pág. 144.

18. Thoreau, *Walden*, págs. 349-350.

19. Thoreau, *Walden*, pág. 353.

20. Thoreau, *Walden*, pág. 66.

21. Thoreau, *Walden*, pág. 158.

22. Thoreau, *Walden*, pág. 344.

23. Thoreau, *Walden*, pág. 345.

24. Thoreau, *Walden*, pág. 349.

25. Thoreau, *Walden*, pág. 100.

26. Thoreau, *Walden*, págs. 347-348.

27. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 23.*

28. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 24.

29. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 10.

30. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 58.*

31. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 49-50.*

32. Thoreau, *El Diario*, pág. 111.

33. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 62.*

34. Thoreau, *Un paseo invernal*, págs. 112-113.

35. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 43.*

36. Thoreau, *Walden*, pág. 352.

37. Thoreau, *Escribir*, págs. 48-49.

38. Thoreau, *Escribir*, pág. 50.

39. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 186.

40. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 24.*

41. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 34.*

42. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 73.*

43. Thoreau, *Cartas a un buscador de sí mismo*, págs. 60, 81, 94, 95, 146, 152 y 153.

44. Thoreau, *El Diario*, pág. 158.

45. Thoreau, *Escribir*, pág. 46.

46. Thoreau, *Escribir*, pág. 45.

47. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 174.

48. Thoreau, *Escribir*, pág. 50.

VIVIR LA NATURALEZA

1. Horacio, *Obras completas*, pág. 139.

2. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 132.*

3. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 69.*

4. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 84.

5. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 85.

6. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 79.

7. Correspondiente a *Sobre los deberes* (III, viii), extraído de *Ética para cada día*, pág. 123.

8. Cicerón, *Ética para cada día*, pág. 10.

9. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 297-298.

10. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 204.

11. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 349.

12. Thoreau, *Volar*, pág. 22.

13. Thoreau, *Colores de otoño*, pág. 55.

14. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 70.

15. Wilde, La decadencia de la mentira*, págs. 11-13.*

16. Chesterton, *Alarmas y digresiones*, pág. 12.

17. Thoreau, Diarios (Breve antología)*, pág. 92.*

18. Thoreau, *Colores de otoño*, pág. 17.

19. Thoreau, *Colores de otoño*, págs. 32-33.

20. Thoreau, *Colores de otoño*, págs. 44-45.

21. Thoreau, *Colores de otoño*, pág. 57.

22. Thoreau, *Colores de otoño*, pág. 55.

23. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 30.

24. Thoreau, *Colores de otoño*, pág. 72.

25. Thoreau, *Escribir*, pág. 53.

26. Thoreau, *Colores de otoño*, pág. 71.

27. Thoreau, *El Diario*, pág. 117.

28. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 281.

29. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 324.

30. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 325.

31. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 325.

32. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 334.

33. Thoreau, *El Diario*, pág. 112.

34. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 353-354.

35. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 357.

36. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 81.

37. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 115.

38. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 15.

39. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 165.

40. Thoreau, *Un paseo invernal*, págs. 99-100.

41. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 146.

42. Bloom, *Genios*, pág. 423.

43. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 115.

44. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 17.

45. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 209.

46. Thoreau, *Un paseo invernal*, págs. 22-23.

47. Thoreau, *El Diario*, pág. 120.

48. Thoreau, *El Diario*, pág. 317.

49. Thoreau, *Colores de otoño*, pág. 49.

50. Thoreau, Diarios (Breve antología)*, pág. 135.*

51. Thoreau, *Colores de otoño*, pág. 52.

52. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 47.

53. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 46.*

54. Thoreau, *El Diario*, pág. 62.

55. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 280-281.

56. Thoreau, *El manantial*, pág. 86.

57. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 157.*

58. Thoreau, *Volar*, pág. 65.

59. Thoreau, *El Diario*, pág. 354.

60. Thoreau, *El Diario*, pág. 52.

61. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 226.

EXPERIENCIAS. THOREAU EN ACCIÓN
LA LAGUNA DE WALDEN

1. Stevenson, Escribir. Ensayos sobre literatura*, pág. 357.*

2. Thoreau, *Diarios (Breve antología)*, págs. 16-17.

3. Thoreau, *El Diario*, pág. 62.

4. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 228.

5. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 310.*

6. Auster, *Brooklyn Follies*, pág. 23.

7. Auster, *Brooklyn Follies*, pág. 24.

8. Thoreau, *Walden*, pág. 72.

9. Machado, Prosas dispersas (1893-1936)*, pág. 216.*

10. Thoreau, *Walden*, pág. 138.

11. Thoreau, *Walden*, pág. 187.

12. Thoreau, *Walden*, pág. 196.

13. Thoreau, *Walden*, pág. 195.

14. Thoreau, *Walden*, págs. 174-175.

15. Thoreau, *Walden*, pág. 178.

16. Thoreau, *Walden*, págs. 180-181.

17. Thoreau, *Walden*, pág. 211.

18. Thoreau, *Walden*, pág. 227.

19. Thoreau, *Walden*, pág. 231.

20. Thoreau, *Walden*, pág. 182.

21. Thoreau, *Walden*, pág. 244.

22. Thoreau, *Walden*, pág. 82.

23. Thoreau, *Walden*, pág. 336.

24. Thoreau, *Walden*, pág. 93.

25. Thoreau, *Walden*, pág. 96.

26. Thoreau, *Walden*, pág. 102.

27. Thoreau, *Walden*, pág. 16.

28. Thoreau, *Walden*, pág. 272.

29. Thoreau, *Walden*, págs. 107-108.

30. Thoreau, *Walden*, pág. 112.

31. Thoreau, *Walden*, pág. 280.

32. Thoreau, *Walden*, pág. 282.

33. Thoreau, *Walden*, pág. 284.

34. Thoreau, *Walden*, pág. 275.

35. Thoreau, *Walden*, pág. 208.

36. Thoreau, *Walden*, pág. 208.

37. Thoreau, *Walden*, pág. 137.

38. Thoreau, *Walden*, pág. 130.

39. Thoreau, *Walden*, pág. 210.

40. Thoreau, *Walden*, pág. 297.

41. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 313.*

42. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 417.*

43. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 105.

44. Thoreau, *Walden*, pág. 33.

45. Abbey, El solitario del desierto. Una temporada en los cañones*, págs. 8-9.*

46. Sobre Abbey y Dillard, ver págs. 264-265 de *Literature. The American Experience*, Prentice Hall, Nueva Jersey, 1996.

47. Stevenson, Escribir. Ensayos sobre literatura*, pág. 357.*

48. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 499.*

49. Woolf, Horas en una biblioteca*, pág. 120.*

50. Auster, La trilogía de Nueva York*, pág. 177.*

51. Auster, La trilogía de Nueva York*, pág. 177.*

52. Auster, La trilogía de Nueva York*, pág. 178.*

53. Doyle, Sherlock Holmes anotado: Relatos I*, pág. 305.*

54. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 507.*

55. Thoreau, *Walden*, pág. 347.

56. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 113.

57. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 114.

58. Auster, *Brooklyn Follies*, pág. 24.

DESOBEDIENCIA Y CÁRCEL

1. Thoreau, *Walden*, págs. 211-212.

2. Casado da Rocha, en su introducción a *Sobre el deber de la desobediencia civil*, de Thoreau, pág. VIII.

3. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 317.*

4. Casado da Rocha, en su introducción a *Sobre el deber de la desobediencia civil*, de Thoreau, pág. VIII.

5. Casado da Rocha, en su introducción a *Sobre el deber de la desobediencia civil*, de Thoreau, pág. IX.

6. Baker, Emerson entre los excéntricos*, págs. 317-318.*

7. Thoreau, *Walden*, pág. 212.

8. Casado da Rocha, en su introducción a *Sobre el deber de la desobediencia civil*, de Thoreau, pág. XVI.

9. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 318.*

10. Le Roy y Dan, *Thoreau. La vida sublime*, pág. 84.

11. Thoreau, *El manantial*, pág. 105.

12. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 105.*

13. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 105.*

14. Casado da Rocha, en su introducción a *Sobre el deber de la desobediencia civil*, de Thoreau, pág. XV.

15. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 106.*

16. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 86-87.*

17. Thoreau, *Sobre el deber de la desobediencia civil*, introducción, pág. 43. Casado da Rocha toma el texto de la biografía *Henry David Thoreau: A Man for All Seasons*, de Douglas T. Miller (1991, pág. 88).

18. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 118.*

19. Salt, Life of Henry David Thoreau*, pág. 147.*

20. Altamirano, «Influencia de Henry D. Thoreau en Mahatma Gandhi y Martin Luther King, Jr.», pág. 41.

21. *Tolstói,* El reino de Dios está en vosotros, *pág. 12.*

22. *Tolstói,* El reino de Dios está en vosotros, *pág. 10.*

23. *Tolstói,* El reino de Dios está en vosotros, *págs. 20-21.*

24. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos, *pág. 82.*

25. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos, *pág. 91.*

26. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos, *pág. 92.*

27. *Borges,* El palabrista, Borges visto y oído, *pág. 69.*

28. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos, *pág. 87.*

29. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos, *pág. 91.*

30. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos, *pág. 90.*

31. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos, *pág. 93.*

32. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos, *pág. 119.*

33. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos, *pág. 96.*

34. Tolstói, *Correspondencia*, pág. 655.

35. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos, *pág. 102.*

36. *Berman,* Las raíces del fracaso americano*, pág. 34.*

37. *Berman,* Las raíces del fracaso americano*, pág. 20.*

38. *Thoreau,* Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 68.*

39. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 97-98.*

40. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 99.*

41. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 101.*

42. *Tolstói,* El reino de Dios está en vosotros*, pág. 26.*

43. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 103.*

44. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 110.*

45. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 110.*

46. Casado da Rocha, en su introducción a *Sobre el deber de la desobediencia civil*, de Thoreau, pág. XVII.

47. Thoreau, *El Diario*, pág. 73.

48. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 106.*

49. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 114-115.*

50. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 106-107.*

51. Se la hizo Jeanne McCullough para el número 98, invierno de 1985.

52. La fuente aludida es «Henry David Thoreau», en L. Unger (ed.), *American Writers, A Collection of Literary Biographies*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, vol. 4, págs. 167-189; y las palabras de James están en las notas del «Dossier» de *Sobre el deber de la desobediencia civil*, págs. 51-52.

53. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 111.*

54. Thoreau, Sobre el deber de la desobediencia civil*, pág. 44.*

55. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 105.

56. Baker, *Emerson entre los excéntricos*, pág. 281. Al ver la neurastenia de Channing, «Hawthorne, con manifiesta aversión, dijo de él que era un "pánfilo" —"apenas llega a idiota"—, a quien deberían haber "azotado a menudo y sonoramente en la infancia"».

ESCLAVITUD Y GUERRA

1. Temperley, Los Estados Unidos de América*, pág. 69.*

2. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 99.*

3. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 101.*

4. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 100.*

5. Casado da Rocha, en su introducción a *Sobre el deber de la desobediencia civil*, de Thoreau, pág. XX.

6. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 283.*

7. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 284.*

8. Thoreau, *Walden*, pág. 194.

9. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, págs. 435-436.*

10. Thoreau, *El Diario*, pág. 137.

11. Manuel, en su introducción a *La cabaña del tío Tom*, de Beecher Stowe, pág. 27.

12. Beecher Stowe, *La cabaña del tío Tom*, introducción, págs. 35-36.

13. Manuel, en su introducción a *La cabaña del tío Tom*, de Beecher Stowe, pág. 62.

14. Manuel, en su introducción a *La cabaña del tío Tom*, de Beecher Stowe, pág. 88.

15. Thoreau, *El Diario*, pág. 317.

16. Thoreau, *El Diario*, págs. 354-355.

17. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 434.*

18. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 121.*

19. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 123.*

20. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 129.*

21. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 131-132.*

22. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 132.*

23. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 133-134.*

24. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 134.*

25. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 136.*

26. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 136.*

27. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 137-138.*

28. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 139.*

29. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 144.*

30. *Thoreau,* Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 145.*

31. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, pág. 440.*

32. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, págs. 440-441.*

33. *Baker,* Emerson entre los excéntricos*, págs. 447-448.*

34. Coy, en su introducción a *Desobediencia civil y otros escritos*, de Thoreau, págs. 33-34.

35. Baker, Emerson entre los excéntricos*, págs. 450-451.*

36. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 151.*

37. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 155.*

38. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 156.*

39. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 158.*

40. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 161.*

41. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 162.*

42. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 163.*

43. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 175.*

44. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, págs. 178-179.*

45. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 179.*

46. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 180.*

47. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 184.*

48. Thoreau, Desobediencia civil y otros escritos*, pág. 188, nota a pie.*

49. Whitman, *Redobles de tambor*, pág. 177.

50. Whitman, *Hojas de hierba*, págs. 719 y 721.

51. Villar Raso, en su introducción a *Redobles de tambor*, de Whitman, págs. 9-10.

52. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 499.*

53. Coy, en nota a pie de *Desobediencia civil y otros escritos*, de Thoreau, pág. 167.

54. Lincoln y Marx, *Guerra y emancipación*, pág. 129.

55. De Francisco, en su introducción a Lincoln y Marx, *Guerra y emancipación*, pág. 11.

56. Lincoln y Marx, *Guerra y emancipación*, pág. 71.

57. Lincoln y Marx, *Guerra y emancipación*, pág. 207.

58. Baker, Emerson entre los excéntricos*, págs. 526-527.*

59. Villar Raso, en su introducción a *Redobles de tambor*, de Whitman, pág. 20.

60. Alexander, en su introducción a *Hojas de hierba*, de Whitman, pág. 8.

61. Whitman, *Hojas de hierba*, pág. 25.

62. Whitman, *Redobles de tambor*, pág. 299.

63. Naranjo Gutiérrez y Torres García, nota a pie en *Crónica de mí mismo*, de Whitman, pág. 60.

64. Whitman, *Crónica de mí mismo*, pág. 47.

65. Whitman, *Crónica de mí mismo*, pág. 100.

66. El libro en español del que disponemos a este respecto, *Perspectivas democráticas y otros escritos*, aúna, por un lado, el ensayo de setenta y cinco páginas «Perspectivas democráticas», y por el otro, una gran serie de pequeños textos titulada «Días cruciales de América».

67. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 504.*

68. Baker, Emerson entre los excéntricos*, págs. 504-505.*

69. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 122.

CAMINAR CADA DÍA

1. Thoreau, *Un paseo invernal*, págs. 52-53.

2. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 127.

3. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 128.

4. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 78.

5. Thoreau, *Walden*, pág. 85.

6. Thoreau, *Walden*, pág. 87.

7. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 126.*

8. Thoreau, *Los bosques de Maine*, págs. 149-150.

9. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 116.

10. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 9.

11. Thoreau, *Diarios (Breve antología)*, págs. 102-103.

12. Thoreau, *Cape Cod*, pág. 41.

13. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 56.

14. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 91.

15. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 29.*

16. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 57.

17. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 50.

18. Thoreau, *Un paseo invernal*, págs. 47-48.

19. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 58.

20. Solnitt, Wanderlust. Una historia del caminar*, pág. 26.*

21. Solnitt, Wanderlust. Una historia del caminar*, pág. 27.*

22. Solnitt, Wanderlust. Una historia del caminar*, pág. 23.*

23. Thoreau, *Un paseo invernal*, págs. 49-50.

24. Thoreau, *Un paseo invernal*, págs. 54-55.

25. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 134.*

26. Stevenson, *Viajar. Ensayos sobre viajes*, pág. 34. Se trata del texto «Walking Tours», publicado en *Cornhill Magazine* e incluido después en *Virginibus Puerisque* (1881).

27. Tomado de *Elogio del caminar*, pág. 40, de David Le Breton, que a su vez usa la edición francesa del *Journal (1837-1861)*, Les Presses d'Aujourd'hui, París, 1981, pág. 106.

28. Melville, *Cartas a Hawthorne*, págs. 10-11. Hawthorne se acababa de trasladar a Lenox por una mala experiencia en Salem al ser despedido de la aduana por motivos de un cambio de administración política; en concreto, se instala en una granja en las colinas de los Berkshires, teniendo a unos nueve kilómetros la casa de Melville, de modo que éste le haría visitas montado en su caballo, como recoge el diario de Hawthorne *Veinte días con Julian y Conejito*, escrito en ausencia de su mujer para dejar plasmadas las cosas que hacía con su hijo, entre ellas salir a pasear continuamente.

29. Borges, *Obras completas II*, pág. 49.

30. Wulf, La invención de la naturaleza: El Nuevo Mundo de Alexander von Humboldt*, pág. 218.*

31. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 55.

32. Wordsworth, *El preludio*, págs. 48-49.

33. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 66.

34. Thoreau, *Un paseo invernal*, pág. 67-71.

35. Solnitt, Wanderlust. Una historia del caminar*, pág. 23.*

36. Thoreau, *Un yanqui en Canadá*, pág. 201.

37. Thoreau, *Un yanqui en Canadá*, pág. 9.

38. Whitman, *Diario de Canadá*, pág. 41. El libro se publicaría póstumamente, como dice el traductor, Antonio Fernández Díez, que compuso el libro a partir de dos bloques, el diario propiamente dicho, «y el material extraído de los otros diarios y cuadernos en los que Whitman se refiere esencialmente a la política de su época y cuestiona el lugar de Estados Unidos en América y en el mundo». De ahí que podamos leer en el mismo volumen algunas notas sobre su presencia en el trigésimo séptimo Congreso de Estados Unidos o seguir sus pasos por Boston o Nueva York.

39. Whitman, *Diario de Canadá*, págs. 42 y 58.

40. Fernández Díez, en nota a pie en *Diario de Canadá*, de Whitman, pág. 64.

41. Whitman, *Diario de Canadá*, pág. 85.

42. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 166.

43. Thoreau, *Un yanqui en Canadá*, págs. 37-38.

44. Wilde, Oscar Wilde. Una vida en cartas*, págs. 116-117.*

45. Wilde, Oscar Wilde. Una vida en cartas*, págs. 94-95.*

46. Wilde, Oscar Wilde. Una vida en cartas*, pág. 106.*

47. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 286.

48. Thoreau, *Walden*, págs. 105-106.

49. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 286.

50. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 141.*

51. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, pág. 129.

52. Casado da Rocha, *Thoreau. Biografía esencial*, págs. 36-37.

53. Baker, Emerson entre los excéntricos*, pág. 507.*

EPÍLOGO: VIVIR Y NO SÓLO EXISTIR

1. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 162.

2. Tolstói, *Diarios (1895-1910)*, pág. 194.

3. Emerson, *La conducta de la vida*, pág. 239.

4. Thoreau, *Los bosques de Maine*, pág. 70.

5. *Miller,* Una pesadilla con aire acondicionado*, pág. 133.*

6. Miller, *Inmóvil como el colibrí*, pág. 167. Esta colección de ensayos fue publicada originalmente en 1962.

7. Miller, *Inmóvil como el colibrí*, págs. 168-169.

8. Thoreau, *Escribir*, pág. 72.

9. Machado, *Prosas dispersas (1893-1936)*, págs. 216-217.

10. Thoreau, *Escribir*, pág. 98.

11. Thoreau, *Escribir*, pág. 58.

12. Thoreau, *Escribir*, pág. 54.

13. Thoreau, *Walden*, págs. 351-352.

14. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 266.

15. Thoreau, *Un yanqui en Canadá*, pág. 10.

16. Thoreau, *Walden*, pág. 132.

17. Thoreau, *Musketaquid*, pág. 335.

18. Thoreau, *El Diario*, pág. 50.

19. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 82.*

20. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 152.*

21. Stevenson, Escribir. Ensayos sobre literatura*, pág. 344.*

22. Thoreau, Cartas a un buscador de sí mismo*, pág. 42.*

23. Thoreau, *Walden*, pág. 354.

24. Woolf, *Horas en una biblioteca*, págs. 123-124.

25. Thoreau, *Musketaquid*, págs. 61 y 202.

26. Miller, Inmóvil como el colibrí*, pág. 170.*

27. Miller, *Inmóvil como el colibrí*, págs. 173-174.

28. Woolf, Horas en una biblioteca*, pág. 125.*

Lista de fotografías

* Este monolito conmemora el lugar exacto donde Thoreau tuvo su casa frente a la laguna de Walden, en Concord. Está fechado en 1945, cuando el arqueólogo Roland Wells Robbins excavó la zona y descubrió lo que explicaría en un libro dos años después: la localización de dónde vivió Thoreau exactamente frente a la laguna a partir de los restos de la chimenea. En julio de 1941, los miembros de la recién creada The Thoreau Society habían acudido allí, en el mes del nacimiento del escritor.

* Retrato de Thoreau en la Escuela de Filosofía de Concord.

* Hoy, caminando por Concord, es inevitable toparse con las casas de sus eminentes escritores, conservadas para poder ser visitadas, y con calles que llevan sus nombres. He aquí una señal de la Hawthorne Lane y del aparcamiento que está frente a la que fue su casa, The Wayside, hoy reclamo turístico. Después sería habitada por la familia Alcott y, a partir de 1883, viviría en ella la escritora de cuentos infantiles Margaret Sidney, pseudónimo de Harriett Mulford Stone.

* La Escuela de Filosofía de Concord, de entrada libre y gratuita, en la que la persona encargada explica muy amablemente la historia y los recuerdos que en ella se exponen. Estuvo activa, en la propiedad perteneciente a la Orchard House (su primera reunión fue precisamente ahí) de 1879 hasta 1888, año de la muerte de Bronson Alcott.

* Esta mansión colonial de diecisiete habitaciones, una de las más antiguas de Norteamérica, conocida como la Casa de los Siete Tejados, fue construida en 1668 en Salem, Massachusetts. Hawthorne —cuya casa natal está adyacente— frecuentó la casa de joven al vivir en ella su prima Susannah Ingersoll, todo lo cual le inspiró uno de sus libros.

* A mis ojos, estos dos árboles con forma de V simbolizarían la búsqueda de la verdad a través de la naturaleza para Thoreau. Están justo enfrente de la Escuela de Filosofía de Concord, y en su base hay un banco donde poder sentarse. Fotografía cortesía de Loida Feliz.

* Interior de la Escuela de Filosofía de Concord.

* Memorial Hall, edificio que honraba los sacrificios hechos por los hombres de Harvard durante la guerra civil americana en defensa de la Unión y del movimiento abolicionista. Fue construido en los años setenta del siglo XIX; dentro está el Annenberg Hall, salón-comedor reservado para los estudiantes de primer año.

* Cubierta de *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*, el primero de los dos libros que Thoreau logró publicar en vida.

* Edición de 1856 de *Hojas de hierba* de Whitman.

* Hawthorne, en su imagen de juventud más difundida —tiene en ella treinta y seis años; hay una reproducción muy grande en su casa de Salem y en los carteles que informan de The Old Manse, en Concord—, donde se aprecia el buen porte del mismo hombre que criticó la fealdad de Thoreau y Fuller.

* Estatua de Thoreau erigida junto a la réplica de su casa frente a la laguna de Walden.

* Cubierta del libro que, en su primera edición, llevó el título de *Walden, o la vida en los bosques*.

* Interior de la réplica de la casa de Thoreau frente a la laguna, con las tres sillas, «una para la soledad, dos para la amistad, tres para la compañía», la chimenea, el leñero y la cama, más la mesa en la que descansa el libro de visitas.

* Cartel que indica dónde se halla la casa de la familia Alcott, en Concord, donde Louisa May escribió *Mujercitas*.

* Placa que conmemora, en la capilla de la Facultad de Teología de la Universidad de Harvard, el mítico discurso que leyó Emerson en 1838.

* Retrato de Emerson, colgado en la pared de la que fue su habitación, hoy uno de los despachos de la Facultad de Teología de la Universidad de Harvard.

* Hoja del árbol yagrumo en el Bosque Nacional El Yunque, Puerto Rico, que bien podría reflejar la doble moral que Thoreau criticaba al hablar de la hipocresía de la gente y las instituciones. Habitual en zonas selváticas tropicales, tiene un color plateado visible a gran distancia por efecto de una ilusión óptica (las hojas son verdes pero la capa de pelos que las cubre crea una difracción, surgiendo así su brillo característico). Usada como infusión contra una gran cantidad de dolencias, especialmente en torno al aparato respiratorio —¿le hubiera servido esta información al Thoreau al que le recomendaron sanar sus pulmones en las

Antillas?—, dio lugar a la expresión boricua «ser como las hojas del yagrumo»; según el *Diccionario de la lengua española*, «ser falso, inconstante, de dos caras» a causa de ese doble color. De ahí que popularmente, desde los tiempos del campesinado boricua, se la llame *hipócrita*. Fotografía cortesía de Sergio Pérez Naches.

* Una de las zonas de la laguna —donde la gente acude a darse un baño o a tumbarse a tomar el sol en verano— rodeada en toda su margen por una exuberante naturaleza.

* La réplica de la casa que se construyó Thoreau para disfrutar de la soledad en Walden Pond, aunque en uno de sus paseos fuera atrapado por la sociedad y las leyes mediante la figura de un recaudador de impuestos.

* En el cartel situado a la entrada de The Old Manse, donde se puede realizar un interesante *tour*, junto con la imagen que se suele difundir de Hawthorne, se lee que fue construida por el abuelo de Emerson y que éste escribió en ella su ensayo *Naturaleza*. Después la ocuparía Hawthorne de 1842 a 1845, popularizándola mediante su libro *Musgos de una vieja rectoría*.

* Estas palabras reconocen la importancia de la familia Alcott a la hora de ayudar a los esclavos a huir a Canadá desde su casa de Concord (el origen de The Wayside data de 1717).

* El bosque, esa ciudad natural o lugar sagrado, que Thoreau tenía alrededor en Walden Pond. Esto es lo que vería al despertarse cada mañana en plena libertad.

* Junto al cartel de madera donde aparece la famosa frase de Thoreau sobre por qué fue a Walden Pond, se halla el montón de piedras y mensajes manuscritos con los que los visitantes aún lo homenajean.

El triunfo de los principios. Cómo vivir con Thoreau
Toni Montesinos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2017, Toni Montesinos Gilbert

Fotografías cedidas por el autor

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-344-2587-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

Índice

Dedicatoria 2
Cita 2
Presentación: Una vida con Thoreau 2
Prólogo. El yo de David Henry, mejor dicho, Henry David 2
Relaciones. Thoreau con o contra los otros 2
- Misantropía y soledad 2
- Escritores en Concord 2
- Misoginia, amistad y amor 2
- Educación y cultura 2

Escepticismo social. Thoreau frente al poder 2
- Trabajo frente a ociosidad 2
- Materialismo y dinero 2
- Rechazo a las instituciones 2
- Errores del vivir moderno 2

(Paréntesis de arte. Thoreau, lector y escritor) 2
Espíritu. Thoreau hacia sí mismo 2
- Sencillez y sinceridad 2
- Trascendentalismo y carpe diem 2
- Confianza en uno mismo 2
- Vivir la naturaleza 2

Experiencias. Thoreau en acción 2
- La laguna de Walden 2
- Desobediencia y cárcel 2
- Esclavitud y guerra 2
- Caminar cada día 2

Epílogo: Vivir y no sólo existir 2
Agradecimientos y milagros 2
Cronología 2
Bibliografía 2
Notas 2

Lista de fotografías 2
Créditos 2